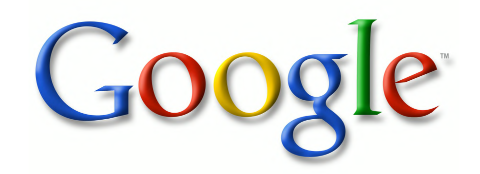

Google

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXII

LAS VIDAS PARALELAS

DE

PLUTARCO

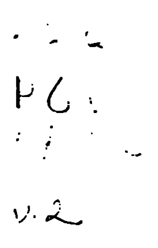
TRADUCIDAS DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

D. ANTONIO RANZ ROMANILLOS

TOMO II.

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
COLEGIATA, NÚM. 6
1879



ALCIBIADES.

El linaje de Alcibiades sube hasta Eurusaces el de Ayax, que parece contarse como su primer abuelo. Por parte de madre era Alcmeonida, hijo de Deinómaca la de Megacles. Su padre Clinias peleó gloriosamente en el combate de Artemisio en nave armada á sus expensas; y murió despues peleando con los Beocios junto á Coronea. Fueron tutores de Alcibiades Pericles y Arifron, hijos de Jantipo, que tenian con él deudo de parentesco. Dícese, no sin fundamento, que la inclinacion y amistad que le profesó Sócrates contribuyó mucho para su gloria, puesto que de Nicias, Demóstenes, Lamaco, Formion, y áun de Trasíbulo y Teramenes, ni siquiera se sabe cómo se llamaron sus madres; cuando de Alcibiades sabemos quién fué su ama de leche, que lo fué una Lacedemonia llamada Amiclas, y que fué su ayo Zopiro; dándonos de lo uno razon Antístenes y de lo otro Platon. Acerca de la belléza de Alcibiades no hay más que decir sino que, floreciendo la de su semblante en toda edad y tiempo, de niño, de jovencito y de varon, le hizo siempre amable y gracioso: pues lo que dijo Eurípides, que en todos los que son hermosos es tambien hermoso el otoño, no es así, y sólo en Alcibiades y otros pocos se verificó por la finura y buena conformacion de su rostro. A su

oz dicen que le dió cierto atractivo el ser ceceoso, y que
á su habla este mismo tartamudear la hacía muy graciosa.
Hace mencion Aristófanes de su tartamudeo en aquellos
versos en que zahiere á Teoro:

Con tartamudo acento Alcibiades
Me dijo luégo: «¿Vistes á Teolo?
Yo cabeza de cuelvo le apellido.»
Ceceó así Alcibiades bellamente.

Y Arquipo, haciendo tambien escarnio del hijo de Alci-
biades, «tiene, dice, el andar de hombre afeminado, con la
ropa arrastrando, y para que se le tenga por más parecido
al padre,

El cuello tuerce, y habla ceceoso.»

Sus costumbres con el tiempo, como no podia ménos de
ser en tan extraordinarios acontecimientos y en tantas vi-
cisitudes de la fortuna, tuvieron grandes contrariedades
mudanzas; mas estando por su índole sujeto á muchas
grandes pasiones, las que más sobresalian eran la sober
y la ambicion, como lo convencen sus hechos pueriles
que hay memoria. Luchaba en una ocasion, y viénd
muy estrechado por el contrario, al tiempo que hací
fuerzos para no caer, levantó los brazos de éste
le oprimian, y parecia que iba á comérsele las manos
entónces el contrario, y diciéndole: «muerdes, oh
des, como las mujeres;» «no á fe mia, le replicó, si
los leones.» Siendo todavía pequeño jugaba á los
un sitio estrecho, y cuando le tocó tirar venía p
carro cargado; gritó al instante al carretero que
el ganado, porque iban á caer los dados en
carro; y como por rusticidad no hiciese caso.
lante, los demas muchachos se apartaron; p

arrojándose boca abajo delante del ganado y tendiéndose á la larga, le gritaba que pasase entónces si queria; de modo que el carretero, temeroso, hubo de hacer cejar, y los que presentes se hallaban, espantados prorumpieron en gritos y corrieron hácia él. Cuando ya se dedicó á las honestas disciplinas, oia con placer á todos los demas maestros; pero á tocar la flauta se resistia, diciendo que era ejercicio feo é impropio de hombres libres, y que el uso del plectro y de la lira en nada alteraba la figura y semblante que anuncian un hombre ingenuo, cuando la cara de un hombre que hinche con su boca las flautas, apénas pueden reconocerla sus mayores amigos; y además, que la lira resuena y acompaña en el canto al que la tañe; mas la flauta cierra la boca, y obstruye la voz y el habla del que la usa. «Tañan, pues, la flauta, decia, los hijos de los Tebanos, pues que no saben conversar; mas nosotros los Atenienses, como dicen nuestros padres, miramos á Minerva como nuestra soberana, y á Apolo como nuestro compatriota; y es bien sabido que aquella tiró la flauta, y que éste hizo desollar al que la tocaba.» Con tales burlas y tales véras se apartó Alcibiades á sí mismo, y apartó á los otros de aquel estudio; porque luégo corrió la voz entre los jóvenes de que hacía muy bien Alcibiades en desacreditar aquella habilidad y en burlarse de los que la aprendian: así enteramente fué ridiculizada la flauta y desterrada del número de las ocupaciones ingenuas.

En el libro de invectivas de Antifon se refiere que siendo muchacho abandonó su casa y se fué á la de Demócrates, uno de sus amantes. Queria Arifron hacerle pregonar; pero Pericles no se lo permitió, porque si habia muerto, sólo se ganaria con el pregon que se descubriese un dia ántes, y si estaba salvo, era preciso tenerle por perdido para toda la vida. Dícese allí, además, que en la palestra de Siburtio mató á uno de sus criados, sacudiéndole con un palo. Mas no es cosa de dar crédito á tales especies, que él mismo,

que por zaherir usa de ellas, reconoce ser movido á divulgarlas por enemistad.

Desde luégo se dedicaron muchos de los principales á seguirle y obsequiarle; pero era bien claro que la mayor parte de ellos no admiraban ni halagaban otra cosa que lo bello de su figura: solo el amor de Sócrates nos da un indudable testimonio de su virtud y de su índole generosa. Advertia que ésta se manifestaba y resplandecia en su semblante; y temiendo á su riqueza, al esplendor de su orígen, y á la muchedumbre de ciudadanos, de forasteros, y de aliados que trataban de apoderarse de él con sus lisonjas y sus obsequios, se propuso defenderle y no desampararle, como una planta que en flor iba á perder y viciar su nativo fruto. Porque en nada la fortuna le fué tan favorable, ni le pertrechó tanto exteriormente con los que llamamos bienes, como con haberle hecho por medio de la filosofía invulnerable é impasible á los dichos mordaces y cáusticamente libres de tantos como desde el principio se propusieron corromperle, y retraerle de oir á su amonestador y maestro; y así es que á pesar de todo, por la bondad de su índole hizo conocimiento con Sócrates, y se estrechó con él, apartando de sí á los ricos y distinguido amadores. Entró, pues, muy luégo en su confianza, oyendo la voz de un amador que no andaba á caza d placeres indignos, ni solicitaba indecentes caricias, si que le echaba en cara los vicios de su alma y reprimia vano y necio orgullo,

Como gallo vencido en la pelea,
Dejó caer acobardado el ala.

Veia en esto la obra de Sócrates; pero en la rea reputaba ministerio de los Dioses en beneficio y sa de los jóvenes. Desconfiándose, pues, de sí mis rando á aquel con admiracion; apreciando su b

cia, y acatando su virtud, insensiblemente abrazó el ídolo del amor, ó, segun expresion de Platon, el contramor, ó amor correspondido. Maravillábanse todos, por tanto, de verle cenar con Sócrates, y ejercitarse y habitar con él, miéntras que se mostraba con los demas amadores áspero y desabrido; y áun á algunos los trataba con altanería, como á Anito el de Antemion. Amaba éste á Alcibiades, y teniendo á cenar á unos huéspedes, le convidó al banquete: rehusó él el convite; pero habiendo en casa bebido largamente con otros amigos, fuése á casa de Anito para darle un chasco: púsose á la puerta del comedor, y viendo las mesas llenas de fuentes de plata y oro, dió órden á los criados de que tomaran la mitad de todo aquello, y se lo llevaran á casa; esto sin pasar de allí, y ántes se retiró con los criados. Prorumpieron los huéspedes en quejas, diciendo que Alcibiades se habia portado injuriosa é indecorosamente con Anito; mas éste respondió: «No, sino con mucha equidad y moderacion, pues que habiendo sido dueño de llevárselo todo, áun nos ha dejado parte.»

Así trataba á los demas amadores; solamente á uno de la campiña, hombre, segun dicen, de pocos haberes, y que todos los iba enajenando, como lo que le quedaba, que montaria á cien pesos (1), lo presentara á Alcibiades, y le rogara que lo recibiese; echándose á reir, y celebrando el caso, lo convidó á cenar. En el banquete, mostrándosele benigno, le volvió su dinero, y le mandó que al dia siguiente excediera en la postura á los arrendadores de los tributos públicos, pujándoles las que hiciesen: resistíase el aldeano, porque el arriendo, decia, era de muchos talentos; mas le amenazó que le haria dar una paliza si así no lo ejecutaba; y es que entónces tenía pleito con los asentistas en reclamacion de algunos intereses propios. Fuése

(1) El *estater* griego, que yo traduzco *peso*, valia poco ménos que nuestro peso sencillo.

el aldeano de madrugada á la plaza, y añadió á la postura un talento. Volviéronse á mirarle los asentistas, é indignados con él le mandaron que diese fiador, dando por supuesto que no le encontraria; y efectivamente, él se quedó cortado, é iba á retirarse; pero Albiciades, que se hallaba á alguna distancia, gritó á los magistrados: «Escríbase mi nombre, porque es mi amigo y yo le fio.» Al oir esto lòs asentistas no sabian qué partido tomar, estando acostumbrados á pagar los primeros asientos con los productos de los segundos: así ninguna salida le veian á aquel negocio. Trataron, pues, con el aldeano de que se apartara, ofreciéndole dinero, mas Albiciades no le dejó que se contentara con ménos de un talento. Diéronsele aquellos, y él le mandó que lo tomara y se volviera á su casa: dejándole socorrido por este medio.

Este amor de Sócrates tenía muchos que le hicieran oposicion; mas lograba, sin embargo, dominar á Alcibiades por este buen natural; fijándose en su ánimo los discursos de aquél, convirtiendo su corazon, y arrancándole lágrimas: aunque habia ocasiones en que cediendo á los aduladores que le lisonjeaban con placeres, se le deslizaba á Sócrates, y como fugitivo tenía que cazarle; pues sólo respecto de él se avergonzaba, y á él sólo le tenía algun temor, no dándosele nada de los demas. Decia, pues, Cleantes que este tal amado era por los oidos por donde de Sócrates habia de ser cogido; cuando á los otros amadores les presentaba muchos asideros, á que aquél no podia echar mano: queriendo indicar el vientre, la lascivia y la gula, porque realmente Alcibiades era muy inclinado á los deleites; dando de esto bastante indicio el que Tucídides llama desconcierto suyo en el régimen ordinario de la vida. Mas los que trataban de pervertirle, de lo que principalmente se valieron fué de su ambicion y de su orgullo, para hacerle ántes de tiempo tomar parte en los negocios públicos, persuadiéndole que lo mismo sería entrar en

ellos, no solamente eclipsaria á los demas generales y oradores, sino que al mismo Pericles se aventajaria en gloria y poder entre los Griegos. Como el hierro, pues, ablandado por el fuego, despues con el frio vuelve á comprimirse, y sus partes se aprietan entre sí, de la misma manera cuantas veces Alcibiades disipado por el lujo y la vanidad volvia á las manos de Sócrates, conteniéndole éste y refrenándole con sus razones, le hacía sumiso y moderado, reconociendo que estaba todavía muy falto y atrasado para la virtud.

Salido ya de la edad pueril, fué á la escuela de un maestro de primeras letras, y le pidió algun libro de Homero; mas como respondiese que nada de Homero tenía, le dió una puñada, y se marchó. Ya otro maestro le dijo que tenía un Homero enmendado por él; y entónces le repuso: «¿Cómo enseñas las primeras letras? ¿Siendo capaz de enmendar á Homero, por qué no educas á los jóvenes?» Quiso en una ocasion visitar á Pericles, y llamó á su puerta; mas se le informó que no se hallaba desocupado, sino que estaba viendo cómo dar cuentas á los Atenienses; y entónces se retiró diciendo: «¿Pues no sería mejor ocuparse en ver cómo no darlas?» Siendo todavía muy jovencito, militó en el ejército enviado contra Potidea, en el cual tuvo á Sócrates por camarada, y en los combates peleó á su lado. Hubo una fuerte batalla, en la que los dos sobresalieron en valor; y como Alcibiades hubiese caido de una herida, Sócrates se puso por delante y le defendió; haciéndose visible con esto que le sacó salvo y con sus armas, y que por toda razon debia el prez ser de Sócrates. Con todo, cuando se advirtió que los generales, movidos del esplendor de Alcibiades, estaban empeñados en atribuirle aquella gloria, Sócrates, para encender más en él el deseo de sobresalir en acciones ilustres, fué el primero en atestiguar y promover que se diesen á aquél la corona y la armadura. Para eso en la batalla de Delio, cuando los

Atenienses volvieron la espalda, como Alcibiades tuviese caballo, y Sócrates con muy pocos se retirase á pié, no le desamparó aquél luégo que le vió, sino que le acompañó y defendió, cargándoles los enemigos, y haciéndoles mucho daño; pero esto fué algun tiempo despues.

A Hipónico, el padre de Calias, varon de suma dignidad y gran poder por su riqueza y linaje, le dió una bofetada, no movido de enfado ó de alguna disputa, sino por juego, á causa de una apuesta que habia hecho con sus amigos. Hízose muy pública en toda la ciudad esta afrenta; y como todos hubiesen mirado el hecho con la indignacion que era justo, á la mañana siguiente muy temprano se fué Alcibiades á casa de Hipónico, y llamando á la puerta, entró á su habitacion, donde quitándose la ropa le presentó su cuerpo, pidiendo que le lastimase y tomara satisfaccion; mas él le perdonó y depuso el enojo, y áun más adelante le hizo esposo de su hija Hipareta. Otros son de sentir que no fué el mismo Hipónico, sino Calias, su hijo, quien casó á Hipareta con Alcibiades, dándole diez talentos; y que luego cuando parió ésta, le arrancó Alcibiades otros diez talentos, como que así se habia pactado si daba á luz varones. Temeroso Calias de que le armase algun enredo, se presentó ante el pueblo, cediéndole su hacienda y su casa, si llegase á morir sin descendencia: é Hipareta, sin embargo de que era mujer prudente y de condicion apacible, incomodada con él, porque sin consideracion al matrimonio frecuentaba otras mujeres forasteras y ciudadanas, abandonando su casa se fué á la del hermano. Mirólo Alcibiades con indiferencia, y áun parecia hacer gala, por lo cual aquella se vió en la precision de poner en poder del Arconte la peticion de divorcio, no por medio de procurador, sino presentándose ella misma. Luego que pareció personalmente conforme á la ley, acudió Alcibiades, y tomándola del brazo marchó á casa desde el foro, llevándosela consigo, sin que nadie se le opusiese ó pensase en

quitársela; y permaneció en su compañía hasta que falleció, que fué no mucho tiempo despues, en ocasion de navegar Alcibiades para Efeso: así no pareció que aquella violencia de habérsela llevado hubiese sido muy injuriosa é inhumana: además de que si la ley exigia que la que se divorciaba se presentara en el foro personalmente, es de creer que en ello habia la mira de proporcionar al marido el concurrir tambien, y retenerla.

Tenía un perro celebrado de grande y hermoso, el que habia comprado en setenta minas, y fué y le cortó la cola, que era bellísima. Reprendiéronselo sus amigos, diciéndole que todos le roian y vituperaban por lo hecho con el perro; y él, riéndose, «eso es, les respondió, lo que yo quiero; porque quiero que los Atenienses hablen de esto, para que no digan de mí cosas peores.»

Su primera entrada al favor popular dícese haber sido un donativo de dinero, no preparado de antemano, sino nacido de casualidad, porque yendo por la calle, en ocasion de estar tumultuados los Atenienses, preguntó la causa, é informado de que era por una distribucion de dinero, se acercó y les dió tambien. Comenzó el pueblo á gritar y aclamarle; y olvidado con este placer de una codorniz que llevaba debajo de la capa, dió ésta á volar y se le huyó; con lo que creció más la aclamacion de los Atenienses, y muchos corrieron á ayudarle á cobrarla, habiendo sido Antioco el piloto quien la cogió, y se la volvió; por lo cual le tuvo de allí en adelante en mucha estimacion. Su linaje, su riqueza y su valor en los combates le abrian ancha puerta para introducirse en el gobierno, mayormente teniendo muchos amigos; pero, con todo, su mayor deseo era ganar el ascendiente sobre la muchedumbre con la gracia en el decir; y de que sobresalia en esta dote nos dan testimonio los poetas cómicos, y tambien el más vehemente de los oradores, diciendo en su oracion contra Midias, que Alcibiades, entre otras muchas

dotes, tenía la de la elocuencia. Y si hemos de dar crédito á Teofrasto, el hombre más investigador y de más noticias entre los filósofos, Alcibiades sobresalia mucho en la invencion y en el conocimiento de lo que en cada asunto convenia; mas como no sólo examinase qué era lo más oportuno, sino tambien de qué manera se diria con las voces y las frases más adecuadas, carecia de facilidad, y así tropezaba á menudo, y en medio del período callaba y se detenia, para ver cómo habia de continuar.

Hízose muy célebre por los caballos que mantenia, y por el número de sus carrozas; porque en Olimpia ni particular ni rey alguno presentó jamás siete, sino él solo; y el haber sido á un tiempo vencedor en primero, segundo y cuarto lugar, segun Tucídides, y áun en tercero, segun Eurípides, excede en brillantez y en gloria á cuanto puede conseguirse en este género de ambicion. Eurípides en su canto dice así: *A tí te cantaré, oh hijo de Clinias: bellísima cosa es la victoria; pero más bello, lo que ninguno de los Griegos alcanzó jamás: ganar con carroza el primero, segundo y tercer premio, y marchar coronado de oliva dos veces sin trabajo alguno* (1), *pregonado vencedor por el heraldo.*

A este brillante vencimiento lo hizo todavía más glorioso el empeño de los contendores en honrarle, porque los de Efeso le armaron una tienda guarnecida riquísimamente; la capital de Quio dió la provision para los caballos y gran número de víctimas, y los de Lesbos el vino y demas prevenciones para un suntuoso banquete de muchos convidados. Tambien una calumnia ó perversidad, divulgada sobre esta misma magnificencia, dió mucho que hablar por entónces; porque se cuenta que hallándose en Atenas un tal Diomedes, hombre de bien y amigo de Alcibiades, y

(1) Otras dos veces se adjudicó el premio á carrozas enviadas por Alcibiades, sin concurrir él mismo.

deseando alcanzar la victoria en los juegos Olímpicos, noticioso de que en Argos habia un excelente carro perteneciente al público, y de que Alcibiades gozaba en Argos de gran poder y tenía muchos amigos, le rogó se lo comprase; pero que habiéndolo comprado, lo hizo pasar por suyo, y dejó á un lado á Diomedes, que lo sintió en gran manera, y se quejó del hecho á los Dioses y á los hombres. Parece que sobre él se movió pleito; y hay una oracion de Isócrates *del par de caballos*, escrita á nombre del hijo de Alcibiades, en la que es Tisias, y no Diomedes, el demandante.

Era aún muy jóven cuando se dió á los negocios del gobierno; y aunque al punto oscureció á todos los demas concurrentes, tuvo que contender con Feaces el de Erasistrato, y con Nicias el de Nicerato; de los cuales éste le precedia en edad, y tenía opinion de buen general; y Feaces, que procedia de padres ilustres, y como él empezaba á tener adelantamientos, le era inferior entre otras calidades en la de la elocuencia; porque parecia más propio para conciliar y persuadir en el trato privado, que para sostener los debates en las juntas: siendo, como dice Eupolis,

Diestro en parlar; mas en decir muy torpe.

Corre asimismo una oracion escrita contra Alcibiades y Feaces, en la que se dice, entre otras cosas, que teniendo la ciudad muchas tazas de oro y plata, Alcibiades usaba de todas ellas como propias en su mesa diaria. Vivia entónces tambien un tal Hipérbolo de Periteo, el cual, además de que Tucídides hace mencion de él como de un hombre malo, dió materia á todos los poetas cómicos para zaherirle; pero él era inmoble é inalterable á los dicterios y á las sátiras, por un abandono de su opinion que, siendo en realidad desvergüenza y tontería, algunos le graduaban de intrepidez y fortaleza; y éste era de quien se valia

el pueblo cuando queria desacreditar y calumniar á los que estaban en altura. Movido, pues, entónces por este mismo, iba á usar del ostracismo, que es el medio que emplean siempre para enviar á destierro al ciudadano que se adelanta en gloria y en poder, desahogando así su envidia, más bien que su temor. Era claro que las conchas caerian sobre uno de los tres; y por tanto Alcibiades, reuniendo los partidos para este objeto, habló á Nicias, é hizo que el ostracismo se convirtiera contra Hipérbolo. Otros dicen que no fué con Nicias, sino con Feaces con quien Alcibiades se confabuló, y que por medio de la faccion de éste, consiguió desterrar á Hipérbolo, que estaba de ello bien ajeno: porque ningun hombre ruin y oscuro habia hasta entónces incurrido en este género de pena, como, haciendo mencion del mismo Hipérbolo, lo dijo así Platon el Cómico:

Fué á sus costumbres merecida pena;
Mas por su calidad de ella era indigno:
Porque no se inventó seguramente
Contra tan vil canalla el ostracismo.

Pero en este punto hemos dicho en otra parte cuanto es digno de saberse.

Mas no por esto dejó Nicias de ser un objeto de mortificacion para Alcibiades, viéndole admirado de los enemigos y honrado de los ciudadanos; porque era Alcibiades público hospedador de los Lacedemonios, y habia obsequiado de ellos á los que habian sido cautivados en el encuentro de Pilo; y con todo, porque principalmente habian conseguido por medio de Nicias que se hiciese la paz y se les restituyesen los cautivos, tenian á éste en mayor estimacion; y entre los Griegos corria la voz de que si Pericles los habia hostilizado, Nicias habia desvanecido la guerra; y los más á esta paz la llamaban Nicea: por tanto, enfa-

dado Alcibiades sobre manera y agitado de envidia, formó la resolucion de romper el tratado. Y en primer lugar, noticioso de que los Argivos, por odio y miedo de los Esparciatas, buscaban cómo separarse de ellos, les dió reservadamente esperanza de que los Atenienses serian en su auxilio, y los alentó, enviando á decir á los principales del pueblo que no temiesen ni cedieran á los Lacedemonios, sino que se pasaran á los Atenienses y aguardaran lo poco que faltaba para que éstos mudaran de propósito y rompieran la paz. Como en este tiempo los Lacedemonios hubiesen hecho alianza con los Beocios, y hubiesen restituido á los Atenienses la ciudad de Panacto, no en pié como debian, sino habiéndola ántes deruido, hallando con este motivo indignados á los Atenienses, los irritó todavía más. Molestaba por otra parte á Nicias, y le calumniaba y acusaba con apariencia, de que estando con mando, no quiso cautivar por sí mismo á aquellos de los enemigos que habian quedado en Esfacteria; y habiendo sido cautivados por otros, los habia dejado ir, y entregádolos, haciendo este obsequio á los Lacedemonios; y tambien de que siendo tan amigo no recabó de éstos que no se ligasen con los Beocios y Corintios, y que no estorbaran que de los pueblos griegos se aliase é hiciese amistad con los Atenienses el que quisiese, si á los Lacedemonios no les estaba á cuenta. Cuando así traia á mal traer á Nicias, dispuso la suerte que viniesen embajadores de Lacedemonia, haciendo por sí proposiciones equitativas, y diciendo que traian plenos poderes para todo lo que fuera de una justa conciliacion. Habíalos oido el consejo, y al dia siguiente se habia de congregar el pueblo: entónces, temeroso Alcibiades, manejó que los embajadores hablasen con él, y luego que se avistaron, «¿qué habeis hecho, les dijo, oh Esparciatas? ¿podeis ignorar que el consejo trata siempre con moderacion y humanidad á los que se le presentan, pero que el pueblo es altanero y tiene desmedidas

retensiones? Si decís que venís autorizados para todo, xigirá y querrá obligaros á lo que no sea de razon: vaya, pues, deponed esa nimia bondad, y si quereis encontrar en los Atenienses moderacion y no ser precisados á los que no es de vuestro dictámen, proponed lo que os parezca justo, sin que entiendan que venís con plenos poderes, con lo que nos tendreis de vuestra parte por hacer obsequio á los Lacedemonios.» Dicho esto, se les obligó con juramento, y enteramente los apartó de Nicias, poniendo en él su confianza, y admirando su penetracion y juicio, que no era, decian, de un hombre vulgar. Congregado al dia siguiente el pueblo, se presentaron los embajadores, y preguntados por Alcibiades con la mayor afabilidad con qué facultades venian, respondieron que no venian con plenos poderes y al punto se volvió contra ellos con gran vehemenc el mismo Alcibiades, como si fuese el burlado, y quien burlaba, tratándolos de falsos y enredadores, c no podian haber venido á hacer ni decir cosa bue irritóse tambien contra ellos el Senado; el pueblo mostró igualmente ofendido, y Nicias quedó admi y confundido con la mudanza que vió en los em dores, por ignorar el engaño y dolo en que se les hecho caer.

Despues de desconcertados así los Lacedemonios brado Alcibiades general, inmediatamente hizo á Argos, de Mantinea y de Elea aliados de los Aten aunque nadie alababa el modo, se celebraba lo má lloso de su hazaña; siendo muy grande la de ha rado y conmovido casi puede decirse á todo el P y opuesto en un dia junto á Mantinea tantas tro cedemonios, y haberles ido á llevar el comba á tan grande distancia de Atenas, que con la ganaron, y si hubiesen sido vencidos, era d demonia hubiera vuelto en sí. Despues de

tentaron los Quiliarcos (1) de Argos disolver la democracia y sojuzgar la ciudad; y áun los Lacedemonios que acudieron contribuyeron á la ejecucion de aquel designio; pero tomando las armas la muchedumbre, recobró la superioridad, y sobreviniendo Alcibiades, además de hacer más segura la victoria del pueblo, persuadió á éste que dilatara la gran muralla, y que poniéndose en contacto con el mar, acercara enteramente su ciudad al poder de los Atenienses. Trajo asimismo de Atenas arquitectos y canteros, y se les mostró del todo interesado por ellos, ganando de este modo favor y poder, no ménos para sí mismo que para su patria. Persuadió de la propia manera á los de Patrás que con murallas prolongadas arrimaran su ciudad á la mar; y como alguno dijese á los Patrenses: «Los Atenienses se os tragarán.—Puede ser, repuso Alcibiades; mas será poco á poco, y por los piés; pero los Lacedemonios por la cabeza, y de una vez.» Aconsejaba al propio tiempo á los Atenienses que ellos se pegaran más á la tierra, exhortándolos á confirmar con obras el juramento que en Agraulo (2) prestan los jóvenes; y lo que juran es, que la frontera del Atica será para ellos el trigo, la cebada, las viñas y los olivos; dando á entender que tendrán por propia principalmente la tierra cultivada y fructífera.

Pues con estos cuidados y estos discursos, con esta prudencia y esta habilidad en manejar los negocios, reunia un desarreglado lujo en su método de vida, en el beber y en desordenados amores; grande disolucion, y mucha afeminacion en trajes de diversos colores, que afectadamente arrastraba por la plaza; una opulencia insultante en todo: lechos muelles en las galeras para dormir más regaladamente, no puestos sobre las tablas, sino colgados de fa-

---

(1) Magistrados de Argos, que en la guerra mandaban á 1.000 hombres.

(2) Era un bosque sagrado cerca de Atenas.

jas; y un escudo que se hizo de oro, en el que no puso ninguna de las insignias usadas por los Atenienses, sino un Cupido armado del rayo. Al ver estas cosas, los ciudadanos más distinguidos, además de abominarlas y llevarlas mal, temian su osadía y su ningun miramiento, como tiránicos y disparatados; pero con el pueblo sucedia lo que Aristófanes expresó bellamente en estos términos:

A un tiempo le desea y le aborrece;
Mas con todo en tenerle se complace.

Y más bellamente todavía en esta alusion á él:

No criar el leon lo mejor fuera;
Mas aquel que en criarle tiene gusto,
Fuerza es que á sus costumbres se acomode.

Porque sus donativos y sus gastos en los coros; sus obsequios á la ciudad, superiores á toda ponderacion; el esplendor de su linaje, el poder de su elocuencia y la belleza de su persona; y sus fuerzas corporales juntas con su experiencia en las cosas de la guerra, y su decidido valor, hacian que los Atenienses fueran con él indulgente en todo lo demas, y se lo llevaran en paciencia, dando siempre á sus extravíos los nombres benignísimos de juegos y muchachadas. Fué uno de ellos haber puesto preso al pintor Agatarco, y remunerarlo despues con dones, porque le pintó la casa: otro dar de bofetadas á Taureas, su contendor en un coro, porque le disputó la victoria; y otro asimismo haberse tomado de entre los cautivos á una mujer de Melia, y ayuntándose á ella criar un niño tenido en la misma; porque tambien esto lo calificaban de bondad; y todo, menos el que tuvo gran parte de culpa en que se diese indistintamente muerte á todos los Melios, defendiendo el decreto. Cuando Aristofonte pintó á

Nemea (1) teniendo á Alcibiades sentado en su regazo, lo miraban, y salian muy gustosos los Atenienses; pero los ancianos tambien esto lo veian de mal ojo, como tiránico y violento. Parecia, por tanto, que no habia andado errado Arquestrato en decir que la Grecia no podria llevar dos Alcibiades. Y cuando Timon el Misántropo, encontrándose con Alcibiades á tiempo que se retiraba de la junta pública muy aplaudido y con un brillante acompañamiento, no pasó de largo, ni se retiró, como solia hacerlo con todos los demas, sino que acercándose y tomándole la mano: *Bravo, muy bien haces,* le dijo, *oh jóven, en irte acreditando, porque acrecientas un gran mal para todos éstos*; unos se echaron á reir, otros lo miraron como una blasfemia, y en algunos produjo aquel dicho una completa aversion: ¡tan difícil era formar opinion de semejante hombre por las contrariedades de su carácter!

Tentaba ya la Sicilia, áun en vida de Pericles, la codicia de los Atenienses, que despues de su muerte habian dado algunos pasos hácia ella; y con enviar por todas partes lo que llamaban socorros y auxilios á los agraviados por los Siracusanos, iban poniendo escalones para una grande expedicion. Mas el que inflamaba hasta el último punto este deseo, y les persuadia á que no por partes y poco á poco, sino con poderosas fuerzas acometieran á la isla, era Alcibiades, dando al pueblo grandes esperanzas, y formando él mismo mayores designios; porque miraba en la Sicilia el principio, y no el término, como los demas, de las operaciones militares que en su ánimo meditaba. Con todo, Nicias, reputando difícil empresa la de tomar á Siracusa, retraia con sus persuasiones al pueblo; pero Alcibiades, que lo entretenia con los sueños de Cartago y del Africa, y que en consecuencia de esto tenía ya como en la mano la Italia y el Peloponeso, faltaba poco para que viese en

(1) Era una cortesana de gran fama en aquel tiempo.

la Sicilia un viático para aquella guerra. Y lo que es los jóvenes espontáneamente se le unieron, acalorados con tan lisonjeras esperanzas; pues además oian á los ancianos deducir maravillosas consecuencias de aquella exposicion; tanto, que muchos se ponian en las palestras y en los corrillos á dibujar la figura de la isla, y la situacion del Africa y de Cartago. Mas dícese del filósofo Sócrates, y del astrólogo Meton, que ni uno ni otro esperaron nunca nada provechoso á la ciudad de semejante proyecto: aquél por aparecérsele, como es de creer, su genio familiar y predecírselo; y Meton, porque receló por su propio discurso lo que iba á suceder, ó porque usó para ello de alguna adivinacion: de forma que fingió haberse vuelto loco, y tomando un tizon encendido iba á pegar fuego á su propia casa: aunque algunos dicen que no hubo de parte de Meton tal ficcion de locura, sino que dió efectivamente fuego á su casa por la noche, y á la mañana se presentó á pedir y suplicar que por aquella desgracia le dejaran al hijo libre por entónces de la milicia; y habiendo engañado así á los ciudadanos, consiguió lo que queria.

Fué, sin embargo, nombrado general Nicias contra su voluntad, repugnando no ménos el mando que el colega que se le daba: porque juzgaron los Atenienses que se conduciria mejor aquella guerra no dejando absoluto á Alcibiades, sino mezclando con su osadía la circunspeccion de Nicias; porque el tercer general Lamaco, aunque hombre de más edad, se habia visto en algunos combates que no cedia á Alcibiades en ardor y en arrojo á los peligros. Cuando deliberaban sobre la cantidad y modo de los preparativos, volvió á intentar Nicias el oponerse y paralizar la guerra; mas contradíjole Alcibiades y salió con su intento, escribiendo el orador Demostrato, y persuadiendo que convenia hacer á los generales árbitros de los preparativos y de la suma de la guerra; lo que así fué decretado por el pueblo. Estando ya todo dispuesto para dar la vela,

no se presentaron favorables ni áun los auspicios de las festividades; porque cayeron en aquellos dias las de Adonis, en las cuales las mujeres ponian en muchos parajes imágenes semejantes á los muertos que se llevan á enterrar, y representaban exequias, lastimándose y entonando lamentaciones. Además la mutilacion hecha en una sola noche de todos los Hermes (1), que amanecieron con todas las partes prominentes del rostro cortadas, causó gran turbacion áun á muchos de los que no hacen alto en tales cosas. Díjose que los de Corinto, por amor de los Siracusanos, que era una colonia suya, con la esperanza de que aquel prodigio habia de contener á los Atenienses y hacerles desistir de la guerra, fueron los autores del atentado. Mas con todo, á una gran parte no les hicieron fuerza ni esta voz ni las razones de los que decian que nada siniestro habia en aquellos portentos, y que no eran más que una de aquellas travesuras que suele llevar consigo la insolencia de la gente jóven, propensa despues de un banquete á tales desórdenes; porque á un tiempo se irritaron y se llenaron de terror con lo sucedido, atribuyéndolo á alguna conjuracion fraguada con grandes miras. Hacíanse, por tanto, pesquisas rigurosas sobre cualquier sospecha por el Senado en repetidas juntas, y por el pueblo, reuniéndose tambien en pocos dias muchas veces.

En esto presentó Androcles, uno de los demagogos, algunos esclavos y colonos que acusaban á Alcibiades y á sus amigos de otras mutilaciones de estatuas, y de haber en la embriaguez remedado los misterios: diciendo que un tal Teodoro habia hecho funciones de proclamador, Polution las de porta-antorcha, el mismo Alcibiades las de Hierofanta; y que los demas amigos habian sido los concurrentes, y participado de los misterios, llamándose *mistas*

(1) Estatuas de Mercurio que habia muchas en los sitios públicos de las ciudades y en los caminos.

ó iniciados: así estaba escrito en la delacion, siendo Tésalo el de Cimon quien delataba á Alcibiades de que era impío contra las Diosas (1). Irritándose con esto el pueblo, y estando muy indispuesto con Alcibiades, todavía le exasperaba más Androcles, que era uno de sus mayores enemigos; por lo que al principio Alcibiades no pudo ménos de abatirse: mas advirtiendo luégo que todos los marineros que habian de ir á Sicilia le eran muy aficionados, y lo mismo la tropa, y que los de Argos y Mantinea en número de mil decian abiertamente que sólo por Alcibiades se ofrecian á aquella marítima y lejana expedicion, y que si alguno le agraviaba desertarian, entónces cobró ánimo, y se aprovechó de aquella oportunidad para defenderse: de manera que por la inversa sus enemigos desmayaron, y empezaron á temer no fuera que el pueblo se mostrara blando con él en el juicio, por la consideracion de haberlo menester. Maquinaron, por tanto, que de los oradores los que no eran conocidamente enemigos de Alcibiades, aunque en su corazon no le aborrecieran ménos que sus contrarios declarados, se levantaran en la junta, y dijeran que era muy fuera de razon á un general nombrado con plenos poderes para mandar tantas fuerzas, en el momento de tener reunido el ejército y los auxiliares, causarle detencion con el sorteo de jueces y medida del agua (2), haciéndole perder la oportunidad de obrar: navegue, pues, en buen hora, y comparezca concluida la guerra á defenderse conforme á las mismas leyes. No dejó Alcibiades de percibir la malignidad que encerraba esta dilacion; así replicó, tomando la palabra, que era cosa terrible, dejando pendientes tal causa y tales calumnias, partir adornado de tan brillante autoridad, y que lo justo era, ó morir si no di-

(1) Ceres y Proserpina, cuyos misterios habia remedado.

(2) Al acusador y al reo se les señalaba tiempo para hablar, el que se media con relojes de agua.

sipaba la acusacion; ó en caso de desvanecerla, marcha contra los enemigos sin miedo de calumniadores.

Mas no habiendo logrado convencerlos, é intimándosele que partiese, dió la vela con sus colegas, llevando muy pocas ménos de ciento y cuarenta galeras; cinco mil y cien infantes; entre tiradores de arco, honderos y demas tropa ligera unos mil y trescientos, y todas las prevenciones correspondientes. Navegando la vuelta de Italia tomaron á Regio, y allí propuso á deliberacion el modo que habia de tenerse en hacer la guerra. Opúsose Nicias á su dictámen; pero habiendo convenido con él Lamaco, se dirigió á la Sicilia, y atrajo á Catana á su partido; sin que hubiese ya podido hacer otra cosa, porque al punto fué llamado para el juicio por los Atenienses. Porque al principio, como dejamos dicho, sólo se propusieron contra Alcibiades algunas frias sospechas y calumnias por esclavos y por colonos; pero sus enemigos, luego que le vieron ausente, tomaron fuerzas contra él, y reunieron con el insulto hecho á los Hermes el remedo de los misterios, como que todo era efecto de una misma conjuracion para causar un trastorno; y á todos cuantos indiciados pudieron haber á las manos, sin oirlos los encerraron en la cárcel, sintiendo no haber cogido ántes á Alcibiades bajo sus votos, y sentenciádole por tan graves crímenes; mas la ira que contra él tenian la mostraron ásperamente en cualquiera deudo, amigo ó familiar suyo que por desgracia aprehendieron. Tucídides no hizo mencion de los denunciadores; pero otros escritores, entre ellos Frinico el Cómico, nombran á Dioclidas y á Teucro, siendo estos los versos de Frinico:

Amado Hermes, cuida no te caigas,
Y á tí mismo te lisies, dando márgen
A que otro Dioclidas que tenga
Mala intencion, levante otra calumnia.

Tendré cuidado; pues en modo alguno
Al execrable advenedizo Teucro
Quiero se dé de la denuncia el premio.

Y no porque los tales denunciadores hubiesen dado pruebas ciertas y seguras: ántes preguntado uno de ellos cómo habia conocido á los mutiladores de los Hermes, respondió que á la claridad de la luna, con la más manifiesta falsedad, porque el hecho habia sido en el dia primero, ó de la nueva luna. Esto á las gentes de razon las dejó aturdidas; pero nada influyó para ablandar el ánimo de la plebe, que continuó con el mismo acaloramiento que al principio, conduciendo y encerrando en la cárcel á cualquiera que era denunciado.

Uno de los presos y encarcelados por aquella causa fué el orador Andócides, á quien Helánico, escritor contemporáneo, hace entroncar con los descendientes de Ulises. Era reputado Andócides por desafecto al pueblo y apasionado de la oligarquía; y sobre todo, en el crímen de la irreverencia le habia hecho sospechoso el grande Hermes, ofrenda que la tribu Egeide habia consagrado junto á su casa; porque de los pocos que habia sobresalientes entre los demas, este sólo habia quedado sano: así, áun ahora se denomina de Andócides, y así le llaman todos, no obstante que la inscripcion lo repugna. Ocurrió asimismo que entre los muchos que por aquel delito se hallaban en la cárcel, trabó Andócides amistad é intimidad con otro preso llamado Timeo, que si no le igualaba en la fama y opinion, le aventajaba en penetracion y osadía. Persuadió éste á Andócides que se delatase á sí mismo y á algunos otros en corto número: porque al que confesase, se habia ofrecido la impunidad, y si para todos era incierto el éxito del juicio, para los que tenian opinion de poder era muy temible; por tanto que era mejor mentir para salvarse, que morir con infamia por el mismo delito; y áun atendiendo al bien

comun, valia más con perder á unos pocos de dudosa conducta, salvar al mayor número y á los hombres de bien de la ira del pueblo. Con estos consejos y exhortaciones convenció Timeo por fin á Andócides; y haciéndose denunciador de sí mismo y de otros, consiguió para sí la inmunidad conforme al decreto; pero los que por él fueron denunciados, á excepcion de los que pudieron huir, todos murieron; y para ganarse más crédito, comprendió Andócides en la delacion á sus propios esclavos. Mas no con esto desfogó el pueblo toda su rabia; ántes libre ya de los irreverentes á Mercurio, como con una ira que habia quedado ociosa, se convirtió todo contra Alcibiades. Ultimamente envió en su busca la nave de Salámina, bien que encargando, no sin gran cautela, que no se le hiciese violencia ni se tocase á su persona, sino que se le hablara blandamente, dándole órden de ir á Atenas para ser juzgado y satisfacer al pueblo; porque temian un tumulto y una sedicion del ejército en tierra extraña, cosa que Alcibiades, á haber querido, le hubiera sido muy fácil de ejecutar; pues con su ausencia desmayó mucho aquél, temiendo que en las manos de Nicias iria larga la guerra y experimentaria dilaciones fastidiosas faltando el aguijon que todo lo movia, por cuanto aunque Lamaco era belicoso y valiente, carecia de dignidad y respeto por su pobreza.

Embarcándose, pues, inmediatamente Alcibiades, les quitó á los Atenienses á Mesana de entre las manos, porque estando prontos los que habian de entregar la ciudad, él, que estaba bien enterado de todo, lo reveló á los amigos de los Siracusanos, y deshizo la negociacion. Llegado á Turios, bajó de la galera, y ocultándose, pudo frustrar la diligencia de los que le buscaban. Hubo alguno que le conoció, y le dijo: «¿No te fias, oh Alcibiades, en la patria?» y él le respondió: «En todo lo demas sí, pero cuando se trata de mi vida, ni en madre, no fuera que por equivocacion echase el cálculo negro en lugar del blanco.» Oyendo

despues que la ciudad le habia condenado á muerte, «pues yo, repuso, les haré ver que vivo.» Consérvase memoria de que la delacion estaba concebida en estos términos: «Tésalo de Cimon Lasiade denuncia á Alcibiades de Clinias, Escambonide, de haber ofendido á las Diosas Céres y su hija, remedando los misterios y divulgándolos á sus amigos en su casa, habiéndose puesto el ornamento que lleva el Hierofanta cuando celebra los misterios, tomando él mismo el nombre de Hierofanta, dando á Polution el de porta-antorcha, y á Teodoro Fegés el de proclamador, y llamando á sus amigos iniciados y adeptos, contra lo justo y lo establecido por los Eumolpidas, los proclamadores y los sacerdotes de Eleusis.» Condenáronle en rebeldía, y confiscaron sus bienes, y mandaron además que todos los sacerdotes le maldijesen, á la cual resolucion solamente se opuso, segun es fama, Teano la de Menon de Agraulo, diciendo que era sacerdotisa para bendecir, no para maldecir á nadie.

Cuando estos decretos y estas condenaciones se pronunciaron estaba detenido en Argos, porque al fugarse de Turios lo primero que hizo fué irse al Peloponeso; pero temiendo á sus enemigos, y renunciando del todo á su patria, escribió á Esparta, pidiendo que se le ofreciese la impunidad, y dando palabra de que les haria favores y servicios que excedieran con mucho á los daños que ántes les habia causado. Concediéronselo los Esparciatas, y recibido benignamente de ellos, luego que pasó allá, el primer servicio que al punto les hizo fué que andando en consultas y dilaciones sobre dar auxilio á los Siracusanos, los movió y acaloró á que enviasen por general á Gilipo, y quebrantasen las fuerzas que allí tenian los Atenienses; fué el segundo hacer que ellos mismos por sí moviesen á estos guerra; y el tercero y más granado hacerles murar á Decelea, que fué lo que más perjudicó y contribuyó á la ruina de Atenas. Estimado, pues, por sus hechos públicos,

y no ménos admirado por su conducta privada, atraia y adulaba á la muchedumbre con vivir enteramente á la Espartana; pues viéndole con el cabello cortado á raíz, bañarse en agua fria, comer puches, y gustar del caldo negro; como que no creian, y ántes dudaban fuertemente de que hubiese tenido nunca cocinero, ni hubiese usado de ungüentos, ni hubiese tocado su cuerpo la ropa delicada de Mileto. Porque entre las muchas habilidades que tenía era como única, y como un artificio para cazar los ánimos, la de asemejarse é identificarse en sus afectos con toda especie de instituciones y costumbres, siendo en mudar formas más pronto que el camaleon; y con la diferencia de que éste, segun se dice, hay un color, que es el blanco, al que no puede conformarse; pero para Alcibiades ni en bien ni en mal nada habia que igualmente no copiase é imitase: así, en Esparta era dado á los ejercicios del gimnasio, sobrio y severo; en la Jonia voluptuoso, jovial y sosegado; en la Tracia bebedor y buen jinete; y al lado del sátrapa Tisafermes excedia su lujo y opulencia á la pompa persiana: no porque le fuera tan fácil como parece pasar de un método de vida á otro, y admitir toda suerte de mudanza, sino porque conociendo que si usaba de su inclinacion natural desagradaria á aquellos con quienes tenía que vivir, continuamente se acomodaba y amoldaba á la forma y manera que estos preferian. En Lacedemonia, pues, en cuanto á su porte exterior podia muy bien decirse: *No es éste el hijo de Aquiles, sino el mismo que pudiera haber formado Licurgo;* mas en la realidad cualquiera, segun sus afectos y sus obras, hubiera podido gritarle: *Esta es siempre la mujer de antaño* (1). Porque á Timea, mujer de Agis, miéntras éste estaba ausente en el ejército, de tal manera la sacó de juicio, que de su trato se hizo embarazada, sin negarlo; y como hubiese sido varon el que dió á luz, para

(1) Esta frase y la de arriba eran proverbios entre los Griegos.

los de afuera se llamaba Leutuquidas; pero el nombre que al oido se le daba en casa por la madre entre las amigas y los confidentes, era el de Alcibiades: ¡tan ciega de amor estaba la tal mujer! y él con desvergüenza solia decir que no la habia seducido por hacer agravio, ni tampoco halagado del deleite, sino para que descendientes suyos reinasen sobre los Lacedemonios. Hubo muchos que denunciaron á Agis estos hechos; pero él principalmente se atuvo al tiempo; porque habiendo habido un terremoto, él de miedo saltó del lecho y del lado de su mujer, y despues en diez meses no se ayuntó á ella; y como despues de este tiempo hubiese nacido Leutuquidas, no le reconoció por hijo suyo; y por esta causa fué despues Leutuquidas privado de suceder en el reino.

Despues de los desgraciados sucesos de los Atenienses en Sicilia, enviaron á un tiempo embajadores á Esparta los de Quio y Lesbos, y tambien los de Cicico, para tratar de su defeccion. Los Beocios hablaban por los de Lesbos, y Farnabazo por los de Cicico; pero á persuasion de Alcibiades prefirieron auxiliar á los de Quio ántes de todo; y yendo él mismo en aquel viaje, hizo que se separase de los Atenienses casi puede decirse toda la Jonia; y con estar al lado de los generales lacedemonios fué muy grande el daño que les causó. Con todo, Agis era siempre su enemigo, á causa de la mujer por la afrenta recibida, y además le incomodaba tambien su gloria: porque se habia difundido la voz de que todo se hacía por Alcibiades, y á él era á quien se tenia consideracion. Sufríanle asimismo de mala gana los de más poder y dignidad entre los Esparciatas por la envidia que les causaba. Tuvieron, pues, mano, y negociaron con los que en casa quedaron con mando, que enviasen á Jonia quien le diese muerte. Llegó á entenderlo reservadamente, y vivia con recelo; por lo que en todos los negocios públicos promovió los intereses de los Lacedemonios, pero huyó de caer en sus manos; y habiéndose

entregado por su seguridad á Tisafernes, sátrapa del Rey, al punto fué para con él la persona primera y de mayor poder; porque aquella suma destreza suya en plegarse y acomodarse áun al bárbaro, que no era hombre sencillo, sino perverso y de malísima inclinacion, le causó gran maravilla; y á sus gracias en los entretenimientos cotidianos y en el trato familiar no habia costumbres que resistiesen, ni genio que no se dejase conquistar; tanto, que áun los que le temian ó tenian envidia, en tratarle y conversar con él experimentaban placer. Por tanto, con ser Tisafernes entre los Persas uno de los enemigos más declarados de los Griegos, de tal modo se rindió á los halagos de Alcibiades, que llegó á excederle en sus recíprocas adulaciones: así, de los paraísos ó jardines que tenía, el más delicioso á causa de sus aguas y praderías saludables, y en el que habia además mansiones y retraimientos dispuestos régia y ostentosamente, ordenó que se llamase Alcibiades; y este fué el nombre y apelacion con que en adelante le llamaron todos.

Abandonando, pues, Alcibiades el partido de los Lacedemonios por su infidelidad, y teniéndoles ya miedo, comenzó á desacreditar y poner en mal á Agis con Tisafernes, no consintiendo ni que los auxiliase decididamente ni que rompiese del todo con los Atenienses, sino que prestándose penosamente á sus demandas, los fuese quebrantando y aniquilando con lentitud, y por este medio pusiese á ambos pueblos bajo el poder del Rey, debilitados los unos por los otros. Dejóse éste persuadir fácilmente, viéndose bien á las claras que le amaba y tenía en mucho: de modo que de una y otra parte tenian los Griegos puestos los ojos en Alcibiades, arrepentidos ya los Atenienses con sus malos sucesos de la determinacion tomada contra él; y él mismo estaba incomodado por lo hecho, y temia no fuera que destruida del todo la ciudad, viniera á caer en las manos de los Lacedemonios, de quie-

nes era aborrecido. En Samos venía á estar entónces la suma de los intereses de los Atenienses; y partiendo desde allí con sus fuerzas navales, recobraban á unos aliados, y conservaban á otros, por ser en el mar superiores á sus enemigos; pero temian á Tisafernes y sus galeras fenicias, que se decia no estar léjos, y eran en número de ciento y cincuenta, porque si acertaban á llegar, no le quedaba esperanza alguna de salud á la ciudad. Bien convencido de esto Alcibiades, envió reservadamente á los principales de los Atenienses quien les diese confianza de que les volveria amigo á Tisafernes, no por complacer á la muchedumbre, ni esperando nada de ella, sino en obsequio de los principales ciudadanos, si determinándose á ser hombres esforzados y á contener la insolencia de la plebe, tomaban por su cuenta ellos mismos salvar la república y sus intereses. Todos los demas apoyaron con empeño la proposicion de Alcibiades; pero uno de los generales, Frinico Diradiote, sospechando lo que era, á saber, que á Alcibiades lo mismo le importaba la democracia que la oligarquía, y que procurando ser rehabilitado de la calumnia que le hizo contraria la muchedumbre, con esta mira lisonjeaba y halagaba á los principales, le hizo contradiccion. Quedó vencido por los demas votos; y hecho ya enemigo descubierto de Alcibiades, lo denunció secretamente á Astuoco, almirante de los enemigos, previniéndole que se guardara y precaviera de Alcibiades, como de hombre que queria estar con unos y con otros; mas no sabía que el asunto iba de traidor á traidor: porque haciendo Astuoco la corte á Tisafernes y viendo que para con él era el todo Alcibiades, manifestó á éste lo que Frinico le habia comunicado. Alcibiades mandó al punto á Samos acusadores contra Frinico; con lo que todos se indignaron y sublevaron contra él; y como para ocurrir á aquel peligro no se le ofreciese á éste otro medio, intentó curar un mal con otro mal mayor: porque envió otra vez quien se quejase

con Astuoco de haberle descubierto, y le avisase de que tenía resuelto hacerle entrega de las naves y del ejército de los Atenienses. Con todo, no trajo daño á éstos la traicion de Frinico por otra traicion de Astuoco, que tambien anunció á Alcibiades esta nueva propuesta de Frinico. Volvió éste en sí, y temiendo segunda acusacion de Alcibiades, se anticipó á prevenir á los Atenienses que los enemigos iban á sobrecogerlos, exhortándolos á estarse quietos en las naves y atrincherar el ejército. Cuando ya esto se habia puesto en ejecucion, aunque vinieron otra vez cartas de Alcibiades advirtiéndoles que se guardaran de Frinico, que iba á entregar á los enemigos la armada, no les dieron crédito, imaginándose que Alcibiades, que estaba bien informado de los preparativos é intentos de los enemigos, abusaba de estas noticias para calumniar á Frinico falsamente. Pero más adelante, habiendo uno de los de la guardia de Hermon dado de puñaladas á Frinico en la plaza y quitádole la vida, formada causa, condenaron los Atenienses á Frinico por traidor despues de muerto, y decretaron coronar á Hermon y los de su guardia.

Dominando entónces en Samos los amigos de Alcibiades, enviaron á Pisandro á la ciudad para mudar el gobierno y alentar á los principales á ponerse al frente de los negocios, y disolver la democracia, pues con estas condiciones les ganaria Alcibiades á Tisafernes por amigo y aliado: á lo ménos este fué el pretexto y la apariencia de los que establecian la oligarquía. Mas despues que tomaron consistencia y se apoderaron del mando los llamados cinco mil, aunque no eran más de cuatrocientos, ya no se curaban gran cosa de Alcibiades, y hacian muy remisamente la guerra; parte por desconfianza que tenian de que aguantaran los ciudadanos aquellas novedades, y parte porque imaginaban que cederian los Lacedemonios, inclinados siempre y afectos á la oligarquía; y la plebe en la ciudad se estuvo, aunque de mala gana, sosegada por entónces,

porque habian perecido no pocos de los que se opusieron á los cuatrocientos. Los de Samos cuando lo entendieron, irritados de aquel proceder, pensaron en dar al punto la vela con direccion al Pireo, y llamando á Alcibiades, al que tambien nombraron general, le ordenaron que los condujese, y acabase con los tiranos; mas éste no se manejó ó condescendió como cualquiera otro que repentinamente se hubiera visto en tanta autoridad por el favor de algunos de sus conciudadanos, creyendo que debia complacer en todo, y no rehusar nada á los que de fugitivo y desterrado lo habian hecho presidente y general de tantas naves y de tamañas fuerzas; sino que como correspondia á un gran caudillo, hizo frente á los que sólo se gobernaban por la ira, y los contuvo para no cometer un desacierto; con lo que indudablemente salvó entónces la república. Porque si haciéndose al mar, se hubieran restituido á casa, infaliblemente los enemigos habrian quedado dueños sin fatiga de toda la Jonia, del Helesponto y de las Islas; y Atenienses habrian tenido que venir á las manos con Atenienses, trayendo la guerra á su ciudad; lo que Alcibiades sólo impidió sucediese, no precisamente persuadiendo é instruyendo á la muchedumbre, sino yendo en particular á unos con ruegos y á otros con violencia. Sirvióle en esta ocasion Trasibulo Estirieo, yendo á su lado y gritando; porque, segun se dice, era el que tenía la voz más fuerte entre todos los Atenienses. Otra segunda accion brillante hubo tambien entónces de Alcibiades, y fué que habiendo ofrecido que las naves fenicias que estaban los Lacedemonios esperando, teniéndoselas prometidas el Rey, ó las atraeria en su favor, ó á lo ménos negociaria que no se uniesen con aquellos, sin dilacion navegó con este objeto; y se verificó que Tisafernes, aunque se apareció con las naves hácia Aspendo, no las unió, sino que engañó á los Lacedemonios; habiendo sido Alcibiades la causa de que no estuviese ni con unos ni con otros, y sobre todo de

que no estuviese con los Lacedemonios, por haber enseñado al bárbaro que se desentendiera y dejara que los Griegos se destruyeran unos á otros: pues no podia haber duda en que unidas tan poderosas fuerzas á uno de los dos pueblos, éste quitaria enteramente al otro el dominio del mar.

Fué disuelto á poco el gobierno de los cuatrocientos, por haberse agregado con ardor los amigos de Alcibiades á los que estaban por la democracia. Querian los de la ciudad, y habian dado la órden para que Alcibiades volviese; mas él creyó que no debia volverse con las manos vacías y desocupadas, sino glorioso con alguna ilustre hazaña. Con este objeto navegó al principio por el mar de Cnido y Coos; mas habiendo llegado allí á su noticia que el esparciata Mindaro subia al Helesponto con toda su armada, en persecucion de los Atenienses, se apresuró á dar auxilio á sus generales; y quiso la fortuna que llegase con sus diez y ocho galeras precisamente en el oportuno momento en que, habiendo caido unos y otros con todas sus naves cerca de Abido, y librádose combate, vencidos en parte y en parte vencedores, permanecieron en la lid hasta cerca del anochecer. Con su aparecimiento en esta sazon hizo á ambos partidos equivocarse, inspirando confianza á los enemigos y miedo á los Atenienses; pero levantando luégo insignia amiga en la capitana, cargó repentinamente á los Peloponenses vencedores, que seguian el alcance. Hízolos volver, é impeliéndolos á tierra, destrozó sus naves, hiriendo á muchos que escapaban á nado, sin embargo de que Farnabazo los protegia con infantería, y peleaba por salvarles las naves: finalmente, apresando treinta de los enemigos, y conservando las propias, erigieron un trofeo. Con tan brillante y próspero suceso ardia por hacer de él ostentacion con Tisafernes, para lo cual, haciendo prevencion de presentes y regalos, y llevando el acompañamiento propio de un general, se encaminó allá. Mas no le salió



como esperaba, porque difamado ya de antemano Tisafernes por los Lacedemonios, y temeroso de que por el Rey se le hiciera cargo, juzgó que Alcibiades se le presentaba en la mejor coyuntura, y echándole mano, lo puso preso en Sardis, para desvanecer con esta maldad aquella acusacion.

Al cabo de treinta dias, habiendo podido Alcibiades proporcionarse un caballo, escapó de la vigilancia de los guardas y huyó á Clazomene, haciendo correr contra Tisafernes la voz de que él mismo le habia puesto en salvo. Navegó de allí al ejército de los Atenienses, y llegando á entender que Mindaro y Farnabazo juntos se hallaban en Cicico, incitó á los soldados y les hizo entender ser preciso que por mar y por tierra, y áun combatiendo muros, peleasen contra los enemigos, pues no podrian ganar botin si por todos estos modos no vencian. Armó, pues, las naves, y dando la vela hácia Proconeso, dió órden de que se encerraran y detuvieran dentro de la armada los buques ligeros para que por ningun medio pudieran presumir los enemigos su marcha. Hizo la casualidad que de repente llovió mucho con truenos, y que vino tambien en su favor tal oscuridad, que encubrió todo aquel aparato; de manera, que no sólo se ocultó á los enemigos, sino á los mismos Atenienses; porque cuando estaban ya desconfiados, dió la órden y partieron. De allí á poco, la oscuridad se disipó y se divisaron las naves de los Peloponenses, que estaban ancladas delante del puerto de Cicico. Temeroso pues, Alcibiades, de que viendo ántes de tiempo lo grande de sus fuerzas se retiraran á tierra, dió órden á los otros generales de que navegaran lentamente y se fueran atrasando, y él se presentó no teniendo consigo más de cuarenta naves, y provocó á los enemigos. Cayeron éstos en el lazo, y mirando con desprecio el que viniesen contra tantas, al punto se fueron para los contrarios y trabaron combate; pero cuando sobrevinieron las demas naves, em-

pezada ya la accion, dieron á huir aterrados. Alcibiades entónces, con veinte de las mejores galeras, se metió por medio y encaminó á tierra; y saltando á ella, acometió á los que se retiraban de las naves, dando muerte á muchos. Venció á Mindaro y Farnabazo que se adelantaron en defensa de éstos, dando muerte á Mindaro, que peleó valerosamente: mas Farnabazo logró fugarse. Fué grande el número de muertos y el de las armas de que se apoderaron; tomaron todas las naves; se hicieron asimismo dueños de Cicico; y huido Farnabazo y destrozados los Peloponenses, no solamente quedaron en segura posesion del Helesponto, sino que alejaron á viva fuerza de aquellos mares á los Lacedemonios. Cogiéronse hasta las cartas en que lacónicamente participaban á los Eforos aquella derrota. «Nuestras cosas están perdidas. Mindaro muerto. La »gente hambrienta. No sabemos qué hacer.»

Fué tan grande con esto el engreimiento de los soldados de Alcibiades, y salieron tanto de sí, que tenian á ménos el reunirse con los demas soldados: ¡con los que muchas veces han sido vencidos, decian, los que son invictos todavía! Porque no mucho ántes habia sucedido que derrotado Trasilo en las inmediaciones de Efeso, se habia erigido por los Efesios un trofeo de bronce en oprobio de los Atenienses. Con estas cosas daban en cara los de Alcibiades á los de Trasilo, ensalzándose á sí mismos y á su general, y no queriendo alternar con los otros ni en gimnasios ni en campamentos. Mas cuando Farnabazo vino luégo sobre éstos á tiempo que hacian incursion en las tierras de Abido, trayendo mucha caballería é infantería, Alcibiades, corriendo prontamente en su auxilio, puso en fuga á Farnabazo, y le siguió el alcance juntamente con Trasilo hasta entrada la noche. Uniéronse ya entónces, y gloriosos y alegres, tornaron al campamento; y levantando al dia siguiente un trofeo, talaron la region de Farnabazo, sin que nadie se atreviera á resistirles. Cautivó en aquella

accion algunos sacerdotes y sacerdotisas, pero los dejó ir libres sin rescate. Disponíase á sujetar por armas á los de Calcedonia que se habian rebelado, y habian recibido guarnicion y comandante de mano de los Lacedemonios; pero habiendo entendido que habian recogido cuanto podia ser objeto de botin, y lo habian llevado en depósito á los Bitinios sus amigos, pasó á los términos de éstos con su ejército, y les mandó un heraldo con esta queja; mas ellos concibieron miedo, y además de entregarle el botin, le pactaron amistad.

Barreada Calcedonia de mar á mar, vino Farnabazo para hacer levantar el cerco, é Hipócrates el gobernador, sacando tambien de la ciudad sus fuerzas, acometió á los Atenienses; mas Alcibiades, formando contra ambos su ejército, obligó á Farnabazo á huir cobardemente, y á Hipócrates y muchos de los suyos los destrozó enteramente, alcanzando de ellos una señalada victoria. Navegó en seguida al Helesponto, donde anduvo recogiendo contribuciones, y tomó á Selimbria, aventurando su persona sin consideracion: porque los que habian de entregarle esta ciudad habian convenido en que levantarian una tea á la media noche; pero se vieron precisados á mostrarla ántes de hora, por temor de uno de los conjurados, que de repente se les habia vuelto. Levantada, pues, la tea cuando la tropa no estaba todavía á punto, tomando consigo como unos treinta, marchó corriendo á la muralla, dejando órden de que los demas le siguiesen prontamente. Abriéronle la puerta cuando á los treinta se habian reunido veinte *peltastas*, ó armados de rodela, y entrando sin detencion, percibió que los Selimbrios venian de frente hácia él armados. De estarse quieto conoció que no habia para él recurso; y el huir, habiendo sido invicto siempre hasta aquel dia, no lo tuvo por de su carácter: hizo, pues, seña al trompeta de que impusiera silencio, y á uno de los que con él se hallaban le ordenó que gritase: «Atenienses, no

hagais armas contra los Selimbrios.» Esta intimacion hizo en unos el efecto de ser más remisos en el pelear, pareciéndoles que estaban dentro todos los enemigos; y en otros el de formar más lisonjeras esperanzas de favorable concierto. Miéntras que entre sí conferenciaban sobre lo hacedero, le llegaron á Alcibiades todas las tropas, y conjeturando que las intenciones de los Selimbrios eran pacíficas, temió que habian de saquear la ciudad los Traces, los cuales eran en gran número, y por inclinacion y amor á Alcibiades habian tomado las armas con la más pronta voluntad. Hízoles, pues, á todos salir de la poblacion, y en nada ofendió á los Selimbrios que estaban recelosos, sino que con haber recogido un impuesto, y haber dejado guarnicion, se retiró.

Los generales que mandaban el sitio de Calcedonia convinieron con Farnabazo por un tratado en que recogerian una contribucion, los Caldedonios volverian á la obediencia de los Atenienses, y éstos no harian ningun daño en la satrapía de Farnabazo; obligándose éste á dar á los embajadores de los Atenienses escolta con toda seguridad. Como á la vuelta de Alcibiades desease Farnabazo que él tambien jurara el tratado, respondió que no lo ejecutaria ántes de haber jurado ellos. Prestados que fueron los juramentos, marchó contra los Bizantinos que se habian rebelado, y circunvaló la ciudad. Ofreciéndole, bajo la condicion de salvar ésta, Anaxilao, Licurgo y algunos otros que la entregarian, hizo correr la voz de que le llamaban fuera de allí novedades ocurridas en la Jonia, y por el dia salió con toda su escuadra; pero volviendo á la noche, saltó en tierra con la infantería, y resguardándose con las murallas, se estuvo allí quedo; pero las naves vinieron sobre el puerto, y acometiendo impetuosamente con grande gritería, alboroto y estruendo, asombraron á los demas Bizantinos por lo inesperado del caso; y á los adictos á los Atenienses les proporcionaron el recibir á Alci-

biades sobre la pactada seguridad, y el encontrar auxilio en el puerto y en las naves. Mas con todo no fué esta jornada exenta de riesgo, porque los Peloponenses, Beocios y Megarenses que allí se hallaban, á los que descendieran de las naves los rechazaron y obligaron á reembarcar; y llegando á entender que habia Atenienses dentro, formándose en batalla, marcharon juntos contra ellos. Trabado un reñido combate, los venció Alcibiades, mandando él el ala derecha y Teramenes la izquierda; y de los enemigos que les vinieron á las manos tomaron vivos unos trescientos. De los de Bizancio despues del combate ni se dió muerte ni se desterró á ninguno, porque con esta condicion se entregó la ciudad; y tambien con la de que á nada que fuese de ellos se habia de tocar. Por esta razon, defendiéndose Anaxilao de la causa sobre traicion que se le movió en Lacedemonia, hizo ver en su discurso que no tenía por qué avergonzarse de lo hecho: porque dijo que no siendo Lacedemonio, sino Bizantino, viendo en peligro, no á Esparta, sino á Bizancio; hallándose su ciudad cercada de manera que nadie podia entrar, y consumiendo los Peloponenses y Beocios todos los víveres que habia en la ciudad, miéntras que los Bizantinos fallecian de hambre con sus mujeres y sus hijos, no le pareció que cometia traicion con la entrega, sino que redimia á su ciudad de la guerra y de los males que padecia, imitando en esto á los más ilustres de la Lacedemonia, para quienes sólo es honesto y justo lo que es en provecho de la patria. Los Lacedemonios á este razonamiento cedieron con respeto, y absolvieron á los acusados.

Alcibiades, teniendo ya deseo de volver á ver á Atenas, y más todavía de ser visto de los ciudadanos despues de haber vencido tantas veces á los enemigos, dió la vela con esta direccion, yendo las galeras áticas adornadas en derredor con muchos escudos y despojos, llevando á remolco muchas naves tomadas, y ostentando en mayor nú-

mero todavía las banderas de las que habian sido vencidas y echadas á pique, porque entre unas y otras no bajaban de doscientas. Mas lo que añade á esto Duris de Samos, que se da por descendiente de Alcibiades, diciendo que Teopompo, coronado en los juegos Píticos, les llevaba la cadencia á los remeros con la flauta; que daba las órdenes Calipides, actor de tragedias, adornado de un rico vestido, con el manto real y todo el demas aparato de teatro, y que la capitana entró en el puerto con una vela de púrpura, como si viniera de un convite bacanal, no lo refiere ni Teopompo, ni Eforo, ni Jenofonte; además de que no es de creer que se presentara á los Atenienses con tan insolente lujo, volviendo de destierro, y habiendo pasado tantos trabajos. Antes entró temeroso, y estando ya en el puerto, no saltó en tierra, hasta que hallándose sobre cubierta, vió que iba á presentársele su primo Euruptolemo y muchos de sus amigos y deudos, que yendo á recibirle, le estaban llamando. Luego que estuvo en tierra, cuantos le iban al encuentro ni siquiera parece que veian á los otros generales, sino que puesta la vista en él, le aclamaban, le saludaban, le acompañaban, y acercándosele le ponian coronas: los que no podian llegarse á él le miraban de léjos, y los ancianos se lo mostraban á los jóvenes. Con aquel gozo de la ciudad se mezclaron tambien muchas lágrimas, y la memoria en tanta prosperidad de las pasadas desgracias, haciendo cuenta de que ni habria dejado de tomar la Sicilia, ni les habria salido mal nada de lo que se prometian si hubieran dejado á Alcibiades el mando en aquellas empresas y sobre aquellas fuerzas; pues que áun ahora, tomando á su cargo la ciudad desposeida casi del todo del mar, y dueña en la tierra apénas de sus arrabales, dividida además y sublevada contra sí misma, levantándola de tan débiles y apocadas ruinas, no solamente le habia restituido el imperio del mar, sino que hacía ver que tambien por tierra do quiera habia vencido á sus enemigos.

Sancionóse primeramente el decreto de su vuelta á propuesta de Cricias de Calaisero, como él mismo lo escribió en sus elegías, recordando así á Alcibiades este favor:

Yo el decreto escribí para tu vuelta,
Y en junta le propuse: obra fué mia.
Mi lengua fuera quien le impuso el sello.

Reuniéndose entónces el pueblo en junta, se presentó Alcibiades: quejóse y lamentóse de sus desgracias, sin hacer más que culpar ligera y blandamente al pueblo, atribuyéndolo todo á su mala suerte y á algun genio envidioso; y concluyendo con darles grandes esperanzas contra los enemigos, é inspirarles aliento y confianzas: le coronaron con coronas de oro, y le nombraron generalísimo sin restriccion juntamente de tierra y de mar. Decretóse asimismo que se le restituyesen sus bienes, y que los Eumolpidas y heraldos levantasen las imprecaciones que habian pronunciado de órden del pueblo. Levantáronlas los demas; pero el hierofanta Teodoro respondió: «*yo ninguna imprecacion hice contra él, si en nada ha ofendido á la ciudad.*»

Aunque procedian con tan brillante prosperidad las cosas de Alcibiades, á algunos les causó inquietud el tiempo de la vuelta: porque en el dia de su arribo se hacian las purificaciones ó lavatorios en honor de la Diosa. Celebran las sacrificantes estas orgías arcanas en el dia 25 del mes Targelion, quitando todo el ornato y cubriendo la imágen: por lo que los Atenienses cuentan este dia de cesacion de todo trabajo entre los más aciagos. Parecia, pues, que la Diosa no recibia con amor y benignidad á Alcibiades, sino que se le encubria y lo apartaba de sí. Sin embargo, habiéndole sucedido todo segun su deseo, y hecho equipar cien galeras, que iban á salir otra vez al mar, le asaltó en esto una cierta ambicion generosa, y le detuvo hasta el

tiempo de los misterios, por cuanto desde que se muró á Decelea, y los enemigos se apoderaron de los caminos de Eleusine, ningun aparato habia tenido la iniciacion, siendo preciso ir por mar; y así los sacrificios, los coros y muchas de las ceremonias propias del camino cuando se invoca á Yaco, se habian omitido por necesidad. Parecióle, por tanto, á Alcibiades que ganarian en piedad respecto de la Diosa, y en gloria respecto de los hombres, dando á la solemnidad la forma antigua, acompañando por tierra la pompa de la iniciacion, y pasando las ofrendas por entre los enemigos: porque ó haria estarse enteramente quieto á Agis, pasando por esta humillacion, ó pelearian una guerra sagrada y acepta á los Dioses por las cosas más santas y más grandes á la vista de la patria, teniendo á todos los ciudadanos por testigos de su valor. Luégo que se decidió por esta idea, y dió parte de ella á los Eumolpidas y á los heraldos, puso centinelas en las alturas, y desde el amanecer envió algunos correos. Tomando despues consigo á los sacerdotes, á los iniciados y á los provectos, y ocultándolos con las armas, los condujo con aparato y sin ruido; dando en esta especie de expedicion un espectáculo augusto y religioso, al que daban los nombres de procesion sagrada, propia de los santos misterios, los que estaban exentos de envidia. Ninguno de los enemigos osó oponerse, y habiendo hecho la vuelta con igual seguridad, él mismo se engrió en su ánimo; y llenó de tanto orgullo al ejército, que se miraba como incontrastable é invencible bajo tal caudillo. A los jornaleros y á los pobres se los atrajo de manera que concibieron un violento deseo de que dominara solo, diciéndoselo así algunos, y acercándose á él para exhortarle á que despreciando la envidia, se sobrepusiera á los decretos, á las leyes y á los embelecadores que perdian la ciudad, para poder obrar y manejar los negocios como le pareciese, sin temor de calumniadores.

Cuál hubiese sido su modo de pensar acerca de esta propuesta de tiranía, no puede saberse; pero habiendo los principales ciudadanos concebido miedo, dieron calor á que se embarcara cuanto ántes, concediéndole todo lo demas, y los colegas que quiso. Partiendo, pues, con las cien galeras, y tocando en Andros, venció, sí, en batalla á los habitantes y á cuantos Lacedemonios allí habia, pero no tomó la ciudad; y este fué el primero de los cargos de que se valieron contra él sus enemigos. Y en verdad que parece haber sido Alcibiades más que otro alguno víctima de su propia gloria y reputacion: porque siendo muy grande y muy acreditado de valor y prudencia por tantos prósperos sucesos, lo que no conseguia lo hacía sospechoso de que no ponia eficacia, no queriendo creer que era no haber podido; pues que con la diligencia nada habia de desgraciársele: por tanto, esperaban la noticia de que habia sujetado á los de Quio y toda la Jonia, y se indignaban de que no se les diese todo concluido con la presteza y celeridad que apetecian; no parándose á considerar su falta de fondos, á causa de la cual, habiendo de hacer la guerra á hombres que tenian al Rey por su mayordomo, se veia muchas veces precisado á navegar y abandonar el ejército para asistirle con las pagas y los víveres: porque el último cargo dimanó de la siguiente causa. Enviado Lisandro por los Lacedemonios con el mando de la armada, y dando de paga á los marineros cuatro óbolos en lugar de tres del dinero que tomó de Ciro; Alcibiades, que ya penosamente les acudia con los tres óbolos, tuvo que marchar á Caria á recoger alguna suma. Antíoco, que fué el que quedó con el mando de las naves, era buen marino, pero necio por lo demas y de ningun provecho; y aunque Alcibiades le dejó prevenido que de dingun modo combatiese áun cuando le buscasen los enemigos, de tal modo se insolentó y tuvo en poco aquella órden, que equipando su galera y una de otro capitan, se fué la vuelta de Efeso, y

haciendo y diciendo mil sandeces é insultos, se metió por entre las proas de las naves enemigas. Al principio Lisandro, yéndose á él, se puso á perseguirle con pocas naves; pero cuando vinieron en auxilio de aquél los Atentenses con todas las suyas, pasando adelante, deshizo al mismo Antíoco, le tomó muchas naves y gente, y levantó un trofeo. Luégo que Alcibiades oyó lo sucedido, volviendo á Samos, marchó con todas sus fuerzas y provocaba á Lisandro; pero éste, contento con su victoria, no quiso hacerle frente.

Siendo entre los que en el ejército miraban mal á Alcibiades el mayor enemigo suyo Trasibulo el de Trason, marchó á Atenas para acusarle; y acalorando á los que allí tenía, hizo entender al pueblo que Alcibiades habia desgraciado los negocios de la república y perdido las naves por abusar de la autoridad, dando la comandancia á hombres que con francachelas y con las fanfarronadas propias de los marinos, granjeaban todo su favor, para que él, andando de una parte á otra, pudiera enriquecerse y entregarse á sus desórdenes en el beber, y á liviandades con sus amigas Abidenas y Jonias, sin embargo de navegar bien cerca los enemigos. Culpábanle asimismo de la prevencion de la muralla que habian hecho construir en Tracia á la parte de Bisante, para refugio suyo, por no poder ó no querer vivir en la patria. Arrastrados de estas inculpaciones los Atenienses, eligieron otros generales, poniendo de manifiesto su encono y malignas ideas contra Alcibiades; el cual luégo que lo entendió, por temor se retiró en un todo del ejército, y haciendo recluta de extranjeros, se dedicó á hacer la guerra por su cuenta á los Traces, que no reconocian rey, y allegó mucho caudal de los que sojuzgó, poniendo al mismo tiempo á los Griegos establecidos por aquellos contornos en plena seguridad de parte de los bárbaros. Con todo, más adelante, cuando los generales Tideo, Menandro y Adimanto, que con todas las

naves que les habian quedado á los Atenienses estaban en el puerto de Egos-potamos, solian ir todas las mañanas muy temprano en busca de Lisandro, surto con las naves de los Lacedemonios en Lamsaco para provocarle, y volviéndose despues al mismo puesto, pasaban el dia desordenada y descuidadamente como despreciando á éstos: Alcibiades, que se hallaba cerca, no lo miró con indiferencia y abandono, sino que montando á caballo advirtió á los generales, que estaban mal apostados en un país que carecia de puertos y de ciudades, habiendo de proveerse de Sesto que les caia muy léjos, y teniendo en tanto abandonada la tripulacion en tierra, yéndose cada uno y esparciéndose por donde le daba la gana; cuando tenian al frente la escuadra enemiga, acostumbrada á ejecutar sin rebullirse cuanto manda un hombre solo.

Hízoselo así presente Alcibiades, y los persuadió que trasladaran sus fuerzas á Sesto; pero los generales no le dieron oidos, y áun Tideo le ordenó con expresiones injuriosas que se retirase, porque no era él, sino los mismos quienes tenian el mando; con lo que se retiró Alcibiades, no sin formar de ellos alguna sospecha de traicion, y diciendo á los que le acompañaban desde el campamento por ser sus conocidos, que á no haber sido tan ignominiosamente despedido por los generales, en breves dias hubiera puesto á los Lacedemonios en la precision de combatir contra su voluntad, ó de abandonar las naves. Algunos lo graduaron de jactancia; mas á otros les pareció que iba muy fundado, si su ánimo era llevar por tierra muchos de los soldados Traces, tiradores y de á caballo, y acometer y poner con ellos en desórden el campo enemigo. Por de contado, que adivinó y predijo acertadamente los errores de los Atenienses, bien pronto lo acreditó el suceso; porque viniendo sobre ellos repentina é inesperadamente Lisandro, solas ocho naves se salvaron con Conon: todas las demas, que eran muy cerca de doscientas, cayeron en po-

der de los enemigos; y de las tropas á unos tres mil hombres que Lisandro tomó vivos, á todos los pasó al filo de la espada. Tomó tambien á Atenas de allí á poco, incendió sus naves, y destruyó la llamada larga muralla. En vista de esto, temiendo Alcibiades á los Lacedemonios que dominaban por tierra y por mar, se trasladó á Bitinia, haciendo conducir y llevando consigo inmensa riqueza, y dejando todavía mucha más en la ciudad de su residencia. Perdió tambien despues en Bitinia gran parte de sus bienes, robado de los Traces de aquella parte, por lo que determinó ir á ponerse en manos de Artagerges, pensando que si llegaba el caso haria al Rey servicios no inferiores en sí á los de Temístocles, y más recomendables en su objeto: porque no se emplearia, como aquél, contra sus ciudadanos, sino que en favor de la patria y contra sus enemigos trabajaria é imploraria el poder del Rey. Juzgando empero que por medio de Farnabazo sería más seguro su viaje, se encaminó hácia él á la Frigia, donde en su compañía se detuvo, obsequiándole y siendo de él honrado

Era muy sensible á los Atenienses verse despojados del imperio y superioridad; pero despues que Lisandro los privó además de la libertad, poniendo la ciudad en manos de los treinta tiranos, aquellas reflexiones que no les ocurrieron cuando les habrian servido para su salud, las hicieron entónces cuando todo estaba perdido con lamentaciones y quejas, trayendo á la memoria sus errores y desaciertos, y teniendo por el mayor este segundo encono que habian concebido contra Alcibiades, porque fué depuesto del mando cuando él mismo en nada habia faltado; y sólo porque se habian incomodado con un subalterno que ignominiosamente habia perdido unas cuantas naves, con mayor ignominia habian privado á la ciudad del más esforzado y experimentado de sus generales. Con todo, áun en medio de las calamidades que los rodeaban entreveian una sombra de esperanza de que del todo no cae-

ria la república miéntras Alcibiades existiese: porque si ántes cuando fué desterrado no pudo sufrir el vivir en el ocio y en el reposo, tampoco ahora, á no estar del todo imposibilitado, llevaria en paciencia que los Lacedemonios les hicieran agravios, y que los treinta los trataran con vilipendio. Ni era extraño que á estos sueños se entregaran los demas, cuando los mismos treinta no se aquietaban sin pensar é inquirir sobre él, y sin mover frecuente conversacion de lo que hacía y de lo que pensaba. Ultimamente Cricias hizo entender á Lisandro que no viviendo en democracia los Atenienses, podia tenerse por seguro el imperio de los Lacedemonios sobre la Grecia; pero que por más sumisos y obedientes que se mostrasen á la oligarquía, miéntras Alcibiades viviese, no los dejaria permanecer quietos en el órden establecido. Sin embargo, para que Lisandro accediese á estas sugestiones, fué al fin preciso que viniera de Esparta una órden, por la que se le mandaba que se quitara á Alcibiades del medio; bien fuera porque temiesen su actividad y grandeza de alma, ó bien porque quisieran complacer á Agis.

Cuando Lisandro envió á Farnabazo la órden para la ejecucion, y éste la cometió á su hermano Magazo y á su tio Susamitres, hizo la casualidad que Alcibiades se hallaba en cierta aldea de Frigia, teniendo en su compañía á Timandra, que era una de sus amigas. Habia tenido entre sueños esta vision: parecióle que se habia adornado con los vestidos de su amiga, y que ésta, reclinando él la cabeza en su regazo, le adobaba el rostro como el de una mujer, pintándolo y alcoholándolo. Otros dicen que vió en sueños á Magazo y los de su faccion que le cortaban la cabeza, y que era quemado su cuerpo; mas todos convienen en que tuvo la una ó la otra vision poco ántes de su muerte. Los que fueron enviados contra él no se atrevieron á entrar en la casa, y lo que hicieron fué, apartándose alrededor de ella, pegarle fuego. Sintiólo Alcibiades, y re-

cogiendo muchos vestidos y otras ropas los echó en el fuego, y rodeándose á la mano izquierda su manto, con la diestra desenvainó la espada, y pasando con la mayor intrepidez por encima del fuego ántes que se hubiesen encendido las ropas, con sólo presentarse dispersó á los bárbaros, porque ninguno de ellos tuvo valor para aguardarle ni lidiar con él, sino que desde léjos le lanzaban saetas y dardos. Traspasado de ellos cayó finalmente muerto; y despues que los bárbaros se marcharon, Timandra recogió el cadáver, y envolviéndole en las ropas de ella, le hizo el funeral y honrosas exequias que las circunstancias permitian. Dícese que fué hija de ésta la célebre Lais, llamada Corintia, tomada cautiva en Hícaros, aldea de la Sicilia. Otros escritores hay que refieren de diferente modo el acontecimiento de la muerte de Alcibiades, diciendo que no tuvieron la culpa de ella ni Farnabazo, ni Lisandro, ni los Lacedemonios, sino que habiendo el mismo Alcibiades seducido una mozuela de una familia conocida suya, y reteniéndola consigo, los hermanos, que sentian vivamente esta afrenta, dieron por la noche fuego á la casa en que vivia Alcibiades, y le asaetearon, como se ha dicho, cuando salia por medio de las llamas.

MARCIO CAYO CORIOLANO.

Muchos varones ilustres dió á Roma la familia patricia de los Marcios, de cuyo número fué Cayo Marcio, nieto de Numa por su madre, y elegido Rey despues de Tulo Hostilio. Eran asimismo Marcios Publio y Quinto, que trajeron á Roma la mejor y más copiosa agua; y Censorino, á quien dos veces nombró censor el pueblo, y á cuya persuasion despues propuso y estableció ley, para que á ninguno le fuera permitido obtener dos veces esta magistratura. El Cayo Marcio de quien vamos á escribir, educado por la madre, á causa de haber quedado huérfano de padre, hizo ver que si bien la orfandad trae otros males, no estorba empero que pueda alguno hacerse hombre virtuoso y aventajado á los demas; aunque por otra parte dé motivo de queja y reprension contra ella á los viciosos, como que es quien por el descuido los echa á perder. Acreditó tambien este Marcio que áun en aquellos de un natural excelente, por más generoso y bien inclinado que este sea, si le falta la instruccion, al lado de las buenas calidades produce otras malas, como en la agricultura un fértil terreno que se deja sin cultivo. Porque aquella resolucion y entereza de ánimo para todo produjo grandes y muy activos conatos; pero el ser por otra parte vehemente é irreducible en la ira, le hizo desabrido y poco avenible en el trato con

los demas hombres: por tanto, al mismo tiempo que admiraban en él su impasibilidad respecto de los placeres, de los trabajos y del atractivo de las riquezas, á la cual le daban los nombres de templanza, justicia y fortaleza, teníanle para las conferencias políticas por altanero, molesto y mal sufrido; porque el mejor fruto que los hombres sacan del trato con las musas es el que por medio de la elocuencia y la doctrina se suaviza la natural índole, reduciéndola en todo á la justa medianía, y desarraigando lo superfluo. En Roma en aquella época principalmente era ensalzada la virtud que sobresale en los hechos de armas y de la milicia; lo que se convence de que á toda virtud no le dieron sino sola la denominacion de la fortaleza, haciendo nombre comun del género, el que á la fortaleza le era propia y peculiar.

Dominaba entre las demas pasiones de Marcio la de la guerra, y asi desde niño empezó á manejar las armas; y juzgando que de nada les sirven las armas de afuera á los que no tienen bien adiestrada y dispuesta el arma innata é ingénita, que es el cuerpo, de tal modo ejercitó el suyo para toda especie de lid, que en el correr era sumamente ligero, y para tenerse firme en la lucha y en los combates casi invencible: por tanto, los que contendian con él en fortaleza y virtud, siéndole en ellas inferiores, echaban la culpa á la robustez de su cuerpo, que era incontrastable, é incapaz de doblarse con trabajo alguno.

Militó por la primera vez siendo todavía jovencito, cuando Tarquino, el rey de Roma, desposeido ya del trono, despues de muchas batallas y derrotas echó, se puede decir, el resto, y vinieron en su auxilio, haciendo causa comun contra Roma, los más de los Latinos y muchos de los otros pueblos de Italia, no ménos en obsequio de aquél, que por envidia y deseo de contener los progresos de la grandeza romana. En aquella batalla, que por una y otra parte estuvo muy vária é incierta, peleaba Marcio con

gran denuedo á la vista del Dictador, y viendo caer á su lado á un Romano no le abandonó, sino que se puso delante de él, y acometiendo al enemigo que lo acosaba, le dió muerte. Luego que el general hubo ganado la batalla, una de sus primeras atenciones fué coronarle con una corona de encina, porque esta fué la corona que señaló la ley al que salvaba un ciudadano: bien fuera porque tuviesen en veneracion la encina á causa de los Arcades, denominados *comedores de bellotas* por un oráculo del Dios; bien porque siempre y en todas partes tienen los que militan copia de encinas, ó bien porque siendo de encina la corona de Júpiter social, creyesen que esta era la que más propiamente debia darse por la salvacion de un ciudadano. Es además la encina el árbol de más copioso fruto entre los silvestres, y el de madera más sólida entre los cultivados. Era tambien alimento la bellota que de ella proviene, y bebida el melicio (1); y daba además carne de fieras y de aves, proveyendo de un instrumento para la caza, que es la liga. Dícese que en esta batalla se aparecieron los Dióscuros, y que despues de ella se les vió con los caballos goteando de sudor, dar la noticia en la plaza, en el sitio junto á la fuente donde está edificado su templo: de donde proviene que en el mes de Julio el dia de los idus, que es fiesta triunfal, está consagrado á los Dióscuros.

La nombradía y los honores dispensados á los jóvenes, en los que son de índole ligeramente ambiciosa, vienen á ser, á lo que parece, una cosa temprana que apaga su espíritu, y llena pronto su sed, dejándola fácilmente satisfecha; pero á los de ánimo altivo y resuelto los honores los elevan y encienden, impeliéndolos, á manera del viento, á lo que les parece honesto; porque no los reciben como salario, sino que más bien son una nueva prenda que dan de que se avergozarán de frustrar la esperanza que de

(1) Horchata de bellotas hecha con miel.

ellos se tiene y de no hacerla correr con iguales hechos á los anteriores. Siendo de este carácter Marcio, sólo trataba de emularse á sí mismo en el valor, aspirando á mostrarse cada dia nuevo en sus proezas, á merecer premios sobre premios, y ganar despojos sobre despojos: yendo á competencia en cuanto á honrarle los últimos generales con los primeros, y queriendo excederlos en sus demostraciones; así es que de tantas guerras y lides como las que entónces tuvieron que sostener los Romanos, de ninguna volvió sin corona y sin premio. Para los demas era la gloria el fin de su virtud; pero para éste el fin por que aspiraba á la gloria era porque su madre tuviera de qué regocijarse: por cuanto el que ésta oyese sus alabanzas, el que le viera volver coronado y el abrazarla cuando vertia lágrimas de gozo, le parecia que acrecentaba sus honores y su felicidad. Estos mismos sentimientos se dice por su confesion propia haber sido los de Epaminondas, que tuvo por la mayor de sus satisfacciones el que su padre y su madre hubiesen visto en vida su generalato y su victoria en la jornada de Leuctras; sino que éste disfrutó el placer de ver á padre y madre alegrarse y congratularse juntos; pero Marcio, creyendo que debia á su madre una gratitud doblada, no se aquietó con regocijarla y honrarla, sino que tomó mujer enteramente á su gusto, y habitó siempre, áun teniendo ya hijos, en la misma casa con la madre.

Era ya grande por su virtud la fama y el poder de Marcio cuando ocurrió que el Senado, favoreciendo á los ricos, puso en estado de sedicion á la plebe, que se quejaba de los muchos é insufribles agravios que los logreros le irrogaban: porque á los medianamente acomodados los despojaban de cuanto tenian, tomándoles prendas y vendiéndolas; y respecto de los enteramente pobres, se apoderaban de las personas, aprehendiendo sus cuerpos cubiertos de cicatrices de las heridas y golpes recibidos en

los encuentros y batallas sostenidos por la patria. La última de éstas habia sido con los Sabinos, para la cual los ricos habian ofrecido ser en adelante más moderados, y el Senado habia designado al cónsul Marco Valerio por fiador de esta promesa. Mas como despues de haber peleado denodadamente en esta batalla, y haber vencido á los enemigos, en nada hallasen más equitativos á los logreros, ni el Senado diese muestras de acordarse de lo que estaba convenido, sino que ántes viese con indiferencia que los atropellaban y encadenaban, suscitáronse en la ciudad grandes y temibles alborotos. Venida á noticia de los enemigos esta inquietud de la plebe, no se descuidaron en invadir á yerro y fuego la comarca; y aunque los cónsules dieron la órden de tomar las armas á todos los que se hallaban en la edad designada, nadie la obedeció. Dividiéronse con esto otra vez los pareceres de los que servian las magistraturas, siendo unos de dictámen de que se condescendiera con los pobres y se relajara el nimio rigor de las leyes, y opinando otros muy al contrario, de cuyo número era Marcio, el cual no daba por cierto gran valor á los intereses; pero clamaba por que se contuviera y apagara aquel principio y tentativa de insulto y osadía de una muchedumbre insubordinada á las leyes.

Celebráronse sobre esto frecuentes Senados, y como en ellos nada se concluyese, sublevándose de repente los pobres, y excitándose unos á otros, abandonaron la ciudad, y se retiraron al monte que ahora se llama Sacro, fijándose junto al rio Aniene, sin cometer acto alguno de violencia ó sedicion, y gritando solamente ser antiguo en los ricos el estarlos arrojando de la ciudad, y que para el aire, el agua y algunos piés de tierra en que sepultarse, esto por todas partes se lo suministraria la Italia, que era lo único que disfrutaban con habitar en Roma, fuera del recibir heridas y la muerte peleando á favor de los ricos. Llenó esta ocurrencia de recelo al Senado, que por tanto les mandó

en embajada á los más moderados y populares entre los Senadores. Llevaba la voz Menenio Agripa, que á la vez usó de ruegos con la plebe, y á la vez habló francamente sobre la conducta del Senado, viniendo á concluir con una especie de fábula su exhortacion y amonestamiento. Porque les refirió que en cierta ocasion los miembros todos del cuerpo humano se revelaron contra el vientre, y le acusaron de que estándose él solo ocioso y sin contribuir en nada con los demas, todos trabajaban y desempeñaban sus respectivos ministerios, precisamente por contenerle y satisfacer sus apetitos; y que el vientre se habia reido de su simpleza, porque no echaban de ver que si tomaba para sí todo el alimento, era para distribuirlo despues y dar nutricion á los demas. «Pues de esta misma manera, continuó, se conduce con vosotros, oh ciudadanos, el Senado: porque á vosotros refiere cuantos consejos y negocios se ofrecen, y con vosotros reparte cuanto hay de útil y provechoso.

Reconciliáronse con esto, pidiendo al Senado, y concediéndoseles que se eligiesen cinco ciudadanos en defensores suyos, que son los que ahora se llaman tribunos de la plebe. Fueron nombrados los primeros los que los habian acaudillado en el levantamiento, Junio Bruto y Sicinio Beluto. Luégo que la ciudad volvió á no ser más que un cuerpo, al punto acudió á las armas la muchedumbre, y se presentó á los jefes muy presta y decidida á marchar á la guerra. No estaba contento Marcio con el ventajoso partido que habia sacado la plebe, habiendo tenido que ceder la aristocracia, y observaba que como él sentian muchos de los patricios: excitábalos, por tanto, á no quedar inferiores á los plebeyos en las lides que peleaban por la patria, sino hacer ver que en la virtud, más bien que en el poder, les hacian ventaja.

En la nacion de los Volscos, que era contra la que tenian la guerra, la ciudad de Coriolos gozaba de la mayor

nombradía; dirigiéndose, pues, contra ella el cónsul Cominio, se alarmaron los demas Volscos, y corrieron de todos lados en su auxilio, con la mira de pelear en defensa de la ciudad, y de llamar á dos partes la atencion de los enemigos. Tuvo Cominio que dividir sus fuerzas, y como marchase en persona contra los Volscos que le cargaban en campo abierto, dejando para mantener el cerco á Tito Larcio, varon muy principal entre los Romanos, tuvieron los Coriolanos en poco las fuerzas que quedaban; por lo que, haciendo una salida y trabando combate, al principio lograron ventajas, y persiguieron á los Romanos hasta su campamento. Desde él acudió Marcio con bien poca gente, y arrollando á los que más se le oponian, y haciendo contenerse á los que venian en pos de ellos, llamaba á grandes voces á los Romanos: porque era un soldado tal cual lo deseaba Caton, no sólo por la mano y por el golpe, sino tambien por el tono de la voz y la fiereza del rostro, temible en el encuentro y aterrador del enemigo. Reuniéronsele ya muchos y pusiéronse á su lado, con lo que acobardados los enemigos volvieron la espalda; y él entónces no se dió por contento, sino que los persiguió y atropelló, llevándolos en desórden hasta las puertas. Puesto ya allí, aunque vió á muchos de los suyos cesar en la persecucion por la copia de dardos que lanzaban de las murallas, no cabiéndole á nadie en la imaginacion el pensamiento de meterse envueltos con los enemigos en una ciudad llena de hombres aguerridos y que estaban sobre las armas; esto no obstante, él insistia y los alentaba, gritando que la fortuna más bien habia abierto la entrada de la ciudad á los perseguidores que á los perseguidos. Siguiéronle muy pocos, con los que se arrojó á las puertas, y se metió por entre los enemigos, no habiendo por lo pronto quien osase resistirle, ni sostener su ímpetu. Cuando luégo echó dentro de ver cuán en corto número eran los que habian de auxiliarle y combatir á su lado, y mezclados

confusamente amigos y enemigos, dícese que sostuvo, de acuchillar y herir, de acudir prestamente á todas partes, y de mostrar el ánimo más arrojado, una increible pelea en la ciudad; y que venciendo á cuantos acometia, con ahuyentar á unos á los últimos extremos, y hacer á otros arrojar las armas, dió oportunidad á Larcio para venir con los Romanos que habian quedado á la parte de afuera.

Tomada de esta manera la ciudad, los más se entregaron á la rapiña y al saqueo de las casas: sentíalo Marcio y los reprendia, pareciéndole cosa intolerable que miéntras el Cónsul y los ciudadanos que con él se hallaban, quizá venian á las manos y combatian con los enemigos, ellos por codicia los abandonasen, ó bajo la especie de enriquecerse se sustrajesen al peligro. Fueron en corto número los que le dieron oidos; y él, tomando consigo á los que quisieron seguirle, marchó por el camino que entendió habia llevado el ejército, inflamando unas veces á sus soldados y exhortándolos á no abatirse, y haciendo otras veces plegarias á los Dioses para que no le privasen de la gloria de hallarse en la batalla, y ántes le concediesen llegar en la oportunidad de combatir y partir los riesgos con sus conciudadanos. Tenian entónces la costumbre los Romanos, al formarse para entrar en accion, de embrazar los escudos, ceñirse la toga, y hacer testamentos no escritos, nombrando ante tres ó cuatro camaradas su heredero; y cuando en esta disposicion se hallaban los soldados, teniendo ya á la vista los enemigos, entónces es cuando Marcio sobrevino. Y lo que es al principio dió que temer á algunos, presentándose con unos pocos cubiertos de sangre y de sudor; pero despues que prestamente y con semblante alegre se fué hácia el Cónsul alargándole la diestra, y le dió cuenta de cómo habia tomado la ciudad, Cominio le echó los brazos, y le saludó con ósculo; y de los demas, á los que se enteraron del suceso les inspiró confianza, y aliento á los que solo lo conjeturaron; por lo que gritaron todos

que se les llevara á los enemigos y se trabara la batalla. Preguntó entónces Marcio á Cominio con qué órden estaban dispuestas las diferentes armas de los enemigos, y dónde habian colocado las tropas escogidas. Díjole éste que en su entender ocupaban el centro los tercios de los de Ancio, gente muy aguerrida y que á nadie cedia en valor. «Ruégote, pues, le contestó Marcio, y encarecidamente te suplico, que nos coloques en contraposicion á esos;» y el Cónsul se lo concedió admirado de semejante decision. Apénas comenzaron á herirse con las lanzas, se adelantó contra los enemigos Marcio, y los Volscos que estaban á su frente no pudieron resistirle, sino que la falange, por la parte por donde él acometió, fué al punto rota. Mas como entónces los de uno y otro costado hiciesen una conversion y dejasen á Marcio cerrado entre sus armas, lleno de cuidado el Cónsul mandó á los más esforzados en su auxilio; y trabada en rededor de Marcio una recia pelea, en la que en breve fueron muchos los muertos, cargando aquellos con ímpetu y fuerza rechazaron á los enemigos, en cuya persecucion se pusieron luégo, rogando á Marcio, al que veian rendido de cansancio y de heridas, que se retirase al campamento; pero respondiéndoles que nunca se cansa el que vence, cargó tambien sobre los fugitivos. Todo lo restante del ejército fué igualmente deshecho, siendo grande así el número de muertos como el de prisioneros.

Al dia siguiente, habiéndose presentado Marcio y concurrido gran muchedumbre ante el Cónsul, subió éste á la tribuna; y hecha de los Dioses la debida conmemoracion por tamañas prosperidades, volvió ya á Marcio su discurso. Hizo de él en primer lugar un magnífico elogio, habiendo sido espectador de muchas de sus acciones en la batalla, y habiéndose informado del mismo Marcio en cuanto á las demas; y luégo habiendo sido muy grande la presa en riqueza, en caballos y en hombres, le dió órden de que to-

mase de cada especie de cosas diez, ántes de hacerse la distribucion á los demas, y separadamente por prez del valor le regaló un caballo enjaezado. Aprobáronlo los Romanos; pero Marcio, haciéndose adelante, respondió que el caballo lo recibia, y le eran muy gratos los elogios del General; pero en cuanto á las demas cosas, mirándolas más bien como salario que como honor, las renunciaba, contento con entrar como uno de tantos al reparto: con todo, que una sola gracia especial pedia, y les rogaba se la otorgasen. «Tenía, dijo, entre los Volscos un huésped y amigo, hombre de probidad y moderacion: éste ha sido ahora hecho prisionero, y de rico y feliz que ántes era, ha venido á ser esclavo; mas entre tantos males como le agobian, de uno solo es menester aliviarle, que es de ser vendido en la almoneda.» Al oir tal propuesta todavía fué mayor la gritería de todos en loor de Marcio, y muchos los que admiraron más su desprendimiento en punto á intereses, que su ardimiento en los combates: de manera que áun á aquellos en quienes habia algo de emulacion y envidia por los distinguidos honores que se le tributaban, les pareció digno de los mayores premios, por el mismo hecho de rehusarlos; y en más tenian la virtud con que los despreciaba, que no aquella con que los habia ganado; porque es más laudable saber usar bien de las riquezas que de las armas, y es más glorioso que el usar bien de aquellas, el no desearlas ni haberlas menester.

Luégo que entre la muchedumbre cesó el alboroto y la gritería, volvió á tomar la palabra Cominio, y dijo: «En cuanto á esos otros dones, oh camaradas, no hay cómo precisar á Marcio, si no los admite ó rehusa recibirlos: obsequiémosle, pues, con aquel que concedido no pueda desecharle, y resolvamos que tome el nombre de Coriolano, si es que ya su misma hazaña no se le dió.» Y desde entónces tuvo el de Coriolano por el tercero de sus nombres: con lo que se pone más de manifiesto que entre éstos

Cayo era el nombre propio, y que el segundo era el de la casa y familia, esto es, el de Marcio. El que usó ya en adelante fué el tercero, que se añadia por una accion, por un acaso, por la figura, ó por alguna virtud: al modo que los Griegos por una hazaña imponian el sobrenombre de Sotero (1) y de Calinico (2); por la figura el de Fuscon (3) y Gripo (4); por la virtud el de Euergetes (5) y Filadelfo (6), y por la dicha el de Eudemon (7) al segundo de los Batos. En algunos de los reyes los motes mismos pasaron á ser nombres, por los que fuesen conocidos, como en Antígono el de Doson (8), y en Tolomeo el de Lamuro (9). Todavía fué más comun á los Romanos usar de este género de sobrenombres, llamando Diademado á uno de los Metèlos, porque habiendo tenido por largo tiempo una llaga, salia á la calle con una venda en la frente; y á otro Celere ó Pronto, porque dispuso en muy pocos dias el dar solemnes juegos en el funeral de su difunto padre; manifestando la admiracion que les causó la prontitud y ligereza de aquellos preparativos. A algunos por el acaso ocurrido en su nacimiento los llaman aún hoy, Proclo al que nace estando su padre ausente; Póstumo cuando el padre ha muerto; y al que habiendo nacido melguizo se le muere el hermano, Vopisco. Por los motes y apodos no sólo dan los sobrenombres de Silas y Nigros, sino tambien los de Cecos y Claudios: acostumbrando muy juiciosamente á no tener por tacha ó afrenta la ceguera ó alguna otra desgracia y

---

(1) Sotero es Salvador.
(2) Calinico, el señalado vencedor.
(3) Fuscon, es panzudo.
(4) Gripo, el de la nariz aguileña.
(5) Euergetes, bienhechor.
(6) Filadelfo, amante de sus hermanos.
(7) Eudemon, feliz, bienhadado.
(8) Doson, es el vano prometedor.
(9) Lamuro, el chocarrero.

falta corporal, sino á ponerlas por nombre propio del que las sufre. Mas esto pertenece á tratado diferente.

Terminada la guerra, volvieron los Tribunos á suscitar otra vez la sedicion, no porque tuviesen nueva causa ó motivo justo de queja, sino haciendo que les sirvieran de pretexto contra los patricios los males que necesariamente debieron seguirse á sus primeras inquietudes y disensiones; porque la mayor parte del terreno se quedó por sembrar é inculto, y no hubo oportunidad con motivo de la guerra para hacer prevencion de trigo forastero. Sobrevino, por tanto, una suma carestía; y viendo los Tribunos que la plebe absolutamente carecia de abastos, y que áun cuando los hubiese de venta no tenía con qué comprarlos, echaron la calumniosa voz contra los ricos de que por pura malignidad les habian atraido aquella hambre. Entretanto vino embajada de los de Veletri, ofreciendo entregar la ciudad y pidiendo se enviasen allá colonos, porque una enfermedad pestilente que los habia afligido habia hecho tal ruina y destrozo de hombres, que apénas le habria quedado la décima parte de su poblacion. Parecióles á los hombres de juicio que habia venido muy oportuna y sazonadamente esta demanda de los Velitranos en ocasion en que necesitando por la escasez de algun alivio, concebian la esperanza de calmar la sedicion con limpiar la ciudad de lo más revuelto y más acalorado de los Tribunos, como de una superfluidad nociva é incómoda. Escogiendo, pues, á éstos los Cónsules, de ellos formaron la colonia y la enviaron, y á los demas les intimaron la necesidad de militar contra los Volscos; preparando así una distraccion de las turbaciones civiles, y pensando que reunidos con las armas en el campamento y en los comunes combates los ricos juntamente con los pobres, y los plebeyos con los patricios, se mirarian recíprocamente entre sí con mayor mansedumbre y dulzura.

Oponíanse principalmente los tribunos Sicinio y Bruto

diciendo á gritos que se queria disfrazar la cosa más inhumana con uno de los nombres más benignos, pues era como echar al Tártaro á los pobres, hacerles marchar á una ciudad llena de un aire enfermizo y de cadáveres insepultos, y enviarlos á la mansion de un Genio extranjero y maléfico; y como si esto no fuera bastante, que á unos ciudadanos querian los acabase el hambre, á otros los abandonaban á la peste, y además les suscitaban una guerra del todo voluntaria para que no hubiera calamidad que á la ciudad no alcanzase, porque no se prestaba á vivir en la esclavitud de los ricos. No circulando, pues, entre la plebe otros que estos discursos, no se presentaba á la revista de los Cónsules, y desacreditaba la resolucion de enviar la colonia. Veíase en perplejidad el Senado; pero Marcio, que ya estaba lleno de orgullo y tenía la reputacion de altivo, haciéndose admirar por esta calidad, era entre los poderosos el que más abiertamente hacía frente á los tribunos. Enviaron, pues, la colonia, precisando á salir con graves penas á los sorteados; y por lo que hace á la milicia, como enteramente se negasen á ella, reuniendo el mismo Marcio sus clientes, y otros á quienes pudo persuadir, corrió todo el país de los de Ancio; y habiendo encontrado mucho grano, y hecho gran botin de ganados y esclavos, nada tomó para sí, y volvió á Roma con sus soldados, que traian y conducian mucha hacienda; de manera que los demas, pesarosos ya y envidiosos de los que se habian enriquecido, se irritaban con Marcio, y miraban con malos ojos su gloria y su poder, como que crecian en daño de la plebe.

Presentóse de allí á poco tiempo Marcio pidiendo el consulado, y la mayor parte condescendia, ocupando á la plebe cierta vergüenza para no desairar ni repeler á un varon que, sobresaliendo á todos en linaje y en valor, habia alcanzado tantos y tan señalados triunfos; porque era costumbre que los que pedian el consulado hablaran y

alargaran la diestra á los ciudadanos, presentándose con sola la toga y sin túnica en la plaza, bien fuera para mostrar mayor sumision en sus ruegos, ó bien para poner de manifiesto los que tenian cicatrices aquellos honrosos testimonios de su valor y fortaleza; pues no era por sospecha de distribucion de dinero ó de presentes el obligar á que el peticionario se presentara á sus conciudadanos desceñido y sin túnica, porque tarde y muy largo tiempo despues fué cuando se introdujo la corrupcion y la venta, y cuando el dinero se mezcló en las votaciones de los comicios; y ya desde entónces el soborno, habiendo contaminado los tribunales y los ejércitos, impelió la ciudad hácia el despotismo, cautivando las armas al dinero: pudiéndose asegurar que tuvo mucha razon el que dijo que el primero que disolvió la república fué el que dió banquetes é hizo distribucion de dinero al pueblo. Mas este daño parece que se fué deslizando á escondidas y poco á poco, y que no se manifestó de pronto en Roma: puesto que no sabemos quién fué el que primero hizo en aquella ciudad donativos á los tribunales ó al pueblo; cuando en Atenas se dice haber sido el primero que dió dinero á los jueces Anito el de Antemion, acusado de traicion acerca de Pilo, ya hácia el fin de la guerra del Peloponeso; tiempo en que todavía en Roma dominaba en la plaza pública un linaje verdaderamente áureo é incorrupto.

Mostraba Marcio muchas cicatrices de gran número de combates en que habia sido herido en los diez y siete años seguidos que habia militado; lo que hacía mirar con respeto su valor, y unos á otros se habian dado palabra de designarle. Mas venido el dia en que habia de hacerse la votacion, como Marcio se hubiese presentado en la plaza pública acompañándole pomposamente el Senado, y pugnando todos los patricios por ponérsele alrededor, demostracion que jamás habian hecho con nadie, al punto la muchedumbre depuso la inclinacion que le tenía, pasando

á mirarle con encono y ojeriza; á los cuales afectos se juntaba, además, el temor de que un hombre tan aristocrático, hecho dueño del mando y teniendo tanto ascendiente con los patricios, pudiera privar enteramente al pueblo de su libertad; y con estas ideas desairaron en la votacion á Marcio. Luego que se vió ser otros los Cónsules que se publicaron, el Senado lo sintió profundamente, creyendo que el insulto más que contra Marcio era contra él mismo; pero aquél no llevó con moderacion ni con sosiego lo sucedido, estando por lo comun acostumbrado á usar de aquella parte de su carácter que era iracunda y rencillosa; sin que lo dócil y suave que principalmente debe sobresalir en las virtudes políticas se le hubiese en ningun modo inspirado por el discurso y la educacion, y sin que supiese que, como dice Platon, al que ha de tomar parte en los negocios públicos y conversar sobre ellos con otros hombres le conviene ante todo huir la arrogancia, compañera inseparable de la falta de trato, y abrazar la paciencia, que suele de algunos ser escarnecida. Así es, que siendo hombre sencillo é inflexible, creido de que el vencer y salirse con todo era obrar con fortaleza, mas no de que el entregarse á la cólera proviene de debilidad y flaqueza por lo que sufre y padece el espíritu, del que viene á ser como un tumor la ira, se retiró de la plaza lleno de incomodidad y despecho contra el pueblo. Los jóvenes patricios, que eran en la ciudad por lo distinguido de su orígen lo más ufano y floreciente, siempre se le habian mostrado sumamente afectos, y entónces, presentándosele y poniéndosele al lado, no para bien, con irritarse y dolerse con él, exasperaron todavía más su cólera é indignacion; porque era cuando estaban de faccion su guía y su maestro en las cosas de la guerra, y en el hacer que los que se gloriaban de hazañas ilustres excitaran en los demas, no envidia, sino una honrosa emulacion.

Vino en esta sazon trigo á Roma, en gran parte com-

prado en Italia, y en no pequeña regalado por los Siracusanos, enviándolo el tirano Gelon; con lo que muchísimos concibieron lisonjeras esperanzas de que á un mismo tiempo iba la ciudad á verse libre de escasez y de disensiones. Reunido, pues, el Senado, se derramó incontinente por las inmediaciones el pueblo, cercando por la parte de afuera la Curia, en la esperanza de que tendria grano en mucha conveniencia, y que lo regalado se distribuiria de balde; y áun adentro habia quien á esto mismo excitase al Senado. Mas levantóse en este punto Marcio y contradijo acaloradamente á los que pensaban en haberse benignamente con la muchedumbre, tratándolos de populares y de traidores de la nobleza, que fomentaban contra sí mismos las semillas, ya prendidas, de osadía é insolencia; las que hubiera sido bueno no haber despreciado cuando se esparcian al principio, y no haber dejado á la plebe hacerse poderosa con tan excesiva potestad: que ya hasta temible se les hacía con querer que en todo se cediera á su voluntad, y á nada pudiera precisárseles contra ella, no guardando obediencia á los Cónsules, y viviendo en anarquía con tener por caudillos á los que se denominaban magistrados suyos: que con el presente y distribucion del grano, que al modo de los Griegos de mejor ordenadas repúblicas decretaban algunos, no se haria otra cosa que dar aire á su desobediencia en ruina del Estado; «pues no pueden reconocer que sea una recompensa por la milicia, de que desertaron; por las excisiones con que abandonaron la patria, ó por las calumnias que abrigan contra el Senado, sino que en la inteligencia de que cediendo y lisonjeándolos de miedo les hacemos semejante distribucion, y con la esperanza de salirse con todo, no pondrán á su desobediencia término alguno, ni habrá cómo contenerlos de que armen disensiones y alborotos: así que esto, decia, me parece una locura. Por tanto, si hemos de obrar con prudencia, arranquémosles el tribunado, que es un giron de la autori-

dad consular, y un rasgon de la república, no una ya como ántes, sino de tal manera partida en trozos, que ya no ha de poder en adelante unirse, ni tener concordia, ni dejar nosotros de estar achacosos y en contínuos alborotos unos con otros.»

Diciendo Marcio muchas cosas por este término, entusiasmó extraordinariamente á todos los jóvenes, y puso de su parte á casi todos los ricos, que decian á gritos no tenía la ciudad otro hombre inflexible, é incapaz de condescendencias, sino á él solo. Hacíanles con todo oposicion algunos de los ancianos, previendo lo que iba á suceder; pero nada de provecho adelantaron; porque los tribunos que se hallaban presentes, luego que vieron que prevalecia el dictámen de Marcio, corrieron con gritería hácia la muchedumbre, exhortándola á que se les uniese y les diese auxilio. Reunido tumultuariamente el pueblo en junta, y referidas las expresiones en que habia prorumpido Marcio, estuvo en muy poco el que, llevada la plebe de la ira, no se arrojose sobre el Senado; pero los tribunos, atribuyéndolo todo á Marcio, lo enviaron á llamar para que se defendiese. Mas como con desprecio hubiese desechado á los ministros que se le enviaron, los mismos tribunos se presentaron trayendo con los prefectos á Marcio por fuerza, habiéndole echado mano. Concurrieron entónces los patricios, é hicieron retirar á los tribunos, y á los prefectos áun les dieron algunos golpes; pero sobrevino la tarde, y disolvió aquel alboroto. A la mañana temprano, viendo los Cónsules al pueblo sumamente inquieto, y que por todas partes corria hácia la plaza pública, temieron por la ciudad; y congregando el Senado, exhortaban á que mirase cómo con palabras suaves y con proposiciones ventajosas se podria apaciguar y sosegar á la muchedumbre, pues no eran momentos aquellos de pretensiones ni de contender por la autoridad, si tenian algo de juicio, sino más bien tiempo delicado y de urgencia que pedian un manejo

de mucha mansedumbre y mucha humanidad. Convinieron los más, y dirigiéndose los Cónsules á la muchedumbre, le hablaron con mucha blandura, y procuraron templarla, disipando con agrado las calumnias y absteniéndose lo posible de quejas y reconvenciones; y en cuanto al precio del grano comprado, dijeron que fácilmente se entenderian entre sí.

Cuando la mayor parte de la plebe se hubo calmado, y se echó de ver en el escuchar con el órden y sosiego que se habia dejado convencer y ablandar, tomando la palabra los tribunos, ofrecieron que la plebe competiria en moderacion y prudencia con el Senado miéntras así se la tratase; mas al mismo tiempo ordenaron que Marcio se justificase de haber tratado de inflamar al Senado para trastornar el gobierno y disolver la república; de haber sido rebelde á la citacion de los mismos; y finalmente, de haber dado de golpes é insultado en la plaza pública á los prefectos, promoviendo en cuanto estuvo de su parte la guerra civil, y armando á los ciudadanos unos contra otros. Hacian esta propuesta con la intencion, ó de humillar á Marcio si contra su carácter deponia la altivez, ó de encender más la ira contra él si usaba de su genio; que era lo que más esperaban, y en lo que ciertamente no se engañaron: porque se presentó como para defenderse, y la plebe le prestó una reposada atencion; mas luego que ante unos hombres que aguardaban un lenguaje sumiso empezó, no sólo á usar de un desenfado chocante y de una acusacion más chocante todavía que el desenfado, sino que áun en el tono de la voz y en todo su continente dió muestras de un desahogo que no distaba mucho del desden y del desprecio, la plebe se incomodó, y se veia que le era muy molesto aquel discurso; y de los tribunos, Sicinio, que era el más pronto y arrebatado, habiendo conferenciado brevemente con sus colegas, y publicando que Marcio era condenado á muerte por los tribunos, ordenó á los prefec-

tos que llevándole á la roca Tarpeya, le arrojasen inmediatamente al barranco que está al pié de ella. Al ir los prefectos á echarle mano, áun á los más de los plebeyos les pareció aquello sumamente duro y mal meditado; y los patricios, levantándose y acudiendo de todas partes, pugnaban con gritería por darle socorro; y unos apartaban á empellones á los que le asian, cogiendo á Marcio en medio de ellos; y otros, levantando las manos hacian plegarias á la muchedumbre. De nada servian los discursos ni las voces en semejante tumulto y confusion; conferenciando por tanto entre sí los amigos y familiares de los tribunos sobre que sería imposible, sin gran mortandad de los patricios, sacar de allí y castigar á Marcio, lograron persuadir á aquellos que desistieran de lo extraño y repugnante de aquel modo de castigo, quitándole la vida por violencia, sin ser juzgado, y ántes permitieran al pueblo dar su voto. De sus resultas preguntó Sicinio á los patricios qué era lo que intentaban con sustraer á Marcio de manos de la plebe que queria castigarle. Y como aquellos le preguntasen á su vez: «¿Y qué resolucion y presuncion es la vuestra de conducir así á uno de los primeros ciudadanos romanos á un castigo tan atroz é ilegal?—No hagais, pues, contestó Sicinio, que esto sirva de pretexto para una disension y sublevacion contra la plebe; pues se os concede lo que apeteceis, que es que sea juzgado: y á tí, oh Marcio, continuó, te asignamos el plazo de tres ferias para que comparezcas; y si es que no has delinquido, lo hagas manifiesto á tus conciudadanos, que con sus votos han de juzgarte.»

Por entónces contentó mucho á los patricios este desenlace, y se retiraron con Marcio sumamente gozosos. En el plazo de las tres ferias, porque hacen los Romanos sus ferias de nueve en nueve dias, dándoles el nombre de *nundinas*, les dió esperanza de buen éxito el tener que levantar ejército contra los de Ancio, pensando que iria

largo y ocuparia tiempo, con el que la plebe se haria más dócil, debilitándose el enojo concebido, ó borrándose del todo con la ocupacion y la guerra. Mas como terminada prontamente la querella hubiesen dado muy luego la vuelta, eran frecuentes las juntas de los patricios, temerosos y solícitos por no abandonar á Marcio, ni dar otra vez á los tribunos motivo para conmover la plebe. Tenía opinion Apio Claudio de ser uno de los más opuestos á ésta; y no la desmintió en esta ocasion, diciendo que el Senado sería quien acabase con los patricios y quien disolviese la república, si daban lugar á que la plebe tuviera voto contra los patricios; pero por el contrario, los más ancianos y más populares eran de dictámen de que la misma autoridad, en vez de más áspera y más insolente, haria á la plebe más dulce y más humana; porque para aquella, que más bien que despreciar al Senado, estaba en inteligencia de ser de él tenida en poco, sería de gran honor y consuelo esta facultad de juzgar; de manera que en el acto mismo de tomar las tablas ya habrian depuesto la ira.

Echando de ver Marcio que el Senado por amor á él, y por miedo á la plebe, estaba en la mayor duda y perplejidad, preguntó á los tribunos qué era de lo que le acusaban, y sobre qué crímen le llevaban á ser juzgado por el pueblo. Respondiéndole éstos que la acusacion era de tiranía, y le probarian que tiranizar habia sido su intento, se levantó prontamente, y de ese modo dijo: «Ahora mismo voy ante el pueblo á defenderme, y no rehuso ningun modo de juicio, ni si soy vencido, ningun género de pena, con tal que sobre esto sólo sea mi acusacion, y no engañeis al Senado;» y convenidos en ello, segun lo tratado, se entabló el juicio. Congregado el pueblo, ya desde luégo hubo la novedad de que se obtuvo á fuerza que la votacion se hiciese, no por curias, sino por tribus, consiguiendo con esto que sobre los hombres acomodados, conocidos y compañeros de Marcio en el ejército, prevaleciera

en sufragios una muchedumbre pobre, jornalera, y poco cuidadosa del decoro. Despues de esto, abandonando el juicio de tiranía, para el que no tenian pruebas, trajeron á discusion el discurso de Marcio en el Senado, cuando se opuso al precio cómodo del trigo, y se empeñó en que se quitara á la plebe el tribunado. Acusáronle tambien de otro nuevo crímen, que fué la distribucion del botin que hizo en la comarca de Ancio, no habiéndolo presentado al público, y habiéndolo repartido á los que militaron con él; que se dice haber producido en Marcio grande trastorno, porque de ningun modo lo esperaba: así cogido de repente, no le ocurrieron razones bastante persuasivas para hablar á la muchedumbre, y ántes con hacer el elogio de los que fueron de la expedicion, indispuso contra sí á los que no se hallaron en ella, que eran en mucho mayor número. Finalmente, dadas las tablas á las tribus, excedieron en tres las que le condenaban; siendo la pena destierro perpétuo. Luego que esto se anunció al pueblo, salió de la plaza con un gozo y una satisfaccion cual no habia manifestado nunca despues de haber vencido á sus enemigos. Por el contrario, del Senado se apoderó una gran pesadumbre y abatimiento, arrepintiéndose y llevando muy á mal el no haberse expuesto á todo, ántes que consentir que la plebe los maltratase, autorizada con tan exorbitante facultad: de manera que para distinguirlos no habia entónces necesidad de atender al vestido ú otras insignias, sino que al instante se echaba de ver que el que estaba contento era plebeyo, y patricio el que se mostraba incomodado.

Solamente el mismo Marcio se mostraba sereno é imperturbable en su continente, en sus pasos y en su semblante; y miéntras los demas sufrian, él sólo se ostentaba impasible; no por reflexion ó apacibilidad, ni porque estuviese resignado á lo que le sucedia, sino más bien agitado de ira y de impaciencia; lo que engaña á muchos, no entendiendo que aquello es otra forma de pesar. Porque

cuando éste se convierte en saña, como si diera calentura, entónces pierde el abatimiento y la inmovilidad, y el iracundo aparece esforzado, al modo que fogoso el calenturiento; como si el alma estuviese alterada, tirante y conmovida. Así es que muy luégo dió muestras Marcio de esta disposicion; porque entrando en su casa se despidió de su madre y su mujer, á las que encontró muy afligidas y llorosas; y exhortándolas á llevar con valor aquel trabajo, marchó sin detenerse, y se encaminó á las puertas de la ciudad. De allí, á donde le habian acompañado todos los patricios, sin tomar nada ni hacer algun encargo, se puso en camino, no llevando consigo sino tres ó cuatro de sus clientes. Por unos cuantos dias estuvo en una de sus posesiones revolviendo en su ánimo diferentes ideas, cuales el enojo se las sugeria; y no pensando nunca cosa buena ó conveniente, sino cómo haria á los Romanos arrepentirse, resolvió, por fin, ver el modo de suscitarles una guerra peligrosa y cercana. Encaminóse, pues, ántes que á otra parte á tentar á los Volscos, sabedor de que estaban florecientes en gente y en dinero, y teniendo por cierto que con las derrotas poco ántes sufridas no se habia disminuido tanto su poder, como se habian aumentado su emulacion y su encono.

Habia en Ancio un ciudadano que por su riqueza, por su valor y por lo ilustre de su linaje, tenía una especie de autoridad régia entre todos los Volscos, y era su nombre Tulo Aufidio. Sabia Marcio que éste le aborrecia más que á ninguno otro de los Romanos, porque muchas veces en los combates se habian hecho amenazas y provocaciones, usando de jactancias en los encuentros, como es propio de la vanagloria y la emulacion entre enemigos jóvenes: y así, á la enemistad comun habian añadido el odio particular del uno al otro. Mas con todo, conociendo tambien en Tulo cierta grandeza de ánimo, y que más que ninguno entre los Volscos deseaba hacer daño por su parte á los

Romanos si daban ocasion á ello, confirmó la sentencia del que dijo:

Repugnar á la ira es arduo empeño:
Cómprase con la vida lo que anhela.

Porque tomando un vestido y traje en el que, aunque le vieran, no pudiera ser conocido, á la manera de Ulises

En la ciudad se entró de hombres contrarios.

Era la hora de anochecer, y aunque tropezó con muchos, no fué conocido de nadie. Dirigióse, pues, á la casa de Tulo, y entrándose repentinamente al hogar, se sentó sin hablar palabra; y cubriéndose la cabeza se estuvo quedo. Admiráronse los que allí se hallaban; pero ninguno se atrevió á oponérsele, porque habia cierta dignidad en su continente y en su silencio; lo que sí hicieron fué referir á Tulo, que estaba cenando, lo extraordinario de aquel caso; y éste, levantándose de la mesa, se vino para él, y le preguntó quién era, y cuál el objeto de su venida. Entónces Marcio, descubriéndose y parándose un poco, «si áun no me conoces, oh Tulo, dijo, sino que con estar viéndome todavía dudas, será preciso que yo me haga acusador de mí mismo. Soy Cayo Marcio, que he causado á los Volscos muchos daños, y llevo un nombre que no me permitiria negarlo, llamándome Coriolano; pues de todos mis trabajos y peligros no poseo otro premio que este ilustre nombre, distintivo de mi enemistad contra vosotros; y esto es lo único que no se me ha quitado: de todos los demas bienes, por envidia é insolencia de la plebe, y por flojedad y abandono de los que están en los altos puestos, que son mis iguales, de una vez me he visto despojado. Me han echado á un destierro, y me he acogido á tu hogar como suplicante, no de mi inmunidad y seguridad, porque ¿á qué

habia de venir aquí si temiera morir? sino en solicitud de tomar venganza, la que ya tomo en alguna manera de los que me han desechado, haciéndote dueño de mí. Por tanto, si anhelas dominar á tus enemigos, aprovéchate, oh hombre generoso, y saca partido de mis desgracias, haciendo que se convierta en dicha vuestra el infortunio de un hombre que tanto mejor peleará en vuestra defensa que contra vosotros, cuanto hacen mejor la guerra los que conocen las cosas de los enemigos que los que las ignoran. Mas si has desistido de aquel intento, ni yo quiero vivir, ni á tí te estaria bien el salvar á un hombre que te es de antiguo contrario y enemigo, y ahora inútil y de ningun provecho.» Al oir esto Tulo recibió grandísimo contento, y alargando la diestra, «aliéntate, le dijo, oh Marcio, y confia: porque nos traes un gran bien entregándote á tí mismo; y espera todavía mayores cosas de los Volscos.» Dió entónces un banquete á Marcio con gran regocijo, y en los dias siguientes estuvieron confiriendo juntos entre sí sobre la guerra.

En Roma la ojeriza de los patricios contra la plebe, acrecentada con la condenacion de Marcio, causó grande alteracion; y además los agoreros, los sacerdotes y los particulares referian muchos prodigios que debian inspirar cuidado. Cuéntase uno de ellos en esta forma: habia un Tito Latino, hombre poco conocido, no de la clase jornalera, sino medianamente acomodado, libre de toda supersticion, y más todavía de ostentacion y jactancia. Este, pues, tuvo un sueño, en el que se le apareció Júpiter, y le mandó dijese al Senado que habia sido un danzante poco diestro y poco agradable el que habia prevenido para que fuese delante de su procesion. Cuando tuvo este ensueño, dijo que á la primera vez no hizo caso; y que cuando segunda y tercera lo despreció tambien, le vino la nueva de la muerte de un hijo muy apreciable, y de repente se le baldó el cuerpo sin poderse valer de él: de todo lo que, habiéndose

hecho llevar en hombros, dió cuenta al Senado; y segun dicen no bien lo hubo ejecutado, cuando sintió fortalecido su cuerpo, y se retiró andando por su pié. Quedáronse los senadores atónitos é hicieron grandes pesquisas sobre este suceso; el que se halló haber pasado así: un amo entregó en manos de los otros á uno de sus esclavos con órden de que lo llevaran por la plaza dándole azotes, y despues le quitaran la vida. En pos de ellos cuando así lo cumplian y hostigaban al esclavo, que con el dolor daba mil vueltas y hacía muchos movimientos y contorsiones poco graciosas, acertó por casualidad á ir la rogativa de Júpiter; á cuya vista muchos de los que allí se hallaron sintieron incomodidad, viendo un espectáculo tan triste y aquellas odiosas contorsiones; mas ninguno se interpuso, y sólo se contentaron con decir denuestos é imprecaciones contra el que tan ásperamente castigaba. Porque trataban entónces á los esclavos con mucha equidad, por trabajar á su lado, y porque viviendo juntos usaban con ellos de gran dulzura y familiaridad: así el mayor castigo de un esclavo descuidado era hacerle que tomando el palo del carro en que se sostiene el timon, saliese así por la vecindad: porque el que le sufria, y era visto de los conocidos y vecinos, quedaba para siempre desacreditado; y á este tal le decian por apodo *Furcifer*, llevador de la horquilla, porque llamaban horquilla los Romanos á lo que los Griegos apoyo ó sosten.

Luégo que Latino les refirió su ensueño, dudando quién podria ser el poco diestro y poco grato danzante que habia precedido á la rogativa de Júpiter, hicieron algunos memoria, por la extrañeza del castigo, de aquel esclavo que azotado habia sido conducido por la plaza, y despues se le habia dado muerte. En consecuencia, por dictámen uniforme de los sacerdotes, el señor del esclavo fué castigado, y de nuevo se hicieron en honor del Dios la rogativa y los uegos. En otras muchas cosas se echa de ver que Numa

fué un excelente ordenador de las cosas sagradas; pero sobresale principalmente lo que estableció para hacer religiosos á los Romanos; porque cuando los magistrados y sacerdotes se ocupan en las cosas divinas precede un heraldo, que exclama en alta voz: *hoc age*; expresion que significa: haz lo que haces, prescribiendo á los sacerdotes que presten atencion y no interpongan ninguna otra obra ó especie de ocupacion, como dando á entender que las más de las cosas humanas se hacen por una cierta necesidad, sin intencion del que las hace. Por lo que toca á los sacrificios, las procesiones y los espectáculos, suelen los Romanos repetirlos, no sólo por una causa tamaña, sino por otras más pequeñas; pues con que tropezase uno de los caballos que conducian las llamadas *criadas*, ó con que un carretero tomase las riendas con la mano izpuierda, decretaban que de nuevo se hiciese la rogativa; y áun en tiempos posteriores se hizo hasta treinta veces el mismo sacrificio, porque siempre pareció que habia habido alguna falta ó se habia atravesado algun estorbo: ¡tal era en estas cosas divinas la piedad de los Romanos!

Marcio y Tulo, entretanto, trataban en Ancio reservadamente con los de mayor poder, y los exhortaban á promover la guerra, miéntras los Romanos estaban en disensiones unos con otros; y cuando trabajaban en persuadirlos, porque les oponian la tregua y armisticio de dos años convenido entre los dos pueblos, los Romanos mismos les dieron ocasion y pretexto con haber hecho publicar por pregon, á causa de cierta sospecha, ó más bien calumnia, que los Volscos que asistiesen á los espectáculos y juegos debieran salir de la ciudad ántes de ponerse el sol. Hay quien diga que esto se hizo por amaño y dolo de Marcio, que envió á Roma quien falsamente acusase á los Volscos de tener meditado sorprender á los Romanos en sus espectáculos, é incendiar la ciudad: ello es que aquel pregon á todos los enemistó más y más con los Romanos. Acalo-

rábalos además Tulo, é instigábalos de contínuo hasta que logró persuadirles que enviasen á Roma á intimar la restitucion de las tierras y las ciudades que en la guerra se habian tomado á los Volscos. Mas los Romanos, oida la embajaba, se llenaron de indignacion, y dieron por respuesta, que los Volscos serian los primeros á tomar las armas; pero los Romanos serian los últimos á deponerlas. Con esto, congregando Tulo al pueblo en junta general, luégo que hubieron decretado la guerra, les aconsejó que se llamase á Marcio, no conservando memoria alguna de los males antiguos, sino teniendo por cierto que de auxiliar les haria más bien, que mal les habia hecho siendo enemigo.

Prensentóse al llamamiento Marcio, y habiendo hablado á la muchedumbre, como no ménos que por las armas se hubiese mostrado por su elocuencia hombre denodado y guerrero, y áun extraordinario en sus pensamientos y su osadía, se le declaró juntamente con Tulo el absoluto mando para aquella guerra. Mas temoroso de que el tiempo que los Volscos habian de gastar en sus preparativos, que podia ser largo, le arrebatase la oportunidad de obrar, encargó á los principales y á los magistrados que activasen y pusiesen en órden todas las cosas, y él persuadiendo á los más decididos á que voluntariamente le siguiesen sin alistamiento, repentinamente invadió el país de los Romanos, cuando ménos lo esperaban. Así es que recogió tan inmenso botin, que los Volscos tuvieron para retener, para llevar y para consumir en el ejército, hasta fastidiarse. Era con todo la menor mira de aquella expedicion el procurarse provisiones y el talar y devastar la comarca: el objeto principal era acrecentar la discordia entre los patricios y la plebe; para lo que, arrasando y destruyendo todo lo demas, en los campos de los patricios no permitió que se hiciera el más leve daño, ni que nadie tomara de ellos cosa alguna. Con efecto, por esta causa fué mayor la disension y contienda entre ellos, acusando á la plebe los

patricios de haber desterrado injustamente á un varon de tan grande importancia, y culpando á éstos la plebe de haber llamado por encono á Marcio; á lo que añadia, que despues le dejarian á ella la guerra, quedándose tranquilos espectadores, por cuanto tenian á la parte de afuera por guarda de su hacienda y de sus bienes á la misma guerra. Hecho esto, con lo que Marcio inspiró á los Volscos mucho aliento y confianza, se retiró con la mayor seguridad.

Cuando estuvieron ya reunidas todas las fuerzas de los Volscos, como se hallase ser muchas, determinaron dejar una parte en las ciudades para su guarnicion, y con la otra marchar contra los Romanos: y en esta ocasion Marcio dió á escoger á Tulo entre los dos mandos. Mas contestó Tulo que conocia bien que Marcio no le cedia en valor, y que en fortuna le habia visto ser muy favorecido de ella en todos los hechos de armas; así, que tuviera el mando de los que habian de salir á campaña, quedándose él mismo á defender las ciudades y á facilitar á los del ejército cuanto fuera menester. Cobrando con esto Marcio nuevo ánimo, volvió en primer lugar contra la ciudad de Circeyos, colonia que era de los Romanos: mas como ésta se le entregase espontáneamente, ningun daño le hizo. Desde ella pasó á talar el país de los Latinos, esperando con esto que los Romanos vendrian á empeñar accion en defensa de los Latinos, por ser sus aliados, y porque muchas veces los habian llamado. Mas la muchedumbre habia decaido de ánimo, y quedándoles á los cónsules muy poco tiempo de mando en el que no querian exponerse, por estas causas desatendieron á los Latinos; y entónces Marcio marchó contra las ciudades mismas, y sojuzgando por la fuerza á los Tolerinos, Vicanos y Pedanos, y áun á los Bolanos que le hicieron resistencia, se apoderó, al recoger la presa, de sus personas, y distribuyó sus bienes. A los que voluntariamente se le entregaron, los protegió con esmero para que, sin quererlo él, no recibiesen daño al-

guno, aunque estuviera léjos con el ejército y distante del país.

En seguida, tomando por asalto á Bolas, ciudad que no distaba de Roma más de cien estadios, se hizo dueño de gran riqueza, y pasó á cuchillo casi á todos cuantos podian por la edad llevar armas. De los Volscos, áun aquellos á quienes habia tocado quedarse en las ciudades, no tenian paciencia, sino que se pasaban con sus armas á Marcio, diciendo que á él sólo le reconocian por general y por caudillo. Era por toda la Italia muy sonado su nombre, y grande la opinion de su valor, pues que con la mudanza de una sola persona tan extraordinario cambio se habia hecho en todos los negocios. En los de los Romanos, ningun concierto habia, desalentados como estaban para salir á campaña, y no ocupándose diariamente más que en sus altercados y en expresiones de discordia de unos á otros, hasta que les llegó la nueva de estar sitiada por los enemigos la ciudad de Lavinio, donde los Romanos tenian los templos de los Dioses patrios, y que era la cuna y principio de su linaje por haber sido la primera de que Eneas habia tomado posesion. Entónces ya una admirable y comun mudanza de modo de pensar se apoderó de la plebe, y otra extraña tambien enteramente y fuera de razon trastornó á los patricios. Porque la plebe se decidió á abolir la condena de Marcio y á restituirle á la ciudad; y el Senado, reunido á deliberar sobre aquella determinacion, recedió de ella y la contradijo, ó porque en todo se hubiese propuesto repugnar á los deseos de la plebe, ó porque no quisiese que Marcio debiera al favor de ésta su restitucion, ó porque ya se hubiese irritado con éste porque á todos hacía daño sin haber sido de todos ofendido, habiéndose declarado enemigo de la patria, en la que la parte principal y de más poder sabía que habia tenido que padecer y habia sido agraviada juntamente con él. Participada esta resolucion á la muchedumbre, la plebe no

tenía arbitrio para decretar alguna cosa con sus sufragios y establecerla como ley, sin que precediera la autoridad del Senado.

Llególo á entender Marcio, é irritado de nuevo, levantó el sitio, y lleno de enojo, marchó contra la ciudad, poniendo sus reales en el sitio llamado las Fosas Clelias, distante de aquella solamente cuarenta estadios (1). Viéronle, hízoseles temible, y causando en todos gran turbacion, calmó por entónces las disensiones; pues nadie se atrevió ya á contradecir á la muchedumbre, ni magistrados, ni Senado, acerca de restituir á Marcio, sino que viendo correr por la ciudad á las mujeres, en los templos las plegarias y el llanto y los ruegos de los ancianos, y en todos la falta de osadía y de consejos saludables, convinieron en que la plebe habia pensado sábiamente acerca de que se reconciliaran con Marcio, y el Senado habia cometido grande error, empezando á manifestar enojo y enemiga, cuando convenia poner fin á estas pasiones. Determinaron, pues, de comun acuerdo, enviar á Marcio mensajeros que le ofrecieran la vuelta á la patria y le pidieran pusiese término á la guerra. Los que envió el Senado eran de los amigos de Marcio, y esperaban encontrar á su llegada la más benigna acogida en un amigo y compañero suyo; mas nada de esto hubo, sino que llevados por medio del campamento de los enemigos, le hallaron sentado entre una gran comitiva con intolerable severidad. Teniendo, pues, á su lado á los principales de los Volscos, les dió órden de que dijesen qué era lo que tenian que pedir. Hablaron palabras moderadas y humanas, convenientes á su presente situacion; y concluido que hubieron, les respondió ásperamente y con enfado por lo tocante á sí, y á lo que se le habia hecho sufrir; y despues como general, por lo tocante á los Volscos, les puso por condicion la restitucion de las

(1) El estadio era de cien pasos, ó seiscientos piés.

ciudades y de todo el territorio que habian ocupado por la guorra, y que habian de declarar á los Volscos una igualdad absoluta de derechos, como la disfrutaban los Latinos: pues no podia haber otra reconciliacion segura que la que se fundase en igualdad y justicia; y para deliberar, les concedió el plazo de treinta dias; con lo que, despedidos los embajadores, al punto se retiró de aquella comarca.

Este fué el primer motivo de queja que hicieron valer contra él aquellos de entre los Volscos que ya ántes miraban mal y con envidia su grande autoridad, de cuyo número era Tulo; no porque en su persona hubiese sido en ninguna manera ofendido, sino por lo que es la miseria de nuestra condicion: porque no podia sufrir ver del todo oscurecida su gloria, y que ningun caso hacian ya de él los Volscos, en cuya opinion solo Marcio lo era todo, debiendo contentarse los demas con la parte de poder y mando de que éste quisiera hacerlos participantes. De aquí tomaron origen los primeros cargos que sordamente circulaban; é incomodados murmuraban entre sí, dando á aquella retirada el nombre de traicion; porque si no lo era de muros ó de armas, lo era sin embargo de la ocasion y oportunidad, con la que estas cosas suelen ó ganarse ó perderse concediendo un plazo de treinta dias, más que sobrado para que pudieran sobrevenir las mayores mudanzas. Y no porque Marcio pasase ocioso este tiempo; porque durante él hizo marchas con que desbarató y disipó á los aliados de los enemigos y les tomó siete ciudades grandes y populosas. Mas los Romanos no se atrevieron á auxiliarles; sino que sus ánimos estaban poseidos del desaliento, y en cuanto á los peligros de la guerra, se parecian á los cuerpos soñolientos y paralizados. Pasado que fué el plazo, como se presentase otra vez Marcio con todas sus fuerzas, enviáronle segunda legacion, rogándole que depusiese el enojo, y retirando á los Volscos del territorio romano, hi-

ciera y propusiera lo que juzgase convendria más á ambos pueblos: en el concepto de que por miedo en nada cederian los Romanos; mas si entendia que en alguna cosa pudiera tenerse condescendencia con los Volscos, todo se les otorgaria deponiendo las armas. A esto contestó Marcio, que nada les respondia como general de los Volscos; pero como ciudadano que todavía era de Roma, les aconsejaba y exhortaba que moderando aquellos orgullosos pensamientos volviesen de allí á tres dias, trayendo decretado lo que se les habia propuesto; pues si fuese otra la respuesta, no tenian que contar con la inviolabilidad para tornar con palabras vanas á su campo.

Vueltos los embajadores, y oido por el Senado lo que traian, como en una grande tormenta y borrasca de la república, echó este por fin el áncora sagrada; porque á cuantos sacerdotes habia de los Dioses, ó ministros y custodios de los misterios, ó que poseian de tiempo antiguo la adivinacion patria de los sueños, á todos se les ordenó que se encaminasen á Marcio, cada uno con los ornamentos de que por ley debia usar en sus ceremonias, y que le hablasen y exhortasen á que dando de mano á la guerra, bajo esta condicion, tratara despues de los Volscos con sus conciudadanos. Recibiólos sí en el campamento, pero en nada condescendió, y nada hizo ó dijo en que mostrase mayor dulzura, sino que insistió en que con las condiciones propuestas admitiesen la paz, ó se decidieran á la guerra. Con este regreso de los sacerdotes resolvieron por lo pronto defender en gran fuerza los muros de la ciudad, y lanzarse del mismo modo sobre los enemigos, poniendo principalmente su esperanza en el tiempo y en los caprichos de la fortuna; mas desengañáronse luego de que ningun salvamento les quedaba por más que hiciesen; y la turbacion, el caimiento y las ideas más desconsoladas se apoderaron ya de la ciudad; hasta que tuvo lugar un suceso muy parecido á aquellos de que frecuentemente habla Ho-

mero, aunque no satisfaga á la mayor parte; porque diciendo éste, y exclamando en las grandes y extraordinarias ocasiones:

La garza Palas púsole en las mientes;

y tambien:

Cambióle un inmortal el pensamiento;
El que en un solo acalorado pecho
Del pueblo puso la gloriosa suerte;

y en otra parte:

O por sí lo pensó, ó es que algun númen
Le sugirió la provechosa idea:

le vituperan como que con cosas imposibles y con increibles patrañas trata de quitar al juicio de cada uno el mérito de la determinacion propia; cuando Homero no hace semejante cosa, sino que los sucesos ordinarios y comunes que se gobiernan con razon los pone á cuenta de lo que está en nuestro poder: así que dice muchas veces:

Yo lo determiné con grande aliento;

y asimismo:

Apénas dijo, congojóse Aquíles,
Y revolvió tan inquietante pena
Una vez y otra en su alentado pecho;

y en otra parte:

Mas mover no logró á Belerefonte.

Guerrero cauto que con grande acierto
Los más prudentes medios discurria;

y en las ocasiones imprevistas y arriesgadas que piden cierto ímpetu y entusiasmo no pinta al númen como que nos arrebata, sino como que mueve y dirige nuestra determinacion; ni como que produce por sí los conatos y esfuerzos, sino ciertas apariencias ocasionales de ellos; con las cuales no hace la accion involuntaria, sino que da un principio á lo voluntario con infundir aliento y esperanza: pues una de dos, ó hemos de desechar enteramente el auxilio divino de todas las acciones que llamamos y son nuestras; ó si no, ¿de qué otro modo auxiliarán los Dioses á los hombres y cooperarán con ellos? no ciertamente amoldando nuestro cuerpo, ni aplicando ellos mismos nuestras manos y nuestros piés, sino despertando con ciertos principios, con ciertas apariencias é inspiraciones la parte activa y electiva de nuestra alma, ó al contrario desviándola ó conteniéndola.

En Roma á la sazon las mujeres hacian sus plegarias, unas en unos templos, y otras en otros; pero las más y las de mayor lustre ante el ara de Júpiter Capitolino. Entre estas habia una hermana del gran Publícola, que tan señalados servicios hizo á Roma en guerra y en paz, llamada Valeria. Publícola habia muerto ántes, como lo referimos al escribir sus hechos, y Valeria tuvo en la ciudad grande honra y reputacion, porque en su conducta no desdecia de su linaje. Sintiendo, pues, repentinamente un afecto de los que he dicho, acertando no sin inspiracion divina en lo que era conveniente, levantóse de pronto, y haciendo levantar á todas las demas, se encaminó á casa de Volumnia, madre de Marcio. Entra, hállala sentada con la nuera, y teniendo á los hijos de Marcio en su regazo; hácese cercar de las demas matronas, y «nosotras, dice, oh Volumnia, y tú, oh Virgilia, venimos unas mujeres en busca de

otras mujeres, no por decreto del Senado ni por mandamiento del Cónsul, sino que habiendo Júpiter, á lo que parece, oido compasivo nuestros ruegos, nos infundió este impulso de venir acá en vuestra busca á proponeros para nosotras y para los demas ciudadanos el remedio y la salud; y para vosotras, si os dejais mover, una gloria más brillante todavía que la que alcanzaron las hijas de los Sabinos con haber traido de la guerra á la amistad y la paz á sus padres y á sus esposos. Ea, venid con nosotras donde está Marcio, emplead vuestros ruegos, y dad á la patria el verdadero y justo testimonio de que con haber sido tan maltratada, ningun daño os ha hecho, ni ninguna determinacion ha tomado contra vosotras en su enojo, sino que os entrega en sus manos, áun cuando no haya de recabar ninguna condicion equitativa.» Dicho esto por Valeria, aplaudieron las demas matronas, y contestó Volumnia: «En los comunes males, oh matronas, nos toca á nosotras la parte que á todos; y en particular tenemos la desgracia de haber perdido la gloria y la virtud de Marcio, considerando su persona defendida bajo las armas de los enemigos; pero no salva. Mas con todo, nuestro mayor desconsuelo es que las cosas de la patria hayan venido á tan triste estado que haya tenido que poner en nosotras su esperanza: pues no sé si mi hijo hará algun caso de nosotras, ó si no le hará tampoco de la patria, que él anteponia á la madre, á la mujer y á los hijos. Con todo, valeos de nosotras, y conducidnos á su presencia, á lo ménos, cuando no sea otra cosa, para poder morir intercediendo por la patria.»

Dicho esto, haciendo levantarse á Virgilia con los hijos y las demas matronas, se encamina hácia el campamento de los Volscos, siendo aquel un lastimoso espectáculo, que á los mismos enemigos les causó confusion é impuso silencio. Hallábase casualmente Marcio sentado en el tribunal con los demas caudillos; y luégo que vió venir á aquellas

mujeres se quedó suspenso; mas habiendo conocido á su esposa, que venía la primera, determinó en su ánimo mantenerse inmoble é inexorable en su anterior propósito; pero vencido al fin de sus afectos, y trastornado con semejante vista, no pudo aguantar que le cogieran sentado, sino que bajando más que de paso, y saliendo á recibirlas. primero y por largo tiempo saludó á la madre, y despues á la mujer y á los hijos; no conteniéndose en el llanto ni en las caricias, sino más bien dejándose como de un torrente arrastrar de sus afectos.

Cuando ya se hubo desahogado cumplidamente, como advirtiese que su madre iba á dirigirle la palabra, llamando la atencion de los Volscos más principales, prestó oidos á Volumnia, que habló de esta manera: «Puedes echar de ver, oh hijo, áun cuando nosotras no lo digamos, coligiéndolo del vestido y de los semblantes, á qué punto de retiro y soledad nos ha traido tu destierro: reflexiona despues como somos entre todas las mujeres las más desventuradas, puesto que nuestra mala suerte ha hecho que el encuentro, para otras más delicioso, sea para nosotras el más terrible; para mí viendo á un hijo, y para ésta viendo á un marido que amenaza con destruccion á los muros de la patria; y que lo que es para los demas un consuelo en todos sus infortunios y desgracias, que es el orar á los Dioses, sea para nosotras objeto de mucha duda: porque no nos es posible pedir á un mismo tiempo que la patria venza, y que tú quedes salvo, sino que nuestros votos se han de parecer á lo que por maldicion pudiera desearnos nuestro mayor enemigo: pues es forzoso que ó de la patria ó de tí vengan á quedar privados tu mujer y tus hijos. Por lo que á mí toca, la desventura que haya de traer esta guerra no me cogerá viva; pues si no pudiere persuadirte á que, restableciendo la amistad y la concordia, seas ántes el bienhechor de ambos pueblos que la ruina de uno de ellos, ten entendido y está preparado á que no podrás acercarte á

combatir la patria sin que primero pases por encima del cadáver de la que te dió el ser; puesto que no debo aguardar aquel dia en el que vea que ó triunfan de mi hijo los ciudadanos, ó él triunfa de la patria. Y si yo te propusiera que salvaras á ésta con ruina de los Volscos, la prueba sería para tí, oh hijo mio, ardua y difícil; porque el destruir á tus conciudadanos no es honroso, y el hacer traicion á los que de tí se han confiado es injusticia; mas ahora la paz que te pedimos es saludable á todos, y más honesta y gloriosa todavía para los Volscos, pues apareciendo superiores, se entenderá que son los que conceden tan grandes bienes, no entrando ellos ménos por eso á participar de la paz y de la amistad, de las cuales serás tú el principal autor si se consiguen; y si no se consiguieren, á tí sólo te echarán la culpa unos y otros. Y en fin, siendo la guerra incierta, esto hay de cierto desde luégo: que si vences, te está preparado el ser la abominacion de tu patria, y si eres vencido, has de tener la opinion de que por tus resentimientos has hecho venir sobre tus amigos y bienhechores las mayores calamidades.»

Escuchó Marcio este razonamiento de Volumnia sin responder cosa alguna; y como áun despues de haber concluido se mantuviese en silencio por bastante rato: «¿Por qué callas, hijo? continuó diciendo. ¿Será cosa honesta concederlo todo al enojo y á la venganza, y no lo será hacer merced á una madre que tan racionalmente pide? ¿O le está bien al hombre grande conservar la memoria de los males que ha sufrido, y el honrar y reverenciar los beneficios que los hijos reciben de las madres no será propio de un hombre grande y esforzado? Y en verdad que el mostrar reconocimiento á nadie le estaria mejor que á tí, que tan ásperamente te declaras contra la ingratitud, pues de la patria bien costosa satisfaccion tienes tomada; mas á tu madre no hay cosa en que la hayas atendido, cuando nada debia ser tan sagrado como el que yo alcanzara de tí sin

premia las cosas tan honestas y justas que te pido; mas pues que no acierto á moverte, ¿por qué no acudo á la última esperanza?» Y diciendo estas palabras se arroja á sus piés juntamente con la mujer y los hijos. Entónces Marcio exclama: «¡En qué punto me habeis contenido, oh madre!» Y alzándola del suelo, y apretándole fuertemente la mano: «Venciste, le dice, alcanzando una victoria tan feliz para la patria como desventajosa á mí, que me retiro vencido de tí sola.» Dicho esto, habló aparte por breve tiempo con la madre y la mujer, y á su ruego las volvió á mandar á Roma. Pasada la noche, se retiró con los Volscos, que no todos pensaban de él, ó le miraban de una misma manera: pues unos estaban mal con él mismo y con esta accion, y otros ni con lo uno ni con lo otro, teniendo más dispuesto su ánimo á la concordia y á la paz. Algunos habia que á pesar de estar disgustados con lo ocurrido, no culpaban con todo á Marcio, sino que le creian excusable, por cuanto habia sido combatido de afectos tan poderosos. Mas nadie le contradijo, sino que todos le siguieron, más arrastrados de su virtud que de su autoridad.

El pueblo romano cuanto fué el miedo y el peligro miéntras le amenazó la guerra, otro tanto sintió de regocijo cuando la vió disipada. Pues apénas los que estaban en la muralla vieron retirarse á los Volscos, al punto concurrieron á todos los templos llevando coronas como en una victoria, y disponiendo sacrificios. Señalábase principalmente la alegría de la ciudad en los honores y obsequios á las mujeres, del Senado y de la muchedumbre, que reconocian y profesaban haber sido éstas la causa cierta de su salud. Decretó, pues, el Senado que lo que ellas mismas propusieran en reconocimiento y gloria suya, aquello ejecutaran las autoridades; mas ninguna otra cosa pidieron sino que se construyera un templo á la fortuna femenil, haciendo ellas el gasto, y no poniendo la ciudad más que lo relativo á las víctimas y culto que convinieran á los

Dioses. El Senado, aunque aplaudió su celo, labró el templo y la efigie á expensas del público; pero no por eso dejaron aquellas de recoger dinero, é hicieron otra segunda estatua, de la que refieren los Romanos que colocada en el templo, articuló estas ó semejantes palabras: *Con piadosa determinacion me dedicasteis las mujeres.*

Corre la fábula de que por dos veces se oyó esta voz, queriéndonos hacer creer cosas tan monstruosas y difíciles: pues aunque no es imposible parezca á la vista que las estatuas sudan y derraman lágrimas, supuesto que las maderas y las piedras á veces contraen cierta suciedad que despide humor, y además descubren colores y reciben tinturas del mismo ambiente, con las que puede muy bien indicársenos algun prodigio; y aunque es tambien posible que las estatuas hagan cierto ruido semejante al rechinamiento ó al suspiro, proviniendo aquél de una fuerte rotura ó despegamiento interior de las partes; con todo, es enteramente incomprensible que en una cosa sin vida se forme voz articulada y una habla tan cierta, tan determinada y tan distinta: cuando ni al alma ni al mismo Dios es dado articular y hablar sin un cuerpo orgánico y dotado de las partes apropiadas al efecto. Así, cuando la historia nos estrecha con muchos y fidedignos testigos, es que se ha ejecutado en la parte imaginativa del alma una cosa semejante á la sensacion, y que se tiene por tal; al modo que en el sueño nos parece oir lo que no oimos, y ver lo que no vemos; sino que á los supersticiosamente piadosos y religiosos para con los Dioses, y que no se atreven á desechar ó repugnar nada de tales historias, lo maravilloso mismo les es de gran peso para creer, y la idea que tienen del poder de Dios muy superior al nuestro. Porque en nada se mide con la condicion humana ni en la naturaleza, ni en la inteligencia, ni en la fuerza; ni debe tenerse por extraño que haga lo que á nosotros nos es negado hacer, ó que venga al cabo de obras con que nos-

otros no podemos salir; sino que aventajándonos en todo, en las obras es en lo que ménos se nos ha de semejar, y en lo que ménos homos de poder serle comparados. Mas, como decia Heráclito, en las cosas divinas la desconfianza es la que más nos estorba el conocerlas.

En cuanto á Marcio, no bien hubo dado á Ancio la vuelta, cuando Tulo, que por miedo le aborrecia y no le podia sufrir, se propuso quitarle prontamente del medio, porque si ahora escapaba, no volveria otra vez á dar asidero. Concitó y sublevó contra él á otros muchos, y le intimó que diera cuentas á los Volscos, deponiendo el mando. Mas aquél, temiendo quedarse de particular bajo la autoridad de Tulo, que siempre conservaba gran poder entre sus conciudanos, respondió que entregaria el mando á los Volscos si se lo ordenasen, y las cuentas las presentaria á cuantos de éstos quisieran pedirlas. Congregóse, pues, el pueblo, y los agitadores que se tenian prevenidos andaban acalorando á la muchedumbre; mas como luego que Marcio se puso en pié hubiesen por respeto cedido los alborotadores, dándole lugar para hablar con tranquilidad, y se viese bien á las claras que los principales entre los Anciates, contentos con la paz, iban á oirle con benignidad y á juzgarle en justicia, se dió Tulo por vencido si aquél se defendia. Porque era hombre que sobresalia en el don de la palabra, y sus anteriores servicios pesaban más que la querella presente, siendo esta misma la mayor prueba de cuánto era lo que se le debia: porque no hubiera llegado el caso de tenerse por agraviados en que no hubiese tomado á Roma teniéndola en la mano, si no se debiera al mismo Marcio el haber estado tan cerca de tomarla. No juzgaron, por tanto, conveniente el detenerse y contar con la muchedumbre, sino que alzando gritería los más determinados de los conspiradores, diciendo que no habia para qué escuchar ó atender á un traidor que los tiranizaba, y que se obstinaba en no dejar el mando, se ar-

rojaron en gran número sobre él y le acabaron, sin que ninguno de los presentes le socorriese. Mas que esto se ejecutó contra el voto de la mayor parte, lo manifestaron bien pronto, concurriendo de las ciudades á recoger el cuerpo y darle sepultura, adornando con armas y despojos su sepulcro por prez de su valor y de la dignidad de general. Sabida por los Romanos su muerte, ninguna demostracion hicieron ni de honor ni de enojo con él; solamente á peticion de las matronas les concedieron que le hicieran duelo por diez meses, como era costumbre hiciese duelo cada una en la muerte del padre, del hijo ó del hermano: porque éste era el término del luto más largo, señalado y prescrito por Numa Pompilio, como en la relacion de su vida lo manifestamos. Entre los Volscos muy luego el estado de sus cosas hizo ver la falta que Marcio les hacía: porque primero indisponiéndose por el mando con los Ecuos sus aliados y amigos, llegó á haber entre ellos heridas y muertes; y despues vencidos en batalla por los Romanos, en la que murió Tulo, y perdieron lo más florido de sus tropas, tuvieron que someterse con condiciones vergonzosas, prestándose á hacer lo que se les ordenase.

COMPARACION DE ALCIBIADES Y CORIOLANO.

Referidos de estos dos varones aquellos hechos que nos han parecido dignos de expresarse y recordarse, en los militares nada se descubre que pueda inclinar la balanza ni á uno ni á otro lado, porque ambos en esta parte dieron con mucha igualdad en sus mandos repetidas pruebas de valor y denuedo, de industria é inteligencia en las artes de la guerra; á no que alguno quiera, á causa de que Alcibiades en tierra y en mar salió vencedor y triunfante en muchas batallas, declararle por más consumado capitan. Por lo demas, el haber manifiestamente mejorado las cosas domésticas miéntras estuvieron presentes y mandaron; y el haber estas decaido, más conocidamente todavía, cuando se pasaron á otra parte, fué cosa que se verificó en entrambos. En cuanto á gobierno, en el de Alcibiades los hombres de juicio reprendian la poca formalidad, y no estar exento de adulacion y bajeza en sus obsequios á la muchedumbre; y el de Marcio, enteramente desabrido, orgulloso y exclusivo, incurrió en el odio del pueblo romano. Así, ni uno ni otro manejo es para ser alabado; pero el de quien se abate á adular al pueblo es ménos vituperable que el de aquellos que, por no parecer demagogos, insultan á la muchedumbre: porque el lisonjear á la plebe por mandar es cosa indecente; pero el dominar haciéndose temible, vejando y oprimiendo, sobre indecente es además injusto.

Pues que Marcio era sencillo y franco en su conducta, y Alcibiades solapado y falso en tratar los negocios públicos, nadie hay que lo ignore; pero en éste lo que sobre todo se acusa es la malignidad y dolo con que engañando, como Tucídides refiere, á los embajadores de Esparta desvaneció la paz; mas aunque este paso precipitó otra vez en la guerra á la ciudad, hízola más poderosa y más temible con la alianza de los de Mantinea y los de Argos, que el mismo Alcibiades negoció. Y que tambien Marcio suscitó con dolo la guerra entre los Romanos y Volscos, calumniando á los que concurrian á los espectáculos, nos lo dejó escrito Dionisio; y por la causa vino á ser su accion más reparable, pues no por emulacion y por contienda y disputa de mando como aquél, sino por sólo ceder á la ira, con la que, segun sentencia de Dion, nadie se hizo jamás amable, alborotó mucha parte de la Italia; y por solo el encono contra su patria arruinó muchas ciudades, contra las que no podia haber queja alguna. Tambien Alcibiades fué por puro encono causa de muchos males á sus conciudadanos; pero en el momento que los vió arrepentidos, ya los perdonó: y arrojado segunda vez de la patria, no cedió á los generales que tomaban una errada determinacion, ni se mostró indolente al ver su mal acuerdo y su peligro, sino que, como Arístides es celebrado por lo que hizo con Temístocles, esto mismo fué lo que ejecutó, avistándose con los que entónces tenian el mando, sin embargo de que no eran sus amigos, é informándolos é instruyéndolos de lo que convenia; cuando Marcio hacía daño en primer lugar á la ciudad toda, no habiendo sido agraviado de toda ella, sino ántes habiendo sido injuriada y ofendida con él la parte más principal y poderosa; y además de esto con no haberse ablandado y cedido á repetidas embajadas que conjuraban su ira y su enfurecimiento, manifestó bien á las claras que no era su ánimo recobrar la patria y procurar su vuelta, sino que para destruirla y arrasarla le movió una guerra

cruel é irreconciliable. En esto tambien dirá cualquiera haberse diferenciado, que Alcibiades, perseguido y acechado por los Esparciatas, de miedo y odio se pasó á los Atenienses; y en Marcio no estuvo bien el dejar á los Volscos, que en todo le tuvieron consideracion; porque le nombraron su general, y gozó entre ellos de gran confianza y gran poder; no como el primero, que abusando más bien que usando de él los Lacedemonios, entretenido en la ciudad, y maltratado de nuevo en el ejército, por último, tuvo que arrojarse en manos de Tisafernes: á no que se diga que andaba contemplando á Atenas, para que no fuese del todo destruida, por el deseo que siempre le quedada de volver.

En cuanto al dinero, de Alcibiades se cuenta haberle tomado con nota muchas veces de los que querian regalarle, y haberlo malgastado en lujo y en disoluciones; cuando dándosele á Marcio con honor los generales, no pudieron convencerle; y por esto mismo se hizo más odioso á la muchedumbre en los altercados que sobre las usuras ocurrieron con la plebe, como que no por utilidad propia, sino por enemiga y desprecio era contrario á los pobres. Antipatro en una carta que escribió sobre la muerte del filósofo Aristóteles dice entre otras cosas: «Tuvo este gran varon hasta el don de llevarse tras sí las gentes;» y en Marcio el faltarle esta gracia hizo sus acciones y sus virtudes poco aceptas á los mismos que eran de él beneficiados, no pudiendo aguantar su altanería y aquel amor propio que en sentir de Platon va siempre con el poco trato. Mas por el contrario, en Alcibiades, que sabía sacar partido de cuantos se le acercaban, nada extraño era que sus felices hechos alcanzasen una brillante gloria acompañada de benevolencia y honor, cuando no pocas veces algunos de sus yerros encontraron gracia y aplauso. De aquí es que éste, con haber causado no pocos daños ni en ligeras cosas á la ciudad, sin embargo, muchas veces fué nombrado caudillo y general; y aquél con pedir una magistratura muy corres-

pondiente á sus sóbresalientes hechos y virtudes, se vió desairado: así al uno ni áun cuando recibian daño podian aborrecerle sus conciudadanos; y al otro áun cuando le admiraban no podian amarle.

Marcio, pues, en nada fué útil á su ciudad revestido de mando, sino más bien á los enemigos contra su propia patria; cuando con Alcibiades, ya yendo al mando de otros, y ya mandando él, tuvieron ventaja los Atenienses; y lo que es miéntras se halló presente, dominó como quiso á sus enemigos, no prevaleciendo las calumnias sino en su ausencia. Pero Marcio presente fué condenado por los Romanos, y presente le acabaron los Volscos: verdad es que fué injusta y abominablemente; mas él mismo les dió armas con que defenderse, por cuanto no habiendo admitido la paz propuesta públicamente, cedió á particulares ruegos de unas mujeres, no deponiendo la enemistad, sino malogrando y destruyendo la sazon oportuna de la guerra que quedó pendiente, pues hubiera sido razon que se hubiese puesto de acuerdo con los que de él se fiaron, si de la justicia que les era debida hubiese hecho alguna cuenta.

Mas si en la suya no entraron para nada los Volscos, y solo con el deseo de saciar su cólera acaloró primero la guerra y despues la entibió, no estuvo bien que por la madre perdonase á la patria, sino con ésta tambien á la madre; puesto que ésta y la esposa eran una parte de la ciudad que sitiaba. Pues el haberse habido inhumanamente con los ruegos y súplicas de los embajadores y con las preces de los sacerdotes, y luégo conceder á la madre la retirada, esto no fué honor de la madre, sino afrenta de la patria, rescatada por el duelo y el ademan de una sola mujer, como si no fuera por sí misma digna de que se la salvase: gracia que debió ser mal vista, y que fué en verdad cruel y sin agradecimiento, no habiéndose hecho recomendable ni á los unos ni á los otros, pues que se retiró sin tener condescendencia con los combatidos, y sin la

aprobacion de los que con él combatian; de todo lo cual fué causa lo intratable y demasiado arrogante y soberbio de su condicion; pues siendo ya esto por sí mismo muy incómodo á la muchedumbre, si se junta con la ambicion, se hace enteramente desabrido é intolerable: porque los tales no tiran á congraciarse con la muchedumbre, haciendo que no aspiran á los honores; y despues se ponen desesperados cuando no los alcanzan. Tambien tuvieron esta partida de no ser obsequiosos y amigos de adular á la muchedumbre Metelo, Arístides y Epaminondas; pero porque de véras no se les daba nada de aquellas cosas que la plebe es árbitra de darlas ó de quitarlas, desterrados muchas veces, desatendidos y condenados, no se enojaron con sus conciudadanos poco reconocidos; y despues, cuando los vieron mudados, se mostraron contentos, y se reconciliaron con los que los fueron á buscar: porque el que ménos tiene de condescendiente con la muchedumbre, ménos debe mostrarse ofendido de ella; pues el incomodarse más de no alcanzar los honores, nace precisamente de haberlos apetecido con más ánsia.

Alcibiades, pues, no negaba que le era muy satisfactorio verse honrado, y que sentia ser desatendido; y por tanto procuraba ser afable y halagüeño con cuantos se le presentaban; pero á Marcio su orgullo no le permitió hacer obsequios á los que podian honrarle y adelantarle; y al mismo tiempo la ambicion le hizo irritarse y enfadarse cuando le desatendieron. Y esto es lo único que puede mirarse como culpable en tan esclarecido varon, habiendo sido todos los demas hechos suyos sumamente brillantes; y en cuanto á la templanza y desprendimiento del dinero, era digno de que se le comparara con los más excelentes y más íntegros de los Griegos, y no con Alcibiades, sumamente osado en estos puntos, y que hacía muy poca cuenta de la virtud.

TIMOLEON.

Este era el estado de los Siracusanos ántes de que Timoleon fuese enviado á Sicilia. Dion habia conseguido arrojar de Sicilia á Dionisio el Tirano; pero muerto él mismo con una alevosía, entró la division entre los que con Dion habian libertado á los Siracusanos; y la ciudad, pasando sin intermision del dominio de uno al de otro tirano, estuvo en muy poco que no se despoblase. En lo restante de la Sicilia una parte habia mudado de forma y quedado sin pueblos á causa de las guerras, y el mayor número de las ciudades estaban en poder de soldados colecticios y aventureros, abandonándolas fácilmente los que en ellas mandaban. Al año décimo, reuniendo Dionisio algunos extranjeros, y lanzando al tirano Neseo que estaba entónces apoderado de Siracusa, volvió de nuevo á ponerse al frente de los negocios; y si extraño habia sido que con muy pocas fuerzas se le hubiese hecho perder la mayor de las dominaciones que entónces existian, más extraño fué todavía que de desterrado y abatido hubiese vuelto á hacerse dueño de los que le desecharon. De los Siracusanos, pues, los que se mantuvieron en la ciudad quedaron esclavizados á un tirano que, no siendo de suyo nada benigno, tenía además exulcerado entónces su ánimo con las desgracias; y los principales y más distinguidos, acogiéndose á Iquetes,

sobresaliente en autoridad entre los Leontinos, se pusieron enteramente en sus manos, y le eligieron caudillo para la guerra, en medio de que no era mejor que los que abiertamente se decian tiranos; sino que no tenian otro recurso, y prefirieron dar su confianza á un Siracusano de orígen, que reunia una fuerza proporcionada contra el tirano.

Como en aquella misma sazon viniesen contra Sicilia con una fuerte armada los Cartagineses, ensoberbecidos con su buena suerte, temerosos los Sicilianos resolvieron enviar embajadores á la Grecia, é implorar el auxilio de los de Corinto, no solamente por el deudo de un mismo orígen, y porque muchas veces habian sido de ellos favorecidos en iguales casos, sino por saber que generalmente aquella ciudad habia sido siempre tan amiga de la libertad como enemiga de los tiranos, y que la mayor parte de sus peligrosas guerras las habia sostenido, no por deseo y ambicion de mando, sino por la libertad de los Griegos. Iquetes, cuya mira en el mando era la tiranía, y no la libertad de los Siracusanos, ya entónces tenía relaciones secretas con los Cartagineses, aunque en público hablaba en favor de los Siracusanos, y habia enviado tambien embajadores al Peloponeso: no porque quisiera que viniera auxilio de aquella parte, sino con la esperanza de que si los de Corinto no se movian á dar este socorro, como era natural, por las disensiones y contiendas de los Griegos, podria más fácilmente hacer dueños de los negocios á los Cartagineses, y tenerlos por aliados y auxiliares contra los Siracusanos, ó contra el tirano; aunque estas cosas se descubrieron un poco más adelante.

Al arribo de los embajadores, los Corintios, acostumbrados siempre á ser rogados de sus colonias, y especialmente de la de los Siracusanos, como afortunadamente no hubiese entónces entre los Griegos nadie que los incomodase, hallándose en plena paz y sosiego, decretaron socorrerlos

con todo empeño. Meditaban sobre el general que enviarian; y escribiendo y proponiendo los magistrados á aquellos que más se esforzaban por sobresalir en la ciudad, levantóse uno entre ellos, é indicó á Timoleon el de Timodemo, no porque todavía manejase los negocios públicos ó pudiera concebirse en él tal esperanza y tal deseo, sino que fué una casual ocurrencia, inspirada quizá por algun Dios: ¡tal fué la buena suerte que para la eleccion siguió al punto á esta propuesta, y tanta la gracia que brilló despues en sus acciones, dando grande realce á su virtud! Él era ilustre en la ciudad por sus padres Timodemo y Demaxista; amante de la patria, y muy dulce de condicion, solamente enemigo irreconciliable de los tiranos y de los malos. Para las cosas de la guerra recibió de la naturaleza una tan bien templada disposicion, que siendo jóven, manifestó mucho juicio, y declinando ya la edad, no fué menor su valor en las ocasiones. Tuvo un hermano mayor llamado Timofanes, que en vez de serle parecido, era temerario, y se habia dejado alucinar del deseo de la monarquía por malos amigos y por soldados extranjeros, que tenia siempre consigo; siendo, por otra parte, segun parecia, intrépido y despreciador de los peligros en la milicia; que era por lo que habiendo ganado entre los ciudadanos fama de hombre activo y buen militar, se habia hecho nombrar para el mando. Aun en esto le servia de mucho Timoleon, ocultando siempre sus yerros, ó haciéndolos parecer menores, y dando brillantez é incremento á las buenas calidades que recibió de la naturaleza.

En la batalla que los Corintios tuvieron con los Argivos y Cleoneos, á Timoleon le cupo pelear con la infantería, y á su hermano, que mandaba la caballería, le sobrevino un repentino peligro; porque le derribó el caballo, cayendo herido á la parte de los enemigos; y de sus camaradas unos se dispersaron al punto sobrecogidos de miedo, y otros, aunque no abandonaron el puesto, peleando pocos contra

muchos, con dificultad se defendian. Timoleon, pues, luego que entendió lo sucedido corrió en su auxilio, y oponiendo el escudo del rendido Timofanes, acosado con los dardos y con los golpes que de cerca se dirigian contra su cuerpo y contra las armas, ahuyentó, no sin gran trabajo, á los enemigos, y salvó al hermano. A poco los de Corinto, temerosos no les sucediese lo que ántes de parte de sus aliados, que fué perder la ciudad, decretaron mantener cuatrocientos extranjeros, y nombraron caudillo de ellos á Timofanes; mas éste, olvidado de toda honestidad y justicia, inmediatamente empezó á trabajar por reducir la ciudad á su dominacion; y quitando del medio sin forma ninguna de juicio á muchos de los ciudadanos más principales, se erigió abiertamente en tirano. Sentíalo extraordinariamente Timoleon, y mirando como su mayor desgracia la perversidad del hermano, procuró hablarle y exhortarle á que desistiendo de la locura é infelicidad de semejante proyecto, viera el modo de enmendar el yerro cometido contra sus conciudadanos. Oyóle aquél con indignacion y desprecio; y él entónces, tomando consigo de los de la familia á Esquilo, que era hermano de la mujer de Timofanes, y de los amigos á un agorero, que Teopompo dice ser su nombre Sátiro, y Eforo y Timeo Ortágoras, despues de haber pasado algunos dias, subió de nuevo á ver al hermano, y rodeándole los tres, le rogaban, y con razones le persuadian á que se arrepintiera de su propósito; mas como Timofanes al principio les respondiese con mofa, y despues se irritase y enfadase con ellos, Timoleon se retiró á un lado, y cubriéndose con su ropa, lloraba su desgracia; pero los otros, desenvainando las espadas, dieron muy pronto cuenta de él.

Divulgóse el hecho, y los Corintios de más juicio celebraban en Timoleon su aversion á lo malo y su grandeza de alma, por cuanto siendo hombre bueno y recto, antepuso la patria á su casa, y lo honesto y lo justo á lo útil, salvando

al hermano miéntras se distinguió en defensa de la patria, y concurriendo á su muerte cuando trató de oprimirla y y esclavizarla; pero los que no pueden vivir en la democracia, acostumbrados á estar pendientes del semblante de los poderosos, al paso que fingian haberse alegrado con la muerte del tirano, desacreditaban á Timoleon como autor de un hecho impío y atroz; con lo que le hicieron caer en desaliento. Supo luégo que la madre tambien se habia indignado, y habia prorumpido contra él en execraciones terribles y espantosas; y como yendo á aplacarla no hubiese aquella consentido ni siquiera verle, y ántes hubiese mandado cerrarle la puerta, contristado entónces hasta lo sumo, y saliendo de juicio, resolvió quitarse la vida con rehusar tomar alimento; pero no perdiéndole de vista los amigos, y agotando con él todo ruego y todo medio de contenerle, determinó vivir retirado huyendo del bullicio, y enteramente se apartó del gobierno, tanto, que en los primeros tiempos ni siquiera venía á la ciudad, sino que pasaba una vida infeliz é inquieta en las más desiertas soledades.

De esta manera los juicios, si no dominan á las acciones, tomando seguridad y fuerza de la razon y de la filosofía, fluctúan y son fácilmente trastornados por cualesquiera alabanzas ó reprensiones, destituidos del fundamento del discurso propio; porque no basta que la accion sea honesta y justa, sino que es menester que el dictámen, segun el cual se emprende, sea firme é incontrastable, para que obremos con meditada resolucion; y no suceda que, así como los glotones se abalanzan con repentino apetito á los manjares que tienen á la vista, fastidiándolos luégo que se han hartado; de la misma manera nosotros, ejecutadas las acciones, nos desalentamos por debilidad, marchitada ya entónces la opinion y apariencia de la virtud. Porque el arrepentimiento hace indecoroso lo más honestamente ejecutado; cuando la determinacion apoyada

en la ciencia y el raciocinio nunca se muda, aunque los efectos no correspondan. Por eso Focion el Ateniense, que se habia opuesto á los proyectos de Leostenes, cuando apareció que éste habia salido con ellos, y vió á los Atenienses que hacian sacrificios y estaban muy hinchados con la victoria, dijo que bien quisiera que por él se hicieran aquellas demostraciones; pero que no mudaba de consejo: siendo áun más decisivo lo ocurrido con Arístides Locrio, uno de los amigos de Platon; el cual, habiéndole pedido Dionisio el mayor á una de sus hijas por mujer, respondió: «Más quisiera ver muerta á mi hija que casada con un tirano;» y despues, habiendo hecho Dionisio al cabo de poco tiempo dar muerte á sus hijos, y preguntándole por insulto si estaba todavía en el mismo propósito en cuanto á la concesion de la hija, le contestó que aunque sentia mucho lo sucedido, no se arrepentia de su anterior respuesta: mas estos rasgos quizá son de una virtud más elevada y más perfecta.

Timoleon, de resultas de lo sucedido con el hermano, bien fuese de pesar por su muerte, ó bien de rubor á causa de la madre, quedó tan quebrantado y decaido de ánimo, que en unos veinte años no tomó parte en negocio ninguno público ó de alguna consecuencia; mas llegado el caso de ser propuesto y de recibirlo bien el pueblo é interponer su autoridad, Teleclides, que entónces sobresalia en la ciudad en poder y nombradía, se levantó en la junta y exhortó á Timoleon á mostrarse varon recto y generoso en sus acciones; «porque si te conduces bien, le dijo, juzgaremos que fué á un tirano á quien concurriste á dar la muerte; pero si te conduces mal, á tu hermano.» Ocupábase Timoleon en disponer el embarque y reunir tropas, cuando llegaron á los Corintios cartas de Iquetes que daban indicios de su mudanza y su traicion; pues apénas envió los embajadores, cuando trató abiertamente con los Cartag[illegible]s, conviniendo con ellos en que arrojarian á Dionisio de Sira-

cusa y él quedaria de tirano; y temiendo no fuera que si llegasen ántes las tropas y el general de Corinto descompusieran sus planes, dirigió á los de Corinto una carta, en que les decia no haber necesidad de que se incomodaran é hicieran gastos navegando á Sicilia y corriendo peligros, puesto que los Cartagineses se oponian y harian resistencia á sus fuerzas con gran número de naves, y él por su tardanza se habia visto en la precision de hacer con aquellos alianza contra el tirano. Leida esta carta, si ántes habia habido entre los Corintios algunos que mirasen con frialdad la expedicion, entónces el enojo contra Iquetes los acaloró á todos, de manera que con el mayor empeño habilitaron á Timoleon, y le ayudaron á realizar el embarque.

Prontas ya las naves y provistos los soldados de cuanto necesitaban, parecióles á las sacerdotisas de Proserpina haber visto entre sueños que las Diosas se disponian para una romería, y haberles oido decir que se proponian acompañar á Timoleon á Sicilia, por lo cual, aparejando los Corintios una nave sagrada, la llamaron la de las dos Diosas. Mas Timoleon pasó á Delfos, donde hizo sacrificio al Dios, y cuando bajaba al lugar de los oráculos ocurrió un prodigio: porque desprendiéndose y volándose de entre las presentallas que allí estaban suspendidas una venda, en que habia bordadas coronas y victorias, vino á caer sobre la cabeza de Timoleon, como dando á entender que era enviado á la expedicion coronado por la mano del Dios. Teniendo, pues, siete naves corintias, dos de Corfú, y dando los Leucadios la décima nave, con ellas dió la vela; y hallándose á la noche en alta mar llevado de favorable viento, pareció que de repente se rasgó el cielo, enviando sobre la nave una gran columna de fuego resplandeciente, y que alzada en alto una antorcha semejante á las de los misterios, y siguiendo el mismo curso, vino á fijarse en el punto de Italia hácia el que dirigian el rumbo

los timoneros; diciendo los adivinos que aquella vision concordaba con los sueños de las sacerdotisas, y que el fuego del cielo significaba que las Diosas protegian la expedicion, por cuanto la Sicilia estaba consagrada á Proserpina, teniéndose por cierto que allí se habia ejecutado el rapto, y que aquella isla se le habia dado en dote al tiempo de sus bodas.

Lo que es de parte de los Dioses inspiraron estas cosas grande confianza á la expedicion; por lo que, navegando presurosamente, aportaron á Italia; mas las noticias que vinieron de Sicilia pusieron á Timoleon en graves dudas, y causaron desaliento en los soldados, Porque Iquetes, habiendo vencido en batalla á Dionisio, y tomado la mayor parte de los puestos de los Siracusanos, tenía sitiado y circunvalado á aquél, habiéndole obligado á refugiarse al alcázar y á lo que llamaban la Isla; y á los Cartagineses les habia ordenado que estuvieran á la mira de que Timoleon no aportara á Sicilia, puesto que retirados éstos, podrian con sumo reposo repartirse entre sí la Isla. Los Cartagineses, pues, enviaron á Regio veinte galeras, en las que iban embajadores de Iquetes á Timoleon con propuestas acomodadas á lo sucedido: pues que venian á ser arterías y apariencias muy bien disimuladas con dañados intentos, prestándose á admitir al mismo Timoleon, si queria pasar cerca de Iquetes, y tener parte con él en todos los consejos y en todos los negocios; mas con la condicion de que las naves y los soldados los habia de despachar á Corinto, como que de una parte faltaba muy poco para que la guerra estuviese acabada, y de la otra se hallaban los Cartagineses en ánimo de impedir el desembarco, y pelear contra los que hiciesen resistencia. Los Corintios, pues, cuando llegados á Regio se hallaron con semejante embajada, y vieron que los Fenicios estaban surtos por aquellas inmediaciones, se indignaron de ser escarnecidos; y en todos se suscitó enojo contra Iquetes, y miedo por

los infelices Siracusanos, conociendo bien que se les reducia á ser galardon y premio, para Iquetes de su traicion, y para los Cartagineses de su tiranía. Pareciòles, sin embargo, no ser factible vencer á las naves de los bárbaros ancladas allí cerca, que eran en doble número, y á las tropas de Iquetes, con las que contaban haber hecho en union la guerra.

No obstante todo esto, presentándose Timoleon á los embajadores y á los caudillos de los Cartagineses, les contestó sosegadamente que se prestaria á lo que tenian acordado (¿ni qué hubiera adelantado con oponerse?); pero que queria que se trataran estas cosas por demandas y respuestas ante una ciudad griega amiga de unos y otros, como era Regio, y despues se retiraria; lo cual le convenia á él mucho para su seguridad, y á ellos les daria mayor firmeza en lo que proponian acerca de los Siracusanos, teniendo á todo un pueblo por testigo del convenio. Esta fué una añagaza que les preparó para el desembarco; y en ella le auxiliaban todos los generales de los Reginenses, con deseo de que los Corintios dominaran en la Sicilia, y con temor de tener por vecinos á los bárbaros. Congregáronse, por tanto, en junta pública y cerraron las puertas, como para impedir que los ciudadanos se distrajesen á otros negocios; y como para ganar á la muchedumbre, emplearon discursos muy largos, tratando uno despues de otro el mismo asunto, no con más objeto que el de dar tiempo á que anclasen las naves de los Corintios, y detener en la junta, sin causarles sospechas, á los Cartagineses; y más que hallándose presente Timoleon, les dió idea de que se levantaria y hablaria en ella. Mas como en esto llegase uno que le anunció estar ya ancladas todas las demas galeras, y que sola la suya quedaba esperándole, penetrando por entre la muchedumbre, y haciéndole espaldas los Reginenses que estaban cerca de la tribuna, se encaminó al mar, y desembarcando con gran presteza to-

maron la vía de Taurominio de Sicilia, recibiéndolos, y áun teniéndolos llamados de antemano con la mejor voluntad, Andromaco, á quien estaba encomendada la ciudad, y que tenía en ella el mayor poder. Era éste padre de Timeo el Historiador; y con haber alcanzado en aquella sazon mayor autoridad que cuantos dominaban en la Sicilia, á sus ciudadanos los gobernaba en ley y justicia, y á los tiranos era notorio que los miraba con aversion y desagrado; así es que entónces ofreció su ciudad como refugio á Timoleon, y á sus ciudadanos los persuadió á que hicieran causa comun con los de Corinto, y juntos dieron la libertad á la Sicilia.

Los Cartagineses que quedaron en Regio, visto que se habia retirado Timoleon y se habia disuelto la junta, estaban muy sentidos de que con otra estratagema se hubiesen burlado las suyas; con lo que dieron ocasion á que los Reginenses los insultaran un poco, diciéndoles: «¿Cómo siendo Fenicios os incomodais de lo que se hace con engaño?» Enviaron, pues, á Taurominio un embajador en una de sus galeras, el cual, habiendo hablado largamente con Andromaco, extendiéndose acalorada y groseramente sobre que era preciso despidiese sin la menor detencion á los Corintios, por último, mostrándole la mano primero por la palma, y despues por el otro lado, le amenazó que siendo su ciudad de esta manera, la volveria de la otra. Andromaco, echándose á reir, nada absolutamente le respondió, sino que extendiendo como él la mano, primero por la palma y luégo por la otra parte, le intimó que se fuera cuanto ántes, si no queria que siendo su nave de esta manera la pusiese de la otra. Mas Iquetes, luégo que supo el desembarco de Timoleon, cobró miedo, y llamó cerca de sí muchas de las galeras de los Cartagineses; con lo que sucedió que los Siracusanos desconfiaron completamente de su salud, viendo á los Cartagineses apoderados del puerto, á Iquetes dueño de la ciudad, á Dionisio defen-

dido en el alcázar, y que Timoleon cuanto tocaba á la Sicilia por medio de un hilo delgado, que era el pueblezuelo de los Taurominios, con muy débil esperanza y muy escasas fuerzas, pues fuera de mil soldados y los víveres precisos para ellos, nada más tenía. Ni las ciudades se confiaban tampoco estando agobiadas de males, é irritadas contra todos los generales de ejército, principalmente por la infidelidad de Calipo y Faraces, de los cuales el uno era Ateniense y el otro Lacedemonio; y diciendo ambos que venian á trabajar en su libertad, y á destruir á los monarcas, hicieron ver á la Sicilia que eran oro los trabajos que habian padecido en la tiranía, y que debian ser tenidos por más dichosos los que habian muerto en la esclavitud que los que alcanzaron la independencia.

Desconfiando, pues, de que el Corintio fuese mejor que ellos, sino que les vendria tambien con los mismos sofismas y los mismos atractivos, lisonjeándolos con buenas esperanzas y con proposiciones llenas de humanidad, para inclinarlos á la mudanza de nuevo dueño, empezaron á sospechar, y á estorbar el fruto de las exhortaciones de los Corintios; á excepcion únicamente de los Adrianitas, que habitando una ciudad, aunque pequeña, consagrada á Adrano, cierto Dios muy venerado en toda la Sicilia, discordaron entre sí, implorando unos á Iquetes y los Cartagines, y llamando otros á Timoleon. Sucedió, pues, por pura casualidad que, acelerándose éste y aquéllos, en un mismo punto de tiempo concurrieron al llamamiento unos y otros; trayendo Iquetes cinco mil hombres, y no teniendo Timoleon entre todos más que unos mil y doscientos con los cuales salió de Taurominio para Adrano, que distaba unos trescientos y cuarenta estadios. Y en el primer dia, habiendo andado poca parte del camino, hizo alto; mas al siguiente, marchando sin reposo y venciendo pasos escabrosos y difíciles, cuando comenzaba á declinar el dia oyó que Iquetes acababa de llegar á la ciudad, y se habia

acampado en las inmediaciones. Los jefes y capitanes de los cuerpos empezaban á acampar tambien á los que llegaron primero, pareciéndoles que pelearian con más ardor despues de haber tomado alimento y haber descansado; mas sobreviniendo Timoleon, les hizo presente no ejecutasen semejante cosa, sino que guiaran prontamente y cayeran sobre los enemigos, que andarian desordenados, como era regular sucediese, estando descansando de una marcha, y descuidados en las tiendas y en los ranchos; y dicho esto, embrazando el escudo guió el primero como á una victoria cierta. Siguiéronle denodadamente los demas, hallándose de los enemigos á ménos de treinta estadios, los que anduvieron muy luego, y dieron sobre estos, que se desordenaron y huyeron á la primera noticia que tuvieron de su venida: así es que sólo mataron sobre unos trescientos, y fueron más que doblados los que cautivaron, tomándoles tambien el campamento. Los Adrianitas, abriendo las puertas de la ciudad, se unieron con Timoleon, refiriéndole con asombro y susto que no bien se habia empezado el combate cuando por sí mismas se habian abierto las puertas sagradas del templo, y habian advertido que la lanza del Dios se blandió por la punta, y su semblante estaba bañado de copioso sudor. Tales prodigios, á lo que parece, no significaron solamente esta victoria, sino tambien los posteriores sucesos de que aquel combate fué un feliz preludio. Porque las ciudades, enviando embajadores, inmediatamente se unieron á Timoleon; y Mamerco, tirano de Catana, hombre guerrero y sobrado de medios, le ofreció su alianza. Mas lo mayor de todo fué que el mismo Dionisio, perdida ya toda esperanza, y estando á punto de tener que rendirse, mirando con desprecio á Iquetes, que se habia dejado vencer cobardemente, y admirando á Timoleon, envió á tratar con éste y con los Corintios, poniéndose en sus manos, y entregándoles el alcázar. No despreciando Timoleon tan inesperada dicha, mandó in-

mediatamente al alcázar á los ciudadanos corintios Euclides y Telémaco, y además trescientos soldados, no todos juntos ni de modo que se conociera, porque era imposible estando acantonados los enemigos, sino disimuladamente divididos en piquetes. Tomaron, pues, los soldados el alcázar y los palacios con todas las provisiones y efectos de guerra; porque habia no pocos caballos, toda especie de máquinas, y gran copia de dardos: de armas habia unas setenta mil depositadas de largo tiempo; y tenía consigo Dionisio unos dos mil soldados, que puso con todo lo demas á disposicion de Timoleon. El mismo Dionisio, tomando su caudal y no muchos de sus amigos, hizo la travesía sin ser notado de Iquetes; y llevado al campamento de Timoleon, entónces por primera vez se le vió reducido y humillado á la condicion de particular; y se dispuso fuese llevado á Corinto en una sola nave con poca parte de su hacienda; habiendo sido nacido y criado en la tiranía más afamada y poderosa de todas, la que conservó diez años, habiendo pasado los doce restantes despues de la expedicion de Dion en contínuas guerras y combates; pero á lo que hizo en la tiranía, excedió en mucho lo que padeció arrojado de ella; porque vió las muertes de sus hijos ya crecidos, y los estupros de sus hijas doncellas; y á la que era su hermana y mujer á un tiempo, sufrir todavía viva en su cuerpo los más torpes insultos de sus enemigos, y que despues le dieron violentamente muerte juntamente con sus hijos, y la arrojaron al mar. Mas de estas cosas hemos dado razon más circunstanciada en la vida de Dion.

Llegado Dionisio á Corinto, no habia Griego ninguno que no deseara verle y hablarle, con la diferencia de que unos, alegrándose de sus desgracias, por odio se llegaban á él contentos como para conculcar al que habia derribado la fortuna, y otros, aplacados ya con la mudanza, y compadeciéndole en la fragilidad manifiesta de las cosas humanas, veian el gran poder de otras causas ocultas y divinas:

pues aquella edad no ostentó prodigio ninguno de la naturaleza ó del arte igual á aquella obra de sola la fortuna; viendo al que poco ántes era tirano de la Sicilia, reducido á habitar en Corinto en casa de una bodegonera, ó sentado en el mostrador de un perfumador, bebiendo la zupia de los taberneros, ó altercando con mujerzuelas que hacian tráfico de su belleza, ó enseñando á las cantoras sus cantinelas, moviendo con ellas disputas sobre la armonía del canto. Unos creian que Dionisio tenía esta conducta porque, demas de ser de aquellos que fácilmente se exaltan, era por naturaleza muelle y disoluto; mas otros juzgaban que para que no se hiciera atencion en él, y no inspirar miedo á los Corintios, ni dar sospechas de que llevaba mal la mudanza de vida y el no tener parte en los negocios, de intento se esforzaba á mostrarse fuera de su naturaleza extravagante y medio simple en el modo de consumir su ocio.

Refiérese tambien de él algunos dichos de los que se puede inferir que no dejaba de acomodarse con dignidad á las cosas presentes. Como, por ejemplo: habiendo pasado á Leucade, ciudad fundada por los Corintios igualmente que la de Siracusa, dijo le sucedia lo mismo que á aquellos jóvenes que han caido en faltas; porque al modo que éstos se acogen gustosos á los hermanos, y de vergüenza huyen de casa de los padres, de la misma manera avergonzándose él de residir en la metrópoli, habitaba allí contento con los Leucadios. Otro ejemplo: reconviniéndole en Corinto un forastero con groserías sobre sus conferencias con los filósofos, en las que parecia complacerse cuando reinaba, y preguntándole, últimamente, de qué le habia servido la sabiduría de Platon: «¿te parece, le dijo, que no nos sirvió Platon de nada, cuando ves cómo llevamos esta mudanza de fortuna?» Al músico Aristoxeno y algunos otros que le preguntaron cuál era y de dónde provenia la querella que habia tenido con Platon, les respondió que es-

tando la tiranía rodeada siempre de grandísimos males, ninguno era comparable con el de no atreverse á hablarle claro los que se venden por amigos, y que éstos eran los que le habian privado del aprecio de Platon. Queriendo hacer uno del gracioso y zaherir á Dionisio, sacudió la capa al tiempo de entrar á verle, como para notarle de tirano, y éste, volviéndole la burla, le dijo sería mejor lo hiciese al tiempo de salir de su casa para no llevarse nada de lo que habia en ella. Dejándose caer Filipo el de Macedonia en un convite ciertas expresiones irónicas acerca de las poesías y tragedias que Dionisio el mayor dejó escritas, haciendo como que dudaba en qué tiempo pudo tener vagar para estas tareas, le salió oportunamente al encuentro Dionisio, diciéndole: «En aquel que tú, yo y los demas que pasamos por felices, gastamos en francachelas.» Platon no alcanzó á ver á Dionisio en Corinto, porque ya habia muerto; pero Diógenes de Sinope la primera vez que se acercó á él, «indignamente vives, le dijo, oh Dionisio;» y respondiéndole éste: «te agradezco, oh Diógenes, que te compadezcas de mi infortunio;» «¿cómo, replicó Diógenes, piensas que me compadezco, cuando más bien me irrito de que siendo un tan vil esclavo, digno de morir de viejo como tu padre en la tiranía, veo que estás aquí divirtiéndote y solazándote con nosotros?» De manera que cuando comparo con estas respuestas las exclamaciones que Filisto emplea, compadeciendo á las hijas de Leptines, por haber descendido de los grandes bienes de la tiranía á un pasar estrecho y miserable, gradúo á éstas por lamentaciones de una mujerzuela que echara ménos los alabastros, la púrpura y el oro. Creemos que estas cosas no entran mal en esta clase de escritos, y que no son inútiles para lectores que no estén de prisa ni escasos de tiempo.

Pues si la desdicha de Dionisio debió parecer extraña, no fué ménos de admirar la dicha de Timoleon, porque á los cincuenta dias de haber desembarcado en Sicilia, tomó

el alcázar de los Siracusanos, y despachó á Dionisio al Peloponeso. Alentados con estos sucesos los Corintios, envíanle dos mil infantes y doscientos caballos; los cuales llegados á Turios, considerando arriesgada aquella travesía por tener los Cartagineses obstruido el mar con muchas naves, precisados á detenerse allí esperando oportunidad, sacaron al fin partido de aquel ocio para una accion provechosa. Porque de los Turios los que habian peleado contra los Brucios, tomando esta ciudad, y teniéndola como patria, la guardaron con leal y fiel custodia. Iquetes, que, como se ha visto, tenía sitiado el alcázar de Siracusa, impedia que á los Corintios les llegasen víveres; y respecto de Timoleon, habiendo sobornado á dos extranjeros para que á traicion le diesen muerte, los envió á Adrano; donde además de que aquel no solia usar de guardia alguna para su persona confiado en el Dios, se entretenia todavía con ménos cuidado y recelo en medio de los Adrianitas. Supieron por casualidad los sobornados que iba á hacer un sacrificio, y dirigiéndose al templo con puñales encubiertos debajo de la ropa, se metieron entre los que estaban junto al ara, y poco á poco se le fueron acercando más. No faltaba ya otra cosa sino que se diera la voz para la acometida, cuando uno de los circunstantes hiere con el puñal en la cabeza á uno de los dos, que cayó muerto; y entónces, ni se detuvo el que dió el golpe, ni el que habia ido con el herido, sino que aquél de la misma manera como estaba con el puñal en la mano dió á huir, y se subió á una piedra muy alta; y este otro, asiéndose del ara, pedia á Timoleon que le indultase bajo la condicion de descubrírlo todo. Concediósele, y reveló contra sí y contra el muerto que habian sido enviados para asesinarle. En esto ya otros traian al de la piedra, que venía gritando no haber cometido delito alguno, sino que con justicia habia dado muerte á aquel hombre, para vengar la de su padre, á quien ántes la habia dado aquél en Leoncio. Hubo entre los

presentes algunos que lo atestiguaron; maravillándose al mismo tiempo de la destreza con que la fortuna mueve unas cosas por medio de otras; y reuniéndolas y combinándolas todas desde léjos, se sirve de las que parece estar más distantes y no tener nada de comun entre sí, haciendo que el fin de las unas sea el principio de las otras. Los Corintios premiaron á este hombre con diez minas, porque parece prestó una indignacion justa al Genio que velaba sobre Timoleon; y aquella ira que tanto tiempo hacía abrigaba en su pecho no la gastó ántes, sino que con el motivo de su particular encono la reservó íntegra para salud de aquél por disposicion de la fortuna. Sirvióles este favor presente de la suerte para formar esperanzas sobre lo futuro, viendo que debian respetar y conservar á Timoleon como á un hombre sagrado, venido para ser, juntamente con su Dios, el vengador de la Sicilia.

Iquetes, cuando vió que habia errado el golpe, y que eran muchos los que se pasaban á Timoleon, se reprendió á sí mismo de que siendo tantas las fuerzas de los Cartagineses, parecia que se habia avergonzado de usar de ellas, y sólo como á escondidas y á hurtadillas se habia valido de su auxilio. Envió, pues, á llamar á Magon su general con todo el cuerpo de sus tropas, el cual por lo pronto impuso miedo presentándose, y tomando el puerto, con ciento y cincuenta naves, y conduciendo sesenta mil infantes que hizo acampar dentro de la ciudad de Siracusa: de manera que todos creian ser ya venido sobre la Sicilia aquel barbarismo tan decantado y esperado de antemano, por cuanto nunca ántes habian logrado los Cartagineses, con haber peleado mil veces en Sicilia, tomar á Siracusa; cuando entónces, admitiéndolos Iquetes, y entregándosela, habia venido aquella ciudad á ser un campamento de los bárbaros. En tanto, los Corintios que ocupaban el alcázar no se sostenian sino con gran dificultad y trabajo, no recibiendo todavía víveres suficientes, ántes escaseándoles por estar

bien guardados los puertos, y teniendo que estar en continuos combates y peleas, ya defendiendo las murallas, y ya teniendo repartida su atencion en las máquinas y en todos los medios ó instrumentos de un sitio.

Con todo, Timoleon no se olvidaba de socorrerlos, enviándoles de Catana víveres en barquillos de pescadores y en pequeños trasportes, que principalmente en los momentos de tormenta se escabullian entre las galeras de los bárbaros, miéntras á éstas las tenian separadas el oleaje y la borrasca. Echándolo de ver Magon é Iquetes, determinaron tomar á Catana, de donde los sitiados se surtian de lo necesario; y reuniendo la parte más aguerrida de sus fuerzas, dieron la vela de Siracusa. Mas el corintio Neon, porque este era el nombre del que mandaba á los sitiados, observando desde el alcázar que los que habian quedado de los enemigos estaban con poca vigilancia y cuidado, cargó improvisamente sobre ellos en ocasion de hallarse desunidos, y dando muerte á unos, y obligando á otros á retirarse, tomó y ocupó el punto llamado Acradina, parte la más fuerte de la ciudad de Siracusa, que parece en alguna manera compuesta y formada de muchas poblaciones. Provisto, pues, de víveres y de dinero, no abandonó aquel sitio ni se acogió de nuevo al alcázar, sino que fortificando la circunferencia de la Acradina, y juntándola por medio de obras avanzadas con aquella ciudadela, la tuvo en custodía. Alcanzó en esto un soldado de á caballo de los de Siracusa á Magon é Iquetes, que ya estaban cerca de Catana, y les refirió la pérdida de la Acradina. Aturdiéronse con semejantes nuevas, y se retiraron precipitadamente, sin tomar la ciudad á que se encaminaban, y sin conservar la que poseian.

Todavía estos sucesos dan á la prudencia y á la virtud algun asidero para contender con la fortuna; mas los que despues sobrevinieron parece que enteramente fueron obra de la buena dicha; porque los soldados corintios de-

tenidos en Turios, temiendo por una parte á las galeras de los Cartagineses que les estaban en acecho bajo el mando de Anon, y viendo por otra que el mar estaba agitado del viento hacía muchos dias, tomaron la determinacion de hacer á pié su marcha por el país de los Brecianos; y ora usando de persuasion, y ora de fuerza con aquellos bárbaros, arribaron á Regio, cuando todavía el mar permanecia alborotado. En tanto, al jefe de la escuadra cartaginesa, que no aguardaba á los Corintios, creyéndolos muy de asiento, le vino la ocurrencia de que era preciso que discurriese algun engaño á la manera de los generales sabios y astutos: mandó, pues, con esta idea á sus marineros ponerse coronas; y adornando las galeras con escudos griegos y fenicios, marcha la vuelta de Siracusa; y moviendo grande alboroto, pasa con algazara y risa por delante de la ciudadela, gritando que venía de haber vencido y cautivado á los Corintios, á los que habia sorprendido en el mar, á fin de infundir con esto desaliento á los sitiados. Mas cuando él usaba de estas baladronadas y embelecos, los Corintios que por los Brecianos habian bajado hasta Regio, como no los observase nadie, y el viento calmado contra toda esperanza les proporcionase una travesía tranquila y apacible, embarcándose sin detencion en los trasportes y barcos que tuvieron á mano, bogaron y se dirigieron á la Sicilia, tan seguramente y con tal serenidad, que llevaban los caballos del diestro, nadando en par de las embarcaciones.

Hecha la travesía, y reunidos con Timoleon, tomó éste inmediatamente á Mesina; y ordenado su ejército partió para Siracusa, más confiado en su buena suerte y favorables sucesos, que en sus fuerzas: porque las que tenía consigo no pasaban de cuatro mil hombres. Noticiado á Magon su arribo, no dejó de concebir inquietud y temor, y además entró en sospechas con el motivo siguiente. En las charcas inmediatas á la ciudad, donde se recoge mucha agua potable de fuentes, y mucha tambien de los la-

gos y rios que corren al mar, se cria abundancia de anguilas; y siempre los que lo intenten pueden hacer copiosa pesca: así los asalariados de uno y otro ejército, estando en ocio y tregua, se dedicaban á este ejercicio. Eran todos Griegos, y no teniendo entre sí motivo particular de enemiga, aunque en los combates peleaban denodadamente, en el tiempo de tregua se reunian y conferenciaban unos con otros; y entónces, entreteniéndose en la comun ocupacion de la pesca, trababan conversacion, ponderando la apacibilidad del mar y la belleza de aquellos contornos. En una de estas ocasiones dijo uno de los que militaban con los Corintios: «¿Es posible que una ciudad como ésta, tan grande y tan abastada de bienes, habeis de querer barbarizarla vosotros siendo Griegos, y establecer cerca de nosotros á esos malvados é inhumanos Cartagineses, respecto de los cuales habíamos de desear que mediaran muchas Sicilias entre ellos y la Grecia? ¿ó acaso imaginais que habiendo movido su ejército desde las columnas de Hércules y el mar Atlántico, no han de haber venido aquí sino á exponerse para el establecimiento de Iquetes? El cual, si pensara como buen general, no desecharia á los de su metrópoli, ni atraeria sobre la patria á los que no pueden ménos de ser sus enemigos; sino que alcanzaria cuanto honor y poder le estuviese bien, haciéndose recomendable á los Corintios y á Timoleon.» Difundieron los soldados estas especies en el campamento, y con ellas hicieron concebir sospechas á Magon de que se trataba de venderle, cabalmente cuando hacía tiempo que buscaba pretextos: así fué que por más que Iquetes le rogó se detuviese, y le hizo ver cuán superiores eran á los enemigos, reputando allá dentro de sí que era más lo que en virtud y fortuna le aventajaba Timoleon, que lo que él le excedia en fuerzas, levó repentinamente áncoras, y navegó al Africa, dejando que se le fuese de entre las manos la Sicilia de un modo vergonzoso y contrario á toda humana prudencia.

Presentóse al dia siguiente Timoleon en órden de batalla; y habiendo los Siracusanos entendido la fuga, al ver el puerto desamparado, les causó risa la cobardía de Magon, y discurriendo por la ciudad hacian pregonar premios para el que dijese dónde se les habia ido la escuadra cartaginesa. Con todo, Iquetes todavía se obstinaba en pelear, y no abandonaba la presa de la ciudad, sino que se rehacía en los puntos que conservaba, que eran fuertes y difíciles de tomar: por tanto, dividiendo Timoleon sus fuerzas, él mismo acometió por donde corre el Anapo, que era la parte de mayor resistencia; á otros, á quienes mandaba Isias de Corinto, les ordenó hiciesen una salida de la Acradina; y á la tercera division la dirigieron contra el punto llamado Epipolas Dinarco y Demareto, que habian venido con los últimos socorros de Corinto. Hecha, pues, esta acometida á un tiempo por todas partes, y volviendo la espalda en precipitada fuga las tropas de Iquetes, el que se tomara la ciudad con el alcázar, quedando todo prontamente sujeto con la fuga de los enemigos, justo es que se atribuya al valor de los combatientes y á la pericia del general; pero el que no muriera, ni áun siquiera fuese herido ninguno de los Corintios, obra fué precisamente de la fortuna de Timoleon, como si esta contendiera con su virtud, para que los que lo entendiesen admiraran más su dicha que sus loables prendas: pues la fama no solamente corrió al punto por toda la Sicilia y por toda la Italia, sino que en breves dias se difundió el eco por la Grecia de este admirable triunfo: de manera que cuando en Corinto se dudaba si la armada habia aportado, á un tiempo recibieron la noticia del arribo y de la victoria: ¡tan prósperamente corrieron los sucesos, y tanto se complació la fortuna en añadir la presteza á la brillantez de aquellas hazañas!

Apoderado de la ciudadela, no le sucedió lo que á Dion, ni guardó respeto á aquel sitio por su belleza y por lo cos-

toso de sus edificios, sino que evitando la sospecha con que primero se calumnió á aquél, y despues se le perdió, hizo echar pregon de que aquel de los Siracusanos que quisiera se presentara con su piqueta, y tomara parte en la destruccion de aquellos baluartes de la tiranía. Como todos hubiesen concurrido, tomando como principio seguro de la libertad el pregon aquel y aquel dia, no sólo el alcázar, sino que destruyeron y derribaron tambien las casas y monumentos de los tiranos. En seguida hizo limpiar é igualar el suelo, y edificó allí los tribunales, congraciándose así más con los ciudadanos, y sobreponiendo la democracia al despotismo. Advirtió luego de tomada la ciudad, que carecia de ciudadanos, habiendo perecido unos en las guerras y tumultos, y habiendo huido otros de las sucesivas tiranías: así la plaza pública de Siracusa habia criado por falta de concurrencia tanta y tan espesa maleza, que se apacentaban en ella los caballos, teniendo la hierba por cama los palafreneros. Las demas ciudades, á excepcion de muy pocas, se habian hecho refugio de ciervos y jabalíes; y en las inmediaciones al pié mismo de las murallas cazaban muchas veces los dados á este ejercicio; y los que habitaban en los fuertes y presidios ninguno acudia á los llamamientos, ni bajaba á la ciudad, sino que todos miraban con horror y odio la plaza, el gobierno y tribuna, de donde les habian brotado los más de los tiranos. Determinaron, pues, Timoleon y los de Siracusa escribir á los Corintios para que de la Grecia enviaran habitantes á aquella ciudad, puesto que su país no temia ser perturbado, y á ellos de parte del Africa les amenazaba una cruda guerra, habiendo entendido que los Cartagineses habian puesto en una cruz el cadáver de Magon, que se habia dado muerte á sí mismo, en odio de su mal gobierno, y que venian con grandes fuerzas para pasar á Sicilia en aquel verano.

Llevadas estas cartas de parte de Timoleon, y llegando

tambien embajadores de los Siracusanos, que les rogaban atendieran á aquella colonia y se hicieran de nuevo sus fundadores, no se valieron los Corintios de esta ocasion para saciar su codicia, ni se apropiaron aquella ciudad, sino que en primer lugar se dirigieron á los juegos sagrados de la Grecia y á las grandes concurrencias, anunciando por pregon que los Corintios, que en Siracusa habian destruido la tiranía y habian lanzado de allí al tirano, llamaban á los Siracusanos y á los demas de Sicilia que quisieran habitar en aquella ciudad, para que como libres é independientes se repartiera por suertes el país con igualdad y con justicia; y despues enviaron mensajeros al Asia y á las islas donde sabian haberse establecido muchos de los desterrados, invitándolos á todos á pasar á Corinto, donde tomarian á su cargo enviarlos con escolta, con buques y generales á sus propias expensas á Siracusa. Con semejantes pregones se ganó Corinto la más justa y apreciable alabanza, y la envidia de otros pueblos, por haber libertado de tiranos, haber salvado de los bárbaros, y haber entregado á sus propios ciudadanos aquella region. No considerándose en bastante número los que concurrieron á Corinto, hicieron diligencias para que se les agregaran más colonos del mismo Corinto y del resto de la Grecia; y cuando ya fueron como unos diez mil, se embarcaron para Siracusa. Ya tambien de la Italia y de Sicilia se habian reunido muchos á Timoleon, llegando, segun refiere Atanes, á sesenta mil: á los cuales les repartió el terreno, y les vendió las casas en mil talentos, haciendo á los antiguos Siracusanos la gracia de que pudieran comprar las suyas, y proporcionando al mismo tiempo abundancia de fondos al pueblo, tan gastado con los demas males y con la guerra, que fué preciso vender las estatuas, votándose sobre cada una y entablándose un juicio, como cuando á los empleados se les piden cuentas; en tales términos, que se refiere haber conservado los Siracusanos, cuando daban sen-

tencia contra las otras estatuas, la del tirano Gelon el mayor, guardándole este honor y respeto por la victoria que en Himera ganó á los Cartagineses.

Enriquecida y repoblada la ciudad de esta manera por acudir á ella ciudadanos de todas partes; queriendo Timoleon poner en libertad á las demas ciudades, y acabar enteramente con las tiranías de la Sicilia marchando con las tropas á sus capitales, redujo á Iquetes á la necesidad de separarse de los Cartagineses, y de convenir por un tratado en destruir las ciudadelas y vivir como particular en Leoncio; y á Leptines, que tenía tiranizada á Apolonia y otros muchos pueblos, y que cuando se vió en peligro de ser hecho prisionero si entraba en lid, se le rindió á discrecion, lo trató con indulgencia, y lo hizo conducir á Corinto, teniendo por cosa gloriosa para la metrópoli el que los Griegos vieran á los tiranos de la Sicilia vivir en el destierro y la humillacion. Queriendo por otra parte que los estipendiarios vivieran de la milicia, y no estuvieran ociosos, aunque él se restituyó á Siracusa para atender al establecimiento del gobierno, ayudándose para lo más principal y delicado de estas tareas de Céfalo y Dionisio, legisladores que habian venido de Corinto, envió contra las posesiones de los Cartagineses á Dinarco y Demareto; los cuales, sacando muchas ciudades del poder de los bárbaros, no sólo consiguieron vivir en la abundancia, sino que con el botin recogieron fondos para la guerra.

Dirígese en tanto la armada de los Cartagineses al Lilibeo, conduciendo sesenta mil hombres de tropa, doscientas galeras y mil barcos, que traian á bordo máquinas y carros con víveres abundantes y todas las demas provisiones, no ya para hacer parcialmente la guerra, sino para arrojar á los Griegos de toda la Sicilia: siendo aquella fuerza suficiente para sojuzgar á los Sicilianos, áun cuando no estuvieran debilitados y gastados con sus mutuas contiendas; y cuando entendieron que su territorio habia sido

devastado, encendiéronse en ira contra los Corintios, siendo sus caudillos Asdrubal y Amilcar. Llegada esta nueva velozmente á Siracusa, de tal manera se acobardaron los Siracusanos á la vista de tan desmedidas fuerzas, que de tan gran número de ciudadanos apénas tres mil tuvieron ánimo para tomar las armas y juntarse con Timoleon. Los estipendiarios eran cuatro mil, y áun de estos unos mil desertaron de miedo en la marcha, dándose á entender que Timoleon no estaba en su acuerdo, sino que deliraba por la edad, yendo con cinco mil infantes y mil caballos contra setenta mil enemigos, y desviando sus fuerzas de Siracusa el camino de ocho dias; con lo que ni los que huyesen tendrian salvamento, ni los que muriesen sepulcro. Mas Timoleon reputó á ganancia el que éstos se hubiesen manifestado ántes de la ocasion, y alentando á los otros los condujo á marchas forzadas al rio Crimeso, adonde oyó haberse dirigido tambien los Cartagineses.

Iba subiendo á un collado, vencido el cual habian de descubrirse el ejército y todas las fuerzas de los enemigos, cuando llegaron á ellos unas acémilas cargadas de apios; y á los soldados les ocurrió que era mala señal, porque tenemos la costumbre de coronar por piedad con apio los monumentos de los muertos; y de aquí nació el proverbio que dice respecto del que se halla peligrosamente enfermo, que aquel está ya pidiendo apio. Queriendo, pues, apartarlos de semejante supersticion, y disipar su desconfianza, parando la marcha, les habló Timoleon en los términos que el caso pedia, y les dijo: «Que ántes de la victoria la corona por sí misma se les venía á la mano: porque los Corintios coronan con apio á los que vencen en los juegos Istmicos, teniendo á esta planta por una insignia sagrada y propia de su país.» Pues ya entónces era de apio la corona de los juegos Istmicos, como lo es ahora de los Nemeos, y no mucho ántes habia sido de pino. Hablando, pues, Timoleon á los soldados en la forma que he-

mos dicho, y tomando unas hojas de apio, se coronó el primero; y despues de él los jefes, y luégo la tropa. Divisaron entónces los adivinos dos águilas que por allí pasaban, de las cuales la una llevaba un dragon despedazado entre las garras, y la otra en su vuelo daba grandes y descompasados chillidos: mostráronlas, pues, á los soldados, y todos se movieron á hacer votos y plegarias á los Dioses.

Era entónces la estacion del verano á fines del mes Targelion, cuando ya el tiempo tocaba en el solsticio; y formando el rio una densa niebla, al principio cubria con su oscuridad la ribera, y nada podia verse de lo que hacian los enemigos: solamente llegaba al collado un eco indeterminado y confuso, causado á lo léjos por un ejército tan numeroso. Mas luégo que los Corintios acabaron de allanar el collado, y que dejando los escudos empezaron á tomar aliento, levantándose ya el sol y alzando del suelo los vapores, espesado y condensado el aire en la parte superior, cubrió las alturas; y quedando libres los terrenos bajos, se descubrió el Crimeso y se vió que le estaban pasando los enemigos, primero con los carros ordenados en batalla de un modo terrible, y en pos de ellos con diez mil infantes cuyos escudos eran blancos. Conjeturóse que éstos eran Cartagineses por la brillantez de sus arreos y por el apiñamiento y órden de su marcha. Agolpábanse luégo todas las demas naciones, y emprendian el paso en desórden y confusion; lo que advertido por Timoleon conoció al punto que el rio le proporcionaba tomar de la muchedumbre de los enemigos aquellos con quienes quisiera pelear. Ordenó, pues, á sus soldados que miraran la falange de los enemigos dividida por la corriente, habiendo pasado unos y estando otros por pasar; y mandó á Demareto que con la caballería acometiese á los Cartagineses, y que desordenara su formacion ántes de verificarse. Bajó entónces al llano, y dió á otros Sicilianos á mandar las dos alas, poniendo en cada una de ellas unos cuantos

extranjeros; en el centro tomando él mismo á los Siracusanos y lo más escogido de los estipendiarios, se paró por un breve instante para notar las operaciones de la caballería; mas viendo que los carros que discurrian delante de las filas no la dejaban venir á las manos con los Cartagines, sino que muchas veces para no desordenarse la precisaban á hacer rodeos y á dar en esta forma frecuentes acometidas, embrazando el escudo y gritando á los infantes que le siguiesen con denuedo, pareció que su voz fué mucho más fuerte y penetrante que lo ordinario: bien fuese porque en aquel conflicto y con aquel calor se acrecentase efectivamente la voz, ó porque algun Genio, segun entónces lo creyeron muchos, le ayudase á gritar y gritase con él. Contestando aquellos inmediatamente al grito, y pidiéndole que los guiase y no se detuviese, hizo señal á la caballería para que acometiese por fuera de la línea de los carros, y cargara por el ala á los enemigos; y él, cerrando la vanguardia, que se cubrió con los escudos, y dando órden de tocar á los trompetas, marchó para los Cartagineses.

Sostuvieron éstos con valor el primer encuentro, y con tener defendido el cuerpo con corazas de hierro y morriones de bronce y oponer unos anchos escudos, pudieron esquivar los golpes de lanza. Mas cuando la pelea vino á las espadas, obra ya no ménos de la destreza que de la pujanza, repentinamente empezaron á desprenderse de los montes terribles truenos y encendidos relámpagos; y descendiendo al lugar de la contienda la nube desde los collados y alturas, trayendo consigo lluvia, viento y granizo, á los Griegos les daba por detras y á la espalda, mas á los bárbaros heríales en la cara y deslumbrábales la vista, siendo contínua la lluvia borrascosa y las llamaradas que partian de las nubes: cosas que de mil maneras afligian, especialmente á los bisoños. Incomodaba tambien no ménos que los truenos el ruido de las armas, heridas de la

espesa lluvia y los granizos, por cuanto impedia que se oyesen las órdenes de los caudillos. Además, yendo los Cartagineses nada ligeros en cuanto al armamento, sino de sobra defendidos como hemos dicho, estorbábales el barro; y los senos de las túnicas llenos de agua les impedian manejarse con presteza en el combate, cuando los Griegos estaban muy listos para ofenderlos; y si caian, les era absolutamente imposible levantarse del lodo á causa de las armas. El Crimeso tambien, desbordado ya con los que pasaban, se habia aumentado con las lluvias; y la llanura inmediata, teniendo muchas desigualdades y hoyos, estaba llena de arroyuelos que corrian fuera de cauce, con los que, detenidos los Cartagineses, con dificultad podian salvarse. Por último, continuando la tormenta, y habiendo los Griegos deshecho la primera línea, que era de unos cuatrocientos hombres, todo el ejército se entregó á la huida. Muchos, alcanzados todavía en la llanura, allí perecieron; á otra gran parte, tropezando con los que todavía se hallaban pasando el rio, los arrebató y destruyó su corriente; y á los más, que se encaminaban á las alturas, los persiguieron y deshicieron las tropas ligeras. Dícese que de diez mil muertos, tres mil eran Cartagineses: grande luto para aquella ciudad, porque ningunos otros les hacian ventaja, ni en orígen, ni en riquezas, ni en reputacion, y no habia memoria de que en una sola accion hubieran muerto jamás tantos Cartagineses; pues que echando comunmente mano de Africanos, de Españoles y Númidas, la pérdida en sus derrotas era siempre ajena.

Advirtieron tambien los Griegos en los despojos la distincion de los vencidos, deteniéndose poco los que los despojaban en el bronce y el hierro: ¡tan abundante andaba la plata, y en tanta copia era el oro! porque pasando el rio cogieron el campamento con todas las brigadas. Muchos de los cautivos fueron ocultados por los soldados; pero áun presentaron al todo hasta cinco mil, y tambien se co-

gieron doscientos carros. Mas lo que hacía una hermosa y magnífica vista era la tienda de Timoleon; alrededor de la cual estaban amontonados despojos de toda especie, entre ellos mil corazas primorosas por la materia y por la obra, y diez mil escudos. Siendo pocos para despojar á muchos, y hallándose con ricas presas, apénas al tercero dia despues de la batalla pudo erigirse el trofeo. Con la noticia de la victoria envió Timoleon á Corinto las más hermosas armaduras de las del botin, queriendo que su patria excitase en todos los hombres una gloriosa emulacion al ver en sola aquella ciudad de la Grecia los más magníficos templos, no adornados con despojos griegos, ni enriquecidos con indecorosos monumentos de presentallas que hubiesen sido fruto de la muerte de los de un mismo orígen y una misma familia, sino con presas hechas á los bárbaros, cuyas inscripciones acreditaban á un tiempo el valor y la justicia de los vencedores, diciendo que los Corintios y Timoleon su general, haciendo libres de los Cartagineses á los Griegos que habitaban en la Sicilia, habian hecho á los Dioses aquella ofrenda.

Dejando en seguida en el ejército á los estipendiarios para correr y molestar la provincia de los Cartagineses, se encaminó á Siracusa, y á aquellos mil estipendiarios que le abandonaron ántes de la batalla, les mandó por pregon salir de Sicilia, obligándolos á estar fuera de Siracusa ántes de ponerse el sol. Navegaron, pues, á Italia, donde perecieron á mano de los Brecios contra la fe de los tratados; imponiéndoles así algun Genio la justa pena de su traicion. Mamerco, tirano de Catana, é Iquetes, fuese por envidia de las victorias de Timoleon, ó por temerle como hombre de quien nada debian esperar, y que ningun trato queria tener con los tiranos, hicieron alianza con los Cartagineses, y les enviaron á decir mandaran fuerzas y un general, si no querian ser absolutamente arrojados de la Sicilia. Vino, pues, Giscon trayendo sesenta galeras y sol-

dados Griegos estipendiarios, siendo así que nunca ántes los Cartagineses habian echado mano de los Griegos; mas entónces tenian de ellos la más alta opinion, juzgándolos por los más invencibles y valientes de todos los hombres. Reunidos de comun acuerdo en la Mesenia, dieron muerte á cuatrocientos de los estipendiarios de Timoleon que habian sido enviados en su auxilio: y en la provincia de los Cartagineses, habiéndose armado asechanzas cerca del pueblo llamado Hieras á los estipendiarios mandados por Eutimio de Leucadia, todos perecieron; con lo que la dicha de Timoleon adquirió aún mayor nombradía: porque habian sido de los que con Filodemo de Focea y con Onamarco habian tomado á Delfos, haciéndose participantes de su sacrilegio. Aborrecidos por tanto y abominados de todos, andando errantes por el Peloponeso, fueron acogidos por Timoleon á falta de otros soldados; y venidos con él á Sicilia, en todas las batallas en que á su lado se hallaron hubieron la victoria; mas luégo que tuvieron fin aquellos grandes y reñidos combates, enviados á dar auxilio á diferentes puntos, murieron ó cayeron en cautiverio, no todos á la vez, sino por partes: atestiguando este modo de su castigo que en él intervenia la buena suerte de Timoleon, para que del castigo de los malos ningun daño resultase á los buenos. De esta manera vino á suceder que no ménos resplandeció la benevolencia de los Dioses para con Timoleon en las cosas que pareció serle adversas, que en aquellas en que salió triunfante.

Los más de los Siracusanos estaban incomodadísimos de verse á cada momento denostados por los tiranos. Especialmente Mamerco, muy ufano con que componia poemas y tragedias, y engreido con haber vencido á los estipendiarios, al hacer á los Dioses la consagracion de los escudos habia puesto por inscripcion un dístico elegiaco muy afrentoso de este tenor:

Estas rodelas que relumbran tanto
Con púrpura, marfil, electro y oro,
Con escudos de á palmo las tomamos.

Despues de estos sucesos, habiendo Timoleon pasado con sus fuerzas á la Calabria, invadió Iquetes á Siracusa: donde tomó un rico botin, haciendo grandes daños y ofensas; y en seguida se encaminó tambien á la Calabria, no haciendo cuenta de Timoleon, que tenía poca gente. Dejóle éste adelantarse, y luégo se puso en su persecucion con la caballería y las tropas ligeras. Entendiólo Iquetes, y habiendo pasado el rio Damuria, se paró al otro lado en actitud de defenderse, contribuyendo á darle osadía la dificultad del paso y lo escarpado del terreno por la una y otra orilla. Detuvo la batalla una disputa y contienda extraña entre los capitanes de Timoleon, porque ninguno queria ser el último en acometer á los enemigos, sino que cada uno aspiraba á ser el primero: así el paso se hizo en desórden, empujándose y atrepellándose unos á otros. Quiso Timoleon que echaran suertes, para lo que tomó un anillo de cada uno, echólos todos en una punta de su manto, y habiéndolos revuelto, se halló que el primero tenía grabado por sello un trofeo; y luégo que los jóvenes lo observaron, alzando con aquel gozo grande gritería, ya no esperaron otra suerte, sino que pasando precipitadamente el rio por el órden en que estaban, cayeron con ímpetu sobre los enemigos; los cuales no sostuvieron el choque, sino que dieron á huir, abandonando todos las armas, y en el alcance murieron como unos mil de ellos.

Marchando de allí á poco con su ejército Timoleon al territorio de los Leontinos, tomó vivo á Iquetes, á su hijo Eupolemo y al general de la caballería, Eutimo, que fueron aprehendidos por los soldados y conducidos á su presencia; y lo que es Iquetes y el hijo sufrieron la muerte que tenian merecida como tiranos y traidores. Eutimo, sin

embargo de ser hombre de valor para los combates y distinguido por su arrojo, no alcanzó compasion por una expresion injuriosa contra los Corintios, de la que era acusado; porque se referia que cuando los Corintios movieron contra ellos, arengando á los Leontinos, les habia dicho que nada habia que debiera causar miedo ó espanto en que

Hubieran las mujeres de Corinto
Salido ó no salido de sus casas.

Así es que los más sufrimos peor las malas palabras que las malas obras; porque es más difícil de llevar el desprecio que la pérdida; y el vengarse con obras se permite como necesario á los enemigos; pero los dichos injuriosos parece que nacen de sobrado rencor y sobrada malicia.

Vuelto Timoleon, los Siracusanos, formados en junta pública para este juicio, condenaron á muerte á la mujer é hijas de Iquetes; siendo éste de todos los hechos de Timoleon el que ménos favor le hace, pues parece que si lo hubiera querido impedir, no se habria impuesto tal pena á aquellas mujeres. Mas se cree que no se mezcló en ello, abandonándolas al encono de los ciudadanos, que tomaban en ellas venganza por Dion el que expelió á Dionisio; porque fué Iquetes el que arrojó vivos al mar á la mujer de Dion Areta, á su hermana Aristomaca y á su hijo todavia pequeño; de lo que hemos hablado en la vida de Dion.

Marchando despues de esto con su ejército á Catana contra Mamerco, que le aguardó en órden de batalla junto el arroyo Abolo, le venció y derrotó con muerte de unos dos mil; de los cuales eran no pequeña parte los Fenicios enviados de auxilio por Giscon. De resulta de esto le pidieron los Cartagineses la paz, y se vino en ella con las condiciones de quedar á Siracusa todo el terreno dentro del rio Lico; que serian libres todos los que quisiesen de

ir á establecerse á Siracusa, entregándoseles sus bienes y familias, y que se apartarian de la alianza con los tiranos. Mamerco, desalentado ya en sus esperanzas, navegaba á Italia para concitar á los de Luca contra Timoleon y los Siracusanos. Mas habiendo cambiado de rumbo con sus naves los que iban con él, y dirigídose á Sicilia, donde hicieron á Timoleon entrega de Catana, se vió en la precision de acogerse á Mesana, buscando el amparo de Hipon, tirano de aquella ciudad. Vino contra ellos Timoleon, y les puso sitio por tierra y por mar, é Hipon quiso huirse en un buque; pero fué apresado y puesto en manos de los Mesenios, convocando éstos á los muchachos de las escuelas para que vieran como el más agradable espectáculo el castigo de un tirano; le condujeron al teatro, y allí le azotaron hasta quitarle la vida. Mamerco se entregó á Timoleon para ser juzgado por los Siracusanos, bajo la condicion de que Timoleon no le acusase. Conducido á Siracusa, se presentó al pueblo, é intentó pronunciar un discurso que tenía compuesto de antemano; pero siendo interrumpido, y observando que de la junta no podia esperar nada favorable, arrojando la capa en medio del teatro, dió á correr, y con aquel ímpetu fué á estrellarse de cabeza en uno de los asientos para quitarse la vida; mas no consiguió que fuese aquella su muerte, sino que se le alcanzó todavía con vida, y se le hizo sufrir la pena de los salteadores.

Desarraigó, pues, Timoleon las tiranías y dió fin á las guerras del modo que se ha referido. En cuanto á la isla toda, que la encontró irritada con sus males, y mirada con tedio de sus habitantes, de tal manera la aplacó é hizo apetecible, que vinieron otros habitantes á un punto del que ántes se habian retirado sus propios ciudadanos; porque entónces se repoblaron Agrigento y Gela, ciudades grandes que hicieron los Cartagineses abandonar con motivo de la guerra Atica; viniendo á habitar la una Megelo y

Feristo desde Elea, y la otra Gorgo, desde Quio, trayendo consigo á los antiguos ciudadanos. Así, procurando no solamente seguridad y reposo despues de tales agitaciones á los que en ellas se establecian, sino proporcionándoles todavía otras muchas cosas, y dándoles aliento, fué de sus ciudadanos mirado y venerado como fundador. Los mismos eran los sentimientos de todos los demas hácia él, y ni en la terminacion de una guerra, ni en la formacion de una ley, ni en el establecimiento de una colonia, ni en el arreglo de un gobierno, parecia haberse acertado si él no intervenia, y si como perfeccionador de la obra no contribuia á exornarla, añadiéndole cierta gracia sobresaliente y como divina.

Muchos Griegos habia habido ántes de él que se habian hecho ilustres y que habian ejecutado grandes cosas, de cuyo número son Timoteo, Agesilao, Pelopidas y aquel á quien más se propuso imitar Timoleon, Epaminondas; mas las hazañas de éstos presentan lo brillante confundido con cierta violencia y esfuerzo, tanto, que en algunas tuvo lugar la reprension y el arrepentimiento; cuando en todos los hechos de Timoleon, si ponemos fuera de cuenta el estrecho en que se vió respecto del hermano, ninguno hay al que no le convenga, como dice Timeo, aquella exclamacion de Sófocles:

¿Qué Vénus ó qué amores, sacros Dioses,
Han puesto aquí su poderosa mano?

Porque así como la poesía de Antimaco y los cuadros de Dionisio, ambos Colofonios, en que hay fuerza y valentía, tienen el aire de cosas hechas con esfuerzo, y muy trabajadas; y en las pinturas de Nicomaco y en los versos de Homero al vigor y gracia se agrega el parecer que están hechos con gran soltura y facilidad; de la misma manera, comparados los generalatos de Epaminondas y Agesilao

servidos con dificultad y grande esfuerzo, con el generalato de Timoleon, en el que hubo tanta facilidad como esplendor; al que bien lo advierta, no le parecerá éste obra de la fortuna, sino de una virtud afortunada. Con todo, él atribuyó siempre á la fortuna sus buenos sucesos, y tanto escribiendo á sus amigos de Corinto, como arengando á los Siracusanos, dijo muchas veces, daba gracias á Dios, porque teniendo determinado salvar á la Sicilia, habia sobrepuesto su nombre de él en este decreto. Edificó asimismo al lado de su casa templo al *Acaso,* en que hizo sacrificio, y la casa misma la consagró al sagrado Genio. Era esta la que los Siracusanos le habian regalado por premio de su acertado mando, juntamente con un terreno de lo más agradable y delicioso, en el que se recreaba la mayor parte del tiempo, habiendo hecho venir de Corinto á su mujer y sus hijos; pues ya no volvió allá, ni se mezcló en las turbaciones de la Grecia, ni tampoco quiso incurrir en la envidia por gobernar, en que suelen estrellarse los más de los generales por la insaciable ánsia de honores y mando, sino que pasó allí su vida, gozando de los bienes que él mismo habia proporcionado, de los cuales era el mayor ver tantas ciudades y tantos millares de hombres que por él eran dichosos.

Mas como á la cogujada no puede faltarle moño, segun Simónides, ni tampoco al gobierno popular calumniador, tomaron por su cuenta á Timoleon estos dos alborotadores Lafistio y Demeneto. Pedia Lafistio que diese fianzas en cierta causa; y él no permitió á los ciudadanos que se alborotaran y se lo impidieran, diciendo que habia llevado con gusto tantos trabajos y peligros para poner á los Siracusanos en estado de que el que quisiera pudiera usar de las leyes. Demeneto le acusaba en la junta pública de muchos capítulos por cosas de su mando; mas nada le contestó, y solamente dijo, que estaba muy reconocido á los Dioses por ver á los Siracusanos en posesion de la liber-

tad que tanto les habia deseado. Obró, pues, sin contradiccion más grandes é ilustres hazañas que ninguno de los Griegos ántes de él: no hubo quien le aventajase en aquellas acciones á cuya práctica suelen los sofistas excitar en sus panegíricos á los Griegos: de los males que en lo antiguo afligieron á la Grecia, debió á su fortuna el que le hubiese sacado puro y sin mancha: á los bárbaros y á los tiranos les hizo experimentar su valor y su pericia, como á los Griegos, y á todos sus amigos su justicia y su mansedumbre: erigió á sus ciudadanos muchos trofeos de otros tantos combates, que no les costaron lágrimas ni lloros; y en ocho años áun no cabales entregó la Sicilia á sus habitantes, libre de sus envejecidos y como nativos males. Entónces ya siendo anciano empezó á decaer de la vista, que del todo perdió de allí á poco; no porque hubiese dado causa á ello embriagado con su fortuna, sino, á lo que parece, por una enfermedad de familia, que con la edad concurrió á este accidente; pues se dice que no pocos de los que eran sus deudos por linaje perdieron del mismo modo la vista, acortándoseles por la vejez. Atanes refiere que fué en el campamento, durante la guerra contra Hipon y Mamerco en Mile, donde empezó á acortársele la vista, no dudándose ya de que iba á perderla; mas que con todo no por eso alzó el sitio, sino que continuó la guerra hasta apoderarse de los tiranos; y que luego que volvió á Siracusa, depuso inmediatamente el mando, pidiendo la relevacion á los ciudadanos, en vista de que ya los negocios habian sido llevados al más feliz término.

El que hubiese llevado sin pesadumbre este infortunio no será quizá de grande admiracion; mas lo que sí debe causarla es el honor y veneracion que estando ya ciego le manifestaron los Siracusanos, haciéndole frecuentes visitas, y llevando á su casa y á su propiedad á los viajantes forasteros para que vieran á su bienhechor, contándoles con reconocimiento el que hubiese preferido quedarse con

ellos á pasar sus dias; no haciendo caso de la gloriosa vuelta á la Grecia, que sus admirables sucesos le habian preparado. Hicieron y determinaron en su honor muchas y muy señaladas demostraciones, entre las que no cede á ninguna la de haber decretado que el pueblo siracusano, siempre que se le ofreciere guerra contra extranjeros, hubiera de valerse de general corintio. Tambien era cosa digna de verse lo que, cuando concurria á las juntas públicas, se hacía en su honor: porque las cosas pequeñas las determinaban por sí; mas para los negocios de importancia le llamaban: venía, pues, en carroza, y por la plaza se dirigia al teatro, é introducido su carruaje, en el que iba sentado, el pueblo le saludaba, nombrándole todos á una voz. Correspondíales, y dando algun tiempo á los obsequios y á las alabanzas, inquiria luego qué era de lo que se trataba y manifestaba su dictámen. Sancionado que era, los ministros sacaban otra vez la carroza del teatro, y los ciudadanos, despidiéndole con voces de júbilo y alegría, despachaban despues por sí lo que restaba de los negocios públicos.

Envejeciendo, pues, en medio de tanto honor y benevolencia como padre comun de todos, con muy pequeña ocasion, que agravó su edad, vino por fin á fallecer. Diéronse algunos dias á los Siracusanos para disponer su entierro, y á los circunvecinos y forasteros para concurrir á él. Dispusiéronse coros brillantes, y jóvenes señalados de antemano por un decreto llevaron el féretro ricamente adornado, pasándolo por los alcázares tiránicos de los Dionisios, entónces asolados. Acompañáronle millares de millares de hombres y mujeres que hacian una perspectiva muy decorosa, como en una solemnidad, llevando todos coronas y vestidos de fiesta; mas los gritos y lágrimas, mezclados con los elogios del muerto, lo que demostraban era, no un oficio de honor ni unas exequias ordenadas de antemano, sino un dolor justo, y el reconocimiento que inspira

un amor verdadero. Ultimamente, puesto el féretro en la pira, Demetrio, que era de los heraldos el que tenía más voz, publicó este pregon que llevaba escrito: «El pueblo de los Siracusanos ofrece doscientas minas para el entierro de Timoleon el de Timodemo, natural de Corinto, y de-decreta honrarle perpétuamente con combates músicos, ecuestres y gimnásticos, porque habiendo deshecho á los tiranos, vencido á los bárbaros y repoblado muchas ciudades desiertas, dió leyes á los Sicilianos.» Púsose su monumento en la plaza, y cercándole más adelante con pórticos y edificando palestras, formaron para los jóvenes un gimnasio que llamaron Timoleoncio; y ellos, disfrutando del gobierno y leyes que les estableció, por largo tiempo vivieron prósperos y felices.

PAULO EMILIO.

Cuando me dediqué en un principio á escribir por este método las vidas, tuve en consideracion á otros; pero en la prosecucion y continuacion he mirado tambien á mí mismo, procurando con la historia, como con un espejo, adornar y asemejar mi vida á las virtudes de aquellos varones: pues lo pasado se parece más que á ninguna otra cosa á la coexistencia en un tiempo y en un lugar; cuando recibiendo y tomando de la historia á cada uno de ellos separadamente, como si vinieran de una peregrinacion, vamos considerando cuáles y cuan grandes eran; haciendo exámen para nuestro provecho de las más principales y señaladas de sus acciones. Y á fe mia, ¿qué medio más poderoso que este podemos elegir para la reforma de las costumbres? Porque con sentar Demócrito que lo que debíamos desear era que la suerte nos proporcionara imágenes bellas, y que más bien nos vinieran de lo que nos rodea las convenientes y provechosas, que no las malas y siniestras, introdujo en la filosofía un axioma falso, capaz de conducir á interminables supersticiones: cuando nosotros con ocuparnos en la historia y acostumbrarnos á esta clase de escritura, teniendo siempre presentes en nuestros ánimos los monumentos que nos dejaron los varones más virtuosos y aprobados, nos proveemos de me-

dios con que deshacer y borrar lo malo y vicioso que de la necesaria comunicacion de los hombres pueda pegársenos, convirtiendo nuestra mente tranquila y sosegada á los ejemplos más virtuosos. Continuando, pues, en este propósito, te ponemos ahora en la mano la vida de Timoleon de Corinto y de Emilio Paulo; varones que no sólo se parecieron en sus inclinaciones, sino tambien en haberles sido próspera la fortuna, dando motivo á que se dude si tuvo más parte en sus triunfos la buena suerte que la prudencia.

Convienen los más de los historiadores en que en Roma la casa de los Emilios era de las patricias y de las más antiguas; pero en cuanto á que el primero de ellos, que dejó á la familia este apellido, hubiese sido Mamerco, hijo del sabio Pitágoras, dándosele el nombre de Emilio por su elegancia y gracia en el decir, esto sólo lo refieren algunos de los que atribuyen á Pitágoras la educacion del rey Numa. Los individuos de esta casa que alcanzaron gran renombre, que fueron muchos, debieron su gloria y prosperidad á la virtud, por la que siempre trabajaron; y áun la desventura de Lucio Paulo en la jornada de Canas acreditó su prudencia y su valor; porque cuando vió que no podia reducir á su colega á que no diese la batalla, aunque contra su voluntad, entró á participar con él del combate; mas no participó de la fuga, sino que, abandonado el peligro aquel que le provocó, él firme y peleando con los enemigos, acabó su vida. La hija de éste, Emilia, casó con Escipion el mayor; y su hijo Paulo Emilio, cuya vida escribimos, habiendo nacido en una época brillante por la gloria y la virtud de los hombres más ilustres y excelentes, sobresalió, sin embargo, con todo de no emular los ejercicios de los jóvenes entónces más acreditados, ni seguir desde el principio la misma senda; porque no ejercitó la elocuencia en las causas, y se dejó enteramente de las salutaciones, de los halagos, y de los cumplimientos á que

se dedicaban los más distinguidos de ellos para ganar popularidad, haciéndose serviciales y obsequiosos, no obstante que no le taltaba para todo esto habilidad; sino que prefirió como más apreciable la gloria que acompaña al valor, á la justicia y á la lealtad, virtudes en que muy pronto se aventajó á todos los de su tiempo.

El cargo primero que pidió, de los más distinguidos en la república, fué el de Edil, para el que fué preferido á doce concurrentes, que todos se dice haber sido despues Cónsules. Creado para el sacerdocio de los llamados Augures, á los cuales tienen los Romanos por inspectores y celadores de la adivinacion por las aves y los prodigios, de tal modo observó las costumbres patrias, y emuló la piedad de los antiguos en las cosas de ıa religion, que este sacerdocio, que hasta entónces no habia parecido más que un honor, apetecido precisamente por cierta gloria y opinion, compareció entónces como una de las artes más perfectas; viniendo á coincidir con el sentir de aquellos filósofos que habian definido la piedad, ciencia del culto de los Dioses: porque todo lo hizo con ensayo y con esmero, no ocupándose en otra cosa cuando de estas se trataba, ni omitiendo ó innovando nada, sino conferenciando siempre, é instruyendo á sus colegas hasta en las cosas más pequeñas; de manera que si alguno podia tener por leve y muy disculpable el faltar en estos objetos religiosos, él hacía ver que era peligrosa para la ciudad la remision y negligencia en ellos. Porque ninguno empieza de pronto á trastornar el gobierno con un gran crímen, sino que abren camino para destruir la guarda de las cosas mayores los que descuidan del celo y esmero en las pequeñas. Por el mismo término se ostentó maestro y celador de las costumbres militares, no con hacerse popular en el mando, ni aspirando, como muchos entónces, á los segundos grados con hacerse obsequioso y blando á los súbditos, sino con observar las costumbres de la milicia como un sacerdote las ceremonias

más tremendas, y haciéndose temible á los desobedientes y transgresores: así es como hizo prosperar á la patria, teniendo casi por secundario el vencer á los enemigos respecto del instruir á sus ciudadanos.

Tenian que sostener entónces los Romanos la guerra suscitada con Antíoco el Grande; y miéntras marchaban contra él los generales más acreditados, se movió otra nueva guerra en el Occidente por los grandes alborotos ocurridos en España. Envióse á ella á Emilio con el cargo de pretor, el cual no se mostró con solas seis fasces, que era el número concedido á los pretores, sino que tomó otras tantas; de manera que su mando en la dignidad se hizo consular. Venció, pues, dos veces en batalla campal á los bárbaros, exterminando hasta treinta mil; y esta victoria parece que fué puramente obra del general, por haber sabido elegir los puestos, y haberla hecho fácil á los soldados con el paso de cierto rio. Tomó en consecuencia posesion de doscientas cincuenta ciudades que voluntariamente le abrieron las puertas; y dejando en paz y concordia la provincia, se restituyó á Roma: no habiéndose hecho más rico con este mando ni en un maravedí. Porque generalmente era poco cuidadoso de su hacienda, y nada escaso en el gasto con proporcion á lo que tenía, que no era mucho: porque debiéndose pagar despues de su muerte la dote de su mujer, apénas hubo lo preciso.

Casóse con Papiria, hija de Mason, varon consular; y despues de haber vivido en su compañía largo tiempo, disolvió aquel matrimonio, no obstante haber tenido de ella una ilustre sucesion; pues que dió á luz al célebre Escipion y á Fabio Máximo. Causa escrita de este repudio no ha llegado á nuestra edad; mas quizá fué uno de aquellos que hicieron cierta una especie que corre acerca del divorcio. Habia un Romano repudiado á su mujer, y le hacian cargo sus amigos, preguntándole: «¿No es honesta? ¿no es hermosa? ¿no es fecunda?» Y él, mostrando el zapa-

to, al que los Romanos llaman *calceo*, les dijo: «¿No me viene bien? ¿no está nuevo? pues no habria entre vosotros ninguno que acertase en qué parte del pié me aprieta.» Y en verdad que por grandes y conocidos yerros se separaron algunos de sus mujeres; pero los tropiezos, aunque pequeños, contínuos de genio y diferencia de costumbres, estos se ocultan á los de afuera, y engendran sin embargo con el tiempo en los que viven juntos desazones insufribles. Separado por este término Emilio de Papiria, casóse con otra; y habiendo tenido en ella dos hijos varones, á éstos los mantuvo á su lado, y á los otros los introdujo en las primeras casas y en los linajes más ilustres; al mayor en la de Fabio Máximo, que fué cinco veces Cónsul, y al menor le adoptó el hijo de Escipion Africano, de quien era primo, prestándole su nombre de Escipion. De las hijas de Emilio con la una casó el hijo de Caton, y con la otra Elio Tuberon, varon de singular probidad, y que de todos los Romanos fué el que manifestó mayor decoro en la pobreza. Porque eran diez y seis de un orígen, Elios todos; y entre tantos no tenian sino una casita sumamente pequeña, y un campo que proveia á todos, no manteniendo más que un sólo hogar, con muchos hijos y muchas mujeres. Entre éstas se contaba la hija de Emilio, que fué dos veces Cónsul, y triunfó otras dos, sin que se avergonzase de la pobreza de su marido, sino que más bien veneraba su virtud, por la que era pobre. Ahora los hermanos y demas de un orígen, si al repartir lo que era comun no lo separan con regiones enteras, con rios y con elevadas cercas, y si no ponen en medio entre unos y otros un dilatado terreno, no cesan de altercar. Estas cosas las conserva la historia, para que los que quieran sacar provecho las consideren y examinen.

Emilio, designado Cónsul, marchó con ejército contra los Ligures del pié de los Alpes, á los que algunos llaman Ligustinos, gente belicosa y soberbia, que con el ejercicio

habia aprendido de los Romanos á hacer la guerra á causa de la vecindad. Porque ocupan la última extremidad de la Italia enlazada con los Alpes, y áun aquella parte de estos montes que baña el mar Tirreno y está opuesta al Africa, mezclados con los Galos y con los Españoles de las costas. Habíanse dado tambien entónces al mar con barcos de piratas, con los que estorbaban y despojaban al comercio, extendiendo su navegacion hasta las columnas de Hércules. Cuando se dirigió contra ellos Emilio reuniéronse hasta cuarenta mil en número para hacerle frente. No tenía éste más que ocho mil, y con ser ellos cinco veces doblados, trabó combate. Desbaratólos, y cerrándolos dentro de los murós, les hizo proposiciones humanas y admisibles, por cuanto no entraba en las miras de los Romanos acabar con la gente de los Ligures, que era como un vallado y antemural puesto para contener los movimientos de los Galos, que amenazaban siempre caer sobre la Italia. Fiándose, pues, de Emilio pusieron á su disposicion las naves y las ciudades; y él, no ofendiendo en nada á estas, se las volvió con sólo arruinar las murallas; mas por lo que hace á las naves se apoderó de todas, y no les dejó ni áun una lancha que fuera de más de tres remos. Los cautivos, aprisionados por tierra y por mar, los restituyó salvos, habiendo hallado entre ellos muchos forasteros y Romanos. Y estos son los hechos señalados que tuvo este consulado. Despues se presentó muchas veces queriendo volver á ser elegido, y áun se mostró candidato; pero viéndose desairado y desatendido, se mantuvo en el retiro, ocupado solamente en lo relativo á su sacerdocio, y atendiendo á la educacion de sus hijos, dándoles la del país, y que podia mirarse como patria, del modo que él la habia recibido; pero poniendo más empeño en la educacion griega: porque no solamente puso al lado de aquellos jovenes gramáticos, sofistas y oradores, sino tambien escultores, pintores, adiestradores de caballos y de perros, y maestros

de cazar; y el padre, si no habia cosa pública que se lo impidiese, presenciaba siempre sus estudios y sus ejercicios, mostrándose entre los Romanos el padre más amante de sus hijos.

Era aquella en punto á los negocios públicos la época en que haciendo la guerra á Perseo, rey de los Macedonios, habian sido acusados los generales de que por impericia y cobardía se habian conducido mal y vergonzosamente, siendo más que el daño hecho á los enemigos, el que ellos habian recibido; y es que habiendo poco ántes echado más allá del Tauro á Antígono llamado el Grande, haciéndole abandonar todo lo demas del Asia, y encerrándole en la Siria, de manera que se dió por muy contento con obtener la paz á costa de quince mil talentos; y habiendo de allí á breve tiempo deshecho á Filipo, libertando á los Griegos del poder de los Macedonios, y vencido á Annibal, con el que ningun rey era comparable ni en arrojo ni en poder, no podian llevar en paciencia el combatir sin sacar ventajas, como con un rival de Roma, con Perseo, que hacía ya mucho tiempo que les hacía la guerra con las reliquias de las derrotas de su padre. Olvidábanse para esto de que habiendo visto Filipo mucho más quebrantado el poder de los Macedonios, lo habia hecho más fuerte y belicoso; de lo cual habré de dar razon brevemente, tomando la narracion de más arriba.

Antígono, que entre todos los sucesores y generales de Alejandro fué el que alcanzó mayor poder, adquirió para sí y para su familia el título de rey, y tuvo por hijo á Demetrio, de quien lo fué Antígono, por sobrenombre Gonatas; y de éste otro Demetrio, que habiendo reinado no largo tiempo falleció, dejando un hijo todavía niño llamado Filipo. Temerosos de la anarquía los próceres Macedonios, dieron la autoridad á Antígono, primo del difunto, y uniendo con él en matrimonio á la madre de Filipo, primero le llamaron tutor y general, y despues, habiéndole hallado

benigno y celoso del bien comun, le dieron el título de rey, apellidándole por sobrenombre Doson, como muy prometedor y poco cumplidor de sus promesas. Reinó despues de éste Filipo, recomendándose como el que más de los reyes con ser todavía mancebo; y ya se le atribuia la gloria de que restableciera á la Macedonia en su antigua dignidad, y que sería él sólo quien contuviese el poder romano que amenazaba á todos; mas vencido en una gran batalla cerca de Escotusa por Tito Flaminio, entónces bajó la cabeza é hizo entrega de todo cuanto tenía á los Romanos, dándose por muy contento con que no se le exigiera más. Hallóse luégo mal con este estado, y creyendo que el reinar por merced de los Romanos más era propio de un esclavo atento sólo al vientre, que no de un hombre adornado de prudencia y de pundonor, volvió su consideracion á la guerra, y empezó á disponerla encubiertamente y con gran destreza. Porque desatendiendo y dejando debilitarse y yermarse las ciudades de carretera, y las inmediatas al mar, como si las tuviese en poco precio, fué congregando muchas fuerzas; y llenando las aldeas, las fortalezas y las ciudades mediterráneas de armas, de provisiones y de hombres robustos, preparaba así la guerra, y la tenía como encerrada y encubierta: pues de armas en buen estado habia treinta mil; de trigo entrojado en casa ochocientas mil fanegas; y un acopio de provisiones, bastante á mantener diez mil estipendiarios por diez años para defender el país. Mas no llegó el caso de que éste promoviera y adelantara la guerra, por haberse dejado morir de pesar y abatimiento, á causa de que descubrió que habia hecho morir injustamente á su otro hijo Demetrio, por una calumnia del que valia ménos. El que le sobrevivió, llamado Perseo, heredó con el reino el odio á los Romanos, aunque no era capaz de hacerles frente por su bajeza de alma y la perversidad de sus costumbres; en las que no obstante que entraban diferentes pasiones y malos

afectos, dominaba, sin embargo, la avaricia, y áun se decia que ni siquiera era legítimo, sino que la mujer de Filipo lo recogió recien nacido, habiéndolo dado á luz una costurera de Argos llamada Natainia, y ocultamente se lo dió á aquél por hijo. Y esta se cree haber sido la principal causa por la que de miedo hizo dar muerte á Demetrio. no fuese que teniendo la casa heredero legítimo, viniese al cabo á descubrirse su bastardía.

Mas con todo de ser desidioso y de bajo espíritu, arrastrado del ímpetu de los mismos negocios, se decidió á la guerra, y contendió largo tiempo, habiendo derrotado á generales de los Romanos que habian sido Cónsules, y grandes y poderosos ejércitos; y áun de algunos alcanzó victoria. Porque á Publio Licinio, cuando iba á invadir la Macedonia, lo rechazó con su caballería con muerte de dos mil y quinientos hombres escogidos, haciendo á otros tantos prisioneros; y hallándose la escuadra romana anclada cerca de Oreo, marchó inesperadamente contra ella, y tomó veinte galeras con sus cargamentos, echando á pique las demas, que contenian provisiones. Apoderóse tambien de cuatro naves de cinco órdenes de remos, y ganó segunda batalla, en que humilló á Hostilio, tambien consular, obligándole á retirarse por Elimia; y provocándole á batalla cuando marchaba sin querer ser sentido por la Tesalia, logró ahuyentarle. Miró despues como una distraccion de la guerra el marchar contra los Dárdanos, haciendo que desdeñaba á los Romanos y los dejaba descansar; y destrozó á diez mil de aquellos bárbaros, tomando grandes despojos. Acometió tambien á los Galos establecidos cerca del Istro, conocidos con el nombre de Bastarnas. nacion poderosa en caballería y ejercitada en la guerra. Excitó asimismo á los Ilirios, por medio de su rey Gentio. á que le auxiliaran en la guerra; y hay fama de que ganados por él estos bárbaros con la soldada, cayeron sobre la Italia por la parte del Adriático.

Sabidos estos sucesos de los Romanos, parecióles sería bueno dejarse en la designacion de generales del favor y la condescendencia, y llamar al mando á un hombre de juicio que supiera conducirse en los negocios arduos. Este era Paulo Emilio, adelantado sí en edad, pues tenía unos sesenta años, pero fuerte todavía y robusto, y de gran influjo por sus clientes, sus hijos jóvenes, y el gran número de amigos y parientes poderosos en la república, los cuales todos le inclinaban á que se prestase á los votos del pueblo que le llamaba al consulado. Al principio recibió mal á la muchedumbre, y desdeñó su celo y su ánsia de honrarle, como que no necesitaba de tal mando; mas presentándosele todos los dias á sus puertas rogándole que concurriese á la plaza, y aclamándole, se dejó por fin convencer; y mostrándose entre los que pedian el consulado, pareció no que iba á recibir el mando, sino que llevaba ya la victoria y el triunfo de la guerra, y que daba facultad á los ciudadanos para celebrar los comicios: ¡tanta fué la esperanza y seguridad que inspiró á todos! Nombráronle, pues, segunda vez Cónsul, no dejando que se echaran suertes sobre el mando de las provincias, como era de costumbre, sino decretándole desde luégo el mando de la guerra macedónica. Cuéntase que retirándose á su casa con brillante acompañamiento, luégo que fué proclamado Cónsul por todo el pueblo, encontró muy llorosa á una niña suya, todavía muy pequeña, y que saludándola le preguntó qué era lo que le afligia; y ella llorando, y echándosele al cuello, le respondió: «¿Pues no sabeis, oh padre, que se me ha muerto Perseo?» diciéndolo por un perrillo que habia criado y tenía este nombre; y que el padre le dijo: «En buen hora, hija, y admito el agüero.» Refiere este suceso Ciceron el orador en sus libros de adivinacion.

Era costumbre que los elegidos Cónsules, para manifestar su agredecimiento, saludaran al pueblo con semblante risueño desde la tribuna; mas Emilio, congregando en

junta á los ciudadanos, les dijo que él habia pedido el primer consulado apeteciendo el mando; y el segundo porque ellos buscaban un general: por tanto, que ninguna gratitud les debia, y que si pensaban que otro conduciria mejor las cosas de la guerra se desistia del mando; mas si confiaban en él, que en nada se mezclaran ni anduvieran alborotando, sino que con silencio le ayudaran á preparar lo necesario para la expedicion, pues si querian mandar al que los mandaba, se harian más ridículos de lo que eran en las cosas de la guerra. Con este discurso causó gran vergüenza á los ciudadanos; pero les inspiró gran confianza del éxito: estando todos muy contentos con no haber hecho caso de los aduladores, y haber elegido un general de tanta franqueza y prudencia. ¡Hasta este punto se sacrificaba el pueblo romano por la virtud y la honestidad, cuando se trataba de dominar y ser el primero de todos!

El que Emilio Paulo, marchando á aquella campaña, hubiera llegado al ejército con mucha prontitud y seguridad, haciendo su navegacion felizmente y sin tropiezo, téngolo desde luego por cosa prodigiosa; y por lo que hace á la guerra misma y los sucesos de ella, parte atribuyo á lo pronto de su decision, parte á su buen consejo, y parte tambien á la diligencia de sus amigos; mas al ver que todo se hizo en virtud de intrepidez en los peligros y de gran firmeza en las determinaciones, obra tan señalada y gloriosa como ésta no considero que deba atribuirse, como respecto de otros generales, á la buena dicha de este insigne varon; á no ser que se quiera llamar buena dicha de Emilio la avaricia de Perseo, la cual, temiendo por el dinero, echó por tierra y aniquiló las grandes y brillantes esperanzas que en aquella guerra tenian fundadas los Macedonios. Porque á su ruego acudieron á él los Bastarnas, diez mil de á caballo y diez mil de relevo, todos á sueldo hombres que no entendian de labrar la tierra, ni de navegar, ni de vivir pastoreando ganado, sino que estaban da-

dos á una sola obra y á un solo arte, que era el de hacer siempre la guerra, y vencer á sus contendores. Luego, pues, que llegaron á acamparse cerca de Medica, mezclados con los soldados del Rey aquellos hombres altos en su estatura, ágiles en los ejercicios del cuerpo, altivos y vanagloriosos en sus amenazas contra los enemigos, infundieron á los Macedonios la opinion y confianza de que los Romanos no los aguardarian, sino que se asustarian al ver sus semblantes y movimientos extraños y espantosos. Despues que Perseo habia dispuesto así los ánimos, y llenándolos de tamañas esperanzas, cuando le pidieron mil áureos por cada uno de los capitanes, irresoluto y fuera de tino con la demanda de tanto dinero, por codicia desechó y abandonó el socorro que se le ofrecia, como si fuera mayordomo, y no enemigo de los Romanos, y como si hubiera de dar una cuenta exacta de los gastos de la guerra á aquellos con quienes combatia; cuando éstos le mostraban lo que habia de hacer, con tener, como tenian, sobre todo el demas repuesto, cien mil hombres reunidos y prontos para lo que fuera menester; mas él, teniendo que contrarestar tales fuerzas y tal guerra, en la que era inmenso lo que habia de expenderse, andaba midiendo y escaseando el dinero, temiendo tocarle como si fuese ajeno; y esto lo hacía no uno que venía de los Lidios ó de los Fenicios, sino uno que remedaba por el linaje la virtud de Alejandro y de Filipo; los cuales con pensar que los sucesos se habian de comprar con el dinero, y no el dinero con los sucesos, alcanzaron cuanto se propusieron; pues se decia que no era Filipo quien tomaba las ciudades de los Griegos, sino el oro de Filipo; y Alejandro, al emprender la expedicion de la India, viendo que los Macedonios arrastraban con trabajo el gran botin que tomaron á los Persas, lo primero que hizo fué poner fuego á sus carros, y despues persuadió á los demas que hicieran otro tanto, para marchar ágiles á la guerra, como desembarazados de un

estorbo. Mas Perseo, anteponiendo el oro á sí mismo, á sus hijos y al reino, no quiso salvarse á costa de un poco de dinero, sino ir cautivo como otros muchos como un rico esclavo, á hacer ver á los Romanos cuánta era la riqueza que avaro y escaso les habia reservado.

Pues no solamente despidió á los Galos con embustes, sino que habiendo solevantado á Gentio el rey de Iliria, ofreciéndole trescientos talentos para que le auxiliara en la guérra, bien llegó á contarles el dinero á los que vinieron de su parte, y se lo presentó para que lo sellaran; mas luego, como Gentio, en la inteligencia de tener seguro lo que habia pedido, hubiese ejecutado una accion impía y execrable, que fué prender y poner en cadenas á los embajadores que le enviaron los Romanos, entónces, echando ya cuenta Perseo con que no era necesario el alargar dinero para que Gentio hiciese la guerra, pues habia dado pruebas bien seguras de enemistad, y por sí mismo se habia empeñado en ella con semejante injusticia, privó á aquel infeliz de los trescientos talentos, y miró con indiferencia que en pocos dias hubiera sido con la mujer y los hijos arrojado del reino, como de un nido, por el pretor Lucio Anicio, que habia sido enviado con tropas contra él. ¡Este era el contrario contra quien marchaba Emilio! Así á él le despreciaba; pero sus preparativos y sus fuerzas no dejaron de sorprenderle; porque los de á caballo eran cuatro mil, y poco ménos de cuarenta mil los infantes que formaban la falange. Retiróse con este aparato á las orillas del mar, por las faldas del Olimpo, á sitios que no tenian entrada, y que además habian sido defendidos por él con fosos y con vallados de madera; por lo que estaba sin sobresalto, creyendo que con el tiempo y los excesivos gastos arruinaria á Emilio. Éste en su ánimo no estaba ocioso, sino que revolvia en él toda especie de ideas y tentativas; y como viese que los soldados con la anterior indisciplina llevaban mal la inaccion, y se propasaban á

indicar cosas impracticables, los reprendió sobre ello, y les intimó que no se metieran ni pensaran en otra cosa que en ver cómo cada uno se prepararia á sí mismo y sus armas para el tiempo del combate, cómo usaria de la espada al modo romano; que la oportunidad el general la indicaria: mandando tambien que las guardias de noche las hicieran sin lanza, para estar más atentos y defenderse mejor del sueño, miéntras no se defendian de unos enemigos que no se les acercaban.

Por lo que los soldados andaban más alborotados era por la falta de agua, pues era poca y mala la que tenian, manando á la orilla del mismo mar. Reparó entónces Emilio que el monte Olimpo tan elevado estaba poblado de árboles; y conjeturando por el verdor de ellos que no podia ménos de contener raudales que corrieran á la parte baja, les hizo abrir respiraderos y pozos en la misma falda. Llenáronse estos al punto de agua clara, que corria por su peso é ímpetu del terreno que la estrechaba y como exprimia al sitio vacío. Con todo, no falta quien sostenga que hay fuentes de agua ya formada y escondida en los lugares de donde aquellas manan, y que su salida no es ni descubrimiento ni rotura, sino formacion y reunion en aquel punto de materia que se liquida; y que esto sucede porque con la aglomeracion y el frio se liquida el vapor húmedo, cuando comprimido á la parte más baja fluye y se hace corriente; pues tampoco los pechos de las mujeres se han de considerar como odres que estén llenos de leche ya formada, sino que trasformando dentro de sí la comida, elaboran y cuelan la leche: de esta misma manera los lugares frios y abundantes en fuentes no contienen agua oculta, ni son reservatorios que arrojen de sí los grandes raudales de los caudalosos rios, como de un principio pronto y permanente; sino que comprimiendo el viento y el aire, con el apretarlo y espesarlo lo vuelven en agua; y las excavaciones que se hacen en aquellos terre-

nos conducen y contribuyen mucho para esta especie de compresion, liquidando y haciendo flúidos los vapores, como los pechos de las mujeres para la lactancia; y por el contrario aquellos terrenos que están muy apretados no son á propósito para la formacion del agua, porque no tienen el movimiento que la elabora. Mas los que tales cosas profieren, como que se complacen en acertijos, pues dicen tambien que los animales no tienen sangre dentro del cuerpo, sino que se forma al ser heridos de un cierto aire, ó con la mudanza de las carnes, que es la que obra su salida y su licuacion. Pero á estos los refutan los rios que se dirigen á lo más profundo de los lugares subterráneos y de las minas, no formándose poco á poco, como habia de suceder si tomaran su orígen de un repentino movimiento de la tierra, sino siendo ya en sí abundantes y caudalosos: así vemos tambien que desgajándose una piedra corre un gran caudal de agua, y despues se para. Más baste de estas cosas.

Estuvo Emilio en reposo por algunos dias; y se dice que hallándose al frente uno de otro ejércitos tan poderosos, jamás se vió una inquietud semejante; mas empezó luégo á hacer tentativas y esfuerzos por todas partes, y como llegase á entender que un solo punto se habia quedado sin fortificar por la parte de Perrebea, hácia el templo de Apolo y la Roca, trató este negocio en consejo, dándole mayor esperanza el no estar defendido aquel sitio, que temor su aspereza y fragosidad, que era por las que lo habian dejado sin custodiar. Entre los que se hallaban presentes, Escipion, llamado Nasica, yerno de Escipion Africano, y que más adelante tuvo mucha autoridad en el Senado, fué el primero que se ofreció á tomar el mando para encaminarse al punto designado, y despues de él se presentó con grande ardimiento Fabio Máximo, el hijo mayor de Emilio, que todavía era muy mozo. Contento, pues, Emilio, les dió no tantas fuerzas como refiere Polibio,

sino las que el mismo Nasica dice haber llevado consigo en carta escrita á un rey sobre estos sucesos. Los Italianos, que no eran de la tropa de línea, subian á tres mil, y el ala izquierda á cinco mil; y tomando con estos Nasica ciento y veinte caballos y doscientos hombres de los Tracios y Cretenses, que mezclados estaban á las órdenes de Harpalo, marchó por el camino que conducia al mar, y se acampó cerca del templo de Hércules, como si hubiera de embarcarse en las naves y cercar el ejército de los enemigos. Mas luégo que los soldados comieron el rancho y sobrevinieron las tinieblas, descubriendo á los capitanes el verdadero intento, caminó de noche en direccion opuesta al mar; y haciendo alto, dió descanso á la tropa bajo el templo de Apolo. Por esta parte, la altura del Olimpo pasa de diez estadios; lo que se acredita con una inscripcion acerca del que la midió, que dice así:

Desde el templo de Apolo hasta la cumbre
Es del excelso Olimpo la medida
(Perpendicularmente fué tomada)
De estadios una década, y sobre ella
Un peletro (1) al que piés le faltan cuatro.
Fué el medidor Genágoras de Eumelo:
Salve, oh Rey, y feliz suceso tengas.

Es opinion de los geómetras que ni la altura de los montes ni la profundidad del mar pasan de diez estadios; pero Genágoras parece que hizo esta medicion, no á la ligera, sino por reglas y con los instrumentos convenientes.

Pasó allí Nasica la noche; y cuando Perseo, que veia á Emilio al frente en suma quietud, estaba distante de pensar lo que sucedia, le llegó un transfuga cretense, que vino

(1) Peletro ó pletro, medida de cien piés, sexta parte del estadio.

corriendo á noticiarle la marcha de los Romanos. Sobresaltóse con esta nueva, y aunque no movió el ejército, poniendo á las órdenes de Milon diez mil extranjeros estipendiarios y dos mil Macedonios, le envió á que sin dilacion ocupase los pasos. Polibio dice que los Romanos sorprendieron á estas tropas estando todavía dormidas; pero Nasica refiere que en las alturas hubo un reñido encuentro, y que él mismo dió la muerte á un Tracio que le vino á las manos, hiriéndole en el pecho con la lanza, que ciaron con esto los enemigos; y como Milon hubiese dado á huir vergonzosamente en túnica y sin armas, siguió el alcance con seguridad, y condujo á lo llano sus soldados. Con estos sucesos levantó Perseo á toda prisa el campo, y hubo de retirarse sobrecogido ya de miedo y muy decaido de sus esperanzas. Erale sin embargo indispensable, ó aguardar delante de Pidna, y aventurar una batalla, ó recibir al enemigo con un ejército dispersado por las ciudades: pues una vez descendido á lo llano, no podia ser arrojado sino con gran mortandad y carnicería; cuando allí sus fuerzas eran grandes, y el ardor de los soldados no podia ménos de anunciarse peleando por la defensa de sus hijos y sus mujeres, á presencia del rey, y tomando éste parte en los peligros, que fué con lo que dieron ánimo á Perseo sus amigos. Formó, pues, su ejército, y se apercibió á la pelea, reconociendo los sitios y distribuyendo los mandos, como para salir de sorpresa al encuentro á los Romanos en su misma marcha. El sitio tenía una llanura acomodada á la formacion de la falange, que necesitaba de terreno igual, y habia collados seguidos que favorecian las acometidas y retiradas de los cazadores y tropas ligeras. Corrian en medio los rios Aison y Leuco, que aunque no muy caudalosos entónces por ser el fin del verano, parecia sin embargo que oponian á los Romanos algun obstáculo.

Reunióse en esto Emilio con Nasica, y descendió en órden contra los enemigos; mas luego que vió su formacion

y su número, suspendió maravillado la marcha, como para hacer entre sí algunas consideraciones. Ardian por venir á las manos los caudillos jóvenes, y cercándole le rogaban que no se detuviese; sobre todo Nasica, que habia adquirido confianza por lo bien que le habia salido su expedicion del Olimpo. Sonriósele Emilio, y le dijo: «Muy bien si yo tuviera tu edad; pero las muchas victorias, que me han hecho conocer los hierros de los vencidos, me impiden el que en la marcha trabe batalla contra una falange ordenada y descansada.» En seguida dió órden para que las primeras tropas que estaban á la vista de los enemigos, quedando en escuadras, presentaran el aire de una formacion; y que los de la retaguardia, mudando de posicion, pusieran el valladar para acamparse: de esta manera, yéndose quedando por órden los que estaban delante para los últimos, no se advirtió que habia deshecho la formacion, y que todos se habian colocado sin desórden en los reales. Al hacerse de noche, y cuando despues del rancho se iban á dormir y descansar, la luna, que estaba en su lleno y bien descubierta, empezó de pronto á ennegrecerse; y desfalleciendo su luz, habiendo cambiado diferentes colores, desapareció. Los Romanos, como es de ceremonia, la imploraban para que les volviese su luz, con el ruido de los metales, y alzando al cielo muchas luces con tizones y hachas; mas los Macedonios á nada se movieron, sino que el terror y espanto se apoderó del campo, y entre muchos corrió secretamente la voz de que aquel prodigio significaba la destruccion de su rey. No era Emilio hombre enteramente nuevo y peregrino en las anomalías que los eclipses producen; los cuales á tiempos determinados hacen entrar la luna en la sombra de la tierra, y la ocultan, hasta que pasando de la sombra vuelve otra vez á resplandecer con el sol. Mas con todo, siendo muy dado á las cosas religiosas é inclinado á los sacrificios y á la adivinacion, apénas vió á la luna enteramente libre, le sacrificó once

toros; y no bien se hizo de dia cuando ofreció nuevo sacrificio de la misma especie á Hércules, no parando hasta veinte; y al primero y al vigésimo se observaron prodigios, que dijo adjudicaban la victoria á los que se defendiesen. Hizo, pues, voto al mismo Dios de otros cien bueyes y de juegos sagrados, mandando á los caudillos ordenar el ejército para la batalla; mas aguardó con todo á la inclinacion y desvío del resplandor, para que el sol desde el Oriente no los deslumbrara en la pelea dándoles de cara; por lo que estuvo dando tiempo, sentado en su tienda, la que tenía abierta por la parte de la llanura y del campo de los enemigos.

Hácia la entrada de la tarde dicen algunos que con designio de preparar Emilio que fuese de los enemigos la acometida, dió órden de que los Romanos soltaran por aquella parte un caballo sin freno, y que yendo en su persecucion, este fué el principio de la pelea; mas otros sostienen que retirándose con forraje los bagajes de los Romanos, los acometieron los Tracios mandados por Alejandro; que en defensa de aquellos salieron corriendo setecientos Ligures, y que acudiendo muchos al socorro de unos y otros, así fué como de ambas partes se trabó la pelea. Emilio, conjeturando como un buen piloto por el repentino ímpetu y movimiento de los ejércitos lo arriesgado de aquella lucha, salió de la tienda, y recorrió las filas de la infantería infundiéndoles aliento; y Nasica, que se habia dirigido á las tropas ligeras, reparó en que faltaba muy poco para que estuviese ya trabado el combate con todas las fuerzas enemigas. Venian los primeros los Tracios, cuyo aspecto se dice ser muy fiero, hombres de procerosa estatura, con escudos blancos y relucientes y botas de armadura, vestidos de túnicas negras, llevando pendientes del hombro derecho espadas largas de grave peso. Seguian á los Tracios los estipendiarios con armas muy diversas, y con ellos venian mezclados los de la Peonia.

El tercer órden era de las tropas escogidas de los Macedonios, lo más sobresaliente en robustez y edad, deslumbrando con armas de oro y con ropas de púrpura. Colocados estos en formacion, sobrevinieron del campamento las falanges con bronceados escudos, llenando el campo del resplandor del hierro y de la brillantez del metal, y haciendo resonar por los montes la vocería y confusion de los que mutuamente se animaban; habiéndose hecho con tal arrojo y prontitud esta embestida, que los primeros cadáveres cayeron á dos estadios del campamento de los Romanos.

Trabada la pelea, se presentó Emilio, y llegó á tiempo en que ya los primeros Macedonios, enristradas las lanzas, herian en los escudos de los Romanos, que no podian ofenderles en lo vivo con sus espadas. Mas cuando despues, desprendiendo del hombro los demas Macedonios las adargas, y recibiendo tambien á una sola señal con las lanzas en ristre á los legionarios romanos, vió la fortaleza de la formacion y la presteza del ataque, no dejó de sorprenderse y concebir temor, por no haber visto nunca un espectáculo tan terrible; así es que hacía mencion frecuente de aquella sensacion y de aquel espectáculo. Ostentóse entónces á sus combatientes con rostro sereno y placentero, recorriendo á caballo las filas sin yelmo y sin coraza. Mas el rey de los Macedonios, lleno de miedo, segun dice Polibio, luégo que se comenzó la batalla, huyó á caballo á la ciudad, pretextando que iba á sacrificar á Hércules, que no recibe sacrificios tímidos de los cobardes ni acepta votos injustos; pues no es justo en ninguna manera que el que no tira al blanco lleve el premio, ni que venza el que no resiste, ni que salga bien el que nada hace, ni, finalmente, que tenga buena suerte el hombre malo. Por el contrario, á los ritos de Emilio se prestó grato el Dios, pues rogaba peleando la victoria y buen éxito de la guerra, y combatiendo llamaba al Dios en su

auxilio. Con todo, un escritor llamado Posidonio, que se dice haber coincidido en aquellos tiempos y en aquellos sucesos, el cual compuso la historia de Perseo en muchos libros, dice que no se retiró por miedo ni á causa del sacrificio, sino que en el principio de la batalla le sucedió ya que un caballo le dió una coz en un muslo; y en la batalla misma, no obstante que se hallaba muy incomodado, y que lo contenian los amigos, hizo que del bagaje le trajeran un caballo; que montando en él, se colocó en la falange sin coraza, y que tirándose de una y otra parte muchas armas arrojadizas, le alcanzó un dardo todo de hierro, el cual no le dió de punta, sino que el golpe se corrió por el costado izquierdo; mas con todo, con el ímpetu de la marcha se le abrió la túnica, y se vió la carne enrojecida con una gran contusion que por mucho tiempo conservó la señal del golpe: así es como Posidonio hace la apología de Perseo.

No pudiendo los Romanos romper la falange cuando llegaron á embestirla, Salio, comandante de los Pelignos, echó mano á la insignia de sus soldados, y la arrojó contra los enemigos; por lo que, corriendo los Pelignos hácia aquel sitio, pues no es lícito ni aprobado entre los Italianos el abandonar la insignia, se vieron hechos y sucesos terribles en aquel encuentro de una y otra parte. Porque los unos procuraban con sus espadas apartar la lanzas, defenderse de ellas con los escudos ó retirarlas cogiéndolas con la mano, y los otros asegurando el golpe con entrambas y apartando con las mismas armas á los que los acometian, como no bastasen ni el escudo ni la coraza para contener la violencia de la lanza, derribaban de cabeza los cuerpos de los Pelignos y Marrucinos, que desatentados corrian encolerizados como fieras á los golpes contrarios, y á una muerte cierta. Miéntras así eran molestados los de la vanguardia, no se contuvieron en su lugar los que formaban en pos de ellos, sin que esto fuese una fuga, sino

una retirada al monte llamado Olocro: de manera que Emilio rasgó, segun dice Posidonio, sus vestiduras al ver que éstos cedian y que los demas Romanos evitaban la falange, en la que no podian hacer mella; sino que con la espesura de las lanzas, como con un vallado, se les presentaba por todas partes invencible. Mas como por ser luégo el terreno desigual, y no poder la fila mantener firme la reunion de los escudos, advirtiese que la falange de los Macedonios empezaba á tener muchas interrupciones y muchos claros, como es preciso que suceda en los ejércitos grandes y en los encuentros diferentes de los que pelean, deteniéndose en unas partes y adelantándose en otras, recorrió repentinamente y dividió sus escuadrones, dándoles órden de que metiéndose por los claros y vacíos de los enemigos, y trabándose con ellos, no lidiaran una sola batalla contra todos, sino muchas é interpoladas por partes. Luego que Emilio enteró de esto á los jefes y los jefes á los soldados, dividiéndose éstos y metiéndose dentro de la formacion, acometieron á unos por los costados que no tenian defensa, y cayeron con ímpetu sobre otros, pues ya rota la falange, su fuerza y su accion unida enteramente, se habia desvanecido; y como en estos combates singulares y contra pocos los Macedonios hiriesen con sus cortos alfanjes en unos escudos firmes y muy anchos, y resistiesen mal con sus endebles adargas á las espadas de aquellos, que por su pesadez y la firmeza de los golpes pasaban por entre toda armadura hasta la carne, se entregaron á la fuga.

Grande era la contienda contra éstos; y en ella Marco el hijo de Caton, yerno de Emilio, que habia dado pruebas del mayor valor, perdió la espada. Como era propio de un jóven instruido en muchas ciencias, y que á su gran padre era deudor de hechos correspondientes á una gran virtud, teniendo por la mayor afrenta que vivo él quedara una prenda suya en poder de los enemigos, corre la línea, y

donde ve algun amigo ó deudo, le refiere lo que le ha sucedido y le pide auxilio. Reúnensele muchos de los más esforzados, y rompiendo con ímpetu por entre los demas bajo la guía del mismo Marco, se arrojan sobre los contrarios. Retirándolos con la más acalorada porfia, con gran matanza y con muchas heridas, y dejando el sitio desierto y despejado, se dedican á buscar la espada. Aunque con gran dificultad, halláronla por fin escondida bajo montones de armas y de cadáveres; con lo que alegres y triunfantes cargan con mayor denuedo sobre aquellos enemigos que todavía resistian. Finalmente, los tres mil escogidos, manteniendo su puesto, y peleando siempre, todos fueron deshechos; hízose en los demas que huian terrible carnicería, tanto, que el valle y la falda de los montes quedaron llenos de cadáveres, y los Romanos al pasar al otro dia de la batalla el rio Leuco, vieron sus aguas teñidas todavía en sangre. Dícese que murieron más de veinticinco mil; y de los Romanos perecieron, segun dice Posidonio, ciento, y segun Nasica, ochenta.

Tuvo esta gran batalla una determinacion muy pronta, porque habiéndose comenzado á la novena hora, ántes de la décima habian ya alcanzado la victoria. Lo que restaba del dia lo emplearon en seguir el alcance, persiguiéndolos hasta ciento y veinte estadios; de manera que ya se retiraron entrada la noche. Saliéronlos á recibir los criados con antorchas, y con gran regocijo y algazara los condujeron á las tiendas, que estaban iluminadas y adornadas con coronas de hiedra y laurel; mas el general recibió una terrible pesadumbre, porque militando en su ejército dos de sus hijos no parecia por ninguna parte el más jóven de ellos, que era al que más amaba, y al que veia sobresalir por su natural inclinacion á la virtud entre sus hermanos. Siendo de un ánimo arrojado y pundonoroso, y todavía de edad muy tierna, tenía por cierta su pérdida, creyendo que por la inexperiencia se habria metido entre los enemigos

en lo recio de la pelea. Con esta incertidumbre daba extremadas muestras de dolor; lo que sentido por todo el ejército, se pusieron en movimiento dejando los ranchos, y empezaron á marchar con luces unos á la tienda de Emilio y otros á buscarle delante del campamento entre los primeros cadáveres. Fué sumo el disgusto del ejército y el ruido que se movió por aquella llanura llamando todos á Escipion; porque á todos les pareció desde el principio á propósito para el mando y el gobierno, y moderado en sus costumbres tanto como el que más de sus deudos. Era ya muy tarde, y casi se habia perdido toda esperanza, cuando se le vió retirarse del alcance con dos ó tres de sus amigos, lleno todavía de sangre de los contrarios, porque como cachorro de generosa raza se había ido muy adelante, entusiasmado desmedidamente con el gozo de la victoria. Este es aquel Escipion que más adelante destruyó á Cartago y Numancia, y fué con mucha ventaja el primero por su virtud y el de mayor poder entre los Romanos de su edad. Dilatóle á Emilio la fortuna para otro tiempo el acíbar de este triunfo, dándole entónces llenamente el sabroso placer de la victoria.

Perseo marchó huyendo de Pidna á Pela, habiéndose salvado de la batalla casi todos los de á caballo; mas como los alcanzase la infantería, empezólos á denostar por cobardes y traidores, derribándolos de los caballos y dándoles de golpes; por lo que, temeroso de aquel alboroto, sacó el caballo del camino, y quitándose la ropa de púrpura para no ser conocido, la puso en la grupa, y la diadema la tomó en las manos; y habiendo hablado á sus amigos sin parar de andar, echó pié á tierra, y tomó el caballo del diestro. De aquellos uno empezó á fingir que se aseguraba el zapato que se le habia desatado; otro que daba de beber al caballo; otro que tenía sed, y yéndole dejando de esta manera, á toda priesa lo abandonaron, no tanto por temor de los enemigos, como de su crueldad. Agitado con

tantos males, procuraba echar á todos, apartándola de sí, la culpa de aquella derrota. Entró ya llegada la noche en Pela; y porque al recibirle Euto y Endayo, que eran los encargados del tesoro, le hicieron algunas reconvenciones sobre lo sucedido, y le hablaron y dieron consejos tan franca como inoportunamente, montando en cólera dió por sí mismo muerte á ambos con su espada; con lo que nadie quedó á su lado fuera de Evandro de Creta, Arquidamo de la Etolia y Neonon de Beocia. De los soldados siguiéronle los Cretenses, no tanto por aficion como por golosina de sus riquezas, al modo que las abejas á los panales. Porque era mucho lo que llevaba, y lo que presentó á la codicia de los Cretenses para robarlo, en vasos, fuentes y demas vajilla de plata y oro hasta la suma de cincuenta talentos. Pasó primero á Anfipolis, y de allí despues á Galepso; y como se le hubiese desvanecido un poco el miedo, recayó nuevamente en el más antiguo de sus vicios, que era la avaricia; quejóse, pues, con sus amigos de que neciamente habia abandonado á los Cretenses algunas de las brillantes alhajas de Alejandro el Grande, exhortando á los que las tenian, no sin ruegos y lágrimas, á que las cambiaran por dinero. Los que le conocian bien, no dudaron que aquello era cretizar con los Cretenses; mas ellos cayeron en el lazo, y entregándolas, se quedaron sin nada, porque no les dió el dinero; y áun tomó prestados de los amigos treinta talentos, los mismos que de allí á poco habian de ocupar los enemigos, y con aquellos navegó á Samotracia, donde fugitivo se acogió al templo de los Dioscuros.

Habian tenido siempre fama los Macedonios de ser amantes de sus reyes; pero entónces, abatidos todos como cuando de pronto falta el apoyo, se entregaron á Emilio, al que en dos dias hicieron dueño de toda la Macedonia; lo cual parece conciliar mayor crédito á los que atribuyen todos estos sucesos á un especial favor de la fortuna. Pero

áun es más maravilloso lo que acaeció en el sacrificio; pues sacrificando Emilio en Anfipolis, en el acto mismo cayó un rayo en el ara, el que abrasó las víctimas y perfeccionó la ceremonia. Con todo áun sube de punto sobre este prodigio y sobre la dicha de Emilio la rapidez de la fama, pues al dia cuarto de haber alcanzado de Perseo esta victoria de Pidna, estando en Roma el pueblo viendo unas carreras de caballos, repentinamente corrió la voz en los primeros asientos del teatro de que Emilio, habiendo vencido á Perseo en una gran batalla, habia subyugado toda la Macedonia, y de allí se difundió luego la misma voz por toda la concurrencia; con lo que en aquel dia fué grande el gozo que con algazara y regocijo se apoderó de la ciudad. Mas como luego se viese que aquel rumor vago no tenía apoyo ú orígen seguro, por entónces se desvaneció y disipó; pero tenida á pocos dias la noticia positiva, se pasmaron todos de aquel anticipado anuncio, que pareciendo falso, dijo la verdad.

Dícese que de la batalla de los Italianos junto al rio Sagra se tuvo noticia en el mismo dia en el Peloponeso, así como en Platea de la de Micale contra los Medos; y cuando los Romanos vencieron á los Tarquinos y á los del Lacio sus auxiliadores, de allí á muy poco llegaron dos mensajeros, varones de gran belleza y estatura, que trajeron el aviso, y se conjeturó que eran los Dioscuros. El primero que tropezó con ellos en la plaza, cuando junto á la fuente estaban dando de beber á sus caballos cubiertos de sudor, se quedó pasmado con el anuncio de esta victoria: ellos despues se dice que le cogieron con la mano la barba sonriéndosele blandamente; y como al punto la barba de negra se le volviese roja, este suceso concilió crédito á la noticia, y á aquel hombre el apellido de Ainobarbo, que viene á ser el de la barba bronceada. Tambien ha ganado crédito á todas estas relaciones lo sucedido en nuestros dias, porque cuando Antonio se rebeló contra Domiciano

se esperaba enconada guerra de parte de la Germania; y siendo grande la turbacion en Roma, de repente y por sí mismo difundió el pueblo la fama de una victoria, corriendo por toda Roma la voz de que el mismo Antonio habia sido muerto, y de que derrotado su ejército, ni señal habia quedado de él: adquiriendo esta voz tal certeza y seguridad, que muchos de los principales ofrecieron sacrificios. Inquirióse luego sobre el primero que lo refirió, y como no aparecia nadie, sino que el rumor corriendo de unos en otros se desvaneció, viniendo á lo último á parar en nada arrojado en una muchedumbre confusa como en un piélago inmenso, sin que se le diese orígen ninguno cierto, aquella fama se borró del todo en la ciudad. Mas cuando ya Domiciano habia marchado con su ejército á la guerra, le encontró en el camino la noticia y cartas en que se le daba cuenta de la victoria; y se halló que el dia de la fama fué el mismo que el del suceso, habiendo de distancia de un punto á otro más de veinte mil estadios: cosa que de los de nuestra edad no ignora nadie.

Neyo Octario, colega de Emilio en el mando, que aportó á Samotracia, respetó para con Perseo el asilo en honor de los Dioses; pero le cerró la salida y la fuga por el mar: con todo, pudo á escondidas ganar á un tal Oroandes de Creta, que tenía un barquichuelo, para que le admitiese en él con sus riquezas; mas éste, usando de las artes cretenses, tomó de noche todo su caudal, y diciéndole que á la siguiente fuese al puerto Demetrio con los hijos y la familia precisa, se hizo á la vela al mismo anochecer. Pasó en esta ocasion Perseo por angustias bien miserables, habiendo tenido que salvar la muralla por una estrecha tronera él, sus hijos y su mujer, no estando todavía hecho á riesgos y trabajos: así lanzó un lamentable suspiro, cuando andando perdido en la playa se llegó á él uno, y le dijo haber visto que Oroandes habia salido apresuradamente al mar. Porque clareaba ya el alba, y destituido de toda es-

peranza, se retiró corriendo hácia la muralla, no sin ser de los Romanos observado; mas con todo logró adelantarse á ellos con su mujer. Los hijos tomándolos por la mano los habia entregado á Ion; y éste, que ántes habia sido el favorito de Perseo, se convirtió entónces en traidor; lo que principalmente contribuyó á que aquel desgraciado, como fiera que ha perdido sus cachorros, se viera en la precision de dejarse prender y entregar su persona á los que de aquellos estaban ya apoderados. Tenía su principal confianza en Nasica, y por éste preguntaba; mas como no pareciese, lamentando su suerte, y sujetándose á la necesidad, se puso como cautivo en manos de Neyo; manifestando bien á las claras, que era en él un vicio más ruin que el de la avaricia el de la cobardía y apego á la vida, por el cual se privó del único bien que la fortuna no puede arrebatar á los caidos, que es la compasion. Porque habiendo rogado que le llevaran á la presencia de Emilio, éste, como debia hacerse con un hombre de tanta autoridad sobre quien habia venido una ruina tan terrible y desgraciada, levantándose de un asiento salió á recibirle con sus amigos derramando lágrimas; y él, poniendo el rostro en el suelo, que era un vergonzoso espectáculo, y abrazándole las rodillas, prorumpió en exclamaciones y ruegos indecentes, que Emilio no pudo escuchar con paciencia, sino que, mirándole con rostro enojado y severo: «Miserable, le dijo, ¿por qué libras á la fortuna de uno de sus mayores cargos, haciendo cosas por las que se ve que si eres desgraciado lo tienes merecido, y que no es de ahora, sino de siempre haber sido indigno de ser dichoso? ¿por qué echas á perder mi victoria y apocas mi triunfo, haciendo ver que no eras un enemigo noble y digno de los Romanos? La virtud alcanza para los desgraciados gran parte de reverencia áun entre los enemigos; pero la cobardía, áun cuando sea afortunada, es para los Romanos la cosa más despreciable.»

Con todo, levantándole y dándole la diestra, lo encomendó á Tuberon; y reuniendo despues fuera de la tienda á sus hijos y yernos, y á los más jóvenes de los que tenian mando, estuvo largo rato pensativo entre sí con gran silencio, tanto, que todos estaban admirados; mas comenzando luégo á disertar sobre la fortuna de los sucesos humanos: «¿Habrá hombre, exclamó, que en la presente prosperidad crea que le es dado engreirse y envanecerse de que ha sojuzgado una nacion, una ciudad ó un reino? La fortuna, poniéndonos á la vista esta mudanza como un ejemplo en el que todo conquistador contemple la comun flaqueza, nos amonesta que nada debemos considerar como estable y seguro; porque ¿cuál será el tiempo en que pueda el hombre vivir confiado, cuando el dominar á los otros obliga á estar más temeroso de la fortuna, y la idea de que la suerte revuelve y acarrea por veces iguales desastres, ahora á unos y luégo á otros, debe infundir recelos al que se huelga como más favorecido? ¿acaso viendo que la herencia de Alejandro, cuyo poder y dominacion llegó al grado más alto que se ha conocido, en ménos de una hora la habeis humillado bajo vuestros piés; y que unos reyes, que poco ha imperaban á tantas legiones de infantería y á tantos escuadrones de caballería, reciben ahora la comida y bebida diaria de manos de los enemigos, podeis pensar que vuestras cosas han de tener una consistencia que pueda prevalecer contra el tiempo? ¿No será más razon que dando de mano á ese orgullo y á esa vanidad de la victoria reprimais vuestros ánimos, estando siempre atentos á lo futuro, para ver qué fin prepara el hado á cada uno de vosotros en contrapeso de tamaña felicidad?» Pronunciadas estas y otras semejantes razones, se dice que despidió Emilio á aquellos jóvenes, y que los dejó muy corregidos de su vanagloria y altanería, conteniéndolos como un freno con aquella alocucion.

Dió despues de esto descanso al ejército; y para sí tomó

por tarea y por honroso y humano recreo el visitar la Grecia; porque recorriendo y tomando bajo su amparo los pueblos, confirmó su gobierno, y les hizo donativos, á unos de granos y á otros de aceite; pues se cuenta haber sido tan grande el repuesto que se encontró, que ántes faltó á quien darlo y quien lo pidiese, que agotarse lo que se tenía prevenido. Habiendo visto en Delfos un gran pedestal construido de piedras blancas, sobre el que habia de colocarse una estatua de oro de Perseo, mandó que en vez de aquella se pusiese la suya, pues era razon que los vencidos cediesen su puesto á los vencedores; y en Olimpia se refiere que profirió aquel dicho tan celebrado: *que Fidias habia esculpido el Júpiter de Homero.* Llegáronle de Roma diez mensajeros, y restituyó á los Macedonios su tierra y sus ciudades libres é independientes, mas con el tributo á favor de Roma de cien talentos, ménos que la mitad de aquello con que contribuian á los reyes; ordenó espectáculos y juegos de todas especies, y sacrificios á los Dioses, y dió cenas y banquetes, gastando con profusion de la despensa real; pero en el órden y aparato, en las salutaciones y demas cumplidos, en la distribucion del lugar y honor que á cada uno le era debido, manifestó un conocimiento tan diligente y cuidadoso, que se maravillaron los Griegos de que para tales desahogos no le faltase atencion, sino que con ejecutar tan grandes hazañas áun las cosas pequeñas las pusiese tan en su punto. Estaba tambien muy complacido por advertir que entre tanta prevencion y tanto brillo él era el más dulce recreo y espectáculo para los que con él asistian. A los que mostraban maravillarse de su desvelo respondia que á un mismo ingenio pertenecia disponer bien un ejército y un banquete: aquél para hacerle el más terrible á los enemigos, y éste el más grato á los convidados. Ni era ménos celebrada de todos su liberalidad y grandeza de ánimo, pues con haber encontrado amontonado mucho oro y mucha plata en los te-

soros del rey, ni siquiera quiso verlo, sino que lo puso á disposicion de los cuestores para el erario. Solamente á aquellos de sus hijos que eran dados á las letras les permitió escoger entre los libros del rey; y al distribuir los premios del valor, dió á Elio Tuberon su yerno una ampolla de peso de cinco libras. Éste es aquel Tuberon de quien dijimos que vivia con once parientes suyos en una misma casa, manteniéndose todos con el producto de un campo muy pequeño. Y se dice que esta fué la primera plata que entró en la casa de los Elios ganada con la virtud y el valor; y que fuera de esta alhaja, nunca ni ellos ni sus mujeres usaron cosa de oro ó plata.

Habiendo ordenado convenientemente todos sus negocios, se despidió de los Griegos, y exhortando á los Macedonios á que tuvieran en memoria la libertad recibida de los Romanos, y á que la conservasen con las buenas leyes y la concordia, se retiró á Epiro, por haber recibido un decreto del Senado, en el que se le prescribia que de aquellas ciudades tomara con que socorrer á los soldados que bajo sus órdenes habian peleado en la batalla contra Perseo. Propúsose que se cayera sobre todos repentinamente y cuando nadie lo esperase; para lo que hizo comparecer á diez hombres de los principales de cada ciudad, y les dió órden de que cuanta plata y oro hubiese en las casas y en los templos la recogiesen para el dia señalado; y á cada diputacion, como si fuera para aquel objeto, le dió escolta de soldados y un caudillo, el que habia de aparentar que buscaba y recogia el dinero. Llegado el dia, á una y en un mismo momento se entregaron todos á la persecucion y saqueo de los enemigos; de manera que en sola una hora hicieron cautivos á ciento cincuenta mil hombres, y arrasaron setenta ciudades; y no vino á recibir cada soldado en donativo arriba de once dracmas (1) con haber

(1) Venía á valer la dracma dos reales de vellon.

sido tal la destruccion y ruina: horrorizando á todos el fin de esta guerra, viendo que tan poca era la utilidad y ganancia que á cada uno habia resultado del destrozo de toda una nacion.

Emilio se vió en la precision de ordenarlo muy contra su naturaleza, que era benigna y apacible; y ejecutado bajó á Orico, de donde hecha la travesía para la Italia con sus tropas, subió luego por el rio Tiber en una galera real de diez y seis remos, adornada con armas de las cogidas á los enemigos y con ropajes de grana y de púrpura; de modo que los Romanos que por las orillas concurrian como á un espectáculo triunfal, gozaron anticipadamente de su pompa, llegando bien adelante, por cuanto la corriente apénas daba paso á la embarcacion. Repararon entónces los soldados en el inmenso botin; y como no les habia tocado lo que deseaban, incomodáronse dentro de sí mismos por esta causa, quedando muy irritados contra Emilio; pero en público se quejaron de que los habia tratado dura y despóticamente, y con este pretexto no hicieron gran empeño para que se le decretara el triunfo. Llególo á entender Sergio Galba, enemigo de Emilio, que habia sido tribuno bajo sus órdenes, y se presentó á sostener decidida y manifiestamente que no debia concedérsele. Levantándole, pues, entre la turba militar muchas calumnias, y atizando el encono con que ya le miraban, pidió á los tribunos de la plebe otro dia, porque aquel no podia bastar para la acusacion, no quedando ya sino cuatro horas. Mas los tribunos le prescribieron que dijese lo que tuviera que decir; y él empezando de muy lejos, y haciendo un discurso lleno de toda especie de dicterios, consumió todo el tiempo; y como por haberse hecho de noche los tribunos disolviesen la junta, los soldados se unieron á Galba, tomando con este bríos; y animándose unos á otros se volvieron á presentar muy de mañana en el Capitolio: porque allí habian de tener los tribunos la nueva junta.

Hízose la votacion luégo que fué de dia, y la primera tribu votó contra el triunfo; mas difundida la voz por toda la ciudad llegó hasta el Senado. La plebe veia con disgusto el que se afrentase á Emilio, sobre lo que prorumpia en inútiles quejas; pero los principales del Senado, diciendo á gritos que era insufrible lo que pasaba, se incitaban unos á otros para hacer frente al desacato y temeridad de los soldados, que si no se le opusiese resistencia, se propasaria á todo desórden y violencia, saliéndose con privar á Emilio de los honores de la victoria. Penetraron, pues, por entre la muchedumbre, y subiendo en gran número, intimaron á los tribunos que suspendiesen la votacion hasta que manifestasen al pueblo cuáles eran sus deseos. Contuviéronse todos, é impuesto silencio, se levantó Marco Servilio, varon consular, que en desafío habia muerto á veintitres enemigos: y «ahora conozco, dijo, cuán grande general es Paulo Emilio, viendo que con un ejército, en que no se advierte sino indisciplina y maldad, ha podido ejecutar tan grandes y tan singulares hazañas; y me maravillo de que el pueblo, que tanto se honra con los triunfos alcanzados de los Ilirios y de los Ligures, no quiera hacer demostracion por haberse tomado vivo con las armas romanas al rey de los Macedonios, y haber sido traida en cautiverio la gloria de Alejandro y de Filipo. Porque ¿no será cosa extraña que se diga, que á la primera voz todavía incierta de esta victoria esparcida por la ciudad, sacrificasteis á los Dioses, haciendo votos por ver cuanto ántes cumplido aquel rumor, y que cuando el general viene con la certeza de la victoria priveis á los Dioses de su debido honor, y á vosotros mismos del regocijo que es propio, como si temieseis que se manifestase la grandeza de tan admirable suceso, ó como si tuvieseis miramiento con el rey cautivo? Y en caso, ménos malo sería que el triunfo se negase por compasion á éste, que no por envidia al General. Pero la malignidad ha tomado tanto ascendiente en-

tre vosotros, que un hombre ileso y de cuerpo garboso y adamado, como criado á la sombra, se atreve en materia de mando militar y de triunfo á llevar la voz ante vosotros mismos, amaestrados con tantas heridas á discernir entre la virtud y la inutilidad de los generales.» Y al decir esto, desabrochándose la ropilla, mostró en el pecho una multitud increíble de cicatrices: pasó despues á descubrir ciertas partes del cuerpo que no parece decente desnudar ante el pueblo, y volviéndose á Galba: «Tú sin duda, le dijo, te burlas de estas señales; mas yo las ostento con vanidad á mis conciudadanos, pues por ellos, no bajando del caballo ni de dia ni de noche, las he recibido; pero vamos, llévalos á votar, que yo bajaré y los seguiré á todos, y con esto conoceré quiénes son los malos y desagradecidos, y los que en la guerra quieren más alborotar que obedecer y guardar disciplina.»

Dícese que de tal modo quebrantó y sorprendió á la gente de guerra este discurso, que despues por las otras tribus le fué á Emilio decretado el triunfo. Ordenóse luégo, segun la memoria que ha quedado, de esta manera: el pueblo, habiéndose levantado tablados en los teatros para las carreras de los caballos, que se llaman circos, y en las inmediaciones de la plaza, y en todos los parajes por donde habia de pasar la pompa, la vió desde ellos, yendo toda la gente vestida muy de limpio; los templos todos estaban abiertos y llenos de coronas y perfumes; muchos alguaciles y maceros, apartando á los que indiscretamente corrian y se ponian en medio, dejaban libre y desembarazada la carrera. La ceremonia toda se repartió en tres dias, de los cuales en el primero, que apénas alcanzó para el botin de las estatuas, de las pinturas y de los colosos, tirado todo por doscientas yuntas, esto mismo fué lo que hubo que ver. Al dia siguiente pasaron en muchos carros las armas más hermosas y acabadas de los Macedonios, brillantes con el bronce ó el acero recien acicalado. La colocacion, dis-

puesta con artificio y órden, parecia fortuita, y como hecha por sí misma; los yelmos sobre los escudos; las corazas junto á las canilleras; las adargas cretenses, las rodelas de Tracia, las aljabas mezcladas con los frenos de los caballos, á su lado espadas desnudas, y junto á éstas las lanzas macedonias, habiéndose dejado huecos proporcionados entre todas estas armas; con lo que en la marcha, dando unas con otras, formaban un eco áspero y desapacible, que áun con provenir de armas vencidas hacía que su vista inspirase miedo. En pos de estos carros de las armas marchaban tres mil hombres, conduciendo la moneda de plata en setecientas y cincuenta esportillas de á tres talentos, y á cada uno de estos le acompañaban otros cuatro. Seguian luégo otros, que conducian salvillas, vasos, jarros y tazas de plata, muy bien colocadas todas estas piezas para que pudieran verse, y primorosas en si, y por lo grandes y dobles que aparecian.

En el dia tercero, muy de mañana, abrieron la pompa trompeteros, que tocaban, no una marcha compasada y propia del caso, sino aquella con que se incitan los Romanos á sí mismos en medio de la batalla; y en seguida eran conducidos ciento veinte bueyes cebones, á los que se les habian dorado los cuernos, y que habian sido adornados con cintas y coronas. Los jóvenes que los llevaban, ceñidos con fajas muy vistosas, los guiaban al sacrificio, y con ellos otros más mocitos con jarros de plata y oro para las libaciones. Venian luégo los que conducian la moneda de oro, repartida en esportillas de á tres talentos como la de plata, y éstas eran al todo setenta y siete. Tras éstos seguian los que conducian el ánfora sagrada, que Emilio habia hecho guarnecer con pedrería de hasta diez talentos, y los que iban enseñando las Antigonidas, las Selencidas, los Tericleos y toda la bajilla de que usaba Perseo en sus banquetes. En pos iba el carro de Perseo y sus armas, y la diadema puesta sobre las armas. Despues con algun inter-

valo eran conducidos como esclavos los hijos del rey, y con ellos una turba de camareros, de maestros y de ayos, bañados en lágrimas, y que tendian las manos á los espectadores, adiestrando á los niños á pedir y suplicar. Eran éstos dos varones y una hembra, poco atentos á la magnitud de sus desgracias á causa de la edad; y por lo mismo esta simplicidad suya en semejante mudanza los hacía más dignos de compasion; de manera que estuvo en muy poco el que Perseo se les pasase sin ser visto: ¡tan fija tenian los Romanos la vista por compasion sobre aquellos inocentes! A muchos les sucedió caérseles las lágrimas; y entre todos no hubo ninguno para quien en aquel espectáculo no estuviese mezclado el pesar con el gozo hasta que los niños hubieron pasado.

No venía muy distante de los hijos y de su servidumbre el mismo Perseo, envuelto en una mezquina capa, calzado al estilo de su patría, y como embobado y entontecido con el exceso de sus males: seguíanle inmediatamente muchos amigos y deudos, anegados sus rostros en llanto, y manifestando á los espectadores con mirar incesantemente á Perseo, y llorar, que era la suerte de aquél por la que se dolian, teniendo en muy poco la propia desventura. Habíase dirigido ántes á Emilio pidiéndole que no le llevasen en la pompa, y que le excusara el triunfo; mas éste escarneciéndole, á lo que parece, por su cobardía y apego á la vida; «pues esto, respondió, en su mano ha estado, y lo está todavía si quiere:» dando á entender que pues por cobardía no habia tenido valor para sufrir la muerte ántes que la afrenta, seducido con lisonjeras esperanzas, esto era lo que habia hecho que fuera contado entre sus despojos. Venian en pos inmediatamente cuatrocientas coronas de oro, que las ciudades habian enviado con embajadas á Emilio por prez de la victoria. Finalmente, venía él mismo, conducido en un carro magníficamente adornado; varon que, áun sin tanta autoridad, se atraia las miradas de to-

dos. Vestia un ropaje de diversos colores, bordado de oro, y con la diestra alargaba un ramo de laurel. Iguales ramos llevaba el ejército que iba en pos del carro del general, formado por compañías y batallones, cantando ya canciones patrióticas, sérias y jocosas, y ya himnos de victoria y alabanzas de los sucesos, encaminadas principalmente á Emilio, mirado y acatado de todos, y sin dar envidia á ninguno de los hombres de bien; sino que debe de haber algun mal Genio que tenga por oficio apocar las grandes y sobresalientes felicidades, y aguar la vida de los hombres, para que ninguno la tenga exenta y pura de males, sino que parezca que aquel sale bien librado, segun la sentencia de Homero, en cuyos sucesos alternativamente use de sus mudanzas la fortuna.

Así es, que teniendo Emilio cuatro hijos, dos trasladados á otras familias, como ya dijimos, á saber, Escipion y Fabio, y dos en la edad de la puericia, que los mantenia en casa, nacidos de la segunda mujer, de éstos el uno falleció cinco dias ántes de triunfar el padre en la edad de catorce años; y el otro murió de doce, tres dias despues de la misma ceremonia; de manera que no hubo Romano á quien no alcanzase aquella pesadumbre: y ántes todos se horrorizaron de tal crueldad de la fortuna, que no tuvo reparo en derramar tanto luto sobre una casa abastada de respeto, de júbilo y de fiestas, mezclando los lamentos y las lágrimas con los himnos de victoria y los triunfos.

Por lo que hace á Emilio, teniendo bien considerado que los hombres han menester valerse de la fortaleza y osadía, no sólo contra las armas y las lanzas, sino tambien contra todos los casos de fortuna, se preparó y dispuso de tal manera para esta mezcla de sucesos, que compensándose lo adverso con lo próspero, y lo doméstico con lo público, en nada se apocó la grandeza, ó se oscureció el esplendor de su victoria. Por tanto, luego que dió sepultura al primero de sus hijos, celebró el triunfo como he-

mos dicho; y muerto el segundo despues de aquella solemnidad, congregando á los Romanos en junta pública, les dirigió un razonamiento propio, no de un hombre que necesitaba consuelo, sino de quien se proponia consolar á sus conciudadanos afligidos con sus propios infortunios. «Nunca temí nada, les dijo, en las cosas humanas; mas en las superiores, recelando siempre de la fortuna como de la cosa más instable y vária, al ver que más principalmente en esta guerra, como un viento favorable, habia precedido á mis negocios, no dejé de esperar alguna mudanza y contrariedad. Porque atravesando desde Bríndis el mar Jonio, en un dia aporté á Corfú; y estando desde allí al sétimo en Delfos sacrificando á Apolo, en otros cinco me reuní con el ejército; y hecha la ceremonia de su purificacion segun costumbre, dando principio á las operaciones de la guerra, en otros quince dias le dí el complemento más glorioso. Desconfiado, pues, de la fortuna por el curso tan próspero de los sucesos, pues que fué grande la seguridad, y ninguno el peligro de parte de los enemigos, entónces más particularmente empecé á temer para la navegacion la mudanza de algun Genio; habiendo vencido con feliz suerte tan numeroso ejército, y trayendo despojos y reyes cautivos. Llegué con todo salvo entre vosotros, y encontrando la ciudad rebosando en júbilo, en aplausos y en fiestas, todavía no dejé de sospechar de la fortuna, sabiendo que no lisonjea en las cosas grandes á los hombres con nada que sea cierto y sin desquite; y nunca mi alma depuso este miedo, agitada siempre y en observacion de lo futuro, hasta que me hirió en mi casa con tamaña desventura, teniendo que celebrar unos en pos de otros, en los dias más festivos y solemnes, los funerales de los dos más amables hijos que habia reservado para que fuesen mis herederos. Considérome, pues, ahora fuera de todo grave peligro, y áun conjeturo y pienso que para mí mismo ha de permanecer ya la fortuna inocente y segura;

pues parece que se ha valido para mi castigo de males tan grandes como han sido mis prosperidades: no siendo ménos evidente el ejemplo que da de la humana miseria en el triunfador que en el conducido en triunfo; y áun con la diferencia de que Perseo vencido conserva sus hijos, y el vencedor Emilio ha perdido los suyos.»

Este fué el magnífico y noble razonamiento que con sencilla y verdadera prudencia se dice haber dirigido Emilio al pueblo en aquella sazon. En cuanto á Perseo, aunque aquél tuvo ánimo de manifestar compasion por la mudanza de su suerte, y prestarle auxilios, nada más se sabe sino que fué trasladado de la que los Romanos llaman cárcel á un lugar más decente, en el que se le trató con más humanidad; pero custodiado siempre en él, segun la opinion del mayor número de escritores, se quitó á sí mismo la vida, negándose á tomar alimento. Mas con todo, hay algunos que señalan otra causa particular y extraña de su muerte; pues dicen que estando incomodados é irritados con él los soldados encargados de custodiarle, como no pudiesen ofenderle ni molestarle en otra cosa, le despertaban del sueño, estando siempre atentos á que no se durmiese, y á desvelarle por todos medios, hasta tanto que con esta especie de mortificacion acabó sus dias. Murieron tambien dos de sus hijos; y del tercero, llamado Alejandro, se dice que fué primoroso y de grande ingenio en el cincelar y tornear; y que habiendo aprendido las letras y la lengua romana, fué amanuense de los primeros Magistrados, por haberse visto que era muy diestro y elegante en este ejercicio.

Entre estos brillantes sucesos de la guerra Macedónica lo que concilió á Emilio mayor aprecio entre todos fué haber puesto en el erario tal cantidad de dinero, que no hubo necesidad de que contribuyera el pueblo hasta los tiempos de Hircio y Pansa, que fueron Cónsules hácia la primera guerra de Antonio y César; pero lo más particular y admi-

rable en Emilio fué que con ser muy venerado y honrado del pueblo, se mantuvo siempre, sin embargo, en el partido aristocrático, no diciendo ni haciendo nunca nada por complacer á la muchedumbre, sino uniéndose siempre en las cosas de gobierno con los más distinguidos y principales de la república, que fué con lo que más adelante reconvino Apio á Escipion Africano. Porque siendo ambos entónces de los más principales en la ciudad, pidieron á un tiempo la dignidad censoria: aquél, teniendo de su parte al Senado y á los más principales, manejo que en los Apios era hereditario; y éste, aunque grande de por sí, favorecido siempre con el celo y amor de la muchedumbre. Pues como al entrar en la plaza Escipion, le viese Apio llevar á su lado á hombres ruines y de condicion servil, placeros y propios para concitar la muchedumbre y violentarle todo con atropellamiento y gritería, alzando la voz: «Oh Paulo Emilio, le dijo, suspira debajo de tierra, llegando á entender que promueven á la censura á tu hijo Emilio el pregonero y Licinio Filoneico.» Así Escipion, favoreciendo al pueblo, se ganó su benevolencia; y Emilio, con ser del partido aristocrático, no fué por esto ménos amado de la muchedumbre que el que pudiera parecer más demagogo y más dedicado á lisonjear al pueblo. Vióse esto en que le tuviesen por digno de otros cargos, y del de la misma censura, que es el más sagrado de todos y el de mayor autoridad para otras cosas y para el exámen del modo de vivir de cada uno. Porque tienen los censores facultad para excluir del Senado al que vive desarregladamente; para nombrar al de mayor probidad, y para castigar á los jóvenes con privar de la dignidad ecuestre al que es disipador. Tócales tambien el investigar la hacienda de cada uno, y celebrar el lustro; y en su tiempo se halló ser el censo de Roma trescientos treinta y siete mil cuatrocientos y cincuenta y dos hombres. Dió asimismo el primer lugar en el Senado á Marco Emilio Lépido, que ya cuatro veces habia

obtenido esta preferencia; expelió de él á tres senadores de los de ménos nombre; y tanto él mismo como su colega Marcio Filipo, se condujeron con mucha moderacion en el exámen de los escritos en el órden ecuestre.

Llevados á cabo muchos y grandes negocios, fué acometido de una enfermedad peligrosa al principio, pero despues sin riesgo, aunque trabajosa y de desesperada curacion. Persuadiéronle los médicos que pasase á Elea de Italia, donde permaneció largo tiempo en países litorales, en que gozaba de la mayor quietud; pero los Romanos deseaban verle, y en los teatros se habian dejado oir muchas voces que indicaban este deseo; por lo que, como fuese preciso un solemne sacrificio, y se sintiese con alivio, regresó á Roma. Celebró, pues, el indicado sacrificio con los demas sacerdotes, concurriendo mucho pueblo, y manifestándose muy contento; y al dia siguiente sacrificó él mismo á los Dioses otra vez por su salud. Cumplida esta segunda ceremonia, volvió á su casa, y se acostó; y sin advertir ó conocerse novedad, cayendo en un accidente que le privó de todo sentido, murió al tercero dia, sin que en vida hubiese podido echar de ménos nada de cuanto los hombres creen que conduce para la felicidad. Hasta la solemnidad de su enterramiento fué de gran aparato y digna de verse, correspondiendo á la virtud de tal varon sus magníficos y concurridos funerales. No se echaban de ver en estos el oro, ni el marfil, ni los exquisitos y preciosos adornos de tal pompa, sino la benevolencia, el respeto y el amor, no solamente de parte de los ciudadanos, mas áun de los enemigos: pues cuantos se hallaron presentes de los Españoles, los Ligures y los Macedonios, si eran jóvenes y robustos, echaban mano al féretro, y le conducian sobre sus hombros; y los más ancianos iban en rededor de él, aclamando á Emilio por bienhechor y salvador de su respectiva patria. Porque no solamente los trató á todos blanda y humanamente miéntras los gobernó, sino

que por toda la vida les hizo cuanto bien pudo, y cuidó de ellos como si fueran sus familiares y deudos. Su hacienda dicen que apénas ascendió á trescientos setenta mil denarios, de la que dejó por herederos á sus hijos; pero Escipion el menor dejó que toda la llevase su hermano, habiendo él pasado por adopcion á una casa muy rica, como lo era la de Africano. Tal se dice haber sido el tenor de vida de Paulo Emilio.

COMPARACION DE TIMOLEON Y EMILIO.

Habiendo sido tales, segun la historia, estos dos varones, es claro que el cotejo no ha de encontrar muchas diferencias y desigualdades; porque las guerras en que mandaron ambos, fueron contra los más ilustres enemigos; la del uno contra los Macedonios, y la del otro contra los Cartagineses; y sus victorias fueron asimismo sumamente celebradas, habiendo tomado el uno la Macedonia, y extinguido la sucesion de Antígono en el sétimo rey; y habiendo el otro arrancado todas las tiranías de la Sicilia, y dado á esta isla la libertad é independencia: como no quiera alguno alegar en favor de Emilio que vino á las manos con Perseo cuando estaba en su mayor poder, y acababa de vencer á los Romanos; siendo así que Timoleon acometió á Dionisio cuando ya estaba desalentado y quebrantado del todo; y á la inversa en favor de Timoleon que venció á muchos tiranos, y las poderosas fuerzas de los Cartagineses, con el ejército que á suerte pudo recoger: no como Emilio con hombres ejercitados en la guerra, y prontos á obedecer; sino con soldados mercenarios sin disciplina, y acostumbrados á no oir otra voz que la de su voluntad: así es que se da la gloria á uno y otro general de haber conseguido iguales triunfos con medios desiguales.

Fueron uno y otro íntegros y justos en el manejo de los negocios; pero Emilio parece como que naturalmente se formó de esta manera en virtud de las leyes patrias; cuando Timoleon lo debió todo á sí mismo, siendo la prueba de esto que los Romanos en aquel tiempo todos sabian igualmente la táctica, estaban acostumbrados á obedecer, y respetaban las leyes y la opinion de sus ciudadanos; y de los Griegos no hubo capitan ó caudillo alguno en la misma época que no hubiese dado mala idea de sí, en la Sicilia, fuera de Dion: y áun de éste muchos llegaron á sospechar que aspiraba á la monarquía, y que traia en la imaginacion un cierto reinado á la Espartana. Timeo refiere que los Siracusanos despidieron ignominiosa y afrentosamente á Gilipo, por abominar de su codicia é insaciabilidad durante el mando; y muchos han escrito de las injusticias y tropelías que Farage el Esparciata y Calipo el Ateniense pusieron por obra, aspirando á dominar en Sicilia: ¿y qué hombres eran éstos, ó cuáles sus hazañas para tales esperanzas, cuando el uno habia adulado á Dionisio ya en su decadencia, y Calipo era uno de los extranjeros asalariados por Dion? Mas Timoleon, enviado por general á los Siracusanos que le habian pedido y suplicado, y que no buscaba mando, sino que le era debido el que admitió de los que voluntariamente lo pusieron en sus manos, con la destruccion de déspotas injustos puso término y fin á su generalato y autoridad. Lo que en Emilio hay de más admirable es que con haber destruido un reino tan poderoso, no hizo mayor su hacienda ni en una dracma, y ni siquiera vió ni tocó unos caudales de los que dió é hizo presentes á otros. No digo con todo que Timoleon merezca nota por haber admitido una casa y tierras, porque el admitir en tales ocasiones no es indecoroso; pero es mejor el no recibir nada; y es el colmo de la virtud cuando se puede manifestar que de nada se necesita. Además, como en el cuerpo que puede aguantar el frio y el calor se reconoce su mejor constitu-

cion en estar bien dispuesto para ambas mudanzas; de la misma manera se manifiesta en el alma el vigor y fortaleza, cuando ni la prosperidad la conmueve y saca de quicio con el orgullo, ni las desgracias la abaten; y en esto aparece más perfecto Emilio, porque en la adversa fortuna y en la gran pesadumbre que le ocasionaron los hijos, no se le vió con mayor caimiento ó menor dignidad que en medio de sus prosperidades. No así Timoleon, que habiéndose portado dignamente cuando lo del hermano, ya despúes su razon no se sostuvo contra la pesadumbre, sino que abatido con el arrepentimiento y la pena, en veinte años no pudo vencerse á ver la tribuna ó la plaza pública; y si es bien que se huya y se tema loque es indecoroso, el ceder fácilmente á toda especie de nota podrá muy bien ser de un varon recto y sencillo, mas no de un ánimo grande y elevado.

PELÓPIDAS.

Caton el mayor, como algunos celebrasen desmedidamente á un hombre de arrojado y atrevido en las cosas de la guerra, les advirtió que habia gran diferencia entre tener en mucho la virtud, y tener en poco el vivir: perfectísimamente á mi entender. Militaba con Antígono un varon muy resuelto, pero endeble y flaco de cuerpo: preguntóle, pues, el Rey la causa de estar descolorido, y le confesó que padecia una enfermedad oculta. El Rey, manifestándole su aprecio, dió órden á los médicos para que no omitiesen nada en su asistencia y remedio; pero curado por esta diligencia aquel valiente, ya no era arrojado ni pronto en los combates, tanto, que Antígono se lo echó en cara, admirándose de semejante mudanza; y él no le negó la causa, diciéndole: «Tú, oh Rey, eres quien me has hecho ménos determinado librándome de aquellos males por los que menospreciaba la vida.» A este mismo propósito dijo un Sibarita hablando de los Esparciatas, que no hacian mucho en morir en la guerra para salir de tanto trabajo y de tan mal trato como se daban. Mas si entre los Sibaritas, enmollecidos con el regalo y el deleite, de los que por celo y amor de la virtud no temian la muerte podia decirse con razon que aborrecian la vida, para los Lacedemonios era acto de virtud el vivir y el morir con ánimo alegre, segun aquel epicedio:

Porque, segun se dice, mueren estos
No reputando un bien la vida ó muerte;
Sino el que la virtud presida á entrambas:

pues ni el evitar la muerte es reprensible, cuando no se quiere vivir afrentosamente, ni el exponerse á ella es laudable, si se hace por tener en poco el vivir. Así Homero á los varones osados y belicosos los hace siempre salir bien armados y defendidos á los combates; y los legisladores de los Griegos castigan al que pierde el escudo, y no al que arroja la espada y la lanza: enseñando con esto que primero es no recibir daño, que causarlo á los enemigos; y que esto es lo que cada uno debe tener presente; pero en especial el que manda en una ciudad ó en un ejército.

Porque si como discurria Ifícrates, las tropas ligeras dicen semejanza con las manos, la caballería con los piés, el grueso del ejército con el pecho y el torso todo, y el general con la cabeza, arriesgándose éste temerariamente, no pareceria que se olvidaba de sí mismo solamente, sino de todos, que tienen en él librada su salud, y al contrario. Así Calicratides, aunque hombre grande en todo lo demas, no tuvo razon en la respuesta que dió al Agorero; porque rogándole éste que se guardara de la muerte que le denunciaban las víctimas, le contestó que no pendia Esparta de uno solo: pues peleando, navegando y siendo mandado, Calicratides no era más que uno; pero de general, tomando sobre sí la suerte de todos, ya no era uno solo aquel con quien tan grandes intereses iban á perderse. Mejor lo hizo Antígono el mayor cuando al trabarse el combate naval cerca de Andros, diciéndole uno que eran muchas más las naves de los enemigos, «pues qué, le replicó, ¿no te haces cargo que yo valgo por muchas?» ¡Grande ornamento del mando quien con destreza y virtud hace lo que se ha propuesto, y cuya atencion primera es salvar al que ha de salvarlo todo! Por tanto, juiciosamente Timoteo, como Cares

mostrase un dia á los Atenienses algunas cicatrices en su cuerpo y el escudo pasado de una lanzada; «pues yo, les dijo, estoy muy avergonzado de que cuando tenía sitiada á Samos me hubiese caido muy cerca un dardo, porque me conduje más juvenilmente de lo que correspondia á un general que tenía á su mando tantas tropas.» Porque cuando va un grande interes en que se arriesgue el general, entónces está muy bien que trabaje y lo ponga todo en el tablero sin ningun miramiento, enviando noramala á los que le vengan con el refran de que el buen general debe morirse de vejez, ó á lo ménos morir viejo; pero cuando es de poca importancia lo que se ha de sacar del vencimiento, y todo se pierde si el general cae, entónces nadie debe pedir de éste una hazaña peligrosa, que sería más bien de un soldado raso. Me ha parecido oportuno empezar por estas advertencias cuando voy á escribir las vidas de Pelópidas y Marcelo, varones eminentes, pero que perecieron por inconsideracion: pues con ser ambos muy denodados en el pelear, ornamento uno y otro de su patria por sus brillantes mandos, y opuestos á los más terribles contendores; siendo éste, segun se dice, el primero que quebrantó á Aníbal; y habiendo aquél vencido en batalla campal á los Lacedemonios que dominaban en tierra y en mar; por no haber tenido de sí mismos la debida cuenta, expusieron su vida con temerario arrojo, precisamente en el momento en que más necesidad habia de su conservacion y de su mando; que es por lo que, llevados de esta semejanza, hemos puesto en cotejo las vidas de ambos.

La familia de Pelópidas el de Hipoclo era, como la de Epaminondas, de las más ilustres de Tebas. Crióse con las mayores conveniencias; y entrando todavía jóven en la administracion de una casa opulenta, se dedicó desde luego á dar socorros á los necesitados que contemplaba dignos, para ser verdaderamente dueño y no esclavo de las riquezas; pues la mayor parte de los hombres, como dice Aris-

[illegible]: los unos no usan de las riquezas por avaricia, y abusan por desarreglo; y así éstos se ve que son esclavos de los deleites, y [illegible] son de la vigilancia y el cuidado. Los demás, pues, se valieron con reconocimiento de la liberalidad y humanidad que en Pelópidas encontraban; sólo de Epaminondas no pudo recabar que disfrutase de su riqueza, sino que á la inversa él participó de la pobreza de éste en la pobreza del vestido, en la frugalidad de la mesa y en la constancia de los trabajos, complaciéndose en su propia sencillez al frente del ejército, á la manera de Capaneo de Eurípides, que sin tener muchos bienes ni hacer alarde de su opulencia, sino que se hubiera avergonzado de dar indicios de que para su persona necesitaba más gasto que el menos favorecido de la fortuna entre los Tebanos. Pues con serle ya á Epaminondas familiar y hereditaria la pobreza, hízola todavía mas tolerable y ligera, entregándose á la filosofía, y eligiendo desde luego el estado de célibe; y Pelópidas, aunque había hecho una boda brillante y tenía hijos, no por eso dejó de distraerse del cuidado de su hacienda: con lo que, y con ocupar todo el tiempo en la causa pública, disminuyó su patrimonio; y como los amigos se lo reprendiesen, diciéndole que hacia mal en mirar con abandono una cosa tan precisa como el tener caudal, «sí á fe mia, les respondió, para aquel infeliz de [illegible],» mostrándoles á uno que era cojo y ciego.

Eran formados de un mismo modo para toda especie de virtud, sino que Pelópidas era más dado á los ejercicios de la palestra, y Epaminondas á los de la doctrina: así, en los ratos de ocio aquél se empleaba en la lucha y en la caza; y éste en oir á los sabios, y formarse para serlo. Mas entre tantos títulos para la gloria como concurrieron en ambos, ninguno reputan los hombres de juicio por tan admirable como el que en medio de tantos combates, de tantas expediciones y de tantos negocios de república, su amistad desde el principio hasta el fin se hubiese conservado

siempre sin desazon y sin quiebra. Porque si se fija la vista en el gobierno de Arístides y Temístocles, de Cimon y Pericles, de Nicias y Alcibiades, que siempre adolecia de enemistades, discordias y celos de unos con otros; y se atiende despues al amor y respeto con que miró Pelópidas á Epaminondas, con razon y justicia se tendrá á éstos por verdaderos colegas en el gobierno y en la milicia, en comparacion de aquellos que toda la vida contendieron más entre sí que con los enemigos; y la causa cierta de esta union fué la virtud, por la cual no buscaban con sus hechos aplausos ó riqueza, cosas á las que por naturaleza es inherente una porfiada y rencillosa envidia, sino que amándose recíprocamente desde el principio con un amor sagrado, dirigian de comun acuerdo sus conatos y sus triunfos al placer de ver á su patria elevada por ambos á la mayor grandeza y esplendor. Aunque algunos opinan que esta amistad tan íntima tuvo principio en la expedicion de Mantinea, en la que militaron con los Lacedemonios que todavía les eran amigos y aliados, con motivo de haber la ciudad de Tebas enviádoles socorros. Porque colocados juntos entre la infantería, y peleando contra los Arcades, cuando vió el ala derecha de los Lacedemonios que les estaba opuesta, y se desbandó la mayor parte, formando ellos galápago, hicieron frente á cuantos los embistieron. Al cabo de poco Pelópidas, que habia recibido cara á cara siete heridas, vino á caer entre multitud de cadáveres de amigos y enemigos; y entónces Epaminondas, no obstante tenerle por muerto, para proteger su persona y sus armas siguió la pelea y el riesgo, solo contra muchos, teniendo por mejor morir en la demanda que abandonar á Pelópidas caido: hasta que, hallándose ya él mismo en el peor estado, herido de una lanzada en el pecho, y de una estocada en un brazo, vino en su auxilio de la otra ala Agesípolis, rey de los Esparciatas, y contra toda esperanza los recobró á entrambos.

De allí á algun tiempo, aunque los Esparciatas todavía afectaban ser amigos y aliados de los Tebanos, en la realidad miraban ya con ceño su altivez y su poder; y sobre todo no estaban bien con el partido de Ismenias y Andróclides, al que pertenecia Pelópidas, por parecerles demasiado liberal y democrático. En esta situacion, Arquias, Leontidas y Filipo, oligarquistas y ricos, que aspiraban á mandar, persuadieron al Esparciata Febidas que cayendo repentinamente con su ejército se apoderara del alcázar Cadmeo, y arrojando de las ciudad á los que se opusieran, arreglara un gobierno de pocos, al modo del de los Lacedemonios, y dependiente de él. Entró aquél en el plan, y sorprendiendo á los Tebanos, bien ajenos de tal intento, miéntras celebraban las Tesmoforias (1), se hizo dueño de la ciudadela. En cuanto á Ismenias, hiciéronle preso, y llevado á Esparta, á poco tiempo le quitaron la vida: Pelópidas, Ferénico y Andróclides huyeron y fueron proscritos; mas Epaminondas permaneció tranquilo y olvidado en el país, teniéndolo por poco inquieto á causa de su filosofía, y por de ningun poder á causa de su pobreza.

Los Lacedemonios bien privaron á Febidas del mando, y le multaron en cien mil dracmas; pero no por eso dejaron de conservar en su poder la ciudadela: determinacion de cuya inconsecuencia se admiraron todos los Griegos, pues que castigaban al autor y confirmaban lo mal hecho. En tanto, á los Tebanos, que habian perdido su propio gobierno, quedando esclavizados á Arquias y Leontidas, ni siquiera les era dado esperar algun término de una tiranía que habia sido introducida por la fuerza militar de los Esparciatas, y no podia desatarse si no habia quien arrancase á estos su superioridad é imperio por mar y por tierra; y sin embargo, sabedor Leontidas de que los des-

(1) Fiestas de Atenas en honor de Céres su legisladora, adoptadas por otros pueblos.

terrados se hallaban en Atenas amados de la muchedumbre, y honrados de los hombres virtuosos y rectos, trató de armarles escondidas asechanzas, para lo cual se valió de unos hombres desconocidos, que con engaños dieron muerte á Andróclides, librándose de sus manos los demas. Enviáronse tambien cartas por los Lacedemonios á los Atenienses, en que les ordenaban que no recibiesen ni auxiliasen en sus intentos á los desterrados, sino que los hiciesen salir como pregonados por enemigos públicos de toda la federacion. Mas los Atenienses, en quienes parece ingénito el ser humanos, correspondiendo á los de Tebas, que fueron la principal causa de que volviesen á su patria, y que dieron un decreto para que si algun Ateniense llevase armas contra los tiranos por la Beocia, ningun natural de ella hiciese demostracion de que lo veia ó lo entendia, ni en lo más mínimo ofendieron á los Tebanos.

Pelópidas, aunque todavía muy jóven, fué de uno en uno alentando á los desterrados; y áun en comun les manifestó en un discurso, que no era justo ni puesto en razon dejar á la patria en esclavitud y con guarnicion extranjera, y no pensar ellos en otra cosa que en vivir y conservarse pendientes de los decretos de los Atenienses, y haciendo obsequios á los que eran diestros en el decir y manejaban á la muchedumbre segun su arbitrio; sino que debian arriscarse á las mayores empresas, proponiéndose por ejemplo la virtud y resolucion de Trasíbulo: para que así como éste, partiendo de Tebas, destruyó en Atenas á los tiranos, de la misma manera ellos, volviendo desde Atenas restituyesen á Tebas la libertad. Persuadióles con estas razones, é inmediatamente enviaron á Tebas con la conveniente reserva quien manifestara á los amigos que allí habian quedado lo que tenian resuelto. Convinieron estos en ello; y Caron, sin embargo de ser muy principal, se prestó á ofrecer su casa, y Filidas vió modo de hacerse secretario de Arquias y Filipo, que eran Polemarcos. Epami-

nondas ya muy de antemano tenia inflamados á los jóvenes, porque en los gimnasios les hacía que asiesen de los Lacedemonios y luchasen con ellos; y luego viéndolos muy ufanos de que los vencian y quedaban encima, les hacia cargo de que era una vergüenza que por cobardía estuvieran sujetos á aquellos á quienes tanto aventajaban en esfuerzo.

Señalóse dia para la empresa, y convinieron los desterrados en que Ferénico, tomando bajo sus órdenes á la mayor parte, aguardaria en la aldea de Triasio, y unos cuantos de los más jóvenes tomarian sobre sí el peligro de adelantarse á la ciudad, bajo el concierto de que si éstos diesen en manos de los enemigos, los restantes se encargarian de que ni sus hijos ni sus padres careciesen de lo necesario. Suscribióse el primero para este hecho Pelópidas, y en pos de él Melon, Damóclides y Teopompo, todos de las principales casas, y para lo demas unidos en fiel amistad entre sí; pero en cuanto á gloria y valor acérrimos competidores. Eran entre todos unos doce, y saludando á los que se quedaban, lo primero que hicieron fué enviar un mensajero á Caron, siguiendo despues ellos con ropaje corto, y llevando perros y baston de caza, para que áun cuando alguno los encontrase en el camino no cayera en sospecha, y ántes se creyera que ocupados en bien diferente cosa, discurrian por el campo cazando. Cuando el mensajero enviado á Caron se avistó con él, le dijo que ya estaban en camino; éste, sin embargo de ver tan cerca el trance, en nada mudó de propósito, sino que como hombre de probidad ofreció del mismo modo su casa. Uno llamado Hipostenidas, que no era de mal proceder, y ántes bien amaba á la patria, y estaba en buena correspondencia con los desterrados, mas á quien faltaba aquella resolucion que la oportunidad y la proyectada hazaña requerian, como que desmayó al ver el tamaño de la contienda en que se habian metido, sin que cupiese en su imaginacion cómo

podian agitar en sus ánimos el pensamiento de trastornar en cierta manera el imperio de los Lacedemonios, y destruir el poder que allí tenian, fiados únicamente en esperanzas inciertas y propias de hombres desterrados. Por tanto, retirándose á su casa sin decir palabra, envió uno de sus amigos á Melon y Pelópidas, advirtiéndoles que lo dilataran por entónces, esperando mejor ocasion, y que otra vez se volvieran á Atenas. Llamábase Clidon este de quien se valió, el cual se dirigió con toda diligencia á su casa, y sacando el caballo andaba buscando el freno. No sabia qué hacerse la mujer, porque no le tenía en casa; mas al fin dijo que lo habia dado á uno de sus conocidos; por lo que primero empezaron á altercar, y despues pasaron á las malas palabras; tanto, que la mujer llegó á echarle maldiciones sobre el viaje á él y á los que le enviaban: viniendo á parar en que Clidon perdió gran parte del dia con esta riña, y agorando mal además con motivo de lo sucedido, dejó enteramente el viaje, y se puso á hacer otra cosa. ¡En tan poco estuvo el que las más grandes y excelentes hazañas se hubiesen desgraciado en su principio, malográndose la oportunidad!

Pelópidas y los que con él venian se disfrazaron luego con ropas de labradores, y separados unos de otros, entraron unos por una parte y otros por otra en la ciudad, siendo áun de dia. Nevaba además con ventisca, habiendo empezado á empeorarse el tiempo, con lo que fué más oculta su venida, habiéndose retirado casi todos á su casa por el frio. Los que estaban encargados de atender á lo que se tenía tratado cuidaron de buscar á los recien llegados y conducirlos á casa de Caron. Con los desterrados eran éstos al todo cuarenta y ocho. Vamos ahora á lo que pasaba con los tiranos. Filidas el secretario concurria, como hemos dicho, á la ejecucion de todo, estando de acuerdo con los desterrados; y para aquel dia habia dispuesto de antemano para Arquias y los suyos una reunion con me-

rienda y concurso de mujeres, preparándolos así á que relajados con los placeres y bien bebidos fueran más fácil presa de los que contra ellos venian. Cuando ya no les faltaba mucho para estar beodos, les vino una denuncia contra los desterrados, no falsa en verdad; pero dudosa y sin gran certeza de que estaban ocultos en la ciudad. Procuró Filidas desvanecer el aviso; mas con todo envió Arquias á uno de los ministros á casa de Caron con órden de que compareciera allí al punto. Era entrada la noche, y Pelópidas y demas confederados estaban adentro disponiéndose puestas ya las armaduras y tomadas las espadas. Llamóse de repente á la puerta; y corriendo uno de los de casa le enteró el ministro de que Caron era llamado de parte de los Polemarcos, lo que anunció á los de adentro con sobresalto. Todos concibieron que el negocio estaba descubierto, y que iban á perecer sin haber hecho nada digno de los hombres virtuosos. Con todo, tuvieron por conveniente que Caron obedeciese, y quitara toda sospecha á los magistrados; y él, aunque era de suyo varonil y firme en los riesgos, entónces se quedó confuso y apesadumbrado, no se levantase contra él alguna sospecha de traicion, pereciendo á un tiempo tantos y tan ilustres ciudadanos. Mas teniendo al fin que partir, tomó en la habitacion de las mujeres á su hijo, que todavía era muy jovencito, y en la belleza y robustez sobresalia entre los de su edad, y le entregó á Pelópidas, para que si llegasen á entender de él algun engaño ó traicion, le trataran como á enemigo sin conmiseracion alguna. A muchos de ellos se les cayeron las lágrimas con semejante escena y semejante resolucion, y todos se mostraron ofendidos de que se creyera que podia haber entre ellos alguno tan tímido ó tan perturbado con aquellos acontecimientos que concibiera la menor sospecha ó produjese la más leve queja, rogándole que no pusiera entre ellos al hijo, y ántes lo reservase de lo que podia ocurrir para que en él creciera el vengador de

la ciudad y de sus amigos, salvándose y sustrayéndose al rigor de los tiranos. Mas Caron no condescendió en que su hijo se libertase, diciendo que no podia haber para él vida ó salud más gloriosa que morir libre de afrenta con su padre y con tales amigos. Haciendo, pues, plegarias á los Dioses, y abrazando y confortando á todos, marchó con el cuidado de componer el semblante y el tono de la voz, de manera que no apareciese indicio de lo que pensaba ejecutar.

Llegado que hubo á la puerta, le salieron al encuentro Arquias y Filipo, diciéndole aquél: «He oido, oh Caron, que han venido algunos que están ocultos en la ciudad, y que son auxiliados por algunos de los ciudadanos.» Turbóse Caron al principio; mas preguntando quiénes eran los que habian venido y quiénes los que los tenian ocultos, como viese que Arquias no respondia cosa cierta, comprendiendo que la denuncia no habia sido hecha por ninguno de los que estaban en el secreto: «Mirad, les dijo, no sea que algun rumor vano os cause sobresalto: con todo, yo inquiriré, porque en esta materia nada debe despreciarse.» Filidas, que tambien se hallaba presente, le decia que tenía razon; y con esto se llevó á Arquias, y procuró que se desmandara más en la bebida, haciéndosela más regocijada con las esperanzas que le daba de que vendrian las mujeres. Luégo que Caron volvió á casa, y que los halló prevenidos, no como hombres que esperasen una victoria ó su propia salud, sino como resueltos á morir gloriosamente y con gran mortandad de sus enemigos, lo que habia de cierto en el negocio no lo descubrió sino á Pelópidas; á los demas les ocultó la verdad, diciendo que Arquias le habia hablado de otros asuntos. Mas apénas se habia disipado esta tempestad, la fortuna sustituyó inmediatamente otra; porque vino uno de Atenas de parte de Arquias el Hierofanta á Arquias su tocayo, que era tambien su huésped y su amigo, trayéndole una carta en la que ya no se

daba noticia vana ó fraguada, sino que se referian exactamente todas las cosas concertadas, segun despues se supo. Llegóse, pues, á Arquias, que ya estaba beodo, el portador de la carta, y al entregársela le dijo: «El que me la dió me encargó mucho que se leyera al punto, porque trata de un negocio sumamente urgente;» á lo que sonriéndose contestó Arquias: «Pues los negocios urgentes, para mañana.» Y tomando la carta la puso debajo de la almohada, y continuó con Filidas la conversacion que traian. La respuesta aquella, puesta en forma de proverbio, dura todavía como tal entre los Griegos.

Pareciéndoles, pues, que se estaba en la ocasion oportuna de la empresa, se decidieron á ella, repartiéndose de este modo: Pelópidas y Damóclidas, contra Leontidas é Hipates, que vivian cerca uno de otro; y Caron y Melon contra Arquias y Filipo, ajustándose por disfraz ropas mujeriles sobre las corazas, y poniéndose coronas de abeto y pino que les oscurecian el rostro. Paráronse á la puerta del banquete, hicieron ruido y bulla; con lo que se pudo creer serian las mujerzuelas que rato habia se aguardaban. Mas como luégo hubiesen recorrido con la vista cuidadosamente todo el banquete, haciéndose cargo con atencion de cada uno de los convidados, y hubiesen echado mano á las espadas, arrojándose por entre las mesas á Arquias y Filipo, se vió entónces á las claras quiénes eran. A algunos de los concurrentes pudo contenerlos Filidas, diciéndoles que se estuviesen quedos: los demas se levantaron para defender á los Polemarcos; pero en el estado de embriaguez en que se hallaban fué fácil acabar con ellos. Más arduo fué el desempeño para Pelópidas y los que le siguieron, porque tambien las hubieron de haber con Leontidas, hombre cuerdo y muy denodado. Hallaron además cerrada la puerta, porque ya se habia recogido; y habiendo llamado largo rato, nadie les respondia. Sintiólos ya tarde un esclavo, que salió de adentro, y descorrió el cerrojo, y en el momento

mismo de moverse y ceder las puertas, se arrojaron de tropel, y pasando por encima del esclavo corrieron al dormitorio. Leontidas por el ruido y el modo de correr conjeturó lo que era, y levantándose tomó la espada; mas no le ocurrió apagar las luces, con lo que en las tinieblas se habrian batido unos con otros: así, estando todo iluminado fué de ellos visto. Adelántase hácia la puerta del dormitorio, y á Quefisodoro, que fué á entrar el primero, lo deja en el sitio. Caido éste, traba pelea con el segundo, que era Pelópidas, siendo esta embarazosa por la angostura de la puerta y por el cadáver de Quefisodoro, que tambien estorbaba; vence al fin Pelópidas; y habiendo dado cuenta de Leontidas, marcha corriendo con los suyos en busca de Hipates. Trataron de introducirse del mismo modo en su casa; pero lo sintió, y dió al punto á correr hácia las casas vecinas: siguiéronle sin detencion, y alcanzándole, tambien le dieron muerte.

Hechas estas cosas, y reunidos con Melon y sus asociados, enviaron al Atica á llamar á aquellos desterrados que allí quedaron; y en la ciudad excitaban á la libertad á los habitantes, armando á los que encontraban, para lo que quitaban de los pórticos las armas traidas en triunfo, y se metian por los obradores de los lanceros y espaderos que por allí habia. Vinieron asimismo con armas en su auxilio Epaminondas y Gorquidas, que habian ya reunido no pocos jóvenes, y de los ancianos los de mayor reputacion. Ya toda la ciudad estaba conmovida, y era grande el alboroto; se veian luces en todas las casas, y se corria de unas á otras; sin embargo, todavía la muchedumbre no hacía pié, sino que estaban aturdidos con los sucesos, y no sabiendo nada de positivo, aguardaban el dia. De aquí nació el hacerse cargo á los Lacedemonios que tenian allí el mando, de no haberse adelantado á combatirlos, siendo así que la guarnicion era de mil y quinientos, y que muchos se les pasaban; pero contenidos con el miedo que

causaban el ruido, las luces y la muchedumbre que rodaba por todas partes, se estuvieron quedos, contentándose con guardar el alcázar. Al rayar el dia sobrevinieron los desterrados en estado tambien de pelea, y el pueblo concurrió en inmenso número á la junta pública. Introdujeron en esta Epaminondas y Gorquidas á Pelópidas y los suyos, rodeados de los Sacerdotes, que les presentaban coronas, y exhortaban á los ciudadanos á venir en auxilio de la patria y de los Dioses. La junta toda á este espectáculo se puso al punto en pié con algazara y regocijo, recibiéndolos como á sus tutelares y libertadores.

Fué desde luego Pelópidas elegido Beotarca juntamente con Melon y Caron, y lo primero que hizo fué circunvalar la ciudadela, y empezar á combatirla por todas partes, dándose priesa á arrojar de ella á los Lacedemonios y dejarla libre, ántes que de Esparta pudieran venir tropas. En lo que se adelantó tan á punto, dejándolos salir en virtud de capitulacion, que al llegar á Megara los alcanzó ya Cleombroto, que venía sobre Tebas con grandes fuerzas. Los Esparciatas, de tres que eran los prefectos que habia en Tebas, á Herípidas y á Orsipo les hicieron causa, y los condenaron á muerte; y al tercero, que era Dusanoridas, como lo multasen en una crecida suma, él mismo se desterró del Peloponeso. Tan brillante empresa, que en el valor de los que la ejecutaron, y en el buen suceso con que la coronó la fortuna, se dió la mano con la de Trasíbulo, fué de hermana de ésta calificada entre los Griegos, pues no es fácil designar otros que sojuzgando con sola la osadía y arrojo los pocos á los muchos, y los desvalidos á los poderosos, hubiesen sido causa para su respectiva patria de mayores bienes: aunque á ésta le concilió mayor gloria el extraordinario cambio que produjo en los negocios de la Grecia: por cuanto la guerra que acabó con la grandeza de Esparta, y á los Lacedemonios los privó de su superioridad y dominio por mar y por tierra, puede

decirse que tuvo principio en aquella noche, en que Pelópidas, no con tomar una fortaleza, una plaza ó una ciudadela, sino sólo con ser uno de los doce que volvieron, desató y cortó, si nos es permitido usar de una metáfora, los lazos de la dominacion lacedemonia, tenidos por indisolubles é indestructibles.

Vinieron con esta ocasion los Lacedemonios con grandes fuerzas contra la Beocia, é intimidados los Atenienses, desahuciaron de todo auxilio á los Tebanos; y á los que *beotizaban* (esto es, se mostraban sus partidarios), delatándolos al tribunal, á unos los condenaron á muerte, á otros los desterraron, y á otros les impusieron crecidas multas, pareciendo que las cosas de los Tebanos iban malamente, no habiendo nadie que les diese socorro. Pues como esto así pasase, Pelópidas y Gorquidas, que con él era á la sazon Beotarca, armaron una celada, y para indisponer de nuevo á los Atenienses con los Lacedemonios recurrieron á este artificio: El Esparciata Esfodrias, hombre apreciable y de reputacion en las cosas de la guerra, pero casquivano y henchido de ambicion y de necias esperanzas, habia quedado con algunas fuerzas en Tespias para recibir y proteger á los que se habian rebelado á los Tebanos. Hizo, pues, Pelópidas que con reserva se dirigiese á él un mercader amigo suyo, al que proveyó de dineros y consejos, aunque con éstos fué con los que principalmente lo persuadió, para que le hiciese entender que debia emprender cosas grandes, y tomar el Pireo, cayendo de improviso sobre los Atenienses que estaban descuidados en su guarda: pues nada podia ser más grato á los Lacedemonios que ocupar á Atenas; y más que los Tebanos, que estaban mal con ellos, y los tenian por traidores, de ningun modo los auxiliarian. Por fin, Esfodrias se dejó vencer; y tomando sus tropas, se metió de noche por el Atica, llegando hasta Eleusis. Allí los soldados empezaron á recelar, y hubo de descubrirse; con lo que, y con llegar á pre-

ver que suscitaba á los Esparciatas una guerra peligrosa y difícil, se retiró otra vez á Tespias.

Con este motivo los Atenienses volvieron con nuevo ardor á su alianza con los Tebanos, saliendo al mar, y recorriendo los pueblos de la Grecia con el fin de amparar á los que daban muestras de defeccion. Con esto, los Tebanos, habiéndolas á solas con los Lacedemonios, y riñendo combates, no grandes en sí, pero que eran causa de gran atencion y ejercicio, iban elevando sus ánimos y endureciendo sus cuerpos, adquiriendo juntamente experiencia y aliento con la continuacion de aquellas lides. Por esto es fama que el Esparciata Antaleidas dijo á Agesilao en ocasion de retirarse herido: «¡Mira qué premio te dan los Tebanos por haberlos enseñado á lidiar y pelear contra su voluntad!» Y su maestro en verdad no era Agesilao, sino los que oportunamente y con mucha cuenta lanzaban á los Tebanos como unos cachorros contra los enemigos, para acostumbrarlos y hacerles gustar y tener placer con victorias no muy arriesgadas; de lo que Pelópidas se llevó la principal gloria: pues desde la vez primera que lo eligieron general, todos los años le conferian el mando supremo, y ó bien como caudillo de la cohorte sagrada, ó bien como Beotarca, presidió siempre á los negocios hasta su muerte. Así en Platea y en Tespias sufrieron por él los Lacedemonios sus derrotas y sus retiradas, en una de las que falleció Febidas, aquel que se apoderó de la ciudadela Cadmea; y en Tanagra, habiendo hecho huir á muchos, dió muerte al prefecto Pantoides: combates que si bien á los vencedores les inspiraban aliento y osadía, todavía no alcanzaban á deprimir el ánimo de los vencidos. Porque no hubo una batalla campal ni un combate ordenado y de cierto aparato, sino que con hacer correrías, retiradas y alcances á tiempo, en esta casta de lides fué en las que salieron vencedores.

Mas el combate de Tegira fué ya como ensayo de la ba-

talla de Leuctros, y contribuyó mucho para la gloria de Pelópidas, no dejando en cuanto á la victoria duda entre él y los demas jefes, ni pretexto alguno á los enemigos en cuanto al vencimiento. Hacía tiempo que estaba en observacion de la ciudad de los Orcomenios, que habia abrazado el partido de los Esparciatas y habia admitido dos batallones de estos por seguridad; y no aguardaba más que la ocasion. Habiendo, pues, oido que aquella guarnicion hacía una expedicion á la Locrida, con la esperanza de tomar á Orcomeno desmantelada, marchó allá, llevando consigo la cohorte sagrada y algunos caballos. Cuando ya estaba para llegar á la ciudad, se halló con que habia llegado de Esparta el relevo de la guarnicion, y hubo de retroceder con su tropa nuevamente por Tegira, que era por donde únicamente habia camino, rodeando la falda del monte; pues todo el demas terreno que mediaba lo hacía intransitable el rio Melas, que inmediatamente y en su mismo orígen se reparte en balsas y lagos navegables. Poco más abajo de estos lagos hay un templo de Apolo Tegireo, y un oráculo de poco acá abandonado, pero que estuvo en gran crédito hasta la guerra de los Medos, siendo Equecrates el que daba las respuestas. La fábula dice que allí fué donde el Dios nació, y lo que es el monte que está allí cerca, se llama Delos, y junto á él terminan las divisiones del rio Melas. A la espalda del templo nacen dos fuentes de aguas admirables por su abundancia, su dulzura y su frialdad, de las cuales á la una la llaman *Palma*, y á la otra *Olivo* hasta el dia de hoy; deduciéndose que la Diosa tuvo su parto, no entre dos árboles, sino entre dos arroyos. Tambien está cerca el Ptoon, donde dicen que se asustó por haberse aparecido de repente el macho de cabrío; y por lo que hace á la serpiente Piton y á Ticio, tambien los lugares concurren á atestiguar el nacimiento del Dios; sino que dejamos ya aparte todos los demas indicios, por cuanto las relaciones del país no colocan á este Dios entre los hé-

roes, que de mortales por mudanza hubiesen pasado á ser inmortales, como Hércules y Baco, que con esta especie de cambio perdieron por su virtud lo mortal y pasivo, sino que es uno de los sempiternos y no nacidos: si por lo que han referido los más sensatos y más antiguos, hemos de formar algun juicio sobre estas cosas.

Al llegar, pues, los Tebanos á Tegira volviendo de la Orcomenia, al mismo tiempo sobrevinieron los Lacedemonios por la parte opuesta, por haber partido de la Locrida. Apénas les dieron vista los que empezaban á pasar las gargantas, cuando corriendo uno hácia Pelópidas le dijo: «Hemos dado en los enemigos;» y replicando él: «¿Pues por qué no éstos en nosotros?» mandó á la caballería que pasara de la retaguardia como para adelantarse á embestir; y formó muy apiñados á los infantes, que eran pocos, con la esperanza de cortar mejor por donde acometiesen á los enemigos, que le excedian en número. Eran los Lacedemonios dos de sus *moras* ó batallones; y Eforo dice que cada mora era de quinientos hombres, Calistenes de setecientos, y otros de novecientos, entre ellos Polibio. Los comandantes de los Esparciatas Gorgoleon y Teopompo marcharon con gran confianza contra los Tebanos; y trabada principalmente la refriega entre los caudillos, con gran cólera y violencia de una y otra parte, muy luégo murieron los comandantes de los Lacedemonios, batiéndose con Pelópidas; y heridos y muertos despues los que estaban junto á ellos, cayó gran miedo sobre toda la tropa; y Pelópidas la partió en dos trozos, como si quisiese que los Tebanos fuesen adelante y pasasen por allí; mas cuando estuvieron en medio los incitó contra los enemigos, que se estaban parados, y los acosó con gran mortandad; de manera que luégo dieron todos á huir en desórden. No se les persiguió con todo por largo tiempo, á causa de que los Tebanos temian á los Orcomenios, que estaban cerca, y tambien al relevo de los Lacedemonios. Mas lo cierto

fué que vencieron de poder á poder, y que por fuerza se abrieron paso por en medio de toda la tropa vencida. Erigieron, pues, un trofeo, y despojando á los muertos, se retiraron á casa muy ufanos; pues á lo que parece en tantas guerras sostenidas entre Griegos y con los bárbaros nunca ántes los Lacedemonios, siendo más en número, fueron vencidos por los que eran ménos, ni áun cuando en batalla se habian batido con iguales fuerzas. Así hasta entónces fué intolerable su altanería, y con su gloria acobardaban á sus contrarios, de modo que ellos mismos no se creian capaces de competir con los Esparciatas con iguales fuerzas, y rehusaban venir con ellos á las manos. Pero esta batalla fué la primera que enseñó á los demas Griegos que no era el Eurotas, ni el sitio entre *Babuca* y *Cnacion* (1), el que producia hombres valientes y guerreros; sino que si los jóvenes se avergüenzan de lo indecoroso, tienen resolucion para lo bueno, y huyen más de la reprension que de los riesgos, éstos donde quiera se hacen temibles á sus enemigos.

La cohorte sagrada se dice haber sido Gorquidas el primero que la formó de trescientos hombres escogidos, á los que la ciudad les daba cuartel y racion en la ciudadela, por lo que se llamaba asimismo la cohorte cívica; pues á lo que parece, los de aquel tiempo daban tambien el nombre de ciudades á los alcázares. Algunos son de opinion que este cuerpo se compuso de amadores y de amados, conservándose en memoria cierto chiste de Pamenes: porque decia que el Nestor de Homero no se habia acreditado de táctico cuando ordenó que los Griegos formasen por tribus y por curias,

A su curia se agregue cada curia,
Y con su tribu se una cada tribu,

(1) *Babuca* era el puente sobre el Eurotas, y *Cnacion* un riachuelo al Poniente de la ciudad de Esparta. (Vida de Licurgo.)

pues lo que se debia mandar era que el amante tomase formacion junto al amado; porque en los riesgos, los de la misma curia ó tribu no hacen mucha cuenta unos de otros; cuando la union establecida por las relaciones de amor, es indisoluble é indivisible, pues temiendo la afrenta los amantes por los amados, y estos por aquellos, así perseveran en los peligros los unos por los otros. No debe tenerse esto por extraño, cuando se teme más la afrenta que puede venir de los amantes no presentes que la de cualesquiera otros testigos, como se vió en aquel que estando caido, y para recibir el último golpe de su contrario, le rogó que le pasara la espada por el pecho, para que si su amado le veia muerto, no tuviera motivo de avergonzarse creyéndole herido por la espalda. Refiérese asimismo que siendo Yolao amado de Hércules, participó tambien de sus trabajos, y le asistió en ellos; y Aristóteles dice que en su tiempo todavía hacian sobre el sepulcro de Yolao sus mutuas promesas los amados y los amadores. Era razon, pues, que la cohorte se llamara sagrada, cuando Platon llama al amante amigo divino. Dícese además que esta cohorte permaneció invicta hasta la batalla de Cheronea; despues de la cual, reconociendo Filipo los cadáveres, se paró en el sitio donde habian caido los trescientos que frente á frente se habian opuesto en paraje estrecho á las armas enemigas; y hallólos amontonados entre sí, lo que le causó extrañeza, y cuando supo que aquella era la cohorte de los amadores y los amados, se echó á llorar, y exclamó: «Vayan noramala los que hayan podido pensar que entre semejantes hombres haya podido haber nada reprensible.»

Por fin á esta intimidad de los amantes no dió orígen entre los Tebanos, como lo dicen los poetas, el desgraciado suceso de Layo, sino los legisladores; los cuales, queriendo mitigar y suavizar desde la juventud lo que habia en su carácter de altivo é indócil, en toda ocupacion y

juego quisieron que interviniese la flauta, conciliando á la música honor y consideracion; y en las palestras procuraron mantener este amor tan provechoso, para templar con él las costumbres de los jóvenes. Por lo mismo como que concedieron con razon el derecho de ciudad á aquella Diosa que se finge nacida de Marte y Vénus, para que lo pendenciero y belicoso se uniese con lo que participa más especialmente de la persuasion y de las gracias, y resultase un gobierno que fuese el más solícito y más arreglado, arreglándolo todo la armonía. Esta cohorte sagrada Gorquidas la repartió en la primera fila, y la distribuyó por toda la falange entre la infantería, con lo que oscureció la virtud de aquellos varones, y no empleó su fuerza para que obrase en comun, pues que estaba como disuelta y confundida con los que eran inferiores; mas Pelópidas, luego que resplandeció la virtud de aquellos en Tegira, habiéndolos visto combatir denodadamente á su lado, ya no la dividió ó diseminó, sino que empleando el cuerpo reunido, lo puso delante en los más arriesgados combates. Pues así como los caballos corren con mayor velocidad en los carruajes que solos, no porque en mayor número rompan más fácilmente el aire, sino porque enardece su aliento la reunion y la competencia de unos con otros, creia que de la misma manera los hombres valerosos, tomando entre sí emulacion para las acciones brillantes, se hacian más útiles y más ardientes para lo que tenian que hacer en comun.

Ajustaron paces los Lacedemonios despues de estos sucesos con todos los Griegos, y activaron la guerra contra solos los Tebanos, invadiendo el rey Cleombroto la Beocia con diez mil infantes y mil caballos. Ya el riesgo de éstos era mucho mayor que ántes: oíanse ya las amenazas de los contrarios, y las noticias de estar decretada la trasplantacion; y el miedo era cual nunca le habia tenido la Beocia: de modo que al salir Pelópidas de su casa y despedirle la

mujer, le rogó ésta con encarecimiento y con lágrimas que procurara salvarse; á lo que contestó: «Eso, mujer mia, está muy bien encargarlo á los particulares; á los que mandan debe encargárseles que salven á los demas.» Marchó, pues, al ejército, en el que, como hubiese diversidad de opiniones entre los Beotarcas, fué el primero en adherirse al dictámen de Epaminondas, que habia votado se marchara á dar batalla á los enemigos; y sin embargo de que no se hallaba nombrado Beotarca, aunque sí comandante de la cohorte sagrada, los atrajo á su parecer: consideracion debida á un hombre que tantas prendas habia dado para la libertad. Despues de resuelto el dar batalla, y que en las inmediaciones de Leuctras se pusieron los reales en oposicion á los de los Lacedemonios, tuvo Pelópidas entre sueños una vision, que le puso en grande sobresalto. Es de tenerse presente que en el territorio de Leuctras existe el sepulcro de las hijas de Esquedaso, á las que llaman las Leuctridas, por razon del sitio: por cuanto habiendo sido violentadas por unos forasteros Esparciatas, se les dió allí sepultura. De resulta de esta terrible é injusta accion, el padre, como no hubiese alcanzado en Lacedemonia condigno castigo, hizo contra los Esparciatas las más horribles imprecaciones, y luégo se dió á sí mismo la muerte sobre el sepulcro de las doncellas. Tuvieron los Esparciatas frecuentemente oráculos y respuestas sobre que se precavieran y guardaran del castigo Leuctrico; sino que muchos no lo entendian, y se quedaban confusos acerca del sitio, por cuanto hay tambien una aldea de la Laconia á la parte del mar llamada Leuctron; y en las cercanías de Megalópolis de Arcadia hay tambien otro sitio del mismo nombre: bien que el suceso de arriba era más antiguo que estas Leuctras.

Durmiendo, pues, Pelópidas en el campamento, le pareció estar viendo á aquellas jóvenes llorar sobre sus sepulcros, y hacer imprecaciones contra los Esparciatas; y que

Esquedaso le prevenia que sacrificase allí en honor de sus hijas una vírgen rubia, si queria alcanzar victoria de sus enemigos. Por más que el mandato le pareció duro é injusto, se levantó y fué á proponerlo á los agoreros y á los caudillos. Unos decian que no era cosa de despreciarlo ó de no creerlo, produciendo los ejemplares de Meneceo el de Creon; de Macaria la de Hércules; mas adelante el de Ferecides el sabio, á quien los Lacedemonios dieron muerte, y cuya piel, segun cierto vaticinio, estaba confiada á la custodia de sus reyes; el de Leonidas, que cumpliendo con el oráculo se ofreció en cierta manera en sacrificio por la salud de la Grecia; y tambien el de los que fueron inmolados por Temístocles á Baco *Omesta* ó el terrible, ántes de darse el combate naval de Salamina; de todos los cuales dan testimonio las mismas víctimas. Por el otro extremo, habiendo pedido la Diosa á Agesilao, al modo que á Agamenon cuando hacía la guerra en los mismos lugares que éste y contra los mismos enemigos, que le ofreciese en víctima su hija, vision que tuvo en Aulide entre sueños; como por ternura no hubiese hecho semejante ofrenda, tuvo que disolver el ejército, retirándose sin gloria ni utilidad. Otros, al contrario, sostenian que á la naturaleza excelente y superior á nosotros no podia serle agradable tan bárbaro é injusto sacrificio; pues que no estamos sujetos al imperio de aquellos Titanes ó aquellos Gigantes, sino al del padre de todos los Dioses y los hombres; y el creer que hay Genios maléficos que se complacen en la carnicería y la sangre de los hombres, debe probablemente tenerse por absurdo; mas cuando los haya, debemos no hacer caso de ellos, como que nada pueden: pues que la impotencia y la perversidad de ánimo van naturalmente unidas á los irracionales y malignos deseos.

Estando los principales en esta conferencia, y Pelópidas sumamente dudoso, de pronto una yegua nuevecita se escapó de la manada corriendo por entre las armas, y lle-

gando donde aquellos estaban, se paró. A todos dió que observar el color de la clin resplandeciente como el fuego, su ufanía y la suavidad y apacibilidad de su relincho; pero el agorero Teócrito, habiendo reflexionado un poco, dirigió la voz á Pelópidas, y exclamó: «La víctima, oh bienhadado, te se ha venido á la mano: no esperemos ya otra vírgen; valte de aquella que Dios te ha presentado.» Echaron entónces mano á la yegua; la llevaron á la sepultura de las doncellas, donde haciendo plegarias y poniéndole coronas, la degollaron alegres, haciendo correr por el ejército la voz del ensueño de Pelópidas, y del sacrificio.

En la batalla Epaminondas marchó oblicuamente con la infantería y fué dilatando su ala izquierda, para llevar lo más lejos posible de los demas Griegos la derecha de los Esparciatas, y para rechazar con ímpetu y á viva fuerza á Cleombroto que la mandaba. Los enemigos advirtieron lo que pasaba, y empezaron á hacer mudanza en su formacion, extendiendo y encorvando la derecha, como para envolver y encerrar á Epaminondas con su muchedumbre. En esto, Pelópidas, acelerando el paso, y haciendo una conversion con sus trescientos, se adelanta corriendo ántes que Cleombroto despliegue su ala, ó que la vuelva á su estado cerrando la formacion, y cae sobre los Lacedemonios cuando no estaban á pié firme, sino en cierta confusion y desórden. Es el caso que siendo los Esparciatas los más aventajados artífices y maestros en las cosas de la guerra, en nada ponian más cuidado ni se ejercitaban más que en no separarse ni confundir ó desordenar la formacion, y ántes hacer todos de tribunos y cabos, para poder donde los cogiese la pelea y el riesgo cargar y combatir con mayor union; pero entónces la direccion de Epaminondas con la falange contra aquellos solos, pasando de largo por los demas, y el haber sobrevenido Pelópidas con increible rapidez y ardimiento, de tal manera desconcertó sus planes y toda su ciencia, que hubo de parte de los Esparciatas una

fuga y una matanza cuales nunca se habian visto. Así sucedió que igual parte de gloria que á Epaminondas, Beotarca y general de todas las tropas, cupo por victoria y triunfo tan señalados al que no era Beotarca ni mandaba sino á muy pocos.

Invadieron ambos Beotarcas el Peloponeso, y atrajeron á su partido la mayor parte de los pueblos, separándolos del de los Lacedemonios: á Elis, Argos, toda la Arcadia y áun la mayor parte de la Laconia. Sucedió esto en el mismo trópico del invierno al acabarse ya el último mes, del que faltaban muy pocos dias, y era preciso que otros magistrados tomaran el mando al entrar el primer mes, ó sufrir pena de muerte los que no lo depusiesen. Los otros Beotarcas, por temor de esta ley, y por guardarse de la mala estacion, solian apresurarse á volver en ella el ejército á casa; mas entónces Pelópidas fué el primero que adhiriéndose al voto de Epaminondas, y acalorando á los ciudadanos, guió para Esparta; y pasando el Eurotas, les tomó muchas ciudades, y taló el país hasta el mar, acaudillando setenta mil soldados griegos, de los que no eran los Tebanos ni una duodécima parte; sino que la gloria de tales varones, áun prescindiendo de la opinion y resolucion comun, hacía que siguiesen tranquilamente los aliados cuando éstos los mandaban; por que la primera y más poderosa ley de todas da el mando sobre el que tiene necesidad de salud, al que puede salvarlo: á la manera que los navegantes miéntras hay serenidad, ó caminan por la costa, tratan con desden y áun con altanería á los pilotos; pero luego que aparece la tormenta y el peligro, á éstos vuelven los ojos y en ellos ponen toda su confianza. Así es que los Argivos, los Eleatas y los Arcades que en los congresos contendian y altercaban con los Tebanos por el mando, en los combates y en los apuros espontáneamente se sometian, sujetándose al mando de sus generales. En aquella expedicion redujeron á un solo imperio

toda la Arcadia; y ocupando la provincia de Mesenia, de la que estaban en posesion los Esparciatas, llamaron y restituyeron á ella á los antiguos Mesenios, volviendo á poblar á Itomes. Al retirarse á casa por Cencrea, vencieron á los Atenienses, que trataron de oponérseles en las gargantas, ó impedirles el paso.

Con tales hechos todos estaban tan complacidos de su virtud como admirados de su buena suerte; pero la envidia, inseparable de las ciudades capitales, y que crece en proporcion de la gloria de los hombres grandes, no les tenía dispuesto el mejor ni el más correspondiente recibimiento; pues ambos á su vuelta tuvieron que defenderse en causa capital, porque previniendo la ley que en el primer mes, al que dan el nombre de Bucacion, entregasen á otros la Beotarquia, la habian retenido por otros cuatro meses íntegros, que fué en los que no dejaron de la mano las empresas de Mesena, de la Arcadia y la Laconia. El primero llamado á juicio fué Pelópidas, y por lo mismo fué tambien el que estuvo más expuesto; aunque al cabo ambos fueron absueltos. En la injusta prueba de esta acusacion, Epaminondas mostró mucha serenidad, sabiendo que en las cosas políticas la paciencia es una gran parte de la fortaleza y de la magnanimidad; mas Pelópidas, que de suyo era ménos sufrido, y además se veia incitado de los amigos á que por aquella persecucion se vengase de sus contrarios, no omitió aprovechar la siguiente ocasion. Meneclidas el orador habia sido uno de los que con Pelópidas y Melon se habian reunido en casa de Caron; mas porque no habian hecho los Tebanos tanto caso de él, á causa de que si bien no podia negársele su habilidad en el decir, era por otra parte desarreglado y de mala conducta, empleaba su talento en suscitar toda especie de acusaciones y calumnias á los más distinguidos, no dándose por vencido áun despues de la mencionada causa. Y á Epaminondas logró excluirlo de la Beotarquia, y por largo tiempo

lo tuvo fuera de los negocios; á Pelópidas no pudo desconceptuarlo con el pueblo; mas á falta de esto procuró indisponerle con Caron: y es que como todos los envidiosos hallan consuelo, ya que ellos no puedan ganarse más aprecio. en hacer que se rebaje el de los otros, ponia gran conato en ensalzar ante el pueblo las hazañas de Caron, y en celebrar sus expediciones y sus victorias. Con esta mira trató de que de la expedicion de Platea, en la que los Tebanos antes de la jornada de Leuctras alcanzaron alguna ventaja yendo Caron de caudillo, se fijara un público monumento por este término. Androcides de Cicico habia recibido de la ciudad el encargo de pintar en un cuadro otra distinta batalla, y estaba en Tebas mismo trabajando en él; mas como luego hubiese ocurrido aquella rebelion, y sobrevenido la guerra cuando ya estaba muy cerca de concluirse, los Tebanos se quedaron con el cuadro. Pues éste era el que Meneclidas trataba de que se consagrase á la memoria de Caron, haciendo poner en él su nombre para marchitar la gloria de Pelópidas y Epaminondas. Era empeño muy necio con batallas y triunfos tan señalados querer poner en contienda un oscuro encuentro, y dar valor á una victoria en la que, fuera de la muerte de un Geradas, de poco nombre entre los Esparciatas, y las de otros cuarenta, no hay memoria de que se hubiese hecho cosa que mereciese atencion. Pelópidas salió al encuentro de este proyecto de decreto, y lo notó de injusto, apoyándose en que entre los Tebanos no estaba recibido que el honor se atribuyera privadamente á un hombre solo, sino que el nombre y el honor de la victoria quedase íntegro para la patria. Y lo que es á Caron le elogió constante y profusamente en su discurso; pero haciendo ver el desarreglo y la malignidad de Meneclidas, preguntó si creian que no habia hecho nada en servicio de la ciudad. Con lo que consiguió que á Meneclidas se le multase en una suma muy crecida; y como no pudiese pa-

garla, últimamente intentó alterar ó trastornar el gobierno. Esto tambien pertenece al exámen de estas vidas que escribimos.

Hacía á la sazon la guerra Alejandro, tirano de Feres, á las claras á muchos de los Tesalianos, pero en la intencion y con asechanzas á todos; por lo que las ciudades enviaron mensajeros á Tebas, pidiendo un general y tropas; y como Pelópidas viese á Epaminondas ocupado en proseguir las empresas del Peloponeso, se escogió á sí mismo, y como que se repartió para el auxilio de los Tesalianos; no sufriendo, por una parte, tener ociosos sus conocimientos y sus fuerzas, y no creyendo, por otra, que donde estaba Epaminondas hiciese falta otro general. Apénas se encaminó á Tesalia con algunas fuerzas, tomó inmediatamente á Larisa; y como Alejandro viniese á él con ruegos, trató de trasformarle, y de tirano convertirle en un monarca benigno y justo para los Tesalianos. Mas él era insufrible y feroz, y además se le atribuia mucha crueldad, mucha insolencia y avaricia; por lo que, como Pelópidas se irritase é incomodase con él, se retiró á toda priesa con los de su guardia. Pelópidas, habiendo proporcionado á los Tesalianos gran seguridad de parte del tirano, y gran union y concordia entre sí mismos, partió para la Macedonia, por cuanto haciendo la guerra Tolomeo á Alejandro, que reinaba sobre los Macedonios, ambos le llamaban para que entre ellos fuese un árbitro y un juez, y un aliado auxiliar del que pareciese habia sufrido injusticia. Llegado allá, compuso sus diferencias, y restituyendo á los desterrados, recibió en rehenes á Filipo, hermano del Rey, y á otros treinta jóvenes de los más principales, los que condujo á Tebas, haciendo ver á los Griegos á qué grado de consideracion habian subido las cosas de los Tebanos por la opinion de su poder y por la confianza en su justicia. Este es el mismo Filipo que despues hizo la guerra á los Griegos contra su libertad; el cual todavía jóven entónces pasó en

Tebas su vida en casa de Pamenes. Ya desde aquella época parece que se hizo imitador de Epaminondas, llegando quizá á alcanzar su actividad en las cosas de la guerra y en las campañas, que era la parte ménos principal de las virtudes de este héroe; pero de su tolerancia, de su justicia, su magnanimidad y su mansedumbre, en las que era verdaderamente grande, no pudo Filipo participar nada, ni por naturaleza, ni por imitacion.

Como de allí á poco volviesen los Tesalianos á quejarse de que Alejandro de Feres vejaba á las ciudades, fué Pelópidas enviado por mensajero juntamente con Ismenias, y se presentó sin llevar tropas de Tebas, y sin ir apercibido para la guerra, siéndole preciso valerse de los mismos Tesalianos para lo que pudiera ofrecerse. Turbáronse tambien otra vez á este mismo tiempo las cosas de Macedonia, porque Tolomeo dió muerte al Rey, apoderándose de la autoridad, y los amigos de éste llamaron á Pelópidas, el cual queria intervenir en aquellos negocios; mas no teniendo tropas propias, tomó allí mismo algunos estipendiarios, y con éstos marchó sin detenerse contra Tolomeo. Luégo que estuvieron cerca uno de otro, Tolomeo corrompió con algunas sumas á estos estipendiarios, logrando que se le pasasen; pero al mismo tiempo, temiendo la gloria y el nombre de Pelópidas, le salió al encuentro como á superior, le dió la diestra, y le hizo ruegos, conviniendo en que conservaria la autoridad real á los hermanos del muerto, y en que con los Tebanos tendria á unos mismos por amigos y por enemigos, entregando en rehenes para el cumplimiento á su hijo Filoxeno y cincuenta de sus amigos. Envió á éstos Pelópidas á Tebas, y conservando el resentimiento por la traicion de los estipendiarios, como supiese que la mayor parte de sus riquezas, sus hijos y sus mujeres los tenian en Farsalo, de manera que con apoderarse de éstos tomaria bastante satisfaccion de su ultraje, reunió algunos Tesalianos, y marchó con ellos á Farsalo;

mas á poco de haber llegado se presentó Alejandro el tirano con sus tropas. Pensó Pelópidas que venía á darle excusas: así, no tuvo inconveniente en dirigirse á él, pues aunque era cruel y asesino, por respeto á Tebas y á su misma autoridad y gloria, no temia que nada malo pudiera sucederle. Mas éste, viendo que iba solo y sin armas, al punto le echó mano, y se apoderó de Farsalo. Infundió esto sumo terror y susto á los que le obedecian, como que despues de semejante injusticia y arrojo, ya á nadie perdonaría, sino que segun las ocurrencias se portaria en los negocios y con los hombres como quien por desesperacion habia echado enteramente el pecho al agua.

Irritáronse los Tebanos con estas nuevas, y al punto decretaron la formacion de un ejército; pero por cierto enfado con Epaminondas nombraron otros generales. El tirano en tanto hizo conducir á Feres á Pelópidas, permitiendo al principio que le hablaran los que quisieran, creyendo que los trabajos le harian apacible y doblarian su ánimo; pero como Pelópidas exhortase á los Tesalianos que lamentaban su suerte, á que no desconfiasen, pues entónces era más cierto que el tirano tendria su merecido, y á éste mismo le enviase á decir, era cosa muy extraña que contínuamente estuviese dando tormentos y la muerte á miserables ciudadanos que en nada le ofendian, y que á él le dejase, cuando debia conocer que habia de ser el primero á castigarle, si tenía medio de huir; maravillado de semejante entereza é impavidez: «¿Por qué, exclamó, se empeña Pelópidas en apresurar su muerte?» Y habiéndolo éste entendido, respondió: «Para que tú perezcas más pronto y más en la ira de los Dioses.» Con este motivo prohibió que nadie de los de fuera de casa pudiera hablarle. Teba, hija de Jason y mujer de Alejandro, sabedora por los que custodiaban á Pelópidas de su firmeza y de la elevacion de sus sentimientos, deseó conocerle y trabar con él conversacion. Fué, pues, á verle; y como mujer, no advir-

tió al primer aspecto la entereza que conservaba en medio de su triste estado; y ántes considerando por el desaseo de su cabello y barba, por su gastada ropa, y por el modo con que se le trataba, que se le hacía pasar por lo que no correspondia á la autoridad de su persona, se echó á llorar. A Pelópidas, que no sabía quién fuese aquella mujer, le causó admiracion; mas luégo que lo supo, la saludó por su nombre de familia, por ser amigo íntimo de Jason; y como aquella le dijese: «¡Cuánto compadezco á vuestra mujer!—Yo tambien á vos, le respondió, porque estando sin prisiones, aguantais á Alejandro.» Por este término se insinuó en el ánimo de Teba, que no podia efectivamente sufrir la crueldad y las maldades del tirano; el cual habia llegado en ellas hasta el extremo de haber hecho sufrir la última afrenta al más mocito de los hermanos de la misma Teba. Así es que frecuentemente visitaba á Pelópidas, y franqueándose con él sobre lo que padecia, su ánimo se llenó de ira, de encono y de despecho contra Alejandro.

Los generales tebanos, habiendo invadido la Tesalia, por impericia y algun casual descalabro se retiraron sin haber contribuido en nada al objeto de la expedicion; y la ciudad, despues de haber multado á cada uno de ellos en diez mil dracmas, confió á Epaminondas el mando del ejército. Al punto, pues, hubo grandes alteraciones entre los Tesalianos, alentados con la fama del general; y las cosas del tirano se pusieron en estado de no ser necesario gran poder para echarlas por tierra: ¡tal fué el miedo que sobrecogió á sus generales y sus amigos! ¡tal el ansia que nació en sus súbditos de abandonarle! y ¡tal el gozo por lo que esperaban! pareciéndoles estar ya en el momento de ver al tirano expiar sus crímenes. Pero Epaminondas, prefiriendo á su propia gloria el salvar á Pelópidas, y temiendo no fuera que si las cosas se revolvian, Alejandro en un acceso de desesperacion se convirtiese, á la manora de las

fieras, contra aquél, iba conllevando la guerra y como tomando rodeos; así, con las disposiciones y la vigilancia hizo tambien que el tirano se preparara y estuviese en inquietud, mas de manera que no se debilitara su confianza y engreimiento, ni se inflamara su cólera y aspereza. Porque sabia llegar á tanto su crueldad y su desprecio de lo honesto y de lo justo, que á unos hombres los hacía enterrar vivos, y á otros los cubria con pieles de jabalíes y osos, y azuzaba contra ellos perros de caza para que los despedazasen; ó les lanzaba dardos, entreteniéndose con esta diversion. En las ciudades de Melibea y Escotusa, amigas y protegidas por tratados, cercándolas en el acto de celebrar sus juntas públicas, dió muerte á todos los habitantes; y la lanza con que traspasó á su tio Polifron la consagró y coronó y le hizo sacrificios como á un Dios, llamándole *Ticon* (1). Habiendo visto en cierta ocasion á un cómico representar las *Troyanas* de Eurípides, se salió á toda priesa del teatro, y envió á decir al representante que estuviese con tranquilidad y nada malo sospechase de aquel hecho; pues no se habia retirado por hacerle desprecio, sino por no sufrir ante los ciudadanos la vergüenza de que no habiendo mostrado compasion por ninguno de tantos como habia hecho matar, le vieran llorar por los infortunios de Hécuba y Andrómaca. Mas con todo, sobrecogido con la gloria y el nombre de Epaminondas y con todo el aparato de su expedicion,

Dobló este gallo como esclavo el ala,

y envió bien pronto quien con aquél le pusiese en buen lugar. Epaminondas no condescendió con que por parte de los Tebanos se hiciese paz y amistad con un hombre seme-

(1) Es voz que viene de τύχρ, que significa fortuna, y por esta causa le vino á hacer el Dios Ticon.

jante: solamente pactó treguas de treinta dias, y recobrando á Pelópidas é Ismenias, hizo su retirada.

Noticiosos los Tebanos de que los Lacedemonios y los Atenienses habian enviado embajadores al gran Rey para negociar una alianza, mandaron tambien por su parte á Pelópidas, con muy buen consejo á causa de su gran nombradía. Ya desde el principio, al pasar por las provincias del Rey, fué muy considerado é hizo gran ruido: porque nó cundió tibiamente ó como rumor vago por el Asia la fama de los encuentros sostenidos contra los Lacedemonios, sino que ápénas se divulgó la voz de la batalla de Leuctras, aumentada é impelida cada dia con algun nuevo triunfo, se extendió hasta los países más remotos. Así, cuando llegó al palacio, apénas le vieron los Sátrapas, los de la guardia y los generales, comenzaron con admiracion á decirse: «Este es el que derribó el imperio de la tierra y del mar, de que estaban apoderados los Lacedemonios, y el que contuvo entre el Taigeto y el Eurotas aquella Esparta que poco ántes habia hecho la guerra al gran Rey y á los Persas, llevándola hasta Suza y Ecbatana por medio de Agesilao. A Artajerges le habian sido de gran placer estos sucesos: así mostró admirar á Pelópidas áun más allá de su fama, y quiso hacer ostentacion de que le honraba y obsequiaba sobre cuantos habian merecido su estimacion. Túvole todavía en más luégo que vió su figura y que oyó sus razonamientos más enérgicos que los de los Atenienses, y más sencillos que los de los Lacedemonios; y como sucede ordinariamente á los reyes, no disimuló su aprecio hácia tan singular varon, ni se ocultó á los otros embajadores que le trataba con mayor distincion. Entre todos los Griegos, parece haber sido el lacedemonio Antalcidas quien de él habia recibido más señalado honor, cual fué el de haberle enviado bañada en esencias la corona que miéntras bebia ornaba su cabeza. A Pelópidas no le hizo un regalo igual, pero le envió presentes ricos y del mayor

valor, y condescendió con sus proposiciones: «que fuesen »independientes todos los Griegos, y se repoblase Mesena; »y que los Tebanos fuesen tenidos por amigos hereditarios »del Rey.» Recibida esta respuesta, y de los dones solos los que pudieran ser una muestra de aprecio y benevolencia, se restituyó á su patria; con lo que todavía quedaron más desacreditados los otros embajadores. Así los Atenienses, puesto en juicio Timágoras, le condenaron á muerte: si fué por el exceso de los dones, justísimamente; pues no sólo admitió oro y plata, sino un lecho de grandísimo precio, y esclavos que lo preparasen, como si los Griegos no supiesen este ministerio; y además de esto, ochenta vacas con sus vaqueros, porque necesitaba tomar la leche para cierta enfermedad. Finalmente, fué conducido en silla de manos hasta el mar, siendo el Rey quien pagó á los mozos el jornal. Mas no parece haber sido este soborno lo que principalmente irritó á los Atenienses; pues que á Epícrates el Cosario, que no negaba haber recibido regalos del Rey, y que se atrevió á presentar un proyecto de decreto para que cada año, en lugar de los nueve arcontes, se nombrasen nueve embajadores cerca del Rey, tomados entre los plebeyos y pobres, á fin de que volvieran ricos, el pueblo se lo tomó á risa: por tanto, su principal encono fué porque todo se hizo en consideracion á los Tebanos, sin reflexionar que la gloria de Pelópidas era de más influjo que los discursos y las palabrerías para con un hombre que siempre se ponia de parte de los que en las armas eran superiores.

Concilió esta embajada no pequeña consideracion á Pelópidas en su vuelta, tanto por la repoblacion de Mesena, como por la independencia de todas las ciudades griegas. En tanto, Alejandro de Feres habia descubierto otra vez su carácter, destruyendo no pocas ciudades de las de Tesalia, y poniendo guarniciones en la Ptiotide, en la Acaya, y por toda la Magnesia; y noticiosas las demas ciudades del

regreso de Pelópidas, enviaron al punto embajadores á Tebas, pidiendo tropas, y á éste por caudillo. Decretóse así sin tardanza, y hechos prontamente todos los preparativos, cuando el general estaba para partir hubo un eclipse de sol, y en medio del dia quedó la ciudad en tinieblas. Pelópidas, viéndolos á todos consternados con este accidente, creyó que no convenia violentarlos en su terror y desaliento, ni tampoco aventurar en la empresa las vidas de siete mil ciudadanos: así, ofreciéndose por sí solo á los Tesalianos, y tomando únicamente consigo trescientos extranjeros de á caballo que voluntariamente le siguieron, partió, contra la opinion de los agoreros y el deseo de los demas ciudadanos: por parecerles que aquella señal del cielo no se hacía sino por un varon ilustre. Él, por otra parte, estaba muy acalorado contra Alejandro por las ofensas que le habia hecho, y esperaba tambien encontrar su misma casa indispuesta y enconada contra él por las conversaciones que habia tenido con Teba. Mas lo que sobre todo le atraia era lo brillante de la accion; pues cuando los Lacedemonios habian enviado á Dionisio, el tirano de Sicilia, generales y gobernadores, y cuando los Atenienses recibian sueldo del mismo Alejandro y le habian puesto una estatua de bronce como á bienhechor, entónces mismo se afanaba él y aspiraba al honor de hacer ver á los Griegos que solos los de Tebas hacian guerra á los tiranos y quebrantaban en la Grecia los poderíos violentos é injustos.

Luego que llegó á Farsalo reunió sus tropas, y marchó sin dilacion contra Alejandro; el cual, viendo pocos Tebanos al lado de Pelópidas, y que él tenía más que doble infantería de Tesalianos, le salió al encuentro junto al templo de Tetis; y como alguno le dijese á Pelópidas que el tirano venía con mucha gente: «Mejor, respondió; con eso serán más los que venzamos.» Extiéndense hácia el medio de las llamadas Cinocéfalas varios collados de bastante in-

clinacion y altura, y unos y otros se dirigieron á ocuparlos con la infantería; y al propio tiempo Pelópidas mandó á los suyos de á caballo, que eran muchos y excelentes, que se batiesen con la caballería enemiga. Vencieron éstos, y bajaron á la llanura en persecucion de los fugitivos; mas se vió que Alejandro habia tomado las alturas, y que acometiendo á la infantería tesaliana, que se habia rezagado y se encaminaba á los puntos más fuertes y elevados, dió muerte á los primeros, y los demas, siendo ofendidos, nada hacian por su parte. Advertido, pues, esto por Pelópidas, llamó á los de á caballo, y les dió órden de que corriesen contra lo más apiñado de los enemigos, y él mismo, embrazando el escudo, marchó de carrera á unirse con los que peleaban en los collados; y penetrando por la retaguardia hasta los primeros, infundió en todos tal valor y aliento, que áun á los mismos enemigos les pareció ser aquellos otros hombres en el cuerpo y en el espíritu; y si bien éstos rechazaron dos ó tres choques, al ver que todavía volvian con ímpetu, y que la caballería dejaba el alcance, cedieron por fin, y se retiraron. Pelópidas desde la eminencia viendo toda la hueste de los enemigos, no puesta en fuga, pero sí ya en gran confusion y desórden, se detuvo un poco á mirar, en busca del mismo Alejandro; y cuando observó que estaba en el ala derecha animando y ordenando á sus estipendiarios, no hizo uso de la razon para refrenar la ira, sino que inflamado con su vista, y abandonando á la cólera su persona y el mando, se adelantó á todos los demas, clamando y llamando á gritos al tirano, el cual estuvo bien distante de sostener el ímpetu y de aguardar, sino que dando á correr hácia los estipendiarios, se escondió. Y los primeros de éstos, que hicieron oposicion, fueron cortados por Pelópidas, y áun algunos heridos y muertos; pero los demas, hiriéndole de léjos con las lanzas, acabaron con él, miéntras que los Tesalianos venian á carrera desde los collados en su auxilio. Cuando

ya habia muerto acudieron tambien los de á caballo, y pusieron en huida todo el ejército, persiguiéndole gran trecho, y llenaron aquella llanura de cadáveres, tanto, que fueron más de tres mil á los que dieron muerte.

Que los Tebanos presentes á la muerte de Pelópidas cayesen en el mayor desconsuelo, llamándole padre, salvador y maestro de los mayores y más apreciables bienes, nada tiene de extraño; pero el que los Tesalianos pasasen con sus decretos la raya de cuanto honor puede dispensarse á la humana virtud, esto fué lo que principalmente manifestó en sus demostraciones el aprecio y gratitud con que le miraban. Porque se dice que cuantos concurrieron á aquella batalla, ni se quitaron la coraza, ni desensillaron los caballos, ni se curaron las heridas luego que llegó á su noticia aquel infausto suceso, sino que corriendo como se hallaban adonde estaba el cadáver, como si hubiera de sentirlo, pusieron alrededor de su cuerpo en monton los despojos de los enemigos, cortaron las clines á los caballos, y se cortaron tambien el cabello, y que muchos yendo despues á las tiendas, ni encendieron fuego ni se sentaron á comer, sino que el silencio y la pesadumbre se difundió por todo el campamento, como si no hubieran alcanzado la mayor y más completa victoria, sino que más bien hubiesen sido vencidos y esclavizados por el tirano. De las ciudades, luego que corrió la nueva, vinieron las autoridades, y con ellas los mancebos, los muchachos y los Sacerdotes, para recibir el cuerpo, trayendo para adornarle trofeos, coronas y armaduras de oro. Llegado el momento de haberse de conducir el cadáver, adelantándose los Tesalianos de más provecta edad, pidieron á los Tebanos que les permitieran darle sepultura; y uno de ellos habló de esta manera: «Os pedimos, oh aliados nuestros, una gracia que nos ha de servir de honor y de consuelo; pues no hacen la corte los Tesalianos á Pelópidas, todavía vivo, ni en tiempo que pueda sentirlo le retribuyen los cor-

respondientes honores, sino que con sernos permitido tocar su cadáver, hacerle las debidas exequias, y sepultar su cuerpo, parecerá que debe creérsenos si decimos que esta calamidad es mayor para nosotros que para los Tebanos; pues que vosotros sólo habeis perdido un excelente general, cuando nosotros, además de esta pérdida, hemos sido privados de la libertad. ¿Y cómo ya nos atreveremos á pediros otro general, no restituyéndoos á Pelópidas?» Condescendieron, pues, los Tebanos con sus ruegos.

Ciertamente que no habrá habido exequias más magníficas que estas, á juicio de los que no colocando lo magnífico en el marfil, en el oro y en la púrpura, se distinguen de Filisto, que cantó y engrandeció el enterramiento de Dionisio, haciéndolo el desenlace teatral de su tiranía, como si fuera el de una gran tragedia. Tambien Alejandro el Grande, muerto Efestion, no sólo esquiló las clines de los caballos y de las acémilas, sino que quitó las almenas de los muros, para dar á entender que las ciudades lloraban, habiendo tomado aquel aspecto lúgubre y humilde en lugar de su antigua belleza. Mas todos estos no son sino preceptos de tiranos, impuestos por necesidad, para envidia de aquellos en favor de quienes se expiden, y en más odio de los que para ellos emplean la fuerza; y léjos de ser expresiones de gratitud y honor, no lo son sino de un fausto bárbaro y de ostentacion, y molicie de hombres que gastan su caudal en cosas vanas indignas de imitarse. Por el contrario, el que un hombre popular, muerto en tierra extraña, sin hallarse presentes su mujer, sus hijos ó sus deudos, sin que nadie lo exija y ménos lo mande, sea honrado en sus exequias por tantas ciudades y pueblos reunidos, que llevan y coronan su féretro, esto debe con justa razon parecer el complemento de la felicidad; porque no es la más triste, como Esopo dijo, la muerte del hombre dichoso, sino ántes la más bienaventurada, por haber puesto ya en lugar seguro sus buenas acciones, y haberse

quitado del alcance de las mudanzas de fortuna. Por tanto, mejor lo entendió aquel Lacedemonio que á Diágoras, triunfador en Olimpia, que alcanzó á ver á sus hijos coronados en los juegos, y nietos de hijos é hijas, le saludó diciéndole: «Muérete, oh Diágoras, pues que no has de subir á otro Olimpo.» Pues todas las victorias Olímpicas y Píticas juntas no creo que hubiese quien las comparase con uno de los combates de Pelópidas; el cual, habiendo reñido muchas lides, vencedor en todas, y habiendo pasado la mayor parte de su vida en el honor y la gloria, últimamente en su decimatercia Beotarquia, despues de haber alcanzado el prez del valor sobre muerte de un tirano, dió su vida por la libertad de la Tesalia.

Si su muerte causó sumo pesar á los aliados, todavía les fué de mayor provecho, porque los Tebanos, luégo que tuvieron noticia del fallecimiento de Pelópidas, no poniendo dilacion ninguna en el castigo, dispusieron inmediatamente una expedicion de siete mil infantes y ochocientos caballos, al mando de Malquites y Diogiton, los cuales llegando á tiempo en que Alejandro todavía estaba escaso y debilitado de fuerzas, le obligaron á que restituyese á los Tesalianos las ciudades que les habia tomado; á que dejase en paz á los de Magnesia, de la Ptiotide y de la Acaya, retirando las guarniciones, y á que pactase con ellos en un tratado, que adonde quiera que los Tebanos le condujesen ó mandasen, allá los seguiria: siendo esto con lo que los Tebanos se dieron por satisfechos. Ahora referiremos cuál fué la venganza que los Dioses tomaron de Alejandro, á causa de Pelópidas. Ya éste habia ántes enseñado á Teba, como arriba dijimos, á no mirar con miedo la brillantez y aparato exterior de la tiranía, que interiormente se sostenía sólo con algunas armas y algunos tránsfugas: además, recelosa siempre de su infidelidad, é indignada de su fiereza, trató y convino con sus hermanos, que eran tres, Tisifono, Pitolao y Licofron, el deshacerse de él

de esta manera. Todo el resto de la casa estaba al cuidado de aquellos guardias á quienes tocaba custodiarle por la noche; pero del dormitorio en que solia acostarse, que estaba en alto, era único centinela, puesto delante de él, un perro atado, temible á todos, sino á ellos dos y al que le daba de comer. Al tiempo concertado para el hecho, Teba desde ántes de la noche tenía ocultos á los hermanos en una casa vecina: entró sola, como lo tenía de costumbre, al cuarto de Alejandro, que ya estaba dormido: salió de allí á poco, y mandó al esclavo que se llevara á fuera el perro, porque aquél queria reposar con el mayor sosiego: inmediatamente, para precaver que la escalera hiciese ruido al subir los hermanos, tendió lana por toda ella; trajo luégo á los hermanos armados, y dejándolos á la puerta, entró al dormitorio y sacó la espada que Alejandro tenía colgada sobre el lecho, siendo esta la seña que se tenian dada para entender que éste dormia y que era el momento de sorprenderle. Como entónces se acobardasen aquellos jóvenes y se detuviesen, empezó á motejarlos y amenazarlos con que despertaria á Alejandro y le descubriria el designio; y entónces entre avergonzados y medrosos los introdujo, y los colocó alrededor del lecho, llevando luz. Sujetóle el uno por los piés y el otro le tomó la cabeza por los cabellos, y el tercero le pasó con la espada; muriendo, atendida la celeridad del hecho, quizá más pronto de lo que fuera razon; y sólo en haber sido el primer tirano muerto por su mujer, y en la afrenta que sufrió su cadáver, siendo arrojado al suelo, y hollado por los de Feres, puede decirse que tuvo el fin debido á sus maldades.

MARCELO.

Es opinion que Marco Claudio, el que fué en Roma cinco veces cónsul, era hijo de otro Marco, y que entre los de su casa empezaron á llamarle Marcelo, lo que se interpreta Marcial, segun nos dejó escrito Posidonio; porque realmente era guerrero en el ejercicio y los conocimientos; en su cuerpo, robusto; en las manos, ágil, y en su índole muy inclinado á la guerra; y si bien en los combates se mostraba intrépido y fiero, en todo lo demas era prudente y humano y aficionado á la literatura y escritos de los Griegos, hasta apreciar y admirar á los que en aquella sobresalian; aunque por sus ocupaciones no le fué dado aprender y ejercitarse en ella segun sus deseos. Porque si Dios á algunos hombres, como dice Homero,

> De juventud hasta la edad cansada
> Les concedió acabar sangrientas lides,

esto se verificó tambien con los principales Romanos de aquella edad; los cuales de jóvenes hicieron la guerra á los Cartagineses en Sicilia; en la edad varonil á los Galos por defender la Italia, y en la vejez otra vez á Aníbal y los Cartagineses, no pudiendo tener, como otros, reposo en sus últimos años, sino siendo llamados contínuamente

á los ejércitos y á los mandos, segun su generosa índole y su virtud.

En todo género de lid era Marcelo diestro y ejercitado; pero en los duelos y desafíos parece que áun se excedia á sí mismo: así no hubo desafío que no aceptase, y en ninguno dejó de dar muerte á sus contrarios. En Sicilia salvó á su hermano Otacilio que estaba para perecer, protegiéndole con su escudo, y dando muerte á los que le habian acosado: accion por la que, siendo todavía mozo, obtuvo de los generales coronas y premios. Como hubiese adelantado en la pública estimacion, el pueblo le nombró Edil, una de las más brillantes dignidades, y los sacerdotes Agorero, que es una especie de sacerdocio, al que la ley concedió la investigacion y conservacion de la adivinacion por las aves. Siendo Edil se vió en la necesidad de seguir una causa muy repugnante; porque tenía un hijo de su mismo nombre, dotado de singular belleza, y al mismo tiempo muy estimado de los ciudadanos por su modestia é instruccion, y Capitolino, colega de Marcelo, hombre vicioso y disoluto, le requirió de amores. El jóven al principio guardó dentro de su pecho aquel mal intento; mas como aquel hubiese repetido, y él lo hubiese revelado á su padre, indignado Marcelo, acusó á su colega ante el Senado. Puso el denunciado por obra toda especie de subterfugios y enredos, pidiedo la intercesion de los Tribunos; y como se excusasen de prestarla, se defendia con la negativa. No podia producirse testigo ninguno de la seduccion, por lo que se resolvió hacer comparecer al jóven en el Senado: y traido que fué, con ver su rubor y sus lágrimas, y que en su aspecto con la vergüenza resplandecia una ardiente ira, no necesitaron de más conjeturas para condenar á Capitolino y multarle en una crecida suma; con la que Marcelo hizo labrar un lebrillo de plata, que consagró á los Dioses.

Sucedió que fenecida la primera guerra Púnica al año

vigésimosegundo, amenazaron á Roma principios de nuevas disensiones con los Galos: porque los Insubres, habitantes de la parte de Italia que está al pié de los Alpes (pueblo tambien galo), ya de gran poder por sí mismos, allegaban otras fuerzas, convocando á los que de los Galos sirven á soldada, los cuales se llaman Gesatas: habiendo sido cosa prodigiosa y de gran dicha para Roma que ésta guerra céltica no hubiese concurrido con la africana; sino que los Galos, como si entraran de sustitutos, no se hubieran movido miéntras duraba aquella contienda, y despues tratasen de acometer á los vencedores, y de provocarlos cuando ya estaban ociosos. No dejó con todo el país mismo de ser gran parte para que viniese temor en los Romanos, conmovidos con la idea de una guerra de la misma region, ya por la vecindad, y ya tambien por el antiguo renombre de los Galos; los cuales se ve haber sido muy formidables á los Romanos, que por ellos fueron desposeidos de su ciudad, pues que de resulta de este suceso establecieron por ley, que los sacerdotes fuesen exentos de la milicia, á no que sobreviniera otra guerra con los Galos. Daban tambien indicios de este miedo los mismos preparativos (porque se pusieron sobre las armas tantos millares de hombres cuantos nunca se vieron á la vez ni ántes ni despues), y las novedades que se hicieron en órden á los sacrificios; pues siendo así que nada admitian de los bárbaros ni de los extranjeros, sino que siguiendo principalmente las opiniones de los Griegos eran pios y humanos en las cosas de la religion; entónces al estar ya próxima la guerra se vieron en la necesidad de obedecer á unos oráculos de las Sibilas, y segun ellos á enterrar vivos en la plaza que llaman de los Bueyes á dos Griegos, varon y hembra, y del mismo modo á dos Galos: por los cuales Griegos y Galos hacen áun hoy en el mes de Noviembre ciertas arcanas é invisibles ceremonias.

Los primeros combates alternaron entre victorias y des-

calabros, sin que condujesen á un término seguro; y miéntras los cónsules Flaminio y Turio hacian la guerra con poderosos ejércitos á los Insubres, se vió que el rio que atraviesa la campiña Picena corria teñido en sangre, y se dijo asimismo que hácia Ariminio habian aparecido tres lunas. Además los sacerdotes, que tienen á su cargo observar las aves, anunciaron que los agüeros de estas al tiempo de los Comicios consulares habian sido contrarios á los Cónsules: por todo lo cual al punto se enviaron cartas al ejército citando y llamando á éstos para que restituidos á Roma abdicaran cuanto ántes, y nada se apresuraran á hacer como Cónsules contra los enemigos. Recibió las cartas Flaminio, y no quiso abrirlas sin haber ántes entrado en accion con los bárbaros, á los que puso en fuga y les corrió la tierra. Regresó luégo á Roma con muchos despojos; pero el pueblo no salió á recibirle; y por no haber cumplido así que fué llamado, ni haberse mostrado obediente á las cartas, estuvo en muy poco que no perdiese la votacion del triunfo; por tanto, no bien acabada la solemnidad de este, le redujo á la clase de particular, precisándole á renunciar el consulado juntamente con su colega: ¡tanta era la piedad de los Romanos en referirlo todo á los Dioses! Así es que áun presentando en cambio los más prósperos acontecimientos, no aprobaban el desden de los agüeros recibidos, creyendo que para la salud de la patria conducia más el que los magistrados reverenciasen las cosas de la religion que el que vencieran á los enemigos.

Por este término, hallándose cónsul Tiberio Sempronio, varon que por su valor y probidad era de los Romanos tenido en el mayor aprecio, declaró por sus sucesores á Escipion Nasica y Cayo Marcio; y cuando ya estaban éstos en sus respectivas provincias, registrando los apuntes sobre milicia, halló por casualidad que se le habia pasado una de las prevenciones trasmitidas por los mayores, que era esta: cuando el general para tomar los agüeros fuera

de la poblacion ocupaba casa ó tienda arrendada, y despues por caso tenía que volver á la ciudad sin haber obtenido señales ciertas, era preciso que dejara aquella mansion arrendada, y tomara otra para empezar en ella la ceremonia desde el principio. Esto era justamente lo que Tiberio habia ignorado, y tomó dos veces los agüeros en un mismo punto para declarar Cónsules á los que dejamos dicho. Advirtió por fin su error, y lo hizo presente al Senado; el cual no miró con desprecio esta falta, aunque pequeña, sino que escribió á los Cónsules, y éstos, dejando las provincias, se apresuraron á volver á Roma, é hicieron dimision de su dignidad: aunque esto sucedió más adelante. Mas por aquellos mismos tiempos á dos sacerdotes de los más distinguidos se les privó del sacerdocio: á Cornelio Cetego, por no haber distribuido por el órden prescrito las entrañas de las víctimas; y á Quinto Sulpicio, porque en el acto de estar sacrificando se le cayó de la cabeza el velo que llevan los llamados Flamines. Tambien estando el dictador Minucio nombrando por maestre de la caballería á Cayo Flaminio, porque en el acto se oyó el rechinamiento de un raton, al que llaman *Sorice*, retiraron sus votos á entrambos, y nombraron otros. Mas aunque tanta exactitud ponian en estas cosas que parecen pequeñas, no por eso tenía parte supersticion ninguna en no alterar ni omitir nada de las prácticas heredadas.

Hecha la abdicacion por Flaminio y su colega, fué designado cónsul Marcelo por los que llaman intereyes, y luégo que se entregó de la autoridad, le dieron por colega á Neyo Cornelio. Dícese que como los Galos diesen muchos pasos hácia la reconciliacion, y tambien el Senado se inclinase á la paz, Marcelo irritó al pueblo para que apeteciese la guerra; y áun sin embargo de que llegó á hacerse la paz, los Galos mismos parece que obligaron á la guerra, pasando los Alpes y alborotando á los Insubres; porque siendo unos treinta mil, se unieron á éstos, que les

excedian mucho en número; y llenos de altanería marcharon sin detencion contra Acerras, ciudad fundada á las orillas del Pó; y de allí el rey de los Gesatas Viridomaro salia con unos diez mil hombres, y talaba todo el país por donde discurre este rio. Luégo que esto llegó á los oidos de Marcelo, dejando á su colega por la parte de Acerra con toda la infantería, toda la tropa de línea y el tercio de la de á caballo, y tomando consigo lo restante de la caballería y de las tropas más ligeras hasta unos seiscientos hombres, movió sus reales, y aceleró la marcha, sin aflojar ni de dia ni de noche, hasta que alcanzó á los diez mil Gesatas hácia el pueblo llamado Clastidio Caserio, otro tiempo de los Galos, y que hacía poco habia entrado en la obediencia de los Romanos. No le fué dado rehacerse y dar algun reposo á su tropa, porque luégo tuvieron los bárbaros antecedentes de su venida, y la miraron con desprecio, por ser muy poca su infantería, y no dar los Celtas á su caballería importancia ninguna; pues sobre ser tenidos por diestrísimos y sobresalientes en este modo de combatir, con mucho excedian tambien en el número á Marcelo. Por tanto, como para llevársele de calles, marcharon sin dilacion contra él con gran ímpetu y terribles amenazas, precediéndoles el Rey. Marcelo, para que no se le adelantaran y le envolvieran viéndole con tan pocos, llevó con prontitud á bastante distancia sus escuadrones de caballería, y adelgazando su ala, la extendió mucho, hasta que se puso cerca de los enemigos. En el acto mismo de lanzarse contra éstos, sucedió que su caballo, inquietado con los relinchos de la caballería contraria, volvió grupa para llevar hácia atras á Marcelo. Él entónces, temiendo que este accidente diese motivo á alguna supersticion en los Romanos, hizo uso del freno, y volvió repentinamente el caballo frente á los enemigos adorando al sol; como que no por acaso, sino de intento y con aquel mismo objeto habia hecho á su caballo dar vuelta, porque girando en torno es como

los Romanos acostumbran adorar á los Dioses; y al tiempo de embestir á los enemigos se dice haber hecho voto á Júpiter Feretrio de consagrarle las más hermosas armas de los enemigos.

En esto le echó de ver el rey de los Gesatas, y conjeturando por las insignias que aquel era el general, picó á su caballo, y se adelantó mucho á los demas, provocándole á grandes voces, y blandiendo su lanza: siendo superior á los demas Galos, y sobresaliendo entre ellos por su talla y por toda su armadura, en que brillaban el oro, la plata y la variedad de los colores, con lo que venía á ser como rayo de luz entre nubes. Llevaba Marcelo su vista por toda la hueste enemiga, y como al descubrir aquellas armas le pareciesen las más hermosas de todas, y se le ofreciese que con ellas habia de cumplir su voto, arremetiendo contra su dueño, le atravesó con la lanza la coraza, y con el encuentro del caballo le hizo perder la silla y caer al suelo todavía con vida; pero repitiéndole segundo y tercer golpe acabó luégo con él. Apeóse en seguida, y luégo que tomó en la mano las armas del caido, alzando los ojos al cielo, exclamó: «¡Oh Júpiter Feretrio, tú que registras los designios y las grandes hazañas de los generales en las guerras y en las batallas, tú eres testigo de que con mi propia mano he traspasado y dado muerte á este enemigo, siendo general á otro general, y siendo cónsul á un rey: conságrote, pues, estos primeros y excelentísimos despojos; tú concédeme para lo que resta una ventura igual á estos principios!» En esto acometió la caballería, peleando, no con la caballería separada, sino tambien con la infantería que allí se agolpó; y alcanzó un especial, glorioso é incomparable triunfo, pues no hay memoria de que tan pocos de á caballo hubiesen vencido jamás á tanta caballería é infantería juntas. Dióse muerte á un gran número; y cogiendo muchas armas y despojos, volvió á unirse con el colega, que combatia desventajosamente con los Celtas,

junto á la ciudad mayor y más populosa de los Galos. Llámase Milan, y los Celtas la reconocen por metrópoli; por lo cual, peleando con particular denuedo en su defensa, habian conseguido sitiar al sitiador Cornelio. Volviendo en esta sazon Marcelo, los Gesatas luégo que entendieron la derrota y muerte de su rey, se retiraron; Milan fué tomada, y los Celtas espontáneamente entregaron las demas ciudades, y se sometieron con todas sus cosas á los Romanos, que les concedieron la paz con equitativas condiciones.

Decretado por el Senado el triunfo solamente á Marcelo, apareció éste en la pompa, si se atiende á la brillantez, riqueza y copia de los despojos, y al número de los cautivos, magnífico y admirable como los que más; pero el espectáculo más agradable y nuevo era ver que él mismo conducia al templo de Júpiter la armadura del bárbaro; para lo cual habia hecho cortar el tronco de una frondosa encina, y disponiéndolo como trofeo, puso ligadas y pendientes de él todas las piezas, acomodándolas con cierto órden y gracia; y al marchar el acompañamiento púsose al hombro el tronco, subió á la carroza, y como estatua de sí mismo, adornada con el más vistoso de los trofeos, así atravesó la ciudad. Seguia el ejército con lucientes armas, entonando odas é himnos triunfales en loor del Dios y del general. De esta manera continuó la pompa, y llegada al templo de Júpiter Feretrio, subió á él, é hizo la consagracion, siendo el tercero y el último hasta nuestra edad: porque el primero que trajo iguales despojos fué Rómulo de Acron, rey de los Ceninetes; el segundo Cornelio Coso de Tolumnio, Etrusco; y despues de éstos Marcelo de Viridómaro, rey de los Galos, y despues de Marcelo nadie. Dase al Dios á quien se hizo la ofrenda el nombre de Júpiter Feretrio, segun unos, por el hecho mismo de habérsele llevado el trofeo, como derivado de la lengua griega (1),

(1) Φορέω significa llevar, y probablemente se tomó de aquí el *ferre* de los Latinos.

muy mezclada entónces con la latina; segun otros, esta es denominacion propia de Júpiter Fulminante, porque al *herir* ó *lisiar* los Latinos le llaman *ferire*. Otros, finalmente, dicen que se tomó el nombre del mismo golpe ó acto de herir en la guerra, porque en las batallas cuando persiguen á los enemigos, repitiendo la palabra *hiere* se excitan unos á otros. Al botin comunmente le llaman despojos; pero á los de esta clase les dicen con especial denominacion *ópimos*; y se refiere que en los comentarios de Numa Pompilio se hace mencion de ópimos primeros, segundos y terceros; mandando que los primeros que se tomaban se consagrasen á Júpiter Feretrio; los segundos á Marte, y los terceros á Quirino: y que por prez del valor recibian el primero trescientos ases, doscientos el segundo, ciento el tercero; acerca de las cuales cosas prevalece además la opinion de que entre aquellos sólo son honoríficos los que se toman los primeros en batalla campal, dando muerte el un general al otro: mas baste ya de este punto. Los Romanos tuvieron en tanto esta victoria y el modo con que se terminó esta guerra, que de los rescates enviaron en ofrenda á Apolo Pitio una salvilla de oro; y de los despojos, además de partir largamente con las ciudades confederadas, regalaron asimismo considerable porcion á Hieron, tirano de Siracusa, que era tambien amigo y aliado.

Cuando Aníbal invadió la Italia habia sido Marcelo enviado á Sicilia con una armada. Sucedió luégo la calamidad de Canas, muriendo muchos millares de Romanos en aquella batalla, y retirándose á Canisio aquellos pocos que habian podido salvarse. Como se temiese que Aníbal acudiria al punto á tomar á Roma con la facilidad con que habia deshecho lo más robusto de sus tropas, Marcelo fué el primero que desde las naves envió á Roma para su guarnicion mil y setecientos hombres. Comunicósele luégo una órden del Senado, y pasando en su virtud á Canisio,

recogió los que allí se habian refugiado, y los sacó fuera de muros, para no dejar á discrecion el país. De los Romanos los varones propios para el mando y de opinion en las cosas de la guerra, los más habian muerto en las acciones; y en Fabio Máximo, que era el que gozaba de mayor autoridad por su justificacion y su prudencia, culpaban el detenimiento en las determinaciones, para no arriesgarse á descalabros, notándole de inactivo é irresoluto. Juzgando, pues, que si bien éste era cual les convenia para consultar á su seguridad, todavía no era el general que tambien necesitaban para ofender á su vez, volvieron los ojos á Marcelo; y contraponiendo y como mezclando su osadía y arrojo con la moderacion y prevision de aquél, los fueron nombrando, ora cónsules á ambos, y ora cónsul al uno y procónsul al otro. Refiere Posidonio á este propósito que á Fabio le llamaban escudo, y á Marcelo espada; y el mismo Aníbal solia decir que á Fabio le temia como á ayo, y á Marcelo como á antagonista; porque de aquél era contenido para que no hiciese daño, y de éste lo recibia.

En primer lugar, como en el ejército por las mismas victorias de Aníbal se hubiese introducido mucha insubordinacion é indisciplina, á los soldados separados de los reales que corrian el país los destrozaba, debilitando por este medio sus fuerzas. Despues, yendo en auxilio de Nápoles y de Nola, á los Napolitanos los alentó y confirmó, porque de suyo eran amigos seguros de Roma; y entrando en Nola, los encontró en sedicion, porque el Senado no podia reducir ni gobernar al pueblo que *anibalizaba* ó se mostraba del partido de *Aníbal;* y es que habia en aquella ciudad un hombre de los principales en linaje, y muy ilustre por su valor, llamado Bandio, el cual en Canas habia peleado con extraordinario valor; y habiendo dado muerte á muchos Cartagineses, á la postre se le habia encontrado entre los cadáveres traspasado su cuerpo de muchos dardos; de lo que admirado Aníbal, no sólo le dejó ir libre sin

rescate, sino que le dió dádivas, y le hizo su amigo y huésped. Correspondiendo, pues, Bandio agradecido á este favor, era uno de los que anibalizaban con más ardor; y como tenía influjo, incitaba al pueblo á la desercion. No tenía Marcelo por justo deshacerse de un hombre á quien la fortuna habia distinguido tanto, y que habia tenido parte con los Romanos en sus más memorables batallas; y como además fuese por su carácter dulce y humano en el trato, é inclinado á excitar en los hombres sentimientos de honor, habiéndole en una ocasion saludado Bandio, le preguntó quién era, no porque no le conociese mucho tiempo habia, sino para buscar algun principio y motivo de entrar en conversacion. Cuando le respondió soy Lucio Bandio, mostrando alegrarse y maravillarse: «¡Cómo! le respondió, ¿tú eres aquel Bandio de quien tanto se ha hablado en Roma, con motivo de la batalla de Canas, diciéndose haber sido tú el único que no abandonó al cónsul Paulo Emilio, sino que áun esperaste y recibiste en tu propio cuerpo los dardos que contra aquél se lanzaban? Contestándole Bandio, y mostrando además algunas de sus heridas; «pues teniendo, continuó Marcelo, tales señas de amistad hácia nosotros, ¿por qué no te has presentado al instante? ¿ó crees que no sabemos recompensar la virtud de unos amigos que vemos acatados de nuestros contrarios?» Además de halagarle y atraerle de esta manera, le regaló un caballo hecho á la guerra, y quinientas dracmas.

Desde entónces Bandio fué para Marcelo el compañero y auxiliar de mayor confianza, y el más temible denunciador y acusador de los que eran de contrario partido; que habia muchos, y tenian meditado, cuando los Romanos saliesen contra los enemigos, robarles el bagaje. Por tanto Marcelo, formando sus tropas dentro de la ciudad, colocó junto á las puertas todo el carruaje, é intimó á los Nolanos que no se aproximen á las murallas: notábanse estas desiertas de defensores, y esto indujo á Aníbal á marchar

con poco órden, pareciéndole que los de la ciudad estaban tumultuados. Entónces Marcelo, dando órden de abrir la puerta que tenía próxima, hizo una salida, llevando á sus órdenes lo más brillante de la caballería, y dió de frente sobre los enemigos: á poco salieron por otra puerta los de infantería con ímpetu y algazara; y despues de estos, miéntras Aníbal dividia sus fuerzas, se abrió la tercera puerta, y por ella salieron los restantes, y por todas partes hostigaron á unos hombres sobrecogidos con lo inesperado del caso, y que se defendian mal de los que ya tenian entre manos, por los que últimamente habian sobrevenido. Y esta fué la primera ocasion en que las tropas de Aníbal cedieron á los Romanos, acosadas de éstos con gran mortandad y muchas heridas hasta su campamento: pues se dice que perecieron sobre cinco mil, no habiendo muerto de los Romanos más de quinientos. Livio no confirma el que hubiese sido tan grande la derrota ni tanta la mortandad de los enemigos; pero sí conviene en que de resultas de esta accion adquirió Marcelo gran renombre, y á los Romanos se les infundió mucho aliento, como que no peleaban contra un enemigo invicto ó irresistible, sino contra uno que ya, decian, estaba sujeto á descalabros.

Por esta causa, habiendo muerto uno de los cónsules, llamó el pueblo para que le sucediese á Marcelo, que se hallaba ausente, dilatando la eleccion contra la voluntad de los demas magistrados hasta que regresó del ejército. Fué, pues, nombrado cónsul por todos los votos; pero al celebrarse los comicios hubo truenos, y los sacerdotes no tuvieron por faustos los agüeros, sino que no se atrevieron á disolver la junta por temor del pueblo; mas él mismo hizo dimision de su dignidad. Con todo, no por esto rehusó el mando del ejército, sino que con el nombramiento de procónsul volvió otra vez al campamento de Nola, donde causó graves daños á los que habian tomado el partido del

Cartagines. Sobrevino éste repentinamente contra él, y como le provocase á batalla campal, no tuvo entónces por conveniente el empeñarla, con lo que aquél destinó á merodear la mayor parte de su ejército; y cuando ménos pensaba en batalla, se la presentó Marcelo, que habia dado á su infantería lanzas largas, como las que usaban en los combates navales, y la habia enseñado á herir de léjos á los Cartagineses, que no eran tiradores, y solo usaban de dardos cortos con los que herian á la mano. Así en aquella ocasion volvieron la espalda á los Romanos cuantos concurrieron, y se entregaron á una no disimulada fuga con pérdida de unos cinco mil hombres muertos, y cuatro elefantes muertos asimismo, y otros dos que se cogieron vivos. Pero lo más singular de todo fué que al tercer dia despues de la batalla se le pasaron de los Iberos y Numidas de á caballo más de trescientos, cosa nunca ántes sucedida á Aníbal, que con tener un ejército compuesto de varias y diversas gentes, por mucho tiempo lo habia conservado en una misma voluntad; y éstos despues permanecieron siempre fieles á Marcelo y á los generales que le sucedieron.

Nombrado Marcelo cónsul por tercera vez, se embarcó para la Sicilia, á causa de que los prósperos sucesos de Aníbal habian vuelto á despertar en los Cartagineses el deseo de recobrar aquella isla, con la oportunidad tambien de andar alborotados los de Siracusa despues de la muerte de Jerónimo su tirano; y por los mismos motivos habian tambien los Romanos enviado ántes algunas fuerzas al mando de Apio. Al entregarse de ellas Marcelo, se le presentaron muchos Romanos, que se hallaban en la afliccion siguiente: de los que en Canas pelearon contra Aníbal unos huyeron, y otros fueron cautivados, en tal número, que pareció no haber quedado á los Romanos quien pudiera defender las murallas; y con todo conservaron tal entereza y magnanimidad, que restituyéndoles Aníbal los cautivos

por muy corto rescate, no los quisieron recibir, sino que ántes los desecharon, no haciendo caso de que á unos les dieran muerte, y á otros los vendieran fuera de la Italia, y á los que volvieron de su fuga, que fueron muchos, los hicieron marchar á la Sicilia, bajo la condicion de no volver á Italia miéntras se pelease contra Aníbal. Estos, pues, se presentaron en gran número á Marcelo, y echándose por tierra, le pedian con gritería y lágrimas que los admitiese en el ejército, prometiéndole que harian ver con obras haber sufrido aquella derrota, más por desgracia que no por cobardía. Compadecido Marcelo, escribió al Senado, pidiéndole el permiso para completar con ellos las bajas del ejército. Disputóse sobre ello en el Senado, y su dictámen fué que los Romanos para las cosas de la república ninguna necesidad tenian de hombres cobardes; con todo, que si Marcelo queria servirse de ellos, á ninguno se habian de dar las coronas y premios que los generales conceden al valor. Esta resolucion fué muy sensible á Marcelo; y cuando despues de la guerra de Sicilia volvió á Roma, se quejó al Senado de que en recompensa de sus grandes servicios no le hubiese permitido mejorar la mala suerte de tantos ciudadanos.

En Sicilia lo primero que entónces le ocurrió fué haber sido calumniado por Hipócrates, gobernador de los Siracusanos, que á fin de congraciarse con los Cartagineses, y tambien para negociar en su favor la tiranía de aquel pueblo, habia hecho perecer á muchos Romanos cerca de Leoncio. Tomó, pues, Marcelo esta ciudad á viva fuerza; y lo que es á los Leontinos en nada los ofendió; pero á todos los pasados que pudo haber á la mano los hizo azotar y quitarles la vida. En consecuencia de esto, la primera noticia que Hipócrates hizo llegar á Siracusa fué que Marcelo hacía degollar sin compasion á todos los Leontinos, y cuando por esta causa estaban en la mayor agitacion, vino sobre la ciudad y se apoderó de ella. Marcelo con esta

ocasion se puso en marcha con todo su ejército, con direccion á Siracusa; y sentando allí cerca sus reales, envió mensajeros que pusieran en claro lo ocurrido con los Leontinos; mas no habiendo adelantado nada, ni logrado desengañar á los Siracusanos, porque el partido de Hipócrates era el que dominaba, acometió á la ciudad por tierra y por mar á un tiempo, mandando Apio el ejército y mandando él mismo por sí sesenta galeras de cinco órdenes, llenas de toda especie de armas, manuales y arrojadizas. Habia formado un gran puente sobre ocho barcas ligadas unas con otras; y llevando sobre él una máquina, se dirigia contra los muros, muy confiado en la muchedumbre y excelencia de tales preparativos y en la gloria que tenía adquirida; de todo lo cual hacian muy poca cuenta Arquímedes y sus inventos. No se habia dedicado á ellos Arquímedes exprofeso, sino que le entretenian, y eran como juegos de la geometría, á que era dado. En el principio fué el tirano Hieron quien estimuló hácia ellos su ambicion, persuadiéndole que convirtiese alguna parte de aquella ciencia, de las cosas intelectuales, á las sensibles, y que aplicando sus conocimientos á los usos de la vida, hiciese que le entrasen por los ojos á la muchedumbre. Fueron, es cierto, Eudoxo y Arquitas los que empezaron á poner en movimiento el arte tan apreciado y tan aplaudido de la maquinaria, exornando con cierta elegancia la geometría, y confirmando por medio de ejemplos sensibles y mecánicos ciertos problemas que no admitian la demostracion lógica y conveniente; como por ejemplo, el problema no sujeto á demostracion de las dos líneas medias, principio y elemento necesario para gran número de figuras, que llevaron uno y otro á una material inspeccion por medio de líneas intermedias colocadas entre líneas curvas y segmentos. Mas despues que Platon se indispuso é indignó contra ellos, porque degradaban y echaban á perder lo más excelente de la geometría con trasladarla

de lo incorpóreo é intelectual á lo sensible, y emplearla en los cuerpos que son objeto de oficios toscos y ministeriales, decayó la mecánica separada de la geometría y desdeñada de los filósofos, viniendo á ser por lo tanto una de las artes militares. Arquímedes, pues, pariente y amigo de Hieron, le escribió que con una potencia dada se puede mover un peso igualmente dado; y jugando, como suele decirse, con la fuerza de la demostracion, le aseguró que si le dieran otra tierra, moveria esta, y la arrojaria sobre aquella. Maravillado Hieron, y pidiéndole que verificara con obras este problema, é hiciese ostensible cómo se movia alguna gran mole con una potencia pequeña, compró para ello un gran trasporte del arsenal del Rey, que fué sacado á tierra con mucho trabajo y á fuerza de un gran número de brazos; cargóle de gente y del peso que solia echársele, y sentado léjos de él, sin esfuerzo alguno y con sólo mover con la mano el cabo de un ingenio de gran fuerza atractiva, lo llevó así derecho y sin detencion, como si corriese por el mar. Pasmóse el Rey, y convencido del poder del arte, encargó á Arquímedes que le construyese toda especie de máquinas de sitio, bien fuese para defenderse ó bien para atacar; de las cuales él no hizo uso, habiendo pasado la mayor parte de su vida exento de guerra y en la mayor comodidad; pero entónces tuvieron los Siracusanos prontos para aquel menester las máquinas y al artífice.

Al acometer, pues, los Romanos por dos partes, fué grande el sobresalto de los Siracusanos y su inmovilidad á causa del miedo, creyendo que nada habia que oponer á tal ímpetu y á tantas fuerzas; pero poniendo en juego Arquímedes sus máquinas, ocurrió á un mismo tiempo al ejército y la armada de aquellos. Al ejército con armas arrojadizas de todo género, y con piedras de una mole inmensa, despedidas con increible violencia y celeridad, las cuales, no habiendo nada que resistiese á su peso,

obligaban á muchos á la fuga, y rompian la formacion. En cuanto á las naves, á unas las asian por medio de grandes maderos con punta, que repentinamente aparecieron en el aire saliendo desde la muralla, y alzándolas en alto con unos contrapesos, las hacian luégo sumirse en el mar, y á otras levantándolas rectas por la proa con garfios de hierro semejantes al pico de las grullas, las hacian caer en el agua por la popa, ó, atrayéndolas y arrastrándolas con máquinas que calaban adentro, las estrellaban en las rocas y escollos que abundaban bajo la muralla, con gran ruina de la tripulacion. A veces hubo nave que suspendida en alto dentro del mismo mar, y arrojada en él, y vuelta á levantar, fué un espectáculo terrible, hasta que estrellados ó expelidos los marineros, vino á caer vacía sobre los muros, ó se deslizó por soltarse el garfio que la asía. Llamábase sambuca la máquina que Marcelo traia sobre el puente, por la semejanza de su forma con aquel instrumento músico; mas cuando todavía estaba bien léjos de la muralla se lanzó contra ella una piedra de peso de diez talentos (1), y luégo segunda y tercera, de las cuales algunas, cayendo sobre la misma máquina con gran estruendo y conmocion, destruyeron el piso, rompieron su enlace, y la desquiciaron del puente; con lo que confundido y dudoso Marcelo se retiró á toda prisa con las naves, y dió órden para que tambien se retirasen las tropas. Tuvieron consejo, y les pareció probar si podrian aproximarse á los muros por la noche, porque siendo de gran fuerza las máquinas de que usaba Arquímedes, no podian ménos de hacer largos sus tiros, y puestos ellos allí serian del todo vanos, por no tener la proyeccion bastante espacio. Mas á lo que parece, aquél se habia prevenido de antemano con instrumentos que tenian movimientos proporcionados á toda distancia, con dardos

(1) Cada talento venía á pesar sesenta y dos libras y media castellanas.

cortos, y no largas lanzas, teniendo además prontos escorpiones que por muchas y espesas troneras pudiesen herir de cerca sin ser vistos de los enemigos.

Acercáronse, pues, pensando no ser vistos; pero al punto dieron otra vez con los dardos, y eran heridos con piedras que les caian sobre la cabeza perpendicularmente; y como del muro tambien tirasen por todas partes contra ellos, hubieron de retroceder; y áun cuando estaban á distancia llovian los dardos y los alcanzaban en la retirada, causándoles gran pérdida y un contínuo choque en las naves unas con otras, sin que en nada pudiesen ofender á los enemigos, porque Arquímedes habia puesto la mayor parte de sus máquinas al abrigo de la muralla. Parecia, por tanto, que los Romanos repetian la guerra á los Dioses, segun repentinamente habian venido sobre ellos millares de plagas.

Marcelo pudo retirarse, y motejando á los Siracusanos de menestrales y maquinistas: «No penseis, les decia, que hemos de abandonar el hacer la guerra á ese Briareo, que entre el vino y la burla ha arrojado al mar nuestras naves, y todavía se aventaja á los fabulosos centimanos, lanzando contra nosotros tal copia de dardos.» Y en realidad todos los Siracusanos venian á ser como el cuerpo de las máquinas de Arquímedes, y una sola alma la que todo lo agitaba y ponia en movimiento; no empleándose para nada las demas armas, y haciendo la ciudad uso de solos aquellos para ofender y defenderse. Finalmente, echando de ver Marcelo que los Romanos habian cobrado tal horror, que lo mismo era ponerse mano sobre la muralla en una cuerda ó en un madero empezaban á gritar que Arquímedes ponia en juego una máquina contra ellos, y volvian en fuga la espalda, tuvo que cesar en toda invasion y ataque, remitiendo á sólo el tiempo el término feliz del asedio. En cuanto á Arquímedes, fué tanto su juicio, tan grande su ingenio, y tal su riqueza en teoremas, que sobre aquellos objetos que le habian dado el nombre y gloria de una in-

teligencia sobrehumana, no permitió dejar nada escrito; y es que tenía por innoble y ministerial toda ocupacion en la mecánica, y todo arte aplicado á nuestros usos; poniendo únicamente su deseo de sobresalir en aquellas cosas que llevan consigo lo bello y excelente, sin mezcla de nada servil, diversas y separadas de las demas, pero que hacen que se entable contienda entre la demostracion y la materia; de parte de la una por lo grande y lo bello, y de parte de la otra por la exactitud y por el maravilloso poder; pues en toda la geometría no se encontrarán cuestiones más difíciles y enredosas, explicadas con elementos más sencillos ni más comprensibles; lo cual unos creen que debe atribuirse á la sublimidad de su ingenio, y otros á un excesivo trabajo, siendo así que cada cosa parece despues de hecha que no debió costar trabajo ni dificultad. Porque si se tratára de inventarlas, no sería dado á cualquiera acertar por sí solo con la demostracion; y en aprendiéndolas, al punto nace en cada uno la opinion de que las habria hallado: ¡tanto es lo que facilitan y abrevian el camino para la demostracion! Así no hay como no dar crédito á lo que se refiere, de que halagado y entretenido de contínuo por una sirena doméstica y familiar, se olvidaba del alimento, y no cuidaba de su persona; y que llevado por fuerza á ungirse y bañarse, formaba figuras geométricas en el mismo hogar, y despues de ungido tiraba líneas con el dedo, estando verdaderamente fuera de sí, y como poseido de las musas, por el sumo placer que en estas ocupaciones hallaba. Habiendo, pues, sido autor de muchos y muy excelentes inventos, dícese haber encargado á sus amigos y parientes que despues de su muerte colocasen sobre su sepulcro un cilindro con una esfera circunscrita en él, poniendo por inscripcion la razon del exceso que hubiese entre el sólido continente y el contenido.

Siendo, pués, Arquímedes tal cual hemos manifestado, se conservó invencible á sí mismo, é hizo invencible á la

ciudad en cuanto estuvo de su parte. Marcelo durante el sitio tomó á Megaras, una de las ciudades más antiguas de los Sicilianos, y se apoderó cerca de Acribas del campamento de Hipócrates, con muerte de más de ocho mil hombres, sorprendiéndolos en el acto de poner el valladar. Corrió además la mayor parte de la Sicilia, separando las ciudades del partido de los Cartagineses, y venció en batalla á todos cuantos se atrevieron á hacerle frente. Sucedió en el progreso del sitio haber hecho cautivo á un Esparciata llamado Damasipo, que salió por mar de Siracusa; y como los Siracusanos deseasen recobrarle por rescate, y con este motivo se hubiesen tenido diferentes conferencias, puso en una de estas ocasiones la vista en una torre que estaba mal conservada y defendida, en la que podria introducir soldados ocultamente, siendo además el muro de fácil subida por aquella parte. Habíase hecho cargo con exactitud de la altura de este en sus frecuentes idas y venidas á conferenciar por la parte de la torre, y tenia ya prevenidas las escalas; viendo, pues, que los Siracusanos con motivo de celebrar una fiesta de Diana estaban entregados al vino y á la diversion, no solamente tomó la torre sin ser sentido, sino que ántes de hacerse de dia habia coronado de gente armada toda la muralla, y quebrantado la hexapilo (1). Cuando los Siracusanos llegaron á entenderlo, todo fué confusion y desórden; y como Marcelo mandase hacer señal con todas las trompetas á un tiempo, dieron á huir sobrecogidos de miedo, creyendo que nada les quedaba por tomar á los enemigos. Faltaba, sin embargo, la parte más bella, de más resistencia y extension, que se llama la Acradina, porque su muralla separa la ciudad de afuera; de la cual á una parte dan el nombre de ciudad nueva, y á otra el de Tuca.

(1) Sitio eminente y fortificado. Véase la sinonimia geográfica de Abraham Ortelio.

Tomadas tambien estas, al mismo amanecer marchó Marcelo por el hexapilo, dándole el parabien todos los caudillos que estaban á sus órdenes; mas de él mismo se dice que al ver y registrar desde lo alto la grandeza y hermosura de semejante ciudad, derramó muchas lágrimas, compadeciéndose de lo que iba á suceder: por ofrecerse á su imaginacion qué cambio iba á tener de allí á poco en su forma y aspecto saqueada por el ejército; porque ninguno de los jefes se atrevia á oponerse á los soldados, que habian pedido se les concediese el saqueo, y áun muchos clamaban por que se le diese fuego y se la asolase. En nada de todo esto convino Marcelo, y sólo por fuerza y con repugnancia condescendió en que se aprovecharan de los bienes y de los esclavos, sin que ni siquiera tocaran á las personas libres; y expresamente mandó que no se diese muerte, ni se hiciese violencia, ni se esclavizase á ninguno de los Siracusanos. Pues con todo de dar órdenes tan moderadas concibió lo que iba á padecer aquella ciudad; y en medio de tan grande satisfaccion, se echó de ver lo que padecia su alma, al considerar que dentro de breves momentos iba á desaparecer la brillante prosperidad de aquel pueblo: diciéndose que no se recogió ménos riqueza en aquel saqueo que la que se allegó despues en el de Cartago; porque habiéndose tomado por traicion de allí á poco tiempo las demas partes de la ciudad (1), todo lo saquearon, á excepcion de la riqueza de los palacios del tirano, la cual fué adjudicada al erario público. Mas lo que principalmente afligió á Marcelo fué lo que ocurrió con Arquímedes; porque casualmente se hallaba entregado al exámen de cierta figura matemática, y fijos en ella su ánimo y su vista, no sintió la invasion de los Romanos ni la toma de la ciu-

(1) La toma de la Acradina y de la Isleta ofreció muchas dificultades; de las que Plutarco no hace mérito. Véase á Livio, libro XXV.

dad. Presentósele repentinamente un soldado, dándole órden de que le siguiese á casa de Marcelo; pero él no quiso ántes de perfeccionar el problema y llevarlo hasta la demostracion; con lo que irritado el soldado, desenvainó la espada y le dió muerte. Otros dicen que ya el Romano se le presentó con la espada desnuda en actitud de matarle, y que al verle le rogó y suplicó se esperara un poco, para no dejar imperfecto y oscuro lo que estaba investigando; de lo que el soldado no hizo caso, y le pasó con la espada. Todavía hay acerca de esto otra relacion, diciéndose que Arquímedes llevaba á Marcelo algunos instrumentos matemáticos, como cuadrantes, esferas y ángulos, con los que manifestaba á la vista la magnitud del sol; y que dando con él los soldados, como creyesen que dentro llevaba oro, le mataron. Como quiera, lo que no puede dudarse es que Marcelo lo sintió mucho; que al soldado que le mató de su propia mano le mandó retirarse de su presencia como abominable, y que habiendo hecho buscar á sus deudos, los trató con el mayor aprecio y distincion.

Para los de afuera tenian sí opinion los Romanos de ser terribles en la guerra, y cuando se venía á las puñadas; pero no habian dado nunca ejemplos de indulgencia, de humanidad y de las demas virtudes políticas; y entónces por la primera vez hizo Marcelo ver á los Griegos que eran más justos los Romanos. Porque se portó de modo con los que tuvieron que entender con él, é hizo tanto bien á las ciudades, que si con los de Ena, los Megarenses ó los Siracusanos intervino algun hecho de inmoderacion, más deberá echarse la culpa á los que lo padecieron, que á los que se vieron en la precision de ejecutarlo. Haremos mencion entre muchos de uno solo de sus actos de bondad. Hay en Sicilia una ciudad llamada Enguion, aunque pequeña, muy antigua y celebrada por la aparicion de las Diosas, á las que dicen las madres, habiendo tradicion de que el templo fué obra de los Cretenses; y en él enseñan cier-

tas lanzas y ciertos yelmos de bronce, con inscripciones unos de Merion y otros de Ulises, consagrado todo en honor de las Diosas. Era esta ciudad de las más decididas por los Cartagineses; y Nicias, uno de los ciudadanos más principales, intentaba traerla al partido de los Romanos, hablándolos con la mayor claridad en las juntas, y tratando con aspereza á los que le contradecian; pero estos, que tenian su opinion y su influjo, concibieron el designio de echarle mano y entregarle á los Cartagineses. Llególo á entender Nicias, y se resguardó andando con cautela; pero sin reserva hizo correr opiniones poco piadosas acerca de las madres, y ejecutó cosas que daban á entender que no creia y se burlaba de la aparicion; con lo que se pusieron muy contentos sus enemigos, pareciéndoles que esto era dar armas contra sí mismo para lo que tenian meditado. Cuando iban á ponerlo por obra, habia junta pública de los ciudadanos: en ella Nicias empezó á hablar y persuadir al pueblo, y en medio de esto, repentinamente se tiró al suelo, estando un poco como desmayado; sucedió á esto, como es natural, un gran silencio y admiracion, y entónces levantando y moviendo la cabeza con voz trémula y profunda, empezó á articular, aumentando por grados el eco. Cuando vió que todo el pueblo estaba poseido de un mudo terror, arrojando el manto y rasgando la túnica, dió á correr medio desnudo hácia la salida de la plaza, gritando que las madres lo arrebataban. Nadie osaba acercársele, y ménos detenerle por un temor supersticioso, sino que ántes se apartaban, y así pudo encaminarse á todo correr hácia las puertas, sin omitir ninguno de los gritos y contorsiones que son propios de los endemoniados y poseidos. La mujer, que estaba en el secreto, y entraba á la parte en esta maquinacion, tomando por la mano á sus hijos, empezó por postrarse delante del templo de las Diosas, y despues, haciendo como que iba en busca de su marido perdido y desesperado, se marchó del pueblo sin que na-

die se lo estorbase y con toda seguridad, dirigiéndose ambos salvos por este medio á Siracusa á presentarse á Marcelo. Este, que habia recibido muchas ofensas y agravios de los Enguyenses, marchó allá é hizo encadenarlos á todos para tomar venganza; mas entónces Nicias acudió á él, y empleando los ruegos y las lágrimas, asiéndole de las manos y las rodillas, le pidió por sus conciudadanos empezando por sus enemigos; y apiadado Marceio, los dejó libres á todos, sin haber causado á la ciudad la menor vejacion, y á Nicias le hizo concesion de mucho terreno y le dió grandes presentes. Este hecho es Posidonio el filósofo quien nos le dejó escrito.

Por llamamiento de los Romanos volvió Marcelo á la guerra prolongada y doméstica, trayendo la mayor y más rica parte de las ofrendas votivas de los Siracusanos, para que sirviesen de recreo á su vista en el triunfo y á la ciudad de ornato; porque ántes no habia ni se conocia en ella objeto exquisito y primoroso, ni se veia nada que pudiera decirse gracioso, pulido y delicado: estando llena de armas de los bárbaros y de despojos sangrientos, que no hacian una vista alegre y exonta de temor y miedo propia de espectadores criados con regalo, sino que, así como Epaminondas llamaba orquesta de Marte al territorio de la Beocia, y Jenofonte á Efeso maestranza de la guerra, de la misma manera parece que cualquiera daria á Roma, segun el lenguaje de Píndaro, la denominacion de campo consagrado al belicoso Marte. Por esta causa Marcelo, que adornó la ciudad con objetos vistosos y agradables, en que se descubria la gracia y elegancia griega, se ganó la benevolencia del pueblo; pero Fabio Máximo la de los ancianos: porque no recogió esta clase de objetos, ni los trasladó de Tarento cuando la tomó, sino que los otros bienes y las otras riquezas los extrajo; pero se dejó las estatuas, pronunciando aquella sentencia tan conocida: «Dejemos á los Tarentinos sus Dioses irritados.» Reprendian, pues, á

Marcelo, lo primero porque habia concitado odio y envidia á la ciudad, llevando en triunfo no sólo hombres, sino Dioses cautivos; y lo segundo, porque al pueblo, acostumbrado á pelear y labrar, distante del regalo y la holgazanería, y que era á semejanza del Hércules de Eurípides,

Nada artero en el mal, para el bien recto,

lo llenó de ocio y de parlanchinería sobre las artes y los artistas, haciéndose placero, y consumiendo en esto la mayor parte del dia. Con todo, él hacía gala áun entre los Griegos de haber enseñado á los Romanos á apreciar y tener en admiracion las preciosidades y primores de la Grecia, que ántes no conocian.

Oponíanse los enemigos de Marcelo á que se le decretase el triunfo, porque todavía se habia quedado algo por hacer en Sicilia, y porque concitaba envidia el tercer triunfo; mas convínose con ellos en que el triunfo grande y perfecto le tendria fuera, yendo la tropa al monte Albano; y en la ciudad tendria el menor, al que llaman aclamacion los Griegos y ovacion los Romanos. En éste el que triunfa no va en carroza de cuatro caballos, ni se le corona de laurel, ni se le tañen trompas, sino que marcha á pié con calzado llano, acompañado de flautistas en gran número y coronado de mirto, como para mostrarse pacífico y benigno, más bien que formidable; lo que para mí es la señal más cierta de que en lo antiguo, no tanto se distinguian entre sí ambos triunfos por la grandeza de las acciones como por su calidad; porque los que en batalla vencian de poder á poder á los enemigos, gozaban á lo que parece de aquel triunfo marcial, y digámoslo así, imponedor de miedo, coronando profusamente con laurel las armas y los soldados, como se acostumbraba en las lustraciones de los ejércitos; y á los generales que sin necesidad de guerra con las conferencias y la persuasion terminaban felizmente las

contiendas, les concedia la ley esta otra aclamacion y pompa pacífica y conciliadora. Porque la flauta es instrumento de paz, y el mirto es el árbol de Vénus, la más abominadora de la violencia y de la guerra entre todos los Dioses. La ovacion no se llama así, como muchos opinan, de la voz griega εὐασμός, que significa *feliz canto* ó *aclamacion*, pues que tambien el acompañamiento del otro triunfo da voces de aplauso y entona canciones; sino que el nombre viene de haberlo aplicado los Griegos á sus usos, creyendo que en ello habia algun particular culto á Baco, al que llamamos tambien *Euio y Triambo*. Mas áun no es de aquí de donde en verdad se deriva, sino de que en el triunfo grande los generales sacrificaban bueyes segun el rito patrio; y en éste sacrificaban una res lanar á la que los Romanos llaman oveja, y de aquí á este triunfo se le dijo ovacion. Será bueno asimismo examinar cómo el legislador de los Lacedemonios ordenó los sacrificios á la inversa del legislador romano: porque en Esparta el general que con estratagemas y la persuasion logra su intento, sacrifica un buey; y el que ha tenido que venir á las manos, sacrifica un gallo; y es que con todo de ser los mayores guerreros, creen que al hombre le está mejor alcanzar lo que se propone por medio del juicio y la prudencia, que no por la fuerza y el valor: quédese, pues, esto todavía indeciso.

Habia sido Marcelo creado cuarta vez cónsul, y sus enemigos ganaron á los Siracusanos para que se presentaran á acusarle y desacreditarle ante el Senado, por haberlos tratado con dureza contra el tenor de los pactos. Hallábase casualmente Marcelo ocupado en la solemnidad de un sacrificio en el Capitolio; y acudiendo los Siracusanos, cuando todavía estaba congregado el Senado, á pedir que se les admitiera á alegar y entablar el juicio, el colega los hizo salir, indignándose con ellos por tal intento, no hallándose Marcelo presente. Mas éste, habiéndolo entendido, vino al punto, y lo primero que hizo, sentándose en

la silla curul, fué despachar lo que como cónsul le correspondia; y despues que lo hubo terminado, bajó de su asiento, y en pié se puso como un particular en el sitio destinado á los que van á ser juzgados, dando lugar á que los Siracusanos entablaran su peticion. Sobrecogiéronse éstos sobremanera con la autoridad y confianza de tan ilustre varon; y al que en las armas habian mirado como inexorable, todavía en la toga le tuvieron por más terrible y más grave. Pero en fin, animados por los contrarios de Marcelo, dieron principio á la acusacion, pronunciando un discurso en que con la declamacion propia del acto, iban mezclados los lamentos. Reducíase, en suma, á que, no obstante ser amigos y aliados de los Romanos, habian sufrido agravios de que otros generales se abstienen áun contra los enemigos. A esto respondió Marcelo, que á pesar de las muchas ofensas y daños que habian hecho á los Romanos, no habian padecido, con haber sido tomada la ciudad á viva fuerza, más que aquello que es imposible evitar en tales casos; y que se habian visto en tal conflicto por culpa propia, no habiendo querido escuchar sus amonestaciones; porque no habian sido violentados á pelear en defensa de sus tiranos, sino que ellos eran los que habian acalorado á éstos para el combate. Concluidos los discursos salieron los Siracusanos, como es de costumbre, de la curia, y con ellos salió Marcelo, teniéndose el Senado bajo la presidencia de su colega. Detúvose á la puerta del tribunal, sin alterar su natural porte, ni por miedo al juicio, ni por indignacion contra los Siracusanos, esperando con mansedumbre y con modestia á que se pronunciase la sentencia. Luégo que dados los votos se anunció que habia vencido, los Siracusanos se arrojaron á sus piés, pidiéndole con lágrimas que aplacase su ira contra ellos y se compadeciera de la ciudad, que tenía presentes y agradecia sus beneficios: templado, pues, Marcelo se reconcilió con aquellos mismos, y á los demas Siracusanos les hizo

siempre todo el bien que pudo; confirmando el Senado la libertad, las leyes, y aquella parte de bienes que Marcelo les habia concedido; en recompensa de lo cual, recibió tambien de los Siracusanos honores muy singulares, y entre otros el de haber hecho una ley para que, si Marcelo ó alguno de sus descendientes aportase á Sicilia, los Siracusanos tomasen coronas y con ellas sacrificasen á los Dioses. De allí partió contra Aníbal; y siendo así que despues de la batalla de Canas casi todos los generales y cónsules no tuvieron otro modo de contrarestarle que el de huirle el cuerpo, no atreviéndose ninguno á esperarle y pelear en formacion; él tomó el medio enteramente opuesto; creyendo que si con el tiempo se quebrantaba á Aníbal, más pronto quedaba con él quebrantada la Italia; y juzgando que Fabio, con atenerse siempre á la seguridad, no curaba por el modo conveniente la dolencia de la patria, pareciéndose en el esperar á que debilitado el contrario se apagase la guerra, á aquellos médicos irresolutos y tímidos en la curacion de las enfermedades, que aguardan á ver si se debilita la fuerza del mal. Tomó en primer lugar las principales ciudades de los Samnites que se habian rebelado; y en consecuencia de ello gran cantidad de trigo que allí habia, mucha riqueza, y los soldados de Aníbal que las guarnecian, que eran unos tres mil. A poco, como Aníbal hubiese dado muerte en la Apulia al procónsul Neyo Fulvio con once tribunos más, y hubiese destrozado la mayor parte del ejército, envió Marcelo cartas á Roma, exhortando á los ciudadanos á que no desmayaran, porque se ponia en marcha para desvanecer el gozo de Aníbal. Acerca de lo cual dice Livio, que leidas estas cartas, no se disipó la pesadumbre, sino que se acrecentó con el miedo, por ser tanto mayor que la pérdida ya sucedida el temor de lo que recelaban, cuanto Marcelo se aventajaba á Fulvio. Aquél al punto, como lo habia escrito, marchó á la Lucania en persecucion de Aníbal, y alcanzándole en

las cercanías de la ciudad de Numistio, donde habia tomado posicion en unos collados bastante fuertes, él puso su campo en la llanura. Al dia siguiente se anticipó á poner en órden su ejército, y bajando Aníbal, se trabó una batalla que no tuvo éxito cierto ó que fuese de importancia: con todo de que habiendo empezado á las nueve de la mañana, con dificultad cesaron despues de haber oscurecido. Al amanecer estuvo otra vez pronto con su ejército, formando entre los cadáveres, desde donde provocaba á Aníbal á la batalla; mas como éste se retirase, despojando los cadáveres de los contrarios, dando sepultura á los de los amigos, se puso de nuevo á perseguirle, y habiéndose librado de las muchas asechanzas que aquél le iba armando sin dar en ninguna, superior siempre en las escaramuzas de la retirada, se atrajo una grande admiracion. Llegábase el tiempo de los comicios consulares, y el Senado tuvo por más conveniente hacer venir de Sicilia al otro cónsul que mover de su puesto á Marcelo en la lucha contínua con Aníbal. Luégo que llegó, le dió órden para que publicase por dictador á Quinto Fulvio: porque el que ejerce esta dignidad no es elegido ni por el pueblo ni por el Senado, sino que presentándose ante la muchedumbre uno de los cónsules ó de los pretores, nombra dictador á aquel que le parece; y por este dicho ó nombramiento se llama dictador el designado, porque al hablar ó pronunciar le llaman los Romanos *dicere;* aunque á otros les parece que el dictador se llama así, porque sin necesidad de votos ó de autorizacion de otros para nada, él por sí mismo dicta lo que cree conveniente: porque tambien los Romanos á las determinaciones de los arcontes que llaman los Griegos ordenanzas, les dan el nombre de *edictos.*

Cuando vino de Sicilia el colega de Marcelo, queria que se proclamase á otro por dictador; como fuese muy ajeno de su carácter el ser violentado en su opinion, se hizo de noche á la vela para Sicilia; y de este modo el pueblo

nombró dictador á Quinto Fulvio: con todo, el Senado escribió á Marcelo para que lo designase él mismo; y mostrándose obediente, lo ejecutó así, suscribiendo á los deseos del pueblo; y él fué otra vez designado para continuar en el mando con la dignidad de procónsul. Convino con Fabio Máximo en que éste se dirigiria contra Tarento, y que él, viniendo á las manos y distrayendo á Aníbal, le estorbaria que pudiera ir en socorro de los Tarentinos; en consecuencia de lo cual le acometió cerca de Canusio, y aunque éste mudaba de posiciones y andaba retirándose, se le aparecia por todas partes. Finalmente, estando para fijar los reales, lo provocó con escaramuzas; y cuando iban á trabar la batalla, sobrevino la noche y los separó. Mas al dia siguiente se halló ya Aníbal con que tenía su ejército sobre las armas; de manera que llegó á incomodarse, y reuniendo á los Cartagineses, les rogó que en reñir aquella batalla excedieran á cuanto habian hecho en las anteriores: «Porque ya veis, les dijo, que no nos es dado reposar despues de tantas victorias, ni tener holganza siendo los vencedores, si no espantamos á este hombre;» y con esto se comenzó la batalla. Parece que en ella, queriendo Marcelo usar de una estratagema que se vió ser intempestiva, cometió un yerro; porque, padeciendo el ala derecha, dió órden para que avanzara una de las legiones; y como este movimiento hubiese inducido turbacion en los que peleaban, puso con esto la victoria en manos de los enemigos; habiendo muerto de los Romanos dos mil y setecientos hombres. Retiróse Marcelo á su campamento, y reuniendo el ejército, les dijo que lo que era armas y cuerpos de Romanos, veia muchos; pero Romano no veia ninguno. Pidiéronle perdon, y les respondió que no podia darlo á los vencidos, y sólo lo concederia si venciesen, pues al dia siguiente habian de volver á la batalla, para que sus ciudadanos oyesen ántes su victoria que su fuga; y dicho esto, mandó que á las escuadras vencidas se les

repartiese cebada en vez de trigo; con lo que, sin embargo de que muchos se hallaban grave y peligrosamente heridos, se dice que ninguno sintió tanto en aquella ocasion sus males, como estas palabras de Marcelo.

Al amanecer ya se vió puesta, segun la costumbre, la túnica de púrpura, que era el signo de que se iba á dar batalla, y pidiendo las escuadras vencidas formar las primeras, les fué concedido: sacaron luégo los tribunos las demas tropas, y anunciado que le fué á Aníbal: «Por Júpiter, exclamó, ¿qué partido puede tomar nadie con un hombre que no sabe llevar ni la mala ni la buena suerte? Porque sólo él no da reposo cuando vence, ni le toma cuando es vencido; sino que siempre, á lo que se ve, tendremos que estar en pelea con un general que para ser denodado y resuelto, ora salga bien, ora salga mal, halla siempre motivo en tenerse por afrentado.» Trabáronse con esto las haces, y como de hombres á hombres se pelease de una y otra parte con igualdad, dió órden Aníbal para que, colocando en la primera fila los elefantes, los opusieran á la infantería romana. Produjo al punto esta medida gran turbacion y desórden en los que iban los primeros, y entónces tomando la insignia uno de los tribunos llamado Fabio, se puso delante, é hiriendo con el hierro de la lanza al primero de los elefantes le hizo retroceder. Pegó éste con el que tenía á la espalda y le ahuyentó con todos los demas que le seguian. Apénas lo observó Marcelo, dió órden á la caballería para que con violencia cargara á los que estaban ya en desórden, y acabara de desconcertar y poner en huida á los enemigos. Acometieron aquellos con denuedo y siguieron acuchillando á los Cartagineses hasta su mismo campamento; y tambien los elefantes, tanto los que morian, como los heridos, causaron gran daño, porque se dice que los muertos fueron más de ocho mil. De los Romanos murieron unos tres mil; pero heridos lo fueron casi todos; y esto dió á Aníbal la facilidad de levantar cómoda-

mente el campo y retirarse léjos de Marcelo: porque no estaba en estado de perseguirle por los muchos heridos, sino que con reposo se encaminó á la Campania, y pasó el verano en Sinuesa, para que se repusieran los soldados.

Aníbal luégo que respiró de Marcelo, considerando su ejército como libre de toda atadura, corrió toda la Italia, poniéndola en combustion; de resultas de lo cual era en Roma desacreditado Marcelo. Sus enemigos, pues, acaloraron, para que le acusase, á Publicio Bibulo, uno de los tribunos de la plebe, hombre violento y que poseia el arte de la palabra; el cual, congregando muchas veces al pueblo, consiguió persuadirle que diera el mando á otro general, porque Marcelo, dijo, habiéndose ejercitado un poco en la guerra, se ha retirado ya como de la palestra á los baños calientes, para cuidar de su persona. Llególo á entender Marcelo, y dejando encargado el ejército á los legados, marchó á Roma á vindicarse de aquellas calumnias; sobre las cuales encontró que se le habia formado causa. Señalóse dia, y reunido el pueblo en el Circo Flaminio, se levantó Bibulo á hacer su acusacion; y Marcelo se defendió, diciendo por sí mismo pocas y muy sencillas razones; pero de los primeros y más señalados ciudadanos tomaron varios con intrepidez y energía su causa, advirtiendo á los demas que no se mostrasen ménos rectos jueces que el mismo enemigo, condenando por cobardía á Marcelo, cuando era el único general de quien aquél huia; teniendo tan resuelto no pelear con éste, como pelear con los demas. Oidos estos discursos, quedó el acusador tan frustrado en sus esperanzas, que no solamente fué Marcelo absuelto de los cargos, sino que se le nombró por quinta vez cónsul.

Encargado del mando, lo primero que hizo fué apaciguar en la Etruria un gran movimiento que para la rebelion se habia suscitado, visitando por sí mismo las ciudades. Quiso despues dedicar un templo que con los despojos

de la Sicilia habia construido á la Gloria y á la Virtud; y como en la empresa le detuviesen los sacerdotes á causa de no tener por conforme que un solo templo contuviera dos divinidades, comenzó de nuevo á edificar otro, no tanto por no llevar bien aquella oposicion, como por tenerla á mal agüero. Porque concurrieron á sobresaltarle diferentes prodigios, como haber sido tocados del rayo algunos templos, y haber roido los ratones el oro del templo de Júpiter. Díjose tambien que un buey habia articulado voz humana, que habia nacido un niño con cabeza de elefante; por lo que los agoreros, dificultando sobre las libaciones y los conjuros, le detuvieron en Roma, á pesar de su inquietud y ardimiento: pues no hubo jamás hombre inflamado de más vehemente deseo, que el que tenía Marcelo de terminar la guerra con Aníbal. En esto soñaba por la noche; de esto conversaba con sus amigos y colegas; y su única voz para con los Dioses era que le diesen cautivar á Aníbal; y si hubiera sido posible que los dos ejércitos hubiesen estado encerrados dentro de un mismo muro ó de un mismo campamento, me parece que su mayor placer habria sido luchar con él: de manera que á no hallarle tan colmado de gloria y haber dado tantas pruebas de ser un general juicioso y prudente, podria acaso decirse que en este negocio habia sido arrebatado de un ardor más juvenil que el que á su edad convenia: porque era ya de más de sesenta años cuando obtuvo el quinto consulado.

Hechos que fueron todos los sacrificios y purificaciones que los agoreros denunciaron, partió con su colega á la guerra; y puesto entre las ciudades de Baucia y Venusia, provocó por bastante tiempo á Aníbal, el cual no bajó á presentar batalla; pero habiendo entendido que aquellos habian enviado tropas á los Locros Epicefirios (1), armándo-

(1) Que habitaban junto al promontorio Cefirio.

les una celada al pié de la montaña de Petelia, les mató dos mil y quinientos hombres. Enardeció más esto á Marcelo para la batalla, y así acercó todavía mucho más sus fuerzas. En medio de los dos campos habia un collado, que ofrecia bastante defensa, aunque poblado de muchos arbustos; el cual además tenía cañadas y concavidades á una y otra falda, abundando tambien en fuentes que despedian raudales de agua. Maravilláronse, pues, los Romanos de Aníbal que, habiendo sido el primero á tomar posesion, no habia ocupado aquel lugar, sino que lo habia dejado á los enemigos; y es que no obstante haberle parecido á propósito para acampar, le juzgó más propio para poner celedas; y prefiriendo el destinarle á este objeto, sembró de tiradores y lanceros la espesura y las cañadas, persuadido de que la disposicion del terreno atraeria á los Romanos: esperanza que no le salió vana; porque al momento se movió en el ejército romano la conversacion de que era preciso ocupar aquel puesto; y echándola de generales anunciaban que serian muy superiores á los enemigos fijando allí su campo, ó fortificando aquella altura. Túvose por conveniente que Marcelo se adelantase con algunos caballos á hacer un reconocimiento; mas ántes, teniendo consigo un agorero, quiso sacrificar: y muerta la primera víctima, le mostró el agorero el hígado que carecia de asidero; sacrificada luégo la segunda, apareció un asidero de extraordinaria magnitud, y todo se manifestó sumamente fausto, con lo que se creyó desvanecido el primer susto, con todo, los agoreros insistian en que todavía aquello inducia mayor miedo y terror, porque la mezcla de lo próspero con lo adverso debia hacer sospechar mudanza. Mas, como decia Píndaro,

Al hado estatuido no le atajan
Ni fuego ardiente, ni acerado muro.

Marchó, pues, llevando consigo á su colega Crispino, y á su hijo, que era tribuno, con unos doscientos y veinte de á caballo, entre los cuales no habia ningun Romano, sino que los más eran Etruscos, y como cuarenta Fregelianos, que siempre se habian mostrado obedientes y fieles á Marcelo. Como el collado era, segun se ha dicho, poblado de espesura y sombrío, un hombre sentado en la eminencia estaba en observacion de los enemigos, registrando, sin ser visto, el ejército de los Romanos: y dando aviso de lo que pasaba á los lanceros, dejaron éstos que Marcelo, que se adelantaba en su reconocimiento, llegase cerca, y levantándose de pronto, le cercaron á un tiempo por todas partes, y empezaron á tirar dardos, á herir y á perseguir á los fugitivos, trabando pelea con los que hacian frente, que eran solos los cuarenta Fregelianos; pues los Etruscos fueron ahuyentados desde el principio, y éstos, dando la cara se defendian protegiendo á los cónsules; hasta que Crispino, herido con dos dardos, dió á huir con su caballo, y Marcelo fué traspasado por un costado con un hierro ancho, al que los Romanos llaman lanza. Entónces los pocos Fregelianos que estaban presentes le abandonaron viéndolo ya en tierra, y arrebatando al hijo que tambien se hallaba herido, se retiraron al campamento. Los muertos fueron poco más de cuarenta, quedando cautivos de los lictores cinco, y de los de á caballo diez y ocho. Murió tambien Crispino de sus heridas, habiendo sobrevivido muy pocos dias; y entónces por la primera vez sufrieron los Romanos un descalabro nunca ántes visto, que fué morir los dos Cónsules en un mismo combate.

De todos los demas hizo Aníbal muy poca cuenta; pero al oir que Marcelo habia muerto, marchó inmediatamente al sitio, y parándose ante el cadáver, estuvo mucho tiempo considerando la robustez y belleza de su persona, sin proferir expresion ninguna de vanagloria, ni manifestar regocijo en su semblante, como otro quizá lo hubiera he-

cho al ver muerto tan grave y poderoso enemigo; sino que admirado de lo extraño del caso, le quitó, sí, el anillo; pero adornando y componiendo el cuerpo con el conveniente decoro, lo hizo quemar, y recogiendo las cenizas en una urna de plata que ciñó con corona de oro, las envió al hijo. Algunos Numidas asaltaron á los que las conducian, y se arrojaron á quitarles la urna, y como los otros trataran de recobrarla, en la lucha y contienda arrojaron por el suelo las cenizas. Súpolo Aníbal y prorumpió ante los que con él estaban en la expresion de que es imposible hacer nada contra la voluntad divina, y aunque castigó á los Numidas, ya no volvió á pensar en recoger y enviar los huesos, como dando por supuesto que por alguna particular disposicion de Dios habia sucedido por un modo extraño la muerte de Marcelo, y el que quedase insepulto. Así es como lo refieren Cornelio Nepote y Valerio Máximo; pero Livio y César Augusto afirman que la urna fué llevada á poder del hijo, y que se le dió honrosa sepultura. Sin contar las dedicaciones de Roma, consagró Marcelo un gimnasio en Catana de Sicilia, y estatuas y cuadros de los de Siracusa que colocó en Samotracia en el templo de los Dioses que llaman Cabirios, y en el templo de Minerva junto á Lindo. En éste, segun dice Posidonio, se habia puesto á su estatua esta inscripcion:

El astro claro de la patria Roma,
Descendiente de ilustres genitores
Marcelo Claudio es, huésped, el que miras.
La dignidad de Cónsul siete veces
Regentó en la ciudad del fiero Marte,
Siendo de sus contrarios grande estrago.

Por lo que se echa de ver que el que hizo la inscripcion añadió á los cinco consulados los dos proconsulados que obtuvo tambien Marcelo. Su linaje permaneció siempre

ilustre hasta Marcelo el sobrino de César, que era hijo de Octavia hermana de éste, tenido de Cayo Marcelo. Ejerciendo la dignidad de Edil de los Romanos murió recien casado, habiendo gozado muy poco tiempo de la compañía de la hija de César. En su honor y memoria su madre Octavia le dedicó una biblioteca, y César un teatro que se llamó de Marcelo.

COMPARACION DE PELÓPIDAS Y MARCELO.

Lo que se deja dicho es cuanto nos ha parecido digno de referirse acerca de Marcelo y de Pelópidas; mas entre las cosas que les fueron comunes por naturaleza y por hábito, siendo por ellas justamente contrapuestos, pues ambos fueron valientes, sufridos, fogosos y de grandes alientos, parece que sólo se encuentra diferencia en que Marcelo hizo derramar sangre en muchas de las ciudades que subyugó; cuando Epaminondas y Pelópidas á nadie dieron muerte despues de vencedores, ni esclavizaron las ciudades; y áun de los Tebanos se dice que no habrian tratado así á los Orcomenios, si éstos hubieran estado presentes. Entre las hazañas de Marcelo las más admirables y señaladas tuvieron lugar contra los Galos, y fueron haber ahuyentado tan inmensa muchedumbre de infantería y caballería con los pocos caballos que mandaba, lo que no se dirá fácilmente de ninguno otro general, y haber dado muerte por su mano al caudillo de los enemigos; y en igual caso Pelópidas no salió con su intento, sino que fué cautivado por el tirano, recibiendo daño en lugar de causarle. Con todo, á aquellas proezas pueden muy bien oponerse las batallas de Leuctras y Tegira, sumamente ilustres y celebradas. Por lo que hace á victoria conseguida por medios ocultos é insidiosos, no tenemos de Marcelo

ninguna que sea comparable con la alcanzada por Pelópidas, cuando despues de su vuelta del destierro dió en Tébas muerte á los tiranos: hazaña que sobresalió mucho entre cuantas se han ejecutado en tinieblas y con asechanzas. Aníbal, enemigo terrible, fatigaba á los Romanos, al modo que á los Tebanos los Lacedemonios; y es cosa bien cierta que Pelópidas los venció y puso en fuga en Tegira y en Leuctras; pero Marcelo ni una sola vez venció á Aníbal, segun dice Polibio; sino que éste parece haberse conservado invencible hasta Escipion. Sin embargo, nosotros damos más crédito á Livio, César y Nepote, y de los Griegos al rey Juba, que refieren haber Marcelo derrotado y puesto en fuga algunas veces á las tropas de Aníbal; bien que estos descalabros no tuvieron nunca gran consecuencia, pareciendo que era una falsa caida la que experimentó el africano en estos encuentros. Fué ciertamente admirable, más de lo que alcanza á imaginarse, aquel que despues de tantas derrotas de ejércitos, de tantas muertes de generales, y de haber estado titubeando todo el poder de Roma, infundió ánimo en los soldados para hacer frente. Y éste, que al antiguo miedo y terror sustituyó en el ejército el valor y la emulacion, hasta no ceder fácilmente sin la victoria, y ántes disputarla y sostenerse con aliento y con brío, no fué otro que Marcelo; porque acostumbrados ántes á fuerza de desgracias á darse por bien librados si con la fuga escapaban de Aníbal, los enseñó á tenerse por afrentados si sobrevivian al vencimiento, á avergonzarse si un punto se movian de su puesto, y á apesadumbrarse si no salian vencedores.

Pelópidas no fué vencido en ninguna batalla en que tuvo el mando, y Marcelo venció muchas mandando á los Romanos; por tanto, parece que con lo invicto del uno, podrán ponerse á la par lo difícil de ser vencido del otro y el gran número de sus triunfos. Marcelo tomó á Siracusa, y Pelópidas no pudo apoderarse de la capital de los Lacede-

monios; pero con todo, tengo por de más mérito que el tomar á Sicilia el haberse acercado á Esparta, y haber sido el primer hombre que en guerra pasó el Eurotas; á no que oponga alguno que esto se debe más atribuir á Epaminondas que á Pelópidas, igualmente que la jornada de Leuctras; cuando Marcelo en sus grandes hechos no tuvo que partir su gloria con nadie. Porque él solo tomó á Siracusa, y sin concurrencia de otro alguno derrotó á los Galos; y contra Aníbal cuando nadie se sostenia, y ántes todos se retiraban, él solo hizo frente, y mudando el aspecto de la guerra, fué el primero que estableció el valor.

Ni de uno ni de otro de estos ilustres varones puedo alabar la muerte; ántes me aflijo y disgusto con lo extraño de su fallecimiento: causándome sorpresa el que Aníbal en tantas batallas, que apénas pueden contarse, ni una vez fuese herido; así como admiro á Crisante, que segun se dice en la Ciropedia, teniendo ya levantada la espada, y estando para descargar el golpe sobre el enemigo, como oyese en aquel momento que la trompeta tocaba á retirada, dejándole ileso, se retiró con el mayor reposo y mansedumbre. Con todo á Pelópidas le disculpa el que en el acto mismo de la batalla y con el calor de ella le arrebató la ira á que convenientemente se vengase: porque lo más laudable es que el general quede salvo despues de la victoria; y si no pudiere evitar la muerte, que con virtud salga de la vida, segun expresion de Eurípides: pues entónces el morir, que ordinariamente consiste en padecer, se convierte en una accion gloriosa. Además de la ira concurria tambien el fin de la victoria, que era á los ojos de Pelópidas la muerte del tirano, para no graduar enteramente de temerario su arrojo: pues es difícil encontrar para aquel acto de valor otro designio ni más brillante ni más decoroso. Mas Marcelo, sin que pudiera proponerse una gran ventaja y sin que el ardor de la pelea le arrebatase y sacase de tino, imprudentemente se arrojó al peligro,

corriendo á una muerte no propia de un general, sino de un batidor ó de un centinela, y poniendo á los piés de los Iberos y Numidas, que hacian la vanguardia de los Cartagineses, sus cinco consulados, sus tres triunfos, y los despojos y trofeos que de reyes habia alcanzado. Así es que ellos mismos miraron con pena tal suceso, y el que un varon tan señalado en virtud entre los Romanos, tan grande en poder, y en gloria tan esclarecido, se malograra de aquel modo entre los descubridores Fregelianos. No quisiera que estas cosas se tomaran por acusacion de tan excelentes varones; sino más bien por un enfado y desahogo con ellos mismos y con su valor, al que sacrificaron sus otras virtudes, no teniendo la debida cuenta con sus vidas y sus personas, como si solo murieran para sí, y no más bien para su patria, sus amigos y sus aliados. Despues de muertos, del entierro de Pelópidas cuidaron aquellos por quienes murió, y del de Marcelo los enenigos que le dieron muerte; y aunque lo primero es apetecible y glorioso, excede todavía á la gratitud que paga beneficios, la enemistad que rinde homenaje á la misma virtud que la ofende: porque en esto no sobresale más que el honor, y en aquello lo que se descubre es el provecho y utilidad que se reportó de la virtud.

ARÍSTIDES.

Arístides el de Lisimaco era de la tribu Antioquide y de la Curia Alopecense. Acerca de su patrimonio corren diferentes opiniones, diciendo algunos que pasó su vida en contínua pobreza, y que á su muerte dejó dos hijas, que estuvieron mucho tiempo sin casar, por la estrechez de su fortuna. Mas contra esta opinion sostenida por muchos, tomó partido Demetrio Falereo en su *Sócrates*, refiriendo que en Falera conoció cierto territorio que se decia de Arístides, en el que habia sido sepultado. Hay además algunos indicios de que su casa era acomodada, de los cuales es uno el haber obtenido por suerte la dignidad de Eponimo (1), que no se sorteaba sino entre los que eran de las familias que poseian el mayor censo, á los que llamaban quinienteños. Otro indicio es el ostracismo, porque no le sufria ninguno de los pobres, sino los que eran de casas grandes, sujetos á la envidia por la vanidad del linaje. Tercero y último, haber dejado en el templo de Baco por ofrenda de la victoria obtenida con un coro. unos trípodes, que todavía se muestran hoy, conservando esta inscripcion: «La tribu Antioquide venció; conducia el

(1) Eponimo se llamaba aquel Arconte de quien tomaba denominacion el año, como en los Fastos Romanos la tomaba de los Cónsules.

coro Arístides; y Arquestrato fué el que ensayó el coro.» Pero éste, que parece el más fuerte, es sumamente débil: porque tambien Epaminondas, que nadie ignora haberse criado y haber vivido en suma probreza, y Platon el Filósofo, dieron unos coros que merecieron aprecio, el uno de flautistas, y el otro de jóvenes llamados ciclios, suministrando á éste para el gasto Dion de Siracusa, y á Epaminondas Pelópidas: no estando los hombres de bien reñidos en implacable é irreconciliable guerra con las dádivas de los amigos; sino que teniendo por indecorosas y bajas las que se reciben por avaricia, no desechan aquellas que no se toman por lucro, sino para cosas de honor y lucimiento: y Panecio manifiesta que en cuanto al trípode se dejó engañar Demetrio de la semejanza de los nombres. Porque desde la guerra pérsica hasta el fin de la del Peloponeso sólo se halla haber vencido con coro dos Arístides, de los cuales ninguno era este hijo de Lisimaco, sino que el padre del uno fué Genófilo, y el otro fué mucho más moderno: como lo convencen el modo de la escritura, que es de tiempo posterior á Euclides, y el hablarse de Arquestrato, de quien en el tiempo de la guerra pérsica ninguno dice que fuese maestro de coros, cuando en el tiempo de la del Peloponeso son muchos los que lo atestiguan; mas esto de Panecio necesita de mayor exámen. Por lo que hace al ostracismo, incurria en él todo el que parecia sobresalir entre los demas por su fama, por su linaje ó por su facundia en el decir: así es que Damon, maestro de Perícles, sufrió el ostracismo por parecer que era aventajado en prudencia; é Idomeneo dice que Arístides fué Arconte, no por suerte, sino por eleccion de los Atenienses; y si fué llamado al mando despues de la batalla de Platea, como el mismo Demetrio dice, es muy probable que en tanta gloria, y despues de tales hazañas, se le contemplase por su virtud digno de aquella autoridad, que otros alcanzaban por sus riquezas. De otra parte, es bien sabido que

Demetrio no sólo en cuanto á Arístides, sino tambien en cuanto á Sócrates, tomó el empeño de eximirle de la pobreza como de un gran mal; porque dice que este no sólo tenía una casa, sino setenta minas puestas á logro en casa de Criton.

Arístides trabó amistad con Clistenes, el que restableció el gobierno despues de la expulsion de los tiranos; y mirando especialmente con emulacion y asombro entre todos los dados á la política á Licurgo, legislador de los Lacedemonios, se inclinó al gobierno aristocrático; pero tuvo por rival para con el pueblo á Temístocles el de Neocles. Algunos refieren que siendo ambos muchachos, y educados juntos desde el principio, siempre disintieron el uno del otro, tanto en las cosas de algun cuidado, como en las de recreo y diversion, y que al punto se manifestaron sus caracteres por esta especie de contrariedad; siendo el del uno blando, manejable y versátil, prestándose á todo con facilidad y prontitud; y el del otro firme en un propósito, inflexible en cuanto á lo justo, y enemigo de la mentira, de las chanzas y del engaño, áun en las cosas de juego. Ariston de Quio dice que la enemistad de ambos dimanó de ciertos amores, hasta llegar al último punto: porque enamorados de Estesilio, natural de Quio, sumamente gracioso en la forma y figura de su cuerpo, llevaron tan mal la competencia, que áun despues de marchitada la hermosura de aquel jóven no cesaron en su oposicion; sino que como si se hubieran ensayado en aquel objeto, con el mismo afecto pasaron al gobierno, acalorados y encontrados el uno con el otro. Y Temístocles, dándose á cultivar amistades, alcanzó un influjo y poder de ningun modo despreciable; así es que á uno que le propuso que el modo de gobernar bien á los Atenienses sería el que se mostrase igual é imparcial á todos: «No querria, le respondió, sentarme en una silla, en la que no alcanzaran más de mí los amigos que los extraños;» mas Arístides, manteniéndose

solo, siguió en el gobierno otro camino particular: lo primero, porque ni queria tener condescendencias injustas con sus amigos, ni tampoco disgustarlos, no haciéndoles favores; y lo segundo, porque veia que el poder de los amigos alentaba á muchos para ser injustos; y él entendia que el buen ciudadano no debia poner su confianza sino en hacer y decir cosas justas y honestas.

Promovia Temístocles muchas cosas arriesgadas, y en todo lo relativo á gobierno le contradecia y estorbaba; por lo que se vió Arístides precisado á oponerse á muchos de los intentos de aquél; unas veces para defenderse, y otras para contener su poder, acrecentado con el favor del pueblo: teniendo por ménos malo privar á la ciudad de alguna cosa beneficiosa, que no el que aquél se envalentonase saliéndose con todo. De modo que en una ocasion, habiendo Temístocles propuesto una cosa conveniente, la resistió, sin embargo, y repugnó, aunque no pudo estorbarla; y al retirarse de la junta pública prorumpió en la expresion, de que no podria salvarse la república de Atenas, si á Temístocles y á él no los arrojaban en una sima. En otra ocasion propuso al pueblo un proyecto de decreto, y aunque fué muy contradicho y disputado, conoció que iba á prevalecer; y cuando ya se estaba para recoger los votos de órden del Arconte, desengañado por la conferencia de lo que convenia, retiró su proposicion. Muchas veces hizo sus propuestas por medio de otros, á fin de evitar que su contraposicion con Temístocles sirviese de impedimento para lo que era de bien público. Mas lo que sobre todo pareció maravilloso fué su igualdad en las mudanzas á que expone el mando; no engriéndose con los honores, y manteniéndose siempre tranquilo y sosegado en las adversidades, por estar en la inteligencia de que exigia el bien de la patria que en servirla se mostrase desinteresado, no solo con respecto á la riqueza, sino con respecto tambien á la gloria. De aquí provino sin duda que represen-

tándose en el teatro estos yambos de Esquilo, relativos á Anfiarao,

> Quiere no parecer, sino ser justo:
> En su alma el saber echadas tiene
> Hondas raíces, y copioso fruto
> De excelentes y útiles consejos,

todos se volvieron á mirar á Arístides, como que de él era propia aquella virtud.

No sólo contra la benevolencia y el agrado, sino tambien contra la ira y enemistad, era bastante poderoso á resistir por sostener lo justo. Dícese, pues, que persiguiendo una ocasion á un enemigo en el tribunal, como no quisiesen los jueces, despues de la acusacion, oir al tratado como reo, sino que pidiesen el pasar á votar contra él, se puso Arístides á su lado á pedir tambien que se le diese audiencia y fuese tratado conforme á las leyes. Juzgaba otra vez á dos particulares, y diciendo el uno que su contrario habia hecho muchas cosas en ofensa de Arístides, le contestó: «No, amigo, tú dí si te ha hecho á tí alguna ofensa, porque no soy yo sino tú el que has de ser juzgado.» Eligiéronle procurador de las rentas públicas, y no solo descubrió que habian sustraido caudales los Arcontes de su tiempo, sino tambien los que le habian precedido, y más especialmente Temístocles,

> Que era largo de manos, aunque sabio.

Por esta causa suscitó éste á muchos contra Arístides, y persiguiéndole al dar sus cuentas, hizo que se le formase causa y condenase por ocultacion, segun dice Idomeneo; pero como por ello se hubiesen disgustado los primeros y más autorizados de la ciudad, no sólo salió libre de todo cargo y multa, sino que de nuevo volvieron á elegirle

para la misma magistratura. Hizo como que estaba arrepentido de su primer método, manifestándose más benigno; con lo que tuvo gratos á los usurpadores de los caudales públicos, porque no se lo echaba en cara, ni llevaba las cosas con rigor; de manera que, engrosados con sus rapiñas, colmaban de alabanzas á Arístides, é intercedian ansiosos con el pueblo para que todavía le eligieran otra vez; mas cuando ya iban á votarle, increpó á los Atenienses diciéndoles: «¡Conque cuando me conduje bien y fielmente, me maltratasteis; y cuando he dejado abandonados crecidos caudales en manos rapaces, me teneis por el mejor ciudadano! Pues más me avergüenzo del honor que ahora me haceis, que de la injusticia pasada; y me indigno contra vosotros, para quienes parece más glorioso el favorecer á los malos, que poner cobro en los intereses de la república.» Dicho esto, descubrió las malversaciones, con lo que hizo callar á sus panegiristas y encomiadores, y recibió de los hombres de bien una verdadera y justa alabanza.

Cuando Datis, enviado por Darío en la apariencia á tomar venganza de los Atenienses por haber incendiado á Sardis, pero en realidad á subyugar á los Griegos, se apoderó de Maraton y arrasó la comarca, entre los generales nombrados por los Atenienses para aquella guerra tenía el mayor crédito Milciades, pero en gloria é influjo era Arístides el segundo; y habiéndose adherido entónces en cuanto á la batalla al dictámen de Milciades, no fué quien ménos le hizo prevalecer. Alternaban los generales en el mando por dias, y cuando le llegó su turno, lo pasó á Milciades, enseñando así á sus colegas que el obedecer y sujetarse á los más entendidos, no sólo no es un desdoro, sino más bien laudable y provechoso. Calmando por este término la emulacion, y haciendo entender á todos cuánto convenia gobernarse por la inteligencia y disposiciones de uno solo, dió mayor aliento á Milciades, asegurándole en

sus proyectos con no tener que alternar en la autoridad: porque no haciendo ya cuenta con mandar cada uno en su dia, le quedó á aquel indivisa. En la batalla, habiendo sido el centro de los Atenienses el más combatido, por haber cargado los bárbaros con el mayor encarnizamiento contra las tribus Leontide y Antioquide, pelearon valerosamente Temístocles y Arístides, que formaban muy cerca el uno del otro, por ser de la Leontide aquél, y de la Antioquide éste. Como despues de haber puesto en retirada á los bárbaros y haberse embarcado éstos, observasen los Atenienses que no hacian rumbo hácia las islas, sino que el viento y el mar los impelian hácia fuera con direccion al Atica, temiendo no se hallase la ciudad falta de defensores, se encaminaron solícitos hácia ella con las nueve tribus; y en el mismo dia concluyeron su marcha. Quedó en Maraton Arístides con su tribu para custodia de los cautivos y de los despojos, y no frustró la opinion que de él se tenía, sino que habiendo copia de oro y plata, de ropas de todos géneros y de toda suerte de efectos en número increible en las tiendas y en los buques apresados, ni él mismo tocó á nada, ni permitió que tocase ninguno otro, á no que algunos ocultamente tomasen alguna cosa; de cuyo número fué Calias el daduco ó asistente (1): porque á lo que parece á éste fué á presentársele uno de los bárbaros, creyendo por la cabellera y por el turbante que era el Rey, y saludándole y tomándole la diestra, le manifestó que habia mucho oro enterrado en cierto hoyo; y Calias, hombre el más cruel y el más injusto, fué y recogió el oro, y al bárbaro, para que no lo revelara á otros, le quitó la vida. De aquí dicen que viene el que los cómicos llamen á los de su parentela *ricos de hoyo,* con alusion al lugar en que Calias encontró aquel oro. Dióse inmediatamente des-

(1) El daduco era ministro de los sacrificios, inmediato en dignidad al Sacerdote máximo, al que precedia en las ceremonias llevando una hacha encendida, de la que tomó la denominacion.

pues á Arístides la dignidad de Eponimo; aunque Demetrio Falereo es de opinion que la obtuvo poco ántes de su muerte despues de la batalla de Platea. Con todo, en los fastos despues de Jantípides, en cuyo año fué vencido Mardonio en Platea, en muchos años no se encuentra ninguno denominado Arístides; y despues de Fanipo, en cuyo tiempo se alcanzó la victoria de Maraton, en seguida está escrito el nombre del arconte Arístides.

Entre todas sus virtudes, la que más se dió á conocer al pueblo fué la justicia, porque su utilidad es más contínua y comprende á todos: así un hombre pobre y plebeyo alcanzó el más excelente y divino renombre, llamándole todos el justo; renombre á que no aspiró nunca ninguno de los reyes ni de los tiranos, queriendo más algunos de ellos apellidarse sitiadores, fulminadores, vencedores, y áun algunos águilas y gavilanes: prefiriendo, á lo que parece, la gloria que dan la fuerza y el poder á la que proviene de la virtud. Y si lo admirable y divino, en cuya posesion y goce tanto manifiestan complacerse, se distingue principalmente por estas tres calidades, indestructibilidad, poder y virtud, de ellas ésta es la más respetable y divina: porque lo indestructible conviene tambien al vacío y á los elementos; y poder le tienen grande los terremotos, los rayos, los remolinos de viento y las inundaciones de los torrentes; pero de lo justo y del derecho nada hay que participe sino siguiendo los dictámenes de la razon y de la prudencia. Por tanto, siendo asimismo tres los afectos que en los más de los hombres excita lo divino, á saber, deseo, miedo y respeto, aspiran, como que en ello consiste su felicidad, por lo indestructible y eterno; temen y se sobresaltan con la dominacion y el poder; pero aman, acatan y veneran á la justicia. Y con ser esto así, ansían por la inmortalidad que nuestra caduca naturaleza no admite, y por el poder que en la mayor parte depende de la fortuna; poniendo en el último lugar á la virtud, de todos

estos bienes que reputamos divinos el único que está en nuestro albedrío; en lo que van muy engañados, no reflexionando que á la vida pasada en el poder y la fortuna, la justicia la hace digna de los Dioses, y la injusticia propia de las fieras.

Aunque á Arístides al principio le fué muy lisonjero aquel sobrenombre, últimamente vino á conciliarle envidia, principalmente por el cuidado que puso Temístocles en sembrar el rumor entre la muchedumbre de que Arístides, haciendo inútiles los tribunales con meterse á juzgarlo y decidirlo todo, aspiraba sordamente á prepararse sin armas una monarquía. Además de esto, engreido el pueblo con la victoria, y creido de que de todo era por sí capaz, no podia aguantar á los que tenian un nombre y una fama que oscurecian á los demas. Concurriendo, pues, á la ciudad de todas partes, destierran á Arístides por medio del ostracismo, apellidando miedo de la tiranía lo que era envidia de su gloria. Porque el ostracismo no era pena de alguna mala accion, sino que por cierta delicadeza se le llamaba humillacion y castigo del orgullo, y de un poder inaguantable; cuando en realidad no era más que un suave consuelo de la envidia, que no usaba medios insufribles, sino que se libraba, con una mudanza de país por diez años, de una incómoda molestia; y porque despues algunos empezaron á sujetar á esta especie de destierro á hombres bajos y conocidamente malos, de los cuales el último fué Hipérbolo, hubieron de abandonarla. Dícese que para sujetar á Hipérbolo al ostracismo sucedió lo siguiente: desacordaban entre sí Alcibiades y Nicias, que eran los de mayor influjo en la ciudad; y cuando el pueblo iba á echar la concha, sabiendo los unos de los otros á quién iban á escribir en ella, se confabularon por fin ambos partidos, y de comun convenio trataron de desterrar á Hipérbolo. Reflexionó luego el pueblo, y creyendo desacreditado y afrentado aquel medio político, lo dejó y abolió

para siempre. Explicaremos en pocas palabras lo que era aquel medio: tomaba cada uno de los ciudadanos una concha, y escribiendo en ella el nombre del que queria saliese desterrado, la llevaba á cierto lugar de la plaza cerrado con verjas. Contaban luégo los Arcontes primero el número de todas las conchas que allí habia, porque si no llegaban á seis mil los votantes, no habia ostracismo. Despues iban separando los nombres, y aquel cuyo nombre habia sido escrito en más conchas, era publicado como desterrado por diez años, dejándosele disponer de sus cosas. Entendíase en esta operacion de escribir las conchas, y se dice que un hombre del campo que no sabía escribir, dando la concha á Arístides, á quien casualmente tenía á mano, le encargó que escribiese á Arístides; y como éste se sorprendiese y le preguntase si le habia hecho algun agravio: «Ninguno, respondió, ni siquiera le conozco, sino que ya estoy fastidiado de oir contínuamente que le llaman el justo;» y que Arístides, oido esto, nada le contestó, y escribiendo su nombre en la concha, se la volvió. Desterrado de la ciudad, levantando las manos al cielo, hizo una plegaria enteramente contraria á la de Aquíles, pidiendo á los Dioses que no llegara tiempo en que los Atenienses tuvieran que acordarse de Arístides.

Al cabo de tres años, cuando Jerges por la Tesalia y la Beocia se encaminaba contra el Atica, abolieron la ley, y permitieron á todos los desterrados la vuelta; por temor principalmente de que Arístides, uniéndose con los enemigos, sedujese y atrajese á muchos de los ciudadanos al partido del bárbaro; en lo que manifestaron no conocer bien á este insigne varon, que ántes de aquella providencia estaba ya trabajando en acalorar á los Griegos para defender su libertad; y despues de ella, siendo Temístocles el que tenía el mando absoluto, nada dejó por hacer de obra ó de consejo para que con la salvacion de todos alcanzara su enemigo la mayor gloria. Porque teniendo Eu-

ribiades resuelto abandonar á Salamina, como las galeras de los bárbaros, dando por la noche la vela y navegando en círculo, hubiesen tomado el paso y las islas, sin que nadie tuviese conocimiento de este bloqueo, Arístides vino apresuradamente de Egina, pasando por entre las naves enemigas; y presentándose asimismo por la noche en la cámara de Temístocles, le llamó á fuera á él sólo, y le habló de esta manera: «Nosotros, oh Temístocles, si es que tenemos juicio, nos olvidaremos de nuestra vana y juvenil discordia, y entablaremos otra contienda más saludable y digna de loor, disputando entre los dos sobre salvar á la Grecia: tú como caudillo y general, y yo como soldado y consejero: puesto que sé que tú sólo has tomado la mejor resolucion, ordenando que se trabe combate cuanto ántes en este estrecho; y cuando nuestros aliados te se oponian, parece que los enemigos se han puesto de tu parte. Porque el mar al frente, y todo alrededor está ya ocupado por naves enemigas, de manera que áun los que lo rehusaban se ven en la precision de mostrar valor y entrar en combate, por haberse cortado todo camino á la retirada.» Respondióle á esto Temístocles: «No permitiré, oh Arístides, que en esta ocasion me excedas en virtud, sino que, contendiendo con tu glorioso propósito, procuraré aventajarme en las obras;» y dicho esto, le descubrió el engaño y estratagema de que se habia valido con el bárbaro; exhortándole á que persuadiera á Euribiades, y le hiciera ver que no habia arbitrio para salvarse sin combatir, porque á él le creeria mejor. Así es que en la conferencia de los generales, diciendo Cleocrito de Corinto á Temístocles, que ni Arístides aprobaba su dictámen, pues que hallándose presente callaba, replicó Arístides: «No callaria yo de ninguna manera, si Temístocles no propusiese lo mejor; mas ahora guardo silencio, no porque le tenga consideracion, sino porque soy de su parecer.»

Esto fué lo que pasó entre los caudillos de la armada de

los Griegos; mas Arístides, sabedor de que Psitalia, que es una isla pequeña situada junto al estrecho de Salamina, habia sido ocupada por gran número de enemigos, tomando consigo en unas lanchas á los ciudadanos más decididos y alentados, aportó á la isleta, y trabando combate con los bárbaros, les dió muerte á todos, á excepcion de unos cuantos de los más distinguidos entre ellos, que los tomó cautivos. Entre éstos habia tres hijos de una hermana del Rey llamada Sandauca, los cuales remitió al instante á Temístocles, y se dice que de mandato del agorero Eufrantides fueron sacrificados, segun cierto oráculo, á Baco Omesta. En seguida, distribuyendo Arístides soldados de infantería por toda la isla, los tuvo en celada contra los que aportasen á ella; mas de modo que en nada ofendiesen á los amigos, ni dejasen ir salvos á los enemigos: pues parece que el principal concurso de las naves, y lo más recio de la batalla vino á ser hácia aquel punto, por lo que levantó trofeo en Psitalia. Despues de la batalla, queriendo Temístocles probar á Arístides, le dijo que si bien era muy grande la obra que habian hecho, todavía les faltaba lo mejor, que era tomar el Asia en la Europa, navegando velozmente al Helesponto, y cortando el puente; mas como le replicase Arístides, que debia abandonarse aquel pensamiento, y ver cómo harian que el Medo saliese cuanto ántes de la Grecia, no fuese que encerrado por falta de salida, la necesidad le obligase á defenderse con tan inmensas fuerzas; con esto Temístocles despachó al eunuco Arnaces, que era uno de los cautivos, para que dijese al Rey en secreto que él habia disuadido á los Griegos del intento de ir á cortar los puentes, con el objeto de que el Rey se pusiese en salvo.

Cobró Jerges miedo con esta noticia, y así á toda priesa se encaminó al Helesponto; pero quedó Mardonio, que tenía consigo lo más aguerrido del ejército, en número unos trescientos mil hombres: fuerza con que se hacía temible, po-

niendo principalmente su esperanza en la infantería, y con la que amenazaba á los Griegos, á quienes escribió en estos términos: «Vencisteis con marítimos leños á unos hombres de tierra adentro, poco diestros en manejar el remo; pero ahora la tierra de los Tesalianos es llana, y los campos de los Beocios muy á propósito para combatir con caballería é infantería.» A los Atenienses les escribió aparte á nombre del Rey, prometiéndoles que levantaria de nuevo su ciudad, los colmaria de bienes, y les daria el dominio sobre los demas Griegos, con tal que se apartasen de la guerra. Entendiéronlo los Lacedemonios, y concibiendo temor, enviaron á Atenas mensajeros con la propuesta de que mandaran á Esparta sus mujeres y sus hijos, y que para sus ancianos tomasen de los mismos Lacedemonios el sustento necesario: porque era extrema la miseria de los Atenienses, habiendo perdido sus campiñas y su ciudad. Oidos los mensajeros, les dieron, siendo Arístides quien propuso el decreto, una admirable respuesta; diciéndoles que á los enemigos les perdonaban el que creyesen que todo se compraba con el dinero y las riquezas, pues que no conocian cosas de más precio; pero no podian llevar en paciencia que los Lacedemonios sólo pusiesen la vista en la pobreza y miseria que afligia á los Atenienses, olvidándose de la virtud y del honor, para proponerles que por el precio del alimento combatieran en defensa de la Grecia. Así lo escribió Arístides; y convocando á unos y á otros embajadores á la junta pública, á los de los Lacedemonios les encargó dijesen además que no habia bastante oro, ni sobre la tierra, ni debajo de ella, que igualara en valor para los Atenienses á la libertad de los Griegos; y vuelto á los de Mardonio, señalande al sol: «Miéntras este astro, les dijo, ande su carrera, harán los Atenienses la guerra á los Persas por sus campos asolados, y por sus templos profanados y entregados á las llamas.» Propuso tambien que los sacerdotes hicieran imprecaciones contra el que mandara

embajadas á los Medos, ó se apartara de la alianza de los Griegos. En esto invadió Mardonio segunda vez el Ática, por lo que ellos se retiraron como ántes con sus naves á Salamina; pero pasando Arístides con legacion á Lacedemonia, les echó en cara su tardanza y su indiferencia, con la que de nuevo abandonaban á Atenas á la ira del bárbaro; mas les rogó que los auxiliasen en favor de lo que áun quedaba salvo en la Grecia. Oido que fué esto por los Eforos, de dia afectaron entretenerse y divertirse, como es propio de las fiestas, porque celebraban la de Jacinto; pero por la noche juntaron un ejército de cinco mil Esparciatas, cada uno de los cuales llevaba consigo siete hilotes, y lo hicieron marchar, sin que de ello se apercibiesen los Atenienses. Volvió Arístides á reconvenirlos al dia siguiente; y como ellos con risa le contestasen que debia de estar lelo ó dormido, pues ya el ejército estaria en el templo de Orestes marchando contra los huéspedes, nombre que daban á los Persas: «No es tiempo este de chanzas, les repuso Arístides, queriendo vosotros más bien engañar á los amigos que á los enemigos. «Así lo escribió Idomeneo; pero en el proyecto de decreto de Arístides no está escrito por embajador él mismo, sino Cimon, Jantipo y Mironides.

Elegido general con mando independiente para aquella batalla, tomó á sus órdenes ocho mil infantes de Atenas, y marchó para Platea, donde se le reunió Pausanias, general de todas las tropas Griegas, que tenía consigo á los Esparciatas, concurriendo muchedumbre de todos los demas Griegos. El ejército de los bárbaros, que estaba formado junto al rio Asopo, no tenía término; y en derredor del bagaje y provisiones se habia corrido un muro cuadrado, cuyos lados tenía cada uno la longitud de diez estadios. A Pausanias, pues, y en comun á todos los Griegos les profetizó y predijo la victoria Tisameno de Elea, si se estaban á la defensiva, y no eran los primeros en acometer. Mas Arístides envió á consultar á Delfos, y el Dios dió



por respuesta que los Atenienses prevalecerian sobre los contrarios, si hacian votos á Júpiter, á Juno Citeronia, á Pan y á las Ninfas Esfragitides; si sacrificaban á los héroes Andrócrates, Leucon, Pisandro, Damócrates, Ipsion, Acteon y Pólides, y si trababan la contienda en su propia tierra, y en la region de Céres Eleusina y de su hija. Venido que fué este oráculo, dió mucho en qué pensar á Arístides; porque en primer lugar los héroes á quienes mandaba sacrificar eran los patriarcas de las familias de los Plateenses, y la cueva de las ninfas Esfragitides está en una de las cumbres del Citeron, vuelta al poniente de verano; y en ella habia ántes, segun dicen, un oráculo, del que eran poseidos muchos de aquellos naturales, á los que llamaban *Ninfoleptas* (1); y de otra parte la region de Céres Eleusina, y el concederse la victoria á los Atenienses, si peleaban en su propia tierra, parecia que era revocar y trasladar la guerra al Atica. En esto parecióle á Arimnesto, general de los Plateenses, que entre sueños era preguntado de Júpiter Servator, qué era lo que pensaban hacer los Griegos, y que él le respondió: «Mañana, señor, llevaremos el ejército á Eleusis, y combatiremos allí á los bárbaros, conforme á un oráculo de la Pitia;» á lo que el Dios le habia replicado que estaban engañados del todo, porque allí en la region Plataica se verificaba el oráculo, y que si lo investigasen, se convencerian. Representáronsele estas cosas vivamente á Arimnesto, y levantándose sin dilacion, hizo llamar á los ciudadanos de más edad y de mayor experiencia, y conferenciando sus dudas con ellos, encontró que cerca de los Hisios, al pié del Citeron, hay un templo muy antiguo que se llama de Céres Eleusina y de Proserpina. Llamando, pues, á Arístides, le llevó á un sitio sumamente á propósito para que formasen

(1) Significa lo mismo que acaba de decirse: poseidos de las Ninfas.

en él los batallones que no eran fuertes en caballería, á causa de que las faldas del Citeron hacian inaccesibles para los caballos las cañadas contiguas al templo. Y allí estaba tambien el templete de Andrócrates cercado de una selva de espesos y copados árboles; y para que nada le faltase al oráculo en cuanto á la esperanza de la victoria, pareció á los Plateenses, á propuesta de Arimnesto, retirar los términos de Platea hácia el Atica, y donar aquella region á los Atenienses, para que, segun el oráculo, pelearan en su propia tierra en defensa de la Grecia. Llegó á tener tanta fama esta gloriosa decision de los Plateenses, que Alejandro, dominando ya el Asia, muchos años despues levantó los muros de Platea, é hizo pregonar en los juegos Olímpicos que de este modo recompensaba el Rey á los Plateenses su fortaleza y su magnanimidad, por haber dado en la guerra médica á los Griegos aquel territorio, mostrándose sumamente alentados y valerosos.

Disputaban los Tegeatas con los Atenienses sobre el lugar que tendrian en el ejército, pretendiendo que pues los Lacedemonios tenían el ala derecha, se les diera el ala izquierda, haciendo para esto grandes elogios de sus antepasados. Ofendíanse mucho de semejante contienda los Atenienses; pero saliöles al encuentro Arístides, y dijo: «No es propio de esta ocasion el que alterquemos con los Tegeatas sobre linaje y sobre proezas; mas á vosotros, oh Lacedemonios, y á todos los demas Griegos os hacemos presente que el lugar no quita ni da valor: cualquiera que sea el que nos diereis procuraremos, conservándole y honrándole, no hacernos indignos de la gloria adquirida en las guerras anteriores: porque no hemos venido á indisponernos con los aliados, sino á pelear con los enemigos; ni á ensalzar á nuestros padres, sino á acreditarnos con la Grecia de hombres esforzados: así este combate hará ver en cuánto debe ser tenido de los Griegos cada uno, ciudad, general ó soldado.» Oido esto por los del consejo y por los

generales, aprobaron el discurso de los Atenienses, y les dieron á mandar la otra ala del ejército.

Como estuviese en gran conflicto la Grecia, y sobre todo se hallasen en malísimo estado las cosas de los Atenienses, algunos de las familias más principales y más ricas, que por causa de la guerra habian caido en pobreza, y juntamente con los bienes habian perdido todo su esplendor y su influjo, viéndose reducidos á este extremo de abatimiento miéntras otros brillaban y mandaban, se reunieron clandestinamente en una casa de Platea, y se conjuraron para disolver la república; ó si no salian con su intento, para estragar los negocios de ella poniéndolos en manos de los bárbaros. Miéntras esto se ejecutaba en el campamento, siendo ya muchos los pervertidos, llegó á entenderlo Arístides, y haciéndose cargo de lo arriesgado de la ocasion, determinó, ni abandonar del todo y dejar correr semejante acontecimiento, ni descubrirlo tampoco enteramente, ya por no conocer realmente cuántos serian los inculcados, y ya tambien porque creyó que en aquel caso valia más hacer callar la justicia que la conveniencia pública. Arresta, pues, á solos ocho entre tantos; y de ellos dos, contra quienes habia formado la causa, y que eran los motores principales, Esquines Lampreide y Agesias Acarnaide, lograron fugarse del campamento: á los otros con esto los dejó libres, dando lugar á que respirasen y se arrepintiesen, en inteligencia de que no habian sido descubiertos, diciendo solamente que la guerra sería el mejor tribunal donde desvaneciesen las sospechas y cargos, esmerándose en mirar por la patria.

Despues de esto, Mardonio ensayó el hacer cargar con fuerza considerable de caballería, que era en lo que principalmente se aventajaba á los Griegos, á las tropas de estos acampadas al pié del Citeron en posiciones fuertes y pedregosas, á excepcion de las de Megara. Estas, que consistian en unos tres mil hombres, habian puesto sus reales

en terreno más llano: así es que padecieron mucho por la caballería que caia sobre ellas y las acometia por todas partes. Enviaron, pues, á toda priesa un aviso á Pausanias, pidiéndole auxilio, pues por sí no podian sostenerse contra la muchedumbre de los bárbaros. Pausanias, además de recibir este aviso, veia que el campo de los Megarenses se cubria de saetas y dardos, y que estos se habian recogido á un punto muy estrecho; mas como no tuviese arbitrios para defenderlos contra los caballos con la infantería pesadamente armada de los Esparciatas, excitó entre los demas generales y caudillos de los Griegos que le rodeaban una contienda y emulacion de virtud y gloria, proponiéndoles si habria algunos que voluntariamente se ofreciesen á auxiliar y socorrer á los de Megara. Excusáronse los demas; pero Arístides tomó este negocio á cargo de los Atenienses, y envió con este designio á Olimpiodoro, el más alentado de los tribunos, que llevó consigo trescientos hombres escogidos, y mezclados con ellos algunos tiradores. Previniéronse éstos sin dilacion, y marcharon á carrera; mas como lo advirtiese Masistio, general de la caballería de los bárbaros, varon muy denodado y de maravillosa estatura y belleza, volviendo su caballo se dirigió contra ellos. Sostuviéronse y trabaron combate, el que se hizo muy porfiado, teniéndolo por prueba de lo que podria esperarse en adelante. En esto, herido de un dardo el caballo derribó á Masistio, el cual caido apénas podia moverse por el peso de las armas; pero al mismo tiempo habia gran dificultad para que fuese ofendido de los Atenienses, que lo tenian cercado y procuraban herirlo, por cuanto no sólo llevaba defendidos el pecho y la cabeza, sino todo el resto del cuerpo con piezas de oro y plata. Con todo, hirióle uno con la punta del dardo en la parte del casco por donde se descubria un ojo, quitándole la vida; y los demas Persas, abandonando el cadáver, dieron á huir. Echóse de ver la grandeza de esta victoria, no en la muchedumbre

de los muertos, porque eran en corto número, sino en el llanto de los bárbaros: porque por la falta de Masistio se cortaron el cabello á sí mismos y á los caballos y acémilas, y llenaron todo el contorno de suspiros y sollozos en señal de que habian perdido un hombre el primero en valor y poder despues de Mardonio.

Despues de este encuentro de la caballería estuvieron unos y otros sin combatir largo tiempo, porque los agoreros por la inspeccion de las víctimas ofrecian la victoria á los que se defendiesen, tanto á los Persas como á los Griegos, y la derrota á los que acometieran. Mas como viese Mardonio que tenía provisiones para pocos dias, y que los Griegos contínuamente se aumentaban, porque sin cesar se les incorporaban algunos, no pudo contenerse, y resolvió no aguantar más, sino pasar al otro dia al amanecer el Asopo, y caer sobre los Griegos, cuando ellos ménos pensaban, para lo que dió en aquella tarde las órdenes á los jefes; pero exactamente á la media noche llegó un hombre á caballo al campo de los Griegos, y al llegar á las guardias dijo que le llamaran á Arístides el Ateniense. Presentóse inmediatamente éste, á quien dijo: «Soy Alejandro, rey de los Macedonios, y por medio de grandes peligros vengo, movido del amor que os tengo, á preveniros, no sea que lo repentino del acometimiento os haga combatir con desventaja; porque Mardonio os presentará mañana batalla; no porque tenga ninguna esperanza, ni esté confiado, sino por el apuro en que se halla; pues ántes los agoreros con sacrificios le apartan de combatir, y el ejército está poseido de asombro y desaliento; pero se ve en la precision, ó de tentar fortuna, ó de sufrir la mayor escasez si permaneciese tranquilo.» Dicho esto, rogaba Alejandro á Arístides que si bien convenia que él lo supiese y lo tuviese presente, no lo comunicase con ningun otro. Mas aquél expuso, que no podia ser ocultarlo á Pausanias, que tenía el mando y que lo callaria á los demas ántes de la batalla;

pero que si la Grecia venciese, nadie deberia ignorar el celo y la virtud de Alejandro. Tenida esta entrevista, el rey de los Macedonios se volvió otra vez por su camino, y Arístides, pasando á la tienda de Pausanias, le dió cuenta de lo que habia pasado; con lo que fueron llamados los demas generales, y se les dió la órden de que tuvieran á punto el ejército, como para recibir batalla.

En esto, segun refiere Herodoto, hizo Pausanias á Arístides la proposicion de que los Atenienses tomaran el ala derecha formando contra los Persas; porque era mejor que pelearan contra ellos los que ya estaban aguerridos y habian adquirido osadía con anteriores triunfos; y que á él se le diera el ala izquieda, contra la que habian de combatir aquellos Griegos que se habian hecho partidarios de los Medos. Tenian los demas caudillos de los Atenienses por inconsiderado é injusto á Pausanias, por cuanto no haciendo novedad en el resto del ejértito, á solos ellos los traia arriba y abajo como hilotes, exponiéndolos á los mayores peligros; pero Arístides les hizo presente que iban errados del todo, pues que ántes habian altercado con los Tegeatas por tener el ala izquierda, y estaban ufanos con haberlo conseguido; y ahora, cuando los Lacedemonios se desistian voluntariamente del ala derecha, y en algun modo les entregaban el mando, no tenian en precio esta gloria ni se hacian cargo de lo que ganaban en no tener que pelear con sus compatriotas y deudos, sino con los bárbaros sus naturales enemigos. En consecuencia de esto, hicieron ya los Atenienses de muy buena voluntad con los Esparciatas el cambio propuesto; siendo muchas las conversaciones que entre sí tenian, de que los enemigos ni traian mejores armas, ni ánimos más esforzados que los de Maraton, sino los mismos arcos, los mismos vestidos ricos y los mismos adornos de oro en cuerpos muelles y en almas cobardes; cuando nosotros tenemos tambien las mismas armas y los mismos cuerpos, pero mayor alien-

to con nuestras victorias; y de que la contienda no era solo por su país y por su ciudad, como entónces sucedió, sino por los trofeos de Maraton y de Salamina, para que se viese que habian sido, no de Alcibiades y de la fortuna, sino de los Atenienses. Estaban, pues, ya muy solícitos en la mudanza de puestos; pero habiéndolo entendido los Tebanos por relacion de algunos tránsfugas, lo participaron á Mardonio; y éste al punto, bien fuese por temer á los Atenienses, ó bien porque desease contender con los Lacedemonios, trasladó los Persas á su ala derecha, dando órden de que los Griegos que estaban con él quedaran formados contra los Atenienses. Túvose noticia de esta mudanza, y Pausanias volvió otra vez á tomar el ala derecha, y Mardonio tomó inmediatamente la izquierda, quedando colocado contra los Lacedemonios. En esto el dia se pasó sin hacer nada; y formando los Griegos consejo, determinaron ir á acampar á bastante distancia, ocupando terreno provisto de agua, porque los arroyos que habia en las cercanías habian sido enturbiados y ensuciados por la numerosa caballería de los bárbaros.

Entrada la noche conducian los jefes sus respectivas tropas al sitio designado para acamparse; pero mostraban poca disposicion en seguir y en permanecer unidas, sino que en la forma en que habian levantado los primeros reales se dirigian hácia la ciudad de Platea desbandados ya, y en notable confusion y desórden: resultando haberse quedada solos los Lacedemonios contra su voluntad; y fué que Amonfareto, hombre activo y arrojado, que tiempo habia provocaba á la batalla y llevaba á mal tanta dilacion y solicitud, entónces apellidando de fuga y de desercion aquella mudanza, se obstinó en no querer dejar el puesto, diciendo que allí con los de su hueste habia de esperar y hacer frente á Mardonio. Fuése á él Pausanias, haciéndole presente que aquello se hacía por el consejo y resolucion de los Griegos; y él entónces, levantando con am-

bas manos una gran piedra, la arrojó á los piés de Pausanías, diciéndole que el voto que él daba sobre la batalla era aquel, sin hacer ningun caso de las disposiciones y resoluciones tímidas de los demas. Quedó confuso Pausanias con semejante suceso, y envió á decir los Atenienses, que ya estaban en camino, que le aguardasen para marchar juntos, llevando consigo la demas tropa hácia Platea, á ver si con eso movîa á Amonfareto. Vino en esto el dia, y Mardonio, á quien no se ocultaba que los Griegos habian abandonado el campo, teniendo á punto su ejército, se dirigió contra los Lacedemonios con gran rumor y algazara de los bárbaros, que sin que interviniese batalla contaban con destrozar á los Griegos, alcanzándolos en su fuga; y en verdad que estuvo en muy poco el que así no sucediese. Porque observando Pausanias lo que pasaba, es cierto que hizo alto, y mandó que cada uno ocupara su puesto de batalla; pero ó por el enfado con Amonfareto, ó por la prontitud conque le sorprendieron los enemigos, se le olvidó dar la señal á los otros Griegos; por lo cual ni se reunieron pronto ni muchos á la vez, sino con tardanza y en partidas, cuando ya el riesgo estaba encima. Hizo sacrificio, y como no se anunciase fausto, mandó á los Lacedemonios que poniendo á los piés los escudos, se estuvieran quedos atendiendo á él, sin hacer oposicion á ninguno de los enemigos. Volvió á sacrificar, y cayó sobre ellos la caballería, de manera que ya los alcanzó algun dardo, y fué herido alguno de los Esparciatas. En esto sucedió que Calícrates, que se decia ser el hombre de más hermosa y gallarda persona de cuantos Griegos habia en aquel ejército, fué asimismo herido de muerte; y al caer exclamó que no sentia el morir, pues que habia salido de su casa con la resolucion de perecer, si era necesario, por la salud de la Grecia, sino el morir sin haberse valido de sus manos. Era, pues, terrible la situacion de aquellos hombres y admirable su paciencia, pues que no haciendo resistencia á los

enemigos que les acometian, esperaban que los Dioses y el general les señalasen la hora, sufriendo en tanto el ser heridos y muertos en sus filas; y áun algunos aseguran que estando Pausanias sacrificando y haciendo plegarias á poca distancia de la formacion, llegaron de repente algunos Lidios con el objeto de arrebatar las ofrendas, y no teniendo armas Pausanias y los que le asistian, los habia rechazado con varas y con látigos, y que áun ahora en imitacion de aquella acometida se repiten cada año los golpes y azotes que se dan á los jóvenes sobre el ara, y la pompa y procesion de los Lidios.

Disgustado Pausanias de aquel estado, viendo que el agorero contínuamente reprobaba las víctimas, volvióse hácia el templo de Juno: cayéndosele las lágrimas y levantando las manos, pedia á Juno, Citeronia y á los demas Dioses que presidian á aquella comarca, que si no estaba destinado á los Griegos el que venciesen, se les diera á lo ménos el sufrir haciendo algo, y mostrando con obras á los enemigos que contendian con hombres de valor y adiestrados en la guerra. Hecha esta invocacion por Pausanias, en el mismo momento se mostró fausto el sacrificio, y los agoreros anunciaron la victoria. Dióse á todos la señal de rechazar á los enemigos, y de repente todo el ejército tomó el aspecto de una fiera que estremeciéndose se prepara á hacer uso de su fuerza. Convenciéronse tambien entónces los bárbaros de que las habian con unos hombres que pelearian hasta la muerte; por lo que embrazando las adargas empezaron á lanzar dardos contra los Lacedemonios; los cuales, manteniendo unidos sus escudos, acometieron tambien, y llegando cerca, retiraban las adargas, é hiriendo con las lanzas á los Persas en el rostro y en el pecho, dieron muerte á muchos de ellos que no se estuvieron quedos ó se mostraron cobardes: pues tambien ellos, agarrando las lanzas con las manos desnudas, les rompieron muchas; y recurriendo á las armas cortas, no sin diligencia,

hicieron uso de las hachetas y de los puñales; y uniendo y entrelazando asimismo sus adargas, resistieron largo tiempo. Habíanse estado hasta entónces inmobles los Atenienses, aguardando á ver qué deteminarian los Lacedemonios: mas advertidos por el ruido de los que combatian, y llegándoles tambien aviso de parte de Pausanias, se apresuraron á ir en su socorro; y cuando llevados de la vocería avanzaban por la llanura, vinieron contra ellos los Griegos del partido enemigo. Arístides, no bien los hubo visto, cuando adelantándose gran trecho les empezó á gritar, invocando los Dioses de la Grecia, que se retiraran del combate y no impidieran ni retardaran á los que peleaban por la defensa de su propia tierra; mas cuando vió que no le atendian y que se disponian á la batalla, hubo de desistir del comenzado auxilio y entrar en lid con éstos, que eran cincuenta mil en número; pero la mayor parte cedió luego, y se retiró, por haberse tambien retirado los bárbaros. Dícese que lo más encarnizado del combate fué contra los Tebanos, que eran los primeros y de mayor poder de los que entónces hicieron causa comun con los Medos: aunque la muchedumbre no habia abrazado aquel partido por su voluntad, sino arrastrada por unos pocos.

Viniendo así á ser dos los combates, los Lacedemonios fueron los primeros que rechazaron á los Persas, habiendo un Esparciata llamado Diamnesto dado muerte á Mardonio, de una pedrada que le disparó á la cabeza, como se lo habia predicho un oráculo de Anfiarao. Porque habia enviado á este oráculo á un Lidio, y al oráculo de Trofonio á uno de Caria; y la respuesta que á éste dió el profeta fué en lengua cárica; al Lidio, habiéndose dormido en el templo de Anfiarao, se le figuró que se le habia presentado un ministro del Dios, y le habia mandado que saliera; y como no quisiese, le habia tirado á la cabeza una gran piedra, pareciéndole que del golpe habia muerto: esto es lo que se dice haber pasado. Puestos ya en fuga los Persas, los

persiguieron hasta hacerlos encerrar dentro de sus muros de madera. De allí á poco rechazaron igualmente los Atenienses á los Tebanos, dando muerte en la misma batalla á unos trescientos de los más distinguidos y principales; y no bien se habia verificado esto, cuando les vino órden de que fueran á sitiar el ejército de los bárbaros encerrado dentro de sus muros. Por esta razon, dejando que los Griegos se fueran libres, marcharon á dar el socorro donde se les pedia; y poniéndose al lado de los Lacedemonios, ignorantes é inexpertos en el modo de conducir un sitio, tomaron el campamento con mucha mortandad de los enemigos; pues se dice que de los trescientos mil sólo huyeron con Artabazo unos cuarenta mil. De los Griegos, que combatieron por la salud de esta region, murieron al todo unos mil trescientos y sesenta: de éstos eran Atenienses unos cincuenta y dos, todos de la tribu Ayantide, segun escribe Cleidemo, por haber sido la que más denodadamente peleó; y por esta causa los Ayantidas hicieron por esta victoria á las ninfas Esfragitides el sacrificio prescrito por la Pitia, costeándolo de los fondos públicos; Lacedemonios noventa y uno, y Tegeatas once. Es, pues, muy reparable que Herodoto diga haber sido éstos solos los que vinieron á las manos con los enemigos, y ninguno otro de los demas Griegos: porque el número de muertos, y los monumentos del tiempo atestiguan que la victoria fué de todos; y si solas tres ciudades hubieran combatido, sin tener parte las demas, no podria el ara llevar esta inscripcion:

Los Griegos por el triunfo que obtuvieron
En el crudo ejercicio del Dios Marte
Ahuyentando á los Persas, esta ara
Por comun voto de la Grecia libre
Al libertador Jove dedicaron.

Dióse esta batalla el 14 del mes Boedromion, segun la cuenta de los Atenienses; y segun la cuenta de los Beocios el 24 del mes Ganemo: dia en que áun hoy se junta en Platea el concilio griego, y en que los Plateenses sacrifican por esta victoria á Jove Libertador: no siendo de extrañar que haya esta diferencia en la cuenta de los dias, cuando áun ahora, despues de tanto como se ha adelantado en la astronomía, no convienen los diferentes pueblos en los principios y fines de los meses.

Despues de estos sucesos no convenian los Atenienses en conceder el prez del valor á los Lacedemonios, ni les permitian levantar trofeo, habiendo estado en muy poco el que de pronto se arruinase toda aquella dicha de los Griegos, estando como estaban sobre las armas; á no haber sido que Arístides, exhortando y persuadiendo á sus colegas, y especialmente á Leócrates y Mirónides, alcanzó y obtuvo de ellos que se dejara la decision á los otros Griegos. Deliberando, pues, éstos, propuso Teogiton de Megara que el prez habia de darse á otra ciudad, si no querian que se encendiese una guerra civil; y como á esta propuesta se hubiese puesto en pié Cleocrito de Corinto, por lo pronto hizo creer que iba á pedir aquel premio para los Corintios, porque despues de Esparta y Atenas era Corinto una de las ciudades de más fama; pero hizo á favor de los de Platea una admirable propuesta que agradó á todos, porque aconsejó que para quitar toda contienda se diera el prez á los Plateenses, por cuya preferencia nadie habia de incomodarse: así fué que al pronto otorgó Arístides por los Atenienses, y en seguida Pausanias por los Lacedemonios. Reconciliados de este modo, separaron del botin ochenta talentos para los de Platea, con los cuales reedificaron el templo de Minerva, labraron su estatua, y adornaron el templo con pinturas, que áun el dia de hoy se conservan frescas. Levantaron trofeos separadamente, de una parte los Lacedemonios, y de otra los Atenienses; pero en cuanto á sacrifi-

cios, habiendo consultado á Apolo Pitio, les dió por respuesta que construyesen el ara de Júpiter Libertador, y que se abstuviesen de sacrificar hasta que apagado el fuego de todo el país como contaminado por los bárbaros, le encendiesen puro en el altar comun de Delfos. Los magistrados, pues, de los Griegos enviaron de pueblo en pueblo á que en todas las casas se apagase el fuego; y en Platea, habiendo ofrecido Euquidas que iria en toda diligencia á tomar y traerles el fuego del Dios, marchó para Delfos. Lavóse allí el cuerpo, hízose aspersiones, coronóse de laurel; y tomando del ara el fuego, se volvió corriendo á Platea, y llegó ántes de ponerse el sol, habiendo andado aquel dia mil estadios. Saludó á sus conciudadanos, é inmediatamente cayó en el suelo, y espiró de allí á poco. Recogieron los de Platea su cadáver, y lo sepultaron en el templo de Diana Euclia, poniéndole por inscripcion este tetrámetro:

De sol á sol Euquidas corriendo,
Fué y vino á Delfos en el mismo dia;

y el sobrenombre de Euclia se lo dan muchos á Diana; pero algunos dicen que Euclia fué hija de Hércules y Mirtis, hija de Menecio, y hermana de Patroclo; y que habiendo muerto doncella es tenida en veneracion por los Beocios y los Locros; porque su ara y su estatua se ven colocadas en todas las plazas, y le hacen sacrificios las novias y los novios.

Celebróse junta pública y comun de todos los Griegos, y escribió Arístides un proyecto de decreto, para que cada año concurrieran á Platea legados y prohombres de la Grecia; se celebraran juegos Quinquenales en memoria de la libertad, y se hiciera entre los Griegos una contribucion para la guerra contra los bárbaros de diez mil hombres de infantería, mil de caballería y cien naves, quedando exen-

tos los de Platea, consagrados al Dios para hacer sacrificios por la salud de la Grecia. Sancionado este decreto, tomaron á su cargo los Plateenses el hacer exequias cada año por los Griegos que murieron y descansan allí, lo que hasta el dia de hoy ejecutan de esta manera: el dia 16 del mes Maimacterion, que para los Beocios es Alcomenio, forman una procesion, á la que desde el amanecer precede un trompeta, que toca un aire marcial, yendo en pos carros llenos de ramos de mirto y de coronas, y un toro blanco: llévanse despues en ánforas libaciones de vino y leche, y jóvenes ingenuos conducen cántaros de aceite y ungüento; porque á ningun esclavo se le permite poner mano en aquel ministerio, á causa de que los varones en cuyo honor se hace la ceremonia murieron por la libertad. Viene por fin el Arconte de los Plateenses, y con no serle lícito en ningun otro tiempo tocar el yerro, ni usar de vestidura que no sea blanca, entónces se viste túnica de púrpura, y tomando del aparador una ánfora, va hácia los sepulcros por medio de la ciudad con espada desenvainada. Llegado al sitio, toma agua de la fuente, hace aspersion sobre las pirámides ó columnas, y las unge con ungüento: mata despues el toro sobre la hoguera, é invocando á Júpiter y á Mercurio infernal, convida á los excelentes varones que murieron por la Grecia á gustar de aquel banquete y de aquella sangre: echando luégo vino en una taza, y vaciándolo, pronuncia estas palabras: «*Sea en honor de los varones que murieron por la libertad de los Griegos*:» ceremonias con que todavía cumplen el dia de hoy los Plateenses.

Restituidos á la ciudad los Atenienses, observó Arístides que mostraban deseos de restablecer la perfecta democracia; y como por una parte considerase á aquel pueblo muy digno de consideracion, y por otra no juzgase fácil el oponérsele siendo poderoso en armas y hallándose ensoberbecido con sus victorias, escribió decreto para que el gobierno fuese comun é igual á todos, y los Arcontes se

eligiesen de entre todos los Atenienses. Anunció Temístocles al pueblo que habia concebido un proyecto que no podia revelarse, pero sumamente útil y saludable á la ciudad: acordaron por tanto que á nadie se dijese, sino á solo Arístides, y él solo lo aprobase. Reveló, pues, á éste que tenía pensado poner fuego á la armada de los Griegos, porque con esto serian los Atenienses los más poderosos y árbitros de la suerte de los demas; y entónces Arístides, presentándose al pueblo, le dió parte de que el proyecto que Temístocles tenía meditado no podia ser ni más útil ni más injusto; oido lo cual resolvieron los Atenienses que Temístocles abandonara su pensamiento: ¡tan amante era entónces aquel pueblo de la justicia! ¡y tanta era la confianza y seguridad que le inspiraba un hombre solo!

Nombrósele general para la guerra juntamente con Cimon; y notando que Pausanias y los demas caudillos de los Esparciatas eran orgullosos é inaguantables con los aliados, tratándolos él con blandura y humanidad, y haciendo que Cimon se les mostrara tambien afable y popular en el mando, no advirtieron los Lacedemonios que iba á arrebatarles la superioridad y el imperio, no á fuerza de armas, de caballos ó de naves, sino con la benevolencia y la dulzura: pues que con ser los Atenienses bienquistos á los demas Griegos por la justificacion de Arístides y la bondad de Cimon, todavía les hacian desear más su mando la codicia y el mal modo de Pausanias; porque siempre trataba con desabrimiento y aspereza á los caudillos de los aliados; á los soldados los castigaba con azotes; ó echándoles encima una ancla de hierro, los obligaba á permanecer en esta disposicion todo el dia. Nadie debia ir á aprovecharse de ramaje, ó á tomar agua de la fuente ántes que los Esparciatas, porque tenía lictores apostados, que á latigazos hacian retirar á los que se acercaban; y queriendo en cierta ocasion Arístides hacerle alguna amonestacion y advertencia, arrugando Pausanias el semblante, le respondió que

no estaba de vagar, y no le dió oidos. Por tanto, yendo los jefes de armada y los generales de los Griegos, y especialmente los de Quio, de Samos y de Lesbos en busca de Arístides, le propusieron que tomara el mando y se pusiera al frente de los aliados, que deseaban hacía tiempo salir de las manos de los Esparciatas y estar bajo el mando de los Atenienses; y como les respondiese que bien veia la necesidad y justicia que contenia su propuesta, pero que para mayor seguridad se hacía precisa alguna obra que despues de ejecutada no dejase á la muchedumbre lugar al arrepentimiento, Ulíades de Samos y Antágoras de Quio, convenidos entre sí con juramento, acometieron cerca de Bizancio á la galera de Pausanias, que les precedia, cogiéndola en medio. Luego que éste lo vió, se puso en pié, y con gran cólera les amenazó de que en breve les haria ver que no se habian insolentado contra su nave, sino contra su propia patria; mas ellos le dieron por contestacion que se fuera en paz, y agradeciera á la buena suerte que con ellos habia tenido en Platea, pues solo por este miramiento no tomaban de él la conveniente satisfaccion; y, por último, se pasaron á los Atenienses. Mas en esto lo que hay de más admirable es la prudencia que manifestó Esparta; porque luégo que advirtió que la grandeza del poder habia corrompido á sus generales, se desistieron voluntariamente del mando y de dar generales para la guerra, queriendo más tener ciudadanos modestos y observadores de las costumbres patrias, que conservar la superioridad sobre toda la Grecia.

Aun en el tiempo en que los Lacedemonios tenian el mando, pagaban los Griegos cierto tributo para la guerra; mas queriendo entónces que la exaccion se hiciese por ciudades con igualdad, pidieron á los Atenienses que Arístides fuese el encargado; el cual, examinando la extension del territorio y las rentas de cada una, determinase lo que segun su dignidad y posibilidad le correspondiera pagar.

Dueño, pues, de tan considerable autoridad, y teniendo en cierta manera él solo en su mano los intereses de la Grecia, si pobre salió á ejercer este cargo, volvió más pobre todavía, habiendo hecho la descripcion de las riquezas, no sólo con pureza y justicia, sino á la satisfaccion y gusto de todos. Por tanto, así como los antiguos celebraban la vida del reinado de Saturno, de la misma manera los Griegos tenian en memoria y loor el repartimiento de Arístides, y más cuando al cabo de poco tiempo se les duplicó y triplicó el tributo: porque el que les impuso Arístides, sólo ascendia á la suma de cuatrocientos y sesenta talentos; y á ella añadió Pericles muy cerca de un tercio: pues dice Tucídides que al principio de la guerra del Peloponeso, percibian los Atenienses de los aliados seiscientos talentos. Muerto Pericles, los demagogos fueron extendiendo poco á poco esta cantidad hasta la suma de mil y trescientos talentos, no tanto porque la duracion y los varios sucesos de la guerra ocasionaban crecidos gastos, como porque metieron al pueblo en hacer distribuciones en dinero, en dar para los espectáculos, y en acumular estatuas y edificar templos. Siendo, pues, grande y admirable la fama de Arístides por el repartimiento de los tributos, se cuenta de Temístocles que se burlaba de ella, diciendo que semejante alabanza, más que de un hombre, era propia de un talego de guardar dinero: vengándose de este modo, aunque por diferente término, de cierta picante respuesta de Arístides, porque diciendo en una ocasion Temístocles que la dote mayor de un general era el prevenir y antever los designios de los enemigos, le contestó: «Bien es necesario esto, oh Temístocles; pero lo más esencial y más loable en el que manda, es poner ley á las manos.»

Sujetó Arístides con juramento á los demas Griegos, y él mismo juró por los Atenienses, apagando hierros candentes en el mar en seguida de las imprecaciones; mas al

fin, obligando el estado de los negocios, segun parece, á mandar con mayor rigor, propuso á los Atenienses que cargaran sobre él el perjurio, y consultaran en las cosas públicas á la utilidad; y Teofrasto, hablando con generalidad, dice que este hombre, que como particular y para con sus conciudadanos era estrechísimamente justo, en los negocios públicos se acomodó muchas veces á la situacion de la patria, que le precisó á más de una injusticia; porque tratándose á propuesta de los de Samos de traer á Atenas las riquezas de Delos contra lo estipulado en los tratados, se dice haber expresado Arístides que ello no era justo, pero que convenia. Mas por fin, con haber alcanzado que Atenas imperase sobre tantos pueblos, no por eso dejó de ser pobre y de honrarse tanto con la gloria de su pobreza, como con la de sus trofeos; y la prueba es esta. Calias el Daduco era pariente suyo: seguíanle sus enemigos causa capital, y despues que hablaron lo que era propio sobre los objetos de la acusacion, saliéndose fuera de ella, dirigieron la palabra á los jueces para tratar de Arístides, diciéndoles: «Ya conoceis á este hijo de Lisimaco, y cuán grande opinion goza entre los Griegos: pues ¿cómo pensais que lo pasará en su casa, cuando veis que con aquella túnica se presenta en el tribunal? Porque ¿no es indispensable que el que en público tiene que tiritar de frio, en su casa esté miserable y falto áun de las cosas más precisas? Pues Calias, el más rico de los Atenienses, con ser su primo, no hace caso ninguno de un hombre como este, abandonándole en la miseria con mujer é hijos, sin embargo de que no ha dejado de valerse de él, y que más de una vez ha disfrutado de su influjo.» Vió Calias que esta especie habia hecho grande impresion sobre los jueces y los habia indispuesto contra él, por lo que pidió se le llamase á Arístides, para que testificara ante los jueces que, habiéndole ofrecido intereses repetidas veces, y rogádole los aceptara, nunca habia condes-

cendido, respondiendo que más ufano debia estar él con su pobreza que Calias con todos sus haberes: porque cada dia se estaba viendo á muchos usar unos bien y otros mal de las riquezas, cuando no era fácil encontrar quien llévara la pobreza con ánimo alegre; y que de la pobreza se avergonzaban los que no estaban bien con ser pobres. Convino Arístides en que Calias decia bien, y no salió de allí ninguno que no quisiera más ser pobre como Arístides, que rico como Calias. Así nos lo dejó escrito Esquines el discípulo de Sócrates. Platon, teniendo por grandes y dignos de nombradía á muchos Atenienses, éste sólo dice que es digno de memoria, porque Temístocles, Cimon y Pericles llenaron la ciudad de pórticos, de riquezas y de muchas superfluidades, y sólo Arístides la inclinó con su gobierno á la virtud. Aun con el mismo Temístocles dió grandes muestras de su equidad y moderacion; porque con haberle tenido por enemigo en todo el tiempo de su gobierno, hasta ser desterrado por él, cuando Temístocles le dió ocasion de desquitarse puesto en juicio ante el pueblo, nada hizo en su daño, sino que persiguiéndole y acusándole Alcmon, Cimon y otros muchos, sólo Arístides no hizo ni dijo cosa que le fuese contraria, ni se holgó de ver en la desgracia á su enemigo, así como ántes no le habia envidiado su dicha.

En cuanto al lugar donde murió Arístides, unos dicen que fué en el mar yendo embarcado á desempeñar negocios de la república; pero otros dicen que murió en Atenas de vejez, honrado y admirado de sus conciudadanos; y Cratero de Macedonia hizo de esta manera la relacion de su fallecimiento. «Porque despues del destierro de Temístocles, dice, estando el pueblo lleno de orgullo, se levantó un tropel de calumniadores, que persiguiendo á los hombres de más probidad y poder los expusieron á la envidia y encono de la muchedumbre; á la que habian engreido, como se deja dicho, los buenos sucesos y la extension de

su imperio: y que entre estos hicieron condenar á Arístides por soborno, acusándole Diofanto, de la tribu Anfitrópide, de haber recibido presentes de los Jonios cuando tuvo el encargo de repartir las contribuciones; y como no tuviese con qué pagar la multa, que era de cincuenta minas, se retiró por mar á la Jonia, y allí murió.» Mas de ninguna de estas cosas produce prueba alguna Cratero, ni el tanto de la acusacion, ni el decreto; siendo así que suele ser muy púntual en dar razon de estas cosas, citando á los que ántes de él las refirieron. De todos los demas, para decirlo de una vez, que pusieron su atencion en describir los malos tratamientos del pueblo para con sus generales, refieren sí y ponderan el destierro de Temístocles, la prision de Milciades, la multa de Pericles, la muerte de Paquetes en el tribunal, dándosela él mismo en la tribuna, cuando vió que se daba sentencia contra él, y otras muchas cosas á este tenor; pero respecto de Arístides, aunque no omiten su destierro por el ostracismo, ninguna memoria hacen de esta otra condenacion.

Lo cierto es que se muestra en Falero su sepulcro labrado de órden de la ciudad, porque ni siquiera dejó con qué enterrarse. Dícese que las hijas salieron del Pritaneo para ser entregadas á sus maridos, habiéndose costeado de los fondos públicos los gastos de la boda, y dádose por decreto en dote á cada una tres mil dracmas. A su hijo Lisimaco dió asimismo el pueblo cien minas de plata, y otras tantas yugadas de tierra plantada de árboles, y además otras cuatro dracmas al dia, habiendo sido Alcibiades quien presentó el proyecto. Aún más todavía: como Lisimaco hubiese dejado una hija llamada Polucrita, le señaló á esta el pueblo, segun dice Calistenes, la misma racion que á los vencedores de Olimpia; y Demetrio Falereo, Jerónimo Rodio, Aristodemo el músico y Aristóteles, si es que el libro *De la nobleza* se ha de colocar entre los genuinos de este filósofo, refieren que con Mirto, nieta de Arístides,

se casó el sabio Sócrates, pues aunque tenía otra mujer recogió en su casa á ésta, por verla viuda y falta de todo medio de subsistir; mas estas especies las contradijo convenientemente Panecio en sus libros acerca de Sócrates. Demetrio Falereo, en su *Sócrates*, dice que se acuerda de un nieto de Arístides, sumamente pobre, llamado Lisimaco, que sentado junto al Yaqueo, se mantenia de decir la buenaventura con cierta tabla divinatoria; y que formando él mismo el proyecto de decreto, obtuvo que el pueblo señalara á la madre de éste y á una hermana de la misma tres óbolos por dia; y añade el propio Demetrio que siendo nomoteta, mandó que se extendiera á una dracma el donativo de estas mujeres. Ni es extraño que así cuidara este pueblo de personas que estaban dentro de la ciudad, cuando habiendo sabido que en Lemnos se hallaba una nieta de Aristogiton, y que no se habia casado por su pobreza, la hizo traer á Atenas; y casándola con uno de los más ilustres, le dió en dote una porcion de terreno á la parte del rio: y áun en nuestros dias se hace admirar este mismo pueblo por su humanidad y beneficencia con repetidos ejemplares dignos de imitacion.

MARCO CATON.

Dícese que Marco Caton fué por su linaje oriundo de Túsculo, y que residió y vivió ántes de tener parte en el gobierno en campos propios de su familia en la region Sabina; y no obstante tenerse la idea de que sus progenitores fueron desconocidos, el mismo Caton alaba á su padre como hombre de valor y ejercitado en la milicia; y refiere de su bisabuelo que muchas veces alcanzó el prez del valor, y que habiendo perdido en diferentes batallas cinco caballos ejercitados en la guerra, fué del pueblo honrado por su valor y fortaleza. Acostumbraban los Romanos á dar la denominacion de hombres nuevos á los que no tenian fama por su linaje, sino que eran ellos mismos los que empezaban á darse á conocer; y como llamaban tambien nuevo á Caton, decia que bien era nuevo para el mando y para la gloria, pero que por las obras y virtudes de sus antepasados era bien antiguo. Al principio no tuvo por tercer nombre el de Caton, sino el de Prisco; pero luego por aquella dote en que sobresalia obtuvo el apellido de Caton: porque llaman Caton los Romanos al hombre precavido. Era en su figura rubio y de ojos azules, como lo dió á entender, no mostrándosele muy aficionado, el que hizo este epigrama:

A ese rubio, mordaz, de ojos azules;
A Porcio, áun muerto, estoy que en el infierno
No le ha de recibir la hija de Céres.

La constitucion de su cuerpo con el ejercicio, con la parsimonia y con acostumbrarse en el ejército desde el principio á portarse como soldado, se hizo muy robusta, habiendo adquirido á un tiempo fuerza y buena salud. Cultivó tambien la facultad de decir, como otro segundo cuerpo, y como un instrumento, no solamente útil, sino necesario, para quien no queria vivir oscuro y en inaccion: ejercitóla, pues, en las alquerías y pueblos inmediatos, prestándose á defender en los juicios á los que se lo rogaban; y al principio se echó de ver que era un defensor fogoso; pero luego se acreditó además de orador vehemente: descubriendo en él los que se valian de sus talentos una gravedad y juicio que eran propios para los grandes negocios y para el mando político. Porque no sólo se conservó puro en cuanto á recibir salario por sus dictámenes y defensas, sino que áun desdeñaba la gloria que de esta clase de contiendas podria resultarle. Deseando, pues, señalarse principalmente en los combates contra los enemigos y en acciones de guerra, siendo todavía jóven tuvo ya su cuerpo cubierto de heridas, recibidas de frente: diciendo él mismo que á los diez y siete años hizo su primera campaña, al tiempo que Aníbal victorioso puso en combustion toda la Italia. En las batallas mostróse de mano pronta para acuchillar, de piés firmes é inmobles y de semblante fiero; y áun acostumbraba á usar de amenazas y de gritos penetrantes contra los enemigos: creyendo él mismo, y enseñando á los demas que estas cosas suelen contribuir más que el mismo acero para atemorizar á los contrarios. En las marchas caminaba á pié, llevando sus armas, y sólo le seguia un sirviente, que llevaba lo que habian de comer; con el cual no se incomodó nunca, ni le

riñó por el modo de disponerle la comida ó la cena, sino que á veces echaba tambien mano, y le ayudaba en estos ministerios despues de fenecidos los de la milicia. En el ejército no bebia sino agua, ó á lo más cuando tenía una sed muy ardiente pedia vinagre; y si se sentia desfallecido, tomaba un poco de vino.

Estaba á corta distancia de sus posesiones la casa de campo en que residia Marcio Curio, el que habia triunfado tres veces. Iba frecuentemente á ella, y viendo lo reducido del terreno y la sencillez de toda su casa, no pudo ménos de meditar sobre la conducta de un varon tan singular, que con ser el más excelente entre los Romanos, con haber sojuzgado los pueblos más belicosos, y haber arrojado á Pirro de Italia, él mismo labraba aquel campo, y vivia en aquella casita despues de tres triunfos. Allí mismo le hallaron sentado al fuego, cociendo unos rábanos, los embajadores de los Sannites, y le ofrecieron cantidad de oro; mas él los despidió, diciendo que estaba de sobra el oro para quien se contentaba con aquella comida, y que para él era más apreciable que tener oro el vencer á los que lo tenian. Caton al retirarse de allí reflexionaba sobre estas cosas, y volviendo la consideracion á su propia casa, sus campos, sus esclavos y su gasto, se aplicó más al trabajo y cercenó superfluidades. Tomó Fabio Máximo la ciudad de los Tarentinos, y en aquella empresa se halló Caton, militando bajo sus órdenes, cuando todavía era muy jóven. Cúpole por huésped un pitagórico llamado Nearco, y procuró instruirse en sus dogmas; y como escuchase de su boca las mismas máximas de que tambien hacía uso Platon, llamando al deleite el mayor cebo para el mal, al cuerpo el primer tormento del alma, y remedio y purificacion á aquellas reflexiones en virtud de las cuales el alma se separa y aparta cuanto le es posible de los afectos del cuerpo, todavía se apasionó más de la sencillez y de la templanza. Por lo demas, se dice haber aprendido tarde

las letras griegas, y que habiendo tomado en las manos los libros griegos cuando ya estaba muy entrado en edad, Tucídides le fué de alguna utilidad para la elocuencia, para la que sobre todo le aprovechó Demóstenes. Sus escritos los exornó oportunamente con máximas é historias griegas; y en sus apotegmas y sus sentencias se encuentran muchas cosas traducidas del griego á la letra.

Vivia á la sazon un hombre muy patriota y muy poderoso entre los Romanos, gran conocedor de la virtud nativa, y muy dispuesto á alimentarla y á inflamarla á la gloria, llamado Valerio Flaco. Tenía campos linderos á los de Caton; y enterado del desprendimiento y economía de este por medio de sus esclavos, los cuales le referian que de madrugada iba á la plaza, se surtia de lo que habia menester, y vuelto al campo, si era invierno, poniéndose una especie de anguarina, y horro de ropa, si era verano, trabajaba con sus esclavos, sentándose á comer con ellos del mismo pan, y bebiendo del mismo vino; admirado en gran manera así de esto, como de oirles hablar de su moderacion, de su modestia, y de algunos dichos sentenciosos suyos, dió órden para que le convidaran á cenar á su casa. Desde entónces le trató familiarmente; y observando que era de carácter suave y urbano, que á manera de planta sólo pedia otro cultivo y otro aire más libre y abierto, lo inclinó y persuadió á que trasladándose á Roma tomara parte en el gobierno. Trasladado á aquella capital, en breve con la defensa de las causas se adquirió admiradores y amigos; y como Valerio le proporcionase además grande opinion y poder, alcanzó que primero le nombrasen tribuno, y despues cuestor. Logró ya entónces ser más señalado y conocido, y aspiró con el mismo Valerio á las primeras magistraturas, habiendo sido con éste cónsul, y despues censor. Procuró tambien arrimarse á Fabio Máximo por su grande fama y su grande autoridad; pero más principalmente porque se proponia la conducta y método

de vida de éste como el mejor modelo y ejemplar; y áun por lo mismo no pudo ménos de ponerse en oposicion con Escipion el mayor, que no obstante ser jóven todavía, hacía contraresto á Fabio, y como que se le mostraba envidioso. Hubo tambien otro motivo, y fué que yendo de cuestor con Escipion á la guerra de Africa, como advirtiese que éste usaba de su acostumbrada profusion, y permitia que en el ejército se gastara sin medida, le habló francamente, diciéndole que lo de ménos era el gasto, y el mal principalmente estaba en que estragase la antigua frugalidad del soldado, acostumbrándole para en adelante al regalo y á los deleites; y como Escipion le contestase que no necesitaba un cuestor tan severo, cuando ponia toda la atencion en desempeñar cumplidamente su deber con respecto á la guerra, porque de lo que habia de dar cuenta á la ciudad era de sus acciones y no del dinero, se retiró de Sicilia. Hablaba frecuentemente en el Senado con Fabio de la inmensa cantidad de dinero que gastaba Escipion, y desacreditaba en los circos y en los teatros su porte fastuoso, como si hubiera ido á celebrar fiestas y no á mandar un ejército; tanto, que obligó á que se enviaran cerca de éste tribunos de la plebe para que le hicieran venir á Roma, si estas acusaciones eran ciertas. Mas Escipion, habiendo hecho ver que la victoria estaba en los preparativos de la guerra, y convencido á los tribunos de que si usaba de humanidad y condescendencia en los gastos esto en nada perjudicaba á la diligencia y á las demas grandes prendas militares, partió de Sicilia para la guerra.

Aunque era grande el poder que Caton se habia con su elocuencia granjeado, tanto que generalmente se le apellidaba Demóstenes Romano, era todavía mayor la fama y celebridad que le daba su particular método de vida. Porque su destreza en el decir fué desde luégo para los jóvenes un ejemplar comun y de gran solicitud; pero el conservar la frugalidad antigua, contentarse con cenas senci-

llas, comidas fiambres, vestidos lisos, y una casa como las del comun de ciudadanos, y hacerse admirar más por no necesitar de superfluidades que por poseerlas; esto era ya muy raro en un tiempo en que la autoridad no se conservaba pura por su misma grandeza, sino que, con tener superioridad sobre muchos negocios y muchos hombres, habia dado entrada á diversas costumbres, y se veian ejemplos de portes y medios de vivir muy diferentes. Con razon, pues, miraban todos á Caton como un prodigio, al ver que los demas, debilitados por los placeres, no eran para aguantar ningun trabajo, y que éste en ambas cosas se conservaba invicto, no sólo de jóven y cuando aspiraba á los honores, sino anciano ya y canoso despues del consulado y triunfo, como un atleta constantemente vencedor que se mantiene siempre igual en la lucha hasta la muerte. Porque se dice que nunca llevó vestido que valiese más de cien dracmas; que de general y de cónsul bebió siempre del mismo vino que sus trabajadores; que las provisiones para la comida las tomó siempre de la plaza sin gastar más de treinta cuartos, y esto por causa de la república, á fin de robustecer el cuerpo para la guerra; que habiéndole tocado de botin un paño babilonio, al punto lo vendió; que jamás tuvo casa ninguna de campo revocada de cal, y que nunca compró esclavo que le costase arriba de mil y quinientas dracmas, como que no los buscaba delicados ó de hermosa presencia, sino trabajadores y robustos, propios para ser gayanes y vaqueros: y áun de estos, cuando ya eran viejos, opinaba que era preciso deshacerse para no mantener gente inútil. En una palabra, era de dictámen que no debia tenerse nada superfluo; y que áun en un cuarto es caro aquello que no se necesita. Y en cuanto á campos, queria poseer los de labor y pasto, no verjeles ó jardines.

Atribuian algunos á mezquindad esta tan rigurosa economía; pero otros veian en ella el esmero y la rígida tem-

planza de un hombre que se estrechaba y reprimia á sí mismo, para corregir y moderar á los demas. Solamente aquello de valerse de los esclavos como de acémilas, y deshacerse luego de ellos y venderlos á la vejez, para mí no puede ser sino de un hombre cruel y que no se cree enlazado á otro hombre sino con el vínculo de la utilidad. Pues en verdad que la humanidad y la dulzura tienen todavia más latitud que la justicia; pues de la ley y de la justicia sólo podemos usar con los otros hombres, pero la beneficencia y la gratitud se emplean áun con los animales irracionales; dimanando de la bondad como de una fuente copiosa, porque es propio del hombre de probidad no dejar sin alimento al caballo desfallecido ya por los años, y el mantener y cuidar los perros, no sólo de cachorritos, sino áun cuando se han hecho viejos. El pueblo de Atenas, cuando se construyó el Hecatómpedo (1), á cuantas acémilas llegó á entender haber concurrido constantemente á los trabajos de la obra, á todas las echó á pacer libres y sueltas; y áun se refiere de una de ellas que por sí misma se bajaba al lugar de la obra, y agregándose á las yuntas que subian los carros al alcázar, las ayudaba yendo delante, como si las animara y alentara; por lo que se decretó que hasta que muriese se proveyera de los fondos públicos para su manutencion. Los sepulcros de las yeguas con que Cimon venció tres veces en Olimpia están inmediatos á los monumentos que á éste se erigieron. Muchos cuidaron de sepultar á los perros que se les habian hecho como comensales y amigos; y entre ellos Jantipo el mayor, al perro que nadando junto á su galera le siguió á Salamina, cuando el pueblo abandonó la ciudad, le hizo sepultar en un promontorio, que todavía se llama la se-

(1) Haspocracion es el autor por quien sabemos que se dió tambien este nombre de Hecatompedo al Partenon ó templo de Minerva.

pultura del perro; pues no hemos de usar de cosas que tienen vida y alma como de los zapatos ó de los muebles, echándolos á un rincon cuando ya están rotos y gastados, sino que es razon que en cuanto á aquellas nos mostremos cuidadosos y benignos, aunque no sea más que por excitar á la humanidad. Por tanto, yo ni siquiera á un buey de labor lo venderia por viejo, mucho ménos á un hombre anciano, desterrándolo como de su patria de una tierra y de una mansion á que estaba ya habituado, en cambio de una friolera que podrian dar por él; pues que siendo inútil al que lo vendia, lo sería tambien al comprador; cuando de Caton, que parece hacía gala de estas cosas, se cuenta haberse dejado en España el caballo que siendo cónsul le sirvió en la guerra, por no poner en cuenta á la república el gasto de su flete. Cada uno, pues, juzgará dentro de sí, segun su modo de ver, si cosas llevadas tan al extremo se han de atribuir á magnanimidad ó á sórdida codicia.

Por lo demas, su moderacion fué verdaderamente maravillosa, pues siendo general, de trigo no tomó para sí y sus asistentes más que tres fanegas áticas al mes; y de cebada al dia para las bestias todavía ménos de tres medias. Cúpole en suerte la provincia de Cerdeña, y habiendo sido costumbre de los pretores que le precedieron, tomar del público los muebles, las camas y las ropas, gravando á los habitantes con precisarles á mantener numerosa servidumbre y grande acompañamiento de amigos para los banquetes, hizo advertir en esto una increible diferencia, no permitiendo jamás que de los fondos públicos se hiciera gasto alguno. Hizo la visita de las ciudades á pié; y sólo le seguia un ministro público, que llevaba su ropa y el vaso que le servia en las sagradas libaciones. Mas sin embargo, á este desprendimiento y ahorro usado con los que estaban bajo su mando acompañaba una suma circunspeccion y gravedad, siendo inexorable en lo justo, y recto y seve-

ro en hacer cumplir las órdenes que daba; de manera que nunca el mando de los Romanos les fué á aquellos naturales ni más temible ni más grato.

Por este mismo término parece que era tambien el lenguaje de este hombre singular; porque era gracioso y vehemente, dulce y penetrante, adornado y grave, sentencioso y polémico: al modo que Platon pinta á Sócrates, al parecer hombre vulgar, satírico y acre para los que por primera vez le trataban; pero por dentro lleno de solicitud y pensamientos útiles, que arrancaban lágrimas á los oyentes y convertian su corazon: de manera que no sé en qué pudieron fundarse los que dijeron que el estilo de Caton era parecido al de Lisias; pero de esto juzgarán los que se hallen más en estado de conocer la lengua romana: por lo que á mí hace, me contentaré con referir algunas de sus máximas; estando como estoy en la opinion de que más se ven en ellas, que no en el rostro, las costumbres de cada uno.

Propúsose en una ocasion retraer al pueblo romano del intento á que le veia decidido de que se hiciera distribucion y repartimiento de trigo; y para ello empezó su discurso de esta manera: «Ardua cosa es, oh ciudadanos, quererse hacer entender del vientre que no tiene oidos.» Censuraba otra vez el lujo; y dijo, que era muy difícil se salvase una ciudad en la que se vendia más caro un pescado que un buey. Comparaba los Romanos á las ovejas, porque decia que á éstas una á una se las lleva muy mal, y juntas siguen fácilmente unas tras otras á los conductores; «y de la misma manera vosotros, añadió, de hombres de quienes cada uno en particular no se valdria para tomar consejo, sois seducidos y atraidos cuando os veis juntos y congregados en uno.» Hablando del poder é influjo que la mujeres tenian, «los demas hombres, dijo, mandan á las mujeres; pero nosotros á todos los hombres, y las mujeres á nosotros:» lo que viene á ser uno de los apotegmas que se cuen-

tan de Temístocles; porque éste como recabase de él muchas cosas su hijo por medio de la madre, «mira, mujer, le dijo, los Atenienses mandan á los Griegos, yo á los Atenienses, tú á mí, y á tí el hijo: por tanto, véte á la mano en tu autoridad, por la que aquel, con no tener el mayor juicio, manda sobre todos los Griegos.» Decia que el pueblo romano no sólo ponia precio á la púrpura, sino tambien á las ocupaciones: porque así como los tintoreros tiñen más ropas de aquel color que ven estar más en moda, del mismo modo los jóvenes á aquello se aplican y dedican más que ven en mayor estimacion y alabanza. Exhortábalos á que si se habian hecho grandes con la virtud y la moderacion, no empezaran á usar de peores medios; y si se habian engrandecido con la destemplanza y la maldad, se convirtieran á lo mejor, pues que ya con aquellas se habian hecho bastante grandes. De los que solicitaban repetidas veces las magistraturas decia, que como si no supieran el camino, buscaban el ir siempre con lictores para no perderse. Reprendia á los ciudadanos de que eligiesen muchas veces los mismos magistrados: «porque dais á entender, decia, que no teneis en mucho la autoridad, ó que creeis ser pocos los que son dignos de ella.» Pareciéndole que uno de sus enemigos llevaba una vida torpe é ignominiosa, «la madre de éste, dijo, no hace la debida plegaria á los Dioses, si les pide que le sobreviva.» Mostrando á uno que habia vendido ciertos campos hereditarios, situados en la playa, hizo como que le tenía en mucho por juzgarle, decia, «de más poder que el mar, pues lo que el mar no hacía mas que tocar suavemente, él se lo habia sorbido.» Cuando el rey Eumenes estuvo de paso en Roma, el senado le hizo un magnífico recibimiento, y fué grande la concurrencia y obsequio de los principales; pero en Caton se echaba bien de ver que no hacía ningun caso de él, y ántes se apartaba; y como hubiese quien le dijera que era hombre bueno y apasionado de los Romanos: «En buena

hora, dijo; pero este animal llamado Rey es carníboro por naturaleza; y ninguno de los reyes más celebrados puede ser comparado con Epaminondas, con Pericles, con Temístocles, con Mannio Curio ó con Amilcar, por sobrenombre Barcas.» Decia ser de sus enemigos tachado porque se levantaba de noche para ocuparse en los negocios públicos, abandonando los suyos propios; pero que más queria que obrando bien le faltase el agradecimiento, que evitar el castigo si en algo faltase; y que fácilmente perdonaba todos los yerros, á excepcion de los suyos.

Eligieron los Romanos para la Bitinia tres embajadores, de los cuales el uno padecia de gota, al otro se le habia hecho en la cabeza la operacion del trépano, y el tercero era tenido por no muy avisado; y sonriéndose Caton, dijo que los Romanos mandaban una embajada que no tenia ni piés, ni cabeza, ni corazon. Hablóle Escipion por medio de Polibio de los desterrados de la Acaya; y como en el Senado se gastase mucho tiempo, concediéndoles unos la vuelta, y resistiéndola otros, se levantó Caton, y «como si no tuviéramos otra cosa que hacer, les dijo, nos estamos aquí sentados todo el dia ocupados en examinar si unos cuantos Griegos ya ancianos han de ser llevados á enterrar por nuestros sepultureros, ó por los de Acaya.» Concedióseles la vuelta; y dejando Polibio pasar unos cuantos dias, intentó presentarse otra vez en el Senado, con el objeto de que los desterrados recobraran los honores que ántes tenian en la Acaya, para lo que procuraba tantear el modo de pensar de Caton; y éste, echándose á reir, dijo que Polibio no era como Ulises, pues queria entrar otra vez en la cueva del Cílope por haberse dejado allí olvidados el gorro y el ceñidor. Decia que los necios eran de más provecho á los prudentes, que éstos á aquéllos: porque los prudentes procuraban evitar las faltas de los necios; cuando con los aciertos de aquellos nunca éstos se corregian. De los jóvenes decia que le gustaban los que se ponian co-

lorados, no los que se ponian pálidos; y que de los militares no queria á los que en la marcha movian las manos y en la pelea los piés, ni á los que roncaban más alto que gritaban contra los enemigos. Para afrentar á un hombre gordo decia: «¿Cómo puede ser de provecho á la república un cuerpo en el que desde la garganta á la cintura todo es vientre?» Descartándose de un voluptuoso que queria ganar su amistad, «no puede ser, decia, que yo viva con un hombre más delicado de paladar que de corazon.» Decia que el alma del amante vivia en un cuerpo ajeno; y que en toda su vida de tres cosas solamente habia tenido que arrepentirse: primera, de haber confiado un secreto á su mujer; segunda, de haberse embarcado para un viaje que pudiera haber hecho por tierra, y tercera, de haber pasado un dia sin hacer nada. A un viejo maligno, «hombre, le dijo, cuando la vejez trae consigo tantas cosas desagradables, no le añadas la afrenta de la perversidad.» A un tribuno á quien se atribuia un envenenamiento, y que habia propuesto una ley perjudicial, empeñado en hacerla pasar: «Jóven, le dijo, no sé cuál sería peor, si beber lo que preparas, ó sancionar lo que escribes.» Denostándole un hombre notado de mala conducta: «No puede sostenerse, le dijo, una contienda como esta entre nosotros dos, porque tú oyes los oprobios con serenidad, y los dices sin reparo; cuando á mí se me resiste el decirlos, y no estoy acostumbrado á aguantarlos.» Por este término venian á ser sus apotegmas.

Designado cónsul con Valerio Flaco, su amigo y deudo, le tocó por suerte la provincia que llaman los Romanos España citerior. Miéntras allí vencia á unos pueblos con las armas, y atraia á otros con la persuasion, vino contra él un ejército de bárbaros tan numeroso que corrió peligro de ser vergonzosamente atropellado; por lo cual imploró el auxilio de los Celtíberos, que estaban cercanos. Pidiéronle éstos por precio de su alianza doscientos ta-

lentos; y teniendo todos los demas por cosa intolerable que los Romanos se reconocieran obligados á pagar á los bárbaros aquel precio de su auxilio, les replicó Caton que nada habia en ello de malo, pues que si vencian, serian los enemigos quienes lo pagasen, y si eran vencidos, no existirian ni los que lo habian de pagar, ni los que lo habian de pedir. Salió por fin vencedor en batalla campal, y todo le sucedió prósperamente: diciendo Polibio que á su órden todas las ciudades de la parte de acá del rio Bétis en un mismo dia demolieron sus murallas, no obstante ser en gran número y estar pobladas de hombres guerreros. El mismo Caton dice haber sido más las ciudades que tomó que los dias que estuvo en España; y no es una exageracion suya, si es cierto que llegaron á trescientas. Fué mucho lo que los soldados ganaron en aquella expedicion, y, sin embargo, repartió además á cada uno una libra de plata, diciendo que era mejor volviesen muchos con plata que pocos con oro; pero de tanto como se cogió dice no haber tomado para sí más que lo necesario para comer y beber. «No es esto que yo acuse, decia, á los que procuran aprovecharse de estas cosas, sino que quiero más contender en virtud con los buenos, que en riqueza con los más ricos, ó en codicia con los más acaudalados.» Ni solamente él mismo se conservó puro, sin haber tomado nada, sino que hizo se conservaran tambien puros los que tenía consigo en aquella expedicion, que no eran más que cinco esclavos. Uno de estos llamado Panco compró de entre los cautivos tres mozuelos, y habiéndolo llegado á entender Caton, hizo que lo ahogasen ántes que se le pusiese delante, y vendiendo los tres mozuelos, hizo poner el precio en el erario.

Permanecia todavía en España cuando Escipion el mayor, que era su rival y queria poner término á sus glorias, se propuso pasar á encargarse de las cosas de España, é hizo que se le nombrara sucesor de Caton. Apresu-

róse á llegar pronto para que tuviera cuanto ántes fin el mando de éste; el cual, tomando para salir á recibirle á cinco cohortes de infantería y quinientos caballos, derrotó á los Lacetanos, y entregado de seiscientos tránsfugas que habia entre ellos, los pasó á cuchillo. Llevólo Escipion á mal, y contestó Caton con ironía, que así era como Roma sería mayor, si los hombres grandes é ilustres no daban lugar á que los oscuros entraran á la parte con ellos en lo sumo de la virtud; y si los plebeyos, como él, se empeñaban en competir en virtud con los que les aventajaban en gloria y en linaje. Con todo, habiendo decretado el Senado que nada se mudara ó alterara de lo dispuesto por Caton, se le pasó en blanco á Escipion su mando en la inaccion y el ocio, más bien con mengua de su gloria que de la de aquél. Despues de haber triunfado, no hizo lo que suelen la mayor parte de los hombres, que no aspirando á la virtud sino á la gloria, luego que han subido á los supremos honores y que han conseguido los consulados y los triunfos, se proponen pasar el resto de su vida en el placer y el descanso, dando de mano á los negocios públicos; ni como estos relajó ó aflojó en nada su virtud, sino que al modo de los que empiezan á tomar parte en el gobierno sedientos de honor y de fama, como si de nuevo comenzara, estuvo pronto á que los amigos y los ciudadanos se valieran de él, sin excusarse de las defensas de las causas ni de la milicia.

Acompañó de legado en la administracion de la provincia á Tiberio Sempronio, procónsul de la Tracia y del Danubio; y fué á la Grecia de tribuno de legion con Manio Acilio contra Antioco el Grande, que inspiró miedo á los Romanos despues de Aníbal más que otro alguno; porque habiendo ocupado desde luego casi toda el Asia en la extension en que la habia dominado Seleuco Nicanor, y sujetado á muchas naciones bárbaras, habia resuelto acometer á los Romanos como los únicos que podian ser sus

dignos enemigos. Buscó para la guerra un motivo plausible, que fué el de libertar á los Griegos, sin embargo de que no lo habian menester, porque hacía poco habian sido hechos libres é independientes del poder de Filipo y los Macedonios por beneficio de los Romanos; y con este objeto marchó allá con un ejército, con lo que se conmovió al punto la Grecia, y quedó como en suspension, excitada á grandes esperanzas por los demagogos. Envió, pues, Manio mensajeros á las diferentes ciudades; y á la mayor parte de los perturbadores los aquietó y sosegó Tito Flaminio sin la menor disension, como lo decimos en su Vida; y Caton apaciguó tambien á los de Corinto, de Patras y de Egas; pero donde se detuvo por más tiempo fué en Atenas. Dícese que corre un discurso que en griego hizo á aquel pueblo, manifestándole su veneracion á la virtud de los antiguos Atenienses, y el placer que habia tenido en haber visto aquella ciudad, célebre por su hermosura y su grandeza; mas esto no es cierto, pues habló á los Atenienses por medio de intérprete, no obstante que podia haberlo hecho por sí; sino que quiso acomodarse á las costumbres patrias, y zaherir á los necios admiradores de las cosas griegas. Así es que á Postumio Albino, que escribió en griego una historia y pidió se le disculpase, le satirizó diciendo que se le concederia la disculpa si para emprender aquella obra hubiera sido obligado por un decreto de los Anfictuones. Se conserva en memoria que los Atenienses se maravillaron de su prontitud, y de la concision de su lenguaje; porque lo que él decia brevemente, no lo traducia el intérprete sino con pesadez, y empleando muchas palabras; y que en fin les habia parecido que á los Griegos les salian las voces de los labios, y á los Romanos del corazon.

Cerró Antioco las gargantas de las Termópilas con su ejército, y á las naturales defensas del sitio añadió fosos y trincheras, pensando que así tenía cercada á su arbitrio la

guerra; y en verdad que los Romanos desconfiaron de poder romper por el frente; pero revolviendo Caton en su ánimo aquellos atrincheramientos y aquel cerco, marchó por la noche á hacer un reconocimiento, llevando consigo una parte del ejército. Llegado á la cumbre, como el guia, que era un esclavo, desconociese el camino, se vió perdido en aquellas asperezas y derrumbaderos, causando esto en los soldados gran miedo y desaliento. Advirtiendo, pues, el peligro, mandó á todos los demas que no se movieran y aguardaran allí; y tomando consigo á Lucio Malio, hombre hecho á caminar por las montañas, discurrió con gran fatiga y riesgo en una noche oscura y ya adelantada por entre acebuches y peñascos, dando rodeos, y sin saber dónde ponia el pié, hasta que llegando á un camino abierto, que se dirigia hácia abajo, y les pareció iria al campamento de los enemigos, pusieron señales en unas eminencias muy altas, que descollaban sobre el Calidromo (1). Retrocedieron desde aquel punto; reuniéronse con las tropas, y encaminándose á las señales, puestos otra vez en el camino, comenzaron á marchar con seguridad; pero á poco que anduvieron les faltó la senda, encontrándose con un barranco; por lo que les sobrevino otra vez la incertidumbre y el miedo, no sabiendo ni advirtiendo que ya se habian puesto muy cerca de los enemigos. Clareaba el dia cuando les pareció que oian cierto murmullo, y de repente vieron un campamento griego, y la guardia puesta al pié de la roca. Haciendo, pues, allí alto Caton con sus tropas, dió órden de que se le presentasen solos los Firmianos, que eran los que siempre se le habian mostrado más fieles y dispuestos. Como acudiesen éstos al punto y le cercasen en tropel, «deseo, les dijo, que se coja vivo á uno de los enemigos, y se sepa de él qué guardia es

(1) Llamábase Calidromo la cresta más empinada del monte Oeta.

aquella, cuál su número, y cuál el órden, formacion y disposicion en que nos aguardan. Este rebato debe ser obra de prontitud y arrojo, que es en el que confiados los leones se lanzan sin armas sobre los otros tímidos animales.» Dicho esto, partieron de allí con celeridad los Firmianos del modo que se hallaban, y corriendo por aquellos montes se dirigieron contra la guardia: cogiéndola desprevenida, todos se sobresaltaron y dispersaron; pero pudieron coger á uno armado como estaba, y lo pusieron en manos de Caton. Supo por éste que la principal fuerza estaba apostada en la garganta con el Rey; y que los que le guardaban las avenidas eran unos seiscientos Etolios escogidos; y mirando con desprecio así el corto número como la nimia confianza, marchó contra ellos al toque de trompetas y con grande gritería, siendo el primero á desenvainar la espada; pero los enemigos, luego que los vieron descender de las alturas, dando á huir hácia el cuerpo del ejército, lo pusieron todo en gran confusion.

Al mismo tiempo trató Manio de forzar las trincheras por el pié de la montaña, acometiendo por las gargantas con todas sus fuerzas; y herido Antioco en la boca de una pedrada, que le quitó los dientes, volvió para atras su caballo movido del dolor, con lo que ninguna parte de su ejército hizo ya frente á los Romanos, sino que sin embargo de tener que hacer la fuga por sitios intransitables y peligrosos, porque las caidas habian de ser á lagos profundos ó piedras peladas, impelidos hácia estos lugares desde los desfiladeros, y atropellándose unos á otros, ellos mismos se destruyeron por el miedo de las heridas y del hierro de los enemigos. Caton parece que nunca habia sido muy contenido y parco en sus propias alabanzas, y ántes por el contrario, no habia evitado la opinion de jactancioso, teniendo el serlo por consecuencia de los grandes hechos; pero en esta ocasion, todavía ponderó más sus hazañas; pues dice que los que le vieron entónces

perseguir y herir á los enemigos, convinieron con él en que no quedaba Caton en tanta duda respecto del pueblo, como éste respecto de Caton; y que el mismo cónsul Manio en el calor todavía de la victoria, le echó los brazos, y teniéndole largo rato abrazado, prorumpió en fuerza del gozo en la expresion de que ni él mismo ni todo el pueblo pagaria cumplidamente á Caton aquellos beneficios. Despachósele inmediatamente despues de la batalla á ser él mismo el mensajero de aquellos sucesos, é hizo su navegacion con mucha felicidad hasta Bríndis, de donde en un dia pasó á Tarento, y caminando otros cuatro desde el mar, estuvo al quinto dia en Roma, logrando ser el primero que anunció la victoria; con la cual la ciudad se llenó de regocijo y de fiestas, y de orgullo el pueblo, como que ya nada le impediria hacerse dueño de toda la tierra y el mar.

De las acciones de guerra de Caton, estas fueron las más celebradas, y en cuanto á las cosas de gobierno, la parte relativa á la acusacion y correccion de los malos, parece haber sido la que le mereció mayor atencion; porque persiguió por sí á muchos, á otros les ayudó en este público ejercicio, y á algunos les dió el trabajo hecho para él, como á Petilio contra Escipion; y en cuanto á éste, que logró poner bajo sus piés los cargos por ser de una ilustre familia y de un ánimo verdaderamente grande, hubo de retirarse, viendo que no podia conducirle al suplicio; pero á Lucio su hermano, poniéndose al lado de los que le acusaban, lo envolvió en la condenacion de una gran multa para el erario; y como no tuviese con qué pagar, y por ello estuviera para ser puesto en prision, con gran dificultad se desenredó por la intercesion de los tribunos. Dícese tambien que á un jóven que habia conseguido se notase de infamia al enemigo de su padre, viéndolo ir por la plaza despues de la sentencia, le salió al encuentro Caton, y alargándole la mano, le dijo

que de aquel modo se debia hacer ofrenda á los manes de los padres, no con corderos ó cabritos, sino con las lágrimas y las condenaciones de los enemigos. Mas tampoco él salió siempre de los negocios libre y exento, sino que al menor asidero que daba á sus enemigos, era tambien puesto en juicio, y corria su riesgo; porque se dice que tuvo que defenderse en pocas ménos de cincuenta causas, la última de ellas cuando ya tenía ochenta y seis años; en la cual dijo aquella célebre sentencia: «que es cosa muy dura haber vivido con unos hombres y tener que hacer su apología con otros (1).» Mas sin embargo, no fué aquella con la que puso término á esta especie de contiendas; porque pasados otros cuatro años, acusó á Sergio Galba cuando ya era de noventa, faltando poco para que le sucediese lo que á Nestor, que con su vida y sus hechos alcanzó tres generaciones; pues que habiendo tenido, como hemos dicho, diferentes choques en asuntos de gobierno con Escipion el mayor, llegó hasta los tiempos de Escipion el jóven, que era hijo de aquél por adopcion, y natural de Paulo, el que subyugó á Perseo y los Macedonios.

A los diez años despues del consulado se presentó Caton á pedir la censura. Viene á ser esta dignidad el colmo de todos los honores y como el complemento del gobierno, teniendo además de otras facultades la del exámen de la vida y costumbres: porque no hay acto alguno de importancia, ni el casamiento, ni la procreacion de los hijos, ni el método ordinario de la vida, ni los banquetes, que se crea debe quedar libre de exámen y correccion para que cada uno se haya en ellos segun su deseo ó su capricho. Así es que teniendo por cierto que en estos hechos más que en los públicos y en los relativos al gobierno se da á

(1) Aludió en esto á que habiendo vivido tantos años, tenía que justificarse ante una generacion nueva.

conocer la índole y carácter de los hombres, para que hubiera quien observara, celara é impidiera el que nadie se abandonase á los deleites y alterase el modo de vivir recibido y acostumbrado, elegian uno de los llamados patricios, y otro de los plebeyos. El nombre de éstos era el de Censores, y tenian facultad para privar de la dignidad ecuestre, y para remover del Senado al que vivia relajada y disolutamente. Tocaba tambien á éstos tomar conocimiento é inspeccionar el valor de las haciendas, y discernir las familias y ocupaciones por medio de la descripcion ó censo, y áun tenía otras muchas facultades esta magistratura. Por esta causa, luégo que Caton se presentó á pedirla le salieron al encuentro, oponiéndose casi todos los más principales y distinguidos de los senadores; porque los nobles se consumian de envidia, creyendo que su clase se vilipendiaba con que hombres oscuros en su orígen, se sublimaran por fuerza á la primera dignidad y poder; y por otra parte aquellos á quienes remordia la conciencia por su mala conducta, y por el olvido de las costumbres patrias, temian mucho la austeridad de aquél, por saber que sería inexorable y duro en el ejercicio de la autoridad: con este objeto, pues, preparados y convenidos entre sí, presentaron siete como contrarios y rivales de Caton en la peticion, lisonjeando á la muchedumbre con halagüeñas esperanzas, en el concepto de que esta querria ser mandada blandamente y á su placer. Mas Caton, por el contrario, no dió muestra de ninguna indulgencia, sino que al reves, amenazando á los malos desde la tribuna, y gritando que la ciudad necesitaba una gran limpia, pedia que si querian acertar, de los médicos no escogieran al más blando, sino al más determinado; y que éste era él mismo, y de los patricios solo Valerio Flaco; porque sólo con éste creia poder extirpar el regalo y la molicie, cortando y quemando como la cabeza de la hidra, cuando veia que cada uno de los otros precisamente habia de mandar mal, puesto

que temian á los que mandarian bien. Y el pueblo romano era entónces tan grande y tan digno de grandes magistrados, que no temió la severidad y aspereza de Caton; sino que más bien, descartándose de aquellos hombres suaves y dispuestos á complacerle en todo, lo eligió con Valerio Flaco, como si hubiese oido, no á uno que pedia la dignidad, sino á quien ya la tenía, y estaba mandando.

Incorporó, pues, Caton en el Senado á su colega y amigo Lucio Valerio Flaco; y removió de él á muchos, entre ellos á Lucio Quincio, cónsul que habia sido siete años ántes; y lo que era de mucha consideracion, despues del honor consular, hermano de Tito Flaminio, el que venció á Filipo. Y la causa que tuvo para esta remocion fué la siguiente: habia puesto su amor Lucio en un mocito desde que éste era niño; y teniéndole desde entónces siempre consigo, le dió en sus diferentes mandos tanta privanza y autoridad, cuanta no alcanzó nunca ninguno de sus mayores amigos y deudos. Hallábase en una provincia de procónsul, y estando en un festin sentado á su lado, como era de costumbre, este mocito, entre otros halagos que prodigó á Lucio, fácil de ser seducido con ellos en el exceso del vino, le dijo ser tal el extremo con que le amaba, que habiendo en su casa el espectáculo de un duelo de gladiatores, á que nunca ántes asistiera, habia preferido correr á su compañía; sin embargo de que deseaba ver á un hombre caer muerto de heridas: replicóle Lucio, correspondiendo á sus caricias: «Pues por eso no te me angusties, que yo lo remediaré;» y dando órden de que trajesen al mismo banquete á uno de los que estaban condenados á pena capital, y de que entrase uno de los esclavos armado con una hacha, volvió á preguntar al jóven si queria ver cómo le daban el golpe; respondió éste que sí; y entónces mandó que le cortasen la cabeza. Son muchos los que refieren este caso, y Ciceron introduce al mismo Caton contándole en su diá-

logo de la vejez Mas Livio dice que el degollado fué un tránsfuga de los Galos, y que no fué muerto por un esclavo, sino por mano del mismo Lucio; lo que así se hallaba escrito en el discurso de Caton. Expelido Lucio del Senado, lo llevó muy á mal el hermano; y apelando al pueblo, se mandó que Caton diera la causa en que se habia fundado: díjola, y refiriendo lo ocurrido en el banquete, Lucio intentó negarlo; pero proponiendo Caton que jurase, desistió de aquel propósito; y con esto hubo de declararse que en lo hecho no habia llevado sino lo merecido. Mas de allí á poco se celebraron espectáculos en el teatro; y habiéndose pasado del sitio de los consulares, yéndose á sentar en otro puesto muy léjos de allí, se movió á grande compasion el pueblo, y con sus voces le obligó á que volviese al otro lugar, enmendando y corrigiendo por este medio lo ántes sucedido. Removió tambien del Senado á Manlio, varon que todos consideraban acreedor al consulado, con motivo de que besó de dia á su mujer á vista de una hija; porque decia que á él nunca le abrazaba su mujer, sino cuando habia gran tormenta de truenos; y por lo mismo solia usar del chiste de que era feliz cuando Júpiter tronaba.

Concilió tambien á Caton alguna envidia el hermano de Escipion, Lucio, varon condecorado con el triunfo, y á quien aquél privó de la dignidad ecuestre; pues pareció haberlo hecho con la mira de incomodar á Escipion africano. Mas lo que le indispuso con los más fué su empeño en cortar el lujo: porque si bien el oponérsele de frente era imposible, estando la mayor parte viciada y corrompida, tomó para ello un rodeo, haciendo dar á los vestidos, á los carruajes, á los objetos de tocador, á las vajillas y aparato de mesa, cada una de las cuales cosas pasaba en sí de mil y quinientas dracmas, un valor décuplo; para que siendo mayores las tasaciones y los precios, fuesen mayores las contribuciones. Impuso, pues, un tres al millar,

para que gravados los lujosos con el aumento se moderaran, viendo que los frugales y parcos, á iguales bienes, contribuian ménos al erario. Odiabanle, pues, los que por el lujo aguantaban mayores impuestos; y por el contrario, tambien los que renunciaban á él por no pagarlos. Porque para muchos es como quitarles la riqueza el no dejar que lo luzcan con ella; y como se luce es con lo superfluo y no necesario. Así dicen que de lo que más se admiraba Ariston el filósofo era de que fuesen tenidos por más felices los que poseian cosas superfluas que los que abundaban en las necesarias y útiles; y Escopas el Tesaliano, como le pidiese uno de sus amigos una cosa que al mismo que la pedia no era de gran utilidad, é hiciese presente á éste que no le pedia nada que fuese ó de necesidad ó de provecho; «pues con estas cosas, le replicó, soy yo dichoso; y rico con las inútiles y superfluas.» Así el aprecio y admiracion de la riqueza, sin tener apoyo en ningun afecto ó necesidad de la naturaleza, se introduce por una opinion enteramente externa y vulgar.

Hacía Caton tan poca cuenta de los que por estas cosas le zaherian, que todavía procuraba apretar más: cortando los acueductos que los particulares habian formado para llevar el agua del públıco á sus casas y jardines; recogiendo y reduciendo los voladizos de los edificios sobre la calle pública; minorando los precios de los destajos ó asientos de las obras, y haciendo subir hasta lo sumo en las subastas los rendimientos de los tributos. Con todo, Tito y los de su partido, haciéndole oposicion, lograron que en el Senado se rescindieran, como hechos con desventaja, los asientos y contratas para la construccion de los edificios sagrados y públicos, y acaloraron á los más ardientes de los tribunos de la plebe para que le denunciaran al pueblo, é hicieran se le multase en dos talentos. Contrariaron tambien con gran esfuerzo la construccion de la basílica que con los caudales públicos edificó Caton

en la plaza debajo del consejo ó curia, y á la que puso el nombre de *la basílica Porcia*: mas el pueblo parece que se mostró muy contento del modo con que ejerció la censura; pues que habiéndole consagrado una estatua en el templo de la Salud, no anotó en la inscripcion que Caton mandó ejércitos, ni que triunfó, sino, segun la inscripcion debe traducirse, que hecho censor restituyó á su antigua gravedad con útiles reglamentos y sábias máximas é instituciones el gobierno de los Romanos, ya decadente y muy inclinado á la corrupcion. Y él ántes se habia burlado de los que se complacian en semejantes distinciones, diciendo ocultárseles, que miéntras ellos estaban engreidos con las obras de los escultores y los pintores, los ciudadanos, lo que era para él de más honra, llevaban su imágen en los corazones. Maravillándose algunos de que habiéndose puesto estatuas á muchos hombres sin opinion, él no tuviese ninguna, les respondió: «Más quiero que se pregunte por qué no se me pone, que por qué se me ha puesto;» y en fin, ni siquiera le era grato que se le alabara de conservarse un virtuoso ciudadano si no habia de redundar en bien de la república. Mas su mayor alabanza resulta de las siguientes observaciones: los que en alguna cosa faltaban, si por ella eran reprendidos, solian responder que se les culpaba sin razon, porque al cabo no eran Catones; á los que querian imitar algunos de sus hechos, y no mostraban arte é inteligencia, se les llamaba Catones á zurdas; el Senado en los tiempos peligrosos y difíciles ponia en él los ojos, como en la tormenta se ponen en el piloto; suspendiéndose muchas veces por no hallarse presente los negocios de importancia; y todos á una voz convienen en que por sus costumbres, por su elocuencia, y por sus años gozó en la república de una grandísima autoridad.

Fué tambien buen padre, buen marido, y en aumento de su hacienda más que medianamente solícito; echándose bien de ver que no atendia á ella de paso como á cosa pe-

queña y de poca monta: paréceme, pues, oportuno hablar asimismo de su buen porte en el desempeño de estos oficios. Casóse con una mujer más noble que rica, haciéndose cargo de que por lo uno y por lo otro suelen tener vanidad y orgullo; pero que las ilustres por el temor de la vergüenza son para las cosas honestas más obedientes á sus maridos. De los que castigan á las mujeres ó los hijos, decia que ponian manos en las cosas más santas y sagradadas; que para él merecia más alabanza un buen marido que un buen Senador; y que nada admiraba tanto en el antiguo Sócrates como el que habiéndole cabido en suerte una mujer inaguantable y unos hijos necios, vivió, sin embargo, sosegado y tranquilo. Habiéndole nacido un hijo, nada habia para él de mayor importancia, como no fuese algun negocio público, que el hallarse presente cuando la mujer lavaba y fajaba al niño; porque ésta lo criaba con su propia leche, y áun muchas veces, poniéndose al pecho los niños de sus esclavos, preparaba así para su propio h jo la benevolencia y amor que produce el ser hermanos de leche. Cuando ya empezó á tener alguna comprension, él mismo tomó á su cuidado el enseñarle las primeras letras, sin embargo de que tenía un esclavo bien educado y ejercitado en esta enseñanza, que daba leccion á muchos niños: porque no queria que á su hijo, como escribe él mismo, lo reprendiese ó le tirase las orejas un esclavo, si era tardo en aprender; ni tampoco tener que agradecer á un esclavo sesemejante enseñanza. Así él mismo le enseñaba las letras, le daba á conocer las leyes y le ejercitaba en la gimnástica: adiestrándole no sólo á tirar con el arco, á manejar las armas y á gobernar un caballo, sino tambien á herir con el puño, á tolerar el calor y el frio, y á vencer nadando las corrientes y los remolinos de los rios. Dice además que le escribió la historia de su propia mano, y con letras abultadas, á fin de que el hijo tuviera dentro de casa medios de aprovecharse para el uso de la vida, de los hechos de la

antigüedad y de los de su patria; que con no menor cuidado precavió que se dijeran cosas torpes ante aquel niño, que ante las vírgenes sagradas dichas Vestales, y que nunca se bañó con él; bien que, segun parece, esto era costumbre entre los Romanos, porque tampoco los suegros se bañaban con los yernos, evitando el presentarse desnudos los unos entre los otros. Mas despues, aprendiendo de los Griegos el no reparar en ponerse desnudos, comunicaron á estos mismos á su vez el desórden de bañarse áun con las mujeres. Ocupado Caton en la recomendable obra de formar y ensayar á su hijo para la virtud, aunque nada quedaba que desear, ni por la índole de éste, ni por su esmero en corresponder á aquel cuidado, como el cuerpo no fuese bastante fuerte para tolerar el trabajo, tuvo el padre que rebajar la demasiada austeridad y el rigor en el método de vida. Mas no por esta delicadeza dejó de ser hombre esforzado en los hechos de armas; y en la batalla contra Perseo, mandando el ejército Paulo Emilio, peleó denodadamente. Sucedióle en ella que habiendo dado un golpe, se le escapó la espada, ayudando tambien á ello el sudor de la mano; y acongojado con tal acontecimiento, corrió á buscar á algunos de sus amigos, é incorporado con ellos volvió á cargar á los contrarios; y registrando el sitio con gran trabajo y esfuerzo, halló por fin la espada entre un cúmulo de armas, y entre montones de cadaveres de amigos y de enemigos; sobre lo que el general Paulo hizo de él un grande elogio; y todavía corre una carta de Caton á su hijo, en la que alaba extraordinariamente su gran delicadeza y cuidado en recobrar la espada. Más adelante casó este jóven con Tercia, hija de Paulo y hermana de Escipion; habiéndose enlazado con tan ilustre gente, no ménos por sí que por su padre, en lo que se ve haberse logrado cumplidamente el esmero de Caton en la educacion de su hijo.

Poseia muchos esclavos de los cautivos, comprándolos

por lo regular todavía pequeños, en estado de admitir, como los cachorrillos y demás animales jóvenes, crianza y educacion. De estos ninguno entró jamás en casa ajena, como no fuera por enviarlos Caton ó su mujer, y si alguno les preguntaba ¿qué hace Caton? no daban otra respuesta sino es que no lo sabian; y su deseo era, ó que hiciesen algo, ó que durmiesen: gustando más Caton de los que dormian mucho, á causa de que los tenía por de mejor condicion, que los muy despiertos; y porque para todo son más útiles los bien dormidos que los que están faltos de sueño. Conociendo que los esclavos la mayor parte de las maldades las cometen por el incentivo de la lascivia, tenía dispuesto que por cierto dinero se ayuntasen con las esclavas, sin mezclarse nunca ninguno de ellos con otra mujer. Al principio, cuando todavía estaba escaso de bienes y servía en la milicia, no se incomodaba nunca por las cosas de comer, y ántes decia que era una vergüenza altercar por el vientre con los esclavos; pero más adelante, estando ya en otra opulencia, cuando daba de comer á los amigos y colegas, castigaba inmediatamente despues del convite con un cordel á los que se habian descuidado en preparar ó servir la comida. Buscaba medios para que siempre los esclavos tuvieran quimeras y rencillas entre sí, por sospechar y temer mucho de su concordia. Cuando algunos ejecutaban accion que se tuviese por digna de muerte, si por tal la juzgaban todos los demas esclavos, determinaba que muriese. Aplicado luégo á más crecida ganancia, miraba la agricultura más bien como entretenimiento que como granjería; y poniendo su solicitud en negocios seguros y ciertos, procuró adquirir estanques, aguas termales, lugares á propósito para lavaderos y terreno de buena labor, que diese de suyo pastos y arbolados, de lo que le resultaba mucha utilidad, sin que ni de Júpiter, como él decia, pudiera venirle daño. Dióse tambien al logro, y justamente al más desacreditado de todos, que es el marítimo, en esta

forma. Trató de que muchos logreros formasen compañía, y habiéndose reunido cincuenta con otros tantos barcos, él tomó una parte por medio de Quintion su liberto, que cooperaba y navegaba con los demas: así el peligro no era por el todo, sino por una parte pequeña, y la ganancia era grande. Solia asimismo dar dinero á los esclavos que le pedian; y estos compraban mozuelos, á los que ejercitaban y amaestraban á expensas de Caton, volviéndolos á vender al cabo de un año. Quedábase el mismo Caton con muchos de ellos, haciendo la cuenta por el precio mayor que cualquiera otro habia ofrecido en la subasta. Para inclinar al hijo á estas granjerías le decia que no era de hombre, sino de una pobre viuda, el dejar que la hacienda tuviese menoscabo. Otra cosa hay todavía más dura del mismo Caton; y es haber llegado á decir que era hombre admirable y divino en cuanto á la fama aquel que dejaba en sus gavetas más dinero puesto por él que el que recibió.

Estaba ya muy adelantado en la edad Caton cuando de Atenas vinieron á Roma de embajadores Carneades el Académico y Diógenes el Estoico á reclamar cierta condenacion del pueblo de Atenas, impuesta sin su audiencia, siendo demandantes los de Oropo, y jueces que la pronunciaron los de Sicione, y regulada en la suma de quinientos talentos. Al punto, pues, pasaron á visitar á estos personajes los jóvenes más aficionados á la literatura, y dieron en frecuentar sus casas oyéndolos y admirándolos. Principalmente la gracia de Carneades, á la que no le faltaba poder ni la fama que á este poder es consiguiente, logró atraerse los más ilustres y más benignos oyentes, siendo como un viento impetuoso que llenó la ciudad de la gloria de su nombre; pues corrió la voz de que un varon griego, admirable hasta el asombro, agitándolo y conmoviéndolo todo, habia inspirado á los jóvenes, un ardor extraordinario, que apartándolos de todas las demas ocupaciones y place-

res, los habia entusiasmado por la filosofía. Estos sucesos fueron agradables á los demas Romanos, que veian con gusto que los jóvenes se aplicasen á la instruccion griega, y comunicasen con tan admirables varones; pero Caton, á quien desde el principio habia sido poco grato el que fuese cundiendo en la ciudad la admiracion de la elocuencia por temor de que los jóvenes, convirtiendo á ella su aficion, prefiriesen la gloria de hablar bien á la de las obras y hechos militares; cuando llegó á tan alto punto en la ciudad la fama de aquellos filósofos, y se enteró de sus primeros discursos, que á solicitud é instancia suya tradujo ante el Senado Cayo Acilio, varon muy respetable, tomó ya la resolucion de hacer que con decoro fueran todos los filósofos despedidos de la ciudad. Presentándose, pues, al Senado, reconvino á los Cónsules sobre que estaba detenida sin hacer nada una embajada compuesta de hombres á quienes era muy fácil persuadir lo que quisiesen: por tanto, que sin dilacion se tomara conocimiento, y determinara acerca de la embajada, para que éstos, volviendo á sus escuelas, instruyesen á los hijos de los Griegos, y los jóvenes Romanos sólo oyesen como ántes á las leyes y á los magistrados.

No lo hizo esto, como algunos han creido, porque estuviese mal individualmente con Carneades, sino por ser opuesto en general á la filosofía, y por desdeñar con orgullo y soberbia toda instruccion y enseñanza griega: así es que áun de Sócrates se atreve á decir que aquel hombre hablador y violento intentó del modo que le era posible tiranizar á su patria, alterando las costumbres, y llamando é impeliendo á los ciudadanos á opiniones contrarias á las leyes. Satirizando la ocupacion y enseñanza de Isócrates, decia que los discípulos envejecian en su escuela para ir á usar de su arte y perorar causas en el infierno. Para indisponer al hijo con las cosas de los Griegos empleó una voz más entera que lo que su vejez permitia, y

como profetizando y vaticinando, dijo que los Romanos arruinarian la república, cuando por todas partes se introdujesen las letras griegas; pero el tiempo acreditó de vana esta disfamacion, pues que luego creció la prosperidad de la república, y admitió benignamente las ciencias y toda especie de enseñanza griega. Ni se limitaba su displicencia á los Griegos dados á la filosofía, sino que tambien á los médicos los miraba con ceño; y habiendo oido un dicho, segun parece, de Hipócrates, que siendo llamado por un rey con la oferta de muchos talentos, habia respondido que por nada en el mundo asistiria á los bárbaros enemigos de los Griegos, decia que este era un juramento comun de todos los médicos, y encargaba al hijo que se guardara de ellos: porque él tenía escrito para sí y para todos los que en su casa asistian á los enfermos este precepto: que nunca habia de guardar ninguno dieta, y se les habian de dar á comer legumbres y carnes tiernas, de ánade, de pichon ó liebre; por cuanto este alimento era lijero y provechoso á los delicados, con sólo el inconveniente de que en los que usaban de él producia vigilias, y que con esta medicina y este método gozaba de salud él mismo, y mantenia sanos á todos los de su familia.

Mas parece que en esta parte recibió de los Dioses algun castigo, pues que perdió á la mujer y al hijo. En su persona era de una complexion sumamente fuerte y robusta, con lo que pudo aguantar mucho; de manera que áun siendo ya bastante anciano usaba frecuentemente de las mujeres, y contrajo un matrimonio muy desigual en cuanto á la edad, con esta ocasion: perdido que hubo la mujer, proporcionó al hijo para su matrimonio la hija de Paulo y hermana de Escipion; y él, permaneciendo viudo, se enredó con una mozuela que iba á escondidas á verle; pero en una casa pequeña, en que habia señora, no pudo dejar de translucirse aquel trato; y pareciendo que un dia habia atravesado la mozuela con mucho desenfado, el hijo no la

dijo nada; pero habiéndola mirado de mal ojo, y vuéltole la espalda, luego llegó á noticia del padre. Enterado, pues, de que la cosa se miraba mal por los jóvenes, sin echarles nada en cara, ni darles ninguna reprension, salió de casa, bajó con los amigos como lo tenía de costumbre hácia la plaza, y saludando en voz alta á uno llamado Salonino, amanuense que habia sido suyo, y uno de los que le acompañaban, le preguntó si habia colocado ya á su hija con algun novio. Respondióle éste que ni siquiera pensaria en ello sin darle parte; á lo que le replicó: «Pues yo te he encontrado un pretendiente muy proporcionado, como no haya inconveniente por la edad, pues por lo demas no hay otra tacha sino que es muy viejo.» Rogándole Salonino que lo tomara á su cuidado, y diera la doncella á quien se habia propuesto, por cuanto siendo su cliente necesitaba de que la protegiese, ya entónces Caton no se detuvo más, y le dijo abiertamente que era para sí para quien la pedia. Quedóse al principio sorprendido Salonino con semejante propuesta, como era natural, creyendo á Caton muy léjos de casarse, y más lejos todavía á sí mismo de una familia consular, y de la peticion de un triunfador; mas viéndole todavía solícito, recibió la demanda con alegría, y acabando de bajar á la plaza, hicieron al punto los esponsales. Celebróse el casamiento, y el hijo de Caton presentándose con algunos de los deudos preguntó al padre, si era porque le hubiese ofendido ó disgustado en algo el haber pensado darle una madrastra; mas Caton, «ten mejores ideas, hijo, le contestó con esforzada voz, por que tu conducta para conmigo no puede mejorarse, ni tengo la menor queja: solamente me he propuesto dejar para mi consuelo muchos hijos, y para el de la patria muchos ciudadanos que se parezcan á tí.» Dícese que esta máxima sentenciosa fué proferida ántes por Pisistrato, tirano de Atenas, el cual, teniendo ya hijos crecidos, casó de segundas nupcias con Timonasa de Argos, de la que hubo en hijos á Iofante y á

Tésalo. De este matrimonio nació á Caton un hijo, que del nombre de la madre recibió el de Salonio. El hijo mayor murió siendo pretor; y hace mencion de él muchas veces Caton en sus libros, como de un hombre que se habia hecho muy recomendable. Dícese que llevó esta pérdida con moderacion y con filosofía, sin que por ella aflojase en las cosas de gobierno; pues no abandonó á causa de la vejez los negocios públicos, teniendo el desempeñarlos por una carga, como ántes lo habian hecho Lucio Luculo y Metelo Pio, ó como despues Escipion el Africano, que incomodado de la envidia que excitó su gloria, abandonó la república, y con extraña mudanza el último tercio de su vida lo pasó en la inaccion; sino que al modo que hubo quien persuadió á Dionisio que la tiranía era el mejor sepulcro, de la misma manera, mirando él el gobierno como el mejor modo de envejecer, áun tuvo por reposo y por diversion en los ratos de vagar el componer libros y entender en las labores del campo.

Escribió, pues, libros de diferentes materias y de historia. A la agricultura dió su atencion siendo todavía jóven para su uso; porque dice que sólo empleó dos medios de granjería, el cultivar la tierra y el ahorrar; y entónces la observacion de lo que sucedia en su campo le suministró á un tiempo diversion y conocimientos. Así ordenó un libro de agricultura, en el que trató hasta del modo de preparar las pastas y de conservar las manzanas: aspirando en todo á ser nimio, y no parecido á otro. Sus comidas en el campo eran más abundantes, porque solia congregar á sus conocidos de los campos vecinos y comarcanos, holgándose con ellos, y procurando hacerse afable y congraciarse no sólo con los de su edad, sino tambien con los jóvenes, para lo que tenía los medios de hallarse con muy varios conocimientos, y haber presenciado muchos negocios y casos dignos de referirse. Reputaba además la mesa por muy propia para ganar amigos, y en ella cuidaba de

introducir tanto el elogio de los buenos y honrados ciudadanos, como el olvido de los vituperables y malos: no dando nunca Caton márgen en sus convites ni para la reprension ni para la alabanza de éstos.

Su último acto político se cree haber sido la destruccion de Cartago, dando fin á la obra Escipion el menor; pero habiéndose movido la guerra por dictámen y consejo de Caton con este motivo. Fué enviado Caton cerca de los Cartagineses y de Masinisa el Numida, que tenian guerra entre sí, á investigar las causas de su desavenencia; porque éste era desde el principio amigo del pueblo romano, y aquéllos, despues de la victoria que de ellos alcanzó Escipion, y de haber sido castigados con la pérdida del imperio del mar y con un grande tributo en dinero, se habian obligado á serlo con solemnes tratados. Como encontrase, pues, aquella ciudad no maltratada y empobrecida como se figuraban los Romanos, sino brillante en juventud, abastecida de grandes riquezas, llena de toda especie de armas y municiones de guerra, y que acerca de estas cosas no pensaba con abatimiento, parecióle que no era sazon aquella de que los Romanos se cuidaran de arreglar los negocios y la recíproca correspondencia de los Numidas y Masinisa, sino más bien de pensar en que si no tomaban una ciudad antigua enemiga á la que tenian grandemente irritada, y que se habia aumentado de un modo increible, volverian pronto á verse en los mismos peligros. Regresando, pues, sin tardanza, hizo entender al Senado que las anteriores derrotas y descalabros de los Cartagineses no habrian disminuido tanto su poder como su inadvertencia; y era de temer que no los hubiesen hecho más débiles, sino ántes más inteligentes en las cosas de la guerra: pudiéndose mirar los combates con los Numidas como preludios de los que meditaban contra los Romanos; y por fin, que la paz y los tratados eran un nombre que encubria sus dispo-

siciones de guerra, miéntras esperaban la oportunidad.

Despues de esto, dícese que Caton arrojó de intento en el Senado higos de Africa, desplegando la toga; y como se maravillasen de la hermosura y tamaño de ellos, dijo que la tierra que los producia no distaba de Roma mas que tres dias de navegacion. Refiérese todavía otra cosa más fuerte, y es que siempre que daba dictámen en el Senado sobre cualquier negocio que fuese, concluia diciendo: «Este es mi parecer, y que no debe existir Cartago.» Por el contrario, Publio Escipion, llamado Nasica, contínuamente decia y votaba que debia existir Cartago: y es que á mi entender, viendo á la plebe que por el engreimiento vivia descuidada, y por la prosperidad y altanería era ménos obediente al Senado, y á la ciudad toda se la llevaba tras sí adonde quiera que se inclinase, le parecia que este miedo era como un freno que moderaba el arrojo de la muchedumbre: estando en la inteligencia de que el poder de los Cartagineses no era tan grande que hubiera de subyugar á los Romanos, ni tan pequeño que hubieran de ser mirados con desprecio. Mas a Caton esto mismo le parecia peligroso, á saber, el que el pueblo indócil, y precipitado por un gran poder, estuviera como amenazado de una ciudad siempre grande, y ahora atenta é irritada por lo que habia sufrido, y el que no se quitara enteramente el miedo de una dominacion extranjera, para respirar y poder pensar en el remedio de los males interiores. De este modo se dice que Caton fué el autor de la tercera y última guerra contra los Cartagineses. Mas al principio de las hostilidades falleció, profetizando acerca del varon que habia de dar fin á aquella guerra, el cual era entónces jóven, tribuno, y bajo el mando de otro; pero daba ya insignes muestras de prudencia y valor en los combates; y cuando estas nuevas se trajeron á Roma, oyéndolas Caton, se refiere que dijo:

De prudencia este sólo está asistido:
Sombras son los demas que lleva el viento:

profecía que en breve confirmó Escipion con sus obras. La descendencia que dejó Caton fué un hijo del segundo matrimonio, al que hemos dicho habérsele dado el nombre de Salonio, por razon de la madre, y un nieto del otro hijo difunto. Salonio murió siendo pretor; Marco, que nació de él, llegó á ser cónsul; y del mismo fué nieto Caton el Filósofo, varon en virtud y en gloria el más ilustre de su tiempo.

COMPARACION DE ARÍSTIDES Y CATON.

Hemos escrito de ambos lo que nos ha parecido digno de memoria; y la vida de éste, puesta al frente de la de aquél, no ofrece una diferencia tan marcada que no quede oscurecida con muchas y muy grandes semejanzas. Mas si por fin hemos de examinar por partes, como un poema ó una pintura, á uno y á otro, el haber llegado al gobierno y á la gloria sin anterior apoyo, por sola la virtud y las propias fuerzas, esto es comun á entrambos. Parece con todo que Arístides se hizo ilustre cuando todavía Atenas no era muy poderosa, y compitiendo con generales y hombres públicos que en bienes de fortuna gozaban sólo de cierta medianía y eran entre sí iguales; porque el mayor catastro era entónces de quinientas fanegas; el segundo, que era el de los que mantenian caballo, de trescientas; y el tercero y último, de los que tenian yunta, de doscientas. Mas Caton, saliendo de una pequeña aldea, y de una vida que parecia de labrador, como á un piélago inmenso, se lanzó al gobierno de Roma, cuando ya ésta no era regida por unos magistrados como los Curios, los Fabricios y los Hostilios, ni admitia á los cónsules y oradores desde el arado y la azada, sino cuando acostumbrada á poner los ojos en linajes esclarecidos, en la riqueza, los repartimientos y los obsequios, por el engreimiento y el poder, se mostraba

insolente con los que aspiraban á mandar. Así que no era lo mismo tener por rival á Temístocles, no ilustre en linaje, y medianamente acomodado, pues se dice que su hacienda sería de cinco ó tres talentos cuando se le dió el primer mando, que contender por los primeros puestos con los Escipiones Africanos, los Sergios Galbas y los Quintos Flaminios, sin tener otro arrimo que una voz franca y libre para sostener lo justo.

Además, Arístides en Maraton y en Platea no era sino el décimo general, y Caton fué elegido segundo cónsul, siendo muchos los competidores; y segundo censor logrando ser preferido á siete rivales los más poderosos é ilustres. Arístides no fué nunca el primero en aquellas victorias, sino que en Maraton llevó la primacía Milciades; y en Platea dice Herodoto que fué Pausanias quien más se distinguió y sobresalió. Aun el segundo lugar se le disputaron á Arístides los Sofanes, los Aminias, los Calímacos y los Cinegiros, que se hicieron señalados por su valor en aquellos combates. Mas Caton, no sólo siendo cónsul tuvo la primacía por la mano y por el consejo en la guerra de España, sino que no siendo más que tribuno en Termópilas, bajo el mando de otro cónsul, tuvo el prez de la victoria, abriendo á los Romanos ancha entrada contra Antioco, y poniéndole á éste la guerra á la espalda, cuando no miraba sino adelante: porque aquella victoria, que fué la más brillante hazaña de Caton, lanzó al Asia de la Grecia, y se la dió allanada despues á Escipion. En la guerra, pues, ambos fueron invictos; pero en el gobierno Arístides fué suplantado, siendo enviado á destierro y vencido por el partido de Temístocles; cuando Caton, teniendo por rivales puede decirse que á todos cuantos gozaban en Roma del mayor poder y autoridad, luchando como atleta hasta la vejez, se sostuvo siempre firme é inmoble; y habiéndosele puesto é intentado él mismo diferentes causas públicas, en muchas de estas venció, y de todas aquellas

salió libre, siendo su escudo su tenor de vida, y su arma para obrar, la elocuencia, á la que debe atribuirse, más que á la fortuna ó al buen genio de este esclarecido varon, el no haber tenido que sufrir con injusticia; pues tambien dijo Antripatro, escribiendo de Aristóteles despues de su muerte, haberle sido aquella de gran auxilio, porque entre otras brillantes dotes tuvo la de la persuasion.

Es cosa en que todos convienen que no hay para el hombre virtud más perfecta que la social ó política, puos de esta es entre muchos reconocida como parte muy principal la económica; porque la ciudad que no es más que la reunion y la cabeza de muchas casas, se fortalece para las cosas públicas con que prosperen los ciudadanos. Por tanto, Licurgo, echando fuera de casa en Esparta la plata y el oro, y dándoles una moneda de hierro echado á perder al fuego, no quiso apartar á sus conciudadanos de la economía, sino que con quitarles los regalos, lo superfluo, y lo abotagado y enfermizo, pensó con más prudencia que otro legislador alguno en que todos abundasen en las cosas necesarias y útiles: temiendo más para la comunion de gobierno al miserable, al vagabundo y al pobre, que al rico y opulento. Parece, pues, que Caton no fué peor gobernador de su casa que de la ciudad, porque aumentó sus bienes, y se constituyó para los demas maestro de economía y de agricultura, habiendo recogido muchas y muy importantes cosas sobre estos objetos. Mas Arístides con su pobreza desacreditó en cierta manera á la justicia, poniéndole la tacha de perdedora de las casas y productora de mendigos; provechosa á todos, ménos al que la posee, siendo así que Hesiodo usó de muchas razones para exhortarnos á la justicia y á la economía juntamente; y Homero cantó con acierto:

No encontraba placer en el trabajo,
Ni de casa y hacienda en el cuidado,

Que á los amados hijos tanto importa;
Sino que mi deleite eran las naves
De remos guarnecidas, los combates,
Y los lucientes arcos y saetas:

como para dar á entender que de unos mismos era el descuidar la hacienda, y el vivir anchamente de la injusticia. Pues no así como dicen los médicos, que el aceite es muy saludable á los cuerpos por fuera, y muy dañoso por dentro, de la misma manera el justo es útil á los otros, é inútil á sí y á los suyos. Paréceme, por tanto, que la virtud política de Arístides fué defectuosa y manca en esta parte, pues que en la opinion más comun, descuidó de dejar con que dotar las hijas, y con que hacer los gastos de su entierro. De aquí es que la familia de Caton dió á Roma hasta la generacion cuarta pretores y cónsules, habiendo servido las primeras magistraturas sus nietos y los hijos de éstos; cuando la gran pobreza y miseria de la descendencia de Arístides, que tuvo tan preferente lugar entre los Griegos, á unos los obligó á escribirse entre los embelecadores, y á otros á alargar la mano para recibir del público una limosna; sin que á ninguno le fuese dado pensar en algun hecho ilustre, ó en cosa que fuese digna de aquel varon esclarecido.

Mas esto todavía pide ilustracion, porque la pobreza no es afrentosa por sí, sino cuando proviene de flojedad, de disipacion, de vanidad y de abandono; pero en el varon prudente, laborioso, justo, esforzado y entregado á los negocios de la república, unida á todas las virtudes, es señal de magnanimidad y de una elevada prudencia; porque no puede ejecutar cosas grandes el que tiene su atencion en las pequeñas, ni auxiliar á muchos que piden el que mucho desea. Así, para haberse bien en el gobierno es ya un admirable principio, no la riqueza, sino el desprendimiento; el cual, no apeteciendo para sí nada superfluo, ningun

tiempo roba á los negocios públicos; porque el que absolutamente de nada necesita es solo Dios; y en la virtud humana el que más estrecha sus necesidades, aquel es el más perfecto y el que más se acerca á la divinidad. Pues así como el cuerpo que está bien complexionado no necesita ni de excesiva ropa ni de excesivo alimento, de la misma manera una vida y una casa bien arregladas, con las cosas comunes se dan por contentas; y en estas lo regular es que el gasto y la hacienda guarden proporcion. Porque el que allega mucho y gasta poco, ya no es desprendido; pues ó se afana por recoger lo que no apetece, y en este caso es necio; ó por recoger lo que apetece, y de lo que no se atreve á hacer uso por avaricia, y en este caso es infeliz. Por tanto, yo preguntaria al mismo Caton: si la riqueza es para gozarse, ¿por qué se jacta de que poseyendo mucho se daba por contento con una medianía? y si es laudable y glorioso, como lo es ciertamente, comer el pan que comunmente se vende, beber el mismo vino que los trabajadores y los esclavos, y no necesitar ni de púrpura ni de casas blanqueadas, nada dejaron por hacer de lo que debian, ni Arístides, ni Epaminondas, ni Manio Curio, ni Cayo Fabricio, con no afanarse por la posesion de unas cosas cuyo uso reprobaban. Porque á quien tenía por sabroso alimento los rábanos, y los cocia por sí mismo, miéntras la mujer amasaba la harina, no le era necesario mover disputas sobre un cuarto, ni escribir con qué granjería podria uno hacerse más presto rico: así que es muy laudable el contentarse con lo que se tiene á la mano, y ser desprendido, porque aparta el ánimo á un mismo tiempo del deseo y del cuidado de las cosas superfluas; y por esta razon respondió muy bien Arístides en la causa de Calias, que de la pobreza debian avergonzarse los que se veian en ella contra su voluntad; y al reves gloriarse, como él, los que voluntariamente la llevaban; y ciertamente sería cosa ridícula atribuir á desidia la pobreza de

Arístides, cuando le hubiera sido fácil, sin hacer nada que pudiera notarse, y con sólo despojar á un bárbaro ú ocupar un pabellon, pasar al estado de rico. Mas baste lo dicho en esta materia.

Por lo que hace á mandos militares, los de Caton, aunque en cosas grandes, no decidieron de grandes intereses; pero con respecto á los de Arístides las más brillantes y gloriosas hazañas de los Griegos son Maraton, Salamina y Platea; ni es razon se pongan en paralelo Antíoco con Jerges, ó los derribados muros de algunas ciudades de España, con tantos millares de hombres deshechos por tierra y por mar; en los cuales sucesos, por lo que hace á trabajo y diligencia, nada le faltó á Arístides, si le faltaron la fama y las coronas; en las que, como en los bienes y en la riqueza, cedió fácilmente á los que las solicitaban con más ánsia, por ser superior á todas estas cosas. No reprendo en Caton sus contínuas jactancias, y el que se diese por el primero de todos, sin embargo de que él mismo dice en uno de sus libros ser muy impropio que el hombre se alabe ó se culpe á sí mismo: con todo, para la virtud me parece más perfecto que el que frecuentemente se alaba á sí mismo el que sabe pasarse sin la alabanza propia y sin la ajena. Porque el no ser ambicioso es un excelente preparativo para la afabilidad social; así como por el contrario la ambicion es áspera y muy propia para engendrar envidia, de la que el uno estuvo absolutamente exento, y el otro participó demasiado de ella. Así Arístides, cooperando con Temístocles en las cosas más importantes, y haciéndose en cierta manera su ayudante de campo, puso en pié á Atenas; y Caton, por sus rencillas con Escipion, estuvo en muy poco el que no desgraciase la expedicion de éste contra los Cartagineses que destruyó á Aníbal, hasta entónces invicto; y por fin, excitando siempre sospechas y calumnias á éste, le apartó de los negocios de la república, y al hermano le atrajo

una condenacion infamante por el delito de peculado.

Caton hizo, es verdad, contínuos elogios de la templanza; pero Arístides la conservó pura y sin mancilla; y aquel matrimonio de Caton, tan desigual en la calidad y en los años, no pudo ménos de ceder en su descrédito: porque siendo ya tan anciano, y teniendo un hijo en la flor de la edad recien casado, pasar á segundas nupcias con una mocita, hija de un ministro y asalariado público, no fué cosa que pudiese parecer bien; pues que ora lo hiciese por deleite, ora por enojo para mortificar al hijo, á causa de lo sucedido con la amiga, siempre hay fealdad en el hecho y en el motivo. Y la respuesta que con ironía dió al hijo no era sencilla y verdadera: porque si queria tener hijos virtuosos que se le pareciesen, debia contraer un matrimonio decente, concertándolo con tiempo; y no que miéntras estuvo oculto su trato con una mozuela soltera y pública, se dió por contento; y cuando ya se echó de ver, hizo su suegro á un hombre á quien podia mandar; no con quien pudiera tener deudo honradamente.

FILOPEMEN.

Casandro era en Mantinea de la primera familia, y uno de los de más poder entre sus conciudadanos; pero por cierto infortunio tuvo que abandonar su patria, y se refugió á Megalópolis, confiado en Crasis, padre de Filopemen, varon por todos respetos apreciable y que le miraba con particular inclinacion. Así es que durante la vida de éste nada le faltó; y á su muerte, pagándole agradecido el hospedaje, se encargó de educar á su hijo huérfano, á la manera que dice Homero haber sido por Fénix educado Aquíles, haciendo que su índole y sus costumbres tomaran desde el principio cierta forma y elevacion régia y generosa. Luégo que llegó á la adolescencia le tomaron bajo su enseñanza los megalopolitanos Ecdemo y Demofanes, que en la Academia habian estado en familiaridad con Arcesilao, y habian trasladado la filosofía sobre todos los de su tiempo al gobierno y á los negocios públicos. Estos mismos libertaron á su patria de la tiranía, tratando secretamente con los que dieron muerte á Aristodemo; con Arato expelieron á Nicocles, tirano de Sicione; y á ruego de los de Cirene, cuyo gobierno adolecia de vicios y defectos, pasando allá por mar, les dieron buenas leyes, y organizaron perfectamente su república. Pues éstos, entre sus demas hechos laudables, dieron crianza é instruccion á Filopemen, culti-

vando su ánimo con la filosofía para bien comun de la Grecia; la cual parece haberle ya dado á luz tarde y en su última vejez, infundiéndole las virtudes de todos los generales antiguos; por lo que le apreció sobremanera, y le elevó al mayor poder y gloria. Por tanto, uno de los Romanos, haciendo su elogio, le llamó el último de los Griegos, como que despues de él ya la Grecia no produjo ninguno otro hombre grande y digno de tal patria.

De presencia no era feo, como han juzgado algunos; porque todavía vemos un retrato suyo que se conserva en Delfos. Y el desconocimiento de la huéspeda de Megara, dicen haber dimanado de su naturalidad y sencillez: porque sabiendo que habia de llegar á su casa el general de los Aqueos, se azoró para disponer la comida, no hallándose accidentalmente en casa el marido. Entró en esto Filopemen con un manto nada sobresaliente, y creyendo que fuese algun correo ó algun criado, le pidió que echara tambien mano á los preparativos: quitóse inmediatamente el manto y se puso á partir leña: llegó en esto el huésped, y diciendo: «¿Qué es esto, Filopemen?» le respondió en lenguaje dórico: ¿Qué ha de ser? pagar yo la pena de mi mala figura. «Burlándosele Tito por la extraña construccion de su cuerpo, le dijo: «¡Oh Filopemen! tienes buenas manos y buenas piernas, pero no tienes vientre,» porque era delgado de cuerpo; pero en realidad aquel dicterio más que á su cuerpo se dirigió á la especie de su poder: pues teniendo infantería y caballería, en la hacienda solia estar escaso. Y estas son las particularidades que de Filopemen se fieren en las trasnochadas.

En la parte moral, su deseo de gloria no estaba del todo exento de obstinacion, ni libre de ira; sino que con querer mostrarse principalmente émulo de Epaminondas, imitaba muy bien su actividad, su constancia y su desprendimiento de las riquezas; pero no pudiendo mantenerse entre las disensiones políticas dentro de los límites de la manse-

dumbre, de la circunspeccion y de la humanidad, por la ira y la propension á las disputas parecia que era más propio para las virtudes militares que para las civiles: así es que desde niño se mostró aficionado á la guerra, y tomaba con gusto las lecciones que á esto se encaminaban, como el manejar las armas y montar á caballo. Tenía tambien buena disposicion para la lucha, y algunos de sus amigos y maestros le inclinaban á que se hiciese atleta; pero les preguntó si de esta enseñanza resultaria algun inconveniente para la profesion militar; y como le respondiesen lo que habia en realidad, á saber, que debia haber gran diferencia en el cuidado del cuerpo y en el género de vida entre el atleta y el soldado, y que principalmente la dieta y el ejercicio, en el uno por el mucho sueño, por la contínua hartura, por el movimiento y el reposo á tiempos determinados para aumentar y conservar las carnes, no podian sin riesgo admitir mudanza; cuando el otro debia estar habituado á toda variacion y desigualdad, y en especial á sufrir fácilmente el hambre, y fácilmente la falta de sueño; enterado de ello Filopemen, no sólo se apartó de aquel género de ocupacion y le tuvo por ridículo, sino que despues, siendo general, hizo desaparecer, en cuanto estuvo de su parte, toda la enseñanza atlética con la afrenta y los dicterios, omo que hacía inútiles para los combates necesarios los cuerpos más útiles y á propósito.

Suelto ya de los maestros y curadores, en las excursiones cívicas que solian hacer á la Laconia, con el fin de merodear y recoger botin, se acostumbró marchar siempre el primero en la invasion y el último en la vuelta. Cuando no tenía otra ocupacion ejercitaba el cuerpo con la caza ó con la labranza, para formarle ágil y robusto, porque tenía una excelente posesion á veinte estadios de la ciudad. Todos los dias iba á ella despues de la comida ó de la cena, y acostándose sobre el primer mullido que

se presentaba como cualquiera de los trabajadores, allí dormia: á la mañana se levantaba temprano, y tomando parte en el trabajo de los que cultivaban ó las viñas ó los campos, se volvia luégo á la ciudad, y con los amigos y los magistrados conversaba sobre los negocios públicos. Lo que de las expediciones le tocaba, lo empleaba en la compra de caballos, en la adquisicion de armas y en la redencion de cautivos, y procuraba aumentar su patrimonio con la agricultura, la más inocente de todas las granjerías. Ni esto lo hacía como fortuitamente y sin intencion, sino con el convencimiento de que es preciso tenga hacienda propia el que se ha de abstener de la ajena. Oia no todos los discursos, y leia no todos los libros de los filósofos, sino aquellos de que le parecia habia de sacar provecho para la virtud; y en las poesías de Homero daba preferencia á las que juzgaba propias para despertar é inflamar la imaginacion hácia los hechos de valor. De todas las demas leyendas se aplicaba con mayor esmero á los libros de táctica de Euangelo, y procuraba instruirse en la historia de Alejandro, persuadido de que lo que se aprende debe aprovechar para los negocios, á no que se gaste en ello el tiempo por ociosidad y para inútiles habladurías. Porque tambien en los teoremas de táctica, dejando á un lado las demostraciones de la pizarra, procuraba tomar conocimiento y como ensayarse en los mismos lugares, examinando por sí mismo en los viajes y comunicando á los que le acompañaban las observaciones que hacía sobre el declive de los terrenos, las cortaduras de los llanos, y todo cuanto con los torrentes, las acequias y las gargantas ocasiona dificultades y obliga á diferentes posiciones en el ejército, ya teniendo que dividirle, y ya volviéndolo á reunir. Porque, á lo que se ve, su aficion á las cosas de la milicia la llevó mucho más allá de los términos de la necesidad, y miró la guerra como un ejercicio sumamente variado de virtud, despreciando enteramente á los

que no entendian de ella, como que no servian para nada.

Tenia treinta años cuando Cleomedes, rey de los Lacedemonios, cayendo repentinamente de noche sobre Megalópolis, y atropellando las guardias, se introdujo en ella y ocupó la plaza. Acudió pronto á su defensa Filopemen, y no pudo rechazar á los enemigos, aunque peleó con extraordinario valor y arrojo; pero en alguna manera dió puerta franca á los ciudadanos, combatiendo con los que los perseguian, y trayendo á sí á Cleomenes, en términos que con gran dificultad pudo retirarse el último, perdiendo el caballo, y saliendo herido de la refriega. Enviólos despues á llamar Cleomenes de Mesena adonde se habian retirado, ofreciendo restituirles la ciudad y sus términos: proposicion que los ciudadanos admitian con gran contento, apresurándose á volver; pero Filopemen se opuso, y los detuvo con sus persuasiones, haciéndoles ver que no les restituia la ciudad Cleomenes, sino que lo que queria era hacerse tambien dueño de los ciudadanos, por ser este el modo de tener más segura la poblacion; pues no habia venido á estarse allí de asiento guardando las casas y los muros vacíos; por tanto, que tendria que abandonarlos si permaneciesen desiertos. Con este discurso retrajo á los ciudadanos de su propósito; pero á Cleomenes le dió pretexto para destrozar y arruinar mucha parte de la ciudad, y para retirarse con muy ricos despojos.

Cuando el rey Antígono, en auxilio de los Aqueos, partió contra Cleomenes, y habiendo tomado las alturas y gargantas inmediatas á Selasia, ordenó sus tropas con ánimo de tomar la ofensiva y acometer, estaba formado Filopemen con sus ciudadanos entre la caballería, teniendo en su defensa á los Ilirios, gente aguerrida y en bastante número, que protegian los extremos de la batalla. Habíaseles dado la órden de que permanecieran sin moverse hasta que desde la otra ala hiciera el Rey que se levantara un paño de púrpura puesto sobre una lanza. Intentaron los jefes

arrollar con los Ilirios á los Lacedemonios, y los Aqueos guardaban tranquilos su formacion como les estaba mandado; pero enterado Euclidas, hermano de Cleomenes, de la desunion que esta operacion produjo en las fuerzas enemigas, envió sin dilacion á los más decididos de sus tropas ligeras, con órden de que cargasen por la espalda á los Ilirios y los contuvieran por este medio miéntras estaban abandonados de la caballería. Hecho así, las tropas ligeras acometieron y desordenaron á los Ilirios; y viendo Filopemen que nada era tan fácil como caer sobre ellas, y que ántes la ocasion les estaba brindando, lo primero que hizo fué proponerlo á los jefes del ejército real; pero como éstos no le diesen oidos, y ántes le despreciasen, teniéndole por loco y por persona poco conocida y acreditada para semejante maniobra, la tomó de su cuenta, acometiendo y llevándose tras sí á sus conciudadanos. Causó desde luégo desórden y despues la fuga con gran mortandad en las tropas ligeras; pero queriendo dar aún más impulso á las tropas del Rey, y venir cuanto ántes á las manos con los enemigos, que ya empezaban á desordenarse, se apeó del caballo, y entrando en el combate en un terreno áspero y cortado con arroyos y barrancos, á pié, con la coraza y armadura pesada de caballería, no sin grandísima dificultad y trabajo, tuvo la fatalidad de que un dardo con su cuerda le atravesase lateralmente entrambos muslos, pasándolos de parte á parte, y causándole una herida gravísima, aunque no mortal. Quedó al principio inmoble como si le hubieran trabado con lazos, y sin saber qué partido tomar, porque la cuerda del dardo hacía peligrosa la extraccion de éste, habiendo de salir por todo lo largo de la herida: así, los que estaban con él rehusaron intentarlo; pero estándose entónces en lo más recio de la batalla, lleno de ambicion y de ira, forcejó con los piés para no faltar de ella, y con la alternativa de subir y bajar los muslos rompió el dardo por medio, y así pudieron sacarse con separa-

cion entrambos pedazos. Libre ya y expedito, desenvainó la espada, y corrió por medio de las filas en busca de los enemigos, infundiendo aliento y emulacion á los demas combatientes. Venció por fin Antígono, y queriendo probar á los Macedonios les preguntó por qué se habia movido la caballería sin su órden; y como para excusarse respondiesen que habian venido á las manos con los enemigos, precisados por un mozuelo megalopolitano que acometió primero, les dijo sonriéndose: «Pues ese mozuelo ha tomado una disposicion propia de un gran general.»

Adquirió Filopemen la fama que le era debida, y Antígono le hizo grandes instancias para que entrase á su servicio, ofreciéndole un mando y grandes intereses; pero él se excusó, principalmente por tener conocida su índole muy inclinada á mandar con violencia y aspereza. Mas no queriendo permanecer ocioso y desocupado, se embarcó para Creta con objeto de seguir allí la milicia; y habiéndose ejercitado en ella por largo tiempo al lado de varones amaestrados é instruidos en todos los ramos de la guerra, y además moderados y sobrios en su método de vida, volvió con tan grande reputacion á la liga de los Aqueos, que inmediatamente le nombraron general de la caballería. Halló que los soldados cuando se ofrecia alguna expedicion se servian de jacos despreciables, los primeros que se les presentaban, y que ordinariamente se excusaban de la milicia con poner otros en su lugar, siendo muy grande su falta de disciplina y valor. Tolerábanselo siempre los magistrados por el mucho poder de los de caballería entre los Aqueos, y principalmente porque eran los árbitros del premio y del castigo. Mas él no condescendió ni lo aguantó; sino que recorriendo las ciudades, con excitar de uno en uno la ambicion en todos los jóvenes, con castigar á los que era preciso, y con usar de ejercicios, alardes y combates de unos con otros cuando habia de haber muchos espectadores, en poco tiempo les inspiró á todos un

aliento y valor admirable; y, lo que para la milicia es todavía más importante, los hizo tan ágiles y prontos, y los adiestró de manera á maniobrar juntos y á volver y revolver cada uno su caballo, que por la prontitud en las evoluciones la formacion toda no parecia sino un cuerpo sólo que se movia por impulso espontáneo. Sobrevínoles la batalla del rio Lariso contra los Etolios y los Eleos, y el general de la caballería de los Eleos, Damofanto, saliéndose de la formacion, se dirigió contra Filopemen: admitió éste la provocacion, y marchando á él, se anticipó á herirle derribándole con un bote de lanza del caballo. Apénas vino al suelo, huyeron los enemigos; y se acrecentó la gloria de Filopemen, por verse claro que ni en pujanza era inferior á ninguno de los jóvenes, ni en prudencia á ninguno de los ancianos, sino que era tan á propósito para combatir como para mandar.

La liga de los Aqueos empezó á gozar de alguna consideracion y poder á esfuerzos de Arato que le dió consistencia, reuniendo las ciudades ántes divididas, y estableciendo en ella un gobierno propiamente griego y humano. Despues, al modo que en el fondo del agua empiezan á posarse algunos cuerpos pequeños y en corto número al principio, y luégo cayendo otros sobre los primeros y trabándose con ellos, forman entre sí una materia compacta y firme; de la misma manera á la Grecia, débil todavía y fácil de ser disuelta, tomadas con separacion las ciudades, los Aqueos la empezaron á afirmar tomando por su cuenta auxiliar á unas de las ciudades comarcanas, libertar á otras de la tiranía que sufrian, y enlazarlas á todas entre sí por medio de un gobierno uniforme; y por este medio se propusieron constituir un solo cuerpo y un solo Estado del Peloponeso. Pero en vida de Arato todavía en las más de las cosas tenian que ceder á las armas de los Macedonios, haciendo la corte á Tolomeo y despues á Antígono y á Filipo, que se mezclaban en todos los negocios de los

Griegos. Mas despues que Filopemen llegó á tener el primer lugar, considerándose con bastante poder para hacer frente áun á los más poderosos, se dispensaron de la necesidad de tener tutores extranjeros. Porque Arato, tenido por poco aficionado á las contiendas bélicas, los más de los negocios procuraba transigirlos con las conferencias, con la blandura y con sus relaciones con los reyes, segun que en su Vida lo dejamos escrito; pero Filopemen, que era belicoso, fuerte en las armas, y feliz y virtuoso desde el principio en cuantas batallas se le ofrecieron, juntamente con el poder aumentó la representacion de los Aqueos, acostumbrados á vencer con él y á tener la más dichosa suerte en los combates.

Lo primero que hizo fué hacer novedad en la formacion y armamento de los Aqueos, que no eran como le parecia convenir; porque usaban de unas rodelas fáciles de manejar por su delgadez, pero demasiado angostas para resguardar el cuerpo, y de unas azconas mucho más cortas que las lanzas; por lo que, si bien de léjos eran ágiles y diestros en herir por la misma ligereza de las armas, en el encuentro con los enemigos eran á éstos inferiores. No estaba entre ellos recibida la formacion y disposicion de las tropas en espiral, sino que formando una batalla que no tenía defensa ni proteccion con los escudos, como la de los Macedonios, fácilmente se desordenaban y dispersaban. Para poner, pues, órden en estas cosas, les persuadió que en lugar de la rodela y la azcona tomaran el escudo y la lanza, y que defendidos con yelmos, con corazas y con canilleras se ejercitaran en un modo de pelear seguro y firme, dejando el de algarada y correría. Habiendo convencido para que así se armasen á los que eran de edad proporcionada, primero los alentó é hizo confiar, pareciéndoles que se habian hecho invencibles; y despues sacó de su lujo y ostentacion un ventajoso partido; ya que no era posible extirpar enteramente la necia vanidad en hombres viciados de an-

tiguo, que gustaban de vestidos costosos, de colgaduras de diversos colores y de los festejos de las mesas y banquetes. Empezó, pues, por apartar su inclinacion al lujo de las cosas vanas y superfluas, convirtiéndola á las útiles y laudables; con lo que alcanzó de ellos que cortando los gastos que diariamente hacian en otras galas y preseas, se complaciesen en presentarse adornados y elegantes con los arreos militares. Veíanse, pues, los talleres llenos de cálices y copas rotas, de corazas doradas, y de escudos y frenos plateados; así como los estadios de potros que se estaban domando, y de jóvenes que se adiestraban en las armas; y en las manos de las mujeres yelmos y penachos dados de colores, mantillas de caballos y sobreropas bellamente guarnecidas: espectáculo que acrecentaba el valor, é inspirando nuevo aliento, los hacía intrépidos y osados para arrojarse á los peligros. Porque el lujo en otros objetos infunde vanidad, y en los que le usan engendrá delicadeza, como si aquella sensacion halagase y recrease el ánimo; pero el lujo de estas otras cosas más bien le fortalece y eleva. Por eso Homero nos pintó á Aquiles inflado y enardecido con sólo habérsele puesto ante los ojos unas armas nuevas, para querer hacer prueba de ellas. Al propio tiempo que adornaba así á los jóvenes, los ejercitaba y adiestraba, haciéndoles ejecutar las evoluciones con gusto y con emulacion; porque les habia agradado sobremanera aquella formacion, pareciéndoles haber tomado con ella un apiñamiento al abrigo de las heridas. Las armas además con el ejercicio se les habian hecho manejables y ligeras, poniéndoselas y llevándolas con placer por su brillantez y hermosura, y ansiando por verse en los combates para probarlas con los enemigos.

Hacian entónces la guerra los Aqueos á Macanidas, tirano de los Lacedemonios, que con grande y poderoso ejército se proponia sujetar á todos los del Peloponeso. Luégo que se anunció haberse encaminado á Mantinea,

salió contra él Filopemen con sus tropas. Acamparon muy cerca de la ciudad, teniendo uno y otro muchos auxiliares, y trayendo cada uno consigo casi todas las fuerzas de sus respectivos pueblos. Cuando ya se trabó la batalla, habiendo Macanidas rechazado con sus auxiliares á la vanguardia de los Aqueos, compuesta de los tiradores y de los de Tarento, en lugar de caer inmediatamente sobre la hueste y romper su formacion, se entregó á la persecucion de los vencidos, y se fué más allá del cuerpo del ejército de los Aqueos, que guardaba su puesto. Filopemen, sucedida semejante derrota en el principio, por la que todo parecia enteramente perdido, disimulaba y hacía como que no lo advertia, y que nada de malo habia en ello; mas al reflexionar el grande error que con la persecucion habian cometido los enemigos, desamparando el cuerpo de su ejército y dejándole el campo libre, no fué en su busca, ni se les opuso en su marcha contra los que huian, sino que dió lugar á que se alejaran, y cuando ya vió que la separacion era grande, cargó repentinamente á la infanteria de los Lacedemonios, porque su batalla habia quedado sin defensa. Acometióla, pues, por el flanco á tiempo que ni tenian general, ni estaban aparejados para combatir, porque en vista de que Macanidas seguia el alcance, se creian ya vencedores, y que todo lo habian sojuzgado. Rechazólos, pues, á su vez con gran mortandad, porque se dice haber perecido más de cuatro mil; y en seguida marchó contra Macanidas, que volvia ya del alcance con sus auxiliares. Habia en medio una acequia ancha y profunda, y hacian esfuerzos de una parte y otra, el uno por pasar y huir, y el otro por estorbárselo; presentando el aspecto no de unos generales que peleaban, sino de unas fieras que por la necesidad hacian uso de toda su fortaleza, acosadas del fiero cazador Filopemen. En esto el caballo del tirano, que era poderoso y de bríos, y además se sentia aguijado con ambas espuelas, se arrojó á pasar, y dando de pechos en la acequia,

pugnaba con las manos por echarse fuera; y entónces Simias y Polieno, que siempre en los combates estaban al lado de Filopemen, y lo protegian con sus escudos, los dos corrieron á un tiempo, presentando de frente las lanzas; pero se les adelantó Filopemen dirigiéndose contra Macanidas; y como viese que el caballo de éste, levantando la cabeza le cubria el cuerpo, volvió el suyo un poco, y embrazando la lanza, le hirió con tan violencia que le sacó de la silla y le derribó al suelo. En esta actitud le pusieron los Aqueos una estatua en Delfos, admirados en gran manera de este hecho y de toda aquella jornada.

Dícese que habiendo ocurrido la celebridad de los juegos Nemeos, cuando por segunda vez se hallaba de general Filopemen, haciendo muy poco tiempo que habia alcanzado la victoria de Mantinea, como no tuviese entónces que atender más que á la solemnidad de la fiesta, hizo por primera vez alarde de su ejército ante los Griegos, presentándole muy adornado, y haciéndole evolucionar como de costumbre al són de la música militar con aire y agilidad; y que despues, habiendo contienda de tañedores de cítara, pasó al teatro, llevando á los jóvenes con mantos militares y con ropillas de púrpura, y ostentando éstos gallardos cuerpos y edades entre sí iguales, al mismo tiempo que mostraban grande veneracion á su general, y un ardimiento juvenil por sus muchos y gloriosos combates. No bien habian entrado, cuando el citarista Píladas, que por caso cantaba *Los Persas* de Timoteo, empezó de esta manera:

De libertad honor y prez glorioso
Este para la Grecia ha conseguido.

Concurriendo con la belleza de la voz la sublimidad de la poesía, todos volvieron inmediatamente la vista á Filopemen; levantándose con el gozo mucha gritería, por con-

cebir los Griegos en sus ánimos, grandes esperanzas de su antigua gloria, y considerarse ya con la confianza muy cerca de aquella elevacion.

En las batallas y combates, así como los potros echan ménos á los que suelen montarles, y si llevan á otro se espantan y lo extrañan, de la misma manera el ejército de los Aqueos bajo otros generales decaia de ánimo, volviendo siempre los ojos á Filopemen; y con sólo verlo, al punto se rehacia, y recobraba confiado su anterior brío y actividad: pudiendo observarse que áun los mismos enemigos á este sólo entre todos los generales miraban con malos ojos, asustados con su gloria y con su nombre; lo que se ve claro en lo mismo que ejecutaron. Porque Filipo, rey de los Macedonios, conceptuando que si lograba deshacerse de Filopemen, de nuevo se le someterian los Aqueos, envió reservadamente á Argos quien le diese muerte; pero descubiertas sus asechanzas, incurrió en odio y en descrédito entre los Griegos. Los Beocios sitiaban á Megara, esperando tomarla muy en breve; pero habiéndose esparcido repentinamente la voz, que no era cierta, de que Filopemen que venía en socorro de los sitiados se hallaba cerca, dejando las escalas que ya tenian arrimadas al muro, dieron á huir precipitadamente. Apoderóse por sorpresa de Mesena Nabis, que tiranizó á los Lacedemonios despues de Macanidas, justamente á tiempo en que Filopemen no tenía más carácter que el de particular, sin mando alguno; y como no pudiese mover, para que auxiliase á los Mesenios, á Lisipo, general entónces de los Aqueos, quien respondió que la ciudad estaba enteramente perdida, hallándose ya los enemigos dentro; él mismo tomó á su cargo aquella demanda, y marchó con solos sus conciudadanos, que no esperaron ni ley ni investidura alguna, sino que voluntariamente se fueron en pos de él, atraidos por naturaleza al mando del más sobresaliente. Todavía estaba á alguna distancia cuando Nabis en-

tendió su venida, y con todo no le aguardó; sino que con estar acampado dentro de la ciudad, se retiró por otra puerta, é inmediatamente recogió sus tropas, teniéndose por muy bien librado si se le daba lugar para huir: huyó, y Mesena quedó libre.

Estas son las hazañas gloriosas de Filopemen; porque su vuelta á Creta, llamado de los Gortinios, para tenerle por general en la guerra que se les hacía, no carece de reprension, á causa de que molestando con guerra Nabis á su patria, ó huyó el cuerpo á ella, ó prefirió intempestivamente el honor de aprovechar á otros. Y justamente fué tan cruda la guerra que en aquella ocasion se hizo á los Megalopolitanos, que tenian que estarse resguardados de las murallas, y que sembrar las calles, porque los enemigos les talaban los términos, y casi estaban acampados en las mismas puertas; y como él entre tanto hubiese pasado á Ultramar á acaudillar á los Cretenses, dió con esto ocasion á sus enemigos para que le acusasen de que se habia ido huyendo de la guerra doméstica; mas otros decian que habiendo elegido los Aqueos otros jefes, Filopemen, que habia quedado en la clase de particular, habia hecho entrega de su reposo á los Gortinios que le habian pedido para general. Porque no sabía estar ocioso, queriendo, como si fuera otra cualquiera arte ó profesion, traer siempre entre manos y en contínuo ejercicio su habilidad y disposicion para las cosas de la guerra; lo que se echa de ver en lo que dijo en cierta ocasion del rey Tolomeo; porque como algunos le celebrasen á éste, á causa de que ejercitaba sus tropas contínuamente, y él mismo trabajaba sin cesar oprimiendo su cuerpo bajo las armas, «y ¿quién, respondió, alabaria á un rey que en una edad como la suya no diese estas muestras, sino que gastase el tiempo en deliberar?» Incomodados, pues, los Megalopolitanos con él por este motivo, y teniéndolo á traicion, intentaron proscribirle; pero se opusieron los Aqueos, enviando á Ariste-

neto de general á Megalópolis; el cual, no obstante disentir de Filopemen en las cosas de gobierno, no permitió que se llevara á cabo aquella condenacion. Desde entónces, malquisto Filopemen con sus ciudadanos, separó de su obediencia á muchas de las aldeas del contorno, diciéndoles respondiesen que no les eran tributarias, ni habian pertenecido á su ciudad desde el principio; y cuando hubieron dado esta respuesta, abiertamente defendió su causa, é indispuso á la ciudad con los Aqueos; pero esto fué más adelante. En Creta hizo la guerra con los Gortinios, no como un hombre del Peloponeso y de la Arcadia franca y generosamente, sino revistiéndose de las costumbres de Creta; y con usar contra ellos mismos de sus correrías y asechanzas, les hizo ver que eran unos niños que empleaban arterías despreciables y vanas en lugar de la verdadera disciplina.

Admirado y celebrado por las proezas que allá hizo, regresó otra vez al Peloponeso, y halló que Filipo habia ya sido vencido por Tito Flaminio, y que á Nabis le perseguian con guerra los Aqueos y los Romanos; y siendo inmediatamente nombrado general contra él, como probase la suerte de un combate naval, le sucedió lo que á Epaminondas, que fué perder de su valor y gloria, habiendo peleado muy desventajosamente en el mar; aunque de Epaminondas dicen algunos que no pareciéndole bien que sus ciudadanos gustasen de las utilidades que la navegacion produce, no fuese que insensiblemente de infantes inmobles, segun la expresion de Platon, se los hallase trocados en marineros y hombres perdidos, dispuso muy de intento que del Asia y de las islas se volviesen sin haber hecho cosa alguna. Mas Filopemen, muy persuadido de que la ciencia que tenía en las cosas de la tierra le habia de servir tambien para las del mar, muy luégo se desengañó de lo mucho que el ejercicio conduce para el logro de las empresas, y cuán grande es para todo el poder de la costum-

bre: porque no sólo llevó lo peor en el combate naval por su impericia, sino que escogió una nave, antigua sí, y célebre por cuarenta años, pero que no bastaba á sufrir la carga que le impuso, é hizo con esto que corrieran gran riesgo los ciudadanos. Observando despues que en consecuencia de este suceso le miraban con desden los enemigos, por parecerles que habia desertado del mar; y habiendo estos puesto sitio con altanería á Gicio, navegó al punto contra ellos, cuando no le esperaban, descuidados con la victoria; y desembarcando de noche los soldados, les ordenó que tomasen fuego, y aplicándolo á las tiendas, les abrasó el campamento, haciendo perecer á muchos. De allí á pocos dias repentinamente le sobrecogió Nabis en la marcha, atemorizando á sus Aqueos, que tenian por imposible salvarse en un sitio muy áspero y muy conocido de los enemigos; mas él, parándose un poco, y dando una ojeada al terreno, hizo ver que la táctica es lo sumo del arte de la guerra: porque moviendo un poco su batalla, y dándole la formacion que el lugar exigia, fácil y sosegadamente se hizo dueño del paso, y cargando á los enemigos, los desordenó completamente. Mas como advirtiese que no huian hácia la ciudad, sino que se habian dispersado acá y allá por el país, que sobre ser montuoso y cubierto de maleza, era inaccesible á la caballería por las muchas acequias y torrentes, impidió que se siguiera el alcance, y se acampó todavía con luz; pero conjeturando que los enemigos se valdrian de las tinieblas para recogerse á la ciudad de uno en uno y de dos en dos, colocó en celada en los barrancos y collados á muchos soldados aqueos armados de puñales; con el cual medio perecieron la mayor parte de los de Nabis; porque no haciendo la retirada en union, sino como casualmente habian huido, perecian en las inmediaciones de la ciudad, cayendo á la manera de las aves en manos de los enemigos.

Fué por estos sucesos sumamente celebrado y honrado

por los Griegos en sus teatros; lo que sin culpa de nadie ofendió la ambicion de Tito Flaminio; porque como cónsul de los Romanos queria se le aplaudiese más que á un particular de la Arcadia; y en punto á beneficios creia que le excedia en mucho, por cuanto con sólo un pregon habia dado la libertad á toda la Grecia, que ántes servia á Filipo y los Macedonios. De allí á poco hace Tito paces con Nabis, y muere éste de resulta de asechanzas que le pusieron los Etolios; y como con este motivo se excitasen sediciones en Esparta, aprovechando Filopemen esta oportunidad, marcha allá con tropas, y ganando por fuerza á unos, y con la persuasion á otros, atrae aquella ciudad á la liga de los Aqueos; empresa que le hizo todavía mucho más recomendable á éstos, adquiriéndoles la gloria y el poder de una ciudad tan ilustre; y en verdad que no era poco haber venido Lacedemonia á ser una parte de la Acaya. Concilióse tambien los ánimos de los principales entre los Lacedemonios, por esperar que habian de tener en él un defensor de su libertad. Por tanto, habiendo reducido á dinero la casa y bienes de Nabis, que importaron ciento y veinte talentos, decretaron hacerle presente de esta suma, enviándole al efecto una embajada; pero entónces resplandeció la integridad de este hombre, que no sólo parecia justo, sino que lo era: porque ya desde luégo ninguno de los Esparciatas se atrevió á hacer á un varon como aquel la propuesta del regalo; sino que temerosos y encogidos se valieron de un huésped del mismo Filopemen, llamado Timolao, y despues éste, habiendo pasado á Megalópolis, y sido convidado á comer por Filopemen, como de su gravedad en el trato, de la sencillez de su método de vida, y de sus costumbres observadas de cerca hubiese comprendido que en ninguna manera era hombre accesible á las riquezas ó á quien se ganase con ellas, tampoco habló palabra del presente; y aparentando otro motivo de su viaje, se retiró á casa: sucediéndole otro tanto la se-

gunda vez que fué mandado. Con dificultad pudo resolverse á la tercera; pero al fin en ella le manifestó los deseos de la ciudad. Oyóle Filopemen apaciblemente, y pasando á Lacedemonia, les dió el consejo de que no sobornasen á sus amigos hombres de bien, pues que podian de balde sacar partido de su virtud; sino que más bien comprasen y corrompiesen á los malos, que en las juntas sacaban de quicio á la ciudad, para que tapándoles la boca con lo que recibiesen, los dejasen en paz; pues que valia más sofocar la osada claridad de los enemigos que la de los amigos: ¡hasta este punto llegaba su integridad en cuanto á intereses!

Llegó á entender al cabo de algun tiempo el general de los Aqueos Diófanes, que los Lacedemonios intentaban novedades, por lo que pensaba en castigarlos; y ellos, disponiéndose á la guerra, traian revuelto el Peloponeso; mas en tanto Filopemen trataba de reprimir y apaciguar el enojo de Diófanes, mostrándole que la ocasion en que el rey Antioco y los Romanos amenazaban á los Griegos con tan grandes fuerzas ponia al general en la necesidad de fijar allí su atencion, no tocando los negocios de casa, y haciendo como que no se veian ni se oian los errores de los propios. No le dió oidos Diófanes, sino que con Tito Flaminio entró por la Laconia; y como se encaminasen hácia la capital, irritado Filopemen, se determinó á un arrojo, no muy seguro, ni del todo conforme con las reglas de justicia, pero grande y propio de un ánimo elevado, cual fué el de pasar á Lacedemonia; y al general de los Aqueos y al cónsul de los Romanos, con no ser más que un particular, les dió con las puertas en los ojos; calmó los alborotos de la ciudad, y volvió á incorporar á los Lacedemonios en la liga como estaban ántes. Más adelante, siendo general Filopemen, tuvo motivos de disgusto con los Lacedemonios, y á los desterrados los restituyó á la ciudad, dando muerte á ochenta Esparciatas, segun dice

Polibio; pero segun Aristócrates á trescientos cincuenta. Derribó las murallas; y haciendo suertes del territorio, lo repartió á los Megalopolitanos. A todos cuantos habian de los tiranos recibido el derecho de ciudad los trasplantó, llevándolos á la Acaya, á excepcion de tres mil: á éstos, que se obstinaron en no querer salir de la Lacedemonia, los hizo vender; y despues para mayor mortificacion edificó con este dinero un pórtico en Megalópolis. Indignado hasta lo sumo con los Lacedemonios, y cebándose más en los que habian sido tratados tan indignamente, consumó por fin el hecho en política más duro y más injusto, que fué el de arrancar y destruir la institucion de Licurgo, obligando á los niños y á los jóvenes á cambiar su educacion patria por la de los Aqueos, por cuanto nunca pensarian bajamente manteniéndose en las leyes de aquel legislador. Y entónces, domados con tan grandes trabajos, puestos como cera en las manos de Filopemen, se hicieron dóciles y sumisos; pero más adelante, habiendo implorado el favor de los Romanos, salieron del gobierno de los Aqueos, y recobraron y restablecieron el suyo propio en cuanto fué posible despues de tales calamidades y trabajos.

Sobrevino en esto la guerra de los Romanos contra Antioco en la Grecia, á tiempo que Filopemen no ejercia ningun cargo; y como viese que Antioco se entretenia en Calcis, muy fuera de sazon, con bodas y con amores de doncellas, y que los Sirios vagaban y se divertian por las ciudades sin jefes y en el mayor desórden, se lamentaba de no tener mando, y envidiaba, como solia explicarse, á los Romanos la victoria: «porque si yo fuera general, decia, con todos éstos acabaria en las tabernas.» Vencieron despues los Romanos á Antioco, é internándose ya más en los negocios de los Griegos, iban cercando con sus tropas á los Aqueos, ayudados de los demagogos que estaban de su parte; y su gran poder prosperaba con el favor de su

genio tutelar, estando próximos á la cumbre adonde habia de elevarlos la fortuna. Entónces Filopemen, fortificándose como buen piloto contra las olas, en algunas cosas se veia precisado á ceder y contemporizar; pero en las más se oponia, y á los que en el decir y hacer tenian más influjo, procuraba atraerlos al partido de la libertad. Aristeneto Megalopolitano, que era el de mayor poder entre los Aqueos, no cesaba de obsequiar á los Romanos, persuadido de que aquellos no debian oponérseles, ni desagradarlos en las juntas; y se dice que Filopemen lo oia en silencio; pero lo llevaba muy á mal; y que por fin no pudiéndose ya contener en su enojo, le dijo á Aristeneto: «Hombre, ¡á qué afanarte tanto por ver cumplido el hado de la Grecia!» Manio, cónsul de los Romanos, que venció á Antioco, solicitaba de los Aqueos que permitieran la vuelta á los desterrados de los Lacedemonios, y tambien Tito Flaminio instaba á Manio sobre este punto; pero se opuso Filopemen, no por odio contra los desterrados, sino porque queria que aquello se hiciese por él mismo y por los Aqueos, y no por Tito, ni en obsequio de los Romanos; y nombrado general al año siguiente, él mismo los restituyó á su patria: ¡tanto era su espíritu para tenerse firme y contender con los poderosos!

Hallándose ya en los setenta años de su edad, y nombrado octava vez general de los Aqueos, concibió la esperanza de que no sólo pasaria aquella magistratura en paz, sino que el estado de los negocios le permitiria vivir sosegado lo que le restaba de vida; porque así como las enfermedades son más remisas segun van faltando las fuerzas del cuerpo, de la misma manera yendo de vencida el poder en las ciudades griegas, se extinguia y apagaba en ellas el ardor de contender; sino que parece que alguna furia, como atleta aventajado en el correr, lo llevó precipitadamente al término de la vida. Porque se dice que en una conversacion, celebrando los que se hallaban presen-

tes á uno de que era hombre sobresaliente para el mando de un ejército, contestó Filopemen: «¿Cómo ha de merecer ese elogio un hombre que vivo se dejó cautivar por los enemigos?» Pues de allí á pocos dias Dinocrates de Mesena, que particularmente estaba mal con Filopemen, y además se hacía insufrible á todos por su perversidad y sus vicios, separó á Mesena de la liga Aquea, y se dirigió contra una aldea llamada Colonide con intento de tomarla. Hizo la casualidad que Filopemen se hallase á la sazon en Argos con calentura; pero recibida la noticia, al punto marchó á Megalópolis, andando en un dia más de cuatrocientos estadios; y de allí partió al punto en auxilio de la aldea, llevando consigo á los de á caballo, que aunque eran los más principales y muy jóvenes, gustosos entraron en la expedicion por celo y por amor á Filopemen. Encamináronse á Mesena, y encontrándose junto al collado Eüan con Dinocrates, que tambien iba en busca de ellos, á este lograron rechazarle; pero como sobreviniesen de pronto unos quinientos que habian quedado en custodia del país de Mesena, y tomasen los vencidos las alturas luego que los vieron, temiendo Filopemen ser envuelto, y mirando tambien por sus tropas, dispuso su retirada por lugares ásperos, poniéndose á retaguardia, haciendo muchas veces cara á los enemigos, y atrayéndolos hácia sí; los cuales, sin embargo, no se atrevian á embestirle, sino que sólo correspondian con gritería y carreras desde léjos. Separábase frecuentemente por causa de aquellos jóvenes, acompañándolos de uno en uno, y con esto no advirtió que habia llegado á quedarse sólo entre gran número de enemigos; y lo que es á venir á las manos con él nadie se atrevia; pero de léjos le impelian y arrastraban á sitios pedregosos y cercados de precipicios; de manera que con dificultad gobernaba y aguijaba el caballo. La vejez por la vida ejercitada que habia tenido le era ligera, y en nada le estorbaba para salvarse; pero entónces, falto de fuerzas

por la debilidad del cuerpo, y fatigado con tanto caminar, se habia puesto pesado y torpe, y tropezando el caballo lo derribó al suelo. La caida fué terrible, y habiendo recibido el golpe en la cabeza, quedó por largo rato sin sentido; tanto que los enemigos, teniéndole por muerto, intentaron volver el cuerpo y despojarle; mas como levantando la cabeza se hubiese puesto á mirarlos, acudiendo en gran número, le echaron las manos á la espalda, y atándole se le llevaron, usando de mil improperios é insultos con un hombre que ni por sueño podia haber temido semejante cosa de Dinocrates.

En la ciudad, llegada la noticia, se pusieron muy ufanos, y corrieron en tropel á las puertas; pero cuando vieron que traian á Filopemen de un modo tan poco correspondiente á su gloria y sus anteriores hazañas y trofeos, los más se compadecieron y consternaron, hasta el punto de llorar y de despreciar el poder humano, teniéndole por incierto y por nada. Así, al punto corrió entre los más la voz favorable de que era preciso tener presentes sus antiguos beneficios, y la libertad que les habia dado, redimiéndolos del tirano Nabis; pero unos cuantos, queriendo congraciarse con Dinocrates, proponian que se le diese tormento y se le quitase la vida, como enemigo poderoso y difícil de aplacar, y mucho más temible para Dinocrates si lograba salvarse despues que éste le habia maltratado y hecho prisionero. Mas lo que por entónces hicieron fué llevarle al que llamaban tesoro, que era un edificio subterráneo, al que no penetraban de afuera ni el aire ni la luz, y que no tenía puertas, sino que lo cerraban con una gran piedra que ponian á la entrada: encerrándole, pues, en él, y arrimando la piedra, colocaron alrededor centinelas armados. Los soldados Aqueos, luégo que se rehicieron un poco de la fuga, echaron ménos á Filopemen sospechándole muerto, y estuvieron mucho tiempo llamándole, y tratando entre sí sobre cuán vergonzosa é in-

justamente se salvarian, habiendo abandonado á los enemigos un general que tanto habia expuesto su vida por ellos: fueron, pues, más adelante con gran diligencia, y ya tuvieron noticia de cómo habia sido cautivado; la que anunciaron á las ciudades de los Aqueos. Fué esta para todos de grandísima pesadumbre, y determinaron reclamar de los Mesenios á su general, enviando al intento una embajada, y entretanto se preparaban para la guerra.

Esto fué lo que hicieron los Aqueos; mas Dinocrates, temiendo en gran manera que en el tiempo mismo hallase su salvamento Filopemen, y deseando prevenir las disposiciones de los Aqueos, luego que fué de noche, y que la muchedumbre de los Mesenios se retiró, abriendo el calabozo hizo entrar en él al ministro público, y que llevando un veneno se le propinara, sin apartarse de allí hasta que le hubiese bebido. Estaba echado sobre su manto sin dormir, entregado al pesar y sobresalto; y cuando vió luz, y cerca de sí aquel hombre que tenía en la mano la taza de veneno, incorporándose con mucho trabajo á causa de su debilidad, se sentó, y tomando la taza, le preguntó si tenía alguna noticia de sus soldados, y especialmente de Licorta. Respondióle el ministro que los más habian logrado salvarse; dió con la cabeza señal de aprobacion, y mirándole benignamente, «buena noticia me das, le dijo, pues que no todo lo hicimos desgraciadamente;» y sin decir ni articular más palabra, bebió y volvió otra vez á acostarse. El veneno no encontró obstáculo para producir su efecto, pues estando tan débil, lo acabó muy pronto.

Luego que la noticia de su muerte se difundió entre los Aqueos, las ciudades todas cayeron en la afliccion y desconsuelo, y concurriendo á Megalópolis toda la juventud con los principales, no quisieron poner dilacion ninguna en el castigo, sino que eligiendo por general á Licorta, se entraron por la Mesenia, talando y molestando el país, hasta que, llamados á mejor acuerdo, dieron entrada á los

Aqueos. Y Dinocrates se apresuró por sí mismo á quitarse la vida: de los demas, cuantos dieron consejo de deshacerse de Filopemen, tambien se dieron por sí mismos la muerte; y á los que aconsejaron que se le atormentase, los hizo atormentar Licorta. Quemaron luego el cuerpo de Filopemen, y recogiendo en una urna los despojos, dispusieron su conduccion, no en desórden y sin concierto, sino reuniendo con las exequias una pompa triunfal: porque á un mismo tiempo se les veia ceñir coronas y derramar lágrimas; y juntamente con los enemigos cautivos y aherrojados, se veia la urna tan cubierta de cintas y coronas, que apénas podia descubrirse. Llevábala Polibio, hijo del general de los Aqueos, y á su lado los principales de éstos. Los soldados, armados y con los caballos vistosamente enjaezados, seguian la pompa, ni tan tristes como en tan lamentable caso, ni tan alegres como en una victoria. De las ciudades y pueblos del tránsito salian al encuentro como para recibirle cuando volvia del ejército; acercábanse á la urna, y concurrian á llevarla á Megalópolis. Cuando ya pudieron incorporárseles los ancianos con las mujeres y los niños, el llanto del ejército discurrió por toda la ciudad, afligida y desconsolada con tal pérdida, previendo que decaia al mismo tiempo de la gloria de tener el primer lugar entre los Aqueos. Diósele, pues, honrosa sepultura como correspondia, y en las inmediaciones de su sepulcro fueron apedreados los cautivos de los Mesenios. Siendo muchas sus estatuas y muchos los honores que las ciudades le decretaron, hubo un Romano que en los infortunios que la Grecia experimentó en Corinto, propuso que se destruyeran todas para perseguirle despues de muerto, en manifestacion de que en vida habia sido contrario y enemigo de los Romanos. Se trató este asunto, y se hicieron discursos en él, respondiendo Polibio al calumniador, y ni Mumio ni los legados consintieron en que se quitasen los monumentos de tan insigne varon, sin em-

bargo de la contradiccion que en él habian experimentado Tito y Manio; y es que aquellos supieron preferir, segun parece, la virtud á la conveniencia, y lo honesto á lo útil; juzgando recta y racionalmente que á los bienhechores se les debe el premio y el agradecimiento por los que recibieron el beneficio; pero que á los hombres virtuosos les debe ser tributado honor por todos los buenos. Y esto baste de Filopemen.

TITO QUINCIO FLAMINIO.

Cuál hubiese sido el semblante de Tito Quincio Flaminio, que comparamos á Filopemen, pueden verlo los que gusten en un busto suyo de bronce, que con una inscripcion en caracteres griegos se conserva en Roma junto al Apolo grande traido de Cartago enfrente del circo: en cuanto á sus costumbres, dícese que fué de genio pronto para la ira y para los favores; aunque no del mismo modo, pues siendo ligero y no rencoroso en el castigar, los beneficios los llevaba hasta el extremo, mirando constantemente con amor é inclinacion á aquellos á quienes habia favorecido, como si hubieran sido sus bienhechores, teniéndolos por la mejor posesion: así los conservó siempre en su amistad, y se interesó por ellos. Siendo por carácter muy amante de honores y codicioso de gloria, aspiraba á hacer por sí acciones generosas é ilustres, y se complacia más en hacer bien á los que á él acudian que en ganarse la voluntad de los poderosos, considerando á aquéllos como objeto de su virtud, y á éstos como rivales de su gloria. Educado en la crianza propia de las costumbres militares, por haber tenido en aquella época Roma muchas y porfiadas guerras y ser este el arte que aprendian los jóvenes ante todas cosas, primero fué tribuno en la guerra contra Aníbal á las órdenes de Marcelo, entónces cónsul. Muerto Marcelo en

aquella celada, fué Tito nombrado prefecto de la region Tarentina, y luégo del mismo Tarento despues de recobrado, donde se acreditó en gran manera, no ménos por su justicia que por sus disposiciones militares; por lo cual, habiéndose enviado colonias á dos ciudades, á Narnia y Cosa, fué para su establecimiento nombrado presidente y fundador.

Dióle esto grande confianza, saltando por encima del tribunado de la plebe, de la pretura y de la edilidad, magistraturas intermedias y propias de los jóvenes, para aspirar desde luégo al consulado, en lo que tenia muy de su parte á los de las colonias; pero habiéndole hecho oposicion los tribunos de la plebe Fulvio y Manio, por decir ser cosa muy dura que un jóven se arrojara contra las leyes á la magistratura más elevada, sin estar todavía iniciado en los primeros ritos y misterios del gobierno, el Senado dejó la decision al pueblo, y éste le designó cónsul con Sexto Elio, sin embargo de que áun no habia cumplido treinta años. Cúpole por suerte la guerra contra Filipo y los Macedonios; siendo grande la dicha de los Romanos en que éste fuese así destinado á entender en negocios, y con personas que en vez de necesitar un general que todo lo hiciese por fuerza y con armas, debian más bien ser conducidos con la persuasion y con la afabilidad del trato. Porque Filipo en su reino de Macedonia tenia el fundamento suficiente para la guerra; pero la fuerza principal para dilatarla, el auxilio, refugio é instrumento de su ejército consistia sobre todo en el poder de los Griegos; y sin que éstos se separasen de Filipo, la guerra contra él no era obra de una sola campaña. Hasta allí la Grecia habia tenido poco contacto con los Romanos; y empezando entónces á tomar éstos parte en los negocios, si el general no hubiese sido de buena índole, valiéndose más de las palabras que de las armas, tratando con afabilidad y dulzura á cuantos se le acercaban, y manifestando mucha en-

tereza en las cosas de justicia, no hubiera sido tan fácil que en lugar del gobierno á que estaban acostumbrados admitiesen el imperio extranjero; lo que se manifestará todavía mejor por la serie de sus hechos.

Enterado Tito de que los generales que le habian precedido, Sulpicio y Publio, pasando tarde á la Macedonia, y tomando la guerra con flojedad, habian gastado sus fuerzas en combates de puestos, y en contender con Filipo en encuentros parciales sobre el paso y sobre las provisiones, se propuso no imitar á aquellos que perdian un año en casa en los honores y negocios políticos, y á lo último pensaban en la guerra, ejecutando él lo mismo de ganar á su mando un año para los honores y los negocios, haciendo de cónsul en el uno y de general en el otro; sino dedicar con empeño á la guerra todo el tiempo en que ejerciese su autoridad, no haciendo cuenta de los honores y prerogativas que en la ciudad le corresponderian. Pidió, pues, al Senado que le diera á su hermano Lucio para que á sus órdenes mandase la armada; y tomando de las tropas que con Escipion habian vencido á Asdrubal en España, y en Africa al mismo Aníbal, lo más florido y arriscado para su principal apoyo, viniendo á ser unos tres mil hombres, dió vela al Epiro con la mayor confianza. Como Publio, teniendo establecido su campo en contraposicion del de Filipo, que hacía mucho tiempo guardaba los desfiladeros y gargantas del rio Apso, no pudiese adelantar un paso por lo inexpugnable del terreno, luégo que lo observó, se encargó del mando, y despidiendo á Publio, se dedicó á reconocer toda la comarca. Son aquellos lugares no ménos fuertes que los del valle de Tempe; pero no presentan aquella belleza de árboles, aquella frescura de los bosques, ni aquellos prados y sitios amenos. Los montes grandes y elevados de una y otra parte van á parar á un barranco dilatado y profundo, por el que discurre el Apso, que en su aspecto y rapidez se parece al Peneo; pero cubriendo

toda la falda sólo deja un camino cortado muy pendiente y estrecho junto á la misma corriente: paso muy dificultoso para un ejército, y si hay quien le defienda, inaccesible.

Habia quien proponia á Tito que fuese á dar la vuelta por la Dasaretide junto al Luco, tomando así un camino transitable y fácil; pero temió no fuera que internándose por lugares ásperos y de escasas cosechas, y acosándole Filipo sin presentarle batalla, le faltasen los víveres, y reducido otra vez á la inaccion, como su predecesor, tuviera que retroceder hácia el mar; por lo que determinó marchar con todo su ejército por las alturas, y abrirse paso á viva fuerza. Ocupaba Filipo las montañas con su infantería; y lloviendo por todas partes sobre los Romanos dardos y flechas tirados oblicuamente, tenian heridos, se trababan reñidos combates, y habia muertos de unos y otros; pero de ninguna manera aparecia cuál sería el término de aquella guerra. En este estado se presentaron unos pastores de los de aquellos contornos, manifestando que habia cierto rodeo ignorado de los enemigos, y ofreciendo que por él conducirian el ejército, y al tercer dia le darian puesto sobre las eminencias; de lo que daban por fiador, haciéndose todo con su conocimiento, á Carope el de Macata, muy principal entre los Epirotas y apasionado de los Romanos, á los que sin embargo no auxiliaba sino con reserva, por miedo de Filipo. Creyólos Tito, y destacó á un tribuno con cuatro mil infantes y trescientos caballos, yendo de guías los pastores, á los que llevaban atados. Reposaban por el dia procurando ocultarse entre rocas y matorrales, y hacian su camino de noche á la luz de la luna, que estaba en su lleno. Enviado que hubo Tito este destacamento, no emprendió nada en aquellos dias sino lo preciso para que no cesaran los enemigos en sus escaramuzas de léjos; pero en el que debian aparecer ya sobre las eminencias los de la marcha, al amanecer puso en mo-

vimiento sus tropas de todas armas, y haciendo tres divisiones, por sí mismo dirigió su hueste por el camino recto hácia la garganta por donde discurre el rio acosado de los Macedonios, y teniendo que lidiar con cuanto se le oponia en aquellos malos pasos. Los otros procuraban combatir de uno y otro lado, trepando denodadamente por los desfiladeros, á tiempo que ya se dejó ver el sol y á lo léjos un humo no muy espeso, sino á manera de neblina de los montes, yéndose mostrando poco á poco; el cual no fué advertido de los enemigos, porque les caia á la espalda, como lo estaban las eminencias ocupadas. Los Romanos, en tanto, estaban inciertos con afliccion y trabajo, aunque tenian la esperanza en lo que deseaban; mas cuando el humo tomó ya más cuerpo, oscureciendo el aire, y difundiéndose por arriba, y entre él apareció que las lumbradas eran amigas, los unos acometieron vigorosamente con algazara, arrojando á los enemigos hácia los derrumbaderos, y los de la espalda correspondieron tambien con gritería desde las alturas.

Por tanto, todos se entregaron á una precipitada fuga; mas no murieron sino como dos mil ó ménos, porque los malos pasos impidieron que se les persiguiese. Tomaron los Romanos mucha riqueza, tiendas y esclavos, y haciéndose dueños de todas las gargantas, discurrian por el Epiro con tanto sosiego y predominio, que con tener á mucha distancia las embarcaciones y el mar, y no distribuírseles las raciones mensuales por faltar los acopios, no tuvieron inconveniente en apartarse de un país que les ofrecia grandes recursos. Porque habida noticia de que Filipo atravesaba la Tesalia á manera de fugitivo, en términos de hacer á los hombres retirarse á las montañas, de incendiar las ciudades, y de entregar al saqueo y al pillaje lo que no podia llevarse, como si hiciera ya cesion del país á los Romanos, Tito tomó á punto de honra el encargar á los soldados que marcharan por él con el mismo

cuidado que si fuera terreno propio, del que se les abandonaba la posesion. Y bien pronto pudieron conocer cuán útil les habia sido este modo de portarse: porque las ciudades se pasaban á su partido apénas tocaron en la Tesalia, y los Griegos que están dentro de las Termópilas suspiraban por Tito, y le deseaban con vehemencia. Los Aqueos, separándose de la alianza de Filipo, determinaron hacerle la guerra con los Romanos; y los Opuncios, no obstante que siendo los Etolios decididos auxiliares de los Romanos deseaban tomar y conservar su ciudad, no les dieron oidos, sino que llamando ellos mismos á Tito se pusieron en su mano y se le entregaron á discrecion. Refiérese de Pirro que la primera vez que desde una atalaya pudo ver un ejército romano puesto en órden, exclamó que no le parecia barbárica la formacion de aquellos bárbaros; pues los que tuvieron ocasion de conocer á Tito casi hubieron de prorumpir en las mismas palabras: porque como los Macedenios les hubiesen informado de que se encaminaba á su país el general de un ejército bárbaro que todo lo trastornaba y esclavizaba con las armas, cuando despues se hallaban con un hombre jóven, afable en su semblante, griego en la voz y en el idioma, y ambicioso del verdadero honor, es increible cómo se tranquilizaban, y la benevolencia y amor que le conciliaban por las ciudades, que no tenian entónces un general interesado en su libertad. Pero luégo que por haberse mostrado Filipo dispuesto á negociar, pasó á tratar con él, ofreciéndole paz y amistad con la condicion de dejar independientes á los Griegos y retirar las guarniciones, y éste no quiso convenir en ello, conocieron ya todos, áun los que más obsequiaban á Filipo, que los Romanos no venian á hacer la guerra á los Griegos, sino por amor de los Griegos á los Macedonios. Pasábansele, pues, todos los pueblos sin oposicion; y habiendo entrado en la Beocia sin aparato de guerra, se le presentaron los primeros ciudadanos de Tebas, siendo en

su ánimo del partido del rey de Macedonia á causa de Barcilo, pero agasajándole y honrándole como si tuviesen igual amistad con ambos. Recibiólos Tito con la mayor afabilidad, y dándoles la mano, continuó pausadamente su camino, haciéndoles preguntas, tomando noticias, conversando con ellos y deteniéndolos de intento hasta que los soldados se repusiesen de la marcha. De este modo llegó á la capital, y entró en ella juntamente con los Tebanos, que aunque no eran gustosos de ello, no se atrevieron á estorbárselo, por ser bastante el número de tropas que le seguian. Entró, pues, Tito en la ciudad, sin que esta fuese de su partido; pero procuró atraerla á él ayudado del rey Atalo, que tambien exhortaba á los Tebanos; mas esforzándose Atalo por mostrarse á Tito un orador más vehemente de lo que su vejez permitia, ó le dió un vértigo, ó se le atravesó una flema, á lo que parece, pues de repente cayó sin sentido, y conducido en sus naves al Asia, al cabo de pocos dias murió; y los Tebanos abrazaron efectivamente la causa de Roma.

Envió Filipo embajadores á Roma, y tambien envió Tito quien negociase que el Senado le prorogara el tiempo si habia de continuarse la guerra, ó le concediera que él fuese quien ajustara la paz; pues estando poseido de un ardiente deseo de gloria, temia que se la arrebatara de las manos el nuevo general que se nombrase para la guerra. Proporcionáronle sus amigos que Filipo no saliera con su propósito, y que se le conservara el mando; y luego que recibió el decreto, alentado con grandes esperanzas, se encaminó al punto hácia la Tesalia para continuar la guerra contra Filipo, teniendo á sus órdenes sobre veintiseis mil hombres, para cuyo número habian dado los Etolios seis mil infantes y cuatrocientos caballos. El ejército de Filipo en el número venía á ser casi igual. Partieron en busca unos de otros; y habiendo llegado á Escotusa, donde pensaban dar la batalla, no concibieron los generales aquel

temor regular por verse tan cerca, sino que al reves fué mayor en unos y en otros el ardor y la confianza: en los Romanos por esperar vencer á los Macedonios, cuyo nombre por Alejandro iba acompañado de la idea del valor y del poder; y en los Macedonios, porque aventajándose los Romanos á los Persas, de quedar superiores á aquellos, se seguiria que Filipo sobrepujase en gloria al mismo Alejandro. Por tanto, Tito exhortaba á sus soldados á que se mostrasen esforzados y valientes, teniendo que lidiar en el más brillante teatro, que era la Grecia, contra los contendores de más fama. Filipo, bien fuese por su mala suerte, ó bien por un apresuramiento intempestivo, como estuviese cerca un cementerio algo elevado, subiéndose á él, empezó á tratar y disponer lo que suele preceder á una batalla; pero sobrecogido de un gran desaliento de resulta de la observacion de las aves, no se determinó por aquel dia.

Al siguiente al amanecer, despues de una noche húmeda y lluviosa, degenerando las nubes en niebla, ocupó toda la llanura una oscuridad profunda, y descendiendo de las alturas un aire espeso por entre los ejércitos desde el punto de rayar el dia ocultaba las posiciones. Los enviados de una y otra parte en guerrillas y en descubierta, encontrándose repentinamente, trababan pelea en las llamadas Cinocéfalas, que siendo las cumbres agudas de unos collados espesos y paralelos, de la semejanza de su figura tomaron aquel nombre (1). Alternaban, como era natural en aquellos lugares ásperos, las vicisitudes de perseguir y ser perseguidos, y unos y otros enviaban refuerzos desde los ejércitos á los que peleaban, y se retiraban, hasta que, despejado ya el aire, viendo lo que pasaba, acometieron con todas sus fuerzas. Cargaba Filipo con su ala derecha, impeliendo sobre los Romanos desde lugares elevados lo

(1) Κυνοκέφαλα, significa cabeza de perro.

más fuerte de sus tropas, de manera que áun los más esforzados de aquellos no podian sostener lo pesado de su apiñamiento y la violencia de la acometida. El ala izquierda, por el estorbo de los collados, tenía claros y desuniones, y Tito, no curando de los que iban de vencida, se dirigió con ímpetu por esta otra parte contra los Macedonios, que no podian traer á formacion y estrechar las filas, en lo que consistia la principal fuerza de su falange, á causa de la desigualdad y aspereza del terreno, y que para los combates singulares tenian armas muy pesadas y difíciles de manejar: porque la falange en su fortaleza se parece á un animal invencible miéntras es un solo cuerpo y conserva su apiñamiento en un solo órden; pero desunida pierde cada uno de los que pelean de su fuerza, ya por la clase de la armadura, y ya porque no tanto viene su pujanza del mismo, como de la reunion de todos. Desbaratados éstos, unos se dieron á perseguir á los que huian, y otros, corriendo á la otra parte, herian y acosaban por los costados á los Macedonios miéntras combatian de frente; de manera que muy en breve tambien los vencedores se desordenaron y dieron á huir arrojando las armas. Murieron por lo ménos ocho mil, y unos cinco mil quedaron cautivos; y si Filipo pudo salvarse con seguridad, la culpa fué de los Etolios, que miéntras los Romanos seguian todavía el alcance, se entregaron al pillaje y saqueo del campamento, en términos que cuando aquellos volvieron ya nada encontraron.

Indispusiéronse por esto, y empezaron á decirse denuestos unos á otros; pero lo que á Tito más le incomodaba era que los Etolios se atribuian la victoria, apresurándose á hacer correr esta voz entre los Griegos: tanto, que los poetas y los particulares, celebrando esta jornada, los escribieron y cantaron á ellos los primeros; siendo el cantar más comun este epigrama:

Treinta mil de Tesalia, oh peregrino,
Sin gloria y sin sepulcro aquí yacemos,
De los Etolios en sangrienta guerra
Domados, y tambien de los Latinos
Que Tito trajo de la hermosa Italia.
Huyó ¡mísera Ematia! en veloz curso
De Filipo el espíritu arrogante,
Más que los ciervos tímido y ligero.

Hizo este epigrama Alceo en injuria y afrenta de Filipo, y para ello exageró falsamente el número de los muertos: pero cantándose por todas partes y por todos, más mortificacion causaba á Tito que á Filipo; el cual, zahiriendo á su vez á Alceo, añadió lo siguiente:

Lábrase en este monte, oh peregrino,
De infeliz leño sin corteza y rama
Excelsa cruz al detestable Alceo.

A Tito, pues, que aspiraba á adquirir gloria entre los Griegos, causaban estas cosas sumo disgusto; por lo que todo lo que restaba lo ejecutó por sí sólo sin hacer cuenta de los Etolios. Irritábanse éstos; y como Tito admitiese las proposiciones y embajada de Filipo acerca de la paz, corrian aquéllos las ciudades exclamando que se vendia la paz á Filipo, cuando se podia cortar la guerra de raíz, y destruir aquel poder que fué el primero en esclavizar la Grecia. Miéntras los Etolios se afanaban por difundir estas voces y conmover á los aliados, presentándose el mismo Filipo á negociar, quitó toda sospecha entregando á Tito y á los Romanos cuanto le pertenecia. De este modo terminó Tito aquella guerra; y del reino de Macedonia hizo donacion al mismo Filipo; pero le intimó que habia de retirarse de la Tracia, le multó en mil talentos, le quitó todas las naves, á excepcion de diez, y tomando en rehenes á De-

metrio, uno de sus hijos, le envió á Roma, aprovechando excelentemente la ocasion, y consultando con no menor prudencia á lo venidero. Justamente entónces el africano Aníbal, grande enemigo de los Romanos, y que andaba desterrado, se habia acogido ya al rey Antioco, y le excitaba á que echase el resto á su fortuna, cuando el poder se le iba viniendo á las manos por los ilustres hechos que tenía ejecutados, y que le habian granjeado el sobrenombre de grande: animábale por tanto á que extendiera sus miras al mando universal; y sobre todo le acaloraba contra los Romanos. Si Tito, pues, no hubiera con admirable prudencia admitido las proposiciones, sino que con la guerra de Filipo se hubiera juntado en la Grecia la de Antioco, y por causas que les eran comunes se hubieran coligado contra Roma los dos mayores y más poderosos reyes de aquella era, se habria visto de nuevo en combates y peligros en nada inferiores á los de Aníbal; pero ahora interponiendo Tito oportunamente la paz entre ambas guerras, y cortando la presente ántes de que tuviese principio la que amenazaba, á aquella le quitó la última esperanza y á esta la primera.

Envió el Senado con esta ocasion á Tito diez legados, y éstos eran de sentir que se diera la libertad á los demas Griegos; pero quedando con guarniciones Corinto, la Calcide y la Demetriade para mayor seguridad en la guerra con Antioco; y entónces los Etolios, hábiles en acriminaciones, sublevaban con mayor calor las ciudades, requiriendo por una parte á Tito para que le quitara á la Grecia los grillos (porque éste era el nombre que solia dar Filipo á estas ciudades), y preguntando por otra á los Griegos, si llevando ahora una cadena más pesada, aunque más bellamente forjada que la de ántes, se hallaban contentos y celebraban á Tito como á su bienhechor porque habiendo desatado á la Grecia por los piés la habia ligado por el cuello. Desazonábase Tito con estos manejos, sin-

tiéndolos vivamente; y por fin, á fuerza de ruegos, en la junta consiguió de ésta que tambien se quitaran las guarniciones de las mencionadas ciudades, para que así el reconocimiento de los Griegos hácia él fuese completo. Celebrábanse los juegos Istmicos, y habia gran concurso en el estadio para ver los combates, como era natural cuando la Grecia reposaba de una guerra hecha por largo tiempo con la esperanza de la libertad y se reunia en medio de una paz segura. Hízose con la trompeta la señal de silencio, y presentándose en medio el pregonero, anunció que el Senado de los Romanos y el cónsul Tito Quincio su general, despues de haber vencido al rey Filipo y á los Macedonios, declaraban libres de tener guarniciones, exentos de todo tributo, y no sujetos á otras leyes que la propias de cada pueblo, á los Corintios, Locros, Focenses, Eubeos, Aqueos, Tiotas, Magnesios, Tesalianos y Perrebeos. Al principio no lo entendieron todos ni lo oyeron bien; por lo que se excitó en el estadio un movimiento extraño y una grande inquietud, admirándose unos, preguntando otros, y pidiendo que volviera á repetirse. Hízose, pues, silencio de nuevo, y despues que habiendo esforzado el pregonero la voz, todos oyeron y comprendieron el pregon, fué grande la gritería que con el gozo se movió, difundiéndose hasta el mar; pusiéronse en pié todos los del teatro, y ya nadie dió la menor atencion á los combatientes, sino que todos corrieron á arrojarse á los piés y tomar la diestra del que saludaban como salvador y libertador de la Grecia. Vióse entónces lo que muchas veces se ha dicho por hipérbole acerca de la gran fuerza de la voz humana: porque unos cuervos que por casualidad volaban por allí cayeron al estadio. La causa fué sin duda haberse cortado el aire: porque cuando suben muchos gritos altos y reunidos, dividido el aire por ellos, no sostiene á las aves que vuelan, sino que hay cierto hueco, como sucede á los que dan un paso en vago: á no que sea que reciban golpe como si

les alcanzara un tiro, y con él caigan y mueran. Tambien puede acontecer que se formen torbellinos en el aire, á manera de los remolinos del mar, que toman ímpetu vertiginoso de la magnitud del mismo piélago.

Por lo que hace á Tito, si luégo que se concluyó la celebridad no hubiera evitado con prevision el concurso y atropellamiento de la muchedumbre, no se alcanza cómo habria salido de él, siendo tantos los que por todas partes le rodeaban. Cuando ya se fatigaron de vitorearle delante de su pabellon, siendo ya de noche, saludando y abrazando á los amigos ó á los ciudadanos que encontraban, se los llevaban á comer y beber en recíprocos convites. Allí principalmente regocijados, se movia entre ellos, como era natural, la conversacion de la Grecia, diciéndose que de tantas guerras como habia sostenido por su libertad, nunca defendiéndola otros habia alcanzado un premio tan cierto, tan dulce y tan glorioso como aquel con que ahora le lisonjeaba la fortuna, casi sin sangre y sin lágrimas de su parte. Eran raras entre los hombres la fortaleza y la prudencia; pero el más raro de esta clase de bienes era la justicia: porque los Agesilaos, los Lisandros, los Nicias y los Alcibiades, cuando tenian mando, sabian muy bien disponer la guerra y vencer á sus contrarios por tierra y por mar; pero no entraba en sus ideas el usar de la victoria para fines rectos y en beneficio de los que tenian á sus órdenes, sino que si sacamos de esta cuenta la jornada de Maraton, el combate naval de Salamina, á Platea, las Termópilas y las hazañas de Cimon junto al Eurimedonte y en Chipre, todas las demas batallas las dió la Grecia contra sí misma y para su esclavitud; y todos los trofeos que erigió fueron para ella padrones de afliccion y oprobio, siendo causa de esto por lo comun la maldad y las disensiones de sus generales: cuando hombres de otras naciones, que sólo parecian conservar un calor remiso y débiles vestigios del comun orígen, y de quienes sería mucho esperar que

de palabra y con el consejo prestasen algun auxilio á la Grecia: éstos habian sido los que á costa de grandes peligros y trabajos, arrojando de ella á los que duramente la dominaban y tiranizaban, le habian restituido la libertad.

Corrian estas pláticas por la Grecia, y juntamente obras que guardaban consonancia con los pregones: porque al mismo tiempo envió Tito á Lentulo al Asia para restituir la libertad á los Bargelienses (1); y á Titilio á la Tracia con el fin de retirar de las ciudades é islas de aquella parte las guarniciones puestas por Filipo. Publio Ovilio marchaba por mar á tratar con Antioco de la libertad de los Griegos que pertenecian a su reino: y el mismo Tito, pasando á la Calcide, y despues embarcándose para Magnesia, quitó las guarniciones, y restituyó á cada pueblo su gobierno. Nombrado en Argos presidente de los juegos Nemeos, tomó acertadas disposiciones para la reunion, y allí otra vez confirmó á los Griegos la libertad con nuevo pregon. Visitando en seguida las ciudades, les dió buenas ordenanzas y recta justicia, y la concordia y paz de unos con otros; sosegando las sediciones, restituyendo los desterrados, y teniendo en unir y reconciliar á los Griegos no menor placer que en haber vencido á los Macedonios: de manera que ya la libertad les parecia el menor de sus beneficios. Refiérese que el filósofo Xenocrates, cuando Licurgo el orador le libertó de la prision adonde le llevaban los publicanos, é introdujo además contra éstos la accion de injurias, encontrándose con los hijos de Licurgo les dijo: «¡A fe mia que he pagado bien á vuestro padre! porque todos celebran lo que conmigo ha ejecutado.» Pues á Tito y á los Romanos la gratitud por los grandes bienes dispensados á la Grecia, no sólo les proporcionó elogios, sino confianza y poder entre todos los hombres: porque no contentándose con admitir sus generales, los enviaban á buscar, y los llamaban

(1) Pueblo de la Caria en el Asia menor.

para entregárseles. Así él mismo estaba sumamente satisfecho con haber procurado la libertad de la Grecia; y consagrando en Delfos unos paveses de plata y su propio escudo, puso esta inscripcion:

¡Io! Dióscuros, prole del gran Jove,
Al placer dados de ágiles caballos:
¡Io! hijos de Tindari, que reyes
Fuisteis de Esparta, esta sublime ofrenda
En vuestras aras el romano Tito
Ledo consagra, por haber labrado
La libertad de la oprimida Grecia.

Dedicó tambien á Apolo una corona de oro con estos versos:

Descanse esta corona, ínclito Febo,
Sobre tu rubia y crespa cabellera.
De los Romanos el caudillo ilustre
A tí la ofrece; pero dá tú en premio
Gloria y honor al invencible Tito.

Ocurrió dos veces este mismo suceso en la ciudad de Corinto; porque hallándose en ella Tito, y despues igualmente Neron en nuestra edad, á la sazon de celebrarse los juegos Istmicos, declararon á los Griegos libres é independientes: aquél por medio de pregonero, como dejamos dicho; mas Neron por sí mismo, hablando en la plaza al concurso desde la tribuna, lo que, como se ve, fué mucho más adelante.

Emprendió despues Tito la más debida y justa guerra contra Nabis, el más insolente é injusto de los tiranos de Lacedemonia; pero al fin frustró en cuanto á ella las esperanzas de la Grecia, pues pudiendo acabar con aquél, desistió del intento, entrando en tratados y abandonando á

Esparta en su ignominiosa servidumbre; de lo que pudo ser causa ó el temor de que dilatándose la guerra viniera de Roma otro general que le usurpara su gloria, ó cierta emulacion y secreta envidia por los honores de Filopemen: pues siendo un varon sobresaliente entre los Griegos, que en otras guerras y en aquella misma habia dado maravillosas muestras de valor é inteligencia, como le celebrasen los Aqueos al par de Tito, y aplaudiesen en los teatros, mortificaba á éste el que á un hombre Arcade, caudillo de guerras insignificantes, hechas dentro de su propio país, le igualaran en los honores con un cónsul de los Romanos, libertador de la Grecia. Aun se defendió Tito de este cargo, diciendo que suspendió la guerra luego que advirtió que no se podia acabar con el tirano sin causar gravísimos males á los demas Esparciatas. Fueron grandes los honores que tambien los Aqueos decretaron á Tito: y aunque parecia que ninguno podia medirse con sus beneficios, hubo uno que llenó enteramente sus deseos, y fué el siguiente. De los infelices vencidos en la guerra de Aníbal, muchos habian sido vendidos, y se hallaban en esclavitud en diferentes partes. En la Grecia venía á haber unos mil y doscientos, muy dignos siempre de compasion por su estado: pero mucho más entónces que unos se encontraban con sus hijos, otros con sus hermanos ó deudos, esclavos con libres y cautivos con vencedores. No se atrevia Tito á sacarlos del poder de sus dueños, sin embargo de que le afligia mucho su suerte; pero los Aqueos los rescataron á razon de cinco minas por cada uno, y formándolos en un cuerpo, hicieron entrega de ellos á Tito cuando ya estaba para hacerse á la vela; con lo que emprendió su navegacion sumamente contento, viendo que sus gloriosas hazañas habian tenido gloriosas recompensas dignas de un varon ilustre y amante de sus conciudadanos; lo que fué tambien lo más brillante y esclarecido de su triunfo, porque aquellos resca-

tados, siendo costumbre de los esclavos cuando se les da libertad cortarse el cabello y ponerse gorros, practicaron esto mismo, y en esta forma seguian en su triunfo á Tito.

Hacíanle tambien vistoso los despojos llevados en la pompa: yelmos griegos, rodelas y lanzas macedónicas; y la cantidad de dinero no era tampoco pequeña, habiendo dejado escrito Itano que de oro en barras se llevaron en triunfo tres mil setecientas y treinta libras; de plata treinta y tres mil doscientas y setenta; filipos, que era una moneda de oro, trece mil quinientos y catorce; y además de todo esto los mil talentos que debia pagar Filipo; pero de éstos más adelante le indultaron los Romanos á persuasion de Tito, recibiéndole por aliado, y al hijo le dejaron tambien libre de su fiaduría.

Cuando Antioco, pasando á la Grecia con grande armada y numeroso ejército, inquietó y trajo á su partido diferentes ciudades, tuvo en su auxilio á los Etolios, que hacía tiempo se mostraban contrarios y enemigos del pueblo romano; y éstos le sugirieron para la guerra el pretexto de que venía á dar libertad á los Griegos, que ninguna necesidad tenian para esto de su poder, pues que eran libres; sino que á falta de una causa decente, les enseñaron á valerse del más recomendable de todos los nombres. Temieron en gran manera los Romanos esta sublevacion y la opinion del poder de Antioco; y aunque enviaron por general de esta guerra á Manio Acilio, nombraron á Tito su legado militar (1), en consideracion á las relaciones que tenía con los Griegos: así es que á muchos con sola su presencia al punto los aseguró en su fidelidad; y á otros que ya empezaban á flaquear, usando en tiempo con ellos, como de una medicina, de su benevolencia y afabilidad, los contuvo y les impidió que del todo errasen. Muy pocos

(1) Estos legados iban como consejeros del general, y por lo comun los elegia éste con aprobacion del Senado; mas Tito, segun parece, fué nombrado por el Senado mismo.

fueron los que le faltaron á causa de estar de antemano preocupados y seducidos por los Etolios; y aunque justamente enojado é irritado contra éstos, con todo, despues de la batalla los protegió. Porque vencido Antioco en las Termópilas, al punto huyó y se retiró con su armada al Asia; y entónces el cónsul Manio, yendo contra los Etolios, a unos les puso sitio, y en cuanto á otros, dió al rey Filipo la comision de que los redujese. Habiendo maltratado y vejado el Macedonio de una parte á los Dolopes y Magnetes, y de otra á los Atamanes y Aperantes, y el mismo cónsul talado á Heraclea, y puesto cerco á Naupacto, que estaba por los Etolios, movido Tito á compasion de los Griegos, partió desde el Peloponeso en busca del cónsul. Hizole cargo ante todas cosas de que habiendo sido él el vencedor, dejaba que Filipo cogiese el premio de la guerra, y de que malgastando el tiempo por encono ante una sola ciudad, subyugasen en tanto los Macedonios reinos y naciones enteras. Despues, como los sitiados llegasen á verle, empezaron á llamarle desde la muralla, tendiendo á él las manos y suplicándole; y por lo pronto nada dijo, sino que volvió el rostro y se retiró llorando; mas luego trató con Manio, y aplacando su enojo, obtuvo que se concedieran treguas á los Etolios y el tiempo necesario para que enviando embajadores á Roma pudieran alcanzar condiciones más tolerables.

Los ruegos y súplicas en que más tuvo que contender y trabajar con Manio fueron los de los Calcidenses, que le tenian muy irritado con motivo del matrimonio que entre ellos contrajo Antioco, movida ya la guerra: matrimonio desigual y fuera de tiempo por haberse enamorado un viejo de una mocita; la cual era hija de Cleoptolemo, y se tenía por la más hermosa de las doncellas de aquella era. Este hizo que los Calcidenses abrazasen con ardor el partido del Rey, y que para la guerra fuese aquella ciudad su principal apoyo; y tambien cuando despues de la batalla se

abandonó á una precipitada fuga, en Calcis fué donde tocó, y tomando la mujer, el caudal y los amigos, se embarcó para el Asia. Tito, cuando Manio marchó irritado contra los Calcidenses, se fué en pos de él, y lo ablandó y dulcificó, y por último le persuadió y sosegó completamente á fuerza de súplicas con él mismo y con los demas jefes de los Romanos. Por lo tanto, salvos los Calcidenses á su intercesion, consagraron á Tito los más bellos y grandiosos monumentos que pudieron, de los cuales todavía se leen hoy las inscripciones siguientes: «*El pueblo á Tito y á Hércules este Gimnasio*;» y en otra parte en la misma forma: «*El pueblo á Tito y á Apolo el Delfinio.*» Tambien en esta edad se elige y consagra un sacerdote de Tito; á quien ofrecen sacrificio, y hechas las libaciones, cantan un pean ó himno de victoria en verso; del cual, dejando lo demas por ser demasiado difuso, trascribimos lo que cantan al fin del himno:

Objeto es de este culto
La fe de los Romanos,
Aquella fe sincera
Que guardarles juramos.
Cantad, festivas ninfas,
A Jove soberano,
Y en pos de Roma y Tito
La fe de los Romanos.
¡Io pean, oh Tito,
Oh Tito nuestro amparo.

A todos los Griegos les mereció las mayores honras, y sobre todo lo que hace verdaderos los honores, que es una admirable benevolencia por la suavidad de su carácter: pues si con algunos, por razon de los negocios ó por amor propio, tuvo algun encuentro, como con Filopemen y despues con Diófanes, que tambien fué general de los

Aqueos, su enojo no era profundo ni se extendia á obras, sino que se quedaba en palabras, con las que manifestaba su sentir, y áun esto de una manera urbana: así con nadie fué áspero, aunque para algunos fuese pronto y pareciese ligero por su índole: por lo demas, tenía calidades que le hacian amable á todos; y en el decir no le faltaba soltura y gracia. Porque á los Aqueos, que trataban de adquirir para sí la isla de Zacinto, para retraerlos les dijo que se exponian al riesgo de las tortugas, queriendo alargar la cabeza más allá del Peloponeso. Filipo, la primera vez que se reunieron para hablar de tratados y de paz, le dijo que el mismo Tito habia traido muchos consigo, cuando él habia venido solo; y replicando aquél al punto, «eso es, le dijo, porque tú mismo te has reducido á soledad, habiendo dado muerte á tus amigos y parientes.» Dinócrates de Mesena, habiéndose alegrado entre los bríndis estando en Roma, se puso á danzar con un traje de mujer, y como al dia siguiente se presentase á Tito pidiéndole le auxiliara en el proyecto que tenía de separar á Mesena de la liga de los Aqueos: «veremos, le dijo; pero me maravillo de que trayendo tales negocios entre manos, puedas cantar y bailar en un festin.» A los Aqueos, con ocasion de referirles los embajadores de Antioco la muchedumbre de las tropas de éste, y de contarles sus diversas denominaciones, les dijo, que cenando él mismo una vez en casa de un huésped se quejó á éste del gran número de platos, mostrando maravillarse de que hubiese habido mercado tan abundante para proveerse de aquel modo; y que el huésped le habia respondido que todos se reducian á carne de puerco, diferenciándose solo en el género de guiso y en las salsas: «pues del mismo modo, añadió, no os maravilleis vosotros, oh Aqueos, de las grandes fuerzas de Antioco, al oir lanceros, azconeros, *pezetairos* (1): porque todos estos no

(1) Soldados distinguidos entre los Sirios y Macedonios, que venian á constituir la más inmediata guardia del Rey.

son más que Sirios, y solo en las armadurillas se distinguen.»

Despues de todos estos sucesos de Grecia y de la guerra de Antioco, se le nombró censor, que es la mayor de las magistraturas, y en cierta manera la perfeccion del gobierno, y tuvo por colega al hijo de aquel Marcelo que fué cinco veces cónsul. Removieron del Senado á cuatro que no eran de los de más nombre, y admitieron por ciudadanos á todos los que se habian inscrito en el censo, con tal que fuesen hijos de padres libres, precisados á ello por el tribuno de la plebe Terencio Culeon, que por enemistad con los inclinados á la aristocracia persuadió al pueblo á que así lo mandase. De los varones principales de su tiempo estaban entre sí mal avenidos Escipion Africano y Marco Caton, y de éstos escribió á aquél el primero en la lista del Senado, teniéndole por sobresaliente y aventajado en todo. Su enemistad con Caton tuvo orígen en este desagradable suceso: era hermano de Tito Lucio Flaminio, de muy diversa índole que aquél: sobre todo en punto á deleites era abominable, sin respeto ninguno á la opinion pública y á la decencia. Tenía éste consigo un mozuelo á quien amaba, y el que le siguió al ejército en sus expediciones y tambien á la provincia miéntras mandó en ella. Este, adulando á Lucio en un banquete, le dijo ser tanto el exceso con que le amaba, que habia dejado de ver el duelo de unos gladiatores, sin embargo de que nunca habia visto matar á un hombre; anteponiendo el gusto de acompañarle al de aquel espectáculo. Complació en esto mucho á Lucio, el cual le contestó que nada habia perdido, «porque yo satisfaré, le añadió, ese tu deseo;» y haciendo que le trajesen de la cárcel á uno de los sentenciados, llamó á uno de sus esclavos, y le mandó que allí mismo en el banquete le cortase á aquél la cabeza. Valerio de Ancio dice que Lucio ejecutó lo que se deja dicho, no en obsequio de un mozuelo, sino de una amiga; mas Livio refiere haber escrito

Caton en su discurso, que habiendo llegado á sus puertas un Galo tránsfuga con sus hijos y su mujer, admitiéndole Lucio al banquete, le habia dado muerte con su propia mano en obsequio del mozuelo amado. No seria extraño que Caton se hubiera explicado así para dar á la acusacion mayor odiosidad; pero que el que sufrió aquella bárbara ejecucion no fué tránsfuga, sino preso y ya sentenciado, además de otros muchos lo dijo Ciceron el Orador en su libro *De la vejez*, poniendo las palabras en boca del mismo Caton.

Fué éste al cabo de poco nombrado censor, y haciendo el recuento del Senado, removió de él á Lucio, sin embargo de ser de los Consulares, en la cual afrenta se tuvo el hermano por comprendido. Por tanto, presentándose ambos al pueblo abatidos y llorosos, pareció á los ciudadanos que pretendian una cosa justa en pedir que Caton diera la causa que habia tenido para haber constituido en semejante afrenta á una casa ilustre. No se detuvo Caton, sino que compareció al momento con su colega, y preguntó á Tito si tenía presente lo del banquete. Como éste lo negase, hizo Caton la explicacion, y provocó á Lucio á que jurase si podia decir que no era verdad algo de lo que habia expuesto. Redújose entónces al silencio, y el pueblo se convenció de haber sido justa la nota que se le impuso, y acompañó á Caton con grandes demostraciones desde la tribuna. Pero Tito, llevando siempre en su ánimo el infortunio del hermano, se reunió con todos los que de antiguo eran enemigos de Caton; y como tuviese el mayor ascendiente sobre el Senado, revocó y anuló todos los arriendos, asientos y ventas que éste habia hecho de los ramos de rentas públicas; y le suscitó una infininad de causas graves, no sé si conduciéndose honesta y políticamente en mostrar por una persona propia, pero indigna y que justamente habia sido castigada, tan irreconciliable enemistad contra un varon justo y un excelente ciudadano. Mas en este tiempo

tuvo el pueblo romano un espectáculo en el teatro, para el que el Senado se colocó en lugar distinguido segun costumbre; y como viese á Lucio sentado en los últimos asientos humilde y abatido, movió á compasion, tanto que no pudiendo sufrir la muchedumbre verle en tal estado, empezó á gritar diciéndole que pasase al otro sitio, hasta que así lo ejecutó, haciéndole lugar los Consulares.

Estúvole muy bien á Tito aquel carácter ambicioso y activo, miéntras tuvo competente materia para ejercitarle, ocupado en las guerras que hemos referido; porque áun despues del consulado volvió á ser tribuno legionario sin que nadie le precisase. Mas retirado del mando, siendo ya bastante anciano, en la vida exenta de negocios dió harto que notar con su inquieta ánsia de gloria, en la que no podia contenerse, y llevado de cuyo ímpetu parece haber ejecutado lo relativo á Aníbal, con que incurrió en el odio de muchos. Aníbal, huyendo de Cartago, su patria, se habia unido con Antioco; pero cuando éste despues de la batalla de Frigia se halló muy contento con haber hecho la paz, tuvo Aníbal que huir de nuevo, andando errante por diferentes países, hasta que por fin se fijó en Bitinia, haciendo la corte á Prusias, sin que ninguno de los Romanos lo ignorase, y ántes disimulando todos por su falta de poder y su vejez, mirándole como arrinconado de la fortuna. Enviado Tito de embajador á Prusias de parte del Senado para otros negocios, viendo allí detenido á Aníbal, se incomodó de que todavía viviese, y por más que Prusias le rogó y pidió por un hombre miserable que era su amigo, nada pudo alcanzar. Habia un oráculo antiguo, segun parece, acerca de la muerte de Aníbal, concebido en estos términos:

De Aníbal los despojos
Serán cubiertos de libisa tierra:

pensaba, pues, Aníbal en el Africa, y en que allí sería su sepulcro, porque allí acabaria sus dias; pero hay en Bitinia un sitio elevado á la orilla del mar, y junto á él una aldea no muy grande que se llama Libisa. Hacía la casualidad que allí era donde residia Aníbal; pero como desconfiase siempre de Prusias por su debilidad, y temiese á los Romanos, habia abierto desde su casa siete salidas subterráneas, en tal disposicion, que partiendo de su cuarto la mina hasta un cierto punto, luégo las salidas iban de allí muy léjos sin que se supiese dónde. Habiendo entendido, pues, la solicitud de Tito, se propuso huir por las minas; pero habiendo dado con las guardias del Rey, determinó quitarse la vida. Algunos dicen que rodeándose el manto al cuello, y mandando á un esclavo que apretando con la rodilla en la cintura tirase con fuerza, haciéndolo éste así, le detuvo el aliento y le ahogó; pero otros son de sentir que imitando á Temístocles y á Midas bebió sangre de toro. Livio refiere que llevando consigo un veneno, lo deslió, y que al tomar la taza prorumpió en estas palabras: «Soseguemos el nimio cuidado de los Romanos, que han tenido por pesado é insufrible el esperar la muerte de un viejo desgraciado.» Y á fe que no podrá hacer Tito le sea por nadie envidiada una victoria tan poco digna de serlo, y en la que tanto degeneró de sus mayores, que á Pirro, que les hacía la guerra y los habia vencido, le dieron aviso de que iba á ser envenenado.

De este modo se dice haber muerto Aníbal; mas dada la noticia al Senado, no pocos se declararon contra Tito, graduándole de nimiamente cuidadoso y cruel en haber hecho morir á Aníbal (que podia mirarse como una ave sin alas y sin plumas á causa de su vejez, á la que de compasion se deja vivir), cuando nadie le impelia á ello, y por sólo el deseo de gloria para tomar nombre de aquella muerte; lo que todavía causaba más maravilla, contraponiendo la mansedumbre y magnanimidad de Escipion Afri-

cano, el cual, habiendo derrotado á Aníbal cuando todavía pasaba por invicto y por temible, no hizo que le desterraran, ni le reclamó de sus ciudadanos, sino que ántes de la batalla conferenció con él dándole la mano, y despues de ella entró en tratados, sin haber intentado nada contra él mismo, ni haber insultado á su fortuna. Dícese que otra vez se habian encontrado en Efeso, y que al principio estándose paseando, Aníbal tomó el lugar de mayor dignidad, y Escipion lo sufrió, y continuó en el paseo con la mayor naturalidad; y que luégo, haciéndose conversacion de los grandes capitanes, y pronunciando Aníbal que el mayor capitan habia sido Alejandro, despues Pirro y el tercero él mismo, sonriéndose tranquilamente Escipion le replicó: «¿Y si yo te venciese?» A lo que Aníbal le habia contestado: «Entónces, oh Escipion, no me pondré yo el tercero, sino que á tí te declararé el primero entre todos.» Ensalzaban muchos estas particularidades de Escipion, y de aquí tomaban motivo para difamar á Tito, como que habia dado gran lanzada á hombre muerto. Mas habia algunos que alababan lo hecho, mirando á Aníbal, miéntras viviese, como un fuego que convenia apagar: porque ni áun cuando estaba en su vigor, eran su cuerpo ó sus manos lo que á los Romanos se hacía temible, sino su talento y su habilidad, juntamente con su odio ingénito y su desafecto; de las cuales cosas nada disminuye la vejez, sino que el carácter queda con las costumbres, y sólo es la fortuna la que no permanece la misma; y aunque decaiga, siempre excita á nuevas empresas con la esperanza á los que son movidos del odio á hacer la guerra. En lo cual los sucesos estuvieron despues de parte de Tito: ya en Aristónico, el hijo del guitarrero, que á causa de la gloria de Eumenes llenó el Asia toda de sediciones y de guerras; y ya en Mitrídates, que despues de Sila y Fimbria y de grandes pérdidas de ejércitos y caudillos, volvió á levantarse terrible por tierra y por mar contra Luculo. Ni podia re-

putarse Aníbal más decaido que Cayo Mario, pues á aquel todavía le quedaban un rey por amigo, algunos medios, familia, y el ocuparse en naves, en caballos y en la disciplina de los soldados; cuando haciendo los Romanos burla de la fortuna de Mario, cautivo y mendigo en el Africa, al cabo de bien poco proscritos y azotados por él tenian que venerarle. Así nada hay grande ni pequeño en las cosas presentes respecto de lo futuro; sino que uno mismo es el fin de las mudanzas y el de la existencia. Por esto dicen algunos que no ejecutó Tito aquel hecho por sí mismo, y que fué enviado embajador con Lucio Escipion, sin que su embajada tuviese otro objeto que la muerte de Aníbal. Y pues que más adelante no tenemos noticia que hubiese otro suceso relativo á Tito, ni civil ni militar, habiéndole cabido una muerte pacífica y sosegada, tiempo es ya de que pasemos á la comparacion.

COMPARACION
DE FILOPEMEN Y TITO QUINCIO FLAMINIO.

En la grandeza de los beneficios hechos á los Griegos no es posible comparar con Tito á Filopemen, ni á otros muchos todavía más excelentes que Filopemen; porque con ser estos Griegos, fueron contra Griegos sus guerras; y las de Tito, que no lo era, en favor de los Griegos; y cuando, desconfiando Filopemen de poder defender á sus ciudadanos combatidos, se encaminó á Creta, entónces venciendo Tito en medio de la Grecia á Filipo dió la libertad á todas las naciones y á todas las ciudades. Si alguno se pusiera á hacer el exámen de las batallas de uno y otro, á más Griegos dió muerte Filopemen, siendo general de los Aqueos, que á Macedonios Tito auxiliando á los Griegos. En cuanto á los errores, nacieron de ambicion los del uno, de obstinacion los del otro; y para el enojo y la ira el uno era pronto, el otro inexorable: así Tito á Filipo le conservó la dignidad del reino, y al cabo se compadeció de los Etolios; pero Filopemen á su misma patria la privó por enojo de los tributos de sus aldeas. El uno jamás faltaba á quienes habia hecho bien; y el otro por enfado estaba siempre pronto á borrar el reconocimiento; porque habiendo sido en un principio bienhechor de los Lacedemonios, despues les derribó las murallas, les taló

los campos, y por fin les mudó y trastornó el gobierno; y áun parece que por enojo y obstinacion expuso y perdió la vida, entrándose en la Mesenia fuera de tiempo y con ménos reflexion de lo que convenia, no siendo como Tito, que en el mando calculaba mucho y consultaba sobre todo á la seguridad.

Por la muchedumbre de guerras y trofeos, la ciencia militar de Filopemen fué mucho más acreditada; porque aquél la guerra contra Filipo la terminó en dos combates; pero éste, habiendo salido vencedor en mil batallas, ningun asidero dejó á la fortuna para que contendiese con su pericia. Por otra parte, aquél tuvo á su disposicion el poder romano cuando estaba en su mayor auge; y éste adquirió gloria con las débiles fuerzas de la Grecia cuando estaban en su declinacion: así, los triunfos del uno fueron peculiares é individuales suyos; miéntras que los del otro deben decirse propiamente públicos: por cuanto aquél mandaba valientes, y éste los formó con su mando. Además, los combates de Filopemen fueron con Griegos; lo que si fué una mala suerte, fué una irrefragable prueba de virtud: porque entre aquellos que en todo lo demas son iguales, el que se aventaja es á la virtud á quien debe el vencimiento: así, peleando con los más aguerridos de los Griegos, los Cretenses y Lacedemonios, de los más astutos triunfó con estratagemas, y de los más fuertes con valor. Fuera de esto, Tito venció con lo que ya existia, empleando las armas y la táctica que encontró; y Filopemen, introduciendo un nuevo órden en estas cosas en cambio del que habia: de manera que el uno inventó los medios de la victoria, y al otro le sirvieron los que existian. En cuanto á hechos propios y personales de guerra, de Filopemen hubo muchos y muy señalados; de Tito ninguno: así es que uno de los Etolios, Arquedamo, le motejó de que miéntras él corria con la espada desenvainada contra los Macedonios que se le oponian, Tito se estaba para-

do con las manos levantadas al cielo haciendo plegarias.

Tito teniendo autoridad, ó siendo mandado de embajador, todo lo hizo bien y prósperamente; y Filopemen, siendo particular, no fué ménos útil ó ménos activo para los Aqueos que cuando fué su general; porque siéndolo, arrojó á Nabis de la Mesenia, y restituyó á los Mesenios la libertad; y de particular cerró al general Diófanes y á Tito las puertas de Esparta cuando iban contra ella, y salvó á los Lacedemonios. Era tan nacido para ser caudillo, que no sólo imperaba segun las leyes, sino que sabía mandar á las leyes mismas para hacer lo que convenia: así no necesitaba recibir el mando de los que podian conferirlo, sino que se valia de ellos cuando la ocasion lo exigia; crecreyendo que más bien era su caudillo el que pensaba en sus ventajas y provecho, que no el que era por ellos elegido. Y si deben ser tenidas por ilustres y generosas la equidad y humanidad de Tito para con los Griegos, más generosos fueron todavía el valor y amor de la independencia manifestados por Filopemen contra los Romanos; porque más fácil es hacer favor á los que lo piden, que resistir con teson á los poderosos. Examinadas, pues, todas las cosas, ya que no sea muy clara la preferencia, si dijéremos que al Griego debe adjudicarse la corona de la pericia militar, y al Romano la de la justicia y la probidad, parecerá que hemos acertado con lo que los distingue.

PIRRO.

Refiérese que despues del diluvio fué Faeton el primero que reinó sobre los Tesprotos y Molosos, siendo uno de los que con Pelasgo vinieron al Epiro; pero otros afirman que Deucalion y Pirra, edificando el templo de Dodona, habitaron allí entre los Molosos. Más adelante Neoptolemo, el hijo de Aquíles, trasladándose á aquella parte con su pueblo, se apoderó del país, y dejó una sucesion de reyes que de él provienen, llamados los Pirridas, porque de niño se le dió el sobrenombre de Pirro; y á uno de los hijos legítimos que tuvo de Lanasa, la de Cleodio, que fué hijo de Hilo, le puso tambien este nombre; y desde entónces se tributaron en el Epiro honores divinos á Aquíles, apellidándole *Aspeto*, ó inimitable, con una voz propia de la lengua del país. Los reyes intermedios, despues de los primeros, cayeron en la barbarie, y ninguna memoria quedó de su poder y sus hechos hasta Tarruta, que se dice haber sido el primero que civilizando las ciudades con las costumbres y letras griegas, y con leyes benéficas, adquirió cierto renombre. De Tarruta fué hijo Alcetas, de Alcetas Arubas, y de Arubas y Troade Eacidas. Casó éste con Ftia, hija de Menon el Tesaliano, varon que se ganó gran reputacion con motivo de la guerra Lamiaca, y tuvo, segun refiere Leostenes, la mayor autoridad entre los

aliados. De Ftia tuvo Eacidas dos hijas, Dudamia y Troya, y un hijo, que fué Pirro.

Subleváronse los Molosos, y arrojaron del trono á Eacidas, llamando á él á los hijos de Neoptolemo. Muchos de los amigos de Eacidas perecieron en la insurreccion; pero Androclides y Angelo, ocultando á Pirro, todavía muy niño, á quien con ánsia buscaban los enemigos, pudieron evadirse, llevando por fuerza en su compañia á algunos esclavos y á las mujeres que servian á aquél de amas. La fuga por esta causa era dificultosa y tardía, y como fuesen alcanzados, entregaron el niño á Androcleon, Hipias y Neandro, jóvenes de confianza y valor, encargándoles que huyeran á toda prisa hasta entrar en Megara de Macedonia. Ellos, en tanto, ora con ruegos y ora peleando, lograron contener á los que los perseguian hasta bien entrada la tarde; y despues que á tanta costa los hubieron rechazado, fueron á juntarse con los que llevaban á Pirro. Cuando puesto el sol se creian en el término de su esperanza, decayeron repentinamente de ella arribando al rio que pasa por junto á la ciudad, hallándole amenazador y soberbio, y que de ninguna manera daba paso á los que lo intentaban, por cuanto llevaba gran caudal de aguas, y éstas muy turbias con motivo de haber llovido mucho, y además las tinieblas todo lo hacian más temible. Desconfiaron, pues, de poder ellos solos salvar al niño y á las mujeres que le criaban; mas habiendo sentido que al otro lado habia algunas gentes del país, les pedian auxilio para pasar, mostrándoles á Pirro, y clamando y suplicando. Los otros nada oian por la rapidez y ruido del rio, perdiéndose el tiempo miéntras los unos gritaban y los otros no entendian; hasta que parándose uno á meditar le ocurrió separar la corteza interior de una encina, y escribir en ella con el clavo de una hebilla letras que refiriesen el apuro en que se hallaban, y la suerte de aquel niño. Rodéala despues á una piedra, para que con esta se diese impulso al tiro, y así la puso

al otro lado: aunque otros dicen que la tiró rodeada al cuento de una lanza. Luégo que leyeron lo escrito y se enteraron de la urgencia, cortaron algunos troncos, y juntándolos entre sí pasaron á la otra orilla, é hizo la casualidad que el primero que pasó, llamado Aquíles, fué el que tomó el niño: los demas pasaron asimismo á los que se les presentaron.

Habiéndose salvado y evitado la persecucion de esta manera, se dirigieron al Ilirio á casa del rey Glauquias, y hallándolo en ella sentado con su mujer, pusieron el niño en el suelo en medio de ellos. Empezó el Rey á concebir temor de Casandro, que era enemigo de Eacidas, y así estuvo largo rato en silencio consultando entre sí: en esto Pirro, yéndose á él á gatas por impulso propio, le cogió el manto con las manos, y levantándose arrimado á las rodillas del mismo Glauquias, primero se echó á reir, y despues puso un semblante triste, como de quien ruega y se halla en afliccion, prorumpiendo en lloro. Algunos dicen que no se echó á los piés de Glauquias, sino que se arrimó al ara de los Dioses, y que se puso en pié asido de ella con las manos, lo que Glauquias habia tenido á gran prodigio. Hizo, pues, entrega de Pirro á su mujer, encargándole le criara con sus hijos; y reclamándole de allí á poco los enemigos, no le entregó, aunque Casandro le ofrecia doscientos talentos; sino que cuando ya tuvo doce años le acompañó al Epiro con tropas, y le hizo reconocer por rey. Resplandecia en el semblante de Pirro la dignidad régia, sobresaliendo más sin embargo lo temible que lo majestuoso. No tenía el número de dientes que los demas, sino que arriba tenía un solo hueso seguido, en el que como con líneas delgadas estaban aquellos designados. Dícese que tenía virtud para curar á los que padecian del bazo, sacrificando un gallo blanco, y fricando en tanto con el pié derecho el bazo del doliente, que debia estar tendido boca arriba; y ninguno era tan pobre ni tan desva-

lido que no participara de esta gracia si se presentaba á pedirla. Tomaba en premio un gallo despues del sacrificio, y lo estimaba en mucho. Dícese asimismo que el dedo grueso del pié tenía igualmente una virtud divina; de manera que quemado el cuerpo despues de su muerte, el dedo se encontró ileso é intacto del fuego. Mas de esto hablaremos despues.

A la edad de diez y siete años, creyéndose bastante asegurado en el reino, se le ofreció un viaje, con motivo de haber de casarse uno de los hijos de Glauquias con quienes se habia criado; y sublevándose otra vez los Molosos, desterraron á sus amigos, se apoderaron de sus bienes y se pusieron en manos de Neoptolemo. Pirro, despojado así del reino, y falto absolutamente de todo, se acogió á Demetrio, hijo de Antígono, casado con su hermana Deidamia, la cual, siendo todavía muy jóven, estuvo destinada para mujer de Alejandro, hijo de Rojana; pero como éste hubiese caido en infortunio, hallándose ya en edad, se casó con ella Demetrio. En la gran batalla de Ipso, en que combatieron todos los reyes del país, tuvo tambien parte Pirro en auxilio de Demetrio, siendo todavía muy mozo; y habiendo rechazado á los que se le opusieron, se distinguió gloriosamente entre los combatientes. Vencido Demetrio, no le abandonó, sino que le mantuvo fieles las ciudades que tenía en Grecia; y como ajustasen tratados con Tolomeo, él mismo se dió en rehenes, partiendo con esta calidad para Egipto. Dióle allí á Tolomeo en la caza y en los ejercicios de la palestra brillantes muestras de robustez y sufrimiento; y observando que Berenice era la que tenía más poder, y la que en virtud y prudencia se aventajaba á las demas mujeres de éste, se dedicó á obsequiarla con particularidad. Sabía con oportunidad, y cuando el caso lo pedia, ceder á la voluntad de los poderosos, así como desdeñaba á los inferiores; y siendo por otra parte arreglado y moderado en su conducta, entre

muchos jóvenes de los principales fué escogido para casarse con Antígona, una de las hijas de Berenice, tenida de Filipo ántes de enlazarse con Tolomeo.

Gozando de mayor reputacion todavía despues de este matrimonio, y viviendo al lado de su mujer Antígona, á quien amaba, negoció que se le enviara al Epiro con tropas y caudales á recuperar el reino. Fué su llegada á gusto de muchos, por lo mal visto que estaba Neoptolemo á causa de su injusto y tiránico gobierno; mas con todo, por miedo de que Neoptolemo se ligara con alguno de los otros reyes, ajustó con él paz y amistad, conviniendo en reinar juntos. Andando el tiempo, habia quien ocultamente trataba de indisponerlos, suscitando sospechas de uno á otro; pero la causa que más principalmente movió á Pirro se dice haber dimanado de lo siguiente. Tenian por costumbre los reyes, sacrificando al Dios Marte en Pasaron, que era un territorio de la Molotide, prometer á los Epirotas bajo juramento que reinarian segun las leyes, y éstos á su vez que segun las mismas guardarian el reino. Concurrieron al acto los dos reyes, asistidos cada uno de sus amigos, dando y recibiendo recíprocamente muchos presentes. Gelon, pues, uno de los partidarios más celosos de Neoptolemo, saludando á Pirro con la mayor fineza, le hizo el regalo de dos yuntas de bueyes de labor. Mirtilo, uno de los coperos de Pirro, que se hallaba presente, los pidió á éste, que no vino en dárselos á él sino á otro; y habiéndolo sentido vivamente, no se le ocultó á Gelon esta circunstancia. Convidóle á comer, y áun, segun algunos refieren, siendo un jóven de buena figura, abusó de él entre los bríndis, y moviéndole conversacion del suceso, le exhortó á que abrazase el partido de Neoptolemo, y quitase la vida á Pirro con un veneno. Mirtilo afectó prestarse á la tentacion, aplaudiendo y mostrándose persuadido; pero dió de ello parte á Pirro, y de órden de éste presentó al jefe de los coperos Alexicrates, ante el mismo Gelon, como que habia de auxiliarles en el

hecho; y es que Pirro queria que fuesen muchos los que pudieran servir al convencimiento de aquella maldad. Engañado Gelon de esta manera, fué todavía más engañado Neoptolemo: el cual, dando por supuesto que la asechanza iba adelante, no pudo contenerse con el placer, y lo divulgó entre los amigos. Además, comiendo una vez en casa de su hermana Cadmia, se le fué sobre ello la lengua, creyendo que nadie lo escuchaba, porque ninguno otro estaba cerca sino Fenareta, mujer de Samon, mayoral de los rebaños y vacadas de Neoptolemo; y ésta, que se hallaba echada en la cama detras de un tabique intermedio, les pareció que dormia. Enteróse de todo, sin que pudieran conocerlo, y á la mañana se fué á dar con Antígona, mujer de Pirro, á quien refirió todo lo que Neoptolemo habia dicho á la hermana. Sabedor de ello Pirro, por entónces nada hizo; pero en un sacrificio, habiendo convidado al banquete á Neoptolemo, le quitó la vida; asegurado ya de que los principales de los Epirotas estaban de su parte, y áun le excitaban á que se deshiciese de Neoptolemo y no se contentara con tener una pequeña parte del reino, sino que hiciera uso de su índole, emprendiendo cosas grandes; y que pues habia ya aquella sospecha, se adelantara á Neoptolemo, quitándolo de en medio.

Teniendo siempre en memoria á Berenice y Tolomeo, á un niño que tuvo de Antígona le impuso este nombre; y habiendo edificado una ciudad en la península del Epiro, la llamó Berenicida. Despues de esto, trayendo y revolviendo en su ánimo muchas y grandes ideas, y áun teniendo concebidas de antemano esperanzas sobre los pueblos inmediatos, encontró para ingerirse en los negocios de Macedonia el pretexto de haber Antipatro, hijo mayor de Casandro, dado muerte á su madre Tesalónica, y hecho huir á su hermano Alejandro; el cual envió á suplicar á Demetrio que le socorriese, llamando tambien en su auxilio á Pirro. Deteníase Demetrio por otras atenciones; y presen-

tándose Pirro, le pidió por premio de su alianza la Ninfea, y la parte litoral de la Macedonia y de los pueblos agregados á Ambracia, Acarnania y Anfiloquia. Cedióselo todo aquel jóven, y él lo ocupó, poniendo guarniciones, y adquirió para Alejandro todo lo demas de que pudo desposeer á Antipatro. El rey Lisimaco, aunque no le faltaba en qué entender, deseaba ardientemente venir en auxilio de éste, y estando cierto de que Pirro en nada desagradaria ni negaria nada á Tolomeo, le remitió una carta supuesta á nombre de éste, en que le prevenia se retirase de la expedicion por trescientos talentos que recibiria de Antipatro. Abrió Pirro la carta, y al punto conoció el engaño, porque la cortesía no era la acostumbrada: *el padre al hijo*, *salud;* sino *el rey Tolomeo al rey Pirro*, *salud.* No dejó, pues, de reconvenir á Lisimaco; mas, sin embargo, convino en la paz, y se habian reunido, como si sacrificando víctimas fueran á confirmar los tratados con juramento. Habíanse traido un macho de cabrío, un toro y un carnero; y como éste se muriese por sí, á todos los demas les causó risa aquel suceso; pero el agorero Teodoro prohibió á Pirro que jurase, diciendo que aquel prodigio anunciaba la muerte de uno de los tres reyes: así Pirro se apartó de la paz por esta causa. Cuando ya los negocios de Alejandro tomaban consistencia, acudió Demetrio; y como se presentaba á asistir al que no lo habia menester, desde luégo dió que recelar; pero á bien pocos dias de haberse reunido, por mutua desconfianza se armaron asechanzas uno á otro. Espió la oportunidad Demetrio, y adelantándose al jóven, le quitó la vida, declarándose rey de Macedonia. Tenía ya ántes de aquella época quejas contra Pirro, y habia hecho incursiones en la Tesalia; á lo que se agregaba la natural enfermedad de los poderosos, que es la ambicion desmedida, por la cual habia venido á ser entre ellos la vecindad muy recelosa y desconfiada, especialmente despues de la muerte de Deidamia; mas cuando ya ambos poseyeron la

M[illegible] coincidir en un mismo punto de [illegible] más visibles causas, acome-[illegible] E[illegible] vencidos, y dejando allí á Pan-[illegible] fuerzas, marchó él mismo contra P[illegible] lo llegó á entender. Hubo [illegible] y se desviaron el uno del otro; y [illegible] el Epiro, lo asolaba; pero Pirro, [illegible] Pantauco, se dispuso á presentarle batalla. Trabada ésta, era terrible el combate entre los soldados, y mucho más entre los jefes; porque Pantauco, que en valor, en firmeza de brazo, y en robustez de cuerpo era sin disputa el primero entre los caudillos de Demetrio, sobrándole además el arrojo y altivez, provocaba á Pirro á singular combate; y éste, que en fortaleza y reputacion no cedia á ninguno de los reyes, y que aspiraba á acreditar que la gloria de Aquiles no tanto le era propia por linaje como por virtud, corrió por medio de los enemigos en busca de Pantauco. Combatiéronse primero con las lanzas; pero viniendo despues á las manos, hicieron uso con maña y con fuerza de las espadas; y recibiendo Pirro una herida, y dando dos, una en un muslo y otra en el cuello, rechazó y derribó á Pantauco; aunque no le acabó de matar, porque sus amigos le retiraron. Alentados los Epirotas con la victoria de su rey, y admirados de su valor, rompieron y desbarataron la falange de los Macedonios; siguiéronles el alcance en la fuga, y dieron muerte á muchos, tomando vivos á cinco mil.

Este combate no produjo en los Macedonios tanto odio y encono contra Pirro por lo que en él sufrieron, como gloria y admiracion de su virtud; dando ocasion de hablar de ella á los que vieron sus hazañas, y á los que le trataron despues de la batalla. Porque les parecia que su aspecto, su prontitud y sus movimientos eran los mismos que los de Alejandro; que veian en éste sombras é imitaciones de aquel ímpetu y aquella violencia en los combates, y que

si los demas reyes remedaban á Alejandro en la púrpura, en las guardias, en llevar torcido el cuello y en hablar alto, sólo Pirro lo representaba en las armas y en el esfuerzo. De su pericia y habilidad en la táctica y en la estrategia pueden verse pruebas en los comentarios que sobre estos objetos nos dejó escritos. Dícese, además, que preguntado Antígono quién era el mejor capitan, habia respondido: «Pirro en siendo más viejo:» bien que no habló sino de los de su edad; pero Aníbal, hablando en general de todos los capitanes, en pericia y destreza puso el primero á Pirro, el segundo á Escipion, y el tercero á sí mismo, como dijimos en la Vida de Escipion. Finalmente, Pirro en esto fué en lo que se ocupó siempre, y á esto dedicó su atencion, como á la doctrina más propia de los reyes, no dando ningun precio á las demas artes y habilidades. Así se refiere que preguntado en un festin cuál era mejor flautista, si Piton ó Cafisia, contestó: «Polipercon es el mejor capitan:» como si esto sólo fuera lo que le estaba bien inquirir y saber á un rey. Era, sin embargo, para los que le trataban afable, y nada fácil á irritarse; así como activo y vehemente para la gratitud y reconocimiento. De aquí es que habiendo muerto Eropo, se mostró muy pesaroso, diciendo que éste habia sucumbido á la mortalidad; pero él quedaba con el disgusto, y se reprendia á sí mismo, de que pensándolo y difiriéndolo siempre no habia pagado sus servicios: porque los réditos pueden pagarse á los herederos de los que dieron prestado; pero el retorno de los favores, si no se hace á los que pueden sentirlo y apreciarlo, se torna en afliccion del hombre recto y justo. Proponíanle en Ambracia algunos que desterrase á un hombre desvergonzado y maldiciente contra él; pero les respondió: «Nada de eso; mejor es que se quede aquí, porque vale más que me difame entre nosotros que somos pocos, que no que yendo por ese mundo me desacredite con todos los hombres.» Reprendiendo á unos jóvenes que en

un festin le habian insultado, les preguntó si era cierto que habian proferido aquellas injurias; y como uno de ellos respondiese, «esas mismas, ¡oh Rey! y áun habríamos proferido más si hubiéramos tenido más vino,» echándose á reir, los dejó ir libres.

Casóse, por miras de adelantar sus negocios y su poder, con muchas mujeres despues de la muerte de Antígona: porque se enlazó con la hija de Autoleonte, rey de la Peonia; con Bircena, hija de Bardiles, rey de los Ilirios, y con Lanasa, hija de Agatocles, rey de Siracusa, que le llevó en dote la ciudad de Corfú, tomada por Agatocles. De Antígona tuvo en hijo á Tolomeo; de Lanasa á Alejandro, y á Helemo, el más jóven entre los hermanos, de Bircena. A todos los formó excelentes en las armas y sumamente fogosos, excitados á esto por él apénas nacidos. Así se dice que preguntado por uno de ellos, todavía muchacho, que á quién dejaria el reino, le respondió: «á aquel de vosotros que tenga más afilada la espada;» lo que en nada se diferencia de aquella maldicion trágica dirigida á unos hermanos:

Partais la hacienda con el hierro agudo;

¡tan antisociales y feroces son los designios de la ambicion!

Restituido Pirro á su reino, celebró la anterior batalla con grande regocijo, volviendo lleno de gloria y de engreimiento; y dándole los Epirotas el nombre de águila, «por vosotros, les dijo, soy águila; ¿y cómo no lo seré elevado en alto como con alas por vuestras armas?» De allí á poco tiempo, sabiendo que Demetrio se hallaba peligrosamente enfermo, invadió repentinamente la Macedonia como para hacer correrías y talar el país; y estuvo en poco el que se apoderase de todo y ocupase sin contradiccion el reino, llegando hasta Edesa sin que nadie le resistiese, y

ántes reuniéndosele muchos y peleando á sus órdenes. Dió el peligro á Demetrio un aliento superior á sus fuerzas, y congregando sus amigos y generales gran copia de gente en poco tiempo, se fueron resuelta y denodadamente contra Pirro. Este, que habia venido para recoger botin, más que para otra cosa, no los aguardó, sino que se puso en retirada, en la que perdió parte de sus tropas, persiguiéndole los Macedonios. Y aunque no por haberle tan fácil y prontamente arrojado de su país se descuidó ya Demetrio, con todo, teniendo resuelto emprender grandes cosas y recuperar el imperio paterno con cien mil hombres y quinientas naves, no creyó conveniente enredarse con Pirro, ni dejar á los Macedonios un vecino activo y peligroso; por lo que, no pudiendo detenerse á hacerle la guerra, determinó ajustar paz con él, para marchar contra los otros reyes. Hechos los tratados y descubierta la idea de Demetrio por los mismos preparativos, temerosos los reyes, enviaron embajadores y cartas á Pirro, diciéndole extrañaban mucho que abandonando la oportunidad que tenía en la mano, esperase la de Demetrio para hacerle la guerra, y que pudiendo arrojarle de la Macedonia, miéntras causaba sustos y los recibia, aguardara á tener que contender con él, desembarazado ya y con mayor poder, en defensa de los templos y sepulcros de los Molosos; y esto cuando poco ántes le habia arrebatado á Corfú juntamente con la mujer: porque Lanasa, disgustada con Pirro porque mostraba más aficion á las mujeres bárbaras, se habia retirado á Corfú, y aspirando á otro matrimonio régio, habia llamado á Demetrio, sabedora de que era más inclinado que los otros reyes á enlazarse con muchas mujeres; y él, acudiendo al llamamiento, se habia enlazado con Lanasa, y habia dejado guarnicion en la ciudad.

Al mismo tiempo que los reyes escribian así á Pirro, trataban por sí de molestar á Demetrio, ocupado todavía en sus preparativos: para ello Tolomeo, embarcándose con

grandes fuerzas, hizo que se le rebelaran las ciudades griegas; y Lisimaco, entrando por la Tracia, talaba la Macedonia superior. Con esto, puesto tambien Pirro en movimiento, marchó contra Berea con esperanza, como sucedió, de que Demetrio, yendo á oponerse á Lisimaco, dejaria desamparada la region inferior. Parecióle aquella noche que habia sido llamado entre sueños por Alejandro el Grande, y que habiendo acudido, le habia visto enfermo en cama; pero le habia hablado con amor y aprecio, prometiendo auxiliarle eficazmente; y que habiéndose atrevido á preguntarle, «¿y cómo, oh rey, podrás auxiliarme estando enfermo?» le habia contestado «con mi nombre;» y cabalgando sobre el caballo Nisco habia marchado delante de él. Alentóse mucho con esta vision, y sin perder momento ni detenerse en el camino, tomó á Berea; y acuartelando allí la mayor parte del ejército, sujetó lo restante de la region por medio de sus generales. Demetrio, luego que tuvo de ello noticia y observó que en el campamento de los Macedonios se movia una sedicion de mal carácter, temió ir más adelante, no fuese que éstos, teniendo cerca á un rey que era Macedonio y gozaba de reputacion, se pasasen á él; por lo cual, mudando de direccion, marchó contra Pirro, que era forastero, y á quien aborrecian los Macedonios. Mas despues que se acampó allí cerca, pasando á los reales muchos de Berea, celebraban á Pirro como varon invencible y muy aventajado en las armas, y como muy benigno y humano para con los cautivos. Habia tambien algunos, enviados insidiosamente por Pirro, que fingiéndose Macedonios, esparcian voces de que aquel era el tiempo de abandonar á Demetrio, hombre intratable, y pasarse á Pirro, que era popular y muy amante del soldado. Alborotóse con esto la mayor parte del ejército, y hacian diligencias por ver á Pirro. Justamente cuando esto sucedió, tenía quitado el morrion; pero dando en lo que aquello era, se le puso, y fué conocido en el penacho so-

bresaliente y en la cimera, que eran unas astas de macho cabrío; con lo que hubo Macedonios que corrieron á él pidiéndole la seña, y algunos se coronaron con ramas de encina porque así habian visto coronados á los que se hallaban con Pirro; y áun hubo quienes se atrevieron á proponer al mismo Demetrio que lo mejor que podria hacer sería ceder y abandonar el puesto. Advirtiendo que con esta proposicion conformaba el movimiento del ejército, entró en temor, y se marchó ocultamente, disfrazándose con un vil sombrero y una mala capa. Entónces Pirro, dirigiéndose al campamento, le tomó sin oposicion, y fué aclamado rey de los Macedonios.

Presentósele en esto Lisimaco, y como le expusiese que habia sido obra de ambos la ruina de Demetrio, y manifestase deseo de que dividiesen el reino, Pirro, que no tenía todavía gran confianza en la lealtad de los Macedonios, sino que más bien estaba receloso de ellos, admitió la proposicion de Lisimaco, y se repartieron entre sí todo el territorio y las ciudades. Llenó esto en aquellos momentos los deseos, y puso término entre ellos á la guerra; pero al cabo de bien poco conocieron que lo que habian creido fin de la enemistad no era sino principio de quejas y de discordia: porque aquellos á cuya ambicion ni el mar, ni los montes, ni los desiertos son suficiente término, y á cuya codicia no ponen coto los límites que separan la Europa del Asia, no puede concebirse cómo estarán en quietud rozándose y tocándose contínuamente; sino que es preciso que se hagan siempre la guerra, siéndoles ingénito el armarse asechanzas y tenerse envidia. Así es que de estos dos nombres, guerra y paz, hacen uso como de la moneda, para lo que les es útil, no para lo justo; y debe considerarse que son mejores cuando abierta y francamente hacen la guerra, que no cuando al abstenerse y hacer pausas en la violencia le dan los nombres de justicia y amistad. Vióse esto bien claro en Pirro; quien para

oponerse de nuevo al aumento de Demetrio y reprimir su poder, que como de una grave enfermedad iba convaleciendo, dió auxilio á los Griegos, pasando para ello á Atenas. Subió, pues, al alcázar, é hizo sacrificio á la Diosa; y bajando en el mismo dia, les dijo estar muy satisfecho del amor y benevolencia del pueblo; pero que si tenian juicio no volverian nunca á permitir á ningun rey el entrar en la ciudad, ni le abririan las puertas. Asentó luego paces con Demetrio; y como de allí á poco tiempo pasase éste al Asia, incitado de nuevo por Lisimaco, le sublevó la Tesalia, é hizo la guerra á las guarniciones griegas, ya porque le iba mejor con los Macedonios cuando los tenía ejercitados en la milicia que cuando estaban ociosos, y ya sobre todo porque no era su genio de estarse nunca quieto. Por último, vencido Demetrio en la Siria, como Lisimaco quedase libre de miedo y de otras atenciones, al punto marchó contra Pirro. Hallábase éste acuartelado en Edesa, y echándose sobre las provisiones que le llevaban, con interceptárselas le puso ya en grande apuro: despues por escrito y de palabra empezó á sobornarle á los principales de los Macedonios, echándoles en cara que hubiesen escogido por señor á un extranjero, descendiente de los que siempre habian servido á los Macedonios, y arrojaran de esta region á los amigos y deudos de Alejandro. Como fuesen ya muchos los seducidos, entró en temor Pirro, y se retiró con las tropas del Epiro y de los aliados, perdiendo la Macedonia del mismo modo que la habia adquirido. No tienen, pues, los reyes que quejarse de los pueblos si se mudan y buscan su conveniencia, porque en esto no hacen más que imitarlos, siendo ellos mismos sus maestros de deslealtad y traicion, y quienes les enseñan que el que más gana es el que ménos consideracion tiene á la justicia.

Retirado entónces Pirro al Epiro, abandonando ya la Macedonia, le ofreció la fortuna el poder gozar de lo pre-

sonte sin inquietudes, y vivir en paz gobernando su propio reino; pero para él el no causar daño á otros ni recibirle de ellos á su vez era un tormento; y en cuanto al reposo le sucedia como á Aquíles,

Que en él su corazon se consumia
Allí encerrado; y todo su deseo
Eran las huestes y la cruda guerra.

Aspirando, pues, á ella, tuvo para entrar en nuevas empresas la ocasion siguiente: hacian los Romanos la guerra á los Tarentinos; y éstos no pudiendo ni hacer frente á ella ni ponerle término, por el acaloramiento y malignidad de sus demagogos, acordaron nombrar por su general y hacer tomar parte en esta guerra á Pirro, el ménos distraido entónces entre los reyes, y el más aguerrido de todos los capitanes. De los ancianos y los hombres de juicio algunos se opusieron á esta resolucion; pero tuvieron que ceder á la gritería y alboroto de la muchedumbre; y otros, en vista de esto, desertaron de las juntas. Habia un hombre moderado llamado Meton, y éste, llegado el dia en que habia de confirmarse el decreto, cuando ya el pueblo estaba congregado, tomando una corona de la noche anterior y un farol, como si estuviese beodo, se dirigió acompañado de una tañedora de flauta á la junta del pueblo. Allí, como sucede en tales juntas populares, no habiendo órden alguno, los unos al verle empezaron á dar gritos, los otros se reian, y nadie le oponia estorbo, y ántes bien algunos decian que la mujer tocase, y que él pasando adelante cantase, lo que parecia iba á ejecutar: impuesto, pues, silencio: «Tarentinos, les dijo, haceis muy bien en divertiros y en regalaros miéntras os es permitido, sin poner obstáculos á quien de ello guste: por tanto, si teneis juicio gozareis ahora de vuestra libertad, como que otros negocios, otra vida y otra dieta os esperan luego

que Pirro llegue á la ciudad.» Logró con estas cosas persuadir á la mayor parte de los Tarentinos, y por toda la junta corrió el murmullo de que decia muy bien; pero los que temian á los Romanos, y el ser entregados á ellos si se hacía la paz, afrentaban al pueblo porque se dejaba burlar y escarnecer tan vergonzosamente, con lo que hicieron salir de allí á Meton. Confirmado de esta manera el decreto, enviaron embajadores al Epiro, que llevaron presentes á Pirro, no sólo de su parte, sino de los demas de Italia, y manifestaron que lo que necesitaban era un general experto y acreditado. Tenian además grandes fuerzas del país de los Lucanos, Mesapios, Samnites y Tarentinos hasta veinte mil caballos, y de infantes en todo trescientos y cincuenta mil hombres: cosas que no sólo inflamaron á Pirro, sino que á los mismos Epirotas les inspiraron deseos y empeño por ser de la expedicion. Vivia en aquella época un Tesaliano llamado Cineas, hombre de bastante prudencia y juicio, que habia sido discípulo de Demóstenes el orador, y que sólo entre los oradores de su tiempo representaba como en imágen á los que le oian la fuerza y vehemencia de éste. Estaba en compañía de Pirro, y enviado por él á las ciudades, confirmaba el dicho de Eurípides de que la palabra lo vence todo,

E iguala en fuerza al enemigo acero.

Así solia decir Pirro que más ciudades habia adquirido por los discursos de Cineas que por sus armas; y siempre le honraba y se valia de él con preferencia entre los demas. Cineas, pues, como viese á Pirro acalorado con la idea de marchar á la Italia, en ocasion de hallarle desocupado le movió esta conversacion: «Dícese, oh Pirro, que los Romanos son guerreros, é imperan á muchas naciones belicosas: por tanto, si Dios nos concediese sujetarlos, ¿qué fruto sacaríamos de esta victoria?» Y que Pirro le respondió:

«Preguntas, oh Cineas, una cosa bien manifiesta; porque vencidos los Romanos, ya no nos quedaba allí ciudad ninguna, ni bárbara ni griega, que pueda oponérsenos; sino que inmediatamente seremos dueños de toda la Italia, cuya extension, fuerza y poder ménos pueden ocultársete á tí que á ningun otro.» Detúvose un poco Cineas, y luego continuó: «Bien; y tomada la Italia, oh Rey, ¿qué haremos?» Y Pirro, que todavía no echaba de ver adónde iba á parar, «allí cerca, le dijo, nos alarga las manos la Sicilia, isla rica, muy poblada y fácil de tomar: porque todo en ella es sedicion, anarquía de las ciudades é impudencia de los demagogos desde que faltó Agatocles.—Tiene bastante probabilidad lo que propones, contestó Cineas; ¿pero será ya el término de nuestra expedicion tomar la Sicilia?—Dios nos dé vencer y triunfar, dijo Pirro, que tendremos mucho adelantado para mayores empresas; porque ¿quién podria no pensar despues en el Africa y en Cartago, que no ofrecia dificultad, pues que Agatocles, siendo un fugitivo de Siracusa, y habiéndose dirigido á ella ocultamente con muy pocas naves, estuvo casi en nada el que la tomase? Y dueños de todo lo referido, ¿podrá haber alguna duda en que nadie nos opondrá resistencia de los enemigos que ahora nos insultan?—Ninguna, replicó Cineas; sino que es muy claro que con facilidad se recobrará la Macedonia, y se dará la ley á Grecia con semejantes fuerzas; pero despues que todo nos esté sujeto, ¿qué haremos?» Entónces Pirro, echándose á reir, «descansaremos largamente, le dijo, y pasando la vida en contínuos festines y en mutuos coloquios nos holgaremos.» Despues que Cineas trajo á Pirro á este punto de la conversacion, «¿pues quién nos estorba, le dijo, si queremos, el que desde ahora gocemos de esos festines y coloquios, supuesto que tenemos sin afan esas mismas cosas á que habremos de llegar entre sangre y entre muchos y grandes trabajos y peligros, haciendo y padeciendo innumerables males?» Pero

Cineas con este discurso más bien mortificó que corrigió á Pirro; pues aunque entró en cuenta del grande sosiego que gozaba, no fué dueño de renunciar á la esperanza de los proyectos y empresas á que estaba decidido.

Empezó, pues, por enviar en auxilio de los Tarentinos á Cineas, que llevó consigo tres mil soldados; despues traidos de Tarento muchos trasportes para caballos, naves armadas y toda especie de buques, embarcó veinte elefantes, tres mil caballos, veinte mil infantes, dos mil arqueros, y honderos quinientos. Cuando todo estuvo á punto, se hizo á la vela; y hallándose ya en medio del mar Jonio, fué arrebatada violentamente la escuadra de un recio Bóreas que á deshora se levantó; y lo que es él mismo pudo, aunque no sin dificultad y trabajo, ser llevado á la orilla y arrimado á tierra por la industria y cuidado de los pilotos y marineros; pero la escuadra se separó y dispersó; y unas naves desviadas de la Italia corrieron por los mares Libico y Siciliano, y á otras que no pudieron doblar el promontorio Yapigio, las sorprendió la noche, y arrojándolas la marejada á playas inaccesibles y desconocidas, las destruyó todas á excepcion de la del Rey. Esta, miéntras fué sólo contrastada del oleaje, pudo sostenerse y resistir por su porte y firmeza á los embates del mar; pero cuando ya empezó á soplar y rodearla el viento de tierra dándole por la proa, corrió gran riesgo de abrirse y despedazarse: así el más terrible de los males que se tenian presentes era el entregarse de nuevo á un mar irritado y á un viento que por puntos variaba; y con todo, levando áncoras Pirro, se lanzó mar adentro, siendo grande la porfía y empeño de sus amigos y sus guardias en estar á su lado. Mas la noche y las olas con fuerte bramido y violento torbellino estorbaban que pudieran socorrerse: de manera que con dificultad al dia siguiente, aplacado ya el viento, pudo saltar en tierra, quebrantado y sin poderse valer de su cuerpo; pero ontrastando por la energía y fuerza de su alma con

tamaño contratiempo. Entónces los Mesapios, á cuya tierra aportó, se apresuraron con la mejor voluntad á darle los auxilios que podian, procurando recoger las pocas naves que se habian salvado, en las que existian sólo unos cuantos hombres de los de á caballo, ménos de dos mil de infantería y dos elefantes.

Recogido esto poco, marchó Pirro á Tarento, y yendo á encontrarle Cineas, luégo que supo su llegada con los soldados que á su venida trajo, entró así en la ciudad; en la que nada hizo por fuerza ni contra la voluntad de los Tarentinos, hasta que se salvaron del mar las otras naves, y llegó la mayor parte de las restantes tropas. Entónces, como viese que la muchedumbre ni estaba en disposicion de salvarse, ni de salvar á otros sin una gran violencia, coligiéndose ser su ánimo que el mismo Pirro se pusiese delante, miéntras ellos permanecian quietos en casa entretenidos en sus baños y convites, cerró los gimnasios y los paseos, que era donde hablaban de negocios y donde hacian la guerra de palabra; apartándolos además de los banquetes y regocijos intempestivos. Llamábalos á las armas, siendo duro é inflexible en los alistamientos de los que habian de servir; tanto, que muchos se salieron de la ciudad, no sabiendo sufrir el ser mandados, y llamando esclavitud al no vivir á placer. Cuando se le anunció que el cónsul de los Romanos Levino movia contra él con grandes fuerzas, talando al paso la Lucania, todavía los aliados no habian parecido; y con todo, creyendo envilecerse con la detencion y con desentenderse de que tenía tan cerca los enemigos, salió con sus tropas, aunque enviando un mensajero á los Romanos proponiéndoles que, si gustaban, podrian ántes de disputar con las armas obtener resarcimiento de perjuicios de los Italianos, siendo él el juez y mediador. Respondióle Levino que ni los Romanos le nombraban árbitro ni le temian enemigo, y adelantándose todavía más, puso su campo en el terreno que mediaba entre las ciudades de

Pandosia y Heraclea. Noticioso de que los Romanos se habian acercado más, y que tenian su campo al otro lado del rio Siris, dirigiéndose á caballo hácia éste, precisamente para observar, como viese su disposicion, sus guardias, el órden del campamento y todo el arreglo del ejército, quedándose sorprendido, dirigió la palabra á aquel de sus amigos que tenía más próximo, diciéndole: «Este campo de bárbaros, oh Megacles, no es bárbaro: veremos los hechos;» y pensando ya en lo que podria suceder, determinó aguardar á los aliados. Por si los Romanos trataban de adelantarse y pasar, colocó junto al rio una guardia que los detuviese; mas éstos, por lo mismo que él determinó esperar, quisieron adelantarse, é intentaron el paso, la infantería por un vado, y los de caballería haciendo el tránsito por diferentes puntos, de modo que los Griegos tuvieron que retirarse; y Pirro, sobresaltado con la noticia, dió órden á los jefes de la infantería para que al punto la formasen y se mantuviesen sobre las armas; y él mismo se adelantó con los de á caballo, que eran unos tres mil, esperando sorprender en el paso á los Romanos dispersos y desordenados. Cuando vió muchos escudos sobre el rio, y á la caballería que avanzaba en órden, se rehizo y acometió el primero, haciéndose notar por la brillantez y sobresaliente ornato de las armas, y mostrando en sus hechos un valor que no desdecia de su fama; el que se echó más de ver en que no obstante aventurar su cuerpo en el combate, y defenderse vigorosamente de los que le acometian, no le faltó la presencia de ánimo, ni dejó de estar en todo; sino que como si se conservara sereno fuera de accion, así dirigia la guerra, recorriéndolo todo y dando socorro á los que parecia que aflojaban. En esto un Macedonio llamado Leonato, observando que un Italiano se dirigia contra Pirro, enderezando á él el caballo, y siguiendo siempre sus pasos y movimientos, «¿ves, le dijo, oh Rey, aquel bárbaro que viene en un caballo negro con cabos

blancos? pues parécceme á mí que trae algun grande y dañoso designio, porque puso en tí la vista, y contra tí se dirige lleno de arrojo y de cólera, sin hacer cuenta de los demas; así guárdate de él;» al que contestó Pirro: «es imposible, oh Leonato, que el hombre evite su hado; pero yo te aseguro que ni este ni ningun otro Italiano se irá riendo de haberlas conmigo.» Cuando estaban en este razonamiento, echando el Italiano mano á la lanza y revolviendo el caballo, acometió á Pirro; y á un mismo tiempo hiere él con la lanza el caballo del Rey, y acudiendo Leonato le hiere el suyo: cayeron muertos ambos caballos; y sacando libre sus amigos á Pirro, dieron muerte al Italiano, aunque no dejó de defenderse. Era de orígen Ferentano, jefe de escuadron, y se llamaba Oplaco.

Con esto aprendió Pirro á guardarse con más cuidado; y viendo que ciaba la caballería, mandó venir la hueste, y la puso en órden; y dando entónces su manto y sus armas á Megacles, uno de sus amigos, disfrazándose en cierta manera con las de éste, acometió á los Romanos. Recibieron éstos el choque y acometieron tambien, habiéndose mantenido la batalla indecisa por mucho tiempo, pues se dice que alternativamente se retiraron y se persiguieron hasta siete veces; y el cambio de las armas que sirvió oportunamente para salvarse el Rey, estuvo en muy poco que no echase á perder sus ventajas y le arrebatase la victoria. Porque cargando muchos sobre Megacles, el principal que le derribó y acabó con él, llamado Dexoo, quitándole el morrion y el manto, corrió hácia Levino mostrando aquellas prendas, y gritando que habia muerto á Pirro. Causóse, pues, en ambos ejércitos con este motivo, en el de los Romanos regocijo con grande algazara, y en el de los Griegos desaliento y asombro; hasta que enterado Pirro de lo que pasaba, corrió las filas con la cara descubierta, alargando la mano á los que peleaban, y dándose á conocer con la voz. Finalmente, acosando sobre

todo á los Romanos los elefantes, porque los caballos ántes de acercarse á ellos no podian tolerar su aspecto y derribaban á los jinetes, hizo Pirro avanzar á la caballería tesaliana, y acabó de derrotarlos con gran mortandad. Dionisio refiere que de los Romanos murieron muy pocos ménos de quince mil hombres, y Jerónimo que sólo siete mil; y del ejército de Pirro, Dionisio que trece mil, y Jerónimo que no llegaron á cuatro mil. Eran estos que allí perdió los más aventajados entre sus amigos y caudillos, y de quienes Pirro hacía más cuenta y se fiaba más. Tomó tambien el campamento de los Romanos, habiéndole éstos abandonado; retrajo á muchas de las ciudades que les eran aliadas; taló gran parte del territorio, y se adelantó hasta no distar de Roma más que trescientos estadios. Reuniéronsele despues de la batalla muchos de los Lucanos y Samnites, y aunque los reprendió por su tardanza, se echó bien de ver que estaba contento y ufano de que con sólo el auxilio de los Tarentinos venció un poderoso ejército de los Romanos.

No destituyeron los Romanos á Levino del mando, sin embargo de que es fama haber dicho Cayo Fabricio que no habian sido los Epirotas los que habian vencido á los Romanos, sino Pirro á Levino, dando á entender que el vencido no habia sido el ejército, sino el general. Completaron, pues, las legiones y alistaron con prontitud nuevos soldados; y hablando de la guerra confiada y decididamente, dejaron á Pirro sorprendido. Determinó por tanto enviar quien tantease si se hallaban con disposiciones de paz: haciendo la cuenta de que el tomar á Roma y enseñorearse de ella del todo, no era negocio hacedero, y ménos para la fuerza con que se hallaba; y que la paz y los tratados, despues de la victoria, contribuian en gran manera para su opinion y fama. Fué el embajador Cineas, quien procuró acercarse á los más principales, llevando regalos de parte del Rey para todos ellos y para sus mujeres. Mas

nadie los recibió, sino que todos y todas respondieron que hechos los tratados con la autoridad pública, de los bienes de cada uno podria disponer el Rey á su voluntad, dándose en ello por servidos. Con el Senado usó Cineas de un lenguaje muy conciliador y humano; y sin embargo, no se mostraron contentos, ni dieron señales de admitir las proposiciones, por más que les dijo que Pirro volveria sin rescate los que habian sido hechos cautivos en la guerra, y les ayudaria á sujetar la Italia, sin pedir por todo esto otra cosa que paz y amistad para sí, y seguridad para los Tarentinos. Habia manifiestos indicios de que los más cedian y se inclinaban á la paz, por haber sufrido ya una gran derrota y temer otra de fuerzas mucho mayores, despues de incorporados con Pirro los Italianos. A esto Apio Claudio, varon muy distinguido, pero que por la vejez y la privacion de la vista se habia retirado del gobierno, como corriese la voz de las proposiciones hechas por el Rey, y prevaleciese la opinion de que el Senado iba á admitir la paz, no pudo sufrirlo en paciencia, sino que mandando á sus esclavos que tomándole en brazos le pusiesen en la litera, de este modo se hizo llevar al Senado pasando por la plaza. Cuando estuvo á la puerta, recibiéronle y cercáronle sus hijos y sus yernos, y le entraron adentro, quedando el Senado en silencio por veneracion y respeto á persona de tanta autoridad.

Habiendo ocupado su lugar: «Antes, dijo, me era molesto, oh Romanos, el infortunio de haber perdido la vista; pero ahora me es sensible, como soy ciego no ser tambien sordo, para no oir vuestros vergonzosos decretos y resoluciones, con que echais por tierra la gloria de Roma. Porque, ¿dónde está ahora aquella expresion vuestra, celebrada siempre en la memoria de todos los hombres, de que si hubiera venido á Italia el mismo Alejandro el Grande, y hubiera entrado en lid con vosotros, todavía jóvenes, ó con vuestros padres que estaban en lo fuerte de la edad,

no se le apellidaria ahora invicto, sino que con la fuga ó con la muerte habria dado á Roma mayor fama? Estais dando pruebas de que aquello no fué más que una vana jactancia y fanfarronada, temiendo á los Caonios y Molosos, presa siempre de los Macedonios; y temblando de Pirro que nunca ha hecho otra cosa que seguir y obsequiar á uno de los satélites de Alejandro, y en vez de auxiliar allá á los Griegos, por huir de aquellos enemigos, anda errante por la Italia, prometiéndonos el mando de ella con unas fuerzas que no bastaron en sus manos para conservar una pequeña parte de la Macedonia. Ni creais que lo alejareis haciéndole vuestro aliado, sino que ántes provocareis á los que os miraran con desprecio, como fácil conquista de cualquiera, si permitís que Pirro se vaya sin pagar la pena de los insultos que os ha hecho, y ántes lleve premio de que se queden riendo de vosotros los Tarentinos y Samnites.» Dicho esto por Apio, decídense todos por la guerra, y despiden á Cineas, intimándole que salga Pirro de la Italia, y entónces, si lo apetece, podrá tratarse de amistad y alianza; pero que miéntras se mantenga con las armas en la mano, le harán los Romanos la guerra á todo trance, áun cuando venciere á diez mil Levinos en campaña. Dícese que Cineas, miéntras estaba en la negociacion dando pasos y haciendo solicitudes, se dió á observar el método de vida y á conocer el vigor del gobierno, entrando en conferencias con los principales, de todo lo que dió cuenta á Pirro; y que le añadió que el Senado le habia parecido un consejo de muchos reyes; y en cuanto á la muchedumbre, temia que iban á pelear con otra hidra Lernea, porque el número de soldados reunidos al Cónsul era ya doble que ántes, y éste podia multiplicarse muchas veces con los que todavía quedaban en Roma capaces de llevar las armas.

Despues de esto, enviáronse legados á Pirro á tratar de los cautivos, siendo uno de aquellos Cayo Fabricio, de

quien Cineas habia hecho larga mencion, como de un hombre justo y gran guerrero, pero sumamente pobre. Tratóle Pirro con la mayor consideracion, y procuró atraerle á que tomase una cantidad de oro, la que no se le daba por ninguna condescendencia ménos honesta, sino con el nombre de prenda de alianza y hospitalidad. Rehusóla Fabricio, y Pirro por entónces se desentendió; mas al dia siguiente, queriendo dar un susto á Fabricio, que no habia visto nunca un elefante, dió órden de que cuando estuvieran los dos en conversacion hicieran que de repente se apareciera por la espalda el mayor de ellos, corriendo la cortina. Hízose así, y dada la señal, se corrió la cortina; y el elefante, levantando la trompa, la llevó encima de la cabeza de Fabricio, dando una especie de alarido agudo y terrible. Volvióse éste con sosiego, y sonriéndose, dijo á Pirro: «Ni ayer me movió tu oro, ni hoy tu elefante.» Hablóse en el banquete de diferentes asuntos, y con especialidad de la Grecia y de los filósofos; y Cineas sacó la conversacion de Epicuro, refiriendo lo que dicen los de su escuela acerca de los Dioses, del gobierno y del fin supremo, poniendo éste en el placer, huyendo de los empleos como de un menoscabo y alteracion de la bienaventuranza, y colocando á los Dioses léjos de todo amor y odio, y de providencia alguna por nosotros, en una vida descansada y llena de delicias. Todavía no habia concluido, cuando exclamó Fabricio: «¡Por Júpiter, estas sean las opiniones de Pirro y de los Samnites, miéntras mantienen guerra con nosotros!» Maravillado cada vez más Pirro de la prudencia y de la probidad de Fabricio, fué tambien mayor su deseo de hacer por su medio amistad con Roma en lugar de continuar la guerra: exhortábale, pues, en sus particulares conferencias á que se hiciera el tratado, y despues le siguiese y viviese en su compañía, en la que tendria el primer lugar entre sus amigos y generales; á lo que se dice haberle contestado sosegadamente: «Pues eso, oh

Rey, á tí no puede estarte bien; porque los mismos que ahora te veneran y sirven, si llegaran á conocerme, querrian más ser por mí que por tí gobernados:» ¡tal era el carácter de Fabricio! Pues Pirro oyó esta respuesta no como tirano, con enojo, sino que dió idea á sus amigos de la elevacion de ánimo de Fabricio, y á él sólo le confió los cautivos, para que si el Senado no decretaba la paz, despues de haber saludado á sus deudos, y celebrado las fiestas saturnales, volviesen otra vez al cautiverio; y volvieron efectivamente despues de la celebridad, habiendo establecido el Senado la pena de muerte contra el que se quedase.

Fué conferido despues el mando á Fabricio, y vino en su busca un hombre al campamento, trayéndole una carta escrita por el médico del Rey, en la que le ofrecia quitar de en medio á Pirro con hierbas, si por el mérito de hacer cesar la guerra sin peligro alguno se le prometia un agradecimiento correspondiente. No pudo Fabricio sufrir semejante maldad, y haciendo entrar en los mismos sentimientos á su colega, escribió sin dilacion una carta á Pirro, previniéndole que se guardara de aquel riesgo. Estaba la carta concebida en estos términos: «Cayo Fabricio y Quin»to Emilio, cónsules de los Romanos, al rey Pirro felici»dad. Parece que no eres muy diestro en juzgar de los ami»gos y de los enemigos. Leida la carta adjunta que se nos »ha remitido, verás que haces la guerra á hombres rectos »y justos, y que te fias de inicuos y malvados. Dámoste »este aviso, no por hacerte favor, sino para que cualquiera »mal suceso tuyo no nos ocasione una calumnia, y parezca »que tratamos de dar fin á la guerra con malas artes, ya que »no podemos con el valor.» Cuando Pirro se halló con esta carta y se enteró de las asechanzas, castigó al médico y en agradecimiento envió á Fabricio los cautivos sin rescate, haciendo de nuevo pasar á Cineas á negociar la paz. Mas los Romanos, desdeñándose de recibir de gracia los

cautivos, bien fuese la remesa favor de un enemigo ó recompensa de no haber sido injustos, enviaron asimismo á Pirro otros tantos Tarentinos y Samnites; pero acerca de la amistad y paz no permitieron que se entrase en conferencia, sin que ántes retirase de la Italia sus armas y su ejército, tornándose al Epiro en las mismas naves en que vino. Fué, pues, preciso disponerse á otra batalla; para lo que poniendo en movimiento su ejército, y alcanzando á los Romanos junto á la ciudad de Asculo, fué de éstos impelido á lugares inaccesibles á la caballería, y á un sitio muy pendiente y poblado de matorrales, que quitaba toda facilidad para que los elefantes se unieran con la hueste; y habiendo tenido muchos muertos y heridos, sólo la noche puso fin al combate. Pensó entónces cómo al dia siguiente haria la guerra en lugar llano, en el que los elefantes pudieran oponerse á los enemigos; y como para ello ocupase con una gran guardia los malos pasos, y colocase entre los elefantes multitud de azconeros y saeteros, acometió con gran ímpetu y fuerza, llevando su hueste muy espesa y apiñada. Los Romanos, no siendo dueños como ántes de los desfiladeros y puestos ventajosos, acometieron tambien de frente en la llanura; y procurando rechazar á los pesadamente armados ántes que sobreviniesen los elefantes, tuvieron con las espadas un terrible combate contra las lanzas, no curando de sí en ninguna manera, ni atendiendo á otra cosa que á herir y trastornar, sin tener en nada lo que padecian. Al cabo de mucho tiempo dícese que la retirada tuvo principio en el punto donde se hallaba Pirro, que acosó extraordinariamente á los que tenía al frente; mas el principal daño provino del ímpetu y fuerza de los elefantes, no pudiendo los Romanos usar de su valor en la batalla; por lo cual, como si una ola ó un terremoto los estrechase, creyeron que debian ceder y no esperar á morir con las manos ociosas, padeciendo, sin poder ser de ningun provecho, los males más terribles. Y sin embargo

de no haber sido larga la retirada al campamento, dice Jerónimo que murieron seis mil de los Romanos, y de la parte de Pirro se refirió en sus comentarios haber muerto tres mil quinientos y cinco; pero Dionisio ni dice que hubiese habido dos batallas junto á Asculo, ni que ciertamente hubiesen sido vencidos los Romanos; sino que habiendo peleado una sola vez, apénas cesaron de la contienda despues de puesto el sol, siendo Pirro herido en un brazo con un golpe de lanza, y habiendo los Samnites saqueado su bagaje; y que del ejército de Pirro y del de los Romanos murieron sobre quince mil hombres de una y otra parte. Ambos se retiraron; y se cuenta haber dicho Pirro á uno que le daba el parabien. «Si vencemos todavía á los Romanos en una sola batalla, perecemos sin recurso.» Porque habia perdido gran parte de la tropa que trajo; y de los amigos y caudillos todos, á excepcion de muy pocos, no siéndole posible reemplazarlos con otros, y á los aliados que allí tenía los notaba muy tibios; cuando los Romanos completaban con facilidad y prontitud su ejército, como si en casa tuvieran una fuente perenne; y nunca con las derrotas perdian la confianza, sino que más bien la cólera les daba nuevo vigor y empeño para la guerra.

Constituido en este conflicto, se entregó otra vez á vanas esperanzas por negocios que llamaban á dos distintas partes la atencion: porque á un mismo tiempo llegaron mensajeros de Sicilia, poniendo en sus manos á Agrigento, Siracusa y Leoncio, con calidad de que expeliese á los Cartagineses y dejara la isla libre de tiranos; y de la Grecia le trajeron la noticia de que Tolomeo Queranno (1) habia muerto en ocasion de librar batalla á los Galos con su ejército: así que llegaria entónces muy á tiempo, cuando los Macedonios habian quedado sin rey. Quejóse amargamente de la fortuna por haber acumulado en un mismo

(1) Quiere decir el rayo.

momento las ocasiones y motivos de grandes hazañas; y reconociendo que reunidos ambos objetos era preciso renunciar á uno, estuvo fluctuando en la incertidumbre largo tiempo; pero despues, pareciéndole que los negocios de Sicilia eran los de mayor entidad, presentándose cerca el Africa, decidido por ellos, envió inmediatamente á Cineas, como lo tenía de costumbre, para que previniese á las ciudades; y por lo que á él tocaba, como los Tarentinos se mostrasen disgustados, les puso guarnicion. Pedíanle éstos que ó les cumpliera aquello para que era venido combatiendo con los Romanos, ó se desistiera de su territorio, dejándoles la ciudad como la habia encontrado; mas la respuesta fué desabrida, y mandándoles que se estuviesen quietos y esperaran que les llegara su momento favorable, en tanto se hizo á la vela. Apénas tocó en la Sicilia, cuando previno su gusto lo que habia esperado, entregándosele las ciudades de muy buena voluntad. Y por entónces ninguna oposicion experimentó de las que exigen contienda y violencia; sino que recorriendo la isla con treinta mil infantes, dos mil y quinientos caballos, y doscientas naves, expelió á los Cartagineses, y trastornó su dominacion. Siendo el distrito de Erix el más fuerte de todos, y el que contenia más combatientes, determinó encerrarlos dentro de los muros; y poniendo el ejército á punto, armado de todas armas emprendió su marcha, ofreciendo á Hércules tener juegos y sacrificios de victoria ante los Griegos que habitaban la Sicilia, si le hacía comparecer un guerrero digno de su linaje y de los medios que tenía. Dada la señal con la trompeta despues que con los dardos hubo retirado á los bárbaros, hizo arrimar las escalas, y fué el primero en subir al muro. Eran muchos los que le oponian resistencia; pero á unos los apartó y derribó de la muralla á entrambas partes, y de muchos, valiéndose de la espada, hizo un monton de muertos. No recibió, sin embargo, lesion alguna, y ántes con su vista infundió terror á

los enemigos, acreditando que Homero habia hablado en razon y con experiencia cuando dijo: que de todas las virtudes sola la fortaleza tenía muchas veces ímpetus furiosos, y en cierta manera sobrenaturales. Tomada la ciudad, sacrificó al Dios magníficamente, y dió espectáculos de toda especie de combates.

Los bárbaros de Mesena, á los que se daba el nombre de Mamertinos, vejaban en gran manera á los Griegos, y áun á algunos los habian sujetado á pagarles tributos, por ser ellos muchos y gente belicosa, apellidados por tanto los marciales en lengua latina: cogió, pues, á los recaudadores y les dió muerte; y venciéndolos á ellos en batalla, asoló muchas de sus fortalezas. A los Cartagineses, que se mostraban inclinados á la paz, estando dispuestos á contribuir con dinero, y despachar la escuadra, si se ajustaba la alianza, les respondió, codiciando todavía más, que no habia amistad y alianza para ellos, si no dejaban toda la Sicilia, y ponian el mar Líbico por término respecto de los Griegos: engreido para ello con la prosperidad y curso favorable de sus negocios, y llevando adelante las esperanzas con que se embarcó desde el principio, puesto principalmente en la Africa su deseo. Hallábase con bastante número de naves, faltándole las tripulaciones; mas despues que se proveyó de remeros, ya no trataba blanda y suavemente á las ciudades, sino con despotismo y con dureza, imponiendo castigos; cuando al principio no habia sido así, sino más dispuesto todavía que todos los demas á la afabilidad y á hacer favores, á mostrar confianza y á no ser molesto á nadie; pero entónces, habiéndose convertido de popular en tirano, con la aspereza de la ingratitud y de la desconfianza oscureció su gloria. Y áun esto, como necesario, lo aguantaban, aunque de mala gana; pero sucedió despues que, habiendo sido Tenon y Sostrato, generales de Siracusa, los primeros que le excitaron á pasar á Sicilia, los que cuando estuvo allí le entregaron la ciudad,

y de quienes se valió para la mayor parte de las cosas, los tuvo despues por sospechosos, no queriendo ni llevarlos consigo ni dejarlos; por lo cual Sostrato, entrando en recelos y temores, se ausentó; pero á Tenon, achacándole igual intento, le quitó la vida. Con esto, no ya poco á poco ó por grados se le mudaron los ánimos, sino que concibiendo contra él las ciudades un violento odio, unas se pasaron á los Cartagineses, y otras llamaron á los Mamertinos. Cuando por todas partes no veia más que defecciones, novedades y una terrible sedicion contra su persona, recibió cartas de los Samnites y Tarentinos, en que manifestaban que apénas podian sostener la guerra dentro de las ciudades, arrojados ya de todo el país, y le pedian que fuese en su socorro. Este fué un pretexto decente para que no se dijese que su partida era una fuga, ó un abandono de sus anteriores proyectos; mas lo cierto fué que no pudiendo sujetar la Sicilia como nave en borrasca, buscando como salir del paso, dió consigo de nuevo en la Italia. Dícese que retirado ya del puerto, volviéndose á mirar la isla, dijo á los que tenía cerca de sí: «¡Qué palestra dejamos, oh amigos, á los Cartagineses y Romanos!» lo que al cabo de poco tiempo se cumplió, como lo habia conjeturado.

Conmovidos contra él los bárbaros cuando ya estaba en la mar, peleando en la travesía con los Cartagineses perdió muchas de las naves, y con las restantes huyó á la Italia. Los Mamertinos le antecedieron en el paso con diez mil hombres á lo ménos, y aunque temieron presentársele en batalla, colocados en sitios ásperos, y sorprendiéndole desde ellos, desordenaron todo el ejército, le mataron dos elefantes, y murieron muchos de la retaguardia. Pasando él allá desde la vanguardia, les hizo oposicion, y peleó con aquellos hombres aguerridos y corajudos. Como hubiese recibido una cuchillada en la cabeza, y hubiese quedado un poco separado del combate, cobraron con esto más ar-

rojo los enemigos; y uno de ellos, de grande estatura y brillantes armas, adelantándose á carrera á los demas, en alta voz comenzó á provocarle diciendo que viniera á él si áun estaba vivo. Irritóse Pirro, y revolviendo con sus asistentes lleno de ira, bañado en sangre, con un semblante que imponia miedo, penetró por entre los que halló al paso, y se adelantó á herir con la espada al bárbaro en la cabeza, dándole tal cuchillada, que ya por la fuerza del brazo y ya por el temple del acero descendió bien abajo, viéndose caer en un momento á uno y otro lado las partes del cuerpo dividido en dos. Esto detuvo á los bárbaros para que volvieran á acercárselo, asombrados de Pirro, á quien miraron como un sér superior. Pudo con esto continuar sin tropiezo el camino que le quedaba, y llegó á Tarento con diez mil infantes y tres mil caballos. Incorporó con estos los más alentados de los Tarentinos, y movió inmediatamente contra los Romanos, acampados en la Samnitide ó tierra de Samnio.

Hallábanse en mal estado los negocios de los Samnites; y éstos habian decaido mucho de ánimo por las frecuentes derrotas que les habian causado los Romanos; á lo que se agregaba cierto encono que tenian á Pirro por su viaje á Sicilia; así es que no fueron muchos los que á él acudieron. Hizo de todos dos divisiones; enviando unos á la Lucania á oponerse al otro Cónsul para que no diese socorro, y conduciendo él mismo á los otros contra Manio Curio, acuartelado en Benovento, donde con la mayor confianza aguardaba el auxilio de la Lucania: concurriendo además para estarse sosegado el que los agüeros y las víctimas le retraian de pelear. Apresurándose por tanto Pirro á caer sobre éstos ántes que los otros viniesen, tomó consigo á los soldados de más aliento y de los elefantes los más hechos á la guerra, y de noche se dirigió contra el campamento. Habiendo tenido que andar un camino largo y embarazado con arbustos, no

aguantaron las luces, y anduvieron perdidos, y dispersos los soldados; con la cual detencion faltó ya la noche, y desde el amanecer percibieron los enemigos su venida desde las atalayas; de manera que desde aquel punto se pusieron en inquietud y movimiento. Hizo sacrificio Manio; y como tambien el tiempo se presentase oportuno, saliendo con sus tropas, acometió á los primeros, y haciéndolos retirar, inspiró ya miedo á todos, habiendo muerto muchos y áun habiéndose cogido algunos elefantes. La misma victoria condujo á Manio á tener que pelear en la llanura; y trabada allí de poder á poder la batalla, por una parte desbarató á los enemigos; pero por otra fué acosado de los elefantes, y como le llevasen en retirada hasta cerca del campamento, llamó á los de la guardia que en gran número estaban sobre las armas y se hallaban descansados. Acudiendo éstos é hiriendo desde puestos ventajosos á los elefantes, los hicieron retirar, y dando á huir por entre los propios, causaron gran turbacion y desórden; lo cual no solamente dió á los Romanos aquella victoria, sino la seguridad del mando. Porque habiendo adquirido de resultas de aquel valor y de aquellos combates osadía, poder y la fama de invencibles, de la Italia se apoderaron inmediatamente, y de la Sicilia de allí á poco.

De este modo se le desvanecieron á Pirro las esperanzas que acerca de la Italia y la Sicilia habia concebido, perdiendo seis años en estas expediciones, en las que, si en los intereses salió menoscabado, el valor lo conservó invencible en medio de las derrotas. Así tuvo la reputacion de ser el primero entre los reyes de su tiempo en la pericia militar, en la pujanza de brazo, en la osadía; sino que lo que adquiria con sus hazañas, lo perdia por nuevas esperanzas, y no sabía salvar lo presente segun convenia por la codicia de lo ausente y lo venidero. Por tanto, Antígono solia compararle á un jugador que juega y gana mucho, pero que no sabe sacar partido de sus ganancias. Volviendo,

pues, al Epiro con ocho mil infantes y quinientos caballos, y hallándose falto de medios, solicitaba una guerra en que ocupase su ejército; y como se le uniesen algunos Galos, hizo incursion en la Macedonia, reinando Antígono, hijo de Demetrio, precisamente con el objeto de saquear y hacer botin. Avínole el tomar varias ciudades, y que se le pasasen dos mil soldados, con lo que ya extendió sus esperanzas y se encaminó contra Antígono. Sobrecogióle en unos desfiladeros, y puso en desórden todo su ejército. Los Galos que se hallaban á la retaguardia de Antígono, muchos en número, se sostuvieron vigorosamente; y trabada con este motivo una reñida batalla, perecieron en ella la mayor parte de éstos; y cogidos los que conducian los elefantes, se rindieron á ellos mismos y entregaron todas aquellas bestias. Fortalecido Pirro con estos sucesos, contando más con su fortuna que con lo que podia dictar la razon, acometió á la falange de los Macedonios, turbaba y acobardada con el vencimiento: así es que no pelearon contra él ni le hicieron resistencia: extendió, pues, su derecha, y llamando por sus nombres á todos los generales y jefes, logró que la infantería abandonase á Antígono. Retiróse éste por la parte del mar y al paso recobró algunas de las ciudades litorales; y Pirro, teniendo por el mayor para su gloria en estos prósperos acontecimientos el de haber vencido á los Galos, consagró lo más brillante y precioso de los despojos en el templo de Minerva Itónide con la siguiente inscripcion en versos elegiacos:

A Itónide Minerva en don consagra
Estos escudos el Moloso Pirro,
A los feroces Galos arrancados
Cuando triunfó de Antígono y su hueste.
¿Qué hay que maravillar si ahora y ántes
Los Eacidas fueron invencibles?

Despues de la batalla inmediatamente recobró las ciudades; y habiendo vencido á los Egeos, los trató mal en diferentes maneras, y además les dejó guarnicion de los Galos que militaban en su ejército. Son estos Galos gente de insaciable codicia, y se dieron á abrir los sepulcros de los reyes que allí estaban enterrados, robaron la riqueza en ellos depositada, y los huesos los tiraron con insulto. Pareció que Pirro habia tomado este mal hecho con tibieza y desprecio, bien fuese que no atendió á él por sus ocupaciones, ó bien que hubo de disimular por no atreverse á castigar á los bárbaros, cosa que reprendieron mucho en él los Macedemonios; y cuando todavía su imperio no estaba seguro ni habia tomado firme consistencia, ya su ánimo se habia inflamado con otras esperanzas. A Antigono le llamaba hombre sin vergüenza, porque debiendo ya tomar la capa, áun usaba la púrpura. Vino á él en este tiempo Cleonumo de Esparta, y llamándole contra la Lacedemonia, se presentó muy contento. Era Cleonumo de linaje real; pero mostrándose hombre violento y despótico no inspiró amor ni confianza; y así fué Areo el que reinó, siendo aquella nota en él muy antigua y pública entre sus ciudadanos. Estando en edad se casó con Quelidonis la de Leotuquidas, mujer hermosa, y tambien de regio orígen; pero ésta andaba perdida por Acrotato, hijo de Areo, mozo de brillante figura, lo que para Cleonumo, que la amaba, hizo aquel matrimonio desabrido á un tiempo y afrentoso, por cuanto no habia Esparciata alguno á quien se ocultase que era despreciado de su mujer. Reuniéronse de este modo los disgustos de casa con los de la república: por ira y por despique atrajo contra Esparta á Pirro, que tenía á sus órdenes veinticinco mil infantes, dos mil caballos y veintitres elefantes; de manera que al punto se echó de ver en la superioridad de sus fuerzas que no iba á ganar á Esparta para Cleonumo, sino á adquirir para sí el Peloponeso; sin embargo de que en

las palabras aparentó otra cosa, áun con los mismos Lacedemonios que fueron á él de embajadores á Megalópolis. Porque les dijo ser su venida á libertar las ciudades sujetas á Antígono; y tambien á enviar á Esparta sus hijos de corta edad, si no habia inconveniente, á fin de que educados en las costumbres lacónicas, tuvieran aquello de ventaja sobre los demas reyes. Engañándolos de este modo, y usando tambien de simulacion con cuantos trató en el camino, apénas puso el pié en la Laconia empezó á saquearlos y despojarlos. Reconviniéndole los embajadores con que para entrar así en su país no les habia denunciado la guerra,» bien sabemos, les respondió, que tampoco vosotros los Lacedemonios avisais á los otros de lo que intentais hacer;» y uno de los que allí se hallaban, llamado Mandriquida, usando del dialecto lacónico, le repuso: «Si eres un Dios, no nos harás mal, porque no te hemos ofendido; si hombre, no faltará otro que valga más que tú.»

Bajó luego á Esparta, y Cleonumo queria que la invadiera sin detencion; pero Pirro, temeroso, segun se dice, de que los soldados saqueasen la ciudad si entraban de noche, le contuvo diciendo que ya se haria al dia siguiente; porque ellos eran pocos, y los cogian desprevenidos á causa de la prontitud. Hacía además la casualidad que Areo no se hallase allí, sino en Creta auxiliando á los Gortinios que tenian guerra; y esto fué lo que principalmente salvó á la ciudad mirada con desprecio por su soledad y flaqueza: pues Pirro, persuadido de que no tendria que combatir con nadie, se acampó, cuando los amigos é hilotes de Cleonumo tenian la casa prevenida y dispuesta para que Pirro fuese festejado en ella. Mas venida la noche, como los Lacedemonios empezasen á deliberar sobre mandar las mujeres á Creta, éstas se opusieron á ello, y áun Arquidamia se presentó ante el Senado con una espada en la mano haciendo cargo á los hombres de que creyesen que ellas desearian vivir despues de perdida Esparta. Resol-

vieron despues abrir una zanja paralela al campamento de los enemigos, y poner carros á uno y otro extremo enterrando las ruedas hasta los cubos, para que teniendo un asiento firme sirvieran de estorbo á los elefantes. Cuando en esto entendian llegaron á donde estaban las doncellas y casadas, las unas con los mantos arremangados sobre las túnicas, y las otras con las túnicas solas, á ayudar en la obra á los ancianos. A los que habian de pelear les decian que descansasen, y tomando la plantilla, hicieron por sí solas la tercera parte de la zanja, la cual tenía de ancho seis codos, de profundidad cuatro, y de longitud ocho pletros ó yugadas. segun dice Filarco, y ménos segun Jerórimo. Movieron al mismo punto de amanecer los enemigos, y ellas, alargando á los jóvenes las armas y encargándoles la zanja, los exhortaban á defenderla y guardarla, porque si era dulce el vencer ante los ojos de la patria, tambien era glorioso el morir en los brazos de las madres y de las esposas, pereciendo de un modo digno de Esparta. Quelidonis, retirada en su casa, se habia echado un lazo al cuello, para no venir al poder de Cleonumo, si Esparta se tomaba.

Era Pirro atraido de frente con su infantería á los espesos escudos de los Esparciatas que le estaban contrapuestos, y á la zanja que no podia pasarse, ni permitia hacer pié firme por el lodo. Mas su hijo Tolomeo, que tenía á sus órdenes dos mil Galos y las tropas escogidas de los Caonios, haciendo una evolucion sobre la zanja, procuraba pasar por encima de los carros; pero éstos, por estar profundos y muy espesos, no solamente le hacian difícil á él el paso, sino tambien á los Lacedemonios la defensa. En esto, como consiguiesen los Galos levantar las ruedas y amontonar los carros en el rio, advirtiendo el jóven Acrotato el peligro, y corriendo la ciudad con trescientos hombres, envolvió á Tolomeo sin ser de él visto por ciertas desigualdades del terreno, hasta que acometió á los últi-

mos, y los precisó á que volviesen á pelear con él, impeliéndose unos á otros, y cayendo en la zanja y entre los carros; de manera que con trabajo y no sin gran mortandad pudieron retirarse. Los ancianos y gran número de las mujeres fueron espectadores de las proezas de Acrotato: así, cuando despues volvia por medio de la ciudad á tomar su formacion, bañado en sangre, pero ufano y engreido en la victoria, todavía les pareció más alto y más bello á las Espartanas que miraban con celos el amor de Quelidonis; y algunos de los ancianos le seguian gritando: «¡Bravo Acrotato! sigue en tus amores con Quelidonis, sólo con que des excelentes hijos á Esparta.» Siendo muy reñida la batalla que se sostenia por la parte donde se hallaba Pirro, otros muchos habia que peleaban denodadamente; pero Filio, resistiendo mucho tiempo y dando la muerte á muchos de los que le combatian, cuando por el gran número de sus heridas conoció que iba á fallecer, cediendo su puesto á uno de los que tenía cerca, cayó entre sus filas para que no se apoderaran de su cadáver los enemigos.

Sólo con la noche cesó la batalla, y recogido á dormir Pirro, tuvo esta vision: parecióle que arrojaba rayos sobre Esparta abrasándola toda, y que él estaba muy contento. Despertóse con la misma alegría, y dando órden á los jefes para que tuviesen á punto el ejército, referia á los amigos su ensueño, contando con que iba á tomar por armas la ciudad. Convenian todos los demas en ello, y solo á Lisimaco no le pareció bien aquella vision; ántes le dijo que recelaba no fuese que así como los lugares tocados del rayo se tienen por inaccesibles, de la misma manera le significase aquel prodigio que no le sería dado entrar en la ciudad. Mas respondióle que aquello era habladuría de mentidero sin certeza ni seguridad alguna, debiendo repetir los que tenian las armas en la mano:

El agüero mejor, pelear por Pirro;

con lo que se levantó, y al rayar el dia movió el ejército. Defendíanse los Lacedemonios con un ardor y fortaleza superior á su número á presencia de las mujeres, que alargaban dardos, comestibles y bebida á los que lo pedian, y cuidaban de retirar los heridos. Intentaron los Macedonios cegar la zanja, trayendo para ello mucha fagina, con la que cubrieron las armas y los cadáveres que allí habian caido; y acudiendo al punto los Lacedemonios, se vió al otro lado de la zanja y los carros á Pirro á caballo, que con el mayor ímpetu se dirigia á tomar la ciudad. Levantóse en esto gran gritería de los que se hallaban en aquel punto con carreras y lamentos de las mujeres; y cuando ya Pirro iba adelante, abriéndose paso por entre los que tenía al frente, herido con una saeta cretense su caballo, cayó de pechos y con las ánsias de la muerte derribó á Pirro en un sitio resbaladizo y pendiente. Como con este suceso se turbasen sus amigos, acudieron corriendo los Esparciatas, y tirándoles dardos, les hicieron huir á todos. A este tiempo hizo Pirro que por todas partes cesase el combate, pensando que los Lacedemonios decaerian de bríos, hallándose casi todos heridos, y habiendo muerto muchos. Pero el buen Genio de esta ciudad, bien fuese que se hubiera propuesto poner á prueba la fortaleza de aquellos varones, ó bien que hubiese querido hacer en aquel apuro demostracion de la grandeza de su poder cuando estaban en el peor estado las esperanzas de los Lacedemonios, hizo que de Corinto llegase en su auxilio con tropas extranjeras Aminias, natural de Focea, uno de los generales de Antígono; y áun no bien se habia hecho el recibimiento de éstos cuando arribó de Creta el rey Areo trayendo consigo dos mil hombres. Con esto las mujeres se retiraron á sus casas sin volver á mezclarse en las cosas de la guerra; y los hombres, haciendo que dejaran las armas los que por necesidad las habian tomado en aquel conflicto, se previnieron y ordenaron para la batalla.

Inspiróle todavía á Pirro mayor codicia y empeño de tomar la ciudad esta venida de auxiliares; mas cuando vió que nada adelantaba, habiendo salido mal parado, desistió y se entregó á talar el país, haciendo ánimo de invernar allí; pero no podia evitar su hado. Habia en Argos division entre Aristeas y Aristipo, y teniéndose por cierto que Antígono estaria de parte de éste, adelantóse Aristeas y llamó á Pirro á Argos; y éste, que sin cesar pasaba de unas esperanzas á otras, que de una prosperidad tomaba ocasion para otras varias, y que si caia queria reparar la caida con nuevas empresas, y ni por victorias ni por derrotas hacía pausa en mortificarse y ser mortificado, al punto levantó el campo y marchó á Argos. Púsole Areo asechanzas en diversos puntos, y tomando los más malos pasos del camino, derrotó á los Galos y á los Molosos que cubrian la retaguardia. Habíasele anunciado á Pirro por el agorero, con motivo de haberse encontrado las víctimas sin alguno de los extremos, que le amenazaba la pérdida de alguno de sus deudos; pero habiéndosele con la priesa y el rebato borrado de la memoria la prediccion, dió órden á su hijo Tolomeo de que con sus amigos fuese en auxilio de los que combatian; y él en tanto condujo el ejército, procurando sacarlo apriesa de las gargantas. Trabada con Tolomeo una recia contienda, y peleando contra los suyos las tropas más escogidas de los Lacedemonios, acaudilladas por Eualco, un cretense de Aptera, llamado Oroico, gran acuchillador y muy ligero de piés, corrió de costado, y cuando Tolomeo peleaba con el mayor valor, le hirió y quitó la vida. Muerto Tolomeo y desordenada su gente, los Lacedemonios la persiguieron y vencieron; pero sin percibirlo se pasaron á la tierra llana, y quedaron desamparados de su infantería: entónces Pirro, que acababa de oir la muerte del hijo, y tenía el dolor reciente, cargó contra ellos con la caballería de los Molosos; y siendo él el primero en acometer, llenó de mortandad el campo; y



si siempre se habia mostrado invicto y terrible en las armas, entónces en osadía y violencia dejó muy atras los demas combates. Arremetió despues contra Eualco con su caballo, y haciéndose éste á un lado, estuvo en muy poco el que no cortase á Pirro con la espada la mano de las riendas, pero dando el golpe en las riendas mismas, las cortó. Pirro, al mismo tiempo que él daba este golpe, le pasó con la lanza; mas vino al suelo del caballo, y quedando á pié, dió muerte á todos los escogidos que peleaban al lado de Eualco, habiendo tenido Esparta esta gran pérdida en una guerra que tocaba á su fin, precisamente por el demasiado ardor de sus generales.

Pirro, como si hubiera así cumplido con las exequias del hijo, y peleado un brillante combate fúnebre, dejando desahogado gran parte del dolor en la ira contra los enemigos, continuó su marcha á Argos; y enterado de que Antígono se habia ya establecido sobre las montañas que dominaban la llanura, puso su campo junto á Naplia. Al dia siguiente envió un heraldo á Antígono, llamándole peste, y provocándolo á que bajando á la llanura disputaran allí el reino: mas éste le respondió, que él no sólo era general de las armas, sino tambien de la sazon y oportunidad; y que si Pirro tenía priesa de dejar de vivir, le estaban abiertas muchas puertas para la muerte. A uno y á otro pasaron embajadores de Argos, pidiéndoles que se reconciliaran y dejaran que su ciudad no fuera de ninguno, sino amiga de ambos; y lo que es Antígono vino en ello, entregando su hijo en rehenes á los Argivos; pero Pirro, aunque prometia reconciliarse, como no diese prenda de ello, se hacía por lo tanto más sospechoso. Tuvo éste además una señal terrible: porque habiéndose sacrificado unos bueyes, se vió que las cabezas, despues de separadas de los cuerpos, sacaron la lengua y se relamieron en su propia muerte; y además en la ciudad de Argos la profetisa de Apolo Licio dió á correr, gritando haber visto

la ciudad llena de mortandad y de cadáveres, y que una águila que volaba al combate, despues se habia desvanecido.

Aproximóse Pirro á las murallas en medio de las mayores tinieblas, y estando abierta por diligencia de Aristeas la puerta que llaman Diamperes, logró no ser sentido hasta incorporársele los Galos que tenía en su ejército y haber entrado en la plaza; pero como los elefantes no cupiesen por la puerta, y fuese preciso quitarles las torres y volvérselas á poner en la oscuridad y con ruido, esto ocasionó detenciones y que los Argivos llegasen á percibirlo; por lo que se retiraron á la fortaleza, dicha *Escudo*, y á otros lugares defendidos, enviando á llamar á Antígono. Dedicóse éste por sí á armar asechanzas en las cercanías; pero envió con poderoso socorro á sus generales y á su hijo. Sobrevino tambien Areo trayendo mil Cretenses y las tropas más ligeras de los Esparciatas; y acometiendo todos á un tiempo á los Galos, los pusieron en confusion y desórden. Entró á este tiempo Pirro con algazara y gritería por el Cilarabis (1), y luégo que los Galos correspondieron á sus voces, conjeturó que aquella especie de grito no era fausto y confiado, sino de quien se halla en consternacion: marchó, pues, con más celeridad, penetrando por entre su caballería, que no sin dificultad y con gran peligro andaba por las alcantarillas, de que está llena aquella ciudad. Era suma la inseguridad de los que ejecutaban y de los que mandaban en un combate nocturno, y habia extravíos y dispersiones en los pasos estrechos, sin que la pericia militar sirviera de nada por las tinieblas, por los gritos confusos y la estrechez del sitio: por tanto, casi nada hacian, esperando unos y otros la mañana. Apénas empezó á aclarar, sorprendió ya á Pirro ver que el Escudo estaba lleno de armas enemigas; y sobre todo se asustó cuando notando

(1) El Cilarabis era un Gimnasio: dícelo Pausanias, y tambien por qué se le dió este nombre.

en la plaza diferentes monumentos, descubrió entre ellos un lobo y un toro de bronce en actitud de combatir uno con otro; porque esto le trajo á la memoria un oráculo antiguo, por el que se le habia predicho que moriria cuando viese un lobo que peleaba con un toro. Dicen los Argivos que esta ofrenda es para ellos recuerdo de un suceso antiguo; porque á Danao, cuando puso primero el pié en aquella region, junto á los piramios de la Tircátide (1) se le ofreció el espectáculo de un lobo que peleaba con un tero. Supuso allá dentro de sí que el lobo le representaba (por cuanto siendo extranjero acecha á los naturales, como á él le pasaba), y con esta idea se paró á mirar la lucha: venció el lobo; y habiendo hecho voto á Apolo Licio, acometió á la ciudad y quedó victorioso, siendo por una sedicion arrojado Gelanor, que era el que entónces reinaba. Y esto es lo que se refiere acerca de aquel monumento.

Con este encuentro, y viendo que nada adelantaba en lo que habia sido objeto de su esperanza, pensó Pirro en retirarse; pero temiendo la estrechez de las puertas, envió en busca de su hijo Heleno, que habia quedado á la parte afuera con fuerzas considerables, dándole órden de que aportillara el muro y amparara á los que saliesen, si eran perseguidos de los enemigos. Mas por la misma priesa y turbacion del mensajero, que no acertó á expresar bien su encargo, y por extravío que además se padeció, perdió aquel jóven los elefantes que todavía le restaban y los mejores de sus soldados, y se entró por las puertas para dar auxilio á su padre. Retirábase ya Pirro; y miéntras la plaza le dió terreno para retirarse y pelear, rechazó á los que le acosaban; pero impelido de la plaza á un callejon que conducia á la puerta, se encontró allí con sus auxiliares, que

(1) La Tircátide era un territorio confinante con la Laconia, por el que hubo muchas disensiones entre Argivos y Lacedemonios; y los Piramios un término ó pago de este territorio.

venian de la parte opuesta; y por más que les gritaba que retrocediesen, no le oian; y áun á los que estaban prontos á ejecutarlo, los atropellaban en sentido contrario los que de frente continuaban entrando por la puerta. Agregábase que el mayor de los elefantes, atravesado y rugiendo en esta, era nuevo estorbo para los que querian salir; y otro de los que habian entrado, al que se habia dado el nombre de Nicon, procurando recoger á su conductor, á quien las heridas recibidas habian hecho caer, volvia tambien atras, contrapuesto á los que buscaban salida, y con su atropellamiento mezcló y confundió á amigos y enemigos, chocando unos con otros. Despues, cuando hallándole muerto, le alzó con la trompa y le aseguró con los colmillos, al volver trastornó de nuevo, y destrozó como furioso á cuantos encontró al paso. Apretados y estrechados de esta manera entre sí, ninguno podia valerse ni áun á sí mismo; sino que como si se hubieran pegado en un solo cuerpo, así toda aquella muchedumbre sufria infinidad de impresiones y mudanzas por ambos extremos: pocos eran, pues, los combates que podia haber con los enemigos, bien estuvieran al frente ó bien á la espalda, y los propios de unos á otros se causaban mucho daño; porque si alguno desenvainaba la espada ó inclinaba la lanza, no habia modo de retirarla ó envainarla otra vez, sino que ofendia á quien se presentaba, y heridos unos de otros recibian la muerte.

Pirro, en vista de semejante borrasca y tempestad, quitándose la corona con que estaba adornado su yelmo, la entregó á uno de sus amigos; y fiado de su caballo, arremetió á los enemigos que le perseguian; y habiendo sido lastimado en el pecho de una lanzada, aunque la herida no fué grave ni de cuidado, revolvió contra el autor de ella, que era Argivo, no de los principales, sino hijo de una mujer anciana y pobre. Era esta espectadora del combate, como las demas mujeres, desde un tejado, y cuando advirtió que su hijo las habia con Pirro, conmovida con el

peligro, tomando una teja con entrambas manos la dejó caer sobre Pirro. Dióle en la cabeza sobre el yelmo; pero habiéndole roto las vértebras por junto á la base del cuello, eclipsóle la luz de los ojos, y las manos abandonaron las riendas. Lleváronle al monumento de Licinio, y allí se cayó en el suelo, no siendo conocido de los más; pero un tal Zopiro de los que militaban con Antígono y otros dos ó tres, corriendo donde estaba, le reconocieron, y le introdujeron en un portal, á tiempo que empezaba á volver en sí del golpe. Desenvainando Zopiro una espada ilírica para cortarle la cabeza, se volvió á mirarlo con indignacion, tanto que Zopiro le tuvo miedo; y ya temblándole las manos, ya volviendo al intento, lleno de turbacion y sobresalto, no al recto, sino por la boca y la barba, tarda y difícilmente se la cortó por último. A este tiempo ya el suceso era notorio á los más, y acudiendo Alcineo pidió la cabeza, como para reconocerla; y tomándola en la mano, aguijó con el caballo adonde el padre estaba sentado con sus amigos, y se la arrojó delante. Miróla, y conocióla Antígono, y con el cetro apartó de sí al hijo, llamándole cruel y bárbaro; y llevándose el manto á los ojos se echó á llorar, acordándose de su abuelo Antígono y de Demetrio su padre, ejemplos para él domésticos de las mudanzas de la fortuna. A la cabeza y al cuerpo los hizo adornar convenientemente, y los quemó en la pira. Despues, habiendo Alcineo descubierto á Heleno abatido y envuelto en una ropa pobre, le trató humanamente, y le condujo ante el padre; quien en vista de esto le dijo: «Mejor lo has hecho ahora, hijo mio, que ántes; pero áun ahora no del todo á mi gusto, no habiéndole quitado ese vestido que más que á él nos afrenta á nosotros que tenemos el nombre de vencedores. Mirando, pues, á Heleno con la mayor consideracion, le hizo acompañar al Epiro; y á los amigos de Pirro los trató tambien con afabilidad, hecho dueño de su campo y de todo su ejército.

CAYO MARIO.

No podemos decir cuál fué el tercer nombre de Cayo Mario, al modo que no se sabe tampoco el de Quinto Sertorio, que mandó en España, ni el de Lucio Mumio, que tomó á Corinto, porque el de Acaico fué sobrenombre que le vino de sus hechos, como el de Africano á Escipion, y el de Macedonio á Metelo. Por esta razon principalmente parece que reprende Posidonio á los que creen que el tercer nombre era el propio de cada uno de los Romanos, como Camilo, Marcelo y Caton, porque quedarian sin nombre, decia, los que solo llevasen dos. Mas no advierte que con este modo de discurrir deja sin nombre á las mujeres, pues á ninguna se le pone el primero de los nombres, que es el que Posidonio tiene por nombre propio para los Romanos. De los otros uno era comun por el linaje, como los Pompeyos, los Manlios, los Cornelios, al modo que si uno de nosotros dijera, los Heráclidas y los Pelópidas; y otro era sobrenombre de un adjetivo que indicaba la índole, los hechos, la figura del cuerpo ó sus defectos, como Macrino, Torcuato y Sila: á la manera que entre nosotros Mnemon, Gripo y Calinico. En esta materia, pues, la anomalía de la costumbre da ocasion á muchas disputas.

Del semblante de Mario hemos visto un retrato en piedra que se conserva en Ravena de la Galia, y dice muy bien

con la aspereza y desabrimiento de carácter que se le atribuye. Porque siendo por índole valeroso y guerrero, y habiéndose instruido más en la ciencia militar que en la política, en sus mandos se abandonó siempre á una iracundia que no podia contener. Dícese que ni siquiera aprendió las letras griegas, ni usó nunca de la lengua griega en cosas de algun cuidado, teniendo por ridículo aprender unas letras cuyos maestros eran esclavos de los demas; y que despues del segundo triunfo, habiendo dado espectáculos á la griega con motivo de la dedicacion de un templo, no hizo más que entrar y sentarse en el teatro, saliéndose al punto. Al modo, pues, que Platon solia muchas veces decir al filósofo Jenocrates, que parece era tambien de costumbres ásperas, «oh Jenocrates, sacrifica á las Gracias;» si alguno de la misma manera hubiera persuadido á Mario que sacrificase á las Musas griegas y á las Gracias, no hubiera éste coronado tan feamente sus decorosos mandos y gobiernos, pasando por una iracundia y ambicion indecente, y por una avaricia insaciable á una vejez cruel y feroz; lo que bien pronto aparecerá de sus hechos.

Nacido de padres enteramente oscuros, pobres y jornaleros, de los cuales el padre tenía su mismo nombre, y la madre se llamaba Fulcinia, tardó en venir á la ciudad y en gustar de las ocupaciones de ella, habiendo tenido su residencia por todo el tiempo anterior en Cerneto, aldea de la region Arpina, donde su tenor de vida fué grosero, comparado con el civil y culto de la ciudad; pero moderado y sobrio y muy conforme con aquel en que antiguamente se criaban los Romanos. Habiendo hecho sus primeras armas contra los Celtíberos cuando Escipion Africano sitió á Numancia, no se le ocultó á este general que en valor se aventajaba á los demas jóvenes, y que se prestaba sin dificultad á la mudanza que tuvo que introducir en la disciplina, á causa de haber encontrado el ejército estragado y perdido por el lujo y los placeres. Dícese que

ıando con un enemigo, le quitó la vida á presencia del eral; por lo que, además de otros honores que éste le ıensó, moviéndose en cierta ocasion plática entre cena ·ca de los generales, como preguntase uno de los pre-es, bien fuera porque realmente dudase, ó porque hi-e por gusto aquella pregunta á Escipion, cuál sería el ɜral y primer caudillo que despues de él tendria el pue-romano, hallándose Mario sentado á su lado, le pasó 'emente la mano por la espalda, y respondió: «Quizá .» ¡Tal era la disposicion que desde pequeño presen-el uno para llegar á ser grande, y tal tambien la del para del principio conjeturar el fin!
cese que Mario, inflamado en sus esperanzas con esta esion como con un fausto agüero, aspiró á tomar ɜ en el gobierno, y que le cupo en suerte el tribunado ı plebe, siendo su solicitador Cecilio Metelo, cuya casa quió desde el principio, por sí y por su padre. En su ınado escribió sobre el modo de votar una ley, que ce quitaba á los poderosos su grande influjo en los ɔs, á la cual se opuso el cónsul Cota, logrando per-ir al Senado que contradijese la ley y que se hiciese ›arecer á Mario á dar razon de su propuesta. Escri-› este decreto; y entrando Mario, no se portó como un ɔre nuevo á quien ninguno de algun lustre habia pre-lo, sino que tomando de sí mismo el mostrarse tal, le acreditaron despues sus hechos, amenazó á Cota lue lo llevaria á la cárcel si no abrogaba su resolucion. ıéndose éste entónces á Metelo, le preguntó cuál era ictámen; y levantándose Metelo, apoyaba al cónsul; Mario, llamando al lictor que estaba fuera, le dió ór-de que llevara á la cárcel al mismo Metelo. Imploraba el auxilio de los demas tribunos, y como ninguno se presentase, cedió el Senado, y desistió de su decreto. iendo entónces ufano Mario adonde estaba la muche-mbre, hizo sancionar la ley, ganando opinion de ser in-

trépido contra el miedo, imperturbable por rubor, y fuerte para oponerse al Senado en obsequio de la plebe. Mas de allí á poco hizo que se cambiara esta opinion con motivo de otro acto de gobierno; porque habiéndose propuesto ley para hacer una distribucion de trigo, se opuso obstinadamente á los ciudadanos; y saliendo con su intento, adquirió igual concepto entre ambos partidos, de que nunca por obsequio cederia en lo que no fuera conveniente, ni á los unos ni á los otros.

Despues del tribunado se presentó á pedir la Edilidad mayor: porque hay dos órdenes de ediles: el uno que toma el nombre de las sillas con piés corvos, en que estos magistrados se sientan para despachar; y el otro interior, que se llama plebeyo. Nómbranse primero los de mayor dignidad, y despues se pasa á votar los otros. Todo daba á entender que Mario quedaria para este segundo; pero él, presentándose sin dilacion en medio, pidió el otro; mas acreditándose por lo mismo de osado y orgulloso, fué desatendido; y con haber sufrido dos desaires en un mismo dia, cósa nunca sucedida á otro alguno, no por eso bajó nada de su arrogancia; ántes de allí á poco volvió á pedir la Pretura, y casi nada faltó para que llevara tambien repulsa; mas fué por fin elegido el último, y se le formó causa de cohecho. Dió el principal motivo para sospechar un esclavo de Casio Sabacon, por habérsele visto dentro de los canceles mezclado con los que iban á votar, y ser Sabacon uno de los mayores amigos de Mario. Preguntado aquél por los jueces sobre este particular, respondió que teniendo mucha sed á causa del calor, pidió agua fría; y como aquel su esclavo tuviese un vaso de ella, habia entrado á alargárselo, marchándose inmediatamente despues que bebia. Ello es que Sabacon fué por los Censores que entraron en ejercicio despues de esto suceso, removido del Senado; pareciendo á todos que no dejaba de merecerlo, bien fuese por el falso testimonio, ó bien por su mala

conducta. Fué citado tambien como testigo contra Mario Cayo Herenio, y contestó no ser conforme á las costumbres patrias que atestiguase contra un cliente, sino que ántes las leyes eximian de esta obligacion á los patronos (que es el nombre que dan los Romanos á los defensores y abogados); y que de la casa de los Herenios habian sido clientes de antiguo los progenitores de Mario, y áun Mario mismo. Admitian los jueces la excusa; pero el mismo Mario hizo oposicion á Herenio, diciendo que luégo que entró en las magistraturas se libertó de la calidad de cliente, lo que no era enteramente cierto; pues no toda magistratura exime á los clientes y á su posteridad de la obligacion de alimentar al patrono, sino solamente aquella á la que la ley concede silla curul. Y en los primeros dias del juicio la suerte no se presentaba favorable á Mario, ni estaban de su parte los jueces; pero en el último salió no sin maravilla absuelto, por haberse empatado los votos.

Nada hizo en la Pretura digno de particular alabanza; pero habiéndole cabido en suerte despues de ella la España ulterior, se dice que limpió de salteadores la provincia, áspera todavía y feroz en sus costumbres: no habiendo dejado los Españoles de tener el robar por una hazaña. Constituido en el gobierno, no le asistian ni la riqueza ni la elocuencia, que eran los medios con que los principales manejaban en aquella época al pueblo; pero, sin embargo, dando los ciudadanos cierto valor á la entereza de su carácter, á su tolerancia del trabajo, y á su porte en todo popular, logró ir adelantando en honores y en poder; tanto, que hizo un matrimonio ventajoso con Julia, de la familia ilustre de los Césares, de la cual era sobrino César, el que más adelante vino á ser el mayor de los Romanos, proponiéndose en alguna manera por modelo á este su deudo, como en su vida lo hemos escrito. Conceden todos á Mario la templanza y la paciencia; habiendo dado de esta un grande ejemplo con el motivo de cierta operacion de ciru-

gía. Tenía entrambas piernas muy varicosas, causándole esta especie de hinchazon una deformidad que le disgustaba, por lo que resolvió ponerse en manos del cirujano. Presentóle, pues, la una pierna; y sin que le tuviesen, sufrió los violentos dolores de las incisiones sin moverse, sin lanzar un suspiro, en silencio y con inalterable rostro; pero pasando á la otra el cirujano, ya no quiso alargarla, diciendo: «No veo que la curacion de este defecto sea digna de un dolor semejante.»

Cuando el cónsul Cecilio Metelo fué enviado de general al Africa para la guerra contra Yugurta, nombró por legado á Mario; el cual, aprovechando aquella ocasion de hechos señalados é ilustres, dejó á un lado el cuidar de los aumentos de Metelo, y el ponerlo todo á su cuenta, como solian hacerlo los demas. No teniendo, pues, en tanto el haber sido nombrado legado por Metelo, como el que la fortuna le ofreciese tan favorable oportunidad y le introdujese en tan magnífico teatro, se esforzó á dar pruebas de toda virtud; y llevando consigo la guerra mil incomodidades, ni rehusó ningun trabajo por grande que fuese, ni desdeñó tampoco los pequeños. Con esto, con aventajarse á sus iguales en el consejo y la prevision de lo que convenia, y con igualarse á los soldados en la sobriedad y el sufrimiento, se ganó enteramente su amor y benevolencia; porque en general parece que le da consuelo al que tiene que trabajar que haya quien voluntariamente trabaje con él; pues con esto como que á él tambien se le quita la necesidad. Era además espectáculo muy agradable al soldado romano un general que no se desdeñaba de comer públicamente el mismo pan, de tomar el mismo sueño sobre cualquiera mullido, y de echar mano á la obra cuando habia que abrir fosos ó que establecer los reales; pues no tanto admiran á los que distribuyen los honores y los bienes, como á los que toman parte en los peligros y en la fatiga; y en más que á los que les consienten el ocio,

tienen á los que quieren acompañarlos en los trabajos. Conduciéndose, pues, Mario en todo de esta manera, y haciéndose popular por este término con los soldados, en breve llenó el Africa y en breve á la misma Roma de su fama y de su nombre, por medio de los que desde el ejército escribian á los suyos que no se le veria el término y fin á aquella guerra miéntras no eligiesen cónsul á Mario.

Claro es que por lo mismo habia de estar incomodado con él Metelo; pero lo que más le indispuso fué lo ocurrido con Turpilio. Era éste huésped de Metelo, ya de tiempo de su padre; y entónces tenía en aquella guerra la direccion de los trabajos. Habíasele encargado la guardia de Bagá, ciudad populosa; y él, confiado en no causar ninguna vejacion á los habitantes, sino más bien tratarlos benigna y humanamente, no atendia á precaverse de venir á manos de los enemigos. Mas estos dieron entrada á Yugurta, aunque á Turpilio en nada le ofendieron, y ántes se interesaron para que se le dejara ir salvo. Formósele, pues, causa de traicion; y siendo Mario uno de los del consejo de guerra, no sólo se mostró por sí inexorable, sino que acaloró á la mayor parte; de manera que Metelo se vió precisado muy contra su voluntad á tener que condenarle á muerte. Descubrióse á poco la falsedad de la acusacion, y todos los demas daban muestras de pesar á Metelo, que estaba inconsolable; pero Mario se mantenia alegre, y se jactaba de ser autor de lo ejecutado, sin avergonzarse de decir entre sus amigos que él era quien habia hecho que á Metelo le persiguiese la vengadora sombra de su huésped. Con este motivo era todavía más manifiesta la enemistad; y áun se refiere que en cierta ocasion le dijo Metelo, como reconviniéndole: «¡Cómo! ¿y piensas tú, hombre singular, marchar ahora á Roma á pedir el Consulado? ¿Pues no te estaria muy bien el ser cónsul con este hijo mio?» Es de notar que tenia consigo

Metelo un hijo todavía en la infancia. En tanto Mario instaba para que se le diera licencia; pero se la dilató con varios pretextos, y por fin se la concedió cuando no faltaban más que doce dias para la designacion de los cónsules. Mario anduvo el largo camino que habia del campamento á Utica sobre el mar en dos dias y una noche; y ántes de embarcarse hizo un sacrificio. Dícese haberle anunciado el agorero que los Dioses le pronosticaban hechos y sucesos muy superiores á toda esperanza, con lo que partió sumamente engreido. Hizo en cuatro dias la travesía con viento en popa, y apareciéndose de súbito ante el pueblo, que le recibió con deseo, presentado por uno de los tribunos en la junta, hizo diferentes recriminaciones á Metelo, y se mostró pretendiente del Consulado, con promesa de que muerto ó vivo habia de tener en su poder á Yugurta. Habiendo sido nombrado con grande aceptacion, se dedicó al punto á reclutar ejército, admitiendo en él, con desprecio de las leyes y costumbres, á mucha gente jornalera y esclava: siendo así que los generales antiguos no les daban á éstos entrada, sino que mirando como un honor el ejercicio de las armas, sólo las ponian en manos beneméritas, teniendo como por fianza la hacienda de cada uno. Con todo no fué esto lo que más desacreditó á Mario, sino sus expresiones arrogantes, que ofendian á los principales por el ajamiento é injuria que contenian: gritando contínuamente aquél que su Consulado era un despojo tomado á la molicie de los nobles y de los ricos, y que él se recomendaba al pueblo con sus heridas propias, no con memorias de muertos ni con imágenes ajenas. Muchas veces nombrando á los generales que habian peleado desgraciadamente en el Africa, como Bestia y Albino, varones ilustres en linaje, pero poco guerreros, y que por su impericia se perdieron, solia preguntar á los que se hallaban presentes, si no creian que los antepasados de éstos habrian querido más dejar des-

cendientes que le fuesen á él semejantes, puesto que ellos mismos no se habian hecho célebres por su noble orígen, sino por su virtud y sus hazañas. Y esto no lo decia precisamente por vanidad y jactancia, ni sólo porque quisiese indisponerse con los poderosos, sino porque el pueblo, complaciéndose en la mortificacion del Senado, solia medir la grandeza de ánimo por la arrogancia de las expresiones, y así él era quien le impelia á humillar á los ciudadanos más sobresalientes para complacer á la muchedumbre.

Luego que pasó al Africa, no pudiendo Metelo soportar la envidia, é incomodado sobremanera de que teniendo ya concluida la guerra, sin restar otra cosa que la materialidad de apoderarse de la persona de Yugurta, viniese Mario á recoger la corona y el triunfo, debiendo estos adelantamientos á sola su ingratitud, no aguardó á que llegara donde él estaba, sino que partió del ejército y fué Rutilio quien hizo la entrega de él á Mario, hallándose de legado de Metelo. Pero persiguió tambien á Mario un mal hado en la conclusion de este negocio: porque le arrebató Sila la gloria del vencimiento, como él la habia arrebatado á Metelo. El modo como esto sucedió lo referiré muy por encima, por cuanto la narracion circunstanciada de estos sucesos pertenece más á la Vida de Sila. Boco, rey de los Numidas superiores, era yerno de Yugurta, y miéntras duró la guerra, no pareció tomar gran parte en ella, recelando de su perfidia y temiendo que aumentase su poder; mas despues que reducido á la fuga y andando errante habia puesto en Boco su última esperanza, y marchaba en su busca, recibiéndole éste en tal situacion de desvalido más por vergüenza que por afecto, cuando le tuvo á su disposicion, á las claras y en público intercedia por él con Mario, escribiéndole que de ningun modo le entregaria; pero en secreto meditaba hacerle traicion, enviando á llamar á Lucio Sila, cuestor de Mario, que habia hecho

favores á Boco durante aquella expedicion. Luego que Sila pasó á verse con él, ya hubo alguna mudanza y arrepentimiento en aquel bárbaro; de manera que estuvo bastantes dias sin resolverse entre si entregaria á Yugurta ó retendria á Sila. Prevaleció por fin la primera traicion, y puso á Yugurta vivo en manos de Sila: siendo esta la primera semilla de aquella disension cruel é irreconciliable, que estuvo en muy poco perdiese á Roma. Porque muchos por aversion á Mario daban por cierto que aquello habia sido obra de Sila; y este mismo, habiendo labrado un sello, puso en él un grabado en que estaba la imágen de Boco en actitud de entregarle á Yugurta; sello de que usaba siempre, irritando con esto á Mario, hombre ambicioso, obstinado y enemigo de repartir su gloria con nadie; á lo que contribuian tambien en gran manera los enemigos de éste, atribuyendo á Metelo el buen principio y progreso de aquella guerra, y su conclusion á Sila, con la mira de hacer que el pueblo dejara de admirar y apreciar á Mario sobre todos.

Mas bien presto disipó esta envidia, estos odios y estas acriminaciones contra Mario el peligro que de la parte del Poniente amenazó á la Italia, reconociéndose por todos la necesidad de un gran general, y examinando cuidadosamente la ciudad quién sería el piloto de quien se valiese en semejante tormenta: así es que, no hallándose con fuerzas ninguno de las familias nobles ó ricas para tal empresa, procediendo á los Comicios consulares, eligieron á Mario, que se hallaba ausente. Pues apénas recibida la noticia de la prision de Yugurta, se difundieron las voces de los Teutones y Cimbros, increibles al principio en cuanto al número y valor de las tropas que venian, pues se halló que en verdad eran muchas ménos de lo que se decia. Con todo eran trescientos mil hombres armados los que estaban en marcha; y además venía en su seguimiento infinidad de mujeres y niños en busca de una region que

alimentase tanta gente, y de ciudades en que pudieran establecerse, al modo que ántes de ellos sabian haber ocupado los Celtas un país excelente en Italia expeliendo á los Tirrenos; pues por lo demas, su ninguna comunicacion con otros pueblos, y la distancia del país de donde venian, eran causa de que se ignorase qué gentes eran, ni de dónde habian partido para caer como una nube sobre la Galia y la Italia. Conjeturábase, sin embargo, que eran naciones germánicas de las que habitan á la parte del Océano boreal, por la grande estatura de sus cuerpos, por tener los ojos azules, y tambien porque los de Germania á los ladrones les llaman Cimbros. Hay tambien quien diga que la gente céltica, por la grande extension del país y su gran muchedumbre, llega desde el mar exterior y los climas septentrionales hasta el oriente, yendo á tocar por la laguna Meotis en la Escitia Póntica, y que de allí provenia esta mezcla de naciones, las cuales no abandonaban sus asientos de una vez, ni á la contínua, sino que yendo siempre hácia adelante cada año en la primavera, así iban llevando la guerra por todo el continente; y que aunque tienen diferentes denominaciones segun los países, al ejército en general le dan la de *Celtoescitas*. Otros refieren que la gente Cimeria, conocida en lo antiguo por los Griegos, no fué más que una parte mínima, que estrechada de los Escitas, ó por sedicion entre sí, ó por destierro de éstos, se vió precisada á pasar al Asia desde la laguna Meotis, acaudillándola Ligdamis; pero que el grueso de ellos y lo más belicoso se hallaba establecido en los últimos términos, á la parte del mar exterior. Dícese que estos ocupaban un país sombrío, frondoso y poco alumbrado del sol, por la muchedumbre y espesura de sus bosques, que se extienden hasta dentro de la Selva Hercinia; habiéndoles cabido en suerte estar bajo un cielo que parece deja poco lugar para la habitacion, situados cerca del zenit en la parte donde toma elevacion el polo por la inclinacion de

los paralelos, y donde iguales los dias en lo corto, y en lo largos con las noches, dividen el año; que fué lo que dió ocasion á Homero para su fábula del infierno. Pues de allí se dice habian partido estos bárbaros para la Italia, dichos al principio Cimerios, y Cimbros despues, por alteracion, no á causa de su género de vida: aunque esto más es una conjetura que cosa que pueda tenerse por asegurada y cierta. En cuanto á su número, áun hay algunos que afirman haber sido mayor que el que se deja dicho. En el ánimo y osadía eran terribles, pareciéndose al fuego en la presteza y violencia para los hechos de armas; no habiendo quien pudiera resistir á su ímpetu, sino que indefectiblemente fueron presa suya todos aquellos á cuyo país llegaron; y de los generales y ejércitos romanos cuantos se les presentaron por la parte de la Galia transalpina, todos fueron ignominiosamente desbaratados: así, con haber peleado desgraciadamente, estos mismos los atrajeron contra Roma; pues vencedores de cuanto encontraron, y enriquecidos con opimos despojos, habian resuelto no hacer parada en ninguna parte ántes de destruir á Roma y asolar la Italia.

Oidas semejantes nuevas, como el grito comun de los Romanos llamase al mando á Mario, fué nombrado segunda vez cónsul, contra la ley que no permitia elegir ausentes, y contra la que tampoco consentia que fuese alguno reelegido sin que se guardase el hueco prefijado: no dando el pueblo oidos á los que se oponian, por cuanto juzgaba que ni era aquella la vez primera en que la ley callaba ante la utilidad pública, ni de menor valor la causa que á ello entónces obligaba, que la que hubo para nombrar cónsul á Escipion contra las mismas leyes, en ocasion en que no temian perder su propia ciudad, sino que trataban de destruir la de Cartago: así pues se determinó. Llegó Mario de Africa con su ejército en las mismas calendas de Enero, que es el dia en que los Romanos comien-

zan su año; y en él tomó posesion del Consulado, y celebró su triunfo, dando á los Romanos el increible espectáculo de conducir cautivo á Yugurta, pues nadie esperaba que vivo él pudiera su ejército ser vencido: ¡de tal manera sabía doblarse á todas las mudanzas de fortuna, y tan diestro era en mezclar la astucia con la fortaleza! Mas llevado en la pompa salió, segun dicen, de juicio; y puesto en la cárcel despues del triunfo, miéntras unos le despojaban por fuerza de la túnica, y otros procuraban quitarle las arracadas de oro, juntamente con ellas le arrancaron el lóbulo de la oreja. Luego que le dejaron desnudo le arrojaron á un calabozo, donde, desesperado ó inquieto: «¡Por Júpiter, exclamó, que está muy frio vuestro baño!» Allí mismo, luchando por seis dias con el hambre, y suspirando hasta la última hora por alargar la vida, pagó la pena que merecian sus impiedades. Cuéntase que se trajeron á este triunfo y fueron llevadas en él tres mil siete libras de oro; de plata no acuñada cinco mil setecientas setenta y cinco, y en dinero diez y siete mil y veintiocho dracmas. Reunió Mario el Senado despues del triunfo en el Capitolio, entrando en él, ó por olvido, ó por hacer orgullosa ostentacion de su fortuna, con las ropas triunfales; pero percibiendo al punto que el Senado no lo llevaba á bien, se levantó, y quitándose la púrpura, volvió á ocupar su puesto.

En la marcha hacía de camino trabajar á la tropa, ejercitándola en toda especie de correrías y en jornadas largas, y precisando á los soldados á llevar y preparar por sí mismos lo que diariamente habia de servirles: de donde dicen proviene el que desde entónces á los aficionados al trabajo, y que con presteza ejecutan lo que se les manda, se les llame *mulos Marianos*; aunque otros dan á esta expresion diferente orígen. Porque queriendo Escipion, cuando sitiaba á Numancia, pasar revista no sólo de armas y caballos, sino tambien de acémilas y carros, para ver en qué estado tenía cada uno estas cosas, se dice que Mario

presentó un caballo perfectamente cuidado y mantenido por él mismo, y además un mulo sobresaliente entre todos en gordura, en mansedumbre y en fuerza; por lo que no solamente se mostró contento Escipion con esta especie de cuidado de Mario, sino que hacía frecuentemente mencion de ella; y de aquí nació el que los que querian por vejámen alabar á alguno de puntual, de sufrido y de trabajador le llamaban machito de Mario.

Púsose en esta ocasion la fortuna de parte de Mario; porque los bárbaros, como si quisieran tomar carrera para la irrupcion que meditaban, pasaron primero á España; con lo que aquel tuvo tiempo para ejercitar el cuerpo del soldado, para dar á su ánimo aliento y confianza, y, lo que es más importante todavía, para hacer que conociese bien el carácter de su general. Porque su dureza en el mando y su inflexibilidad en los castigos parecian calidades justas y saludables á los que tenian ya el hábito de no delinquir ni faltar; y su escandecimiento en la ira, lo penetrante de la voz y lo adusto del semblante, acostumbrados así poco á poco, no tanto les era á ellos terrible, como creian había de serlo á los enemigos. Sobre todo era muy del gusto de los soldados su rectitud en los juicios, de la que se refiere este ejemplo. Cayo Lusio, sobrino suyo, que tenía empleo de comandante en el ejército, era hombre en todo lo demas no reprensible; pero en el amor de los jóvenes no podia irse á la mano. Amaba á un jóven que militaba bajo sus órdenes, llamado Trebonio; y aunque muchas veces lo habia solicitado, nunca habia sido bien oido; mas en fin una noche envió por medio de un esclavo á llamar á Trebonio; vino éste, porque no era lícito no acudir al llamamiento; pero como habiendo entrado en su tienda quisiese hacerle violencia, desenvainando la espada le quitó la vida. Acaeció esto á tiempo que Mario estaba ausente; pero á su vuelta puso inmediatamente en juicio á Trebonio; y como fuesen muchos los que le acusaban, sin

que ninguno tomase su defensa, compareciendo él mismo, refirió resueltamente el suceso, y tuvo testigos de que muchas veces se resistió á Lucio, y que con hacerle grandes ofertas jamás condescendió por nada á sus deseos. Maravillado Mario y complacido al mismo tiempo, mandó que le trajesen la corona con que por costumbre patria se recompensaban los ilustres hechos, y tomándola en la mano, él mismo coronó á Trebonio, por haber dado un excelente ejemplo en tiempo en que tanta necesidad habia de ellos. Llegó la noticia á Roma, y no fué la que ménos contribuyó para que se le confiriera el tercer Consulado; á lo que se agregaba que acercándose la primavera, miraban como próxima la llegada de los bárbaros, y no querian que ningun otro general hiciese aquella guerra. Mas no llegaron tan pronto como se creia, y tambien se le pasó á Mario el tiempo de este Consulado. Acercábanse las elecciones, y como hubiese muerto el colega, dejando Mario encargado del ejército á Manio Aquilio, partió para Roma. Eran muchos y muy principales los que pedian el Consulado; y Lucio Saturnino, que era de los tribunos el que más influia sobre la muchedumbre, obsequiado por Mario, hablaba al pueblo, y le movia á que le nombrase cónsul. Hacía Mario el desdeñoso rehusando aquella magistratura, y diciendo que no le convenia; sobre lo que Saturnino lo acusaba de traidor á la patria, por rehusar el mando en medio de tan gran peligro. Estaba bien claro que hacia este papel por servir á Mario; pero los más, en vista de su pericia y de su fortuna, le decretaron el cuarto Consulado, dándole por colega á Lutacio Catulo, varon muy respetado de los primeros personajes y no desafecto á la muchedumbre.

Instruido Mario de que los enemigos se hallaban cerca, pasó apresuradamente los Alpes, y fortificando su campamento sobre el rio Ródano, condujo á él abundantes provisiones, para nó ser nunca precisado á pelear, miéntras no le pareciese poderlo ejecutar con ventaja, por falta de

las cosas precisas. La conduccion por mar de lo que el ejército habia menester, que ántes era larga y costosa, la hizo fácil y breve. Porque tomando las bocas del Ródano con el oleaje del mar gran copia de tierra y mucha arena mezclada con cieno, la navegacion era trabajosa y tardía para los abastecedores. Empleando, pues, en aquel punto el ejército, miéntras no tenía otra ocupacion, abrió un dilatado canal, y haciendo pasar á él gran parte del rio, lo condujo por una ribera cómoda con bastante caudal para sostener buques grandes, y con una entrada al mar fácil y no expuesta á cegarse; y este canal todavía conserva el nombre que de él tomó. Hicieron los bárbaros dos divisiones de sus tropas; tocándoles á los Cimbros marchar contra Catulo por las alturas de los Alpes Noricos para vencer aquel paso, y á los Teutones y Ambrones el dirigirse contra Mario por la Liguria y la costa del mar. Fuéles preciso á los Cimbros prepararse y detenerse más; pero los Teutones y Ambrones, partiendo aceleradamente, y atravesando el país que mediaba, se presentaron inmensos en número, feroces en los semblantes, y en la gritería y alboroto no parecidos á ningunos otros. Ocuparon gran parte de la llanura, y acampándose, provocaban á Mario á la batalla.

No hacía Mario cuenta de estas baladronadas, sino que contenia á los soldados dentro de los reales, castigando ásperamente á los atrevidos; y á los que se presentaban con ánimo de pelear por no poder contener la ira, les decia que eran traidores á la patria; porque la contienda con aquellas gentes no era para alcanzar triunfos ó para erigir trofeos, sino para apartar léjos semejante tormenta y tempestad, salvando de este modo la Italia. Así se explicaba en confianza con los otros jefes y caudillos; pero á los soldados, manteniéndose en el valladar, les hacía por trozos que miraran á los enemigos, acostumbrándolos á ver aquellos semblantes, á oir aquella voz enteramente extraña y fiera y á enterarse de sus arreos y su táctica, para que con el

empo la vista de aquellos objetos espantosos se los hiiera llevaderos; porque creia que la novedad acrecienta n terror falso á las cosas propias de suyo para inspirar mieo, y que la costumbre quita la admiracion y asombro áun e aquellos objetos naturalmente terribles. Y aquí, no solo ı vista iba quitando contínuamente algo del asombro, sino ue con las amenazas y la insufrible altanería de los bár ıaros la ira les encendia y abrasaba los ánimos, por cuano los enemigos, no contentos con atropellar y asolar cuano habia alrededor, acometian á veces el campamento con grande arrojo y desvergüenza; tanto, que se dió á Mario uenta de estas voces y quejas de los soldados: «¿por qué obardía nuestra nos castiga Mario prohibiéndonos con llaves y porteros como á unas mujeres el venir á las manos con los enemigos? Ea, pues, echándola de hombres libres, preguntémosle si es que espera otros que vengan á pelear por la Italia, y de nosotros piensa valerse siempre como de unos criados cuando haya que abrir canales, que quitar barro, y que mudar el curso de algun rio; pues parece que para estas cosas nos ejercita con contínuas fatigas, y que estas son las obras consulares de que piensa hacer á su vuelta ostentacion ante los ciudadanos. ¿Teme por ventura los desgraciados casos de Carbon y Cepion, que fueron vencidos de los enemigos por ser ellos muy inferiores á Mario en virtud y en gloria, y por mandar un ejército que estaba muy distante de valer lo que este? y en fin, de más honor en sufrir algun descalabro, haciendo algo, que ser tranquilos espectadores de la ruina de nuestros aliados.»

Cuando Mario oyó estas cosas, sirviéronle de placer, y trató de sosegar á los soldados diciéndoles que de ningun modo desconfiaba de ellos, sino que guiado de ciertos oráculos aguardaba el tiempo y lugar oportunos para la victoria. Porque llevaba en su compañía en litera con cierto respeto á una mujer de Siria llamada Marta, que se decia era

profetisa, y de su órden hacía ciertos sacrificios. Habíala ántes amenazado el Senado porque se mezclaba en estas cosas y en querer predecir lo futuro; pero despues, como acogiéndose á las mujeres hubiese dado algunas pruebas, y mas particularmente á la de Mario, porque puesta á sus piés habia casualmente adivinado entre unos gladiatores quién seria el que venciese, la mandó ésta adonde estaba Mario, que la miró con admiracion, y por lo comun la hacia llevar en litera. Adornábase para los sacrificios con doble púrpura, y usaba de una lanza toda en rededor ceñida de cintas y coronas. Tenía esta farsa en incertidumbre á la mayor parte de las gentes, no sabiendo si el dar así en espectaculo á aquella mujer nacia de que Mario lo creyese de véras, ó de que lo fingia y aparentaba. Pues el maravilloso prodigio de los buitres refiérelo Alejandro Mindio; y es que antes del vencimiento se aparecian siempre dos en derredor de la hueste, y la seguian sin desampararla, siendo conocidos por sus collares de bronce: pues los soldados lograron cogerlos, y puestos los collares, los soltaron. Desde entónces, reconociendo á los soldados, les hacian agasajos; y en viéndolos éstos en las marchas, se regocijaban, esperando algun buen suceso. Mostráronse por aquel tiempo diferentes señales, las que tenian en general un carácter comun; pero de Ameria y Tuderto se refirió que se veian de noche en el cielo espadas y escudos de fuego, que al principio se notaban separados, mas despues chocaban unos con otros en la forma y con los movimientos que lo ejecutan los hombres que pelean; y por fin, cediendo unos y siguiendo los otros, todos venian á caer hácia Occidente. Por el propio tiempo tambien vino de Pesinunte Batabaces, sacerdote de la gran madre, anunciando que la Diosa le habia hablado desde su tabernaculo, diciendo que iban los Romanos á disfrutar de la victoria y triunfo más señalados. Dióle asenso el Senado, y decretó edificar á la Diosa un templo en señal de victoria; y cuando

Batabaces estaba para comparecer ante el pueblo con el designio de anunciarlo, se lo estorbó el tribuno de la plebe Aulo Pompeyo, llamándole impostor, y echándole á empellones de la tribuna; lo que sólo sirvió para conciliar mayor crédito á su narracion: porque no bien se puso Aulo en camino para su casa, disuelta la junta, cuando se le encendió una tan fuerte calentura, que se hizo cosa muy notoria y pública entre todos haber muerto de ella dentro del sétimo dia.

Intentaron los Teutones, viendo el sosiego de Mario, poner cerco al campamento; pero siendo recibidos con dardos que les disparaban desde el valladar, y perdiendo alguna gente, determinaron ir adelante, dando por supuesto que podian pasar sin recelo los Alpes. Tomando el bagaje, se pusieron al otro lado del campo de los Romanos; y entónces se vió principalmente su gran número por la tardanza y dilacion del tránsito; porque se dice que gastaron seis dias en pasar por el valladar de Mario andando sin parar. Iban siempre muy cerca preguntando por mofa á los Romanos si mandaban algo para sus mujeres, porque pronto estarian á la vista de ellas. Cuando ya hubieron pasado los bárbaros, y estaban á alguna distancia, levantó él tambien su campo, y los seguia de cerca, acampando siempre á su inmediacion en puestos fuertes, y ocupando los sitios más ventajosos para pernoctar con descanso. Marchando de esta manera, llegaron al lugar que se llama las *Aguas sextias*, desde donde con poco que anduviesen se hallarian en los Alpes. Por lo mismo se preparaba Mario á dar allí la batalla, escogiendo para su campamento una posicion fuerte, pero que escaseaba de agua; queriendo, segun decia, aguijonear con esto á los soldados: así es que quejándose mucho, y haciéndole presente que tenian sed, les dijo, señalándoles con la mano un rio que corria al lado del valladar de los bárbaros, que allí tenian bebida que se compraba á precio de sangre. «¿Pues por qué, le

favores á Boco durante aquella expedicion. Luego que Sila pasó á verse con él, ya hubo alguna mudanza y arrepentimiento en aquel bárbaro; de manera que estuvo bastantes dias sin resolverse entre si entregaria á Yugurta ó retendria á Sila. Prevaleció por fin la primera traicion, y puso á Yugurta vivo en manos de Sila: siendo esta la primera semilla de aquella disension cruel é irreconciliable, que estuvo en muy poco perdiese á Roma. Porque muchos por aversion á Mario daban por cierto que aquello habia sido obra de Sila; y este mismo, habiendo labrado un sello, puso en él un grabado en que estaba la imágen de Boco en actitud de entregarle á Yugurta; sello de que usaba siempre, irritando con esto á Mario, hombre ambicioso, obstinado y enemigo de repartir su gloria con nadie; á lo que contribuian tambien en gran manera los enemigos de éste, atribuyendo á Metelo el buen principio y progreso de aquella guerra, y su conclusion á Sila, con la mira de hacer que el pueblo dejara de admirar y apreciar á Mario sobre todos.

Mas bien presto disipó esta envidia, estos odios y estas acriminaciones contra Mario el peligro que de la parte del Poniente amenazó á la Italia, reconociéndose por todos la necesidad de un gran general, y examinando cuidadosamente la ciudad quién sería el piloto de quien se valiese en semejante tormenta: así es que, no hallándose con fuerzas ninguno de las familias nobles ó ricas para tal empresa, procediendo á los Comicios consulares, eligieron á Mario, que se hallaba ausente. Pues apénas recibida la noticia de la prision de Yugurta, se difundieron las voces de los Teutones y Cimbros, increibles al principio en cuanto al número y valor de las tropas que venian, pues se halló que en verdad eran muchas ménos de lo que se decia. Con todo eran trescientos mil hombres armados los que estaban en marcha; y además venía en su seguimiento infinidad de mujeres y niños en busca de una region que

alimentase tanta gente, y de ciudades en que pudieran establecerse, al modo que ántes de ellos sabian haber ocupado los Celtas un país excelente en Italia expeliendo á los Tirrenos; pues por lo demas, su ninguna comunicacion con otros pueblos, y la distancia del país de donde venian, eran causa de que se ignorase qué gentes eran, ni de dónde habian partido para caer como una nube sobre la Galia y la Italia. Conjeturábase, sin embargo, que eran naciones germánicas de las que habitan á la parte del Océano boreal, por la grande estatura de sus cuerpos, por tener los ojos azules, y tambien porque los de Germania á los ladrones les llaman Cimbros. Hay tambien quien diga que la gente céltica, por la grande extension del país y su gran muchedumbre, llega desde el mar exterior y los climas septentrionales hasta el oriente, yendo á tocar por la laguna Meotis en la Escitia Póntica, y que de allí provenia esta mezcla de naciones, las cuales no abandonaban sus asientos de una vez, ni á la contínua, sino que yendo siempre hácia adelante cada año en la primavera, así iban llevando la guerra por todo el continente; y que aunque tienen diferentes denominaciones segun los países, al ejército en general le dan la de *Celtoescitas*. Otros refieren que la gente Cimeria, conocida en lo antiguo por los Griegos, no fué más que una parte mínima, que estrechada de los Escitas, ó por sedicion entre sí, ó por destierro de éstos, se vió precisada á pasar al Asia desde la laguna Meotis, acaudillándola Ligdamis; pero que el grueso de ellos y lo más belicoso se hallaba establecido en los últimos términos, á la parte del mar exterior. Dícese que estos ocupaban un país sombrío, frondoso y poco alumbrado del sol, por la muchedumbre y espesura de sus bosques, que se extienden hasta dentro de la Selva Hercinia; habiéndoles cabido en suerte estar bajo un cielo que parece deja poco lugar para la habitacion, situados cerca del zenit en la parte donde toma elevacion el polo por la inclinacion de

los paralelos, y donde iguales los dias en lo corto, y en lo largos con las noches, dividen el año; que fué lo que dió ocasion á Homero para su fábula del infierno. Pues de allí se dice habian partido estos bárbaros para la Italia, dichos al principio Cimerios, y Cimbros despues, por alteracion, no á causa de su género de vida: aunque esto más es una conjetura que cosa que pueda tenerse por asegurada y cierta. En cuanto á su número, áun hay algunos que afirman haber sido mayor que el que se deja dicho. En el ánimo y osadía eran terribles, pareciéndose al fuego en la presteza y violencia para los hechos de armas; no habiendo quien pudiera resistir á su ímpetu, sino que indefectiblemente fueron presa suya todos aquellos á cuyo país llegaron; y de los generales y ejércitos romanos cuantos se les presentaron por la parte de la Galia transalpina, todos fueron ignominiosamente desbaratados: así, con haber peleado desgraciadamente, estos mismos los atrajeron contra Roma; pues vencedores de cuanto encontraron, y enriquecidos con opimos despojos, habian resuelto no hacer parada en ninguna parte ántes de destruir á Roma y asolar la Italia.

Oidas semejantes nuevas, como el grito comun de los Romanos llamase al mando á Mario, fué nombrado segunda vez cónsul, contra la ley que no permitia elegir ausentes, y contra la que tampoco consentia que fuese alguno reelegido sin que se guardase el hueco prefijado: no dando el pueblo oidos á los que se oponian, por cuanto juzgaba que ni era aquella la vez primera en que la ley callaba ante la utilidad pública, ni de menor valor la causa que á ello entónces obligaba, que la que hubo para nombrar cónsul á Escipion contra las mismas leyes, en ocasion en que no temian perder su propia ciudad, sino que trataban de destruir la de Cartago: así pues se determinó. Llegó Mario de Africa con su ejército en las mismas calendas de Enero, que es el dia en que los Romanos comien-

zan su año; y en él tomó posesion del Consulado, y celebró su triunfo, dando á los Romanos el increible espectáculo de conducir cautivo á Yugurta, pues nadie esperaba que vivo él pudiera su ejército ser vencido: ¡de tal manera sabía doblarse á todas las mudanzas de fortuna, y tan diestro era en mezclar la astucia con la fortaleza! Mas llevado en la pompa salió, segun dicen, de juicio; y puesto en la cárcel despues del triunfo, miéntras unos le despojaban por fuerza de la túnica, y otros procuraban quitarle las arracadas de oro, juntamente con ellas le arrancaron el lóbulo de la oreja. Luego que le dejaron desnudo le arrojaron á un calabozo, donde, desesperado ó inquieto: «¡Por Júpiter, exclamó, que está muy frio vuestro baño!» Allí mismo, luchando por seis dias con el hambre, y suspirando hasta la última hora por alargar la vida, pagó la pena que merecian sus impiedades. Cuéntase que se trajeron á este triunfo y fueron llevadas en él tres mil siete libras de oro; de plata no acuñada cinco mil setecientas setenta y cinco, y en dinero diez y siete mil y veintiocho dracmas. Reunió Mario el Senado despues del triunfo en el Capitolio, entrando en él, ó por olvido, ó por hacer orgullosa ostentacion de su fortuna, con las ropas triunfales; pero percibiendo al punto que el Senado no lo llevaba á bien, se levantó, y quitándose la púrpura, volvió á ocupar su puesto.

En la marcha hacía de camino trabajar á la tropa, ejercitándola en toda especie de correrías y en jornadas largas, y precisando á los soldados á llevar y preparar por sí mismos lo que diariamente habia de servirles: de donde dicen proviene el que desde entónces á los aficionados al trabajo, y que con presteza ejecutan lo que se les manda, se les llame *mulos Marianos*; aunque otros dan á esta expresion diferente orígen. Porque queriendo Escipion, cuando sitiaba á Numancia, pasar revista no sólo de armas y caballos, sino tambien de acémilas y carros, para ver en qué estado tenía cada uno estas cosas, se dice que Mario

preparó á hacer un magnífico sacrificio. Estaba todo el ejército coronado y puesto sobre las armas; y el cónsul, ceñido como es de costumbre, se adornó de púrpura, tomó una antorcha encendida, y levantándola con entrambas manos al cielo, iba á aplicarla á la hoguera. Mas á este tiempo se vió repentinamente que unos amigos venian á caballo corriendo hácia él, lo que produjo en todos gran silencio y expectacion. Cuando ya estuvieron á su lado echaron pié á tierra, y tomando á Mario la diestra, le anunciaron con parabienes el quinto Consulado, entregándole cartas en esta razon. Acrecentóse con esto el regocijo de los cánticos de victoria, y aclamando el ejército lleno de gozo con cierto ruido compasado de las armas, volvieron los jefes á poner sobre la frente de Mario una corona de laurel, y éste encendió la hoguera y perfeccionó el sacrificio.

Mas ó la fortuna, ó el genio del mal, ó la naturaleza misma de las cosas, que no consiente que áun en las mayores prosperidades haya un gozo puro y sin mezcla, sino que parece complacerse en traer agitada la vida de los hombres con la contínua alternativa de bienes y de males, afligió á pocos dias á Mario con malas nuevas de su colega Catulo, las que, como nube que sobrecoge en medio de la serenidad y bonanza, hacian correr á Roma nuevos peligros y tormentas. Contrapuesto Catulo á los Cimbros, desconfió de poder guardar las alturas de los Alpes, porque tendria que debilitarse, habiendo de desmembrar su tropa en muchas divisiones. Bajando, pues, sin detenerse hácia la Italia, y poniendo ante sí al rio Atison, lo fortificó con fuertes trincheras por una y otra orilla, echando puente en medio, para dar auxilio á los de la otra parte, si los bárbaros, venciendo las gargantas, los obligaban á encerrarse en sus fortificaciones. Pero á éstos los animaba tal altanería y arrojo contra sus enemigos, que por sólo dar muestras de su pujanza y atrevimiento, más bien que porque

condujese á nada, cuando nevaba se presentaban desnudos, y por los hielos y los balagueros profundos de nieve trepaban á las cumbres; desde cuya altura, poniendo el cuerpo sobre unos escudos llanos, se deslizaban por entre peñascos que tenian inmensos vacíos y profundidades. Como luego que acamparon cerca y examinaron el paso del rio se propusiesen cegarle, y desgarrando los collados de alrededor, como otros gigantes arrastrásen al rio árboles arrancados de cuajo, grandes peñascalcs y montes de tierra, con los que cortaban la corriente, y contra los piés derechos en que se sostenia la obra arrojasen pesadas moles, que se amontonaban tambien en el rio, y con el golpe conmovian el puente, poseidos del miedo los más de los soldados, abandonaron el principal campamento, y se retiraron. Mostróse tal Catulo en esta ocasion cual conviene que sea el perfecto y consumado general, que debe anteponer á su gloria propia la de sus ciudadanos; pues luégo que vió que con la persuasion no podia contener á los soldados, y que éstos, sobrecogidos, se apresuraban á marchar, mandando levantar el águila, se dirigió corriendo á ponerse al frente de los que estaban en marcha para ser el primero que guiase, queriendo que la vergüenza recayese sobre él y no sobre la patria, y que pareciese no que huian los soldados, sino que se retiraban siguiendo á su caudillo. Los bárbaros entónces, acometiendo á la fortaleza del otro lado del rio, la tomaron, y á los Romanos que la defendian, hombres esforzados y que se hicieron admirar por el valor digno de la patria con que pelearon, los dejaron ir libres bajo palabra de honor, jurando por *el toro de bronce;* el cual, tomado despues en batalla, dicen haber sido llevado á casa de Catulo, como primicia de la victoria. Hallándose con esto el país destituido de toda defensa, le talaban en partidas.

Fué á este tiempo Mario llamado á la ciudad; y pasando á ella, todos creian que triunfaria; lo que el Senado decretó

con la mejor voluntad; pero él no lo tuvo á bien, ó por no querer privar á sus soldados y cooperadores de aquel honor, ó por dar aliento en las cosas presentes, cediendo á la fortuna de Roma la gloria de su primer vencimiento, para que esta apareciera más brillante en el segundo. Por tanto, con haber hecho presente lo que el caso pedia, marchó en busca de Catulo; inspiróle confianza, é hizo venir de la Galia sus propios soldados. Llegados que fueron, pasó el Pó, y se propuso arrojar á los bárbaros que se hallaban dentro de la Italia; pero éstos hacian por diferir la batalla, con ocasion de esperar á los Teutones, admirándose de su tardanza: ó porque realmente ignorasen su derrota, ó porque aparentasen que no la creian: así es que á los que se la anunciaron los trataron cruelmente, y enviaron mensajeros á Mario á pedirle tierra y ciudades suficientes para sí y para sus hermanos. Preguntóles Mario por los hermanos, y habiendo nombrado á los Teutones, todos los demas se echaron á reir; pero Mario les dijo por mofa: «Dejaos ahora de vuestros hermanos, que ellos ya tienen tierra, y la tendrán para siempre, habiéndosela dado nosotros.» Los embajadores entónces conociendo la ironía, se le burlaron tambien, diciéndole que ya llevaria su merecido, de los Cimbros inmediatamente, y de los Teutones cuando viniesen. «Pues están presentes, contestó Mario, y no sería razon partieseis de aquí sin haber saludado á vuestros hermanos;» y al decir esto mandó que trajesen atados á los reyes de los Teutones, porque en la fuga habian sido tomados cautivos en los Alpes por los Secuanos.

Apénas se dió cuenta á los Cimbros del mensaje, cuando al punto marcharon contra Mario, que sosegadamente atendia á la defensa de su campo. Para esta batalla dicen que fué para la que Mario hizo aquella novedad de los astiles de las picas; porque ántes la parte de la madera que entraba en el hierro, estaba asegurada con dos puntas asi-

mismo de hierro; y entónces Mario, dejando la una como estaba, en lugar de la otra, puso una estaquilla de madera fácil de romperse, proporcionando así que al dar el astil en el escudo del enemigo, no quedase recto, sino que rompiéndose la estaquilla se doblase, y la pica permaneciese clavada, por el mismo hecho de haberse encorvado la punta. Boyorix, pues, rey de los Cimbros, marchó á caballo con poca comitiva al campamento, y provocaba á Mario á que señalando dia y lugar se presentara á combatir por el territorio, y éste le respondió que sin embargo de que no solian los Romanos tomar para la batalla consejo de sus enemigos, en gracia de los Cimbros en cuanto á dia señalaba el tercero despues de aquel; y en cuanto á lugar la comarca y llanura de Vercelis, donde podria obrar la caballería romana, y desplegar cómodamente la muchedumbre de ellos; y guardando fielmente el tiempo convenido, formaron al frente unos de otros. Tenía Catulo veinte mil y trescientos hombres, y siendo los de Mario treinta y dos mil, cogieron en medio á los de Catulo, distribuidos en las dos alas, segun lo refiere Sila, que se encontró en aquella batalla. Dice que Mario, esperando cargar al ejército enemigo, principalmente por los extremos y por las alas, para que la victoria fuese propia de sus soldados, no teniendo parte Catulo en el combate, ni viniendo á las manos con los enemigos por cuanto los de en medio formarian seno, como ordinariamente sucede en los frentes muy extendidos; con esta mira distribuyó de aquella manera las fuerzas. Tambien se refiere que por el mismo estilo se defendió Catulo sobre este punto, culpando mucho la mala intencion de Mario contra él. La infantería de los Cimbros marchaba desde el campamento con gran reposo, siendo su fondo igual al frente; porque cada uno de los lados de la batalla ocupaba treinta estadios. Los de caballería, que eran unos quince mil hombres, se presentaron brillantes, con morriones que representaban las bocas y rostros de las

más terribles fieras, y encima, á fin de parecer mayores, penachos y plumajes, y con corazas de yerro y con escudos blancos que relumbraban. Sus armas arrojadizas eran dardos de dos puntas, y para de cerca usaban de espadas largas y pesadas.

No acometieron entónces de frente á los Romanos, sino que marcharon inclinándose sobre la derecha de éstos para envolverlos entre ellos mismos, y la parte de su infantería colocada á la izquierda; y aunque los generales Romanos conocieron el intento, no tuvieron tiempo para contener á los soldados, pues habiendo gritado uno que los enemigos huian, todos se arrojaron á perseguirlos. En tanto la infantería de los bárbaros acometia tambien, como si un piélago inmenso se moviese. Mario entónces, lavándose las manos y alzándolas al cielo, hizo plegarias á los Dioses con el voto de una hecatombe: oró tambien Catulo, levantando igualmente las manos, y ofreciendo consagrar la fortuna de aquel dia. Dícese que sacrificando Mario, como se le pusiesen delante las víctimas, esclamó con una gran voz, diciendo: «Mia es la victoria;» y Sila además refiere que al dar la acometida, como por venganza divina, le sucedió á Mario lo contrario de lo que habia ideado; porque habiéndose levantado, como era natural, infinito polvo, que encubrió los ejércitos, como éste hubiese dispuesto de su propia fuerza en el momento que se decidió á perseguir á los enemigos, no encontró en la oscuridad con ellos, sino que se fué léjos de su hueste, andando largo tiempo por la llanura; y en tanto los enemigos dieron casualmente con Catulo, siendo lo más recio del combate contra éste y contra sus soldados, entre los que estaba formado el mismo Sila; quien añade que pelearon en favor de los Romanos el calor y el sol, que daba en los ojos á los Cimbrios. Porque siendo fuertes para sufrir la intemperie, criados, segun hemos dicho, en lugares tenebrosos y frios, se sofocaban con el calor; y cubiertos de sudor, fuera de aliento

se ponian los escudos delante del rostro, mayormente dándose esta batalla despues del solsticio de verano, cuya fiesta se celebra en Roma tres dias ántes de empezar el mes que ahora dicen Agosto, y entónces sextil. Tambien el polvo contribuyó á aumentar en los Romanos el arrojo, por cuanto ocultándoles los enemigos, no veian su excesivo número, sino que corriendo cada uno contra los que tropezaban, así lidiaban con ellos, sin haber concebido ántes temor con su vista. Y estaban tan metidos en fatiga y tan hechos á ella, que nadie vió á ninguno de los Romanos ni sudar ni con sobrealiento, con haberse sostenido este combate en medio del mayor ardor del verano, y á costa de un contínuo correr, como dicen haberlo escrito el mismo Catulo celebrando á sus soldados.

Pereció allí la mayor y más esforzada parte de los enemigos; porque para no desordenarse en la formacion, los primeros de línea estaban enlazados unos á otros con largas cadenas prendidas á los ceñidores. Los que perseguidos se retiraban hácia su campo, todavía encontraban peor suerte; porque las mujeres, puestas de negro sobre los carros, daban la muerte á los que así huian, unas á sus maridos, otras á sus hermanos, otras á sus padres; y de sus hijos, á los niños pequeños, ahogándolos con sus propias manos, los arrojaban debajo de las ruedas y de los piés de las bestias, y despues se quitaban ellas la vida. Cuéntase de una que habiéndose ahorcado del timon de un carro, tenía á sus hijos colgados de sus piés con cordeles á uno y otro lado. Los hombres á falta de árboles se ahorcaban de las astas de los bueyes; y otros poniendo atado el cuello á las patas de éstos, despues los picaban con aguijones, para que echando á andar los arrastrasen y pisasen. Y con todo de quitarse tan espantosamente la vida, áun cautivaron los Romanos á sesenta mil, habiendo sido otros tantos, segun se dice, los que murieron. El bagaje le saquearon los soldados de Mario; pero los despojos, las

insignias y las trompetas se dice que fueron llevados al campamento de Catulo, que era el más fuerte argumento de que éste se valia para probar que habia sido suya la victoria. Como la contienda pasase hasta los soldados, fueron tomados por árbitros los embajadores de Parma que se hallaban presentes; y los de Catulo los llevaban por entre los enemigos muertos, haciéndoles ver que habian sido traspasados con sus picas, que eran conocidas por las letras con que en el astil tenian grabado el nombre de Catulo. Sin embargo, la primera victoria y el primer lugar en el mando dicen bien á las claras que todo fué obra de Mario. Así los más le apellidaban tercer fundador de Roma, por no haber sido este peligro, vencido ahora, inferior en nada al de los Galos; y sacrificando en sus casas con sus mujeres y sus hijos, ofrecian las primicias del banquete y de la libacion á los Dioses y Mario á un mismo tiempo, juzgando que á él sólo debian decretarse uno y otro triunfo. Mas no triunfó de esta manera, sino juntamente con Catulo, queriendo mostrarse moderado en tanta prosperidad; aunque pudo tambien ser miedo á los soldados que se hallaban formados, con ánimo, si Catulo era privado de este honor, de no permitir que aquél tampoco triunfase.

Obtuvo, pues, el quinto consulado, y aspiró al sexto como nadie ántes de él: y en todo cedia á la muchedumbre, queriendo parecer blando y popular, no sólo fuera de la gravedad y del decoro propio de aquella magistratura, sino muy fuera tambien de su carácter, poco acomodado para ello. Era, pues, segun se dice, muy irresoluto por su misma ambicion en las cosas de gobierno, cuando se manifestaban agitaciones populares; y aquella imperturbabilidad y firmeza en las batallas le abandonaban en las juntas públicas, saliendo fuera de sí con cualquiera alabanza ó reprension. Con todo, se refiere que habiendo peleado en la guerra con el mayor valor unos mil Camerinos, les concedió el derecho de ciudadanos; y como esto pareciese

contra la ley, y áun algunos se lo objetasen, respondió que con el ruido de las armas no habia podido oir la ley. Mas lo que parece le acobardaba é intimidaba sobre todo era la gritería en las juntas. Ello es que en las armas llegó á gran poder y dignidad, porque le habian menester; pero en las cosas de gobierno, no teniendo calidades para sobresalir, se acogió á la gracia y al favor de la muchedumbre, haciendo poca cuenta de ser bueno, como fuese grande. Estaba por tanto mal con todos los principales; pero temia más especialmente á Metelo, con quien habia sido ingrato, porque naturalmente era hombre que tenía declarada guerra á los que contra lo recto y bueno condescendian con la muchedumbre y gobernaban á su placer: así, espiaba el modo de echarle de la ciudad. Para esto procuró hacer suyos á Glauquias y Saturnino, hombres audacísimos, que tenian á su disposicion toda la gente pobre y revoltosa, y de ellos se valia para publicar leyes. Acrecentó tambien el influjo de la gente de guerra, haciendo que intervinieran en las juntas públicas, y formando con ella partido contra Metelo; y áun segun refiere Rutilio, hombre en lo demas de probidad y de verdad, pero particularmente desafecto á Mario, para alcanzar este sexto consulado derramó mucho dinero en las curias, comprándolas á precio de él, á fin de que fuera excluido Metelo, y de que se le diera á Valerio Flaco, más bien por dependiente que por colega en el consulado. Y ántes de él á ninguno otro, fuera de Valerio Corvino, decretó el pueblo otros tantos consulados; pero respecto de aquél, desde el primero hasta el último se pasaron treinta y cinco años; y á Mario despues del primero, por los otros cinco le llevó corriendo su extraordinaria fortuna.

Por el último principalmente era ya mal visto, á causa de las malas condescendencias que tenía con Saturnino; de las cuales fué una la muerte de Nonio, á quien la dió Saturnino, porque era su competidor en el tribunado de

la plebe. Despues de creado Tribuno introdujo la ley de division de terrenos, en la que pasó como uno de los artículos que el Senado habia de presentarse á jurar, que guardaria lo decretado por el pueblo, y á nada haria contradiccion. Fingió Mario en el Senado oponerse á esta parte de la ley, diciendo que no juraria, ni creia que jurase quien estuviese en su juicio; porque no siendo la ley perjudicial, era una especie de insulto que al Senado se le hiciese prestarse por fuerza y no por persuasion y propia voluntad. Habló de este modo no porque pensase así, sino por armar á Metelo un lazo del que no pudiese escapar; pues que él por sí, teniendo por virtud y por gracia el contradecirse y el mentir, ningun caso haria de lo que hubiese asegurado en el Senado; pero sabiendo bien que Metelo, hombre entero, tenía á la verdad por el mejor principio de una gran virtud, segun expresion de Píndaro, queria antecogerlo con que se negase á jurar en el Senado, para que cayera despues con el pueblo en una irreconciliable enemistad, como efectivamente sucedió: porque, diciendo Metelo que no juraria, con esto se disolvió el Senado. Mas despues de pocos dias, llamando Saturnino á la tribuna á los senadores, y obligándolos á pronunciar el juramento, pareció Mario; y hecho silencio, fijándose los ojos de todos en él, envió muy noramala todo cuanto varonil y rectamente habia dicho en el Senado, y en vez de ello expresó que no tenía el cuello bastante ancho para ser el primero que se pronunciase en negocio de tanta gravedad: así que juraria y obedeceria á la ley, si acaso era ley: añadiendo esta sábia precaucion para dar algun color á tamaña desvergüenza. Y el pueblo, celebrando mucho que jurase, palmoteó é hizo aclamaciones; pero en los principales causó la mayor indignacion y odio esta inconsecuencia de Mario. Juraron todos despues en seguida por temor del pueblo hasta llegar á Metelo; pero éste, á pesar de que sus amigos le persuadian y rogaban que ju-

rase y no se atrajese las insufribles penas que Saturnino habia propuesto contra los que no juraran, no se apartó de su propósito, ni juró, sino que se mantuvo en su severidad de costumbres; y resuelto á sufrir toda clase de males por no ceder á nada que fuese injusto, se retiró de la plaza pública, diciendo á los que le acompañaban, que el hacer una cosa injusta era malo; el hacer lo justo cuando no hay peligro, cosa muy comun; pero lo propio de un hombre recto y bueno era el hacer lo justo á pesar de todo peligro. En seguida propuso Saturnino que decretasen los cónsules vedar á Metelo el uso del fuego, del agua y del cubierto; y parecia que lo más despreciable de la muchedumbre estaba dispuesto á quitarle la vida; pero mostrándose afligidos los principales ciudadanos, y pasando á hablarle, no dió lugar á que por su causa hubiese una sedicion, sino que salió de la ciudad haciendo este juiciosísimo raciocinio: «ó las cosas mejorarán, y se arrepentirá el pueblo, en el cual caso volveré llamado; ó permanecerán del mismo modo, y entónces lo mejor es estar fuera.» Mas de cuánto aprecio y honor gozó Metelo despues de su destierro, y cómo pasó su vida en Rodas dado á la filosofía, lo diremos más oportunamente cuando tratemos de él.

Precisado Mario con estos servicios á disimular en Saturnino que se propasara á toda clase de abusos, no echó de ver que no era un mal pequeño el que causaba, sino tal y tan grande, que por medio de armas y de muertes iba á parar en la tiranía y en el trastorno del gobierno. Y con humillar á los principales y agasajar á la muchedumbre, tuvo finalmente que abatirse á un hecho sumamente bajo y vergonzoso, porque habiendo ido á su casa de noche los varones principales á hablarle contra Saturnino, recibió á éste por otra puerta sin noticia de aquellos; y tomando por pretexto para con unos y con otros una descomposicion de vientre, ya estaba en una parte, ya en otra, con lo que sólo consiguió indisponerlos é irritarlos más entre sí. Y

áun todavía pasó más adelante, porque inquietados y sublevados el Senado y los caballeros, intredujo armas en la plaza; y habiéndolos perseguido hasta el Capitolio, los tomó por sed, cortando los acueductos. Diéronse, pues, por vencidos, y le enviaron á llamar, entregándosele bajo la que se llama fe pública; y aunque se desvió por salvarlos, esto no sirvió de nada, porque al bajar á la plaza fueron asesinados. Este suceso le indispuso ya con los poderosos y con el pueblo; por lo que vacando la censura no se atrevió á pedirla á pesar de su grande autoridad, sino que por miedo de la repulsa dió lugar á que otros ménos caracterizados que él fuesen elegidos: bien que pretextaba que no queria ganarse por enemigos á muchos, teniendo que notar severamente su vida y sus costumbres.

Hízose decreto para restituir á Metelo del destierro; y él de palabra y de obra lo impugnó con vehemencia; pero en vano, teniendo por último que ceder. Sancionóle, pues, el pueblo con muy decidida voluntad; y haciéndosele insufrible el presenciar la vuelta de Metelo, se embarcó para la Capadocia y la Galacia, aparentando que era para cumplir á la madre de los Dioses el voto que le habia hecho, pero teniendo en realidad otra causa para aquel viaje ignorada de los demas; y era que, no habiendo recibido de la naturaleza las dotes de la paz y del gobierno, y debiendo su ensalzamiento á la guerra, como creyese que poco á poco se iban marchitando en el ocio y el reposo su gloria y su poder, se propuso buscar nuevos motivos de desazones y contiendas, porque esperaba que si inquietaba á los reyes, y provocaba y excitaba á la guerra á Mitrídates, el más poderoso y de más fama, al punto se le nombraria general contra él, y tendria ocasion de adornar la ciudad con nuevos triunfos, y de llenar su casa con los despojos del Ponto y con las riquezas de su rey. Por esta razon, aunque Mitrídates le trató con los mayores miramientos y el mayor respeto, no por eso se ablandó ni se mostró apacible, sino

que le dijo: «Ó hazte, oh Rey, más poderoso que los Romanos, ó ejecuta sin rebullir lo que te se mande:» dejándole asombrado, no el nombre romano de que habia oido hablar muchas veces, sino aquel descaro de que entónces por la primera vez tenía idea.

Vuelto á Roma, edificó casa junto á la plaza; ó, como él decia, por no incomodar á sus clientes teniendo que ir léjos; ó por creer que esta era la causa de ser ménos obsequiado con visitas que otros; lo que no era así, sino que no igualándolos ni en el trato ni en las relaciones y usos políticos, como de instrumento de guerra, no se hacía caso de él en la paz. Y lo que es respecto de otros áun llevaba ménos mal que se le desatendiese; pero le mortificaba sobremanera la preferencia de Sila, que habia sido fomentado contra él por envidia de los principales, y para quien las diferencias con el mismo Mario habian sido principio de fortuna. Sucedió luégo que Boco el Numida, recibido por aliado de los Romanos, colocó en el Capitolio unas victorias portadoras de triunfos, y entre ellas en efigie de oro á Yugurta, entregado á Sila por el mismo Boco; y esto sacó á Mario fuera de sí de ira y de soberbia, por cuanto parecia que Sila se atribuia aquel hecho: así se proponia destruir por la fuerza aquellos votos, y por el contrario Sila defenderlos; pero esta contienda, que faltaba muy poco para que saliese al público, la cortó la guerra social que repentinamente tuvo sobre sí la ciudad. Porque las naciones más belicosas y de mayor poblacion de la Italia se sublevaron contra Roma, y estuvo en muy poco el que la hiciesen decaer del imperio, no sólo fuertes en armas y en varones, sino asistidas de caudillos que en el valor y en la pericia eran admirables y competian con los de esta.

Esta guerra, vária en los efectos, y más vária que ninguna otra en los sucesos, cuanto acrecentó en gloria y en poder á Sila, otro tanto menguó á Mario; porque fué teni-

do por tardo en el acometer, y nimiamente cuidadoso y menudo en todo; de manera que bien fuese porque la vejez hubiese apagado en él la antigua actividad y ardor, pues pasaba ya entónces de sesenta y cinco años; ó bien porque, como él decia, padeciendo de los nervios, y faltándole la agilidad del cuerpo, por pundonor se hubiese empeñado en aquella guerra á más de lo que podia. Con todo, salió vencedor en una gran batalla con muerte de seis mil enemigos; y nunca dió lugar á éstos para que sacasen la menor ventaja; y sin embargo de que le cercaron en sus trincheras, y le insultaron y provocaron, no pudieron irritarle; y áun se refiere que habiéndole dicho Popedio Silon, que era entre ellos el de mayor autoridad y poder, «si eres gran general, oh Mario, baja y pelea,» le respondió: «pues tú, si eres gran general, ven y precísame á pelear aunque no quiera.» En otra ocasion, habiendo dado los enemigos oportunidad para venir á las manos, como los Romanos hubiesen mostrado temor, luégo que unos y otros se retiraron, convocó á junta á los soldados; y «no sé, les dijo, si tendré por más cobardes á los enemigos ó á vosotros; porque ni aquellos han podido ver vuestra espalda, ni nosotros su colodrillo.» Por fin dejó el mando del ejército, imposibilitado á continuar por su debilidad.

Estando ya entónces muy al cabo esta guerra de Italia, habia muchos que excitados por los demagogos solicitaban la guerra de Mitrídates; y para ella fuera de toda esperanza presentó á Mario el tribuno de la plebe Sulpicio, hombre sumamente atrevido, nombrándole general contra Mitrídates, con la calidad de procónsul. Mas el pueblo se dividió, tomando unos el partido de Mario, y otros proponiendo á Sila, y diciendo que Mario se fuera á Bayas á tomar baños termales y curarse de sus dolencias, teniendo el cuerpo debilitado, como él decia, con la vejez y con el reuma. Porque tenía Mario allí, cerca de los de Mesina, una magnífica casa con más comodidades y regalos muje-

riles de lo que correspondia á un varon que tales guerras y expediciones habia acabado. Dícese que esta casa la compró Cornelia en sesenta y cinco mil denarios (1); y que de allí á muy poco tiempo la volvió á comprar Lucio Luculo en quinientos mil y doscientos: ¡tanta fué la celebridad con que se precipitó el lujo, y tanto el aumento que tuvieron el regalo y la molicie! Mario, queriendo con tanta ánsia como impropiedad disimular la vejez y los achaques, bajaba todos los dias al campo, y ejercitándose con los jóvenes, hacía ostentacion de un cuerpo ágil para las armas y expedito para montar, aunque en realidad con los años su cuerpo por la mole se habia hecho poco manejable, hallándose sobrecargado de gordura y carne. Algunos habia á quienes satisfacia con esto; y bajando asimismo al campo, veian con gusto sus ejercicios y ocupaciones; pero los que mejor lo examinaban, miraban con desdeñosa compasion su avaricia y su soberbia; pues habiendo llegado á ser de pobre muy rico, y de pequeño muy grande, no discernia el término de la felicidad, y ni estaba contento con ser admirado, ni gozaba tranquilo de su dicha presente; sino que como si todo le faltase, sacando de los triunfos y de la gloria una vejez tan adelantada, iba á arrastrarla á la Capadocia y al Ponto Euxino, para combatir con Arquelao y Neoptolemo, sátrapas de Mitrídates. Las excusas que sobre esto daba Mario eran del todo ridículas; porque decia ser su ánimo que su hijo á su presencia se ejercitase en la milicia.

Manifestaron estas cosas la oculta enfermedad de que largo tiempo habia adolecia Roma, habiendo encontrado Mario el instrumento más á propósito para la ruina comun en la osadía de Sulpicio; el cual, admirando y emulando por lo demas las malas artes de Saturnino, áun ponia la

(1) El denario venía á valer dos reales y medio de nuestra moneda.

tacha de irresolucion y tardanza á sus disposiciones. Mas él por nada se acobardaba, teniendo para todo á sus órdenes seiscientos hombres de caballería, como si fueran sus guardias, á los que llamaba el *contrasenado*. Marchó, pues, con armas contra los Cónsules á tiempo de hallarse en junta pública; y habiendo podido el uno huir de la plaza, alcanzando á un hijo suyo, le quitó la vida. Sila, huyendo por delante de la casa de Mario, contra todo lo que podia esperarse se entró en ella sin que lo advirtiesen los que le perseguian, que se pasaron de largo: y se dice que habiéndole dado el mismo Mario salida segura por otra puerta, se marchó al ejército; pero el mismo Sila en sus comentarios no dice que se acogió á casa de Mario, sino que fué llevado á ella para deliberar sobre los objetos que Sulpicio le precisaba á decretar contra su voluntad, teniéndole rodeado de gentes con armas desnudas, y arrastrándole á casa de Mario, hasta que pasando de allí á la plaza, como ellos lo deseaban, alzó el entredicho. (1) En este estado, árbitro ya Sulpicio de todo, confirió á Mario el mando; y éste, preparándose á salir, envió á dos tribunos á entregarse del ejército de Sila. Mas inflamando Sila á sus soldados, que eran treinta mil infantes y unos cinco mil de caballería, guió para la ciudad. Mario en tanto daba en Roma muerte á muchos de los amigos de Sila, y publicó libertad para los esclavos que se alistasen; pero se dijo que sólo se presentaron tres. Hizo alguna resistencia á Sila á su llegada; pero como en breve fuese vencido, huyó. Los que estaban á su lado, apénas salió de la ciudad se dispersaron siendo de noche; y él se acogió á una de sus quintas llamada Salonia, desde donde envió á su hijo á los campos de Mucio su yerno, que no estaba léjos, á proveerse de lo necesario, y bajando á Ostia, como un amigo

(1) Los dos Cónsules habian mandado que nada se hiciese en aquella junta tumultuaria: levantó, pues, Sila este mandato.

suyo llamado Numerio le hubiese aparejado un barco, sin esperar al hijo se embarcó, llevando consigo á Granio su entenado. El jóven, luego que llegó á los campos de Mucio, tomó y previno algunas cosas; pero cogiéndole el dia, no pudo ocultarse del todo á los enemigos, pues que se dirigia á aquel sitio gente de á caballo corriendo, sin duda por sospecha. Habiéndolos visto con tiempo el granjero, ocultó á Mario en un carro cargado de habas, y unciendo los bueyes se fué hácia los de á caballo, conduciendo á Roma su carro. Llevado de este modo Mario á la casa de su mujer, se hizo de las cosas que necesitaba, y por la noche se encaminó al mar, montó en un barco que pasaba al Africa, é hizo en él esta travesía.

El viejo Mario luego que dió la vela tuvo viento favorable, con el que se puso más allá de la Italia; pero temiendo á un tal Geminio, persona poderosa en Terracina, que era su enemigo, previno á los marineros se apartasen de aquel puerto. Ellos bien querian complacerle; pero habiéndose levantado viento del mar, que causaba gran marejada, como pareciese que el barco no podia resistir á sus embates, y Mario se hallase sumamente indispuesto con el mareo, tuvieron que acercarse á tierra, y se acercaron no sin dificultad en la playa de Circeo. Como se arreciase la tempestad y les faltasen los viveres, hubieron de saltar en tierra, y se echaron á andar sin mira cierta, experimentando lo que sucede en los grandes apuros, que es huir de lo presente como más intolerable, y tener la esperanza en lo que no se ve; pues que les era enemiga la tierra, enemigo el mar, terrible el tropezar con hombres, y terrible tambien el no tropezar, estando desprovistos de todo. Por fin, ya tarde se encontraron con unos vaqueros, que aunque no tenian nada que darles, conociendo á Mario le advirtieron de que era preciso se retirase á toda priesa, porque poco ántes se habian aparecido allí muchos hombres de á caballo corriendo en su busca. Constituido con esto en la



mayor consternacion, tanto más que los que le acompañaban estaban ya desfallecidos de hambre, por entónces se desvió del camino, y emboscándose en una selva espesa, allí paso la noche con el mayor trabajo. Al dia siguiente, estrechado de la necesidad, y queriendo dar algun movimiento á su cuerpo ántes que del todo se entorpeciese, empezo á discurrir por la ribera, alentando á los que le seguian, y pidiéndoles que no destruyesen con desmayar ántes de tiempo su última esperanza, para la que se guardaba confiado en un antiguo agüero. Porque siendo todavía muy muchacho, y jugando por el campo, recibió en su manto el nido de una águila arrojado por el viento, en el cual habia siete polluelos. Viéndolo sus padres, y teniéndolo á maravilla, consultaron á los agoreros, y éstos respondieron que vendria á ser el más ilustre entre los hombres, y no podria ménos de ejercer siete veces el principal mando y magistratura. Unos dicen que efectivamente le sucedió esto á Mario; pero otros sostienen que los que se lo oyeron en aquella fuga, y le dieron crédito, escribieron una narracion del todo fabulosa, porque el águila no pone más de dos huevos: por tanto, que tambien se engañó Museo en decir de esta ave.

Pone tres, saca dos y el uno cria.

Mas todos convienen que en la fuga y en todos sus grannes conflictos se le oyó decir muchas veces á Mario que habia de llegar al sétimo Consulado.

Estando ya como á unos veinte estadios de Minturnas, ciudad de la Italia, ven una partida de caballería que se dirigia hácia ellos, y casualmente dos barcos que pasaban. Dan, pues, á correr hácia el mar, segun á cada uno le ayudaban sus piés y sus fuerzas; y haciendo cuanto pueden, se acercan á las naves, de las cuales toma una Granio, y pasa á la isla que estaba enfrente, llamada Enaria. A Mario,

pesado de cuerpo y difícil de manejar, le llevaban dos esclavos, no sin gran dificultad y trabajo; y así llegaron hasta el mar, y le pusieron en la otra nave, á tiempo que ya los soldados estaban encima, é intimaban desde tierra á los marineros que atracasen ó les entregasen á Mario, yendo adonde bien visto les fuese. Rogábales Mario con lágrimas; y los dueños de la nave, como sucede en tal extrecho, tenian mil varios pensamientos sobre lo que harian: por fin, respondieron que no entregarian á Mario. Enfurecidos aquéllos se marcharon, y ellos, mudando otra vez de parecer, se encaminaron á tierra; y junto á la embocadura del rio Liris, donde forma una ensenada pantanosa, allí echaron áncoras, proponiéndole que bajase á tierra á tomar alimento y reparar las fuerzas, que tenía decaidas, hasta que hubiese viento; que le habia á la hora acostumbrada, calmándose el mar, y soplando de la laguna una brisa suave, la que era suficiente. Persuadido Mario, se prestó á ejecutarlo, y sacándole los marineros á tierra reclinado sobre la hierba, estaba bien distante de lo que le iba á suceder; porque vueltos aquellos á la nave, y levantando áncoras, huyeron, creyendo que ni era cosa honesta el entregar á Mario, ni segura el salvarle. Falto así de todo auxilio humano, permaneció largo tiempo inmoble tendido en la ribera; mas al fin recobrándose con suma dificultad, empezó en medio de su afliccion á dar algunos pasos sin camino, y pasando por pantanos profundos y por zanjas llenas de agua y cieno, arribó á la cabaña de un anciano encargado de la laguna. Arrojóse á sus piés, y le rogaba que se hiciese el protector y salvador de un hombre que, si evitaba la calamidad presente, podria recompensarle mas allá de sus esperanzas. El anciano, ó porque ya le conociese, ó porque á su vista concibiese idea de que era un hombre extraordinario, le dijo que para tomar reposo podria bastar su chocilla; pero que si andaba errante por huir de algunos, él le ocultaria en lugar en

que pudiese estar con la mayor tranquilidad. Rogóle Mario que así lo hiciese, y llevándole á la laguna, mandóle que se tendiese en una profundidad próxima al rio, y le echó encima mucha cañas y ramaje de las demas plantas, todo ligero y puesto de manera que no pudiera ofenderle.

No se habia pasado largo rato cuando siente ruido y alboroto que venía de la choza; y era que Geminio habia enviado mucha gente en su persecucion, de la cual algunos habian llegado allí por casualidad, y atemorizaban y reñian al anciano, haciéndole cargo de haber amparado y haber ocultado á un enemigo de los Romanos. Levantándose, pues, Mario y desnudándose, se metió en la laguna, que no tenia más que agua sucia y cenagosa: así no pudo ocultarse á los que le buscaban, sino que le sacaron desnudo y cubierto de cieno como estaba, y llevándole á Minturnas, le entregaron á los magistrados; porque se habia pregonado por toda la ciudad un edicto acerca de Mario, en que se prevenia que públicamente se le persiguiese y matase. Creyeron con todo los magistrados que debian tomarse algun tiempo para deliberar, y depositaron á Mario en casa de una mujer llamada Fanía, que parecia no estar bien con él por causa anterior. Estaba casada Fanía con Tinio, y separada de él pedia su dote, que era cuantiosa: acusábala éste de adulterio, y fué juez en esta causa Mario en su sexto Consulado. Celebrando el juicio, se halló que Fanía era de mala conducta; pero que el marido se casó con ella sabiéndolo, y habian vivido mucho tiempo juntos; por lo que Mario miró mal á ambos, y al marido le mandó que volviese la dote, y á ella para afrenta la condenó en la multa de cuatro ases. Pues con todo Fanía no se portó como mujer á quien se hubiese hecho una injusticia, sino que luego que vió á Mario, muy distante de hacerle el menor mal, no miró sino á su situacion, y le dió ánimo. Celebróla Mario, y díjole que estaba confiado, porque habia visto una buena señal, que era la siguiente. Cuando le llevaban

á casa de Fanía, al estar junto á ella, abiertas las puertas, salió de adentro un borrico corriendo para ir á beber de una fuente que estaba inmediata; miró á Mario blanda y suavemente, paróse un poco delante de él, dió un gran rebuzno, y retozó á su lado con cierto engreimiento. Reuniendo estos hechos, decia Mario que el prodigio indicaba haberle de venir la salud más bien del mar que de la tierra, pues que el borrico, no haciendo cuenta de la comida que tenía en el pesebre, la habia dejado y se habia ido á buscar el agua. Dicho esto, se fué á recoger solo, dando órden de que le cerraran la puerta del cuarto.

Reunidos á deliberar los magistrados y prohombres Minturneses, resolvieron que sin más detencion se le diera muerte, y de los ciudadanos ninguno quiso encargarse de la ejecucion; pero un soldado de á caballo, Galo ó Cimbro, pues se ha dicho uno y otro, tomando una espada marchó en su busca. La parte del cuarto en que dormia Mario no tenía muy clara luz, sino que más bien estaba casi del todo oscura, y se dice haberle parecido al soldado que los ojos de Mario arrojaban mucha lumbre, y que de la oscuridad habia salido una gran voz que decia: «¿y tú, hombre, te atreves á dar muerte á Cayo Mario?» por lo que habia salido huyendo, y arrojando la espada, se marchó de la casa, sin que se le oyese otra cosa sino: «yo no puedo matar á Mario.» Cayó sobre todos grande admiracion, y á poco compasion y arrepentimiento del parecer que habian adoptado, repréndiendose á sí mismos de una determinacion injusta é ingrata al mismo tiempo con un hombre que habia salvado la Italia, respecto del que áun era cosa abominable no darle favor. «Huya, pues, adonde le convenga para cumplir en otra parte su hado; y roguemos nosotros á los Dioses no nos castiguen de echar de nuestra ciudad á Mario pobre y desnudo.» Discurriendo de este modo, encamínanse en tropel adonde estaba, rodeándole todos, y toman por su cuenta conducirle hasta el mar; pero

miéntras uno le regala una cosa y otro otra, afanándose todos por él, se da ocasion á haber de perderse tiempo; porque el bosque llamado Marico, al que tienen en veneracion, guardándole con cuidado, sin extraer jamás de él nada que se hubiese introducido, era un estorbo para el camino del mar, siendo preciso hacer un rodeo: hasta que un anciano exclamó que no habia camino ninguno inaccesible ó intransitable cuando se pensaba en salvar á Mario; y siendo el primero á tomar alguna cosa de las que habian de llevarse á la nave, marchó por el bosque.

Además de haberle socorrido con tanta largueza, un tal Belco le proveyó de barco, y escribiendo en una tabla la serie de estos sucesos, la colocó en el templo; desde donde montando Mario en la nave, dió vela con próspero viento. Casualmente aportó á la isla Enaria, donde encontró á Granio y los demas amigos, y con ellos navegó para el Africa. Faltóles la aguada, y les fué preciso tocar en la Sicilia, cerca de Ericina, y hallándose por casualidad guarneciendo aquellos puntos un Cuestor romano, estuvo en muy poco el que diese muerte á Mario al saltar en tierra: la dió sin embargo á unos diez y seis de los que salieron á tomar agua. Zarpando de allí Mario á toda priesa, y atravesando el mar por la isla Meninge, allí fué donde primero tuvo noticia de que el hijo se habia salvado con Cetego, y se habia dirigido á Yamsal, rey de los Númidas, en demanda de socorro. Respirando con estas nuevas, se alentó para pasar de la isla á Cartago. Mandaba á la sazon las armas en el Africa Sextilio, varon romano, que no habia recibido de Mario ni injuria ni beneficio, pero de quien éste esperaba algun favor por pura compasion. Mas apénas habia bajado á tierra con unos cuantos, le salió al encuentro un lictor, y parándosele delante, le dijo de este modo: «Te intima, oh Mario, el pretor Sextilio que no pongas el pié en el Africa, y que de lo contrario sostendrá los decretos del Senado, tratándote como enemigo de los Romanos.» Al

oirlo Mario se quedó de aflicion y congoja sin palabras, y estuvo largo rato inmoble, mirando con indignacion al lictor. Preguntóle éste, qué decia y qué contestaba al general. Entónces, dando un profundo suspiro, «dile, le respondió, que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago:» poniendo con razon en paralelo la suerte de esta ciudad y la mudanza de su fortuna para que sirvieran de ejemplo. En tanto, Yamsal, rey de los Númidas, estando en sus resoluciones á dos haces, trató con consideracion al jóven Mario; pero queriendo marchar, le detenia siempre con algun pretexto; y desde luego podia discurrirse que no habia un buen fin para esta detencion. Con todo, por uno de aquellos sucesos que no son raros, pudo salvarse: porque siendo este mozo de muy recomendable figura, una de las amigas del Rey sentia mucho verle padecer sin motivo; y esta compasion era un principio y pretexto de amor. Mario en los primeros momentos la desairó; pero cuando ya vió que su suerte no tenía otra salida, y que aquella mujer obraba más de véras que lo que correspondía á un mal deseo pasajero, condescendió con su buena voluntad, y facilitándole ella la evasion, y huyendo con sus amigos, se encaminó al punto donde su padre se hallaba. Luego que recíprocamente se saludaron, caminando por la orilla del mar, se ofrecieron á su vista unos escorpiones que entre sí peleaban, lo que á Mario parecio mala señal: subiendo, pues, en un barco de pescador, hicieron viaje á Cercina, isla que no dista mucho del continente; habiendo sido tan poco lo que se adelantaron, que cuando daban la vela vieron venir soldados de á caballo de los del Rey, corriendo al mismo sitio donde se embarcaron; por lo que le pareció á Mario haberse librado de un peligro que en nada era inferior á los otros.

Decíase en Roma que Sila hacía la guerra en la Beocia á los generales de Mitrídates; mas en tanto, desavenidos los Cónsules, corrian á las armas, y librándose batalla, Octa-



vio, que quedó vencedor, desterró á Cina, que queria ejercer un imperio tiránico, nombrando cónsul en su lugar á Cornelio Merula; pero Cina, reuniendo tropas del resto de la Italia, se declaraba en guerra contra ellos. Llegando Mario á entender estas cosas, parecióle que debia embarcarse cuanto ántes; y tomando algunos hombres de á caballo de los moros de Africa, y algunos otros de los que se habian pasado de la Italia, que entre unos y otros no excedian de mil, con ellos se hizo al mar. Arribó á Telamon de Etruria, y saltando en tierra, ofreció por público pregon la libertad á los esclavos; y como de los labradores y pastores libres de la comarca acudiesen muchos al puerto atraidos de su fama, ganando á los que vió más esforzados, en pocos dias unió una considerable fuerza de tierra, y tripuló cuarenta galeras. Como supiese que Octavio era hombre recto, que no queria mandar sino de un modo justo, y que por el contrario Cina, además de ser sospechoso á Sila, se habia declarado contra el gobierno existente, determinó unirse á éste con todas sus fuerzas: envióle, pues, á decir que reconociéndole por cónsul haria cuanto le ordenase. Admitió el partido Cina, y le nombró procónsul, remitiéndole las fasces y todas las demas insignias del mando; pero respondió que no decia bien el adorno con su presente fortuna: así es que desde el dia de su destierro en la edad ya de más de setenta años no traia sino ropas desaliñadas, con el cabello crecido, andando siempre muy despacio para excitar compasion; pero con este aparato miserable iba siempre mezclado el ceño natural de su terrible semblante, y la clase de su abatimiento descubria bien que su soberbia no se habia humillado, sino más bien irritado con las mudanzas de su suerte.

Despues què saludó á Cina, se presentó á los soldados, puso al punto manos á la obra, y causó una gran mudanza en el estado de las cosas: porque en primer lugar, interceptando con las naves los víveres, y robando á los co-

merciantes, se hizo dueño de la provision; luégo recorriendo las ciudades de la costa, las hizo rebelarse; y finalmente, tomando por traicion á Ostia, saqueó las casas, y dió muerte á gran número de los habitantes; y además, echando un puente sobre el rio, enteramente cortó á los enemigos la posibilidad de proveerse por mar. Moviendo despues con el ejército, marchó contra Roma, y tomó el monte llamado Yanículo: contribuyendo mucho Octavio al mal éxito de los negocios, no tanto por impericia como por su nimia escrupulosidad acerca de lo justo, la que con daño público le impedia valerse de los recursos provechosos; así es que, proponiéndole muchos que llamara á la libertad á los esclavos, respondió que no concederia á los esclavos la ciudad quien expelia de ella á Mario para sostener las leyes. Vino á esta sazon á Roma Metelo, hijo del otro Metelo que mandó en Africa y que fué desterrado por Mario, y como fuese tenido por mejor general que Octavio, abandonando á éste los soldados, corrieron á aquél pidiéndole que tomase el mando y salvase la patria, porque combatirian denodadamente, y sin duda vencerian con un general experto y activo; pero recibiéndolos mal Metelo, y mandándoles que volviesen al cónsul, se pasaron á los enemigos; y al cabo se marchó el mismo Metelo, dando por perdida la ciudad. En el ánimo de Octavio influyeron unos Caldeos y algunos agoreros y sibilistas (1) para que permaneciese en Roma, porque todo saldria bien. Era Octavio, por lo demas, acaso el hombre de mejor modo de pensar entre los Romanos, y el que más conservaba fuera de adulacion la majestad consular conforme á las costumbres y leyes patrias, como si estas fueran otras tantas fórmulas inalterables; pero sujeto á esta miseria, por la que más tiempo gastaba con embaidores y adivinos que con

(1) Intérpretes de los oráculos de las Sibilas, de los que cada uno deducia lo que le venía más á cuento.

los que le pudieran dirigir en el gobierno y en la guerra. Este, pues, ántes que entrase Mario, fué arrancado de la tribuna, y muerto por un piquete que le precedió; y se dice que á su muerte se le halló en el seno una nómina caldea: siendo cosa extraña que de estos dos hombres ilustres, á Mario le diese poder el no despreciar los agüeros, y á Octavio le perdiese.

Hallándose las cosas en esta situacion, juntóse el Senado, y envió mensajeros á Cina y Mario, pidiéndoles que entrasen en la ciudad y tuviesen consideracion con los ciudadanos. Cina como Cónsul los oyó sentado en la silla curul y les dió muy humana respuesta; pero Mario estaba separado de la silla sin responder palabra; mas se echaba claramente de ver en el ceño de su semblante y en la fiereza de su vista que iba bien presto á llenar la ciudad de carnicería y de muertes. Cuando ya se resolvieron á marchar, Cina entraba acompañado de su guardia; pero Mario quedándose á la puerta decia como por ironía, lleno de coraje, que él era un desterrado arrojado de la patria conforme á una ley, y que si ahora, hallándose presente, hubiera quien hiciese proposicion, con otro decreto se desataria el que le desterraba; como si él fuese hombre á quien hicieran fuerza las leyes, y como si entrase en una ciudad libre. Convocaba, pues, al pueblo á la plaza, y ántes que tres ó cuatro curias hubiesen dado sus sufragios, dejando aquella simulacion y aquellas buenas palabras de desterrado, comenzó á marchar acompañado de una guardia, compuesta de los que habia escogido entre los esclavos que se le presentaron, á los que daba el nombre de *Bardeos*. Estos á su órden, unas veces comunicada en voz y otras por señas, daban muerte á muchos; llegando la cosa á punto que á Ancario, varon consular y jefe de la milicia, porque habiéndose encontrado con Mario, y saludádole, éste no le volvió el saludo, le quitaron la vida á su vista pasándole con las espadas; y ya desde entónces cuando sa-

ludando algunos á Mario no los nombraba éste, ó no les correspondia, aquello era señal de acabar con ellos en la misma calle: de manera que áun sus mismos amigos estaban en la mayor agonía y susto cuando se acercaban á saludar á Mario. Siendo ya muchos los que habian perecido, Cina se mostraba cansado y fastidiado con tanta muerte; pero Mario, renovándose en él cada dia la ira y la sed de sangre, no dejaba vivir á ninguno de cuantos se le hacian sospechosos: así todas las calles y toda la ciudad estaban llenas de perseguidores y de cazadores de todos los que huian ó se ocultaban, y era tenida por crímen la fe de la hospitalidad y de la amistad, sin que ya ofreciese seguridad alguna, porque eran muy pocos los que no hicieron traicion á los que á ellos se habian acogido. Por tanto, deben ser tenidos en mucho y mirados con admiracion los criados de Cornuto, que ocultando á su amo en casa suspendieron por el cuello á uno de tantos muertos; y poniéndole un anillo en el dedo, lo mostraron á los de la guardia de Mario; y despues, envolviéndole como si fuera aquél, le dieron sepultura. Nadie llegó á entenderlo; y habiéndose salvado Cornuto por este medio, por los mismos criados fué secretamente llevado á la Galia.

Cúpole tambien la suerte de un amigo honrado á Marco Antonio el orador, y sin embargo fué desgraciado, porque siendo aquél un hombre pobre y plebeyo, que hospedaba en su casa al primero de los Romanos, quiso portarse como el caso lo exigia, y envió á un esclavo para traer vino á casa de uno de los taberneros que vivian cerca. El esclavo lo tomó con cuidado, y dijo que le diera de lo mejor; con lo que le preguntó el tabernero qué novedad habia para no tomarlo de lo nuevo y comun como acostumbraba, sino de lo mejor y de más precio; y respondiéndole aquél con sencillez, como á un hombre conocido y familiar, que su amo tenía á comer á Marco Antonio, al que ocultaba en su casa, el tabernero, que era hombre cruel y malvado, no

bien habia salido el esclavo, cuando marchó á casa de Mario, que ya estaba comiendo, é introducido adonde se hallaba, le ofreció poner en sus manos á Antonio; oido lo cual por Mario, se dice que lo celebró mucho, dando palmadas de gozo, y que estuvo en muy poco el que por sí mismo no se trasladase á la casa; sino que conteniéndole los amigos, envió á Anio con algunos soldados, dándole órden de que sin dilacion le trajese la cabeza de Antonio. Llegados á la casa, Anio se quedó á la puerta, y los soldados, tomando la escalera, subieron al cuarto, y á la vista de Antonio, ninguno queria ejecutar el mal hecho, sino que unos á otros se incitaban y movian á él; y debia de ser tal el encanto y gracia de las palabras de este hombre insigne, que habiendo empezado á hablarles, rogándoles no le matasen, ninguno se atrevió á acercarse á él, ni áun á mirarle, sino que bajando los ojos, se echaron á llorar. Vista la tardanza, subió Anio, y hallando que Antonio estaba perorando y los soldados asombrados y compadecidos, reprendiendo á éstos, se aproximó él mismo y le cortó la cabeza. Luctacio Cátulo, colega de Mario, y que triunfó con él de los Cimbros, cuando supo que éste á los que intercedieron y rogaron por él no les respondió otra cosa sino «es preciso que muera,» se cerró en su cuarto, y encendiendo mucho carbon, murió sofocado. Arrojados los cadáveres sin cabeza y pisados por las calles, ya no era compasion la que excitaban, sino susto y terror en todos con semejante vista; pero lo que sobre todo indignó al pueblo, fué la brutalidad de los llamados Bardeos. Porque despues de dar muerte en sus casas á los amos, se burlaban de los hijos y violentaban á las mujeres, sin que hubiera quien los contuviese en los robos y matanzas, hasta que viniendo á mejor acuerdo Cina y Sertorio, los sorprendieron durmiendo en el campamento y á todos los pasaron por las armas.

En esto, como en una alteracion de vientos, llegaron

por todas partes noticias de que Sila, habiendo dado fin á la guerra de Mitrídates y tomado las provincias, se habia embarcado con muchas fuerzas; y esto produjo ya una breve intermision y corta pausa de tan indecibles males, por creer que la guerra venía sobre ellos. Fué, pues, nombrado Mario sétima vez cónsul, y tomando posesion en las mismas calendas de Enero, en que principia el año, hizo precipitar á un tal Sexto Licinio, lo que pareció á todos presagio de nuevos males. Pero Mario, desalentado ya con los trabajos, y agotadas en cierta manera con tantos cuidados las fuerzas de su espíritu, al que acobardaba la experiencia de los infortunios pasados, no pudo sufrir la idea de una nueva guerra y nuevos combates y temores; porque reflexionaba que la contienda no habia de ser con Octavio ó con Merula, que sólo mandaron á una gente colecticia y á una muchedumbre sediciosa, sino que el que ahora le amenazaba era aquel mismo Sila que ya ántes lo habia arrojado de la patria, y en aquel punto acababa de confinar en el Ponto Euxino á Mitrídates. Quebrantado con estos pensamientos, y teniendo fija la vista en su larga peregrinacion, en sus destierros y en tantos peligros como habia corrido por mar y por tierra, le fatigaban crueles dudas, terrores nocturnos y sueños inquietos, pareciéndole oir siempre una voz que le decia:

Terrible del leon es la guarida
Aun para quien la ve cuando está ausente.

No pudiendo sobre todo llevar la falta de sueño, se entregó á francachelas y embriagueces muy fuera de sazon y de su edad, procurando por medios extraños conciliar el sueño como refugio de los cuidados. Finalmente, habiendo llegado noticias recientes del mar, y sobreveníndole con ellas nuevos cuidados, parte de miedo de lo futuro, y parte por el peso y cúmulo de los cuidados presentes, con

muy ligero motivo que se agregase, contrajo una pleuresía, segun refiere el filósofo Posidonio; quien dice que él mismo entró á verle cuando ya estaba enfermo y que le habló sobre los objetos de su embajada. Pero el historiador Cayo Pison refiere que, paseándose Mario con sus amigos despues de comer, movió la conversacion de sus sucesos, tomándola de léjos, y despues de haber referido las muchas mudanzas de su suerte, habia concluido con que no era de hombre de juicio en volver otra vez á ponerse en manos de la fortuna; y que en seguida, saludando á los que allí se hallaban, se habia puesto en cama, y manteniéndose en ella siete dias seguidos, habia muerto. Algunos dicen que en la enfermedad se manifestó del todo su ambicion, por el delirio extraño que tuvo. Figurábasele que se hallaba de general en la guerra de Mitrídates, y tomaba todas las posturas y movimientos del cuerpo que son de costumbre en los combates, dando los mismos gritos y las mismas exhortaciones á los soldados: ¡tan fuerte y fijo era en él el amor á este ejercicio, por la emulacion y por el deseo de mandar! Por esta causa, con haber vivido setenta años y haber sido el primero de todos que fué siete veces nombrado cónsul, poseyendo casa y hacienda bastante para muchos reyes, áun se lamentaba de su fortuna, como que moria ántes de sazon sin haber satisfecho sus deseos.

Platon, estando ya próximo á morir, se muestra agradecido á su buen genio y á la fortuna de haberle hecho hombre y además Griego y no bárbaro ni animal por naturaleza privado de razon; y finalmente de haber concurrido su nacimiento con el tiempo de Sócrates. Dícese igualmente que Antipatro de Tarso, estando asimismo para morir, hizo la enumeracion de los buenos sucesos que le habian cabido en suerte, y no dejó de poner en la cuenta el haber tenido una navegacion feliz desde su patria á Aténas, como hombre que reconocia á su buena fortuna todos los pre-

sentes que le habian hecho y que hasta el fin los conservaba en la memoria; que es el más seguro tesoro para el hombre. Al contrario, á los desmemoriados y necios se les desvanecen los sucesos con el tiempo; por lo que no guardando ni conservando nada, vacíos siempre de bienes y llenos de esperanza, tienen la vista en lo futuro, no haciendo caso de lo presente: y aquello puede arrebatárselo la fortuna, cuando esto es inadmisible; y con todo desechan esto en que nada puede la fortuna, soñando con lo que es incierto, y estándoles muy bien lo que luego les sucede; porque ántes que puedan dar asiento y solidez á los bienes externos con el buen uso de la razon y de la doctrina, se dan á acumularlos y amontonarlos, sin poder llenar los insaciables senos de la ambicion. Falleció, pues, Mario á los diez y siete dias de su sétimo consulado; y por lo pronto fué grande el gozo y la esperanza que ocupó á Roma, por haberse librado de una dura tiranía; pero dentro de bien breves dias conocieron que no habian hecho más que cambiar un dueño viejo por otro jóven en la flor de la edad: ¡tanta fué la crueldad y aspereza de que dió pruebas su hijo Mario, haciendo asesinar á muchos de los mejores y más distinguidos ciudadanos! Túvosele por valiente y arriscado, por lo que al principio se le llamó hijo de Marte; pero bien pronto, vituperado por sus obras, se le dió en lugar de aquél el nombre de hijo de Vénus. Al fin, encerrado por Sila en Preneste, y haciendo en vano mil diligencias por alargar la vida, cuando vió que no le quedaba remedio perdida la ciudad, se dió á sí mismo la muerte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

CATALOGO DE LOS AUTORES GRIEGOS Y LATINOS QUE COMPRENDERÁ LA BIBLIOTECA CLÁSICA.

CLÁSICOS GRIEGOS.

	Tomos.
HERODOTO.—Los nueve libros de la Historia.....	2
TUCÍDIDES.—Historia de las guerras del Peloponeso	1
JENOFONTE.—Obras completas..................	3
POLYBIO.—Historia........	3
PLUTARCO.—Vidas paralelas.................. ..	5
FLAVIO JOSEFO.—Obras completas	6
APIANO.—Historia romana.	3
ARRIANO.—Expediciones de Alejandro..............	1
DIÓGENES LAERCIO.—Vidas de los filósofos.........	2
DIODORO SÍCULO.—Biblioteca histórica..........	4
HOMERO.—Obras completas....................	5
HESIODO.—Las obras y los dias.—La Teogonía....	1
POETAS BUCÓLICOS (*Teócrito, Mosco y Bion*)......	1
POETAS LÍRICOS (*Píndaro, Anacreonte, Safo*, etc.).	2
ESQUILO.—Teatro completo	1
SÓFOCLES.—Idem, id......	2
EURÍPIDES.—Idem, id......	4
ARISTÓFANES.—Idem, id...	3
PLATON.—Obras completas	10
ARISTÓTELES.—Obras escogidas...................	11
TEOFRASTRO.—Caracteres CEBES.—Tabla........... EPICTETO.—Manual......	1
HIPÓCRATES.—Obras escogidas...................	1
DEMÓSTENES.—Discursos..	2
ISÓCRATES.—Discursos....	1
ORADORES ÁTICOS (*Lisias, Ipérides*, etc)...........	1
LUCIANO.—Obras completas	3
HELIODORO.—Teagenes y Coriclea.............. LONGO.—Dafnis y Cloe....	1

CLÁSICOS LATINOS.

	Tomos.
JULIO CÉSAR.—Obras completas..................	2
SALUSTIO.—Obras completas.....................	1
TITO LIVIO.—Historia romana..................	6
TÁCITO.—Obras completas.	3
SUETONIO.—Los doce Césares.................	1
QUINTO CURCIO.—Vida de Alejandro.............	1
VELEYO PATERCULO.—Historia Romana......... CORNELIO NEPOTE.—Biografías	1
VIRGILIO.—Eneida.........	2
— Las Eglogas.......... — Las Geórgicas........	1
LUCRECIO.—De la naturaleza de las cosas.......	2
LUCANO.—La Farsalia.....	1
ESTACIO.—La Tebaida.....	1
VALERIO FLACCO.—La Argonáutica.............	1
SILIO ITÁLICO.—Guerra púnica....................	1
HORACIO.—Obras completas.....................	4
OVIDIO.—Obras completas.	3
CATULO.—Poesías .... TIBULO.—Elegías......... PROPERCIO.—Elegías......	1
JUVENAL.—Sátiras........ PERSIO.—Sátiras	1
MARCIAL.—Epigramas.....	1
PLAUTO.—Teatro completo	4
TERENCIO.—Teatro completo..................	1
SÉNECA EL TRÁGICO.—Teatro completo...........	2
CICERON.—Obras completas	10
SÉNECA.—Obras completas	4
PLINIO EL JÓVEN.—Cartas — Panegírico de Trajano	1
COLUMELA.—De agricultura	1
PETRONIO.—El satiricon...	1
APULEYO.—El asno de oro.	1